SAGA DE LOS HERMANOS WHITE

HASTA NO SENTIR NADA POR TI



MARIA AQUINO

SAGA DE LOS HERMANOS WHITE

HASTA NO SENTIR NADA POR TI

MARIA AQUINO

Primera edición

12 de febrero del 2026.
Derecho exclusivo de la autora:

María Aquino ©
Santiago de los caballeros,

República Dominicana.

Agradecimientos

Este libro no nació solo de la imaginación. Nació de experiencias, de emociones que necesitaban salir, de pensamientos que muchas veces no supe cómo decir en voz alta. En muchos aspectos me vi

reflejada en Alice; a través de ella pude desahogarme, entenderme y crecer. Este libro ha sido más que una historia: ha sido un proceso personal.

Gracias a todas las personas que han sido parte de mi vida y me han permitido llegar hasta aquí. A quienes me han amado, enseñado y acompañado incluso cuando yo estaba aprendiendo a hacerlo conmigo misma.

Dedico este trabajo a mi madre y a doña Grace, quienes han sido más que solo inspiración para el nombre de mi protagonista. Gracias por ser raíz, por ser guía y por enseñarme, cada una a su manera, lo que significa la fortaleza y el amor. Sin ustedes, mi historia no tendría el mismo corazón.

A mis lectores y seguidores, gracias por caminar conmigo en este proceso. Gracias por leerme, por apoyarme y por permitirme crecer públicamente. Sé que aún tengo mucho que mejorar, y estoy en constante aprendizaje. Pero publico este libro con orgullo, porque representa una etapa de mi vida, mis errores, mis avances y mi evolución.

Este libro puede tener imperfecciones, pero es honesto. Y para mí, eso vale más que cualquier perfección gramatical.

Gracias por estar aquí.

— María Aquino

‘’Algunos apellidos se heredan.
Algunos pecados también.”

Prólogo

"¿Cómo lo superaste tan rápido?"
"Se te nota en la cara que lo extrañas."
"Ya decía yo que su relación no iba a durar."
"Seguro está con alguien más."

Es increíble la facilidad que tiene la gente para convertir mi vida en un pasatiempo barato. Como si mi dolor fuera un espectáculo al que pueden ponerle subtítulos. Me lo dicen sin pensar, con una sonrisa ligera, como si no importara. Y yo, que siempre finjo que tengo control, solo asiento y sonrío, aunque por dentro arda. Porque la verdad es que no lo he superado. No tan rápido, no tan fácil, no como aparento.

Jake White. Ese nombre que parece perseguirme incluso en los murmullos de desconocidos. Y no, no era cualquier hombre. Era él.

El cuarto hijo de Joseph White, con todas las malditas contradicciones que ese apellido signifique.

O debería decir... nuestro apellido.

Crecí creyendo que Joseph White era mi padre. El multimillonario respetado en Los Ángeles, "hombre de negocios" con fama de genio. Durante años repetí como loro lo que me habían enseñado: "Papá está de viaje de negocios, pero yo me quedo con mamá".

La verdad era más fuerte: Joseph no era un empresario, era el líder del segundo cártel más buscado del mundo: El Cártel del Sahara. Y no, por supuesto que no lo levantó solo. Él no tenía ni la disciplina ni la visión para tanto. Fue Vladimir Ivanov, su mano derecha, quien puso los cimientos. Pero Vladimir no se quedó. Construyó, Cedió todo, se largó, y empezó de cero.

Ese hombre, el que huyó del poder y la sangre, terminó siendo lo más parecido a un padre real que tuve.

Irónico, ¿no?

El que renunció al cártel fue el que me sostuvo, y el que todos llamaban "mi padre" jamás se acercó a mí.

De mi madre biológica sé aún menos. Elizabeth Jones. Un nombre que suena tan hermoso como frágil. Aún más para una persona que se fue tan pronto.

Dicen que se suicidó, pero nadie sabe decirme por qué. Y aunque mi oficio es buscar respuestas en cuerpos fríos, con este tema nunca quise hacerlo. Porque hay verdades que no quiero confirmar, heridas que sé que si se abren nunca volverán a cerrarse.

Así que me quedé con Selena Jill, la mujer que me enseñó a sobrevivir entre mentiras. La que me dio a Marcus como hermano, aunque nunca compartimos sangre.

Joseph dejó seis hijos legítimos desperdigados por el mundo, cada uno con una madre distinta. Un harén de cicatrices. Y aunque en algún momento pensé que eran mis hermanos, hoy sé que lo que nos une no es la sangre, sino las heridas que cargamos.

Marcus es el mayor, el que lleva la responsabilidad sobre los hombros. Protector, filántropo, cabeza de familia. Si no fuera por él, todos habríamos explotado en mil pedazos hace tiempo.

Anthony, mi Señor Frost. Frío como un invierno interminable para el mundo, pero con nosotros deja escapar un calor tímido, casi torpe. Cuando su madre murió él se encerró en sí mismo, aunque Marcus logró, poco a poco, descongelarlo.

Erick, mi cascarrabias favorito. Militar endurecido, lleno de traumas y habilidades que asustan, pero en el fondo un amor complicado. Ese tipo de persona con la que necesitas paciencia infinita para querer.

Henry, el rayo de sol. Carga culpas que lo doblan, pero aún así es capaz de hacer sonreír al más huraño. Incluso a Dereck, el orgulloso menor, el empresario precoz que presume sabiduría y ego, pero que frente a Henry se convierte en otra persona. A ellos les digo el dúo dinámico, porque juntos parecen un remedio contra todo mal.

Y luego está Jake.
El cuarto.
El que prefiero fingir que no existe, aunque mis sueños húmedos se encarguen de recordármelo cada madrugada.

¿Lo peor de Jake? Que no puedo definirlo con una sola palabra. Era hacker brillante, bufón insoportable, mentiroso patológico...

Pero también fue el hombre que me besó con tal intensidad que aún se me quema la boca, el que me tocó como si supiera exactamente cómo arrancarme el alma del cuerpo, el que me hizo reír.

Él era un torbellino. Y yo, tan estúpidamente volátil, siempre me dejé arrastrar. Nunca supe si lo nuestro fue una relación, un accidente, un juego peligroso. Pero lo que sí sé es que lo sentí. Con cada fibra. Y eso me basta para no poder olvidarlo.

Han pasado diez meses desde que se fue. Diez meses desde que me juró que lo hacía para protegernos. Diez meses desde que lo vi besarme por última vez antes de desaparecer entre disparos y sombras. Sus hermanos aseguran que lloró, que fue real, que

volverá. Yo me repetí esa historia hasta que se convirtió en castigo: si no volvió, es porque no quiso.

Y ahí está mi dilema.
Soy madura, sé agradecer su sacrificio, entiendo que nos libró del monstruo de Joseph. Pero soy humana, y me carcome que nunca me buscó. Que habla con sus hermanos y nunca conmigo. Y aunque me repito que no lo necesito, que ya no importa, mi subconsciente siempre me grita: mentirosa de mierda.

A veces me río de mí misma. Soy adulta, soy detective, debería tener el control. Y sin embargo, me descubro a las tres de la mañana deseando volver a sentir sus manos. O despertando con lágrimas sin razón aparente. Soy fuerte, sí, pero fuerte no significa estable. Soy un caos maquillado, un chiste amargo.

He aprendido a amar con locura.
A dejar ir, aunque duela.
A desconfiar incluso de mí misma.
Y estoy aprendiendo —a golpes— a olvidar.

Lo intento, de verdad. Quiero que mi vida sea otra, quiero abrirme a la posibilidad de un nuevo amor, aunque me tiemble el pulso solo de pensarlo. Y ese día de agosto, mientras me levantaba con el sol acariciando mi brazo, sentí que algo estaba por cambiar.

No sabía si sería para bien o para mal.
Pero iba a cambiar.

Capítulo 1

Mientras organizo mi día en mi mente, trato de ignorar el evidente dolor de cabeza por un segundo, todo para tener algo de paz.

Escuchó ruidos que vienen desde fuera de mi habitación. Pero, los ignoró. En una casa donde viven seis personas, eso no es extraño en lo absoluto.

De un momento a otro, — y cuando mi mente lo considera — abro los ojos. Y justo allí estaba Henry, mirándome fijamente para saber si ya había despertado. Mi tiempo de reaccionar fue corto, ya que, el portador de dichos ojos se lanza encima de mi para abrazarme:

— ¡Hola bellaaa!— El tierno rubio de ojos azules me abraza con fuerza, dándome los buenos días.

Y si, por sorprendente que parezca, esto es parte de mi rutina de todos los días. Por ende, no grité del susto al abrir los ojos y encontrármelo allí.

— ¡Hola Cielo! — digo exactamente con el mismo tono, con algo de esfuerzo, debido a que recién me levanto.

— Ya el desayuno esta listo ¡No vayas a llegar tarde al trabajo, Aly!— dice Henry sin dejar de abrazarme. Yo le devuelvo el abrazo de inmediato, sin poder comparar mi fuerza con la suya.

— Bajo en seguida, Cookie. Déjame darme una ducha y cambiarme. — le sonrió mientras dejó un beso en su frente. Este me sonríe y sale de la habitación, irradiando felicidad como siempre. Llevando puesto sobre su esvelto cuerpo su ropa especial de natación, cubierta con una ropa más gruesa para no resfriarse.

Me encanta verlo alegre, y saber que cuento con el. De hecho, conté con él desde el día en que entré por la puerta de esta casa en busca de pistas y demás.

Se que lo hace muy feliz estar en natación, y ni hablar de lo genial que se le da. Henry se ha dedicado casi tiempo completo a lo que más le ha gustado desde pequeño. El disfruta hacer lo que le gusta como nadie, y trae trofeos casi mensuales a la casa.

Es sumamente bueno en ello y tiene una habilidad de contención de oxígeno admirable, al igual que una agilidad para moverse debajo del agua completamente impecable. Tal como un *pececito*.

Marcus lo motivó a que continuara yendo a clases de natación y participando en las olimpiadas de la misma. Henry, al principio, se negaba rotundamente. Ya que, quería trabajar en la empresa de la familia, como todos los demás. Para así aportar económicamente a los ingresos familiares y sentirse útil. Pero, Marcus le insistió en que debía seguir haciendo lo que le gustaba sin importar si aportaba a la familia o no, ya que ese era su sueño.

Como ya se nota, Marcus es el mayor fuerte de confianza que se puede encontrar, y un auténtico líder, más cariñoso y especial que nada.

Siempre lo consideraré como mi hermano mayor, quien probablemente es la persona más especial que tengo, a pesar de que luego de tantos pleitos legales, no soy su hermana "genéticamente hablando".

Pero, eso no afectó en su comportamiento conmigo. De hecho, el de ninguno de ellos cambió.

Así es que, luego de varias discusiones en familia al respecto, se llegó al acuerdo de que Henry trabajará en la empresa los fines de semana, al igual que Erick, Dereck y yo. Esto es así, ya que, los cuatro tenemos trabajos y actividades externas durante la semana, que requieren nuestra atención completa. Y así mismo, Henry prometió prestarle atención a su vocación durante la semana, y los fines de semana dedicarse a ayudar en la empresa como todos los demás.

Aparte de que a la familia no le hace falta dinero en lo absoluto, ahora mejor dicho que nunca. Ya que, Anthony y Marcus no han despreciado este tiempo, siendo pioneros en utilizar sus ingresos personales para crear una compañía de servicios humanitarios, llamada: White&Jill — Servicies, Donations and Real State.

Con esta empresa, ayudamos al estado con la estabilidad y el servicio para todos los ciudadanos en general. Esta empresa es una hazaña que ha asombrado a todo el país. Ya que, nunca los Whites se habían relacionado con algo así.

Estamos creando una nueva faceta de la familia, y una nueva cara para el mundo, en la que ayudamos a personas con sus problemas de todo tipo, tales como: Accesibilidad a la educación sin importar la edad, bonos para encontrar un hogar estable y sin impuestos inalcanzables, actividades para niños de todas las edades, para que hagan lo que más les guste o llame la atención, — Ya sean cosas como: jugar deportes, leer, aprender a dibujar, a esculpir, a programar o simplemente aprender mucho más sobre su carrera soñada — Todo esto y más, sin fines de lucro.

Y obviamente deben suponer que quienes nos encargamos de esa parte con los niños somos Dereck, Henry y yo.

Henry evidentemente iba a estar en esa sección con los niños y ancianos, ya que, este tiene una empatía divina y un carisma tan acogedor y genuino que es inevitable no sentirse cómodo y en confianza hablando con él. No obstante, Dereck accedió a ayudar a Henry, por más raro que se escuche. Probablemente solo sea para poder estar con el y cuidarlo desde cerca. Un amor de hermanos sin par.

Además, en mi parte, accedí a entrar en esta sección ya que me gusta la idea de tratar con niños; así que, para estabilizar la balanza, decidí entrar en esta área con ellos dos.

Por otro lado, Marcus, Anthony y Erick se encargan más de los adultos y sus problemas más complicados. Resolviendo todo de forma exitosa hasta el momento, y con miles de personas saliendo con una gran sonrisa de oreja a oreja con sus problemas resueltos día tras día.

Nunca me sentí tan orgullosa de ellos como el día en que me presentaron esta idea, que ahora es como un titan imparable.

Y por si se lo preguntan, Si... Jake también colabora en la empresa.

Pero, es como si fuera un fantasma. Nunca va a reuniones físicas ni nada por el estilo. Solo pone las inversiones necesarios y, de ves en cuando, envía nuevos planos para construir nuevos residenciales de

las viviendas. Ya que, el y Erick están encargados del área de bienes raíces de la empresa.

Sus ideas son bastante buenas e innovadoras, y nos ayudan bastante en esa área, y también a la hora de negociar con otras empresas.

Pero, a todo esto, no puedo evitar ponerme nerviosa tan solo con imaginar que existe la posibilidad de que algún día el cruce esa puerta y tenga que hablar con el de nuevo, verlo a los ojos y estar tan cerca, después de tanto tiempo.

Aunque siento ya haber pasado página con respecto a el, algo dentro de mí sigue emocionándose al escuchar su voz en las reuniones virtuales, aunque este nunca pregunte por mi o busque mi opinión.

Cada día se le escuchaba más maduro, más centrado, e incluso, podría atreverme a decir que en ciertas cosas él había cambiado. Pero, no me detuve a pensar en ello, ya que, debía acostumbrarme a su ausencia y solo alegrarme al saber que el está vivo, y aparentemente bien.

Por otro lado, el tema de Jake no sale a la luz en la casa. Ya que, los chicos han notado mi incomodidad al respecto, y por respeto a mi, prefieren evitar mencionarlo, a no ser de que sea algo estrictamente necesario.

Ya ambos sabemos que estamos vivos y bien, y eso es lo único importante con respecto a nosotros dos. O al menos, lo es para mi.

Cuando por fin dejo de darle vueltas a todos estos asuntos en mi cabeza, me levanto de la cama, tomando mi toalla y saliendo de mi habitación con ella sobre mi hombro. Me quedo parada en el largo pasillo que alguna vez caminé con miles de sospechas y sonrío irónicamente; es chistoso todo lo que ha pasado hasta ahora. Sigo caminando mientras miro la casa en su totalidad, sintiéndome bastante cómoda en ella, ya que, esta vez si la consideraba un hogar; Mi hogar.

Todas las mañanas paso habitación por habitación para saludar a mis chicos antes de irme a duchar. Ya que, eso también es parte de mi rutina.

Primero se encuentra la habitación de Dereck, la cual está justo al frente de la mía. No dudo en tocar la puerta una sola vez y pasar sin pedir permiso...

¿Qué les puedo decir? nuestra confianza es absurdamente buena:

— Pase. — dije al entrar por mi propia cuenta a la habitación.

— ¿No se supone que debo ser yo el que diga eso, y tu esperar a que lo diga para poder pasar? — dice el otro rubio de esta familia, mirándome con una mirada que mataría a cualquiera, menos a mi.

— Ya esto de la rutina es parte del patrimonio cultural de esta familia. — digo con una sonrisa pintada en el rostro: — Aparte, si te molesta tanto esto y sabes que siempre voy a venir a darte lo buenos días de esta forma ¿Por qué no cierras la puerta con seguro? — termino mi oración con una sonrisa triunfal en el rostro. Dereck no tarda en cuestionar su propia pregunta.

— Bien jugado, reportera. — dice Dereck con una sonrisa en el rostro, para luego darme la razón con una mirada; El siempre deja abierta la puerta porque disfruta que venga a darle los buenos días.

— Buenos días, *sabelotodo*.

— Buenos días, irritante reportera.

Efectivamente el sobrenombre de sabelotodo no está de más. Ya que, Dereck tiene un coeficiente intelectual impresionante, y no evita presumirlo cuando tiene la oportunidad. Sabe desenvolverse perfectamente con los números, y ni hablemos de su agilidad para jugar Tenis en su tiempo libre. Me consideraba buena en el tenis hasta que jugué con el, nunca admití que fuera tan bueno...

Pero aquí, entre ustedes y yo, el sí es mejor que yo.

De no ser por su difícil carácter a la hora de abrirse a las personas, juraría que tendría miles de amigos y socios. Aunque, esa personalidad que tiene hace que nadie pueda engañarlo, y mucho

menos jugar con sus ideales. Es impresionante; todo un diamante en bruto para quien lo sabe encontrar.

Veo como Dereck se levanta y camina en dirección hacia mi. Está sin su respectiva camisa, dejándome así las mayores vistas de su abdomen no tan marcado, pero, aun así provocador.

En realidad, ya estoy más que acostumbrada a ver los cuerpos esculturales de mis "hermanos" en sus mejores vistas, pero aun así, no deja de sorprenderme lo bien formados que están.

De repente, siento como Dereck coloca una mano sobre mi cabeza y acaricia sutilmente mi cabello, aun despeinado. Al instante, envuelvo mis brazos en su torso y le doy un fuerte abrazo. Este lo recibe sin problemas, bajando sus caricias desde mi cabeza hasta la parte superior de mi espalda, mientras me aprieta más contra su cuerpo. Yo levanto ligeramente mi cabeza para mirarlo unos segundos a sus ojos amarillentos, antes de brindarle una de mis más genuinas sonrisas. Este acaricia mi mejilla con una pequeña sonrisa de lado.

— ¿Tendrás un día ocupado? — pregunto aún manteniendo el abrazo.

— En realidad no. Iré al club a jugar un poco de tenis ¿Quieres venir? — me pregunta Dereck, aún acariciando mi mejilla.

— Quisiera, pero tengo que ir a trabajar en... — miro el reloj colgado en la pared de la habitación de Dereck. Son las 7:15 de la mañana. Mi hora de entrar a trabajar es a las 8:15, por lo que respondo:

— En una hora, exactamente.

— Eso es triste. Quería ganarte otras 20 veces más. — dice con un tono de voz arrogante, mientras aprieta una de mis mejillas.

— Cierra la boca. — digo alejando sus dedos de mis mejillas mientras sonrío: — Deja de ser tan orgulloso y admite que yo gane esas 20 veces seguidas. — miento, mientras me reía de su orgullo implacable.

De hecho, todos en esta familia tienen un orgullo implacable. Algunos con el orgullo más alto que otros — como ya había

mencionado —, pero lo tienen. Incluso yo, que he aprendido muchas cosas al vivir con ellos.

He aprendido a sobrellevar sus bromas y a hacer peores, entender sus juegos, dinámicas y parcialmente, ganarme aún más el respeto y confianza de cada uno de ellos.

Entre ellos, Dereck, quien se ha abierto conmigo mucho más de lo que espere, siendo el mi mejor confidente.

— En fin, ya debes ir darle los buenos días a los demás o se hará tarde para que llegues al precinto.

— Esta bien. — digo aun con mi tono alegre, despidiéndome de Dereck, dejando así un sutil beso en su mejilla luego de volver a abrazarlo.

Dereck solo me mira mientras camino por el pasillo, con una enorme sonrisa y negando con la cabeza. El aún no admite que estoy ablandando su complicado y calculador corazón, pero sé que lo hago.

Luego de mi charla con Dereck, miro algo pensativa el reloj del pasillo: son las 7:20 de la mañana. Tenia que apresurarme, ya que, en realidad me tardaría bastante en llegar al precinto si seguía a este ritmo.

De hecho, debo admitir que después de conseguir dicho empleo como detective principal, mi vida se ha vuelto más emocionante. Todo esto debido a que estudio y trabajo a la vez. Dos trabajos para ser exactos. En el día trabajo en el precinto de policía, y en la noche trabajo ayudando a planificar cosas para la empresa o simplemente asistiendo en alguna de las actividades que se esté llevando a cabo con los niños socorridos por la empresa.

A pesar de sonar complicado, nunca me rendí. Siempre tuve en mente desde muy joven que todo es posible con dedicación. Teniendo como mayor ejemplo el hecho de que , cuando salí de la escuela a los 17 años, me la pase estudiando día y noche para entrar en la mejor universidad que me proporcionara la capacidad de avanzar en mi carrera soñada tanto como mi inteligencia me lo

permitiera. Y con el apoyo de Marcus, los profesores y el director de la escuela, fue posible.

Entré a la universidad que soñé, y me gradué de la carrera de criminalística en 1 año y 10 meses, cuando dicha carrera tarda 3 años. Dedicándome así día y noche a estudiar y aprender. Excluyéndome a mi misma de miles de lujos y experiencias inolvidables para todo adolescente, solo por quedarme estudiando hasta que el sueño me matara. Ahí fue cuando me di cuenta que nunca esta de más estudiar y aprender cosas nuevas.

Nunca olvidare como me sentí ese día en mi graduación...

y como olvidarla:

Estaba nerviosa sobre aquella tarima con mi diploma en mano y todos mis compañeros a mi alrededor. Era emocionante, y más aun que yo soy la más joven de toda la graduación, con tan solo 18 años, a cuestión meses de cumplir los 19.

Lo mejor de todo esto era poder ver allí entre la multitud, una figura que no me hacían falta mis lentes para reconocer de quien se trataba.

Allí estaba Marcus, con una ropa algo formal, debido a que así lo exigían. Una bonita camisa blanca remangada a sus codos adorna su fornido torso, mientras que unos pantalones negros de vestir resaltan sus piernas fortalecidas por su rutina de ejercicio. Su pelo castaño ligeramente rojizo peinado hacia atrás, con algunos mechones rebeldes proporcionándole volumen a su pelo. Esto lo hacía ver aun mejor, con un toque que solo el le daba a aquellas prendas. Se le veía tan cómodo y formal.

Aunque este también tenia otra opción de vestimenta para hoy, pero este se negó rotundamente a colocar en *su firme y enorme cuerpo un esmoquin negro que le había prestado nuestro padre. Dicho traje no era para nada feo, pero Marcus aun así se negaba a ponérselo.*

Sus ojos bicolores estaban sobre mi, y como no, el se veía perfecto. Mientras que yo me conforme con un vestido azul bastante simple, sin maquillaje y mucho menos accesorios que resaltaran. Extrañaba

a mi mejor amiga Charlotte por muchas razones, pero, en los momentos en los que más siento su ausencia, es cuando me toca vestirme. Ya que, ella era quien me ayudaba con mi estilo para todo. Pero, a pesar de extrañarla en sobremanera, no debo de ser egoísta...

Ella esta cumpliendo su sueño de ir a Londres a estudiar diseño de modas, y estoy segura de que le esta yendo de maravilla, a pesar de que llevo mas de 3 años sin hablar con ella.

Marcus nunca volvió a tocar el tema abiertamente sobre ella. Supongo que le dolió el hecho de que el nunca tuvo el valor de decirle lo que sentía, negándose a sí mismo decirle a ella sus sentimientos, ya que, no quería convertirse en un estorbo o atadura que le impidiera irse a cumplir su sueño libremente y sin arrepentimientos.

En ese momento, esto era un peso con el que Marcus tenia que cargar en su conciencia. Siempre imagine que ellos estarían juntos, pero parece que el destino no lo quiso así. Ya que, ella esta lejos y el está justo aquí...

Ambos sentían cosas el uno por el otro, pero nunca hablaron directamente. Yo era cómplice de ese amor de puras husmeadas para espiarse mutuamente de forma ingenua, sin que ninguno tuviera el valor de decirle lo que sentía al otro. Mucho menos de despedirse el día en que Charlotte se fue.

Después de su crush por Charlotte, con la única chica que he visto a Marcus salir seriamente es con Priya, su novia actual. Ella me confesó que siempre se sintió atraída hacia Marcus desde la universidad, pero que esté siempre estaba demasiado concentrado en otras cosas como para fijarse en ella. Aunque, personalmente opino que ella es una chica maravillosa, hermosa e inteligente. Quien nació en la india y fue criada en el norte de los Ángeles.

Luego de Charlotte, Marcus no podía tener un mejor partido que Priya. Ella es completamente fantástica. Aunque, a pesar de todo, en lo profundo de mi ser, me habría encantando que el hubiera tenido

una oportunidad con Charlotte. Pero, si Marcus es feliz con Priya, yo también soy feliz.

Estaba completamente sumergida en mis pensamientos, creando realidades alternativas, que me olvidé por completo de que la graduación proseguía.

Pero, mi concentración en la graduación no duró mucho, al distraerme escuchando constantes murmullos a mi lado:

— ¡Que guapo es!

— ¿Tendrá novia?

— ¿Qué estará buscando aquí? ¿Una novia quizás?

— Ojala yo ser su novia.

Murmuraban casualmente mis compañeras de clases mientras miran detenidamente a mi hermano mayor, lo cual en realidad no me sorprende.

Mientras ellas desglosan cada parte del cuerpo de Marcus, noto como poco a poco se acerca caminando hacia Marcus una chica alta de tez morena, con uno que otro tatuaje de henna color rojo cubriendo sus hombros y manos, marcados con diseños de mándalas y símbolos. Su pelo largo color café cae sobre sus hombros hasta rozar su trasero, y su cuerpo curvilíneo estaba cubierto con un traje color rojo, completamente llamativo y elegante. Cuando Marcus la ve, no duda en sonreírle y sujetarla de la cintura mientras le susurra algo que la hace sonreír al instante. Esa hermosa y elegante mujer es Priya Koothrappali. Cuando esta deja un beso en la comisura de los labios de Marcus, las chicas de mi clase desvían la mirada casi al instante. No puedo evitar reírme de la situación actual...

¿Qué sentirán en este momento?

¿Vergüenza?

¿Envidia?

¿Un poco de las dos?

Quien sabe, nunca he experimentando esa sensación, y espero no tener que hacerlo.

Mis pensamientos son nuevamente interrumpidos, pero, esta vez por las llamadas de mención de honor. En las cuales, para mi evidente sorpresa fui llamada.

En aquel momento, Priya gritó como loca aplaudiéndome, mientras me saluda con la mano alegre de verme caminando sobre la tarima, mientras Marcus hace lo mismo con su cara plagada de orgullo hasta más no poder.

Aquel momento fue inolvidable para mi...

Y pesándolo mejor, creo que entiendo el sentimiento de las chicas de mi ya pasada graduación al ver a Marcus. Al final, no ves a un chico así de lindo como el todos los días.

Bueno, de hecho... ahora si veo a 5 de ellos todos los días.

El tiempo pasa volando cuando pienso en cosas como esa, y en realidad, ahora tengo una duda existencial:

¿Qué habrá sido de Priya?

Desconozco la razón por la cual Marcus y ella terminaron. Creo que no fue una ruptura dolorosa ni mucho mas. Ya que, Marcus nunca demostró lo contrario, pero si me confeso varias veces que la extrañaba. Y entre esas conversaciones, descubrí que simplemente sus caminos se separaron, ya que ella se fue de vuelta a la India con sus familiares. Ella le ofreció a Marcus la oportunidad de irse junto con ella, pero este se negó, asegurándole tener 6 razones justas y necesarias para quedarse. Las cuales nunca me específico.

Por lo menos el destino le esta devolviendo el sacrificio que hizo en su momento, ya que trajo consigo a Charlotte de vuelta, quien solamente buscaba empezar de nuevo poco a poco en su cuidad natal. Pero, para sorpresa de ambos volvieron a encontrarse, y posteriormente a enamorarse como la primera vez, todo esto para que por fin se diera ese romance que dure toda mi infancia deseando.

Por su parte, ellos no dicen abiertamente tener un romance, ni siquiera se sabe si está confirmado en realidad, pero pequeñas cosas delatan su probable relación. Tales como:

Marcus a veces sale en plena noche sin decir a donde, y en realidad es mas que obvio que va al apartamento que este tiene a su nombre, en el cual Charlotte vive ahora.

Esto para que ella no continuara viviendo con algunos de sus familiares molestos, quienes la tratan como una adolescente inmadura, a pesar de que ella trabaja y se mantiene por si sola. Ellos utilizaban contra ella lo típico de "Mi casa, mis reglas. Mientras estés bajo mi techo te acoplas."

Marcus al enterrarse de esto, le ofreció dicho apartamento para que viviera, prometiendo no poner ni un centavo mas de lo acordado con ella. Ya que, Charlotte no es de las que se deja pagar todo. Tiene una independencia implacable. Lo cual a veces es complicado de comprender para Marcus, quien quiere darle todos los lujos que sean posibles mientras tenga la posibilidad.

Pero, en realidad, Marcus insistió tanto en que Charlotte viviera en su apartamento ya que, este considera que ella necesita un espacio para ella misma, donde no tuviera que aplacarse a las reglas estúpidas de su familia. Al final, ella ya tiene 26 años, ya dejo de ser una niña hace tiempo.

Cosas así delatan completamente que Marcus seria capaz de dar cualquier cosa por Charlotte. Verlo así de entregado no tiene precio alguno, y mas si es por mi mejor amiga de toda la vida, quien sin duda alguna haría lo mismo por el.

Y hablando de ello... El siguiente cuarto al lado de el mío es el de Marcus, así que me dispongo a entrar en el, para darle los buenos días tal como hice con Dereck. Toque su puerta solo una vez, para luego abrir la misma sin pedir permiso...

Pero, al instante, Marcus sale de este algo exaltado, entre cerrando la puerta tras el. Me sorprendo al verlo salir. Cuando estaba a punto de preguntar que carajos pasaba, Lo analizo detenidamente,

mientras veo por la orilla de dicha puerta casi cerrada a mi mejor amiga semi desnuda levantándose la cama de mi hermano.

Marcus, al ver mi mirada cómplice, termina de cerrar la puerta de su cuarto, aun manteniendo la perilla de la misma en su mano, mientras acomoda su pantalón de mejor forma en su cadera. Trae una blusa ligera de mangas largas con dicho pantalón deportivo, con el cual aparentemente no lleva bóxer. Su respiración es irregular y esta seximente despeinado.

Una carcajada sale de mis labios al entrar de nuevo en contacto visual con el y decir:

— ¿Mañana agitada? — digo con una sonrisa cómplice en los labios.

— Algo así. — dice mi "hermano mayor", devolviéndome la misma sonrisa cómplice. Lo observo sin perderme de un solo detalle, mientras el cierra sus ojos y apoya su cabeza de la puerta por un segundo, colocando su mano libre en su cuello.

Una sonrisa boba se forma en sus labios, mientras una ligera carcajada se deja ir entre ellos. Yo al instante entrecierro los ojos aun con dicha sonrisa cómplice en los labios. Me rio desde lo profundo de mi ser al saber perfectamente lo que pasaba, sin poder parar de sonreír al ser contagiada por su evidente felicidad post-orgásmica.

— ¿Alguien tuvo buen sexo mañanero? — empujo el hombro de mi hermano, jugando con el.

— Tal vez. — dice con una sonrisa poderosamente lujuriosa. No había duda alguna, tuvo una mañana muy divertida.

— Uysss, ¿Estas feliz? — digo bromeando con el, haciéndole una pregunta mas que retorica.

— ¿Cómo no voy estarlo? — dice aun con esa sonrisa boba pintada en sus labios. Era inevitablemente contagiosa, y amaba verlo así, tan feliz, — y ¿Cómo te amanece, Pequeña? ¿Vas al precinto ya?

— Así es, dentro de poco me voy, pero primero quería darle los buenos días a todos. — sonrío inocentemente:— ¿Me dejas darle los

buenos días a Char? — digo fingiendo no recordar que esta semi desnuda en la habitación de mi hermano.

— Ammm... — piensa unos segundos mientras abre la puerta ligeramente para ver a través de ella. Logro escuchar la ducha que suena desde dentro de su habitación: — Cuando salga de ducharse le diré que baje y se encuentre contigo en la cocina ¿Esta bien?

— Esta bien. Gracias, Marc.— digo antes de empezar a caminar por el pasillo nuevamente.

De un momento a otro, recuerdo que no le he dado los buenos días a Marcus como debía, así que, me devuelvo corriendo para lanzarme sobre el para abrazarlo. Este se sorprende por mi acción pero aun así me abraza de vuelta. La calma se apodero de mi ser al sentir sus fornidos brazos sobre mi. Estos siempre me han hecho sentirme fuerte y segura de mi misma. Sus abrazos son la dosis que necesito para mantenerme firme y perseverante ante todo lo que venga.

— ¡Buenos días, Marc!

— Buenos días, pequeña soñadora. — dice mi hermano mientras nos miramos fijamente aun abrazados. Este deja un beso largo en mi frente y dice: — Que tengas un hermoso día, Grace.

Le doy una mirada asesina totalmente fingida, mientras intento alejarme de el. El intento evidentemente fue fallido, al medir mi fuerza con la suya, quede como una tonta. Todo esto solo por que este sabe que no soy muy fan de mi segundo nombre, a pesar de que fue él quien lo decidió para mi. Por ello, digamos que soporto que solo el me llame así.

Una sonrisa llena de alegría se forma en sus labios, la cual no tarda en contagiarse sobre los míos. Al ver aquellos ojos bicolores sobre mi mirándome con amor, no puedo evitar darle las gracias al universo por tremendo protector que me ha enviado. Nunca está de más resaltar en qué sus ojos son de dos colores vagamente similares... Pero, en realidad, uno de ellos es más azul y el otro es un tono un poco más verdoso. Sus ojos calman hasta el mar mas agitado, y de hecho, la mayoría de los miembros de esta familia

tienen ojos bastante profundos y peculiares. Cada uno transmite algo distinto. Pero, los de Marcus son otro nivel. El tiene una mirada que transmite paz y seguridad con tan solo mirarlo, tanto que el mas vil de los pecados, termine como un mísero granito de sal ante su compresión.

Volviendo a centrarme en la situación actual, Marcus, luego de ver que accedí a no ser tan dramática, me deja ir, dejándome libre de sus brazos. Yo le sonrió por ultima vez, antes de seguir caminando por el largo pasillo mientras escucho como Marcus entra nuevamente a la habitación.

El siguiente cuarto al lado del de Dereck, es el de Henry. El cual esta abierto de par en par, ya que probablemente ya se haya ido a su entrenamiento de natación. Esta olimpiada es muy importante para el, tanto que no deja de entrenar un solo día, equilibrando a la perfección su dedicación entre la natación y el trabajo en la empresa.

Pensando en ello, sigo caminando a lo largo sin detenerme en la habitación de Henry, fijándome en mi siguiente destino: La habitación de Anthony.

Esta está ubicada en la misma pared que la mía y la de Marcus, quedando justo frente a la de Henry.

Me detengo frente a ella y toco la puerta una vez. Normalmente Anthony siempre esta despierto desde temprano, pero no sale de su habitación hasta las 10:00 AM. El sabe perfectamente que a estas horas soy yo quien llama a su puerta siempre, ya que, al instante me responde, dándome permiso a pasar.

Soy la única que viene a molestarlo a estas horas:

— Pasa, Alice. — Dice susurrando. Al pasar la puerta, puedo notar por que susurraba; a su lado estaba el pequeño Iasion, dormido en un sueño profundo. Su pelo estaba ligeramente despeinado, cayendo sobre sus ojos azules ahora cerrados. Dormía como un angelito, teniendo ya 11 meses con nosotros. La casa a sido un va y ven de

risas con Iasion aquí, ya que cada día sabe más cosas y es cada vez mas travieso y alegre. Nada que ver con su padre.

En esos momentos en los que Iasion se dispone a tratar de jugar con nosotros y hacernos reír con sus ocurrencias, me recuerda al 100% a Marcus. Pero, en otros momentos cuando esta calmado, sin llorar y sumamente concentrado en aprender a armar un nuevo juego o algo por ese estilo, me recuerda completamente a Anthony.

Debo de admitir que de vez en cuando dudo quien es el padre de Iasion, ya que el logra parecerse a ambos a la perfección. Incluso físicamente. Aunque, si somos realistas, en su color de pelo y color de ojos se parece a Anthony. Pero, en sus facciones y lo ligeramente ondulado de su pelo se parece a Marcus bastante. Diría que Iasion es 60% Anthony, 40% Marcus. A pesar de que Anthony, como su padre asegura que no hubo ninguna otra intervención de genes para engendrar a Iasion.

Sin mencionar que fue una inseminación. La idea de que Anthony tuviera un hijo nos dejo a todos atónitos. Pero, al parecer la idea de tener a alguien a quien instruir que no fueran sus odiosos hermanos le llamaba mas la atención de lo que pensé.

Luego de dejar de ver a Iasion, sigo caminando hasta donde estaba Anthony, deteniéndome a unos 10 pasos de distancia de el. No necesito explicarlo... La confianza con el es similar, pero no igual a la que tengo con los demás. Aunque, debo admitir que respeto más el espacio de Anthony que el espacio de cualquier otra persona en esta casa.

— Buenos días, Señor Frost. — digo entrando en un espacio más cercano a el. Observándolo, al fondo de la habitación, sentado en su escritorio.

— Buenos días, niña. — me responde el chico de características albinas con una pequeña sonrisa de labios cerrados, mientras que aun sostiene su característico lapicero en la mano, con el que únicamente firma documentos importantes.

Me acerco a el aun más, pasando por delante de su escritorio. Noto como este ya está perfectamente vestido para su trabajo, ya que tiene su chaqueta de vestir bastante bonita y formal, perfectamente colocada sobre su escultural cuerpo, con su respectiva bufanda cubriendo su cuello de una forma simbólica. Parece que hoy hará más el papel de empresario, que el de doctor.

Con atrevimiento, me siento en la orilla del escritorio, mientras observo los papeles con una gran cantidad de números y textos escritos en ellos. Es tanto que se me hace difícil el simple hecho de contarlos.

— ¿Mucho trabajo? — hago una pregunta estúpida, sin tomar en cuenta la evidente razón por la cual hay tantos papeles sobre su escritorio.

— Siempre. — Contesta de forma cortante, como ya es de costumbre. Siempre diciendo estrictamente lo necesario, con palabras concisas y precisas, que jamás dejan la necesidad de preguntar a que se refiere.

— ¿Quieres ayuda? — digo con una sonrisa penosa.

— No. — A pesar de ya estar "acostumbrada" me sigue sorprendiendo su sequedad, tanto como para que una expresión de sorpresa levemente entristecida se forme en mi rostro. Este, al ver mi evidente reacción a su frialdad, trata de reparar lo dicho: — Te agradezco tu generosidad, pero ya estoy más que acostumbrado. — dice Anthony con una mirada penetrante. Su intento de reparar lo dicho funcionó más de lo que espere, ya que fue desvaneciendo un poco el sentimiento de "ser un estorbo" que estaba empezando a sentir.

— ¿Dormiste bien? — En realidad, esta es una pregunta retorica. Desde hace unos meses estoy empezando a conocer mejor a Anthony y fijarme específicamente en lo que es de su agrado y lo que no, sus gustos, entre otras cosas... Incluso en su evidente falta de descanso que ha estado llamando mi atención.

— Si. — responde sin más, de forma directa.

— ¿Seguro? — digo en un tono en el cual es fácil para él discernir que tengo una carrera ya completa de criminalistica a mi favor, en la cual conozco completamente el lenguaje corporal. Él se me queda viendo con una ceja levantada.

— ¿Pretendes que diga que no dormí? — dice el peli blanco, analizándome con sus penetrantes ojos color azul, tales como el mar, igual de profundos y misteriosos.

— En realidad, sí. — digo sin quitar mis ojos de encima de él. Este solo dura unos segundos antes de levantarse de su silla y quedarse parado frente a mi. Nuestras miradas están en una discusión de razones, notándose así la inmensa diferencia de tamaño entre el y yo, pero, eso no es una acción precisa para intimidarme.

Luego de no poder mantener el contacto visual por mucho tiempo, debido a su evidente cansancio, decide admitir su derrota, mientras asiente ligeramente con la cabeza, dándome la razón sin necesidad de palabras. Estaba mas que agotado de su trabajo, y se notaba justo en estos momentos, cuando no lleva mucho tiempo de haberse despertado.

— Deberías tratar de dormir mas... — digo acercándome aun mas a el, rompiendo cualquier distancia existente entre nosotros.

— Es mas complicado que solo ampliar mis horas de sueño, Alice. — dice sin desprender su agotada mirada de mis ojos.

— Lo entiendo perfectamente. Pero, aun así no le quitas argumento a mi punto. Debes tomarte unos días de descanso. — hago una pausa para tomarme el atrevimiento de colocar una de mis manos sobre su pecho, y parcialmente hacia su cara, para incitarlo a descansar su rostro sobre mi mano. Este lentamente va cerrando los ojos apoyándose en mi mano un segundo.

— ¿Hace cuanto no te tomas un descanso, y te diviertes haciendo algo que de verdad te guste? — digo acariciando su mejilla.

— ¿Te refieres antes de que naciera Iasion o después? — dice el peliblanco abriendo con esfuerzo uno de sus ojos.

— ¿Te tomabas descansos antes de tener a Iasion? — pregunto frunciendo el ceño.

— No. — responde de forma distante

— ¿Entonces...? — digo dejando el espacio abierto para que responda.

— No lo se.

Mis labios se curvan con cierta tristeza reflejada en ellos. Anthony tiene orejas debajo de sus ojos, y los mismos están bastante irritados, como si necesitara un buen descanso. Imagino que desde hace años no toma un descanso, y ahora mucho menos que tiene que ser padre de Iasion, jefe, doctor, empresario y sobre todo, hermano de 5 chicos que no son nada fáciles de sobrellevar.

A través de mi mirada me comunico con el, trasmitiendole cierta paz desde lo mas profundo de mi ser. Nuestro contacto visual le ilumina el alma, haciendo que me motive a querer verlo sonreír ligeramente de nuevo, y que ignore un segundo su cansancio. Así que, opto por hacerle una mueca con la lengua afuera para causarle una sonrisa. Esta acción lo deja confundido, frunciendo el ceño.

Me sentí estúpida por hacer dicha acción, hasta que una carcajada se deja escuchar en su garganta, mientras sus pómulos se levantan, viéndolo así sonreír sutilmente con una expresión mas alegre, sin quitar ni un segundo su característica ceja levantada, dándole un aire un tanto arrogante.

— Esta bien, niña. Pronto me tomaré un descanso. — su sonrisa me ilumino, y antes de tan solo pensarlo, me abalanzo sobre el para darle un fuerte abrazo. Este no reacciona al primer instante. Pero, luego, poco a poco va colocando una de sus manos sobre la parte superior de mi espalda.

Acaso... ¿me esta abrazando?

¡SI! ¡Anthony White me esta abrazando!

Casi chillo de la alegría al sentir su cariño tan poco palpable diariamente. Poco a poco este se fue soltando del abrazo, para poco

a poco alejarse lentamente.

Y así es, aquí tenemos de vuelta al Anthony que todos conocen. Seco, distante y de pocas palabras. En resumen, una piedra ejecutiva.

Por lo menos lo hice sonreír, y eso vale la pena.

— Debo irme, aun me falta darle los buenos días a Erick. — digo mientras camino hacia la puerta.

— Ok.

Lo miro de reojo al oír su respuesta tan seca. Me paro frente a la puerta y me volteo bruscamente mirando a Anthony, para volver a hacer la misma mueca que hice antes, provocando otra pequeña sonrisa en los labios de Anthony:

— Hasta luego, amargado.

— Adiós, niña.

Salgo de su habitación, cerrando la puerta después de mi...

Aún tengo en la mente que Anthony debe darse un verdadero y merecido descanso. Aparte de que no me sorprende en lo absoluto que siempre esté dando el todo por el todo y nunca haya tomado un descanso. Siempre me sorprendo de que el no demuestre el mas mínimo rasgo de estrés frente a los demás, ya que, el es uno de los que mas trabajos tiene sobre sus hombros.

Anthony tiene una cadena propia de hospitales llamada White Friedman Health Clinics. Es un gran doctor, empresario y negociante ya reconocido estatalmente. Sin contar que es uno de los jefes mayoritarios y directores de la nueva empresa familiar. Y ni hablemos de sus hobbys como el automovilismo y practicar esgrima, en los cuales el es todo un profesional. Y aun sí nos vamos a áreas más de artes, también tiene una afinación auditiva al tocar piano que ni hablar.

El es otro de los miembros de esta familia con miles de cosas a las cuales sacarle provecho, y en las cuales destacar.

Vaya chicos tan perfectos y complicados a la vez.
Ellos son tan imperfectamente perfectos.

Noto como al final del pasillo se encuentra mi baño, vacío como siempre. Ya que,
todas las habitaciones de los chicos tienen baños propios, excepto la mía, que era la de huéspedes antes de vivir aquí.

En realidad no tengo problema de ir al baño del pasillo. Además de que es una excusa mas para darle los buenos días a todos mis chicos y pasar a molestarlos cada mañana. Aunque Anthony consideró seriamente el hecho de hacer un baño en mi habitación para que tenga más privacidad. Yo me negué, ya que no había necesidad de gastar dinero en eso sí no me costaba nada ir al baño del pasillo, aparte de que otro punto a mi favor es que soy la única que lo utiliza ¿Por que tendrían que hacer otro? No es necesario.

Sigo mi camino por el pasillo hasta llegar a la última habitación en la línea de recámaras, desde mi cuarto, al de Anthony: esta habitación era la de Erick.

Puedo decir que con Erick me llevo bastante pesado. Quiero decir, ambos hacemos bromas muy pesadas, hablamos del otro con un odio fingido, y ni hablemos del respeto que nos tenemos, por que eso ni siquiera existe.

Abro la puerta de la habitación sin siquiera tocar la misma. Al entrar no tardo en ver a Erick durmiendo plácidamente sobre su cama. Mis ganas de despertarlo de un susto crecieron de formas colosales dentro de mi.

El pelinegro de ojos azules estaba completamente tirado boca abajo sobre su cama, con tan solo una sábana cubriendo la parte inferior de su cuerpo, dejando su fornida espalda completamente expuesta. Mirando su cuerpo noto 10 cicatrices en su espalda que sobresalen entre las demás. Son las mas grandes que he visto sobre el.

Erick fue a la guerra hace unos cuantos años atrás. Desconozco la razón de ello, solo sé que cuando estaba a punto de ascender a capitán de tropa, este decidió dejar todo aquello enterrado en un

hoyo sin fondo; con esto quiero decir que jamás quiso volver a aquella vida, dejándola atrás por completo.

Evidentemente puedo encontrar múltiples marcas en su cuerpo, aunque este, a pesar de la evidente razón de las mismas, las muestra sin problema alguno. Este no parece estar contento de su pasado, pero no tiene miedo de decir que fueron causadas allá. Aunque nunca abarca demasiado en el tema, y menos con personas que considera irritantes y demasiado curiosas. Osea yo.

De un momento a otro, un extraño ruido dentro de la misma habitación de Erick me desconcierta. Este provenía del armario del mismo cuarto. Una mirada llena de sospechas por mi parte cae sobre dicha parte de su habitación. Camino lentamente pensando en las cosas por las que quizás estuviera sonando algún ruido dentro del armario de Erick:

¿Henry volvió a quedarse atrapado tratando de robarle sus pantalones de cuero a Erick?

No, no creo que sea eso. Henry ya debió haberse ido hace muchísimo tiempo, conociendo lo comprometido que esta con sus entrenamientos.

¿Alguno de los perros de Henry quedaron atrapados dentro?

No... No puede ser eso, los perros están en la primera planta, y nunca suben a menos de que alguien los traiga aquí. Y definitivamente Erick no haría eso, menos con los perros que Henry rescata de las calles.

Entonces... ¿Qué es lo que suena allí dentro?

Me acerco a la puerta de su inmenso closet discretamente, para luego abrirla de golpe y ver de donde provenía el ruido:

— ¿Lissette? — digo frunciendo el ceño al ver a mi amiga sentada en el suelo, aparentemente tratando de esconderse.

— H-Hola Aly... — dice Lissette escondiendo su cuerpo detrás de un montón de ropa — Y ¿Qué haces aquí?

— ¿No debería ser yo la que pregunte eso? —digo cruzándome de brazos.

— ¿P-Por que lo dices? — esta tratando de actuar normal. Evidentemente está nerviosa.

— Bueno, en primer lugar... — digo apuntando a inmenso closet — Estas encerrada en el closet de Erick.

— Solo buscaba ropa para lavarla. — dice sonriendo tímidamente mientras sigue escondiendo su cuerpo tras el montón de ropa.

— Entonces... ¿Por que no sales de ahí atrás y te dejas ver? — levanto una ceja mientras hablo. Esta simple acción me trae a la mente la característica expresión de Anthony.

— Y-yo... Ammm... — tartamudea sin saber que decir. Yo me voy acercando a ella lentamente mientras ella da pasos hacia atrás, hasta que chocar con otro grupo de ropa y caer de espaldas.

— ¿Me dirás que solo viniste aquí para probarte ropa de Erick? — digo sarcásticamente.

— SI si, e-exactamente. — dice acomodando ropa a su alrededor, tratando de taparse con la misma.

— No te creo. — digo con una enorme sonrisa en la cara.

— ¿¡Por que no?! — la miro detenidamente mientras analizo su cuerpo con lentitud, antes de sonreír ligeramente, con la respuesta a mi duda: — Tuviste sexo con Erick otra vez.

Noto como Lissette abre los ojos como platos sin saber que decir. Poco a poco esta se levanta con lentitud, dejándome ver su cuerpo únicamente cubierto con una camisa bastante bonita de color blanco, aparentemente es lo único que trae puesto aparte de sus panties. Era evidente a quien le pertenece dicha camisa.

— ¿Fue bueno? — digo sonriendo.

— Como no tienes ni idea...

— ¿Del uno al diez?

— Once. — un suspiro de felicidad sale de entre sus labios.

— No me sorprende, al final... — digo con una sonrisa cómplice — fue Erick. — decimos ambas al unisono mientras reímos ante su situación.

— Me quede encerrada tratando de esconderme de ti. Sabia que vendrías a darle los buenos días, así que me metí aquí. No sabia que quedaría encerrada. — dice con una sonrisa llena de vergüenza en su rostro, dejando ver un sutil sonrojo por su parte.

— Tranquila, no es como si fuera a salir a decirle a todos que te acostaste con Erick... — hago una pausa... — OTRA VEZ. — Enfatizo en dichas palabras para molestarla.

— ¿Otra vez? — hace un énfasis en dichas palabras con una mirada llena de duda.

— Así es. — digo con una enorme sonrisa en la cara.

— ¡¿Cuantas veces se supone que llevas contadas?! — dice aun avergonzada.

— En esta semana... — hago una pausa para fingir que pienso en mi respuesta, cuando en realidad está mas que clara — Llevas cuatro veces en esta semana.

— ¿¡CUATRO VECES YA?! — Veo como Lissette se pone de todos los colores sean posibles en sus mejillas.

— ¿Por que te sorprende? — digo riendome.

— No lo se... Solo es que, últimamente es mas apegado a mi de lo que pensé que jamas seria. — hace una pausa, tocándose su cuello con lentitud como si le doliera. Miro detenidamente el mismo, para ver una marca roja sobresaliendo en el mismo; un chupón.

— Parece que ya se acostumbro a tenerte y no quiere dejarte. — digo con mi sonrisa imborrable, apuntando a su cuello. Ella mira el mismo con detenimiento, sin entender mi punto. Esta se levanta y se dirija a un espejo que se encuentra dentro del inmenso closet, y ve allí a lo que me refería. Lissette, en vez de sobresaltarse, una sonrisa boba cae sobre su cuello, mientras baja la mirada y cierra los ojos

unos segundos. Parece estar recapitulando lo que paso la noche anterior.

Verla así me llena de felicidad. Erick poco a poco accede al compromiso de estar solo con ella, admitiendo en varias ocasiones y de forma indirecta que la ama. Siempre le insisto a Lissette en que tenga paciencia con el, ya que, no han pasado cosas buenas en lo que al amor se refiere en su vida. Ella lo ha comprendido y a sido paciente, y podría decir que su paciencia es lo mas grande que hay en este mundo, y eso le ha dado frutos maravillosos, entre ellos; Ganar poco a poco el amor incondicional del irascible Erick White.

— ¿Hay alguna señal de una relación? — digo mirándola atentamente.

— En realidad, por ahora no...

La miro detenidamente, notando que mi comentario hizo que se apagara la luz de alegría en sus ojos, cayendo bruscamente en la realidad. Trate de consolarla como pude, tratando de que entienda como es Erick:

— Sabes como es, Liss. Dale tiempo...

— Ya lo se... Pero a veces, no puedo evitar ser negativa al respecto. Siempre siento que solo me busca para...ya sabes. — suspira un segundo —Esto es extraño, a veces pienso que el me quiere y que de alguna forma esta apegado a mi, pero luego desaparece ese afecto por un tiempo y me aleja de él.

— No Liss, no pienses eso. Sabes que después de lo que pasó, este pone límites contigo para no culparse por lo sucedido.— hago silencio para evitar mencionar lo evidente.

Lissette estuvo embarazada de Erick sin saberlo y perdió el bebé, por ende, el tema de ellos con eso es algo delicado. Digamos que Erick no puede acostumbrarse a esa idea, aunque aún no consigo el momento ideal para hablar con el al respecto.

— Ya lo se, ya lo sé... Odio pensar que el puede llegar a tratarme con pena después de eso.

— Lissette, ya basta. — digo con evidente incomodidad en mi voz. Algo dentro de mi se sentía culpable por todo esto. Tengo que hablar con Erick sobre esto lo más pronto que pueda. Lissette no debería estar dudando de su entrega, y el hecho de que lo haga, es culpa de la distancia de Erick.

— Está bien...

Le doy un abrazo fuerte a mi amiga mientras pienso en todo lo que debe estar pasando por su mente. Quisiera tener más palabras alentadoras que decirle pero no tengo nada, ya que no he hablado con Erick sobre esto desde hace meses.

Lissette y yo caminamos sigilosamente por el closet de Erick, con la intención de salir de su cuarto sin que esté nos viera. Logramos salir luego de dejar de respirar por unos segundos para hacer menos ruido.

— Ve a mi habitación a cambiarte de ropa, puedes tomar la ropa que quieras, aunque no prometo que toda la ropa que haya allí sea mía.

Lissette me mira algo confundida, por lo que concluyó dándole más información:

— Muchas veces tomo ropa de Marcus sin avisar y pues, me las quedo para mí, tiene tanta que a veces no se da cuenta y me aprovecho de ello. — Lissette calma su mirada ahora entendiendo lo anteriormente dicho: —Ve a cambiarte Liss, para que no andes por la casa solo con la camisa de Erick encima. — digo con una sonrisa burlona.

— Está bien, Gracias Alice... — siento sus brazos cubriendo mi cuello.

— Siempre, Liss.

Luego de soltarme de su abrazo, me despido de ella para ir en dirección al baño, para por fin, luego de mi larga jornada matutina, poder bañarme.

Me propongo dejar de pensar en cosas seculares por ahora y centrarme en que llegaría tarde a mi trabajo.

Paso por la última puerta del pasillo antes del baño, siendo esta la habitación de Jake. Al verla por encima, siento como los recuerdos de él invaden por completo mi mente nuevamente, era algo inexplicable que detestaba a niveles colosales.

Ya déjame en paz.

No puedo esperarte para siempre, Jake *White*...

Tengo que continuar, contigo o sin tí.

Cito esas palabras constantemente mientras doy mis últimos diez pasos para llegar al baño.

Al entrar al baño no tardo en cerrar la puerta luego de entrar y mirarme en el espejo.

El tiempo ha pasado ya...

Debo dejar de estar estancada en el pensamiento de que un posible mensaje suyo arreglará 9 meses de ausencia.

Empiezo quitarme la ropa, para luego meterme a la ducha directamente sin muchos rodeos, mojando mi cuerpo por completo.

Tomo unas gotas de shampoo y lo disperso por mi pelo ya mojado, haciendo masajes en la parte superior de mi cráneo.

Mis dedos se paseaban por mi cabello ahora color castaño, con ligeros rastros de aquellos reflejos rubios que una vez tuve. Charlotte es quien siempre trata mi pelo, por ende, cuando esta notó que dicho color era de mi agradado, decidió mantenerlo solo en mis puntas, dándole un toque de luz a mi cabello.

Mientras el agua cae sobre mi cuerpo y aleja la tensión de el, pienso en muchas cosas en las que no quisiera pensar nunca, pero lo hago siempre.

¿Por que no intento nada con alguien más?

¿Aún no superó a Jake?

Soy una estupida si pienso que el algún día volverá para estar conmigo.

Se fue Alice, ya tendrías que haberlo asimilado.

Debo de empezar nuevamente, y creo que hoy es un día ideal para hacerlo...

Me recompongo maduramente de aquellos pensamientos tan abrumadores, concentrándome en que ya era hora de apresurarme si quería llegar a tiempo a trabajar.

Y, por raro que parezca decirlo, mi trabajo es maravilloso...

Uno de mis sueños se esta cumpliendo ahora, cuando empece a trabajar en el precinto 99th de Los Ángeles. Gracias a Noah, el guardaespaldas de mi madre adoptiva, pude entrar sin problemas, aparte de que en dicho precinto era donde trabajaba Steve, un viejo amigo que a pesar de sus grandes errores, recuerdo con cierto cariño y visito con frecuencia. Ese precinto fue justo donde él mismo compartió mi hazaña como "medico" en el callejón. Dicha azaña la considero más como un milagro, ya que, jure que ambos morarían en mis manos.

Solo de recordar ese día me dan escalofríos.

Pero en general, el precinto es maravilloso. Soy directora de investigación y laboratorio, lo cual es un puesto bastante reconocido. Soy una de las cabezas del precinto, lo cual es bastante halagador, y en otras tantas es más que estresante. Pero, son gajes del oficio.

Luego de lavar mi cuerpo junto con el jabón y el agua, salgo de la ducha y me envuelvo en una toalla, para luego de secar mi cuerpo con la misma, salir del baño cerrando la puerta del mismo después de mi.

Camino hacia mi habitación sin detenerme u distraerme con nada más, sentía algo que me decía que tenía el tiempo encima.
Entro a mi habitación y busco en mi closet rápidamente mi "uniforme".

Llevo puesta una chaqueta azul algo larga, llegando hasta el inicio de mis muslos, y cubriendo mis brazos hasta mis codos, manteniéndola remangada hasta allí. Debajo de la chaqueta tengo una blusa blanca cubriendo mi torso, y unos pantalones azules al igual que la chaqueta bastante cómodos, dándome una forma en las

piernas bastante linda. Por último, para completar el atuendo, unos tenis color blanco con la suela de los mismos especializada para caminar. Suelo caminar mucho por el precinto completo, así que, al comentarle mi evidente dolor de pies a Anthony, este no dudo en aconsejarme usar tenis. Al final, el sabe mejor que nadie como se siente, ya que es Doctor.

Mi uniforme es bastante único, ya que, soy la única persona en el precinto que hace doble papel de trabajo; soy médico forense y detective. Una combinación bastante completa.

Pongo sobre mí una cinta cubriendo mi cuello, de la que colgaba mi identificación del precinto;

Directora de Lab y Investigación.
Detective & Dr Alice Jill.

Al ver dichas menciones en la identificación, pienso en que de verdad mi apellido a sido una verdadera odisea en estos meses.

Una vez White, otra vez Jill, luego Ivanov, y quien sabe...

Actualmente investigue con mi padre adoptivo Dimitri Ivanov, el nombre y apellido de mis padres biológicos.

Lo busqué con Dimitri ya que el era el mejor amigo de mi difunta madre , quien me cuidó mientras estaba en la cárcel. Nunca quise saber nada más sobre su encarcelación, ya que no quiero seguir abriendo puertas hacia el pasado. Ya fue suficiente haberme tirado el misterio de Joseph White sobre mis hombros por completo.

Lo único que quería saber era sus nombres, que junto con mi padre adoptivo, los descubrí:

Leonard Jones y Samantha Howland.

Así que... mi nombre verdadero sería:

Alice Grace Jones Howland.

Pero, preferí quedarme simplemente con Jill para evitar preguntas incómodas de cualquier persona tan curiosa como yo. Ese tema de mis apellidos es algo que gracias a mi alto no ha salido a la luz, por

qué de ser así, abriría otra odiosa puerta hacia el pasado que no deseo recordar.

El mundo me conoce como Alice Jill, hija adoptiva de la difunta Selena Jill, quien fue esposa del también difunto Joseph White.

Otro dato curioso es que ninguno de los dos está muerto en realidad...

Es chistoso como las mentiras salen a la luz sin siquiera buscarlas. He vivido nadando en mentiras desde que nací, y incluso el chico que más amé hizo lo mismo conmigo, haciéndome pensar que de verdad me amaba tanto como decía.

Eso es gracioso... creo.

Camino por mi habitación buscando mis accesorios, dejando de lado todos mis pensamientos conspiradores. Agarro con mi mano un sujetador de pelo negro y me lo coloco, junto con unos aretes pequeños y sutiles en mis orejas. Luego, como última cosa, tomo mi reloj de muñeca y me lo coloco, tomando así mi mochila para salir de mi habitación con ella en manos.

Corro por el pasillo con destino a la cocina, solo para buscar una botella de agua e irme.

Al bajar corriendo las escaleras, llego a la cocina con la respiración vuelta un desastre, dándole así un tremendo susto a quienes se encontraban en ella.

Lissette, Charlotte y Aiko me miran asustadas pensando que algo pasaba, mientras yo respiraba de la forma más agitada posible, tratando de regular mi respiración.

No sé para qué corrí de esa forma...

— ¿Ocurre algo? — dice Charlotte mirándome de reojo.

— No, en realidad no. —digo recuperando el aliento, — Hola chicas...

— Adivinooo... ¿Otra vez llegarás tarde? —dice Aiko acercándose a mi para abrazarme. Desvió su abrazo haciendo que ella se sujete de mi cintura.

Camino entre ellas con Aiko colgando de mi cintura como si de un mono se tratara.

— Bueno, ¿por qué no mejor hablan de la gran coincidencia de que todas estamos juntas aquí en la cocina? — digo cambiando de tema.

— A pesar de que Alice evidentemente quiere evitar el tema de su irresponsabilidad... — dice Charlotte mirándome levantando una ceja — Tiene razón, llevamos varias semanas sin hablar entre chicas.

— ¿Por qué no hacemos una salida soooolo de chicas? — pregunta Lissette con una sonrisa alegre.

— ¡Buena ideaaaa! —dice Aiko en un último intento de no caerse de su agarre. Yo al ver esto, me sacudo lo suficiente para que caiga al suelo y poder correr a buscar mi botella de agua. — Pero solo de chicas, sin chicos por favor. — concluye Aiko mirando de reojo a Lissette y a Charlotte.

— ¿Por qué me miras así? — dicen ambas al unisono.

— Por qué ustedes son las que siempre se la pasan saliendo con sus maravillosos novios... — digo tomando un trago de mi botella de agua.

— Eso no es cierto... — dice Charlotte bufando: — Marcus ni siquiera es mi novio.

— ¿No lo es? — digo mirándola fijamente: — Oh perdón chicas, Marcus me pidió que lo acompañará a hacer unas cosas en su apartamento está noche. — digo imitando su voz de la forma más chillona posible. — ¿Se te parece a alguien?

—¡Yo no hablo así!— insiste Charlotte con los brazos cruzados. — Pero, si así fuera me disculpó con ustedes chicas... — la miro de reojo con una sonrisa complice.

— Bueno, ¿Aún así podemos hacer la salida de chicas en esta semana? — Pregunta Lissette.

— Claro, pónganse de acuerdo y me dejan saber. — digo metiendo la botella de agua en mi mochila.

— ¿En serio te vas ya? Faltan 30 minutos aún. — dice Aiko metiéndose una manzana a la boca.

— ¿Hablaremos de algo interesante para que me motive a quedarme? —digo levantando una ceja.

— Claro, claro... — dice Lissette mirando a las otras chicas paradas a su lado buscando apoyo para un tema de conversación. Ellas la miran perdidas sin saber que decir, yo me quedo mirandolas esperando un tema, hasta que algo se me ocurre:

— Bien, y ¿Cómo durmieron?— pregunto apoyando mis codos de la isla de la cocina. Aiko mira inocentemente a Lissette y a Charlotte esperando su respuesta. Lo que no sabe es que ambas tienen algo en común que les ocurrió anoche; tuvieron sexo.

Si tanto les gusta hablar de mi irresponsabilidad abiertamente, veamos si a ellas les gusta hablar de sus orgasmos también.

— Yo... Dormí muy bien de hecho. — Dice Charlotte desviando la mirada a su vaso de jugo.

— I- Igualmente... — dice Lissette sin desviar su mirada de la mía, suplicando que no salga información de mis labios.

— Oh vaya, y ¿Tienen alguna recomendación para dormir tan plácidamente? — digo sonriendo mientras las analizo firmemente.

— No... No, no... — dice Lissette moviendo sus dedos de una forma bastante inquieta. Charlotte la mira fijamente para que disimule su nerviosismo, pero eso es algo imposible de aplacar en Lissette.

— ¿De casualidad no tomaron algo de vitamina P...? — digo entrelazando mis dedos frente a mi barbilla, para apoyar mi cabeza sobre ellos con una mirada pícara.

— ¿Vitamina P? — Pregunta Aiko mirándome.

— Alice, ya... No es gracioso. — dice Lissette mirándome, compartiendo la misma mirada que Charlotte, quien me mira con los ojos más abiertos que dos ventanas. Parece recién haberse dado cuenta que se perfectamente que ya ambas tomaron su dosis de vitamina P anoche.

— Para mi si lo es. — digo sonriendo.

— Explíquenme que está pasando por Dios. — dice Aiko como siempre, más perdida que la una.

— Bien, te explicaré... — digo sonriendo, mientras me preparo para salir corriendo por la puerta: — Liss y Char tuvieron sexo anoche con sus maravillosos novios. — recalcó en el "maravillosos" con una voz bastante irritante.

— ¡Por un demonio, Alice! — siento la voz de Charlotte explotarme un tímpano.

— ¿Así que tuvieron acción y se han osado a contar cómo fue? — dice Aiko actuando ofendida.

— Aiko, nosotras... — dice Lissette intentando salvarse del dramatismo de Aiko, pero he de decir que eso es imposible de lograr...

— Amigas falsas... Las perdonaremos, solamente si me cuentan con detalles lo que pasó. — Aiko interrumpe a Lissette diciendo aunque palabras, de mi parte solamente se escuchan carcajadas causadas por las caras enrojecidas de Charlotte y Lissette al ver Que no les quedaba más opción que dar detalles sobre lo sucedido.

Así que, sin dudarlo dos veces, comienzan a darnos detalles sobre su noche, cada uno ayudándose con las palabras utilizadas por la otra anteriormente, ambas hablando con cierto grado de vergüenza.

— Vaya vaya, ya decía yo que con ese cuerpo no podía esperar menos de Marcus. — dice Aiko comentando por un lado.

— Ciertamente, no me imagino el tamaño que debe de tener. — digo riendo.

Las chicas se me quedan mirando de forma extraña, hasta que comprendo la razón:

— ¡Malditas depravadas! Hablo del tamaño de su estatura, por un carajo. — grito.

— Alice, me vas a decir que no te parece que debe traer un buen juguetote. — dice Aiko mirándome.

— Ah, yo no lo sé, pregúntale a la dueña del juguete. — digo mirando a Charlotte riendo.

— Digan lo que quieran... Aparte, lo único que puede hacer un tamaño grande es doler.— dice Charlotte sin poder sentarse cómodamente. Rio a carcajadas casi muriendo de la risa, al ver ante mí su dificultad.

— Pero valió la pena ¿O no? — digo aún sonriente.

Charlotte solo me mira fijamente mientras sus ojos se iluminan por una milésima de segundo, aparentemente recordando lo sucedido, y de lo que evidentemente no se arrepiente en lo absoluto.

— Imagino que todos en esta familia tienen que tener unos juguetes de película... — dice Aiko casi gritando.

— Probablemente... — digo entre risas, siguiéndole el juego a Aiko.

— Chicas por Dios, respeten. — dice Charlotte volteando los ojos.

— No te hagas la sería, Charlotte. El tamaño de ese juguete debe hacerte ver la galaxia y poco mas. En lo que menos piensas es en qué te dolera. — dice Aiko haciendo movimientos sexuales con sus caderas mientras ríe, bromeando a Charlotte.

Notó como me distraigo al ver a Lissette tratando de recoger una servilleta que se cayó en el suelo, pero se le hace imposible, por lo que la ayudo diciendo:

— ¿Tu también con dolores? — digo mirando a Lissette con una mirada pícara. Ella no responde y solo se limita a sonreír con vergüenza.

— De Erick también me lo espere, no se ve para nada sumiso. — dice Aiko mirando al techo. Me sorprende que tan solo lo cuestione. Erick no es un hombre que aparente dejarse domar por nadie.

— Creeme, no lo es... — dice Lissette susurrando. Todas reímos al escuchar su confesión.

— Eso me recuerda una chica con la que estuve una vez, juraba que era primeriza pero la primeriza termine siendo yo delante de ella. — confiesa Aiko entre risas.

— Uy, eso sí no lo cuentas, Aiko. — dice Lissette interrogandola con la mirada.

— Fue hace demasiado tiempo, casi no lo recuerdo. — se ríe mirando al techo, tratando de recordar.

— ¿Hace cuánto fue la última vez que tuvieron sexo? — digo mirando específicamente a Aiko.

— La ví hace una semana. — dice Aiko sin pelos en la lengua.

Todas gritamos al oír aquellas palabras:

— Oh, Por, Dios. — dice Charlotte mordiéndose el labio de la emoción: — ¿Algo serio?

— No, solo sexo casual. De hecho... — nos hace señas para que nos acerquemos. Al hacer lo que nos pide, ella nos susurra: — Trabaja en el Bar de Dereck.

— Rayos Aiko, la manzana no va lejos del árbol. — digo entre risas.

— Parece que no... de hecho, creo que con ella cumpliré mi fantasía...— ríe a carcajadas mientras habla.

— Y ¿Esa es...? —Decimos las tres al unisono.

— Tener un Trio... — susurra.

Charlotte se queda boquiabierta mientras que Lissette y yo gritamos como locas. En realidad, está experiencia con ellas es bastante mágica, ya que, podemos hablar de lo que sea y sabemos que todas seremos un candado mutuo y que ninguna mirará mal a otra por sus preferencias.

— Y ustedes ¿Con quién creen que cumplirán su mayor fantasía sexual? — dice Aiko acercándose a nosotras. Ya parecemos un grupo de chicas chismosas de la escuela.

— ¿Hace falta que lo diga? — dice Charlotte bufando.

— Claro. Dilo, le la más sazón a la conversación.

— Creo que cumpliré cualquiera de mis fantasías con Marcus Adam White Jill. — dice Charlotte riendo como una niña pequeña mientras

se tapa la cara. He de decir que se veía muy tierna. Todas sonreímos mientras molesta amos un poco a Charlotte con el tema.

— Y ¿tú, Lissette?

— Pues, opino que es probable que se pueda cumplir con Erick... — los nervios abundaban en su voz al hablar de el, y no necesariamente nervios malos, lo que la hacía ver muy tierna.

— Es lindo ver qué ustedes están tan unidos como si del destino se tratase. A veces en el momento menos esperado puede llegar una señal del amor de tu vida. — opina Aiko, como siempre guiandose de sus dotes astrológicos y espirituales.

Cuando estaba a punto de opinar acerca de las respuestas de las chicas, un mensaje llega a mi teléfono y me desconcierta del todo:

Carlos Rivera:
"Hola Al, buenos días. Quería saber si deseabas que pasará a buscarte para ir juntos al precinto".

Leí este mensaje una y otra vez sin parar tratando de analizar todo.

¿Sería esa una señal para empezar de nuevo?

Respondo el mensaje lo más pronto que puedo, a pesar de todo podía aprovechar la oferta para no caminar hasta el precinto:

"Claro, avísame cuando llegues. Gracias de antemano."

Por mi mente pasa la imagen de su rostro una y otra vez, recordando los momentos que vivimos juntos en el precinto, y me preguntó:

¿La salida de este ciclo sin fin, eres tú?

Sigo distraída pensando en aquello, hasta que siento como me tocan el hombro y exaltada digo:

— ¡Carlos!

—¡¿Qué?! — escucho a las chicas responder de la forma más sorpresiva que sea posible.

— Amm... — sonrió sin saber que decir, ya que, considero que estoy totalmente salida de contexto con respecto a esto.

— ¿Nos puedes explicar quien putas es Carlos? — exige Lissette mirándome con intensidad.

— El lenguaje... — dice Charlotte por otro lado tratando de que mantengamos el respeto, que en este grupo no existe.

— Si si, ahora bien ¿Quien es ese tal Carlos del que murmurabas?

— ¿Estaba murmurando? — digo abriendo los ojos como platos.

— Así es. — dicen las tres al unisono, en un tono que me hace querer que me traje la tierra.

— Es solo un compañero del precinto y nada más... — digo entre dientes.

— Y ¿por que mencionaste su nombre de la nada? — pregunta Charlotte aún con duda sobre sus pupilas.

— El me está preguntando por mensaje si quiero que me venga a buscar para ir juntos al trabajo... — digo lo más bajo que puedo, para tratar con esto de que los gritos de ellas al escuchar esto fueran más bajos. Pero, me equivoqué.

Cuando estaba a punto de gritar para que dejarán de cotillear como cotorras, escucho una voz que hace que el silencio reine en la cocina:

— Buenos días, señoritas.

Allí estaba levantado en el marco de la puerta, Marcus, mirándonos con cierto grado de gracia en su mirada.

Notó como todas se quedan en silencio solo sonriéndole y mirándolo. Por mi parte, me quedo indiferente por esta acción, hasta que me fijo más esencialmente en algo que era el evidente detonante de la actitud tan boba de mis amigas.

Marcus está en shorts deportivos, con una toalla colgando de su cuello y su pelo peinado ligeramente hacia atrás. Sus dedos están sobresaliendo de unos guantes de boxeo básico, mientras que su cuerpo brillaba ligeramente por una primera capa de sudor sobre su cuerpo. Su cuerpo está demasiado expuesto a la vista de estas tres fieras hambrientas de placer.

— Buenos días, Marc... — digo tratando de huir de mis amigas, pero la mirada de Marcus me atrapa.

— ¿Cómo les amanece, chicas? — dice Marcus bastante carismático como siempre, mientras pasa por detrás de todas para buscar un jugo en la nevera.

— Estamos bien, gracias por preguntar señor White. — dice Lissette con respeto hacia el, como siempre.

— Así es, usted tan amable como siempre. — dice Aiko sonriéndole a Marcus, este le devuelve la sonrisa de inmediato.

— Me alegra saberlo de verdad. — dice Marcus mientras toma un trago de su jugo. Al levantar el brazo su abdomen se estira dejando ver cuan formado está, lo cual es un espectáculo bastante entretenido de mirar. Su pelo un poco largo se acomoda en la parte trasera de su cabeza mientras luce su color castaño rojizo, ahora más notorio que nunca por la luz proveniente de la ventana de la cocina.

Describir físicamente a cada uno de mis hermanos es entretenido.

Creo.

Cuando termino de desglosar a mi hermano, la mirada de Charlotte no se despega de nosotras, como si estuviera diciéndonos que no nos hagamos imágenes mentales con el cuerpo de su hombre. Era bastante gracioso, ya que, según ella, no hay nada serio entre ellos.

— Hola Laurent. — dice Marcus al notar la tensión de la mirada de Charlotte sobre nosotras.

— Hola Adam. — dice Charlotte sin levantar la mirada para mirarlo. Marcus sonríe de una forma bastante tierna mientras deja un beso en la mejilla de Charlotte. — No hagas eso... — murmura Charlotte mientras trata de no dejar ver toda la felicidad que sale por sus poros al recibir este tipo de acercamientos por parte de él.

Marcus, al ver que ya consiguió quitar la seriedad del rostro de Charlotte, me mira fijamente, entre cerrando los ojos por un segundo:

— Y bien ¿Qué las tiene tan motivadas está mañana?

— En realidad, tenemos una salida de chicas y solo de chicas en esta semana.

— Vaya, ya entiendo... — dice Marcus riendo al entender que su presencia ni la de ningún hombre está permitida. — Mientras no haya nada de strippers masculinos, por mi está bien.

Al escuchar ese comentario por su parte, todas nos reímos. Charlotte solo opta por taparse la cara para no dejar ver qué esto le causaba bastante risa.

Luego de varias bromas al respecto junto con Marcus , y de un par de imitaciones femeninas de Marcus, este miro sobre su muñeca su reloj y me miró fijamente:

— Alice, es muy tarde para que vayas a trabajar a pie ¿Quieres que te lleve? — dice él mirándome algo preocupado.

Algo que siempre le he agradecido a la vida es que me ha dado unos hermanos que se preocupan por mi, aunque no sean de sangre. Principalmente hablo por Marcus, quien siempre ha metido la mano al fuego por mi cuando lo ha tenido que hacer, sin necesidad de que se lo pida.

Pero, esta vez tenía que guardar su amabilidad ya que, alguien más me haría ese favor de llevarme al precinto.

— No Marcus, ya la vienen a buscar. — dice Charlotte mirando fijamente a Marcus con una sonrisa burlona en el rostro. Este se queda indiferente mirándome, sus ojos bicolores caen sobre todos mis pensamientos, tratando de descubrir de quién se trataba, hasta que una bocina suena frente a la casa.

La bocina para ejecutar la huida del interrogatorio de Marcus.

— ¡Adiós, nos vemos! ¡Te amo, Marc! — digo mientras salgo corriendo de la casa. Ni siquiera logro escuchar su respuesta cuando cierro la puerta de la salida.

Y no me había equivocado, allí estaba Carlos Rivera en su auto esperando por mi, faltando 10 minutos para entrar al trabajo. Lo

cual en realidad es tiempo de sobra si vas en auto.

Camino con seguridad sobre mis pies, arreglando ligeramente mi pelo ya seco sobre el accesorio de mi pelo. Carlos estaba fuera del auto mirándome mientras camino, con dos cafés sobre sus manos, junto con su uniforme impecable brillando con todas sus insignias por ser la cabecilla de la policía.

— Buenos días, Alice.

— Buenos días, Carlos.

Siento un ligero abrazo por su parte dándome un cálido saludo. Su pelo rizado está perfecto como siempre, su pelo es negro y sus ojos por igual y su tez morena resalta con la luz del sol de la mañana.

Se veía perfecto.

Este me pasa uno de los cafés con mi nombre en él, y me abre la puerta para que entre a su auto, esperando a que me acomode correctamente para cerrar la puerta detrás de mí.

Luego de montarse en el lado del piloto empiezo a analizarlo detenidamente, cada uno de sus rasgos latinos llaman mi atención, junto con su personalidad que nunca analice tanto como hoy.

Creo que el si podría ser quien rompa esta fase de una vez por todas.

Nunca lo había mirando con ojos distintos, y en realidad no se por que nunca lo hice.

Quería darle una oportunidad, y hoy sería el momento perfecto para ponerlo a prueba y por fin darme una oportunidad con alguien nuevo, más interesante, y probablemente más excitante.

Quien sabe...

Capítulo 2

En el camino hacia el precinto no hubo mucho contexto en nuestra conversación. Solo hablamos de casos y víctimas para variar. He de admitir que en realidad Carlos y yo normalmente solo hablamos de temas que no tienen nada que ver con nuestra vida personal.

Para ser franca, quisiera que esto no fuese así. Carlos parece un chico bastante interesante y con muchas anécdotas e historias para contar. Así que, como soy así de curiosa, decido atreverme a cambiar un poco nuestra rutina de charla:

— Y ¿Siempre te imaginaste como Teniente?

Carlos se voltea a verme momentáneamente, aparentemente sorprendido por mi pregunta. Una ligera sonrisa se forma en sus labios al notar en mi un evidente interés por su respuesta. Al ver aquello, mi estómago dio un pequeño vuelco sobre sí mismo, y sin poder evitarlo sonrío como respuesta.

— En realidad, sí.— dice Carlos tratando de ser breve. Pero, mi mirada sobre él le da a entender que quiero más información. Este piensa unos segundos antes de continuar diciendo:

— Siempre he querido deshacer la maldad qué hay en el mundo, aunque esto sea imposible. El hecho de que ahora tengo el poder de ayudar a las personas con la injusticia de la humanidad, me motivó bastante. Pero debo admitir que nunca pensé llegar a ser teniente como tal. — termina la oración con una felicidad palpable.

— Eso es muy interesante. — confieso.

— ¿Tú crees?

— Claro. Quiero decir, — Me acomodo en el asiento para concentrarme en nuestra conversación. Quiero que note mi interés por mantener la conversación viva:

— Es interesante saber cual es tu motivación para hacer esto todos los días.

Carlos me sonríe abiertamente mientras me analiza con la mirada. Parece disfrutar de mi iniciativa en la conversación, por lo que también da señales de interés:

— Y la tuya, ¿Cuál es?

Su pregunta me desconcierta, atrapándome con las guardias bajas ante aquella pregunta tan prometedora. Cálculo una respuesta más de una vez, pero no consigo encontrar ninguna que no incluya la mentira que estuve viviendo hace menos de un año. Así que, para evitar entrar en detalles —y prevenir mencionar que soy la hija adoptiva de dos narcotraficantes— accedo directamente a la respuesta más sencilla y efectiva de todas:

— Supongo que soy buena desmantelando cosas. — digo incluyendo un tono de voz con cierto orgullo en mi pronunciación.

Veo como Carlos deja salir una carcajada, dejándose llevar por mi ironía. Al verlo así, no pude evitar reírme junto con él. Parece que al final mi respuesta si funcionó — y en todo caso, tenía más de una historia que contar para demostrar que si soy buena en lo que hago, sin delatar mi ascendencia — Carlos estaba creyendo en que simplemente lo mío es un talento innato. Y en realidad, creo que si lo es.

— Vaya que eres especial, Alice.

Al escuchar aquellas palabras, no pude evitar sentir como mi cuerpo respondía enviándome un escalofrío por todo el cuerpo.

— ¿Por qué lo dices?

— No lo se. Solo digo lo que siento.

Su simple comentario hizo que todos los vellos de mi cuerpo se levantaran. Intercambio con él una mirada rápida que me llena de su ternura y fragilidad por debajo de ese traje tan escandaloso y de carácter tan superior. Sus ojos marrones son profundos, siendo casi imposible ver sus pupilas. Estos dejaban mucho que decir, su mirada era muy misteriosa para mi, y no necesariamente de una forma mala.

Sentía la fuerte necesidad de descubrir cada faceta de él. Ver que esconde ese traje fuera del trabajo. Ver al verdadero Carlos, y no a mi compañero de trabajo él distinguido Teniente Rivera.

— ¿Qué harás esta noche? — digo con los ovarios bien puestos y mi iniciativa por las nubes.

Mi pregunta lo toma por sorpresa. Pero, no parece incomodarle, ya que una sonrisa bastante hipnotizante se pinta sobre sus labios.

— ¿Qué tienes en mente?

— ¿No estas ocupado?

— *Noup*. — dice en un tono infantil.

— Eso es extraño. Eres un teniente policial, Carlos. Deberías estar ocupado siempre.

— ¿Ocupado para perder la oportunidad de salir con la Detective Jill? Eso sería una estupidez. — noto un tono burlón en su voz. Lo que me hace sonreír. Lo noto muy interesado, por lo que digo:

— Entonces, ¿Está noche?

— Ya sabe mi respuesta, detective.

— ¿A las 8?

— Estoy de acuerdo, — una sonrisa se deja ver entre mis labios al notar su disposición — ¿Le parece si paso por usted?

— Si, me parece perfecto. — finjo serenidad, pero en realidad estaba dando la ultima de mi misma. Quiero decir... Carlos está siendo demasiado amable conmigo y dispuesto — como siempre —y es posible que no me haya equivocado al pensar que algo con él pueda salir bastante bien. Esta cena juntos puede ser el inicio de algo que si valga la pena, dándome las oportunidades nuevas que tanto añoraba.

— Y ¿donde quieres ir? — preguntó aún con su mirada centrada en el panorama.

— Hablaremos de esto detenidamente esta tarde ¿Está bien?

— Claro, como usted ordene.

Su cordialidad me hace reír. Suele hacerlo siempre, haciéndome sentir como si fuera superior a él en muchos aspectos. Cuando en realidad, su puesto está por encima del mío. Noto entre risas que este decide colocar un poco de música. Más específicamente una salsa, la cual me hace entre cerrar los ojos. Me fijo más en sus facciones como nunca, al igual que en su porte y su posición actual.

Cuando maneja con una mano no puedo evitar verlo detenidamente. Es una acción que se ve más sexy de lo que jamás creería. En un momento determinado notó como empieza a cantar la canción que este puso, con unas entonaciones y movimientos que me hacen preguntar:

— ¿Eres latino?

— *Aseré ¿Qué bolá, mami?* ¿Ya lo dudabas?

Me río a carcajadas al escuchar su pronunciación cubana por todo lo alto. Casi caigo muerta al suelo, no me lo podía creer ni un poco. Efectivamente no sabia absolutamente nada sobre el. Ya se me hacia extrañamente curioso ese color bronceado completamente natural que trae su piel, más los rasgos latinos de su cara y cuerpo.

El sigue cantando dicha salsa a todo pulmón mientras lo veo y no me lo creo. Nunca me lo imagine en estas circunstancias, pero debo de admitir que el traje de policía y el semblante serio que lleva para todos los lugares — para imponer frialdad y neutralidad — le disfrazaba muy bien todo esto.

— ¿Sabes bailar salsa?

— No te muestro mis pasos prohibidos por que estoy conduciendo. — dice mientras porta una sonrisa que me deja embobada por más de un segundo.

— No me lo puedo creer... — digo en voz baja, mirando como este mueve su cuerpo con cierto *sazón caribeño* corriendo por su cuerpo, — Y, ¿Naciste en Cuba?

— Efectivamente. Pero, parte de mi familia se mudó a Miami, la otra parte aún sigue en Cuba. Vinimos buscando una mejor vida, pero aún era muy pequeño para entenderlo cuando vinimos.

— ¿Qué edad tenías cuando vinieron?

— Unos 10 años.

— Sí que eras pequeño aún. Con razón no lo mirabas de esa forma.

— *See*, pero mi madre me ayudó mucho a asimilar todo esto.

En mis ojos se nota un pequeño brillo de curiosidad que me consume, — quería que me hablara de su familia, sus constumbres, tal vez de Cuba si este la recordaba con frecuencia, o muchísimo mejor, que me hablara más con aquella jerga cubana que me causaba tanta curiosidad — Carlos es como una caja de sorpresas, Tan intrigante... debo admitirlo, esto de resolver misterios como trabajo me ha causado un verdadero conflicto en mi día a día. Ya que, quiero averiguar todo sin quedarme con una sola duda.

— Debería llevarte a conocerla, es un amor. — dice Carlos sacándome de mi nube de pensamientos. Me toma por sorpresa su comentario. No pude evitar sentirme feliz inexplicablemente.

—¿Crees que le agrade?

— Claro. Eres inteligente, carismática y hermosa ¿Qué más agradable que eso?

— No digas esas cosas, por favor . — digo tratando de evitar que la sonrisa boba que estaba a punto de formarse en mis labios se deje ver.

— ¿Acaso estoy mintiendo, detective?

Noto como este hace contacto visual conmigo, clavando sus oscuros ojos marrones sobre mi. Siento como mi cuerpo se estremeció al notar la cercanía que había entre mi cara y la suya, debido a que mi codo estaba apoyado en el compartimento de los asientos delanteros. Estaba apoyada allí, ya que, anteriormente estaba disfrutando del baile de Carlos en primera plana, sin que este volteara a verme por un buen lapso tiempo. Pero ahora, noto que este está bastante cerca de mi. Sintiendo aún más penetrantes sus ojos que me miran sin perder detalle.

Dicha mirada dentro del precinto es capaz de matar una persona con su frialdad, imponiendo respeto a todo el que lo ve. Pero aquí, en la privacidad de su auto, me desnuda el alma ante su intrigante profundidad.

Noto como este deja de mirarme a los ojos por un segundo, haciendo un enfoque en mis labios, haciéndome pensar que desea devorar mis labios por completo. He de admitir que tenemos química, más de la que nunca pensé que podría tener con él. Pero, digamos que a veces no puedes controlar lo que sientes por alguien, a pesar de que algo dentro de ti sabe que ese sentimiento no te traerá nada bueno.

Y es evidente que no me traería nada bueno, pero, me estoy adelantando...

No me había dado cuenta de que ya estábamos frente al precinto, pero aparentemente ninguno quería abandonar aquel momento tan prometedor. Su nariz estaba rozando la mía, haciendo que mis emociones volarán por todo lo alto, y que la necesidad de su roce se dejará ver por encima de mi ropa. No sabía que estaba haciendo, pero lo que sea que fuera, no quería que se detuviera.

Su mano subió por mi cuello, colocándose en uno de los extremos de mi cara, mientras me acariciaba con delicadeza la mejilla. Casi podía sentir como sus labios rozaban los míos. Mi cuerpo sentía una sensación de necesidad, como si lo único que quisieran mis entrañas fuera que dicho teniente me devorará los labios como si fuesen la manzana prohibida del Edén.

Algo me decía que aquel sentimiento que subía desde mi intimidad hasta mi cuello no era nada más que la necesidad de que alguien me amara. Alguien que no fuera el *innombrable*.

Me derretía en sus manos, y esa sensación se me hacía tan familiar... y era tedioso que así fuera, por que al ser tan similar, mi mente no dejaba de pensar en una sola escena. Una sola persona. Un solo sentimiento.

Maldije en lo más profundo de mi ser. Detestando cada pequeño detalle que me recordara su irritante presencia. Por lo que sin pensarlo dos veces, tome los sentimientos y los canalicé en una sola cosa; vivir mi momento sin el.

Tomo con fuerza y determinación la parte superior de la chaqueta de Carlos, empujándolo de un jalón seco hacia mi. Mis labios no tardaron en tocar los suyos con rabia y necesidad. Era un sentimiento extraño, pero no quería dar paso a mis emociones por un par de recuerdos. Era más que obvio que aquel acercamiento por mi parte dejó más que perplejo a Carlos, pero eso no me importaba en aquel instante. Quería demostrarme a mi misma que era libre de hacer lo que quisiera con quien quisiera. Quien en este caso era el Teniente Rivera.

Sus labios se deslizaban por la comisura de los míos, mientras sentía una sensación de dulzura en su boca. Su mano tomó mi nuca con precisión, profundizando el beso, y dando a entender sus evidentes ganas de imponer dominio sobre la situación. Debo admitir que aquello me causó cierto grado de placer, por lo que le permití tomar el control de nuestro momento.

Pero, aquel momento no duraría por mucho tiempo. Ya que, cuando sentí que iba a perder el control sobre mi cuerpo, unos fuertes toques en el cristal derecho del auto frenaron la situación. Un evidente susto fue lo que sentí al escuchar aquellos toques tan desesperados e importunos. Carlos se reincorpora al instante, arreglando su chaqueta recién desordenada por mis manos curiosas, deseando averiguar lo que había debajo de aquella ropa tan distintiva para cualquier ciudadano. Veo como Carlos coloca su mano sobre el control de los cristales, y baja el cristal de la puerta derecha para dejar ver al dúo más balanceado de este precinto: Loyd y Clark.

— Teniente, creo que está más que claro para una persona como usted que tener sexo dentro de un auto en un lugar público está más que prohibido. — insinúa Clark con un tono burlón.

— Y por si se toman la molestia de negarlo, vimos el auto moviéndose constantemente de una forma sospechosamente sexual.

— dice Loyd con una sonrisa de oreja a oreja.

— Lamento informarles que aquí no pasaba nada. — sonrió mientras me bajo del auto con una mirada imponente.

— Vayan a buscar chismes en otro lugar, viejas metiches. — Añade Carlos, dejando ver en su rostro su semblante serio y amenazador.

— Uy cuidado, el Teniente se molestó. — dice Loyd riéndose a carcajadas. Esta risa no tardo en desvanecerse, ya que a los pocos instantes, Carlos lo mira con una mirada de pocos amigos. Dicha mirada nos da a entender a todos de que ya Carlos no está dispuesto a ser sociable y comprensivo como suele ser. En cambio, desde el momento en que su cara cambió, este está únicamente dispuesto a trabajar y hacer lo suyo.

No obstante, en sus ojos se puede ver uno que otro rasgo de amabilidad que tanto lo caracteriza. Y es un hecho, esa parte de el no desaparece del todo cuando entra en su papel de oficial malote que se debe respetar, pero, si es complicada de notar.

Por otro lado he de hablarles un poco sobre Loyd y Clark. Un dúo bastante gracioso y único en su clase. Típicos personajes definidos en: policía bueno y policía malo.

Loyd, un amor en toda la expresión de la palabra. Sacando chistes malos hasta por los poros, y con un carisma de admirar.

Mientras que, Clark, es todo lo contrario; Bastante reservado y de pocas palabras. Manipulador como ninguno. Es muy propenso a conseguir la información que necesita con pocas palabras.

Y es mi deber mencionar que este par me recuerdan mucho a dos personas con los que vivo y convivo todos los días. Siendo ellos parte de mi "familia".

Supongo que no hace falta mencionarlos... ¿Verdad? Los dejare que supongan por ustedes mismos a quienes me refiero.

Aunque estos dos dúos son algo distintos, debo admitirlo. Ya que, Loyd es posiblemente más gracioso que carismático, y Clark es más manipulador que egoísta.

Pero ambos hacen un dúo bastante convincente a la hora de ir a la acción y atrapar algunos criminales.

Lo chistoso de todo esto es que el jefe de su departamento es Carlos. Pero, a pesar de ser su Jefe, estos no tratan con modales ni respeto a Carlos, ya que, antes de su llegada, este dúo ya estaba dando dolores de cabeza por todo el precinto. Mientras que, cuando Carlos llegó, la única forma de poder controlar la explosiva combinación de este par, era socializando con ellos.

" Si no puedes con el enemigo, únetele... " recuerdo parafraseando un poco la expresión utilizada por Carlos al referirse a este par de "oficiales expertos".

Pero, al final su negociación terminó en una amistad que le costó el respeto de ellos hacia su figura como teniente. Pero, todo esto tiene algo bueno, ya que, cuando Carlos decide tomarse la molestia de ponerse completamente serio e intimidante, ninguna de las personas a su al rededor —incluyendo al par de viejas metiches— se atreve a juzgar o cuestionar sus decisiones.

Trabajar aquí es una verdadera odisea, pero disfruto bastante haber encontrado personas así en un lugar tan trágico como este. En el cual te alimentas, vives y respiras crímenes —En mi caso, cadáveres, crímenes, químicos y papeles— algo bastante deprimente si no desarrollas pasión por todo esto.

Luego de mucho parloteo y peleas por averiguar quién de los tres —de Carlos, Loyd o Clark— era el más metiche en la vida de los demás, decido entrar antes que ellos al precinto. Ya que, aún tenía que firmar la agenda con mi asistencia, junto con la hora exacta de llegada.

Al entrar, veo a mi hermosa compañera de papeleo y chismes: Brooklyn, quien estaba profundamente concentrada en su clasificación de archivos. Al instante en que ella me ve, avanza hacia donde estoy para darme un abrazo bastante duradero.

— ¡Hola Hermosísima!

— ¡Hola Brook! ¿Cómo va todo por aquí?

— Ya sabes, desde que llego hasta que me voy, papeles por doquier. Nada nuevo. — respira profundamente, dejándome ver su evidente cansancio.

— ¿Has dormido bien? Te noto exhausta... ¿Acaso solo has dormido tres horas?— digo fingiendo demencia, ya que sé perfectamente que esta no consuela el sueño con facilidad. Llegando al punto en que en varias ocasiones ni siquiera duerme. Para solucionar eso, usualmente le cedo mi oficina para que descanse, para entonces tomarme la molestia de encargarme del puesto de Brooklyn durante unas horas y ayudarle con su papeleo sin fin.

— Nunca fallas, Jill... — dice Brooklyn en un tono algo deprimente.

— Brook...

— Ya se, ya se lo que dirás. Pero no puedo evitar quedarme despierta organizando todo el papeleo para el día siguiente. Ya es mi *modus operandi.* — La miro con atención, viendo en sus ojos el reflejo del cansancio acabando con ella desde dentro. — Además así logro tener menos cosas sobre mi escritorio.

Es un hecho, nunca he visto el escritorio de Brooklyn vacío. Siempre tiene pilas de papeles que organizar y clasificar.

— Ojalá me sobrara tiempo de mi rutina. Así podría ayudarte a organizar y terminaríamos mucho más pronto. — digo mirando fijamente las ojeras de Brooklyn. — ¡Oh, espera! Puedo quedarme contigo hoy, y hacemos todo el papeleo de está noche, así terminarás más rápido y volverás a casa temprano para descansar.

— No podemos, Alice...

— ¿Por que no? — me quedo mirándola confundida.

— Hoy es el retiro de empleados.

Abro los ojos como platos al escuchar aquello que había olvidado en su totalidad. El famoso retiro de empleados, en donde todos los del precinto tomamos los mismos días de descanso y nos vamos a un resort todos juntos.

— Carajo... Lo olvide.

— Me sorprende que así sea, tu misma diste la idea de que fuera a mediados de junio todo esto, para ir de la mano con el verano.

— Demonios...

— ¿De qué hablan? — escucho la voz de Clark haciendo dicha pregunta que me saca de mis pensamientos. Veo como los chicos se acercan a nosotras, acabando de entrar por la puerta principal del precinto.

— Alice olvido el retiro. — dice Brooklyn tan sutil como siempre.

— ¿¡Que tú qué!? — Los chicos se exaltan al unísono diciendo aquella frase que retumbó en mi conciencia.

— Está bien, si lo olvide. Pero, en mi defensa, he estado muy ocupada con la universidad... — digo sintiendo sus miradas de decepción sobre mi.

— No se por qué quieres estudiar medicina si ya eres una excelente Forense, y más encima directora de investigación y laboratorio aquí en precinto. — Dice Loyd quejándose abiertamente.

— Nunca está de más aprender, Loyd. — dice Clark, dando a entender mi punto sin siquiera tener que decirlo.

— En todo caso, ahora que lo recordaste, Irás ¿Cierto? — dice Loyd amenazándome con la mirada.

Dudo unos instantes para contestar, ya que, en realidad no tenía muchas ganas de salir un día completo de mi casa. He de admitir que me volví muy apegada a mis compañeros de vivienda como para ir sin ellos. Pero, esto era un retiro de empleados. No había forma de llevarlos conmigo — Básicamente, este no era un viaje al que pudiera llevar a mis amados, los Whites— Así que, viéndome acorralada, con la espada contra la pared, opto por responder lo más conveniente para mi vida en esos instantes:

— Obviamente iré. No puedo dejarlos hacer mil y un barbaridades sin mi.

Todos empiezan a celebrar y a pensar en todo lo que haremos desde que salgamos del turno. Mientras que yo me torturo a mi misma por

dar aquella respuesta. Ya que, evidentemente una parte de mi me decía que era mala idea ir y que era mejor quedarme en mi casa hundiéndome en mi propia melancolía, entre libros de medicina y una buena canción de *Bon Jovi* de fondo.

Pero, "*lo hecho, hecho está"* decían por ahí. Así que, decidí aferrarme a mi decisión y empezar a opinar igualmente sobre lo que haríamos en la noche.

El día paso bastante lento para mí gusto. Cómo si me estuviera dando el tiempo suficiente para arrepentirme de mi error y huir de allí lo mas pronto posible — la idea de quedarme leyendo libros de cardiología, mientras canto canciones sobre el amor que ni siquiera tengo, es bastante tentadora— Pero, ya el cometido estaba mas que hecho, y no me quedaba de otra que asimilar la idea y aceptarla antes de que el turno terminase.

Y a pesar de llevar esa culpa conmigo por unos largos minutos de mi mañana, termine aceptando mi decisión mas pronto de lo que pensé. En ningún momento me paso algo relacionado con ese tema por la mente, debido a que estaba concentrada en un caso bastante divertido para ser real:

— Entonces, Mishone... — digo tratando de mantenerme un tono de voz neutro: — ¿Me estás diciendo que está señora murió tratando de proteger a su esposo de su amante, con la que casualmente estaba teniendo sexo antes de que ella llegara a la casa?

— Así es, Detective Jill. — dice mi asistente, Mishone, tratando de no reírse.

— De verdad que aún no hemos visto todo en esta vida. — digo revisando su cuerpo con sutileza mientras mi exhalación empaña mis lentes, debido a la mascarilla que llevaba sobre mis orificios respiratorios.

Mientras revisaba su cuerpo, pude notar que la golpearon salvajemente en el abdomen y en parte de su espalda. Evidentemente esta señora estaba haciendo de escudo para su esposo, quien le estaba siendo infiel con la mujer que golpeó a esta

señora un sin número de veces hasta matarla, o al menos, eso lo se da a entender por el aspecto de su cuerpo...

Estaba concentrada en el cuerpo de la víctima, buscando el factor de este asesinato por todos lados. Entre las costillas, en el área abdominal, incluso en sus genitales. Todo es posible para una mujer celosa y poco cuerda.

Examinaba el cuerpo una y otra vez, hasta que escucho la voz de Carlos, quien acababa de entrar al laboratorio para supervisar el cuerpo del caso:

— ¿Cómo vamos, detective Jill? — dice en un tono bastante serio para mí gusto.

— Vamos bastante bien, Teniente. — digo en un tono serio, pero a la vez se notaba en mi voz que solo lo hacia para irritarlo un poco.

Al final, el puede entrar dónde quiera, en el momento que quiera, ya que, es el teniente. Dentro de poco tiempo tal vez se convierta en el capitán de este precinto, y ahí si que no lo soportare. Mientras Carlos termina sus requisitos para ser capitán, la Capitana Willys es quien tiene el mando supremo sobre todo esto.

De hecho, esto no me molesta en lo absoluto, ya que, me llevo muy bien con ella. Siempre me da mi lugar y respeta mi trabajo, e incluso me atrevería a decir que me tiene cierto grado de aprecio, por lo que sus mandatos y presencia no me molesta en lo absoluto.

No obstante, la presencia de Carlos si me molesta en incontables ocasiones. Ya que, siempre esta tratando de irritarme con un falso semblante juzgador. Como si estuviera poniéndome a prueba con cada palabra, por lo que siempre estamos en una constante batalla de juegos mentales de superioridad:

— Me veo en la obligación de recordarle que este caso es mío, y que usted no debería estar metiéndose en mi laboratorio sin previo aviso. No necesito su inservible ayuda por aquí, sé manejarme muy bien sola.

— Oh, ¿De verdad? — noto como camina hacia mi y se coloca justo frente a mi, con tan solo el cuerpo de aquella mujer interponiéndose

entre nosotros. — ¿Acaso está confrontándome, Detective Jill?

— Puede ser. — digo con una sonrisa pícara adornando mis labios.

— Ejem... — escucho a Mishone tratando de hacer ruidos que nos recordaran su presencia: — ¿Desea que me retire, detective?

— No, en realidad el teniente y yo solo estamos teniendo una conversación laboral. — digo riéndome en un tono que me atrevería a decir que sonó algo morboso.

— Claro... — dice Mishone dejando salir un pequeño suspiro, acompañado por una sonrisa algo burlona. Veo que Carlos me recorre con su mirada de una forma muy peculiar. Por la cual podría jurar que quiere ponerme sobre la mesa y profanar el cuerpo de esta pobre víctima. Pero, este se coloca en una mejor postura y dice:

— Bien, ¿Qué tenemos? ¿Alguna pista del arma homicida?

— En realidad, lo único que localizo son golpes, evidentemente dados con objetos convencionales de una casa común y corriente. Pero, no creo que estos golpes hayan matado a esta mujer, ya que, con el físico que tiene la amante — delgada, alta de estatura, con vicios mortales y por lo que veo no con muy buenos hábitos alimenticios— No creo que haya podido matarla con simples golpes.

— Y ¿Si utilizó objetos que favorecieran su ataque? — opina Carlos mirándome fijamente.

— No lo creo. Lo único que podría matarla de esa forma es el golpe de algún objeto en la cabeza. No obstante, los golpes mas letales solo son en la espalda y en parte baja del abdomen.

— Entonces, ¿Este caso es un reto para usted? — veo como Carlos intenta molestarme de todas las formas posibles. Lo cual, acaba de llegar a un punto de irritarme bastante, ya que, insinúa que no soy capaz de resolver este caso.

Pero, evidentemente esté no sería mi primer caso difícil de resolver. Por lo que lo miro con una mirada desafiante, tomando un pequeño paño mojado y pasando este por toda la piel del abdomen.

Veamos... ¿Qué fue lo que te mató?

No hay golpes en la cabeza.
No hay golpes cerca del corazón.
No murió de un ataque cardíaco, ni una lesión menor.

A no ser que un movimiento en falso le haya costado su vida.

Es una posibilidad...

Me coloco frente a frente al cuerpo, en dónde descubro su cuerpo por completo. Veo su desnudez completa y la analizo detenidamente. Una mujer voluptuosa a pesar de sus libras sobrepasando lo sano. Sus extensiones de grasa corporal no me dejan ver del todo su abdomen y pecho, los cuales son los únicos lugares en donde necesito revisar para estar segura de mi arma homicida.

Levanto y expando como puedo su masa corporal para poder ver bien la parte que me interesaba: sus costillas.

Empiezo a ver sus huesos y noto que una de las costillas del lado derecho que está hundida.

Bingo.

Hago presión sobre su masa corporal nuevamente, buscando verificar mis suposiciones. Confirmo que la costilla derecha está más que hundida, en comparación que la izquierda que esta más elevada y colocada en el lugar en donde debe de ir. Me fijo en la parte baja de las mismas, viendo cómo se nota aún más que la derecha está hundida.

Me levanto, sonriendo y reviso el expediente. Cuando la traían en la ambulancia estaba consiente y su presión seguía circulando pero con rapidez. Su único problema era que no podía respirar, y por más nebulización que le proporcionaron a sus pulmones, está no lograba respirar bien. Pero no habían golpes externos que le dieran una respuestas al por qué está señora no respiraba.

La declaración del esposo de la victima me dejó más clara de mi suposición, volviéndola un hecho sin duda:

"Estaba protegiéndome, hasta que en su retroceso para protegerme de mejor forma de los golpes, "la amante" salto para golpearle más fuerte con una salten, y la señora Fox no tardó en reaccionar, saltando hacia ella, causando que la amante la empujase fuertemente y la señora Fox cayera, golpeándose con la esquina de un estante fuertemente, para luego desplomarse espantosamente sobre el suelo."

Miro a Carlos con una mirada triunfal antes de quitarme el cubrebocas hospitalario y dejarlo sobre la bandeja. Tomo la libreta sobre mis manos y me acerco a el:

— Se perforó el pulmón con la costilla derecha número 8. El golpe con el estante desvío la costilla, y la caída terminó de hacer el trabajo, causando que el impacto continuará la tragedia, perforándole el pulmón derecho a la señora Fox, causando así su muerte tras varios minutos. Ya que, no obtuvo la asistencia médica necesaria para este caso, solo la nebulizaron ya que no captaron el desvío de dicha costilla a tiempo.

Termino mi deducción bastante acertada, escribiendo la explicación dicha anteriormente sobre el papel que indica los detalles sobre la autopsia. Cuando levanto la mirada solo veo la cara de Carlos completamente sorprendido, mientras por otro lado, Mishone —mi asistente— se nota orgullosa y admirada por mi trabajo.

— Aquí tiene la información, Mishone. Cualquier detalle que necesite la capitana Willys sobre este caso, que me lo notifique de inmediato, con gusto le daré respuesta a cada una de sus inquietudes, Ya que, el caso es mío. — digo mirando fijamente al Teniente Rivera, quien me sigue mirando, anonadado por mi desenvolvimiento en este caso.

Le sonrío a Carlos antes de voltearme a ver a Mishone: — Por favor, contacta a los demás forenses que tienen pasantía. Aunque ya haya resuelto este misterio, ellos tienen que hacer su tarea y confirmar mi deducción.

— Claro, Detective Jill. Volveré con la confirmación por parte de los pasantes. — Mishone sale del laboratorio sonriente, dejándonos

solos a mi y al impactado Teniente Rivera.

— Y bien... ¿No dirá nada, Teniente? — digo con un evidente orgullo acompañándome.

— Estoy sorprendido... Aunque dudo que pueda decir algo que usted no sepa. — le sonrío, antes de darle la espalda y quitarme mis guantes de cirugía. Ya que, por un momento pensé que iba a tener que iniciar una verdadera autopsia y le quitaría la tarea a mis estudiantes. Desecho los guantes, para luego quitarme los lentes con sutileza, mientras siento como las manos del teniente se colocan sobre la mesa que está en frente mío.

Siento su cercanía contra mi cuerpo y no puedo evitar sentir como me estremezco completamente. Su respiración vaga mi cuello y parte de mi oreja. Casi podía sentir como mi interior se calentaba.

Tenía que admitirlo, llevo mucho tiempo sin tener sexo con alguien. Aparte de ello, cuando empiezas tu vida sexual, si tú primera experiencia fue placentera, sueles volverte algo necesitado de esas sensaciones tan liberadoras y excitantes como solo las provoca el sexo.

Por ello, no dudo un segundo en acercar a propósito mi cuerpo al de Carlos. Todo para sentir aquel calor sexual que emana su cuerpo. Este pone una de sus manos sobre mi abdomen —si existía algún tipo de centímetros que nos separasen, estos ya no existían. Ya que, mi trasero quedó justamente sobre el área más predilecta que todo hombre posee. Sus dedos acariciaron mi abdomen, y como si estuviera pidiendo permiso, sus dedos iban subiendo lentamente, hasta el punto en que mi desesperación alcanzó.

Esto era posiblemente algo de lo que me arrepentiría más adelante.

Sus besos navegaron en mi cuello y me hicieron descubrir un nuevo sentimiento hacia Carlos; El deseo.

La lujuria acompañaba sus manos morbosas, que navegaban por debajo de mi ropa. Quería experimentar cosas nuevas y olvidar. Sobre todo, olvidar.

Era joven, hermosa y con un cuerpo que muchos desean en lo profundo de sus conciencias. Por ello, no me detendría por sentimientos pasados. No ahora.

Me libere de sus manos lujuriosas, tomando una de ellas y llevándolo conmigo hacia un apartado dentro de mi laboratorio. Un pequeño baño que me concedieron, ya que mis horarios aquí suelen ser muy extensos.

Cuando entramos, cierro la puerta con seguro y dejo fuera todo los sentimientos pasados que me atormentaban.

Ya había pasado mucho tiempo, y está era posiblemente la mejor oportunidad que se me podía presentar en estos meses.

Por lo que no dude un segundo más y lo mire fijamente. Su mirada tenía de todo un poco: deseo, lujuria, pasión, morbo...

Pero, eso no tardaría en salir.

Hice que el se sentará sobre la pequeña pared que había para dividir la pequeña ducha del resto del baño, y justo cuando lo hizo me senté sobre el.

Cuando sentí aquella presión sobre mi intimidad, algo duro y sin duda excitante rozándome, no pude evitar morder mi labio y mirar con deseo a Carlos, junto con una risita un poco infantil, como si fuera una niña con un juguete nuevo, que estaba a punto de estrenar.

Y vaya juguete...

Nuestros besos no tardaron en escucharse por todo el espacio del baño. Besos extensos que podían meternos en problemas. Pero, supongo que ya teníamos un equipo preparado por si algún día deseábamos tener sexo. Mishone, Brooklyn, Clark y Loyd saben que a partir de las 1 de la tarde nadie puede entrar a mi laboratorio. Por qué es mi hora de descanso. En este caso, mi hora de sexo.

Así que, estaba segura de que nadie entraría, aparte de que estábamos encerrados en un apartado completamente distinto, profanando nuestro deseo del uno por el otro.

Además de que mi querido apartado no permite que el ruido salga en lo absoluto. Es como si hubieran pensado el sitio ideal para tener sexo un viernes por la tarde. Y efectivamente, este era.

Mis manos empezaron a quitar aquel traje tan escandaloso de teniente, mientras mis labios devoran los labios de Carlos sin censura o moderación alguna. Éramos dos animales hambrientos buscando terminar aquella hambre que azotaba nuestros estómagos con necesidad.

Tomando esto bastante metafóricamente...

Por qué en este caso, no era hambre.

Sus manos se posan sobre mis muslos, mientras las mías examinan por completo su cuerpo. Me detengo a ver su cuerpo por completo, mordiendo mi labio con una sonrisa bastante coqueta:

— Sabe teniente... —digo entre mis labios que besan su cuello con dedicación, mientras me deleitan sus suspiros cargados de placer: — Se ve mucho más respetable sin ese uniforme tan escandaloso.

Carlos se ríe, mientras siento como coloca sus manos sobre su pantalón y quita su correa. La iniciativa de Carlos me deja algo perpleja, hasta el punto en que solo dejo salir todo lo que deseo y me olvidó de la prudencia.

Me quito la parte superior de mi uniforme, dejando caer la chaqueta del laboratorio junto con la blusa que uso debajo. Quedando en sostén frente a el. Este solo se detiene a verme unos segundos, antes de que sus labios vuelvan a los míos, mientras siento como sus hábiles manos se entraban por mi pantalón y me lo quitan sin censura alguna.

El estaba deseoso de mi y de eso no había duda.

Ya había provocado a la bestia, y justo llegaba la parte por la que estuve incitando tanto todas estas horas.

Aunque, tengo que admitir que en aquel momento sentí una fuerte incomodidad asomándose por mis recuerdos.

Me sentía vacía.

Pero, ¿por que...?

¿Acaso no era esto lo que quería?

Mi iniciativa y ganas por el momento se estaba apagando, y era algo notorio por parte de Carlos. Era algo que me estaba quemando en lo profundo de mi ser y no sabia que era.

Se suponía que estaba haciendo lo que quería.
Quería tener sexo con el ¿verdad? O solo era...
¿Necesidad?

Carlos me mira fijamente, y dicha mirada me analiza en toda la expresión de la palabra. Podría jurar que está volviendo tiempo atrás y está dándose cuenta de que algo no está bien. De que algo no me termina de cuadrar. Por lo que, siento como este lee mis pensamientos y dice:

— Lamento informarle que no nos queda mucho tiempo de descanso, detective.

Su mirada parece decir que tenemos que detenernos.
Y en verdad, no necesitaba más que eso.
Sentía un punzante dolor que azotaba mi cabeza, como si de una migraña se tratara, por lo que decido levantarme y asegurarme de que lo que quiso decirme fue lo que entendí:

— ¿Estás queriendo decirme que no tenemos tiempo y por eso paramos? — pregunto como si fuese tonta. Pero con aquel dolor de cabeza, no era para esperarse algo distinto.

— Efectivamente. Tus estudiantes están por llegar, y no creo que sea conveniente que vean a su maestra con rasgos post-orgasmicos en un lugar tan recto y de respetar como lo es este precinto. — Carlos se ríe un tanto nervioso, antes de añadir: — O ¿Te detuviste por algo más?

Me dispongo a analizar las palabras de Carlos...

¿Me detuve por algo mas?

Sí.

¿Cuál era la razón?

¿Acaso ya no estaba lista para nuevas experiencias?

Veo como Carlos se queda mirándome esperando una respuesta. Paro de pensar en ello y me doy cuenta que en realidad no hay falta de razón en su palabreo con respecto a mis estudiantes. Por lo que optó por responder de la forma más prudente posible:

—Esta bien, y no, no se equivoca al decir que es por ello que nos detenemos. — siento que mi nariz de arruga y maldigo.

— Perfecto.

De ser Marcus en lugar de Carlos, ya sabría que estoy mintiendo hace siglos atrás.

Ambos nos damos un segundo para respirar un poco, y he de admitir que aquel segundo cambiándome me beneficio más de lo que pensé. Había algo que no me terminaba de gustar, era una sensación de vacío en mi interior.

Noto que Carlos también está un tanto extraño, pero prefiero no entrar en tema. Me acerco a tomar mi carnet del suelo y salgo lo mas pronto posible de aquel apartado ya cambiada.

Trato de buscar a Brooklyn con la mirada, pero no la localizo. Ncesitaba hablar con alguien de lo sucedido y localizar mi problema.

Por Dios, Alice...

Fuiste capaz de localizar en menos de 5 minutos el factor de un homicidio involuntario, pero no eres capaz de saber que es lo que pasa por tu mente en realidad.

Demonios, soy un caso perdido.

Para cuando ya estaba por volver a mi laboratorio, veo como todos mis estudiantes se acercan a mi para saludarme. Algunos con abrazos, otros con algún regalo para mi.

He de admitir que verlos saludarme con tanto cariño me hizo olvidar un poco mi conflicto conmigo misma.

Varios de ellos me tienen muchísimo aprecio. Supongo que es por que soy contemporánea con algunos de ellos, y otros tantos son

incluso mayores que yo. Lo cual es gracioso y me hace conectar con ellos de mejor forma.

Me coloco cerca de ellos mientras se alistan para la autopsia de la señora Fox, y veo como se ponen a la obra con la victima. Empiezo a reírme mientras veo como mis estudiantes bromean por la forma de muerte de la señora. Debo mencionar que soy una profesora muy poco usual, ya que bromeo con mis estudiantes y también los ayudo sin ningún tipo de sarcasmo del tipo: "ustedes deberían saber eso ya". Diría que sé distinguir los momentos de bromear y de trabajo muy bien.

Mis estudiantes lo dan todo por aproximadamente una hora y treinta minutos, hasta que por fin encuentran el verdadero factor de la muerte: el pulmón perforado por la costilla número 8. Claramente, luego de a ver sacado una que otra forma de muerte bastante graciosas: Como que la amante por fin logró darle el sartenazo en la cabeza, o que se había intoxicado con la cena tan asquerosa que le había dado el esposo esa misma noche.

— Ustedes son increíbles muchachos, muy buen trabajo ¡Los felicito, mis ratas de laboratorio! — digo muy animada mientras les aplaudo a mi total de doce estudiantes, y futuros forenses con mucho talento. Ellos se ríen ante mi apodo para ellos, y me abrazan en su mayoría:

— Y usted detective, ¿En cuanto tiempo logró determinar el causante de la muerte? —pregunta uno de mis estudiantes.

— Dos minutos y veinticuatro segundos exactos. — dice Mishone entrando al laboratorio.

Mis estudiantes quedan boquiabiertos mirándome con asombro y admiración. Yo simplemente les sonrió algo apenada por toda su admiración. Asegurándoles que ellos algún día iban a poder realizar una biopsia de este modo con mucha habilidad y en poco tiempo, asegurándoles que todo era simplemente cuestión de práctica.

Les dejo como tarea que aprendan la localización más exacta de los huesos del cuerpo, que la próxima clase estaríamos trabajando con

ello. Todo esto, antes de despedirme de cada uno como se debe y desearles suerte para su próxima biopsia con supervisión estatal. Ellos se retiran alegres y hablando de mi hazaña con el caso de la señora Fox.

— La adoran, detective. — comenta Mishone mientras anota los avances de los estudiantes.

— Supongo que así es... — digo haciendo una pausa para dar un suspiro: — Pero, a veces quisiera que confiaran más en si mismo y dejaran de compararse conmigo.

— Detective, es imposible que no lo hagan. Usted es su ejemplo a seguir. Ellos buscan ser igual que usted, o incluso mejor.

Pienso un segundo, analizando las palabras de Mishone, antes de decir:

— Tienes razón, Mishone. Van a ser unos asombrosos forenses algún día, no muy lejano.

Sonrió mientras recojo todas mis pertenencias del laboratorio, para luego irme a la salida, ya era hora de irnos para poder alistarnos para esta noche.

Era un hecho que esta noche iba a ser larga e inolvidable, eso lo tenía seguro.

Veo a Carlos en un extremo de la salida, aparentemente esperando por mi. Me sentía extraña después de verme besándolo de una forma tan salvaje e informal. Ya Que, no estaba segura de si lo hice por que de verdad lo quería así...

Tenía miedo de que este haya tomado demasiado en serio mis acciones, cuando en realidad ni siquiera estoy segura de lo que siento.

Decido tomar mi teléfono y llamar a Marcus lo más pronto que puedo, para ver si este puede pasar por mi al precinto. Este, como no, acepta sin problemas. Yo insisto en que pase a buscarme por la puerta trasera, ya que, no quería ni ver a la cara a Carlos en este momento. Acto muy cobarde de mi parte luego de que fui yo la que

se precipitó a besarlo en el auto, e iniciar toda esta odisea de sentimientos que ahora tengo encima...

Pero, cada acción con su reacción...

Pero ahora no me iba a poner a batallar con la reacción.

Marcus me nota extraña desde que entre en el auto, estoy segura de ello. Su mano está sobre mi rodilla mientras conduce, teniendo su pelo castaño rojizo recogido en una media cola que le luce muy bien. Sus ojos bicolores están sobre la pista, hasta que un semáforo permite que este se detenga a verme fijamente:

— ¿Qué te ocurre, peque? ¿Pasó algo en el precinto? — lo miro a los ojos sin saber si quiera por donde empezar a contarle: — Fue con el tal Carlos ¿verdad?

Quedo perpleja al escuchar la suposición perfecta que mi hermano acaba de dar. Y de hecho, no debería de sorprenderme, por que no es la primera vez que Marcus es tan acertado con sus suposiciones.

No sabia que decir o hacer. Estaba más que confundida. Había actuado por impulso y estaba casi segura de que eso me costaría la estabilidad emocional que tanto me había costado fabricar hasta ahora.

No sabia por donde empezar:

Marc, jugué con los sentimientos de alguien...

Marc, actúe por impulso....

Marc, tenía ganas de tener sexo y tome por tonto a uno de los chicos con los sentimientos más genuinos que he conocido....

Marc, no quiero ir al retiro de empleados por que siento que voy a actuar como una idiota y no podré ver a Carlos a los ojos por la estupidez que hice...

Marc... Marc... Marc...

No sabia como empezar a hablar si quiera. Pero, lo que si sabía era que tenía que hablarlo con alguien, por que aquello no estaba bien por mi parte. Tenía que encontrar una solución, por consiguiente

encontrar la razón por la que me siento así. Tan vacía. Como si no tuviera la capacidad de avanzar.

Y evidentemente no había nadie en el mundo que comprendiera mejor a esta detective en apuros que su inigualable hermano, Marcus White.

Capítulo 3

No quería hablar en lo absoluto.

Estaba perdida en el mar de mis pasamientos sin saber que hacer.

Estar en el mismo auto que Marcus me calma mucho. La música que tiene de fondo me hace navegar en mis pensamientos sin encontrar salida. Unas baladas de los 80's y 90's nos hacen *soundtrack* durante el camino — Y en realidad, no me sorprenden viniendo de alguien con un estilo de vida tan filántropo como es el de Marcus— Podría jurar que me hacen crear escenas en mi mente de las mil y un formas en las que podría haber evitado estar en esta situación. Juro que nunca me he encontrado en una posición tan incomoda en toda mi vida.

¿De verdad jugué con los sentimientos de alguien?

— Ya lo hecho, hecho está. No te sigas torturando por algo que ya hiciste, Grace. En cambio, trata de buscar una solución para salir de

ello. — escucho la voz de Marcus sacarme del mar de pensamientos en el que me estaba hundiendo.

— Ya lo sé... — Es lo único que logro formular para contestarle a Marcus.

— ¿Qué fue lo que hiciste específicamente?

— Jugué con los sentimientos de Carlos.

— ¿A propósito?

Pienso unos segundos mi respuesta, lo que hace que Marcus levante una ceja con intriga y algo de seriedad.

— No.

Mi respuesta flaquea y mi nariz hace un breve intento de arrugarse.

Maldita sea.

— Alice... — Marcus dice suevamente mi nombre y no puedo evitar sentir como un nudo se forma en mi garganta. Sabe que miento, pero aun así sigo intentando poner una barrera sobre mí para evitar corromperme ante mi error.

Marcus aun así sigue manejando, pero su semblante es serio.

Es mejor que no me vea. No comprendo que me sucede en lo absoluto y no quiero estresar aún más a Marcus con mis problemas. Él ya tiene los suyos. Bueno, mejor dicho; los de toda la familia, los de la empresa, etc...

Mi mirada se pierde viendo por la ventana, mientras aun siento los dedos de Marcus acariciar con delicadeza mi rodilla. Sabe que no se por donde empezar a hablar, por lo que no me forzó a decirle de inmediato. Es evidente que Marcus piensa una sola cosa en estos momentos:

"Si no fuiste capaz de dar ese paso para el que creías estar preparada, es por que no que nunca estuviste lista para darlo."

La voz de Marcus retumba en mi conciencia. Sé que no lo quiere decir abiertamente, pero estoy casi segura de que piensa que aún no he superado a ya sabemos quien. Debido a que, he avanzado en

todos los aspectos posubles; educación, manejo de empleos, podría decir incluso que carisma. He avanzando en todo, menos en el amor.

Desconozco la razón, pero me niego a admitir que es por causa de ese miembro de esta familia sin una pizca de responsabilidad afectiva.

Marcus nunca ha querido dejarme sola ante estas situaciones. Ya que es un hecho, no ea la primera vez que me toca rechazar a alguien por una inusual incomodidad en mi.

No obstante, a pesar de su concentración en la carretera, podía apreciar la preocupación apoderarse de su semblante de Marcus.

Cuando iba a empezar a desglosar los pequeños rasgos de cansancio que abundaban en la cara de mi hermano, me doy cuenta de que hemos llegado a la entrada de la empresa de Marcus: *White&Jill.*

"Nuestra empresa"

La voz imaginaria de Marcus me hizo recapacitar en lo que pensé. Todos tenemos acciones dentro de la empresa, por lo que la empresa es de todos. Aunque, admito que no me acostumbro a esa idea. Me gusta mas decir que la empresa es de Marcus y de Anthony; De hecho, no soy la única que lo piensa de ese modo. Ya que, los que mas se estresan y llevan al día está empresa son ellos dos. No es que nosotros no colaboremos con la misma, pero hablando de mandos, contratos, estrés laboral y todo lo demás, se lo llevan Marcus y Anthony en su 95%.

Es irónico que diga que la empresa es suya, ya que uno de los apellidos que luce en el nombre de la empresa es el mío <<Jill>>.

O bueno, mejor dicho, el apellido que tengo que llevar para que la ley no se vuelva loca tratando de enlazar mi verdadera procedencia.

Miro el enorme letrero deslumbrando desde la cima del edificio y no puedo evitar sentir nostalgia al imaginar esa noche en que todos decidimos por primera vez hacer una pijamada, en donde surgió tan beneficiosa idea.

Los recuerdos abundan mi mente y me hacen perder la noción del tiempo por un instante. Hasta que mi hermano toca mi rodilla nuevamente y me hace reaccionar:

— Peque, sé que no estás en tu mejor momento. Pero, no quiero dejarte sola en el auto ¿Te parece venir conmigo dentro de la empresa?

Lo miro con duda. Ya que, razón no le faltaba, no era mi mejor día ni en sueños. Pero, como no quería quedarme sola hundiéndome en mi propia miseria, decido asentir con la cabeza en señal de afirmación.

Cuando me bajo del auto y cierro la puerta tras mi cuerpo, veo como Marcus me coloca su brazo frente a mi cuerpo. Me lleva más de dos cabezas de altura, por lo que su mano acaricio ligeramente mi estomago, con la intención de hacerme cosquillas. Yo sonrío ligeramente ante su contacto, antes de ver como este mueve sus dedos frente a mi, dándome a entender que le tome de la mano. Evidentemente, lo hice sin dudarlo.

Al sentir el contacto de mi mano con la de Marcus, me sentí segura. Sé que no estaba lista para afrontar las firmes palabras de Marcus al diagnosticar el factor problemático de mi caso de superación. Pero, aún asi, agradecí al mundo darme un hermano de crianza que me diera la libertad de tomarme mi tiempo antes de confesarme ante el.

Entramos a la empresa agarrados de las manos, y podría jurar que al entrar escuché uno que otro murmullo por parte de las secretarías, desglosando así a Marcus desde su cabeza hasta sus pies.

Yo solamente las miré con algo de irritación carcomiendome. A veces es agotador tener que cargar con el peso de tener un hermano tan atractivo y exitoso. Mientras que yo era su sombra. Y en realidad, así me gustaba más, ser el centro de atención de tanta gente no es lo mio.

No obstante, los Whites estaban hechos para acaparar el ojo público de una forma inconciente. De sólo mirarlos, ya eres capaz de quedarte varios minutos desglosando sus proporciones, y eso sin mencionar sus éxitos individuales.

Lo digo por experiencia propia.

Ser la sombra de esta familia me ha enseñado muchas cosas.

La secretaria de Marcus se acerca a nosotros precipitadamente, con un café puro en una de sus manos y un folder con unos cuantos papeles en la otra. Al llegar a nosotros, da un suspiro mientras se reincorpora:

— Buenos días, señor White. Buenos dias, señorita Jill.

Marcus la mira con simpatía, mientras yo me limito a devolverle el saludo con la mano. Por el contrario, Marcus decide dirigirse a ella con palabras de cortesía:

— Buenos días, Susy ¿Cómo te va?

La pregunta hace que Susy sonría abiertamente ante los penetrantes ojos de Marcus.

Siempre me ha encantado la empatía de Marcus. A pesar de ser su jefe y de que tiene más dinero del que podría yo contar, él, aún asi, trata a los empleados con mucho carisma y sin ni un gramo de superioridad.

— Excelente, Señor ¿Listo para iniciar su agenda para el día de hoy?

— Veamos que me tienes...

Marcus empieza a caminar por la empresa conmigo, esto mientras voy sujetada de su ante brazo. Me distraigo viendo la arquitectura del lugar, es simplemente hermosa y moderna. Pero, sobre todo, hipnotizante.

Cuando vuelvo en sí, Marcus ya tiene más papeles de los que jamás imaginé. Cuando me coloco más cerca de el, puedo lograr leer unas letras que acompañan el nombre de la empresa:

"Reunión de inversiones mundiales - mañana a las dos de la tarde.

Países invitados: Rusia, La India, Korea del Sur, España, Francia y Países latinoamericanos (aprox. nueve)."

Mire atónita aquel papel sin perder pista de aquellos países. Esa reunión era sumamente importante, y con la cantidad de países representados allí se haría una expansión mundial de la empresa.

Miro a Marcus con asombro. Este se da cuenta y me mira de una forma un tanto despreocupada:

— Trabajo, trabajo y más trabajo.

Le sonrió mientras visualizo frente a nosotros un tumulto de personas paradas frente a una puerta, habían empleados y también decenas de guarda espaldas.

¿Qué pasaba allí?

Marcus y yo nos miramos, para luego dirigirle nuestras miradas a Susy en busca de respuestas:

— Según tengo entendido, la representante de la India está aquí para verlo, Señor.

Quedó atónita ante aquella noticia. Marcus traga en seco y me mira buscando algún comentario por mi parte:

— Lo harás de maravilla, eres Marcus White. No lo olvides.

Digo aquellas palabras de aliento para animar a mi hermano. Mis palabras no terminaron de salir bien de mi boca, ya que al instante Marcus se acercó a mi y me abrazo con una fuerza que casi me deja sin aire.

— Eres la mejor.

— Lo sé, Lo sé...

Digo con mi ego por los cielos.

— Vaya, que orgullo tan implacable...

— Lo herede del mejor.

Una sonrisa burlona se pinta en los labios de Marcus antes de dejar un beso en mi frente. Esa hermosa sonrisa que podría calmar cualquiera de mis inquietudes no tardo en desaparecer de su hermoso rostro, por lo cual me altero:

— ¿Sucede algo?

— No quiero dejarte sola. Ven conmigo, acompañame a ver a la representante.

— Perdón ¿Qué?

— Andando, es una orden de hermano mayor, Grace. — dice fingiendo seriedad.

— Eso sólo funcionaba cuando tenía ocho años, Marc.

Este me mira con una ceja levantada, parece sorprenderle mi objeción. Su seriedad me da cierta satisfacción al demostrarle que también puedo denegar órdenes. Pero, mi satisfacción no duró mucho, ya que a los pocos segundos de mi "triunfo", Marc me miraba con una sonrisa maliciosa.

Oh oh...

No pasaron cinco segundos después de mostrar su sonrisa maliciosa, para que dejará de sentir el suelo debajo de mis pies. Marcus me cargó por las rodillas y apoyo mi cuerpo sobre su hombro para llevarme a donde estaba la representante. La vergüenza no tardo en presenciarse en mi, al notar como todos nos miraban, pero estaba al tanto de que a Marcus eso no lo detendría. Noto como Susy me mira sorprendida y no para de reírse. Mis mejillas se calientan por la vergüenza, por lo que sin pensarlo, grito:

— ¡Bieeeen! Si voy a tener que ir por lo menos deja que vaya con mis propios pies.

Marcus sonríe, orgulloso de haberme "convencido". Luego de esto, me baja con delicadeza y acomoda la bata de mi uniforme, quitándole el dobles provocado por su cargue. Mientras este peina ligeramente mi pelo, solo puedo taparme parte de la cara por la pena.

— ¿Te avergüenzas de tu hermano mayor? — Miro la expresión de Marcus, completamente ofendido.

Yo solamente me río a carcajadas al ver esto, para luego decir:

— No, para nada. — le sonrió abiertamente: — Vamos con la representante, no deberíamos hacerla esperar.

Veo expresión de felicidad y orgullo apoderarse de la cara de mi hermano, dejando atrás aquella expresión de mal herido. Todo esto antes de concluir diciendo:

— Esa es mi niña.

Marcus coloca su mano a mi vista y sacude sus dedos nuevamente para llamar mi atención, dándome la señal para que tome su mano. Yo sonrío y no me resisto a tomarla.

Camino junto con Marcus por aquel gran pasillo para llegar hasta la representante. Los nervios de Marcus ya no eran visibles, en cambio actuaba seguro de sí, dándome todas las vibras de un jefe. Como si hubiera algún tipo de coordinación entre mis palabras y sus acciones, este toma el botón de en medio de su traje y lo desabrocha, sin perder el ritmo de sus pasos. Casi podía sentir como el tiempo se paralizaba ante sus pasos y todos los que estaban allí se volteaban ante su presencia.

"Demuéstrales lo grande que eres, Marc."

Efectivamente mis pensamientos no eran más que eso; puro orgullo de hermana menor.

Los pasos terminaron justo frente a la representante. Quien estaba de espaldas a nosotros, hablando con quien parecía ser su secretario. Al llegar, noto como Marcus coloca un semblante algo serio, pero sin perder su luz de carisma:

— Buenos días, ¿Es usted la representante de uno de los países invitados?

La voz de Marcus retumba en mi conciencia — como siempre —ya que, a veces me impacta lo profunda que puede llegar a ser.

La representante se voltea sobre su mismo eje, moviendo su largo cabello negro hacia un lado. Casi quedo babeando al ver la belleza de aquella mujer. Marcus, al ver esto, solo levanta una ceja, sin mostrar asombro en lo absoluto:

— Así es. Soy Priya Koothrappali. Represento a la India en la reunión de mañana. — su pelo terminó de caer sobre su espalda cuando esta terminó de voltearse. Sus labios rojos captan mi atención. La división a la mitad de su pelo es perfecta, y ni hablar de sus aretes y su traje rojo que tanto resalta su piel canela. El punto dibujado en medio de su frente y sus penetrantes ojos marrones hacen que al instante capte de quien se trataba, pero aún lo creía.

Siento como la mano de Marcus aprieta mi mano con cierta fuerza. Mi cara se pasmó al instante. Mi mente estaba dando tantas vueltas que casi me mareo estando completamente quieta.

Su mirada se queda fija en Marcus, sus ojos se conectan al instante y no se pierden de vista. Una cierta sonrisa se forma en los labios de Priya.

No podían haber dos Priya Koothrappali que justamente vinieran de la india y se vieran tal y como la ex de Marcus ¿O si?

Siento como ella corta el contacto visual con Marcus, perdiendo su mirada en el pelo de Marcus con una sonrisa burlona. Marcus, al ver esto, se reincorpora al instante:

— Discúlpeme, usted se me hace similar a alguien que conocí una vez. — hay cierto tono en su voz que me desconcierta. Es como si quisieran jugar a que no se conocen a pesar de que saben quienes son.

— ¿Ah si? — una risa un tanto juguetona sale de los labios de Priya , mientras su presencia no deshace esa aura de seguridad: — ¿Me podría permitir saber su nombre? así podría corroborar si nos conocemos de algún lugar.

— Por supuesto. Soy Marcus White, dueño y jefe de White&Jill. — Marcus le da la mano, aun manteniendo el contacto visual con ella. Esta se queda pensando unos segundos, fingiendo buscar en su mente alguna persona con su nombre:

— En realidad, no recuerdo a ningún Marcus. — dice con una sonrisa que hace que sus mejillas se vean redondas.

— Oh, para mi es un placer ser el primero de mis tocayos en conocerla. — Marcus la mira, y noto como intenta no sonreír de forma tan evidente. Ella por fin toma la mano de Marcus y fingen hacer un acto de presentación tan evidente como lo es darse un apretón de manos.

Noto como ella pierde la mirada de Marcus y se concentra en mí. Sus ojos casi me descifran el alma, entrecerramdo los mismos para analizarme. Un color caoba bastante brillante se deja ver en ellos.

Me fijo en como mira detenidamente mi identificación del precinto, aparentemente leyendo lo escrito: <<Det. Alice Jill.>>. Al verla, ella salta sobre mi a abrazarme con fuerza. Yo quedo impactada ante su contacto, pero mi impacto no tardó en desaparecer. Ya que, al instante la abrazo sin dudarlo:

— Dios mío, ¿A pasado tanto tiempo? — ella coloca sus manos sobre mis mejillas y las aprieta sutilmente:

— Casi 3 años, de hecho... — escuchó el comentario informativo de Marcus, todo mientras ella continua mirándome anonadada.

— ¡Hola Alice! — dice Priya complemente emocionada, mientras acaricia ligeramente mi nariz con la suya.

— ¡Hola Priya! — digo con la misma emoción que ella. Era increíble tenerla aquí, y sin duda era una locura temporal que después de tanto llegara justamente a la empresa de Marcus. Ella me sonríe abiertamente, mirando nuevamente mi identificación:

— Es increíble que ya seas toda una detective. — dice mientras veo como la nostalgia inunda sus ojos.

— Sin lugar a dudas es la mejor del precinto. — siento como Marcus toma mi mano y me sonríe con orgullo.

— ¡Eso es sin lugar a dudas fantástico! ¡Estoy muy orgullosa de ti! A pesar de que nunca volvimos a hablar, nunca perdí la esperanza de que explotarás ese potencial tan único que tienes.

Sin duda, Priya me guardaba más cariño del que podía recordar,y en realidad agradecía que así fuese, la extrañé durante años. Sus

palabras alentaron mi corazón al recordar como noche tras noche, Priya me ayudaba con mis tareas universitarias.

Todo en esas noches en las que Marcus debia ir a cuidar de sus otras cinco respondabilidades. Ya que, en ese momento Joseph aun seguía viviendo con ellos. Por ello, Marcus frecuentaba mucho aquel hogar e incluso pasaba dias con ellos, con tal de ayudarlos. En esos días era donde Priya se quedaba conmigo en casa.

Amaba que me ayudara con mis tareas. Nadie tenía su conocimientos de abogada para ver la verdad entre tantos sospechosos que colocaban en los casos de prueba para los exámenes finales de la universidad.

Inconcientemente la extrañaba bastante.

— Gracias por confiar en mi a pesar de todo, Priya.

— No tienes por que agradecerme. Marcus y yo nunca dejamos de ver algo en ti que era único. Por eso, nunca dejamos de apoyarte.

Miro como ambos vuelven a verse a los ojos, está vez con menos superioridad que antes. Ahora se miraban con cierta nostalgia, como si los recuerdos se estuvieran proyectando en sus mentes al mismo tiempo. Veo como ambos sonríen, desviando la mirada:

— Entonces, ¿si conoces a Marcus? — digo sonriendo de una forma burlona.

— De hecho sí, si conozco al señor White. — Priya deja ver nuevamente esa hermosa sonrisa, antes de añadir: — Lamentablemente no tengo la dicha de conocer otro Marcus menos pelirrojo.

Unas carcajadas salen de los labios de Priya, provocando que yo también me ría:

— Si, si, si. Muy chistosa... — Veo como Marcus a pesar de parecer irritarle un poco el comentario, noto como termina riéndose junto con nosotras:

— Bien, entonces ¿Seremos socios ahora? — pregunta Priya con cierta felicidad imvadiendola.

— Lamentablemente. — dice Marcus, evidentemente para molestar a Priya. Quien no dudo en darle un "puñetazo" en el extremo del ante brazo de Marcus. Este sólo se partió a reír al ver que Priya puso una momentánea expresión de dolor.

Le dolió más a ella qué a el.

Me reí a carcajadas viendo como ellos dos se ríen y se culpan por lo sucedido. Sus miradas conectan con frecuencia, haciendome pensar que quizás si sea cierto un dicho muy conocido que escucho que frecuencia:

"Donde hubo fuego, cenizas quedan."

Probablemente no sea "amor" directamente. Pero, de que tienen química juntos, no es para nada cuestionable. Más bien, es evidente.

Posteriormente Marcus y yo empezamos a ponerla al día de todos los acontecimientos, al igual que ella a contarnos todo lo sucedido durante esos años. Todo esto dentro de la oficina de Marcus, para que nadie pensara que solo estabamos desperdiciando tiempo con puros chismes. Incluso Priya nos estaba contando que en uno de sus viajes casi se casa por equivocación en las Vegas:

— Nunca he entendido el poder legal que tienen esos papeles allá. ¡La mayoría de personas no están sobrias, por Dios! — Marcus y yo la miramos con muchas ganas de burlarnos, mientras nos continúa diciendo: — Deberían hacer pruebas de alcohol, a ese paso pueden casar a alguien hasta con un perro.

— Yo lo haría. — digo entre risas, mientras Marcus y Priya me miran extrañados, aún riéndose por el comentario.

La charla fue bastante buena, he incluso sentía que se iba a prolongar aún más horas de lo esperado, y créanme que iba a quedarme allí lo que fuera necesario. Pero, al mirar mi reloj de muñeca, puedo notar que iban a ser las 5. Debía darme prisa si quería asistir a ese retiro de empleados.

De hecho, creo que los compañeros serían capaces de venir por mi hasta en uniforme y llevarme con ellos. Por lo que me despido de Priya y Marcus lo antes que puedo, prometiendole a Priya una buena

tarde de charla con un buen café. Esta aceptó gustosa y se despidió con un abrazo. Hice lo mismo con Marcus, sintiendo como este deja un beso en mi frente:

— Llámame sin dudarlo si necesitas huir otra vez. — Veo una sonrisa burlona bailar en sus labios, por lo que le sigo el juego:

— Creo que esta vez no será necesario.

Le sonrió antes de ver como última expresión de mi hermano un guiño que este me dedico antes de cerrar la puerta de su oficina tras mi cuerpo. Imagino que Marcus y Priya deben de tener muchas cosas de las que hablar ahora.

Tres años no son poca cosa, y menos para la familia White.

Salgo del edificio, despidiendo a los que conocí a primera vista. Me quedo pasmada al darme cuenta de algo...

¿Cómo voy a volver?

La casa está al menos a un kilómetro de la empresa. Esto no cuesta nada cuando vas en auto, pero ahora, que solo me acompañan mis pies y el tiempo encima, no tenía ni idea de que hacer.

Luego llega a mi mente unas palabras de mi madre adoptiva:

— "Puedes llamar a Noah si algún día necesitas asistencia de cualquier tipo. Últimamente no me estoy moviendo mucho por la cuidad, puedes pedirle que te lleve al trabajo o donde necesites. Sabes que el estaría encantado."

Sonrío en la soledad del estacionamiento mientras tomo mi celular. Noah es el chofer de mi madre adoptiva. Aunque, a decir verdad, es más como su asistente y guarda espaldas.

No dudo un segundo para llamar a Noah desde mi celular:

— ¿Hola?

— Hola Noah, soy Alice Ji... — Noah ni siquiera me deja terminar mi presentación:

— ¡Hola Guapisima! Que gusto saber de ti.

— Digo lo mismo. Mamá parece que te ha acaparado mucho este verano. No he vuelto a saber nada sobre ti.

— He tenido mucho trabajo, en realidad estoy tratando de abrir mi propio negocio.

Abro la boca a pesar de que este no me puede ver:

— ¿Bromeas? ¿Sabes cocinar? — digo tratando de no ser grosera. No quiero que piense que por ser extremadamente voluptuoso y de un semblante amenazador, su capacidad culinaria sería nula.

— De hecho, si. — dice Noah entre carcajadas llenas de felicidad.

— Eso es genial. ¿Será una cafetería?

— Más bien, quisiera que fuera un restaurante. Pero, a primera impresión, la ciudad necesita una cafetería verdaderamente buena y accesible.

— Ni que lo digas, estoy cansada de pagar quince dólares sólo por un café.

— Espero vayas a verme cuando lo inaugure.

— No lo dudes, créeme que estaré allí.

Mi felicidad por el es palpable a pesar de estar hablando por una llamada normal de línea directa. Me emocioné tanto que ya estaba por olvidar la verdadera razón de mi llamada:

— Noah...

— Mande, señorita Jill.

— No me digas asi, me siento mamá.

Ambos nos reímos abiertamente:

— A pesar de todo, te pareces vagamente a ella.

— Pero, esos músculos están evitando que llegue aire a tu cerebro... eso sería una justificación de por que dices esa tremenda barbaridad.

— Si, claro señorita Jill.

Me quejo abiertamente una ultima vez, antes de escuchar la voz de Noah nuevamente:

— ¿Qué puedo hacer por ti, Alice?

Así se escucha mejor, pensé.

— ¿Podrías pasar por mi a la empresa y llevarme a mi casa? Tengo un retiro de empleados y ya voy tarde. No se me pasó nadie más por la cabeza a quien llamar. Todos los chicos están ocupados a esta hora.

Esta mentira tiene verdad incluida.

Marcus es capaz de dejar la reunión más importante sin importar lo que sea que hace solo para salir y ayudarme.

Anthony posiblemente me pediría cinco minutos, y puntual me ayudaría.

Erick se cuestionaria, se quejaria bastante pero terminaría ayudandome.

Henry no lo dudaría un segundo, y aunque manejar no sea lo suyo, optaría por pedir un taxi sólo para buscarme y venir conmigo a ayudarme.

Y por ultimo, Dereck seguro enviaría a alguien por mi y optaría por verme en algún lugar para ayudarme unos minutos después.

Y pues Jake, ya saben esa historia. Pero, a pesar de todo eso, algo me dice que en el caso hipotético de que estuviese aquí, si me ayudaría.

Evidentemente todos ayudarian, a su forma, eficiencia y velocidad, pero, no quería molestarlos hoy. Por lo que opté por Noah, de quien esperaba una respuesta algo inquieta:

— Claro que puedo ir a buscarte, Alice. Llego en seis minutos. Esperame fuera.

— Gracias, Noah.

— Siempre, cielo.

Le cuelgo después de eso, y empiezo a caminar por acera en busca de matar el tiempo hasta que Noah llegue.

En menos de seis minutos, visualice un auto bastante lindo, con un color gris decorando la caja de aquel hermoso auto.

Veo como un joven de algunos 36 años baja el cristal y deja salir su brazo del auto. Unos lentes oscuros cubren sus ojos, mientras su pelo hondulado no se involucra con su rostro, ya que está sutilmente peinado hacia atras, sin perder volumen.

Le sonrió a lo lejos, antes de mirar a los lados y caminar hacia su reluciente auto. Al subirme, un olor a kiwi invade mi sentido del olfato. El olor era glorioso, y el carro por dentro era una maravilla. Digno de alguien como el.

Cuando me ve, este me da un fuerte abrazo y deposita un beso en uno de los extremos de mi cabeza, para luego sonreirme y quitarse aquellos lentes de sol, dejando ver sus ojos color miel.

— Te extrañe. — confiesa Noah con una enorme sonrisa decorando su rostro.

— Yo también.

Nos abrazamos por un minuto, disfrutando de nuestra cercanía. Llevábamos mucho tiempo sin saber mucho uno del otro, pero, hoy era un día en el que me propuse salir de mi cotidianidad. Aunque, eso trajo consigo el inconveniente con Carlos, en el cual prefiero ni siquiera detenerme a pensar.

Noah y yo nos pusimos al día todo el camino, hablando de todo un poco. Nos distraemos tanto que el kilómetro y medio de distancia se me hizo corto cuando vi la hermosa entrada de la casa, con su respectiva caseta de seguridad para limitar el paso. Cuando bajamos el cristal para que Will, el señor que siempre está cuidando la caseta me vea, veo que quien está ahí no es Will, si no otra persona; un chico relativamente joven y atractivo. Al verme, este me analiza con la mirada, podría jurar que su mirada está coqueteándome. Noah al instante me toma de la mano aún con la palanca agarrada y mira al

chico con una mirada desafiante, acompañada de una sonrisa encantadora. El chico al instante se reincorpora y dice:

— ¿En que puedo ayudarles?

Lo miro con algo de dulzura a pesar de la forma en la que Noah marcó un falso territorio para que el chico no se emocionara:

— Cielo, vivo aquí. Soy hermana de los Whites.

El me mira confundido.

— No la he visto por aquí en todo el día.

— Eso es por que yo también trabajo. — lo miro, intentando no reírme de su confusión.

— Pero, eso no me asegura nada.

Mi mirada se torna algo cansada ¿En serio me hará las cosas tan complicadas?

— ¿Quieres quedarte con mi identificación?

— Este lugar es privado señorita, aparte de que viven persona de alto nivel para la sociedad. Esto no funciona solo dándome una identificación.

La cara de Noah parece fastidiado por la presencia del chico. Este se voltea a verme, como preguntando: <<¿No tienes tu carnet de entrada por ahí?>>. En ese momento empiezo a razonar, debo tenerlo en mi mochila. Aunque, como siempre Will es quien se encuentra en la puerta, no es necesario que haga eso.

Reviso en la mochila y no lo localizo. Maldigo en mi mente mientras pienso en que hacer. En eso, le preguntó:

— Oye, ¿Por casualidad sabes si hay alguien en la casa?

— No le puedo dar esa información, señorita. Si usted viene con intención de hacerle daño a las personas que viven aquí, no puedo tomarme el atrevimiento de dar esa información. — el chico parece agradable, pero ahora se estaba empeñando en poner mi paciencia y la de Noah a prueba. Quien por cierto, estaba empezando a

apretar mi mano, siendo una reacción a la molestia que estaba sintiendo:

— Niño, si buscará hacerle daño a alguien de los que están aquí, sería a ti.

El tono de Noah se torna serio, hasta el punto que puede llegar a ser amenazador.
La tranquilidad del chico quedó en el olvido. Ahora parecía algo asustado, y no lo culpo, Noah tiene un físico hecho para eso, pero una personalidad que refleja todo lo contrario.

— Cariño, ¿Te parece si llamo a uno de mis hermanos para que lo escuches tú mismo y me permitas el paso? — digo de forma dulce, tratando de que olvide la amenaza de Noah. El chico solamente asiente, sin perder contacto visual con Noah. Este solamente le sonríe con bastante hipocresía, disfrazando las ganas de resolver esto de una forma muy poco ética.

Tomo mi celular y miro la hora. Van a ser las seis. El único que está en casa a esta hora es Henry.

Por otro lado: Dereck está de camino a administrar su casino, Marcus esta a penas empezando su jornada laboral, Anthony de seguro ya debió salir del hospital hacia la empresa y Erick debe estar a punto de empezar su vida nocturna. El único que no tiene actividades nocturnas es Henry. Por ello, decido llamarlo. El timbre suena unas veces antes de escuchar la dulce voz del come galletas:

— ¡Hola Alyy!

— Hola Cookie, ¿Estás en casa?

Esperando a que Henry contestase mi pregunta, noto como Noah se me queda viendo extrañado. Imagino que por el apodo:

— Por supuesto. Por cierto, hay un nuevo chico que está cubriendo a Will en el acceso a la casa. — Miro al chico sacudiendo el celular, para que escuchara cada detalle: — Te lo advierto por que sé que como Will ya te conoce, nunca llevas el carnet encima. Ojalá no te de problemas y tenga que reportarlo a Anthony.

El chico de inmediato niega con la cabeza, dándome a entender que el problema ya estaba resuelto.

— Entiendo, pero no te preocupes, dudo que me de problemas. — le guiñó un ojo a Noah, quien me mira con una sonrisa de labios cerrados: — En todo caso, te llame por que ya estoy llegando, para que me abras la puerta de... — Henry me interrumpe:

— Olvidaste otra vez la llave y no tienes como entrar. Ya lo se, voy bajando. — escuchó su risa a través del teléfono. Yo solo me limitó a admitir mi error entre dientes, ya me conoce: — Bien, te espero abajo.

— Hecho.

El joven nos hable la puerta al instante. Me mira con cierta pena, pero cuando su mirada cae sobre Noah, cierto miedo se ve reflejado en sus ojos. Y por si las cosas no se podían poner más escalofriantes entre estos dos, Noah se despide diciendo:

— Nos vemos en un rato, niño. — Noah le sonríe mientras toma sus lentes y se los coloca sobre sus ojos. Su tono arrogante dejó al pobre chico inmóvil, casi pensando que volvería para matarlo. Cuando en realidad solo se refería a que se veían nuevamente cuando Noah fuera a salir de la casa.

Noah y yo nos reímos de La cara del pobre chico, recordando aquel momento tan *random* que nos acaba de suceder. Esto antes de ver la arquitectura de la casa de los White dándonos la bienvenida:

— Vaya casa... — dice Noah asombrado.

— Ni me lo digas. Es aún más hermosa por dentro. — le sonrío admirando junto con él la casa.

Visualizo a Henry saliendo de la casa, vestido con una especie de camisa playera bastante fresca y unas bermudas. Su pelo está ligeramente mojado, parece que estaba en la piscina. Veo como se fija en mi. Cuando visualiza a Henry, noto como lo mira de reojo, sin perder detalle, como si estuviera tratando de descifrarlo con la mirada.

— El es Henry, uno de mis no hermanos. — Noah lo mira unos segundos más, antes de voltearse hacia mi con lentitud. Su mirada está calmada, pero hay cierto brillo en sus ojos que me desconcierta.

Ya he visto esto antes.

Noah al instante nota que yo empiezo a analizarlo, pero para cuando lo distingue ya era demasiado tarde, presentía lo que sucedía y no necesitaba sus excusas.

— Creo que esto será un adiós... — dice Noah mirándome con nervios.

— No es un adiós, te invitaré a que vengas algún día. Lo prometo. — lo miro con malicia, ya que, si era lo que sospechaba, esto me divertiría mucho.

— ¿De verdad? — noto cierta ilusión en su mirada.

— Claro, eres mi mejor amigo, Noah. Me vendrías a ver a mi y solamente a mi ¿No?— lo miro con determinación. Noah se queda unos segundos en el aire, antes de contestar:

— Claro. — la seguridad en su voz me confunde, pero aún así no pierdo las esperanzas en mi suposición: — Que posesiva te han vuelto los años, Alice.

Sus palabras me hicieron reír. Lo dejaré ir esta vez. El me abraza como si estuviera agradeciendo nuestra amistad.

— Gracias por todo, Noah.

— Siempre que lo necesite, solo llame, señorita Jill.

— Si, claro. — Le sonrío, antes de procurar que los seguros del auto estén abiertos para bajarme. Nos despedimos con un par de palabras bonitas y buenos deseos, para después bajar mi cuerpo por completo del auto y cerrar la puerta.

Mientras camino hacia dentro visualizo que este deja el auto aparcado frente, esperando a que me acerque a la puerta, donde estaba Henry parado.

— Uy, y ¿Quien es tu nuevo novio que te trae hoy? — Henry me mira ilusionado, mientras yo solo sonrió con segundas intenciones:

— Claro, te lo voy a presentar. Te caerá de maravilla. — miro hacia el auto y levanto la mano mientras camino sujetando el brazo de Henry. Al llegar, nos paramos frente al cristal del conductor.

Noah baja el cristal segundos después, dejando cierto suspenso en su presentación. Ahi está ese atractivo guardaespaldas, con sus característicos lentes sobre sus ojos y una sonrisa algo desafiante adornando sus labios. Cuando el cristal baja, este apoya su codo sobre el marco y nos mira con atención. Nada de esto me asombro, pero si sentí un fuerte apretón de brazo por parte de Henry, quien no pierde detalle de aquel hombre. Puedo ver incluso como Henry batalla para que su boca no se abra.

— Henry, el es Noah, Mi mejor amigo. — Henry me mira como si estuviese pidiendo ayuda internamente. Yo le sonrío abiertamente, esperando una respuesta de sus labios:

— Que bien... — es lo único que el rubio con ojos color turquesa pudo formular.

— Es un placer, Cookie. — escuchó a Noah decir aquello y casi puedo sentir como Henry y yo nos íbamos a desmayar a la vez. El por sus razones, yo por que no me espere eso para nada. Su sonrisa no dejar de imponer seguridad, al punto de verse sensual. Sabe que eso lo puso un paso adelante de nosotros.

— ¿Cómo...? — nuevamente el intento para hablar bien de Henry no sirvió de nada. Por suerte, Noah se adelantó y contestó:

— Alice me ha hablado sobre ti. — Sus labios dejan ver sus dientes perfectamente tallados. Pero, un ruido dentro de su auto nos desconcertó a todos; una llamada.

Logró leer el nombre de quien lo llamaba. Que en realidad solo eran tres letras: "RDL"...

Es una abreviación de Redly.
Mamá era quien estaba llamando a Noah, al final no me sorprende, es su mano derecha.

Le sonreí al saber de quien se trataba, dándole a entender que podía retirarse si así lo requería:

— Fue un placer, pero debo irme. — veo como deja que su celular continúe sonando, para después despedirse diciendo: —Espero verte pronto.

Sus ojos se colaron por encima de sus lentes para dedicarme una mirada, pero también haciendo una ligera pausa en Henry con la misma. Dejándonos a ambos con una mirada gravada llena de seguridad, muy propia de él. Esto fue su despedida antes de que el cristal subiera y el carro avanzará a una velocidad que hizo que mi pelo volara ligeramente.

— Presumido. — murmure de una forma en la que Henry pudo escucharme. Solo pude ver una sonrisa un tanto infantil pintada en su rostro. Tiene la expresión de ternura de un niño.

Sabía perfectamente lo que pasaba aquí. Y aparentemente, sea lo que sea, era mutuo.

Ahora si me voy a divertir.

Podía notar cierta atracción entre ellos. Algo que me emocionaba de hecho, ya que, a pesar de todo si me gusta liarme con cosas del amor. A pesar de que a mi se me da fatal.

Hoy es un dia que ha pasado muy cargado de emociones. Y hasta este punto, sé que aun estas emociones no terminarán hoy, ya que, estaba a menos de una hora para tener que irme al retiro de empleados, donde las cosas si se pondrian interesantes.

Pero no interesante del modo satisfactorio; con interesante me refiero a la posible ansiedad que pueda atacarme en el momento en que vuelva a ver a Carlos a los ojos, y sepa que en lo profundo de mi ser no se que hay entre nosotros...

¿Es Química o atracción?

Eso me hizo pensar en Priya y Marcus.
Ellos son amigos, pero hay una química extraña entre ellos. Se llevan demasiado bien.

No obstante, por otro lado están Henry y Noah, en los que noto una atracción casi innegable. Es algo que puedo palpar con mis manos sin siquiera ser algo posible de palpar.

¿Puedo ser capaz de ver más allá de nuestra amistad?

La respuesta era clara.

Pero nunca me fue tan clara hasta llegar al retiro de empleados y vivir una de las experiencias más reveladoras y curiosas que está detective jamás pensó vivir.

Pero me estoy adelantando...

Capítulo 4

Bien, es un hecho. Entré en pánico.

No había mucho que decir además de que estaba en mi habitación con Henry, Lissette y Charlotte mirándome mientras doy vueltas por toda la alfombra.

Y no, no es una crisis existencial por no saber que ponerme esta noche. Más bien, tenía eso más que planeado y listo, incluso dicho atuendo está sobre la cama esperando por mí.

El pánico era provocado por la ansiedad que llegó a mí, gracias a mi mayor temor de esta noche:

¿Qué voy a decir?

Era un hecho que tenía que afrontar mi situación con madurez. Más aún, tomando en cuenta que Carlos es mi compañero de trabajo, y que, si no lo resuelvo ahora, tendré que verle la cara el resto de mis días en el precinto, hasta que uno de los dos decida irse o atreverse a sacar el tema sin que el otro salga corriendo.

— ¿Estaré exagerando?

Digo en voz alta mientras volteó a ver a mis ayudantes.

Lissette está viéndome con mucha atención, pero ella en general no es de hablar por hablar. Esta prefiere analizar bien lo que dirá, y luego decirlo.

No obstante, los otros dos estaban haciendo todo menos prestarme atención.

Henry estaba viendo a la nada. Literalmente a la nada. Yo me detuve a verlo unos instantes. Me niego a pensar que está repasando en su mente lo sucedido con Noah.

No quería parecer egoísta, pero en serio necesitaba su ayuda y ellos sólo se empeñaban en pensar en sí mismos.

Estoy desesperada. Mi error me está costando mi paz mental más de lo que nada me había costado.

Me detengo a ver a Charlotte, quien está viendo su celular con una mirada algo preocupante:

— ¿Tú también, Char? — digo mirándola con frustración.

Al instante, Charlotte se reincorporó y soltó el teléfono. Aunque su mirada ahora estaba posada sobre mí, se veía preocupada. La miro con atención unos instantes...

¿Habrá sucedido algo con Marcus?

Existe la posibilidad. Esos dos, a pesar de ser una relación bastante unida, están muy separados a la misma vez. Marcus se está pasando la mayor parte del día dentro de la empresa, y Charlotte normalmente sale por su lado sin decir a donde.

Ambos viven rutinas laborales muy distintas. Tanto, que a veces ni siquiera sé con certeza si llegan a dormir juntos o separados, debido al choque de horarios tan drástico que han sufrido.

Segundos después, Charlotte me saca de mis pensamientos:

— Perdóname Alice, estoy un poco ida.

La miro con duda, haciéndole entender con mi mirada que quería saber que ocurría. A lo que ella contesta:

— No pasa nada, sólo son cosas del trabajo. —la miro de reojo y noto poca estabilidad en sus palabras. Está mintiendo. Pero, este no es el momento para sacarle esa información. Henry y Lissette estaban allí, y aunque su confianza con ellos era bastante buena, aparentemente no era la suficiente como para decir la verdad de lo que sucedía.

— ¿Podrían tratar de prestarme atención un segundo?

Los tres me miran con detenimiento. Mi estrés me está llevando al límite.

— Alice, debes calmarte. — es lo único que Lissette logra decir.

— Debes entender que... — Henry hace una pausa: — Perdón, ¿De qué estamos hablando?

Siento como la sangre me hierve, en toda la expresión de esa palabra. No quisiera dañar su ilusión con Noah, la cual parece que solo va en aumento y no cesa. Charlotte me sigue mirando, pero sigue completamente ida. Lissette es la única que se podría decir que me presta atención en este momento, pero no me vale de nada si no puede terminar de formular más de una frase.

— ¡Por un demonio, lo que faltaba! ¡Si están aquí solo para ver las estrellas, entonces pueden largarse! — grito con evidente desesperación. La cual parece no valer la pena, ya que, mis amigas y medio hermano solo se quedan sorprendidos por mi queja. A todo esto, ni siquiera decidieron moverse de este lugar como les exigí hace un segundo.

Mi sangre empezó a bombear de forma descontrolada, haciendo que el lado derecho de mi cabeza sintiera una fuerte migraña asomándose. Al no ver mas remedio, decido tomar el atuendo que opte por utilizar y salir de allí como una bola de humo. No pude evitar hacerlo de forma áspera e insensible, quedándome solamente con las miradas de mis compañeros de hogar totalmente atónitos. Debo admitir que los comprendo, ya que, nunca me he enfadado de esta forma. Pero, deben entenderme, siempre trato de estar ahí para cada uno de ellos, y para mi suerte, la mayor parte de las veces ellos

también están allí para mi cuando los necesito. Pero, nunca fueron cosas tan criticas como esta. Jamás había sentido tantas cosas juntas, y ya me estaba volviendo loca.

Pude escuchar las voces de mis amigas gritarme a lo lejos que no me vaya, incluso pude escuchar una que otra disculpa por parte de Henry. Pero, nada de esto me resultaba suficiente para dejar de avanzar. Mientras camino de forma apresurada por el pasillo, escucho pasos que se oyen cada vez más cerca de mí. No lo pienso dos veces antes de correr por el pasillo, con el fin de llegar a un lugar "seguro".

Veo dicho pasillo mas largo que nunca, dudando de mi habilidad para cruzarlo sin que me vean, por lo que opto por lo mas viable en aquel momento:

Entrar en alguna de las habitaciones de mis hermanos.

Esto en realidad no es tan sencillo como suena. Ya que, hay tres personas siguiéndome que tienen el acceso a algunas de las mismas.

Henry puede entrar a su habitación, y tiene por consiguiente la llave de la habitación de Dereck. Nada sorprendente viniendo de ese par.

Charlotte puede entrar a la de Marcus sin problema alguno, evidentemente por que es su novia y compañera de cama en muchas ocasiones.

Una de las habitaciones que queda es la de Anthony, pero esta no es una opción, ya que siempre la cierra con seguro, y el único que tiene una copia de esa llave es Marcus, quien siempre la lleva consigo en su llavero. Que Marcus sea el único que tiene una copia de la llave no es nada extraño, tomando en cuenta de quien hablamos.

La faltante dentro de mis posibilidades es la Erick, la cual descarte al instante recordando que su amante de noches fogosas es Lissette, la cual también me está persiguiendo. A pesar de que Lissette no seria capaz de abrir dicha puerta sin el permiso de Erick, estoy consiente que este la dejaría.

Bien, en conclusion, solo queda una opción: Mi baño, donde evidentemente me buscaran con mas insistencia.

Estaba a nada de rendirme y escuchar como se disculpan hasta agotar existencia, pero mi mirada se pierde en una puerta que nunca analice. Que ni siquiera considere: La habitación de Jake.

Observo la puerta uno segundos, antes de respirar profundo y tomar el pomo de dicha puerta en mis manos. Lo giro con cierto miedo, oyendo como fondo las voces de Henry, Charlotte y Lissette buscándome en el interior del resto de las habitaciones.

Recuerdo con atención la petición de Marcus acerca del cuarto de Jake, diciéndonos a todos que evitáramos entrar allí para respetar la privacidad de Jake, y por supuesto, dejar dicho cuarto intacto hasta que este decidiera volver. Pero, debo admitir que la petición de Marcus en este caso, no me importo en lo absoluto.

Algo me llamaba a entrar, había algo allí adentro que hacía estremecer mi curiosidad. Tenía la necesidad de entrar allí. Evitando mencionar la necesidad que tenia de esconderme.

Sin pensarlo más, abro la puerta y la cierro con seguro después de mi ingreso a dicha habitación.

Un olor invade mi nariz al instante. Se trataba de su olor. Aquella colonia inolvidable para mis emociones. Me dejo llevar al inhalar aquella loción con dedicación, recordando miles de cosas que provocaron que mis vellos corporales se erizaran.

Jake White era quien viajaba por mi mente a la velocidad de la luz.

Sus manos eran un recuerdo presente en este instante, al recordarlas aferrándose con seguridad a mi cintura, la cual él consideraba su montaña rusa favorita. Por un momento, el recuerdo del encuentro con Carlos me interrumpió mis ya mencionados recuerdos con Jake, lo cual me asusto en cierto modo.

¿Estaba comparándolos?

Era una especie de batalla de recuerdos, en busca de averiguar cuáles eran más fuertes y significativos para mi.

Pero, el hecho de recordar el encuentro con Carlos no arruinó en lo absoluto mi recuerdo con Jake. Podría atreverme a decir que lo hizo escalofriante, porque, a pesar de todo, el recuerdo con Jake seguía siendo mejor.

Las imágenes de las manos de Carlos acariciando mi piel no se comparaban en lo absoluto con la sensación inquietante que dejaban los dedos de Jake al alejarse de mi piel momentáneamente luego de un simple abrazo.

El hecho de recordar simplemente la respiración de Jake en mi cuello hizo que mi cuerpo se estremeciera, dejando mi piel como la de una gallina. Por un segundo me deje llevar por mis pasos, llegando hasta la cama de Jake y dejándome caer sobre ella. Su cuarto es oscuro, más de lo usual, aparte las cortinas ayudaban a que dicha oscuridad permaneciera intacta en la habitación. Las ventanas cerradas colaboraban con que el olor de Jake se conservará a pesar de los meses. Creo que incluso Lissette a limpiado esta habitación varías veces, ya que tiene un ligero olor a detergente emanando del suelo. Pero, diferencia de otras personas del servicio, Lissette siempre deja todo tal y como lo encontró, como si tomara una foto mental de todo. Por ello, Marcus le ha permitido mantener el cuarto en pulcritud, para cuando Jake desee regresar, su cuarto esté listo para darle la bienvenida.

Mi cabeza se hunde en su almohada, mientras los recuerdos nublan mi pensar y hacen de mí una nube de recuerdos que ya pensaba haber superado del todo. Tenía la capacidad de recordar cada detalle con los ojos cerrados, mientras el olor seguía llegando a mi, haciendo mis recuerdos un poco más palpables. Aún con los ojos cerrados, acaricio las sábanas en busca de encontrar más recuerdos que desviaran mi mente de la realidad. Nunca me había dado de la libertad de pensar en estas cosas luego de que me prometí dejarlo atrás. Una de las cosas que más recuerdo en estos momentos es la primera vez en que nos encontramos, cuando nuestra atracción era más que evidente.

La sensación de sus labios sobre los míos por primera vez es una de las cosas que más me cuesta quitar de mi mente en estos momentos. Esa sensación que iba más allá de una simple caricia. Eran sus suspiros en mi oído los que hacían que mis piernas perdieran su fuerza. Esto no era nada comparado con la fricción de mi cuerpo contra el suyo, cuando deseé más de mil veces que me hiciera suya. Esa sensación extasiante y dolorosa cuando esté profanó mi cuerpo la primera vez. Sus ojos que no perdían el contacto con los míos ni un minuto, como si estuvieran sellados. Sus manos apretando mi cuerpo, su boca pronunciando mi nombre que nunca lo pensé tan especial hasta ese momento.

Pensar en sus labios recorriendo mi cuello hacen que sujete las sabanas entre mis dedos con más fuerza. El simple hecho de pensar en ello me está excitando. Y tengo que decirlo, la sensación no dejaba de ser única. Era especialmente eso, Jake es el único que ha hecho que mi cuerpo verdaderamente se estremezca.

Pensar en ello causa que inconscientemente mis manos empiecen a acariciar mi abdomen con sutileza. El recuerdo de las manos de Jake sigue vagando en mi mente, sin mencionar el hecho de sentir tan real sus labios en mis recuerdos. Esa percepción suave y húmeda que quedaba impregnada en mis labios cuando los suyos devoraban los míos por completo, mientras sus manos bailaban entre mi delgado pantalón de trabajo, causando estragos inmediatos en mi ser, siendo mis gemidos callados por sus pasionales besos, tan característicos por su rudeza y profundidad.

Mis manos ya no estaban en mi abdomen. En cambio, estás bajaron hasta mi cadera y de allí a mis muslos. Todo mientras las imágenes seguían proyectándose en mi mente de una forma en la que podría pensar que estaba montandome una película pornográfica solo con recuerdos.

Simples recuerdos eróticos.

Mis manos ya se deslizaban por mi intimidad, para cuando las imágenes en mi mente se firmaban más explícitas.

Ya las imágenes se simplificaban en Jake penetrandome hasta perder la noción de sí. Por otra parte, mis manos temblorosas sobre la almohada acompañando la función con mis piernas que no se podían cerrar debido a la presión ejercida por el cuerpo de Jake sobre el mío. La primera capa de sudor ya se veía sobre nuestros cuerpos, mientras sentía el calor de sus jadeos arropar mi rostro. Sus embestidas que me hacían olvidar el tiempo y lugar, siendo sus caderas la solución al rompecabezas de mi entrepierna.

Recordé con lujo de detalles el sonido del gruñido gutural que se desprendía de sus cuerdas vocales, inspirando a mis labios a dejar salir gemidos que nunca pensé oír proveyendo de mi boca. Sin duda, este hombre causaba en mí cosas que nunca jamás volví a sentir luego de esos encuentros tan placenteros. Entre aquellas sensaciones se encontraba en un altar de oro, la hermosa sensación del orgasmo.

Se repente, detengo mi mano de las estimulantes caricias que le estaba proporcionando a mi intimidad.

¿Por qué hago esto?

Pregunta curiosa luego de estar cerca de experimentar el orgasmo. Pero, aquí está el factor sorpresa:

No puedo llegar al orgasmo.

O al menos, no por mí misma.

Jake podía hacerlo cuántas veces fuera posible, sin dudar de la precisión de sus movimientos.

Pero, en cambio yo soy incapaz de llegar al orgasmo por mí misma, perdiendo la fuerza al estimularme en mi más evidente zona erógena. Mi intimidad.

En conclusión; me rindo al ver que las fuerzas no me dan para soportar la velocidad de mis propios movimientos dos minutos más.

Es una situación bastante extraña. Tomando en cuenta que Jake ya lo había hecho un sin fin de veces. Pero aún, soy incapaz de llegar al orgasmo por mí misma.

Y es una pena. Ya que, cualquier tipo de excitación que sienta, prefiero dejarla morir entre mis entrañas, aguantando las ganas de auto complacerme. Debido a que, hacerlo sería una perdida de tiempo, ya que, esa excitación no saldría de mi cuerpo impulsada por un orgasmo...

¿Cómo se supone que saldría si ni siquiera puedo llegar a él?

Por lo tanto, en pleno apogeo de mis recuerdos más placenteros, decido detenerme, sacando mi mano de mis débiles pantalones. Dejando así mi ropa tal y como estaba.

Al mirar mi mano, noto la humedad provocada por mi estimulación.

"Que perdida de tiempo"

Fue lo único que pensé al mirar mis dedos.

Ni siquiera Carlos, en su mejor intento lo logró. Aunque, para ser honesta, aquello dudo que haya sido una verdadera excitación. Ya que, no pude sentir la desmemoria que provoca en mi la exitación y el placer. Es decir, Carlos ni siquiera logro excitarme cómo se supone.

Con el estaba estresada, por no decir que insatisfecha.

Diría que por suerte me di cuenta de esto antes de que Carlos me penetrara. En dado caso, me hubiera sentido mucho más culpable. La imagen de Carlos besándome hizo que me dieran escalofríos, y no de buena manera. Su físico era tentador

Ya no necesitaba más pruebas, era definitivo:

La "cuestión" con Carlos solo era atracción física, por no decir que pasajera.

Y en cierto modo, aunque me cueste admitirlo, mi preferencia seguía fija en Jake. A pesar de que este probablemente no esté en la misma página que yo.

Es un White; Adultos definidos por la farándula cómo la mismísima perfección y el progreso hecho personas.

De seguro ya debe haber pasado página con respecto a nosotros.

No obstante, la gran detective Jill sigue estancada en el recuerdo de esos ojos verdes que desarman su corazón.

Que desperdicio.

No espere más para levantarme de la cama, procurando prestar atención a los pequeños sonidos que provienen desde fuera de la habitación: aún me están buscando.

"Por un demonio, lo que me faltaba".

Caminé un poco en la habitación, dejándome llevar por mis pies, incluso cerrando mis ojos al estar segura de que el área estaba completamente dominada para mí. Cosa que no es verdad, ya que, segundos después, choqué con el borde del gran escritorio de Jake, dejando caer varios libros en mi caída.

Al estar apoyada en el suelo, me detengo a ver la luz que proviene desde fuera de la habitación, la cual se deja ver por debajo de la puerta, mostrándome los pies de una persona parada frente a la habitación.

"Maldita sea, no ahora..."

Mi respiración se entrecorta, mientras veo como aquellos pies no se mueven de la entrada. Me calmo al recordar que la puerta tiene seguro, y que nadie tiene permitido entrar allí, y mucho menos la llave.

Un pequeño suspiro de victoria sale de mi boca, pensando en que ya todo estaba resuelto. Pero, todo aquello fue una farsa al ver un figura de al menos 1'90 parada frente a la puerta, ahora abierta de par en par como si fuesen las mismísimas puertas de la iglesia. Batallando con el contraste de la luz, trato de distinguir de quién se trataba, hasta que, por una frase muy característica de dicho miembro de la familia, distingo quien era:

— Pero, ¿Qué diablos?

Erick era quien estaba parado frente a la puerta. Mi única alternativa era levantarme del sueño y afrontar lo que sea que fuera a decirme.

Rompí la regla de Marcus, sin mencionar que casi me masturbo en la cama de Jake.

Que chistoso ¿No creen?

— ¿Alice?

Mis pensamientos son interrumpidos por la voz de Erick entrando a la habitación:

— Si, si. Estoy en el cuarto de Jake e ignore la regla que Marcus impuso. — Erick levanta una ceja mientras me escucha con atención: — Adelante, delatame con Marcus.

Erick me mira con atención sin decir ni un palabra. Para luego de ello, cerrar la puerta del cuarto tras el. Este enciende la luz del cuarto, dejándome ciega ante la iluminación. Miro con atención como este se mueve por la habitación y se sienta en la silla de Jake sin decir una palabra. Está acción por su parte me hace dudar mucho de lo que estaba por ocurrir a continuación.

El silencio en la habitación es sepulcral, sin mencionar el hecho de que Erick solo me miraba con atención, sin perder detalle de mí. Me estaba juzgando con la mirada. No lo dudo. Su mirada viaja por la habitación y se detiene en mi...

¿Qué es lo que pretende?

— ¿Puedes dejar de mirarme de esa forma? Si vas a acusarme, solo hazlo.

Erick aún me mira con mucha atención. Sus ojos azules están clavados sobre mí como sí de una estaca de tratará.

Después de varios segundos de un silencio incómodo, este se digna a hablarme, diciendo algo que me desconcertó por completo:

— ¿Aún lo extrañas?

Mi respiración se detuvo en cuestión de segundos. No podía creer que Erick me haya hecho esa pregunta.

El tema de Jake es algo tan delicado que en esta familia no hablamos sobre él. O mejor dicho, ellos no hablan sobre él conmigo.

El hecho de que Erick lo haya hecho me desconcierta totalmente. Directamente no supe que contestar ante aquello. Mi mirada estaba perdida. La simple oración que Erick dijo ha hecho estragos en mi mente en cuestión de segundos. Bajo mi cabeza, tomando como campo de visión el suelo de la habitación.

Visualizo cómo Erick mueve sus pies, haciendo que la silla de Jake ruede sobre sí, acercando su cuerpo hacia donde yo me encontraba:

— ¿Qué hacías aquí?

Levanto la cabeza para poder conversar con Erick sin mostrar tanta debilidad:

— Solo me escondía de los muchachos.

Erick me mira, evidentemente dudando de mis palabras:

— ¿De quién?

La seriedad en la voz de Erick me pone los vellos de punta.

¿Por qué estaba tan serio?

— Me escondo de Charlotte, Lissette y Henry. — confieso entre dientes.

— ¿Por qué?

— Pero, ¿Esto acaso es un interrogatorio? — Lo miro, tratando de desafiar su forma. Este me mira con los ojos entrecerrados.

¿Qué se supone que está pensando?

Pocos segundos después, Erick habló:

— Aún no lo has superado.

Podría jurar que deje de sentir las piernas por varios segundos.

Acaso, ¿El pensaba eso?

Una risa completamente falsa sale de mi boca:

— Por Dios Erick, ¿Te sientes bien? — Erick me mira levantando una ceja. Estoy más insegura que nunca, pero no quería que fuera visible, por lo que continuo diciendo:

— ¿Once meses no son suficientes para que veas que ya superé a tu hermano?

Me levanto del suelo, tratando de parecer lo más segura de mí que fuera posible.

— No.

Al escuchar aquello, sentí como mi corazón se detuvo. Erick se levantó de la silla y se colocó a pocos centímetros de mi:

— Eres muy mala mintiendo, niña.

Su respiración choca ligeramente con mi cara, ya que, este tuvo la delicadeza de susurrar lo que decía.

— Hay tantos cuartos en esta casa, incluso tu propio baño, pero preferiste entrar al de la persona que ya superaste... Que conveniente, ¿No crees? — Termina Erick con una mirada que se escabulle entre mis entrañas y me hace sentir más inseguridad de la que ya sentía:

— Solo estaba esperando a que ellos se fueran para salir... — los nervios en mi voz eran colosales, por no decir que ya se escapaba de mis posibilidades ocultarla.

— Se fueron hace más de diez minutos, Alice.

— Pero, y las voces que se escuchan en la casa ¿No son ellos?

— Marcus está ayudando a Dereck a buscar sus raquetas de tenis. Las volvió a perder, ese idiota. — siento como una ligera risa se quiere dejar ver entre mis labios al escuchar el comentario de Erick.

Luego de caer en la realidad, me doy cuenta de que ya no tengo más excusas para negar lo que Erick defendía con tanta insistencia. Mi cabeza estaba en blanco.

¿Acaso era cierto lo que Erick tanto recalcaba?

¿No he superado a Jake?

— Ahora no pareces tan segura de tu respuesta.

Erick sigue insistiendo en que le dé una respuesta, pero la sensación de afrontar la verdad nuevamente hace que sienta como mi

garganta se hace un nudo. Esto me hace incapaz de responder con seguridad.

— Alice, ya deja de fingir. Estás en el cuarto de Jake desde hace más de treinta minutos.

— ¿Cómo crees saber todo? — digo tratando de que las lágrimas no salgan de mis ojos: — No lo extraño, el es parte de mi pasado.

Miro como Erick dobla un poco su cabeza, antes de entrecerrar los ojos y negar con la cabeza:

— Deja de ser tan patética.

Las palabras de Erick perforan mi corazón una vez más. Me mordí el labio al sentir como las lágrimas se hacían incontrolables. No quiero llorar. No ahora.

Erick mira nuestra entorno, antes de suspirar y eliminar los últimos centímetros de distancia que quedaban entre nosotros. Solo sentí como este me apretó contra su cuerpo.

Erick me estaba abrazando.

Era algo que no pasaba a menudo. Estás acciones por parte de Erick y Anthony eran acontecimientos bastante inusuales en este hogar. Más incluso si se trata de mi persona. Ellos en sí no son personas muy afectivas.

Erick en cambio, en esta ocasión me estaba abrazando con un cariño que nunca imaginé. Me sentí en un lugar cómodo mientras las lágrimas ya no esperaron más.

Estaba llorando en sus brazos sin saber que demonios me pasaba.

Pensé que este tema ya era cosa del pasado, pero he sentido tantas cosas en menos de una hora que podría atreverme a decir que es cierto lo que Erick decía:

No he superado a Jake en lo absoluto.

Eso explica mi incapacidad de entregarme a otro hombre.

¿Estoy tan obsesionada con él que no puedo hacer eso?

Quizás esa parte solo es cuestión de mi forma como persona. No es que tenga la costumbre de tener sexo con la primera persona que me atraiga físicamente.

Pero, por otro lado no puedo imaginar a nadie más amándome. No puedo imaginar a nadie más haciéndome estremecer hasta los huesos.

No hay nadie más en mi mente.

Solo Jake.

— Soy una idiota...

Erick no dice nada al respecto de lo que dije. Parece estar analizandolo. Este mira a su alrededor, como si buscará algo, antes de sujetar mi cuerpo y sentarlo sobre la cama.

— ¿Qué haces? — digo en voz baja, de una forma casi inaudible.

Erick hace caso omiso a mi pregunta para cuando procede a cambiar de tema totalmente:

— Es normal que lo extrañes. Ustedes tenían algo... — escucho como se queda callado, tomando un respiro para buscar la palabra indicada: — Especial.

— Pues, no fue lo suficientemente especial para que se quedara conmigo.

— ¿Qué te hace pensar eso?

— Me abandonó, Erick.

— No lo hizo. El se sacrificó por nosotros.

— Pero, eso no justifica que el nunca se dignara a llamarme o buscarme.

— Tu tampoco lo hiciste.

— ¿De que estás hablando? El fue quien se fue, en primer lugar. Tengo que tener algo de dignidad.

— ¿Con dignidad te refieres a miedo?

Me quedo callada ante eso.

— Si de verdad te hubiera importado saber la verdad, hubieras tratado de buscarlo aunque sea una vez. Si lo hubieras intentado varias veces y Jake te hubiera rechazado todas esas veces, ahí si te doy toda la razón de que perdiste tu dignidad con el. No obstante, no lo instante ni siquiera una sola vez...— Erick me mira con atención: — ¿O me equivoco?

— No... — le contesto entre dientes.

— Tu estás huyendo de él y el está huyendo de la verdad tras sus sentimientos. No pueden huir toda la vida, pedazo de imbeciles.

— ¿Auch? — digo con confusión.

— El punto es, no se de que lado ponerme. Por que, al final del día, del idiota que tanto hablas es mi hermano. Y pase lo que pase, somos familia. — hace una pequeña pausa para tirarse hacia atrás en la cama: — Y tu eres como una niña, que a pesar de no ser mi hermana, te trato y cuido como a una. Así que, solo te dire una cosa que el FireBoy me dijo en varias ocasiones...

Erick concentra su mirada en mi una vez más, esta ves tratando de crear una especie de momento profundo entre ambos:

— Pase lo que pase, tu vida sigue pasando. Las horas y los días no esperan por ti. Ellos pasan sin pesar, y lo peor que puedes hacer es lamentarte por cosas que solo te quitarán lo único que nadie puede devolverte; El Tiempo. Por ello, sigue adelante, que al final, todo tomará su rumbo y se resolverá, tarde o temprano. Vive tu vida, ya que nadie más lo hará por ti.

Miro a Erick con cariño mientras siento como unas lágrimas de alegría se acumulan en mis ojos. No puedo evitar sentirme halagada y feliz, ya que, alguien como Erick no dice algo así a menudo:

— Niña, ama con locura. Toma todas las decisiones que deseas de corazón. Sal de fiesta. Conoce personas. Diviértete y no dejes que el tiempo se vaya con tus anhelos.

— Eso haré. Gracias, Erick.

— De nada. Solo, te pido un favor...

Me quedo indiferente ante aquello:

— Claro, ¿Qué necesitas?

— No le digas a Marcus que su consejo me ayudó. Ese imbécil tiene un orgullo bastante irritante.

— Lo dices como si tú no tuvieras uno igual... — lo miro con simpatía: — O quien sabe si peor.

— Voy a tener que darte una lección para que respetes a tu superior.

— Ni lo sueñes.

Siento como este me da un ligero empujón que hace que me ría.

Quizás tenga que sacar provecho a mi tiempo, como Erick tanto resaltó. Pero, sobre todo, debería optar por aclarar varias cosas en mi mente.

Entre ellas, debo comprender que mi historia con Jake está finalizada. Y aunque no haya terminado bien, algún día debo sentarme a hablar con él y poner las cartas sobre la mesa.

Debo poner límites.

Pero, puedo vivir con el sentimiento de que aún siento cosas por el.

Pero, puedo soportarlo. Mientras el este lejos, esto será más manejable. Hasta el punto en que se vuelva tan irrelevante, que lo olvide del todo.

Mientras estaba hundida en mis pensamientos, Erick se levanta de la cama con lentitud, teniendo su mirada fija en el montón de libros que deje caer cuando choqué con la escritorio de Jake. Estando allí, toma entre sus manos un libro en específico. Lo visualizo y es bastante amplio. Tiene muchas páginas. Es azul por los bordes y tiene un símbolo que se asemeja a una letra "W" con algunos diseños algo tradicionales. Erick pasa su pulgar por el extremo del libro, como si tuviera algún tipo de aprecio por el mismo, y por si no fuera suficiente, una sonrisa de labios cerrados se deja ver en ese rostro que usualmente lleva un semblante bastante intimidante:

— No pensé que él aún conservaría esto...

Erick lo trae consigo hacia donde estoy, sentándose un poco más lejos de mi, para poner en medio de nosotros el libro que tanto el admiró durante varios segundos.

Me invita con la mirada a que lo abra. Yo lo hago con delicadeza, limpiando con mi otra mano las lágrimas secas que me hacían cosquillas.

Al abrirlo, me doy cuenta que es un álbum de fotos.

¿Cómo no lo supuse?

El signo en la portada es bastante evidente.

Miro muchas fotos que jamás en mi vida pensé ver. Los pequeños hermanos Whites en sus épocas siendo infantes. Las imágenes eran sumamente hermosas.

Sin duda alguna, ellos también lucían hermosos, y más que nada, tiernos.

Verlos de esa forma me hace sonreír.

Su ternura es otro nivel.

Habían fotos de ellos jugando, peleando e incluso abrazándose.

Pero no habían fotos con Joseph, su padre. Aunque, a decir verdad no me sorprende en lo absoluto, ya que, el fue el precursor de sus traumas más relevantes.

Hay una foto en específico que me quede mirando por varios segundos:

Es una foto que de derecha a izquierda están Anthony, Marcus y aparentemente Henry, pasando la tarde en el parque. Parecen estar tomando un día de descanso, por qué se ven bastante relajados. Sin uniformes ni mucho menos smokins. Aunque, a decir verdad, se ve que eran apenas unos adolescentes a punto de conocer lo que era la vida.

No han perdido el parecido en lo absoluto. Actualmente sus caras han tomado un semblante más maduro y trabajado. Era lindo verlos así, especialmente a Anthony, quien en ese momento llevaba su pelo

algo desarreglado. Podría jurar que fue Marcus quien lo hizo y que por eso su cara se muestra que está algo inquieto.

Marcus por otro lado tenía un aura más juvenil que nunca en esa foto, transmitiendo serenidad y amabilidad con esa simple mirada.

Henry, en la esquina, seguía dando las mismas energías que el Henry que me despierta cada mañana; así de tierno, carismático y sensible.

Los tres se veían hermosos y no había duda de ello.

— Jake disfrutaba tirandonos fotos. — sonrío con nostalgia mientras escucho las palabras de Erick: —Decía que le gustaba capturar las cosas que quería que permanecieran para siempre guardadas. Cosas que nunca el queria perder.

Nunca dudé del amor que Jake sentía hacia sus hermanos. Ellos siempre estuvieron ahí para el, a pesar de que el no siempre frecuentaba la casa por sus propios conflictos con su padre. El mundo fue su familia y hogar por mucho tiempo, pero nunca se olvidó de donde salió. De su verdadera familia.

Veo que las páginas de fotos llegan a su fin. Parece no haber más fotos.

Me entristezco un poco mientras estoy a punto de cerrar el álbum. Hasta que me detengo en seco al ver el dedo de Erick metido entre una de las hojas vacías del álbum. Lo miro con duda, hasta que el hace una mueca con su boca, incitándome a revisarla.

Cuando la reviso, quedó anonadada al ver una página en específico llena de fotos.

Lo impactante es que eran fotos mías.

Alice Jill por todos los lados, en todas las situaciones: tomando café, recién levantada, paseando en bikini, hablando por teléfono parada de espaldas, otra acariciando las incontables mascotas de Henry, algunas hablando con Marcus y otra en la que él me está besando.

La simple sensación de recordar sus labios hace que mi cuerpo se estremesca.

¿Jake me guardó en su álbum?

— Parece que si te amaba, ¿No crees?

Cierro los labios, apretandolos uno con otro sin saber que responder. Era impactante, sin lugar a dudas.

Me reconforta saber que existe la posibilidad de que el si me amará.

Pero, aún así, ya era hora de asimilar mis sentimientos y superarlos definitivamente.

Ya nuestra época paso, y era algo que tenía que aceptar tarde o temprano.

Y esperaba que en esta ocasión fuese más temprano que tarde.

Erick solo me mira riéndose, mientras mira las fotos junto conmigo:

— Me propondré superar los sentimientos que siento por él definitivamente. No me ocultaré, pero tampoco dependeré de su existencia.

— Es una muy buena decisión. — dice Erick, para después murmurar entre dientes: — Espero no te arrepientas después...

— ¿Qué? Claro que no. El tiene su vida, yo también quiero la mía.

— Claro, que así sea niña. — Noto sarcasmo en sus palabras. Pero, prefiero ignorarlo ya que eso es el pan de cada día en alguien como Erick.

Lo miro con orgullo, sintiéndome un poco más reconfortada tras nuestra conversación.

— Ahora, debemos cerrar este cuarto. Ninguno de nosotros tenemos que buscar nada aquí.

— Que madura. — dice Erick, dejando salir su sarcasmo, otra vez.

Noto como Erick se burla de mi decisión.

Siento que hay algo que no me está contando. Pero, a lo mejor son cosas mías.

Tiempo después, salgo de la mansión de los Whites sin hablar con ninguno de los chicos, ya que, aparentemente lo que dijo Erick era

cierto: cada uno tomo su rumbo en cuanto desaparecí.

Pero, el hecho de desaparecerme me ayudó a entender muchas cosas.

Entre ellas, que ya es momento de dejar de esconderme de mis sentimientos. Debo aceptarlos y posteriormente superarlos.

Ahora no era momento de pensar en aquel tormento. A partir de ahora iba a tener mucho tiempo para analizarme y crecer, y en este proceso se encontraba el hecho de afrontar mis equivocaciones.

Cosas como lo ocurrido con Carlos.

Debo asimilar lo que verdaderamente va a fomentar mi futuro a partir de ahora.

Dejando a Jake en el pasado. Cambiando su categoría de un novio a un conocido, o quien sabe si amigo.

Pero mi sentimientos no iban a estar excluidos de los demás por centrarse en él.

Sé que aún siento cosas por el.

Pero, no son las suficientes para derribar mi vida por completo.

Necesitaba aprovechar mi tiempo, mi juventud y sobre todo mi capacidad.

Ya había llegado a el retiro de empleados y era un hecho que me la viviría como jamás lo hice. Tenía tiempo, y por supuesto, nadie iba a estar allí adelantando mis procesos, ya que nadie tiene el poder de hacer eso...

Solo yo.

El futuro es quien guiará mis decisiones a partir de ahora. El pasado es pasado.

Y mi futuro es...

— ¿Carlos?

Capítulo 5

Bien, y este es el momento en que no sabes que hacer.

Justo en el momento en que estuve a punto de proponerme algo "innovador" se acerca a mí un joven, con un semblante vagamente amenazador. Un atuendo informal causó que tardara unos segundos en asimilar quien me estaba dedicando la palabra:

— ¿Alice, estas escuchándome?

— Oh si, perdona. Es que, no estoy acostumbrada a verte vestido así.

— Oh, eso. — Carlos toma su mano y se acaricia el pelo, algo avergonzado: — Solo quería ir un poco más de la mano con la ocasión.

Le sonrió al sentir su ternura invadiéndome los pensamientos:

— Te ves perfecto, Carlos.

Trague en seco al ver la expresión nerviosa de Carlos al escuchar mi comentario. Por lo cual, al instante "remedie" lo dicho anteriormente, diciendo:

— Quise decir, es gratificante verte fuera de ese traje...

— Te lo agradezco.

Noto cierto tono de burla en su voz, probablemente debido a mi cambio de opinión tan repentino. Su cabello negro está acomodado hacia atrás, sin dejar escapar ni un solo mechón de pelo. Se apoderan de mí unas ganas de despeinarlo para ver su reacción ante aquello.

Me acerco con la intención de ello dejándose ver por mis poros.

Nuestras miradas se encuentran en cuestión de segundos. Era un hecho de que a pesar de todo si había una cierta chispa entre nosotros que nos movía.

Debía dejar de cohibirme y darme cuenta de ello. Quizás no conocería a nadie más como el hasta dentro de muchísimos años, y el hecho de desaprovechar la oportunidad me condeno a pensar que yo misma estoy conspirando para quedarme complemente sola. Al menos, eso pasará si sigo por el mismo camino por el que voy.

Pero, quiero cambiar eso. Quiero cambiar mi destino.

En dicho momento, recuerdo las palabras que Erick me dedico unos minutos atrás:

"Niña, ama con locura. Toma todas las decisiones que deseas de corazón. Sal de fiesta. Conoce personas. Diviértete y no dejes que el tiempo se vaya con tus anhelos"

Respiro profundo mientras pienso en mis posibilidades. Es un hecho de que, si Carlos decide ignorar las palabras que diré a continuación, mi estabilidad emocional volverá al vacío. Pero, es una decisión que deseo de corazón.

— Carlos, necesito decirte algo importante.

— Claro, no dudes en que puedes decirme lo que sea. Por mi parte yo... — No deje ni siquiera que este terminase su oración, para lanzarme y decirle:

— Me atraes mucho.

El silencio que quedo entre nosotros fue sin duda una tumba en pleno cementerio. Ya lo había dicho. No había vuelta atrás. Una sonrisa ladeada se forma en los labios de Carlos. Podía sentir como mi estomago se revuelca sobre sí mismo. Nunca pensé que sería capaz de volver a vivir estas emociones. Pero, si iba a hacer esto, debía hacerlo bien.

— Quiero que sepas que no me arrepiento de lo que paso en mi laboratorio. Solo entre en pánico.

— ¿Pánico?

— Así es. Me atraes más de lo que me gustaría admitir. Pero, aun así, no estoy lista para tener una relación seria contigo, por eso entre en pánico.

— ¿Por qué me besaste, entonces?

— Actúe por impulso.

— ¿Tu querías besarme?

Mis entrañas se estremecían ante esa pregunta. Debía admitirlo, si quise besarlo en su momento. Incluso ahora. Pero debía también reconocer que mi miedo era mayor a ese deseo.

— Si quería besarte. Pero, digamos que eso solo fue un pequeño momento de valentía. Luego de ver en la situación en la que estábamos, el pánico fue mayor.

El silencio se apodera de Carlos, quien solo se digna a mirarme de reojo. No podía dejar esta conversación así, no luego haberla iniciado.

— ¿Por qué sentiste pánico?

Desvié la mirada un segundo en busca de sabiduría divina. Porque, para ser sincera, estaba más acorrala que un león en una jaula. Debía ser realista con él, sea cual sea su reacción luego de saberlo.

— Tengo varias cosas que debo superar antes de entrar en una relación. Pero, soy muy orgullosa como para admitir que necesito dejar ir dicho sentimiento y sanarlo del todo antes de pensar en iniciar una relación con alguien nuevo. Pero, esta mañana en el precinto me sentí más segura. Pensé que sería capaz de olvidarlo todo en cuanto mis labios tocaran los tuyos.

— Y ¿No fue así?

— Los primeros minutos si pude encontrarme a mí misma. A mi deseo. Pero luego una sensación extraña se apodero de mí y ahí fue donde todo cayo.

El silencio vuelve a apoderarse de nuestra situación. Esto es incómodo, pero a la vez siento como se quitó un peso de encima de mi espalda.

— Perdona si esa no fue la respuesta que esperabas.

— De hecho, fue mejor de lo que esperaba.

— ¿Perdón?

— Fuiste honesta. Eso era lo que deseaba escuchar. Sabía que algo andaba mal, pero solamente quería ver si eras capaz de mentirme con algo así.

— ¿Estabas utilizando tus juegos mentales conmigo?

— Mentiría si contradigo tu pregunta.

— Muy chistoso...

Carlos deja salir un par de carcajadas ante mi comentario. Por mi parte, no puedo evitar gesticular una pequeña sonrisa, la cual fue provocada por la suya.

— Tengo que admitir que tu valentía es de admirar. Yo no habría dicho sentimientos tan profundos en una conversación amorosa.

— ¿Gracias?

— En todo caso, tú también me atraes como ninguna, Detective Jill.

Mi corazón se paralizo como si de un paro se tratará. Mis piernas se debilitaron hasta el punto en el cual sentí que iba a caer. Esa respuesta fue demasiado inesperada. Incluso para alguien que dice ser predecible.

— Entiendo tu tormento a la hora de vivir una experiencia amorosa nueva. Pero, quiero que sepas que eso no me detendrá en lo absoluto. Soy capaz de alejar de tu mente esos pensamientos en simple cuestión de tiempo. Las cosas pueden fluir sin presiones entre ambos, simplemente dejándonos llevar mientras tú vas sanas y te das cuenta que en mi puedes encontrar la estabilidad amorosa que estas buscando.

Mis ojos brillan al reflejo del sol ocultándose detrás de Carlos. Todo el panorama es perfecto delante de esta situación n la que mi cuerpo se estremece y mi corazón se acelera. Era esa sensación. Era el quien la provocaba.

Miro con atención como sus pies caminan con coordinación hacia mí. El atardecer detrás de él hace que una luz bastante pintoresca se

torne a su alrededor. Cuando se coloca frente a mí, puedo sentir como su tamaño hace que me sienta más pequeña, mientras mi corazón se desboca ante su primer contacto. Este coloca su mano sobre mi mandíbula y la eleva ligeramente, con una dulzura casi palpable para mis papilas gustativas. Sus ojos se centran en los míos sin perder detalle, transmitiéndome esa ternura tan característica de sus ojos fuera del precinto.

— Déjame mostrarte lo que significa el amor para mí, Alice.

Mis ojos brillan al compás del sol descendiendo tras el horizonte visible desde la entrada. Mis dedos sujetan su antebrazo, buscando su contacto. Quería que me mostrara todo. Quería ser feliz con alguien que de verdad no fuera a abandonarme junto con el sentimiento.

Y si era posible, tal vez quería intentarlo con él.

— Solo necesito que confíes en mí.

Son pocas palabras en una oración. Pero, con más significado que muchas que he escuchado en años.

"Confiar"

Algo que me ha costado tanto desde que llegue aquí. Y ahora, frente a mí, tenía una oportunidad que probablemente no se repetiría jamás.

"Niña, ama con locura. Toma todas las decisiones que deseas de corazón..."

Quizás esto es lo deseaba.

— Quizás logre confiar en ti.

Una pequeña sonrisa se coloca en mis labios, mientras sus dedos se deslizan por mi mejilla y la acarician con delicadeza. Asentí con la cabeza de inmediato en cuanto volví a mirar sus penetrantes ojos. Un mechón de su pelo se escapa y se pasea por mi frente debido a la cercanía de nuestros rostros.

— Eres hermosa, ¿Lo sabias?

— ¿Lo dices en serio?

— Por supuesto.

— Dudo que puedas tener razón...

— Detesto que te denigres. Si tan solo pudieras verte desde mis ojos...

— ¿Para qué te tendría a ti, entonces?

— Vaya, vaya... Es decir, ¿Qué mi única función es esa?

— No lo sé...

Le sonrió mientras siento como su otra mano se desliza por mi cabello, apartando para acariciar mi espalda descubierta. Unos escalofríos se apoderan de mí. Quisiera decir que fueron causados por el frio de la noche cayendo. Pero, la mirada de Carlos me hacía dudar de mi suposición.

Pero, tenía que controlar mis sentimientos. Por más tentadora que me pareciera la idea de permitirme algo con Carlos. Debía controlarme y, sobre todo, ponerlo a prueba.

— ¿Nos vamos?

— Por supuesto.

— Pero antes, quiero pedirte algo...

Carlos se queda estático en silencio, esperando mis palabras:

— Quisiera que me dieras un tiempo. Reconozco que me atraes mucho, pero aun así necesito tomarme esto con calma y sin presiones, no quiero tomar una decisión precipitada.

— Te entiendo perfectamente, Alice. No te preocupes, si eso es lo que deseas, exactamente eso hare.

— Bien. Entonces, ¿Amigos?

— Por supuesto.

Carlos se aleja ligeramente de mi para extender su mano en mi dirección. Yo la tomo sin dudarlo y ambos caminamos hacia su auto.

Ahora me sentía más tranquila después de haber dicho justo lo que necesitaba decir para tener un poco de paz.

Decir la verdad sin lugar a dudas era de las cosas más desestrensantes que había probado en vida. Tantas mentiras acumuladas me costaron mi tranquilidad por mucho tiempo, y es un hecho que esta no es la verdad más grande que podría decirle a Carlos. Pero, por algo se empieza.

La cortesía por su parte nunca faltaba, abriendo de una forma sutil la puerta de su auto para darme acceso al interior del mismo. La idea de entregarme a alguien más se me hacía abrumadora, por lo que la pronosticaba lejana e improbable. Pero, ahora con Carlos las cosas parecían ir de forma distinta. Incluso cuando pensé que ya no habría una oportunidad con él. Al menos, eso pensé después de todo lo que le dije.

Las palabras fueron escasas en dicho auto en el que el solo manejaba, mientras yo lo miraba con atención, sin perder detalle. No podía creer que estaba en camino a la fiesta con él a mi lado, sin perder su dulzura a pesar de mis confesiones.

Eso hace que empiece a sentir cierta seguridad con él. Lo que en un futuro puede jugar una carta a su favor, si decido intentar algo con él. Pero, por lo mientras, solo quiero disfrutar y pasarla de una manera inolvidable.

Minutos después ya estábamos en el hotel que habían seleccionado para la actividad de aproximadamente doce horas. Esta cantidad tan especifica de horas se debe a que, por primera vez en este verano, hasta octubre no tendremos vacaciones tan extensas, por lo que solo nos permiten un día para entrar más tarde de lo normal; después de las doce del mediodía empieza nuestro turno hasta las once de la noche. Doce horas de arduo trabajo, por consecuencia de nuestra noche loca. Bastante abusivo, pero es un auto masoquismo por nuestra parte, ya que, nos gusta esta tradición.

Es gracioso ver como Loyd llega con una resaca tan grande que lo haga parecer coreano, por lo pálido y lo hinchado de sus ojos. Por otro lado, el único que sufre con esto es Clark, quien debe de cuidar

a su 'fiel compañero' sin importar lo resacado que este. Brooklyn por su parte saca su lado coqueto a la luz, llevándose al que quiera a un walk-in closet que nosotros titulamos 'el paraíso' en donde el que desee de nuestro close friends puede ir con su ligue de la noche y hacer las fechorías que su lujuria le permita desear. La española del grupo lo estrena en cada ocasión, para luego arrepentirse, ya que siempre escoge los hombres más intensos, lo cuales siempre suelen pertenecer al almacén de archivos, un área del precinto muy relacionada con el puesto que lleva Brooklyn como Encargada de gestión de archivos. Ella es quien manda sobre ellos, y es gracioso ver cómo les cumple inconscientemente la fantasía de acostarse con la jefa de su departamento.

Por otro lado, estamos Carlos y yo. Nosotros por otra parte nunca nos embriagamos el punto de Loyd, mucho menos nos calentamos al nivel de Brooklyn. Simplemente yo me torno más directa y sincera, al punto de volverme algo tonta, en ciertos aspectos. Mientras que, en Carlos por su parte nunca he visto ninguna reacción que haga en alcohol en él. Es extraño, pero a la vez no me sorprende proviniendo de alguien con un auto control tan refinado como el de Carlos.

Todo esto daba vueltas por mi mente, haciéndome recordar cada momento que he vivido junto a mi equipo de trabajo. Para entonces, solo me quedaba crear nuevos recuerdos con ellos, debido a que ya habíamos llegado al lugar en donde pasaría todo. Tal y como el dicho de Las Vegas:

"Todo lo que pasa en el retiro de empleados, se queda en el retiro de empleados".

Aunque, todos los del CF debemos admitir que de vez en cuando si se nos escapa mencionar ciertos acontecimientos inolvidables de la noche.

Todos bailábamos al compás de una música bastante movida, mientras lo único en nuestro campo visual eran copas y vasos de cristal, llenos de líquidos con los componentes necesarios para hacernos sentir felices y volátiles en cuestión de minutos.

Acompañados a si mismo por unas luces parpadeantes que volvían cada vez más borrosa nuestra vista.

El alcohol entraba en mi cuerpo como si de agua se tratase. Llegando a un punto en el que no había rasgos de amargura en mi cara por cada vez que un shot pasaba por mis papilas gustativas y se deslizaba por mi garganta.

Lo único que lograba sentir con seguridad eran las manos de Brooklyn pasando por mi cuerpo de forma encantadora, procurando atraer con sus movimientos a sus presas de la noche. Sin lugar a dudas sus caderas españolas no tardaron en llamar la atención de un hombre de tez morena, no muy lejos de nosotras. Sus ojos marrones estaban clavados sobre ella, y a Brooklyn no parecía importarle que la estuviera devorando con la mirada.

— Sígueme el juego, creo que encontré a mi ligue de esta noche. — Brooklyn me susurra dichas palabras en el oído, haciéndome sonreír. Esta chica es un verdadero caso, pero ¿Quién soy yo para juzgar?

Asiento con la cabeza, haciéndole entender que iba a seguir sus movimientos.

Brooklyn no tarda en poner contra mi cuello sus labios, mientras sus manos juegan con la parte baja de mi vestido. Todo esto, mientras continúa haciendo contacto visual con el desconocido, ahora llamado "Nuevo ligue de Brook".

Esta seduciéndolo, y parece estar funcionando, ya que, este no pierde detalle.

Brooklyn se ve hermosa, con un vestido morado que hace que su tez blanca resalte en toda la expresión de dicha palabra. Su pelo pelirrojo ya no lleva sus características trenzas, pero aun así sus rizos están definidos y deslumbrantes, luciendo su pelo que llega hasta su cintura.

La admiro detenidamente dándome cuenta de lo hermosa que es. Es normal que tantos hombres se arrodillen ante sus atrayentes encantos. En este momento, sentí que mis inseguridades iban a atacarme cuando me miré a mí misma.

No, hoy no es el día parta esto.

Me moví estratégicamente hacia la barra y tomé el ultimo de mis shots, tragándolo sin compasión. Mi cuerpo se estremeció ante el efecto del mismo, pero eso no evito que caminase hacia donde se encontraba Brooklyn. Quite con seguridad la chaqueta que cubría mis hombros, para luego lanzarla hacia el asiento.

Mi vestido era corto y ajustado. Definitivamente un vestido que dentro de mis cinco sentidos nunca usaría. Pero, ahora creo que solo me quedan dos sentidos a mi favor.

Me acerco a Brooklyn y tomo su mentón, acercándola así hacia mí. La miro de una forma bastante lujuriosa para mi gusto, mientras que ella se muerde el labio y disfruta de mi mirada.

— Juegas bien, ese tío debe estar volviéndose loco.

— Hagamos que venga por ti, luego me cuentas que tal.

Brooklyn me sonríe con malicia mientras me toma de la mano. Yo giro sobre mí misma para darle la espalda a Brooklyn. Ella no tarda en colocar sus manos contra mi cintura y acercar su alargada nariz por detrás de mi oreja. Nuestras caderas se mueven al mismo compa mientras sus manos examinan mi vestido con detenimiento. Para ser franca, esto me parecía más divertido que cualquier otra cosa. Al final, lo hacíamos simplemente para que Brooklyn se llevase al paraíso a dicho hombre con el que ella no deja de hacer contacto visual.

Me volteo bruscamente para estar cara a cara con ella, donde nuestras narices se rozan, su respiración esta relajada, pero un breve suspiro se escapa de sus labios. Ambas estamos disfrutando de ser el centro de atención de varios hombres, que, a pesar de venir acompañados de una fémina, no dejan de vernos. Las manos de Brooklyn se colocan sobre mi trasero, mientras uno de mis brazos aprieta su cuerpo contra el mío, donde mi nariz pasa por su cuello y respira su perfume con aroma de diosa sexual.

Mi mirada no se desviaba de Brooklyn, hasta que, a lo lejos visualizo a Carlos.

No deja de mirarme, aparentemente sorprendido. Subo mis manos al escote en la espalda de Brooklyn, en donde juego con los lazos que sujetan el mismo. Brooklyn mueve una de sus piernas y la coloca entre más mías, mientras aun movemos nuestras caderas al ritmo de la música.

Vuelvo a hacer contacto visual con Carlos, el cual me mira con un brillo de lujuria en su mirada.

Vaya, vaya teniente...

Mi mirada se pierde entre sus pantalones, los cuales están apretando su ya despierta entrepierna.

Dudo que sea el único que se encuentre en esa situación. Ya que, he escuchado un par de murmullos algo comprometedores.

Mi mirada deja a Carlos y viaja hasta el ligue de Brooklyn, el cual está caminando hacia nosotras. Algunos seis pies de altura le quedan al tamaño de este desconocido. Miro a Brooklyn, la cual parece desnudarlo con la mirada mientras muerde su labio.

Luego de mirarlo, esta me mira, y sonríe:

— Creo que lo hemos logramos. Eres una buena compañera de fiesta.

— Digo lo mismo.

Brooklyn me mira con deseo. Yo le sonrió y le señalo con la cabeza a quien estaba parado detrás de ella. Ella me mira de una forma en la que podría jurar que quería continuar con nuestro juego. Yo me despido guiñándole un ojo, en señal de que mi labor había terminado allí.

Camino con seguridad por aquella pista de baile, llevándome la mirada de todos los que estaban en ella:

''¿Ella no es la directora del laboratorio?''

''Creo que es la Detective Jill''

''Por un demonio, que bien se mueve''

''Quisiera morir entre esas caderas''

"Alguien que me mate para que me toquen esas manos"

Algunos de los comentarios que escuche me subieron el ego de una forma asombrosa. Casi me sentía una diosa.

Quisiera poder voltearme a ver la cara de las personas que murmuran tanto sobre mí, pero, mi vista fija en el teniente del precinto 99, quien luce sus gruesas manos con un vaso de Adiós Motherfucker. Una bebida bastante fuerte para mi gusto, pero que combinaba muy bien con la camisa azul que este llevaba puesta. Las luces ultravioletas hacen que la bebida azul que Carlos tomaba, brillara hasta cierto punto en el que sus ojos se apreciaban perfectamente. El reflejo azul sobre su mirada lo hacía ver más desafiante. Como una bestia hambrienta.

— ¿Te agrado mi baile?

— Tengo que admitir no tenía ni idea de que una detective de alto rango pudiera moverse así.

— Hay muchas cosas que no sabe sobre mí, teniente. — Lo miro con cierta burla para luego hacer contacto visual con el bartender que estaba atendiendo en nuestro lado de la barra: — Disculpa, quisiera un sex on the beach, por favor.

— Ahora mismo, señorita.

Le sonrío al bartender y vuelvo a dedicarle mi mirada a Carlos. Nuestros ojos conectan con cuestión de segundos. He de admitir que lo que le dije a Carlos hace un segundo es más cierto de lo que se puede percibir a simple vista, ya que, escondo muchas cosas tras este carnet de detective.

— Te vez increíblemente bien.

— Se lo agradezco, teniente.

— ¿Por qué tanta formalidad?

Noto como Carlos se acerca a mí, rompiendo el espacio personal de cada uno. Esta acción hace que lo mire detenidamente, mientras el deja su mirada fija en mis labios. Un olor algo extraño fue percibido

por mi nariz. Proviene de Carlos, huele a alcohol. Debe de estar más que embriagado.

— Quiero besarte...

Respiro profundo al sentir el desagrado subiendo desde mis pies hasta el último de mis cabellos. Esto no me puede estar pasando.

— Carlos, estas muy borracho... deberías ir a dormir.

— Quiero hacerte mía, Alice.

Sentí como Carlos sujeto mi mano con fuerza y pego su cuerpo contra el mío. Podía sentir su entrepierna erecta rozando contra mi intimidad, pero, muy lejos de excitarme, me estaba incomodando.

— Carlos, suéltame ya y vete a dormir.

En el momento en que menos lo espere. Carlos estaba besándome. Sus fuertes brazos apretaron mi cadera contra la suya, impidiendo mi escape. El sabor a alcohol en sus labios me hace querer vomitar. A mi alrededor solo veía las luces parpadeando mientras un calor poco agradable se apoderaba de mi cuerpo.

Cuando volví a respirar con normalidad, me sorprendo al ver a Carlos fuera de mi espacio. Su camisa estaba completamente mojada por un líquido aparentemente naranja mientras este parece estar más impactado que yo.

Miro el líquido y veo que no es sangre. Parece... ¿Sex on the beach?

Me volteo a ver al bartender, quien aparentemente derramo sobre Carlos toda mi bebida.

— Disculpe señor, se me ha resbalado el vaso.

El bartender lo dice en un tono un tanto burlón, juraría que no se arrepiente de haberlo hecho. Y para ser franca, se lo agradezco. Una mascarilla negra no me deja ver si está sonriendo luego de hacerlo, pero su mirada es bastante burlona para estar arrepentido.

— ¿Cuál es tu maldito problema?

Escucho a Carlos quien no dudo en acercarse de forma amenazante hacia el bartender, el cual no se inmuto ante la amenaza de Carlos.

— Carlos, ya para de hacer el ridículo y lárgate de aquí. Pareces un imbécil.

— Alice...

— Largo. No quiero verte.

— Alice, perdóname. Yo no quería.... — lo interrumpo al instante:

— Sal de aquí y no me provoques, o hare un escándalo aún más grande. Fuera de mi vista.

Carlos me mira, aparentemente sorprendido por mi actitud. Este no tarda más en darse la vuelta y caminar hacia la salida. Varias personas se miran fijamente, buscando contexto de lo sucedido, por lo que les grito:

— Y ¿Ustedes que miran?

Todos los que me miraban, se exaltan, alejandose de mi al instante. Yo me resigno a darme la vuelta y apoyar la cabeza sobre la barra.

Que noche tan espectacular.

Cerré los ojos al menos diez segundos, hasta que sentí dos toques en la mesa, que me hicieron abrir los ojos. Visualizo frente a mí un sex on the beach aparentemente recién hecho. Levanto la cabeza de la barra para encontrarme cara a cara con el bartender que hace unos segundos me salvo:

— Cortesía de la casa.

La mascarilla de dicho hombre no me deja ver su rostro del todo. Pero, sus ojos verdes hacen que me fije en el más detenidamente. Una cicatriz recae de forma vertical sobre su ceja y en parte de su ojo, mientras algunas pecas resaltan en su piel bronceada. Su pelo largo color castaño claro está peinado ligeramente hacia atrás, mientras un tatuaje detrás de su oreja hace juego con un piercing de una cruz bastante llamativo para mí.

— ¿Lo conozco?

— Creo que, por el hecho de salvar su vida, debería darse la oportunidad de conocer a su salvador.

— Que arrogante. — digo escondiendo mi sonrisa detrás del vaso con mi bebida.

— Me lo dicen seguido.

La mirada de aquel bartender no me abandonó en ningún segundo. Digamos que el alcohol no aporto a la idea de pasarme el resto de la noche callada. Ya que, inicie una conversación bastante divertida.

— Y, ¿Cuánto llevas trabajando aquí? — digo como puedo luego de mi segundo trago.

— No mucho. Pero, tengo más experiencia defendiendo el local que cualquiera de estos idiotas.

— Vaya, arrogante y también humilde. Qué bonita combinación.

Ambos nos reímos ante mi comentario. Debía admitir que esta conversación fue más cómoda que cualquiera que haya podido tener con un "extraño".

— Y dígame detective...

— Detective Jill.

— ¿No puedo saber su nombre?

— Ni siquiera te conozco.

— Nos estamos conociendo. Aparte de que estoy seguro de que no se ha sentido tan cómoda con un extraño como ahora.

Analizo en mi mente sus palabras, antes de decir:

— Tiene razón, extrañamente.

— Siempre la tengo.

Ante su respuesta solo me queda reírme. Mi sonrisa sale a la luz en su totalidad, debido al descuido que provoca en mí el alcohol.

— Me gusta tu sonrisa. Me parece que no la muestras así muy seguido...

— Pues, debo admitir que no me siento tan relajada desde hace mucho tiempo.

— ¿Puedo saber la razón?

— Pues, me enamore de alguien que me abandonó para salvarme y hasta el sol de hoy no lo he superado del todo.

Noto como el bartender se reincorpora, aparentemente algo incomodo por el tema.

— Discúlpame, no debí decirte algo así.

— No hace falta disculparse. Supongo que el alcohol si saca las verdades después de todo.

Me rio ante su comentario:

— Al parecer sí. — finalizo mi oración tomando un trago de mi bebida.

— ¿Has estado con alguien más después de él?

— Pues, un intento de ello fue el hombre que casi me devora justo aquí. Del que tú me salvaste, por cierto.

Empiezo a sentir como el alcohol hace estragos en mi ser, haciéndome sentir más relajada aún. Podría jurar que me estoy calentando sin razón al ver los brazos del bartender frente a mí. Sin duda no tener sexo por once meses ha sido algo de premiar.

— y ¿Por qué no prueba con alguien que no conozca? Quizás, el hecho de no estar comprometida con alguien le quite ese tabú de compromiso que la atormenta.

— ¿Dices que debería tener sexo con alguien que no conozca?

— Ciertamente, detective. Sería más gratificante para usted saber que puede acostarse con esa persona, y que después de eso jamás volverá a verla.

— Y ¿Cómo garantizo que este al tanto de que solo es una aventura y nada más?

— Es tan simple como dejarlo claro desde el primer indicio de interés. Solo placer y nada más.

El simple hecho de escuchar detenidamente sus palabras me está haciendo sentirme excitada. Desglosar su cuerpo hace que no me importe que se dé cuenta que mi mirada está en todos lados menos

en su cara. A pesar de que esta me da mucha curiosidad, debido a que, como lleva una mascarilla, la curiosidad me mata.

Como buena detective, quiero averiguar que hay tras esa mascarilla.

— No creo que haya nadie interesado en vivir una aventura con una detective.

El silencio infernal se remonta entre ambos y la música que suena de fondo no nos ayuda en lo absoluto. Sus ojos me analizan el cuerpo con atención, creo que caerá en mi trampa.

Creo que ya sé que causa el alcohol en mí.

Y pobre de quien esté frente a mí en dicho momento.

O sea, pobre de nuestro querido bartender...

Lo miro con atención mientras sujeto el vaso con mi bebida en una mano. Nunca pensé mirar a alguien con tanto deseo. Pienso que el alcohol y la acumulación del tiempo sin sexo están haciendo efecto, frente a un joven bronceado con un físico bastante atractivo.

Nuestras miradas se pierden, enfocándose a la vez en un pequeño botón rojo de su lado de la barra.

''Break"

Parece que llego su hora de descanso.

— Sabe detective Jill, Me parece que la música aquí está un poco alta, ¿Me permite llevarla a un lugar más privado?

— Por supuesto.

Le sonrío de una forma en la que la lujuria se dejó ver por mis poros.

Lo último que supe de mi fue que estaba besando pasionalmente a un empleado más de este bar, que pertenecería al lugar que eligieron para el retiro.

Por primera vez estaba utilizando el paraíso como un recurso para mí. Era más cómodo de lo que imaginé. Aunque la oscuridad no jugaba a favor de mi curiosidad, ya que, no podía ver mucho más

que la silueta de la cara del bartender. Aparte de que, el alcohol y sus besos me tenían más que embriagada de su pasión infinita.

Creo que ya había olvidado como se sentía estar libremente excitada.

Los ojos verdes de este extraño era lo único que veía con claridad, aparte de esa cicatriz que ahora recordaría de el. No hablemos de sus manos hábiles, que no dudaron en quitarme el vestido con una agilidad indescriptible. El sentimiento de estar sentada en el suelo de un closet mientras la ávida lengua de un desconocido recorre mi intimidad, era algo digno de recordar.

Sus besos se me hacían tan especiales. Carlos no logró hacerme sentir así.

"Imagino que el alcohol está jugando las cartas a favor de este desconocido" pensé.

Mis gemidos no eran poca cosa ante todos esos toques tan específicos. Se sentía como si el ya conociera mi cuerpo, como si ya supiera donde me gusta que me toquen, me besen o me muerdan. Una de sus manos grandes me tapaba la boca, mientras que mis ojos no tenían la habilidad de mantenerse abiertos ante los movimientos bestiales de sus dedos dentro de mí, acompañados por su ávida lengua que no pierde mi clítoris de vista.

Mis piernas tiemblan ante su contacto, mientras mi intimidad se contrae en incontables ocasiones al sentir el orgasmo azotando mi abdomen.

Es poco decir que en aquel momento solo deseaba que me penetrara. Su boca subió a mi cuello, dejando besos en él. Sentir el simple contacto de sus labios contra mi cuello, hizo que mi piel se sintiera en llamas totalmente. El alcohol estaba haciendo cosas asombrosas por él, a pesar de que mi campo de visión cada vez era menor. Pero, al menos, seguía consciente de que tres de sus dedos estaban penetrándome de una forma en la que solo me quedaba gemir y sentir como cada vez era más sencillo el movimiento, debido a lo mojado de mi intimidad.

Suplique que sus labios volvieran a besarme, y eso hicieron. Aunque, no pude disfrutar del todo dicho beso, debido a que los gemidos y las contracciones que mi cuerpo quería liberar, no me dejaban hacer otra cosa que suplicar y disfrutar.

Sus suspiros en mi cuello hacen que me estremezca. Su voz. No podía superar el hecho de escucharlo excitado por mí, un extraño que tal vez nunca volvería a ver, pero que en definitiva no olvidaría.

Metí mi mano por debajo de su ligero pantalón, tocando así su dura erección. A simples toques parecía del tamaño perfecto para dejarme con dolores abdominales el resto de la semana. Pero, ¿Quieren saber algo? No me importaba en lo absoluto.

Acaricie su erección con mi mano, sintiendo lo suave y esponjoso que se sentía.

Meterlo en mi boca fue cuestión de minutos. Si iba a tener una aventura, al menos quería que fuera inolvidable, y si era posible, que tampoco se olvidara de la detective que lo hizo venir dentro de un armario en su descanso.

Su tamaño solo fue posible controlarlo con una de mis manos y parte de mi boca, aunque, debo decir que a veces superé mis expectativas y metí al menos el ochenta por ciento de él dentro de mi boca. Sus suspiros valieron tanto la pena, al punto en que sentí que me humedecía más de solo escuchar como murmuraba lo bien que lo hacía.

Este en un impulso, tomó mi cuello y me empujo para besarme apasionadamente. Yo no deje de mover mi mano sobre su erección. Se sentía tan bien. Pero se sentiría mejor dentro de mí. Estaba segura.

Sus suspiros y mis gemidos se escuchaban tan bien al unísono. El no tardo en atraerme hacía él y volver a masturbarme con sus dedos gruesos.

En un momento determinado, nos detuvimos casi a la misma vez, ambos nos miramos, llenos de deseo.

En el momento en el que él miró mi cuerpo, no sentí inseguridades en lo absoluto. Me sentía empoderada. Tal vez sea la mujer más hermosa que él podría tener el derecho de coger en su vida.

Sus ojos están clavados en los míos, parece estar disfrutando de verme con detenimiento. Estando sobre él, me estiro ligeramente hacia atrás para darle acceso a su mirada. Me sentía hermosa, pero, sobre todo, muy excitada.

Sus ojos verdes me dominaban inconscientemente. Siento que nuestros placeres se conectaron y activaron nuestro deseos.

Miro con atención como sus ojos verdes se desvían a su pantalón y sacan un condón. Lo miro con deseo mientras siento como me pide que me postre para él.

Sus ojos verdes me hacen obedecer casi al instante, abriéndome de una forma en la que nunca pensé hacerlo frente a un extraño, ahora no tan desconocido.

Supongo que eso es lo que me excita más, saber que solo estamos aquí por el placer y nada más.

Veo como abre el condón y se lo coloca sin pudor alguno sobre su erecto pene. Casi puedo saborearlo. La oscuridad aún sigue colaborando en que ambos tengamos un campo visual muy escaso, pero, aun así, sabemos hacia donde nos movemos.

Lo último que sentí fue cuando este entro sin permiso ni espera su pene dentro de mí. Una sola enbestida le bastó para hacerme gemir sin control, mordiendo así su cuello sin compasión, notando que cerca de allí también lleva un tatuaje, en la parte superior de su pecho. Tiene varios tatuajes, pero no pude reconocer ni siquiera la mitad, ya que, las incomparables envestidas de este desconocido me estaban haciendo perder la razón.

Mi intimidad se estaba dilatando, succionando así el pene de este hombre. El final de sus enbestidas eran golpes secos hacia mis caderas, las cuales, junto con mi vagina, se contraían ante el contacto tan placentero del desconocido de ojos verdes.

Sus enbestidas subieron a un nivel que mis gemidos parecían ir de la mano con cada una de sus movimientos. Sus suspiros en mi oreja hicieron que mi piel se pusiera de gallina. Sin contar la necesidad sobre humana que tenía de dejar ir el placer en mordidas y arañazos, mientras sentía que el dejaba más de un chupón en mi cuello.

La primera capa de sudor y la velocidad de sus embestidas solo podían significar algo: el orgasmo.

Podía percibir como el alcohol junto con el orgasmo me hacían sentir en otro planeta. Eliminando mi campo de visión, por lo que decidí cerrar mis ojos. Para que, al sentir como su cuerpo cayó sobre el mío en un estruendo de un gemido liberador, solo escuchar unas últimas palabras de parte del desconocido, diciendo:

— Te extrañe.

Abrí los ojos de golpe al escuchar una alarma sonando en todo su esplendor. Mi cabeza está latiendo al mismo compás de mi corazón. Me levanto como puedo para apagar de un solo manotazo la alarma.

Las siete de la mañana.

¿Estoy recién despertándome?

Acaso, ¿todo fue un sueño?

"Estoy cambiada, así que, puede ser que me haya dormido. Que estúpida soy." pensé.

Me levanto del suelo rápidamente, para luego sentir como casi caigo al suelo nuevamente debido a un horrible dolor en mis caderas y mi abdomen. Mis piernas están débiles...

Ósea, todo fue real.

Estoy en el paraíso, ósea...

Si tuve sexo con un desconocido.

¡Por dios, tuve sexo con un desconocido!

Salgo como puedo del armario. Buscando la salida más rápida del hotel. Al encontrar la salida, tuve la suerte de visualizar un taxi. No quería encontrarme al responsable de mi discapacidad rondando por ahí.

La vergüenza fue inimaginable al escuchar al taxista preguntándome si necesitaba ir a algún médico por mi incapacidad para caminar.

Podría jurar que aun siendo morena me puse como un tomate maduro.

La resaca tomó más forma cuando empecé a ver todo moviéndose dentro del taxi.

Me quiero morir.

No me quiero imaginar la cantidad de preguntas de que me hará Marcus cuando me vea.

"Perdón por tardar Marc, es que estaba teniendo sexo con un desconocido dentro de un armario y me quede dormida".

Si, definitivamente Marcus me matará.

Aunque he de admitir que habría válido la pena.

Empecé a recordar la noche anterior como pude, pequeños flash backs algo eficaces fueron capaces de causar estragos en mi estómago.

Debía admitir que si fue bueno.

Al llegar a la residencia, tuve la suerte de que esta vez sí estaba el portero que me reconoce, y pude pasar sin ningún problema. Tuve que pagar el taxi con las monedas que rondaban dentro de mi cartera, ya que, cuando salgo siempre salgo con tarjetas, y casualmente el señor no tenía como cobrarse de ellas.

Hice lo que pude y pagué. Al bajarme solo quería entrar y no encontrarme a nadie, luego, buscar un vaso de agua, quitarme la ropa, tomarme una pastilla para el dolor muscular y dormirme hasta que mi cuerpo se canse de descansar.

Al entrar, veo que no hay nadie despierto. Hago un baile de victoria mental, mientras procuro caminar hacia la cocina sin caerme por los dolores del sexo o por el mareo causado por la resaca.

Al entrar a la cocina, abro la nevera, estando un poco más relajada, al sentir como beber un vaso de agua, se calman la mayor parte de mis males. Ahora si podía estar relajada e irme en paz sin que nadie me haya visto.

— Creo que cuando llegas a una casa debes al menos saludar a los presentes.

Escucho una voz burlona detrás de mí. Me volteo del susto y miro a un chico con pelo castaño, sentado en los asientos de la cocina:

— ¡Rayos, me asustaste! Por un minuto pensé que eras Marcus.

Vuelvo a voltearme sin decir nada más, antes de escuchar nuevamente la voz:

— Vaya, que forma de darme la bienvenida tan agradable.

Escucho el comentario de la voz y luego sonrío.

La persona de la voz es muy chistosa...

Espera.

Persona burlona. En esta familia. Con ojos verdes y pelo castaño.

Solo hay una...

Mi corazón se paralizo antes de que mis ojos se abrieran como platos. Dejé el vaso que tenía en mi mano sobre la mesa, ya que sentí que iba a dejarlo caer.

No puede ser, no puede ser, no puede ser...

Mi cuerpo se estremece ante la conexión directa entre la voz que acababa de escuchar y el recuerdo en mi memoria. No era posible, luego de once meses. La misma voz.

Maldita resaca, no puedo ser tan imbécil estando borracha para no darme cuenta de sí en verdad es el...

¿O sí?

Me volteo de la forma más brusca que jamás podría imaginar, para encontrarme con un par de ojos color verde mirándome atentamente. Reconocería esos ojos donde sea. Esa voz. Esa sonrisa.

No puede ser verdad...

— ¿J-Jake?

— Buenos días, Alice.

Capítulo 6

"Buenos días"

Una palabra de cortesía usualmente utilizada en las primeras horas del día antes de que el sol llegue a su punto medio en el cielo. Nada fuera de lo conocido. Una palabra tan simple no podría causar nerviosismo en alguien ¿O si?

Aquí es donde entra el factor sorpresa. Un hombre de tez bronceada, mandíbula de hierro y ojos semejantes a una esmeralda era quien me dedicaba aquellas palabras de cortesía. Su cuerpo fue el centro de mi atención, desviando mi mirada a sus brazos, los cuales sobresalían de una camiseta que cubría la mayor parte de su pecho. Pero, que a pesar de esto, era bastante fina, hasta el punto en que los efectos de una buena actividad física se dejaban ver perfectamente a través de dicho trozo de tela.

Jake White.

Experto en informática, un delirio entre las mujeres debido a sus divertidos encantos y, sobre todo esto el único hombre que había tocado mi cuerpo hasta hacerlo rebosar de placer. Puesto que le quitaron hace menos de seis horas. De no ser por ese bartender, las únicas experiencias sexuales que habría vivido serian con Jake. Basta con decir que suelo recordar su cuerpo desnudo sobre el mío en cada momento en el cual desee que la lujuria se manifieste en mi. Es una tortura bastante placentera.

A ese mismo que me imaginé en incontables ocasiones entrando por la puerta de mi habitación en plena madrugada, mencionando mi nombre con esa voz que hace que mi espalda se estremezca, solo para que luego este me sujete con sus manos y me haga suya en cuantas posiciones el pudiera imaginar.

Ya había olvidado lo penetrantes que podían llegar a ser sus ojos. Once meses no son poca cosa.

Aunque, debo mencionar que sus ojos es lo único reconocible que puedo notar. Su piel está mucho más bronceada de lo que recordaba, parece que se tomó unas buenas vacaciones en algún lugar donde el sol se volvió su mejor amigo. Sobre su nuevo color canela ahora se podían ver distintos tatuajes que resaltaban aún más su cambio; a simple vista podía ver una serpiente bajando de su cuello, acompañado de flores y navajas, aparte de algunos tatuajes bajando por su brazo. Sus nudillos también estaban tatuados, aparentemente con algunas letras.

Por otro lado, su cabello ya no tenía el mismo corte de antes. Ahora estaba peinado hacia abajo, luciendo la parte inferior de su cabello decolorada con un rubio bastante pálido. Algunos piercings adornaban sus orejas, mientras que sus uñas lucían un color negro que llamaba mucho mi atención.

Si quería dar un cambio radical, definitivamente lo logró. No podría reconocerlo con facilidad.

Jake continúa mirándome, esperando a que diga algo. Eso es una petición un poco complicada para mi, ya que, la situación en la que me encuentro ahora no me permite formular palabras que no alimenten su orgullo.

"Mierda, está buenísimo."

"No. Alice, ¿Recuerdas lo que es dignidad? Por Dios."

Tal y como en las caricaturas, el angelito y el demonio en mi mente se estaban debatiendo que debía hacer en esta situación. Por otro lado, su servidora solo se esmeraba en mirar algo más que no fuera el cuerpo esculpido de Jake, que aparentemente había aumentado su volumen.

— ¿Te deje sin palabras? Lo sé, lo sé... Así han reaccionado todos.

Veo una sonrisa llena de arrogancia por parte de Jake. Odio que tenga la capacidad de hipnotizarme con su mirada. Pero, por encima de todo esto, su nueva actitud al regresar es distinta. Para ser más específica, espere aunque fuera una disculpa por su actitud infantil al ignorar mi existencia durante estos meses.

— Déjame ver si entendí... — Me digno a hablar, dejando que el alcohol se apodere de mi uso de razón: — ¿Pretendes que finja que nada pasó y simpatice con el maldito hijo de puta que prefirió ignorarme totalmente antes que decirme la verdad? ¿Ese es tu plan?

La sonrisa de Jake no tardo en desvanecerse al ver mi reacción tan concreta. Mi garganta no se doblegó, permitiéndome así entonar cada una de esas palabras de la forma más segura y firme que pudiera haberle dicho a él en estos meses.

— Pues, si... Había olvidado lo inteligente que eres.

La sangre corre por mis venas a millón. Mis dedos se congelaron. Siento la necesidad de golearlo.

"Es un maldito idiota"

Antes de poder reaccionar correctamente ante su comentario, mi furia actuó con mayor rapidez, lanzando hacia Jake el vaso de agua que tenía frente a mi.

Mi conciencia recae en sí cuando recuerdo que el vaso es de cristal fino. Lo único que pude escuchar fue el gruñido ahogado de Jake al sentir cómo el vaso se rompió sobre el y hirió parte de su brazo.

— ¡¿A ti qué demonios te pasa?!

Su pregunta me desconcierta. No sabia por que, pero, no me sentía culpable de lo sucedido.

— Ouh, ¿Te lastimó? Había olvidado lo sensible que eres. Mis más sinceras disculpas...

Nuestras miradas se encuentran. La ira de ambos se consume en nuestras miradas.

— No debiste hacer eso. — Su tono de voz es serio. Casi como si tratara de amenizarme.

— ¿Ah no? ¿Por qué?

Aquí podemos notar que el alcohol tiene otra efecto en mi: Me vuelvo sumamente irracional.

— Acabas de lanzarme un vaso, ves que estoy sangrando y aun así no vienes a disculparte.

— Oh vaya, a que me recuerda esta situación...

Jake me mira entre cerrando los ojos. Visualizo como coloca su lengua por detrás de su colmillo, haciendo cierta presión sobre el mismo. Parece estar molesto.

Veo como pasa una de sus manos por su cara, tratando de calmarse. Mi posición de seguridad no tardo en desvanecer, al escuchar otro gruñido, ahora más fuerte por parte de Jake. Me acerco como

disimulo, tratando de no demostrar mi cierta preocupación por sus expresiones. Justo en su brazo derecho tiene clavado un pedazo de cristal que es probablemente del tamaño de mi meñique. Inhale por mi boca, haciendo un ruido expresando mi empatía por su dolor. Este me mira con bastante desagrado. Para cuando me doy cuenta, este toma el cristal con sus dientes, sacándolo de golpe de su ahora sangrientamente brazo. La sangre brota por su brazo, mientras el no tiene ninguna expresión en especial, aparte de la sangre que estaba bajando por su mejilla, llamando al instante mi atención. Me exalto al ver esto:

— Por un demonio, eres un tremendo animal. Ahora más que nunca lo puedo asegurar. — murmuro de una forma que este me pueda escuchar.

— Lo dice la que me lanzó un vaso solo por venganza.

— No es mi culpa que te creas capaz de prever todos mi movimientos.

— No pensé que fueras tan mala detective como para no suponer que si me lanzabas ese maldito vaso iba a romperse sobre mi.

— ¿Cómo me llamaste?

— Oh, disculpa. Déjame repetírtelo... — Hace una pequeña pausa para acercar su rostro al mío: — Mala detective. — finaliza la oración dándole énfasis a cada una de las sílabas de su comentario final: — ¿Ahora si me escuchaste?

— Créeme, estoy escuchando perfectamente.

— Excelente.

— Ahora bien, como soy tan mala detective, puedes curarte tus putas heridas tú solo.

— No te pedi ayuda, Alice. Ni siquiera podrías curarme un rasguño, mucho menos esta herida.

— No me digas que ya olvidaste quien te salvó el culo el día que una bala estaba a punto de matarte. Hice una operación de eliminación, sin recursos y mucho menos apoyo médico. — Cuando Jake estaba

punto de protestar, volví al ataque: — Trabajo en un precinto de más de 100 personas y cada una de ellas conoce mi nombre y mi valor. Nadie se compara a mi, todos alaban mi trabajo y mi desenvolvimiento. Supongo que por algo soy la directora de laboratorio e investigación. — Jake parece sorprenderse por la información que le acabo de proporcionar. Pero, una sonrisa se pinta en sus labios antes de decir:

— Mis mentiras te llevaron lejos ¿No crees?

— La que sabe que no necesita mentiras para vivir una vida plena y tener honor frente a otros, soy yo. Tú, en cambio, puedes hacer lo que te salga del culo. Hace mucho tiempo eso dejó de afectarme. — Jake levanta una ceja al instante. Parece impactarle mi fluidez y seguridad a la hora de contestar sus comentarios denigrantes: — Si tú, en cambio, quieres seguir cayendo en tus propias mentiras, es tu maldito problema. Yo lo único que sé es que cumpliré con mi trabajo y curaré las heridas que te provoque. Ya que, yo si soy responsable ante mis acciones.

"Silencio infernal" describe el momento a la perfección. Jake no dice nada. No hace ningún gesto de desagrado. Parece estar en shock aun, pero su cara esta normal. Aún así, puedo sentir un aire de reflexión en el. Es como si estuviera pensando en todo lo que le dije. Quizás el pueda recapacitar, pero, ya eso no es mi asunto.

Una cosa es decir que el está más bueno que nunca, y otra totalmente diferente es ofrecerme a caer en todas sus mentiras otra vez.

Evidentemente, la última no sería ni siquiera una opción a elegir.

Me acerco a la repisa y busco un pequeño kit de primeros auxilios que se encuentra allí. Marcus fue quien lo colocó allí. Como siempre proveyendo por nosotros y nuestra seguridad.

Saco un pequeño contenedor con alcohol, para luego humedecer con el mismo un trozo de algodón.

— No vayas a gritar.

— No soy un bebe.

Ignoro su comentario y me acerco con lentitud hacia el, colocando sobre su herida el algodón. Siento como este me sujeta la muñeca con fuerza. Nuestro contacto visual fue inmediato. Lo miro levantando una ceja, esperando sus palabras pidiendo mayor delicadeza:

— Podrías... — su lengua se retrae. Parece que el orgullo no lo deja hablar. Yo por mi parte, ignoro su intento de compasión y continuó limpiando la herida sin ningún tipo de delicadeza.

— ¡Mierda, Alice!

Evidentemente, la fuerza de voluntad le duró poco.

— ¿Me decías algo?

— Podrías... — Jake respira profundo, antes de continuar: — ¿Podrías hacerlo con un poco más de sutileza? Me está doliendo un poco.

— ¿Te costaba tanto pedírmelo?

— Después de ese reproche, cualquiera te tendría miedo. Ni siquiera mi madre me ha reprochado así en años.

Sonrío ligeramente ante su comentario. Noto su mirada sobre mis labios sonrientes. Tratado de evitar dicha sonrisa, pero la situación es tan graciosa, que no puedo quitar dicha sonrisa con facilidad.

Continuó limpiando su herida, llevándome un par de quejas por su parte. Preferí no seguir haciendo comentarios sobre su delicadeza, ya que, no quería volver a humillarlo nuevamente con mis argumentos. Dure meses imaginándome incontables reproches que podía llegar a darle a Jake, y gracias a eso, no había un solo comentario que este pudiera decirme que no fuera aplastado por mis grandes fundamentos estrictamente practicados.

Básicamente, estuve preparándome mentalmente para este día.

Por consiguiente, me dedico a limpiar la sangre que el mismo esparció sobre su brazo y parte de su rostro. Deje su rostro para el último. Mientras que, con el algodón actual, trataba de limpiar lo mejor posible las pequeñas heridas que dejaron los cristales. Habían

muchas en su mano, por lo que me demoré un poco en esa área. Quería asegurarme que no se me escapó ninguna.

Mi mirada se escapa a sus nudillos, donde veo los tatuajes de letras que había visto antes.

En orden, tiene una "D" en su pulgar, una "H" en su meñique, en el índice una "E", en el anular una "A" y en el mayor una "M".

Analizó el orden y tamaño de los dedos de forma disimulada, buscando un significado a dichos tatuajes.

Dereck.
Henry.
Erick.
Anthony.
Marcus.

Demasiada coincidencia sería que se haya tatuado dichas iniciales y no sea una referencia sus hermanos y el tamaño de cada uno. Ya que, incluso eso parece estar calculado, ya que, cada dedo es un aproximado dela escala de estatura qué hay entre cada hermano. Aunque, a decir verdad, todos son altos, ya que, sobrepasan 1.85.

— Bonitos tatuajes.

— Gracias. No actúes como si no supieras que significan.

— Por supuesto que no lo haré.

Al menos acerté en el significado de algunos de sus tatuajes. O al menos, eso creo. Por otra parte, nuestras palabras a simple vista parecían secas. Y, a decir verdad, las de el más que las mías. Pero, aún así, podía notar que cierto aprecio si había entre ambos.

Me levanto ligeramente, llevándome la mirada de Jake. No me había fijado que me estaba mirando. Jake, al verme, desvía la mirada, procurando disimular su acción anterior. Sonrío ligeramente mientras acerco el último algodón a su ojo derecho, desde donde parecía brotar la sangre. Removí un poco de la misma con delicadeza. Procurando no lastimarlo. Visualizo que simplemente fue el mismo quien esparció la sangre de su brazo por su mejilla. Suspiro aliviada

mientras limpio la parte más delicada de su ojo. Un gruñido por parte de Jake hace que me asuste, pero, por si no fuera suficiente, su reacción instantánea fue colocar sus manos en mi cintura. El aire se redujo a nada cuando la tela del vestido no fue impedimento para que el calor de sus manos abrazara mi piel. Un ligero escalofrío se hace presente en mi espalda, como una corriente que sube desde mi columna hasta mi nuca.

Jake me mira con atención y nuestras miradas sconce tan una vez más. Intento mantener mi cordura y no dejarme llevar por el momento.

"Sin importar el tiempo que pasé, sus ojos siguen hechizándome" pensé.

Continué limpiando el área, hasta que noto como empieza a desprenderse un pequeño trozo de piel de Jake. Parece que es una especie de parche casi invisible. Remuevo un poco más dicho parche para tratar de ver lo que está tapando. Pero, Jake evita que continúe, aprovechando su posición sobre mi cintura para alejarme con cierto nerviosismo.

— Disculpa, el bronceador que utilizo es algo viejo y deja parches por toda mi cara.

— Oh, entiendo. — lo miro de forma compresiva, suponiendo que en realidad si le avergüenza admitir algo así, y por ello está algo nervioso. Al final, es Jake White, el hombre prácticamente perfecto para toda mujer.

"Menos para mi."

Sonrío al pensarlo mientras recojo todo lo que utilice. Antes de esto, coloqué una taza sobre la herida más pronunciada, protegiéndola de infecciones. Colocó el kit en su lugar y, por pura amabilidad, buscó un vaso de agua para Jake, esta vez, tome un vaso de plástico. Lo gracioso de esto, es que dicho vaso le pertenece a Iasion.

— ¿Este no me lo lanzarás?

— Creo Que no hace falta. Además, más de un golpecito no te provocaría.

Hago una pequeña pausa con la mirada en el vaso, para que Jake se de cuenta de mi pequeño detalle para el. Jake me mira con detenimiento al darse cuenta de que el vaso es de plástico, tiene una tapa con chupete y, por si no fuera suficiente, un dibujo del monstruo come galletas decorando el mismo.

— ¿Hablas en serio?

— Por supuesto.

— Y esto, ¿De quien es? ¿De Henry?

Su intento de adivinar me hace reír. Por más descabellado que suene, su mención para Henry no está del todo mal, ya que, el apodo de Henry para la familia no es nada más, ni nada menos que "Monstruo come galletas" o simplemente "Cookie".

— Es de Iasion. — le confirmé de forma vacilona.

— Por supuesto que es de Iasion... — murmura aparentemente exhausto de mis juegos mentales.

— Que aburrido te has vuelto. — le comentó con un tono de decepción fingida.

— Oh, no me digas. Y tu ¿Desde cuando eres tan divertida? ¿Ya existe alguien que le pueda sacar la diversión a la santísima detective Jill?

Me quedo pensando unos segundos su comentario. ¿Es de doble sentido? ¿Qué me está queriendo decir?

Por su mirada parece que efectivamente si está hablando de lo que creí.

Mi orgasmo.

Jake muy bien sabe que soy incapaz de llegar al orgasmo por mi misma, y que el único hombre que me ha hecho llegar hasta el orgasmo -en ese entonces- fue él.

Estaba a punto de rebelarme contra el nuevamente. Esta vez, sin argumentos, ya que, pensé en muchas alternativas por las que el

optaría para atacarme, pero nunca pensé que elegiría un tema como "mi orgasmo" o "experiencia sexual" para ello.

Hasta que recordé:

El bartender.

Tuve sexo como un desconocido.

Alguien más, que no fue el.

Y me hizo llegar al orgasmo.

A un delicioso orgasmo, por cierto.

Una sonrisa maliciosa se apodera de mi rostro. Quería ver su reacción en cuanto le dijera que su título ya se lo habían arrebatado.

— Pues, en realidad tuve sexo con alguien anoche. Y si, parece que la santísima detective Jill, ya no es tan santa. — me río con cierto orgullo antes de continuar: — Pudieron sacarme mi felicidad.

— No me digas... — Una sonrisa aún más maliciosa y arrogante se pinta en los labios de Jake. Este se levanta, postrando su gran tamaño frente a mi. Los centímetros estaban desapareciendo mediante el hablaba, pero, me resigné a no demostrar debilidad: — Y ¿Cómo fue? — preguntó, dando su último paso, dejando frente a mi su gran tamaño.

— Fue muy bueno, parecía tener mucha experiencia. No tardé mucho para caer en sus hermosos encantos. — conteste con cierta malicia, pero parece que ninguna de mis palabras fue capaz de bórrale esa sonrisa del rostro a Jake.

— Vaya, estoy muy feliz por ti. — su sonrisa seguía ahí. Intacta. Como si estuviera alimentando su orgullo con cada una de mis palabras. No podía comprender el por qué.

— Si... — murmure, tratando mostrar interés en la conversación sin dar a demostrar mi estado de confusión.

— En todo caso, mi idea al llegar aquí nuevamente era poder recuperar al menos nuestra amistad. — dice Jake, rascándose la nuca: — Sé que dijiste que no simpatizarías con alguien que no

pudo decirte la verdad ante todo. Entiendo tu molestia y la respeto, pero, no quisiera vivir con esa tensión entre nosotros. Al final, vivimos juntos y nos veremos siempre, sería sumamente incómodo vivir con esa tensión y que todos los demás se sientan aún más incómodos con eso.

Lo mire y trate de comprender sus palabras. Aunque la situación estuviera puesta a su conveniencia, algo de razón si tenía. Si ambos empezábamos con esa actitud, todos estarían incómodos, y en realidad, afectar a los demás con nuestros asuntos no es el punto.

— Tienes razón...

— Entonces, ¿Podemos recuperar al menos nuestra amistad? Tienes que admitir que soy bueno sacándote la diversión.

Al escuchar eso, prefiero fingir demencia y ignorar su posible juego de palabras en esa oración.

— Si, pero tú y yo nunca fuimos amigos... — lo miro, burlándome por el asunto.

— Bueno, en ese caso, seamos los amigos que nunca fuimos... — analizó un segundo su comentario, admirando su mano estirada en mi dirección, esperando ser recibida:— ¿Qué opina, detective Jill?

Analice mil veces la misma palabra que salió de su boca.
"Amigos, amigos..."
Esto podía ser una mala, pero, a la vez, eliminaría la tensión que pudiera existir entre nosotros, y me proporciona mi libertad absoluta amorosamente hablando.
Dejando dicho que el no se metería con ello, a pesar de estar involucrado con ello.
En cierto modo lo demostró al momento de contarle lo sucedido con el bartender.
Su reacción fue extrañamente alegre, aunque también un tanto extraña. Parecía estar feliz por mi, aunque también parecía estar feliz por el mismo.

"Cada loco, vive su propio cuento" Pensé.

— Me parece bien, amigo. — complete el apretón de manos, aunque debía admitir que algo de desconfianza si surgió desde lo profundo de mi ser, dejando en mí una especie de vacío en el estómago.

— Bien, fue un verdadero placer encontrarme con usted esta noche. Después de tanto. — la cercanía entre nosotros es abrumadora. Podía sentir su respiración, ligera y profunda. Su comentario me desconcertó. Aparentemente es una despedida.

— Espero que la próxima vez que te vea no te deba lanzarte un vaso. — digo sonriendo lo menos posible.

— En dado caso, preferiría que fuera un vaso en lugar de un portafolio. — su comentario me confunde, por lo que pregunto:

— ¿Un portafolio?

— Olvídalo, mi cabeza solo está pensando en dormir. No he descansado mucho estos días.

— Entiendo. Entonces, esto es un adiós.

— Diría más bien un hasta luego, no te librarás de mi otra vez.

— Eso es una verdadera desgracia.

Nuestras risas conectan al igual que nuestras miradas. El momento fue mágico, a pesar de tratarse de dos adultos hablando en una cocina a las cuatro de la mañana.

— Perdóname por todos los problemas que te cause...

— Tendrás que ganarte mi perdón con algo más que solo palabras bonitas.

Mi mirada se fugó de los ojos de Jake un instante, y se detuvo en sus labios. Alineados como siempre han estado. Mi mirada vuelve y sube a sus ojos, los cuales podría jurar que me miraban con cierto morbo.

— Nos vemos mañana, detective.

Esas fueron sus palabras especificas antes de dedicarme una ultima sonrisa, de esas que solo el sabe hacer. Caminó con lentitud entre la luz de la luna, la cual se colaba entre las ventanas, hasta que la

figura de Jake desaparece. Siendo eliminaba de mi campo de visión por las paredes de -ahora- nuestro hogar.

Esta de más decir que subir dichas escaleras hasta mi habitación fue algo que solo supo brindarme recuerdos. Más aún, al ver la luz led azul colándose por debajo de la puerta correspondiente a la habitación de Jake, como cada madrugada en la que el cuarto hijo de Joseph White amanecía conectado a su computadora.

Recordar el hecho de que ahora el estaba allí, en el lugar donde pensé masturbarme, no me permite cerrar los ojos para conciliar el sueño. Mi mente recae en las imágenes que me mostró Erick, las fotos mías en el álbum secreto de Jake.

"¿En serio me habrá amado?

Me cuestione esto toda la noche, hasta que mis ojos no soportaron mas la tortura de el alcohol en mi estómago, el dolor muscular por tanto bailar y las conspiraciones de mi mente con respecto al regreso de Jake.

(...)

La mañana pasó rápido para mi, al sentir la ansiedad de levantarme tarde para ir a trabajar. Todo fue rápido para mi, probablemente por que mi rutina por primera vez en meses se rompió. Henry no vino a despertarme, ya que, de seguro vio todas las botellas de agua, los sueros y las pastillas que utilice para sobrevivir la madrugada.

Por otro lado, mi rutina de saludos también cayó. Ya que, aparentemente todos salieron más temprano que yo. Iba sumamente tarde, y por supuesto, tenia que aparentar que no dure toda la noche conspirando en mi mente.

Llegué al precinto lo antes que me fue posible. El taxista fue amable en apresurar un poco el recorrido, tomando atajos y demás. Cinco dólares extra funcionaron para sacarle una sonrisa al humilde señor que aceptó mi apresurada petición.

Entre al precinto noventa y nueve con ojeras, un café puro en una mano y un portafolio en la otra. Recordar el comentario de Jake

sobre los portafolios me hizo la mañana, y me quito parte de la amargura que me acompañaba por la resaca.

Pero, dicha amargura volvió a mi cuando recién entrando, Josh, el portero del precinto me dice que tengo que ir junto con los demás al auditorio. Ya que, la capitana de precinto nos convocó a todos para una reunión de último minuto.

Según dice el: "Hay un agente importante que nos está acompañando hoy".

"Josh es novato aquí, debe ser algún capitán de otro precinto y de seguro no lo reconoció". Pensé.

Entre al auditorio, encontrándome a mis compañeros de siempre. Menos a Loyd y a Clark; Loyd, quien aparentemente no soportó la resaca, y por otro, Clark, quien seguro se quedó cuidando de su "amigo". Está de más decir que ese dúo de policía bueno y policía malo se traen algo entre manos, y no necesariamente un caso.

Me coloco entre Carlos y Brooklyn, mientras me pongo al tanto del discurso de la capitana. Quien aparentemente no lleva mucho tiempo allí parada. Escuchó murmullos que me dan pistas de la situación:

"Dicen que es un aguante de la DEA quien nos visita hoy"

"Yo escuché que es del FBI, ¡Eso es aún mejor!"

"Dicen que se quedará con nosotros una temporada, ¡Que emoción!"

Miro con atención la plataforma de discursos, visualizando a la capitana del precinto y a otras personas más paradas allí. Decido colocarme mis lentes, para tener mas claro que quien se trataba este visitante.

Bastará con decir que mi mandíbula casi se desencaja, y mis ojos no pudieran abrirse más. Casi vomito el café que estaba ingiriendo en el momento en que decidí enfocar mi mirada en la persona que estaba parada justo al lado de la capitana Willys.

Nada más, ni nada manos que Jake White. Mi amigo.

Oigo a Brooklyn y a Carlos hablar al respecto, hasta que la voz de la capitana Willys capta mi atención, con un comentario en específico:

— Recibamos con un fuerte aplauso al distinguido y honorable Agente Zack Simons del FBI, quien estará acompañándonos en el precinto este próximo semestre de labores. Llevando con nosotros la seguridad y paz a las calles de Los Ángeles.

Los aplausos se escuchan de todas las direcciones, mientras la figura de Jake, con traje bastante llamativo y distintivo del FBI.

¿Zack Simons?

La capitana Willys parece encantada con el, los demás miembros del precinto por igual. La irritación empieza a hacerse presente en mi.

¿Está haciendo el jueguito de un puto agente encubierto?
¿Está mintiendo otra vez?
Pero, lo peor de todo, está involucrándome a mi, a mi trabajo y a la policía nacional en su monopoly de mentiras.

Siento como la sangre me hierve. Aprieto el portafolio con fuerte, evitando del mismo modo derramar sobre el mi café.

Espera, ¿portafolio?

"Estoy molesta, pero, ¿tan molesta que sería capaz de lanzarle un portafolio...?" pensé.

"Maldita sea, el idiota sabia desde un inicio todo esto. Ya lo tenía planificado. Y por encima de todo ya sabía que iba a querer lanzarle mi portafolio."

"Soy una idiota, una imbecil."

"Caí en su puto juego de nuevo y ni siquiera me di cuenta. Está en mi trabajo, a punto de dañar mi carrera por uno de sus malditos problemas."

"Por eso era el cambio repentino de aspecto... quería verse irreconocible para que nadie pudiera reconocer a Jake White, y poder jugar el rol de Zack Simons."

"Pero, ¿por qué?"

Me estaba volviendo loca pensando mil y un cosas. Conectando otras tantas, pero, sobre todo, juzgándome a mi misma por ser tan ingenua.

"Es Jake White, solo sirve para mentir".

— Ahora, llamaremos a los representantes principales de cada área para que públicamente ofrezcan sus servicios y conocimientos a nuestro queridísimo agente Simons.

No puede ser verdad...

En estos momentos, quisiera no ser la directora de laboratorio e investigación. Y por si no fuera suficientemente, la empleada "estrella" de la capitana Willys.

— Directora de almacenamiento y documentación: Brooklyn Gates.

Veo como Brooklyn mueve sus caderas españolas hasta el escenario. Allí le da la mano a todos los presentes, y por último, un apretón de manos a Jake. O debería decir, "Agente Simons..."

— Director de revisión local y patrulleo: Carlos Rivera.

Quien anteriormente fue mi interés amoroso, luego de darle la mano a todos los presentes, se acerca a quien pensé que era el amor de mi vida para estrechar su mano.

Por raro que parezca, hay una tensión entre ellos. Como si ambos supieran qué hubo una cierta competencia entre ellos en algún punto de mi desarrollo amoroso. Jake se designa a mirarlo de reojo, y Carlos solo se digna a dedicarle una mirada seria.

— Y por último, pero no menos importante... —

"Que no sea yo, que no sea yo, que no sea yo"

— Mi queridísima directora de laboratorio e investigación: Alice Jill"

Claro que tenía que ser yo. Solo hay tres directores en las distintas áreas. No podía tener tanta buena suerte de que la capitana se olvidara de su empleada ejemplar.

Respiro profundo mientras escucho como medio auditorio se viene abajo en aplausos y pequeños comentarios de orgullo y felicidad. Sin

duda me aprecian en este precinto.

Como si de una energía se tratase, enderezó mi figura y me dispongo a caminar de la forma más regia y empoderada que jamás me habría podido imaginar a mi misma logrando. Caminé con la frente en alto y una mirada de superioridad que solo una mujer con esa esencia de liderazgo femenino puede lograr, y he de decir que logre hacer todo esto, gracias a mi amada -casi- madre, Selena Jill.

Subo al escenario y saludo a todos con carisma y delicadeza, sin dejar de lado un poco de sensualidad a la hora de comunicarme. Estaba frente al precinto. Mi precinto. Hago contacto visual con Jake, quien me mira con atención, sin perder detalle. Está sonriendo de una forma que en vez de hacerme sentir nerviosa o halagada. Esta estaba alimentando la furia que llevaba dentro de mi. Me mintió nuevamente. Terminó mal antes de siquiera empezar las cosas bien. Quería darle con el portafolios hasta que esa maldita sonrisa se borrara de su rostro.

Pero, dentro de mi ser, regule mi respiración y programé la situación.

Esta vez no iba a ser una de sus huesos fáciles de roer, en cambio, me propongo llegar a ser su peor pesadilla. Sin lugar a dudas iba a enloquecerlo, sin siquiera tener que tocarlo.

Pero sobre todo, iba a derrotarlo en su propio juego.

Al llegar a Jake, el me extiende su mano, sin perderme de vista desde que empecé a caminar entre la multitud. Exactamente con la misma mirada desafiante, este me dedica unas palabras de cortesía:

— Es un verdadero placer conocerla, Detective Jill.

— El placer es mío, Agente Simons. — hago énfasis en su nueva identidad con una voz un tanto desafiante: — Será un honor trabajar con usted...

Concluyó con una leve sonrisa, que podría definir que en lo profundo de mi ser estaba desquiciada. Iba a lograr que probara de su propia medicina.

Jake iba a caer en sus propias mentiras, y yo iba a ser una oponente digna para que el aprendiera a perder en su propio juego.

Cumpliendo sus mismas reglas, claro está...

Capítulo 7

El día empezó de una forma extraña, y créanme que cuando yo digo "extraña" es porque ya mis días suelen ser una tragicomedia digna de Netflix.
Estaba sentada en el escritorio de Brooklyn, escuchando an mis compañeros hablar emocionados sobre él.
Sí, de la farsa con traje nuevo. El agente "Simons".

Spoiler: es Jake.
Sí, mi Jake. Bueno, el Jake. El que me rompió y desapareció como si

mi corazón fuera una maldita sala de escape. Y ahora resulta que viene disfrazado de agente modelo del FBI.

— Estoy segura de que con ayuda del agente vamos a mejorar mucho más el precinto.
— De seguro trae nuevas estrategias de monitoreo.
— Quizás nos enseñe armas más rentables para la seguridad.
— A primera impresión me cayó bien. Tal vez deberíamos invitarlo al próximo retiro.

¿Invitarlo al retiro? ¿Al único evento social al que yo me dignaba a asistir? ¿Qué sigue, que sea padrino de bodas de Brooklyn?
Debe ser una broma de mal gusto.

Y yo allí, tragándome mi propio veneno mientras en mi cabeza gritaba: ¡Es una MIERDA! ¡Es Jake disfrazado de agente cool! Pero claro, nadie me escucha dentro de mi cabeza.

Me convenzo a mí misma de que al menos no está en mi área. Él estará en acción, yo en mi laboratorio. Todo bien. A menos que tenga la bendita suerte de que me lo traigan en camilla. Y admito que a veces fantaseo con eso.

El problema es que mi mente es traicionera. Porque recuerdo demasiado bien su corte de pelo nuevo, sus tatuajes, sus ojos verdes que tanto odio... y que tanto amo odiar. Es imposible sacarlo de mi cabeza cuando esos mismos ojos estaban viéndome desde arriba mientras me retorcía de placer.

Que maldición.

— Alice, ¿todo en orden? — La voz de Brooklyn me aterriza.

— Claro, ¿por qué no debería estarlo? — Y sueno más falsa que sonrisa de político.

Ella me mira con esa mezcla de preocupación y picardía. Brooklyn siempre sabe cuando me pasa algo, aunque no siempre adivina qué. Y para no levantar sospechas, termino bromeando con ella sobre la fiesta de anoche. Terminamos riéndonos de su "aventura" sin emoción con un musculoso, hasta que, me suelta un dato curioso de repente:

— Considero que fue más excitante bailar contigo de la forma en la que lo hicimos.

La miro de reojo. Esa mirada suya tenía algo raro, una chispa que no sé si ignorar o archivar para más tarde. Pero ni tiempo me dio de analizarlo porque, por supuesto, la tragedia llega puntual.

— Disculpe, detective Jill.

No.
NO.
El universo no puede odiarme tanto.

Me volteo, con mi mejor semblante profesional (que es básicamente mi cara de póker con un poco de maquillaje encima), y allí está. El mismísimo "agente Simons", alias Jake White, mirándome con esa seguridad que siempre me sacó de quicio.

Y la conversación... ay, la conversación.

Él me pide información sobre un caso viejo, el 2457-3.
Yo, por supuesto, me indigno. ¿Por qué demonios quiere revisar un caso cerrado de hace más de una década? Su tono condescendiente me enciende la sangre.
Y sí, me atrevo a desafiarlo. Porque este es mi terreno. Aquí mando yo.

— Le reitero que soy la máxima autoridad sobre los casos que llegan a este precinto. — le escupo con todo el profesionalismo posible.

Su sonrisa... esa sonrisa de "te adoro pero también me gusta verte perder la paciencia" me dan ganas de lanzarle un microscopio en la cabeza.

Brooklyn, pobrecita, intenta calmarme desde el fondo. No sabe que llevo meses conteniéndome para no arrancarle la cabeza a este desgraciado.

Y justo cuando la tensión podría cortarse con un bisturí, entra la mismísima capitana Willys.

Perfecto. Era lo único que faltaba para arruinarme el día.

Y como si el universo no pudiera odiarme más, ella dice la frase que me partió el alma en dos:

— Hola estrellita. Olvide mencionar, quiero que ayudes al agente en todo lo que solicite. Lo dejaré en tus manos, detective Jill.

¿Saben lo que duele más que un rayo directo en la frente? Eso.
Ser la favorita de Willys nunca me había dolido tanto.

Mi única reacción fue sonreír. Sonreí como idiota.
Sonreí como si Jake no me estuviera devorando con los ojos, como si no quisiera que se tragara su maldito traje del FBI.

Y seguí sonriendo hasta que las puertas del ascensor se cerraron detrás de él.

Fue entonces que perdí el control. Camine con los pies hechos fuego y me encerré en mi laboratorio, lancé cosas que no hicieran estruendos fuertes, grité, lloré. Porque no importa cuánto intente mostrarme fría, su regreso me sacude de pies a cabeza.

De repente, siento mi teléfono vibrar. Es Mishone, quien me llama con un caso nuevo y eso me salva de mi propia espiral. Un homicidio brutal, fresco, perfecto para sepultar mis emociones bajo capas de piel y análisis.

En la sala de investigación me convierto en lo que soy: la mejor detective de investigación del precinto.

La rabia se calma cuando el trabajo me absorbe. Y por un momento, soy simplemente la detective Jill. Salí del laboratorio con sonrisa gloriosa y la mente despejada.

"¡Toma ya! Aquí no me llegan tus mandatos, maricón Simons."

Casi bailo de alegría por mi éxito, recogí mis cosas dentro de mi oficina hasta que escucho un golpeteo.

Era en mi puerta.
Un hombre alto, traje oscuro, confianza en el semblante. Y esa voz profunda que parece hecha para mandar.

— ¿puedo pasar?

Asiento casi al instante. Aunque el ceño fruncido no se desvanece de mi frente. No obstante, el perfume que trae pide permiso por si solo, ya que inunda mis fosas nasales. Por no decir que mis hormonas también.

— Soy el Superior Donovan Wilson, del FBI.

Cualquier indicio de atracción hacia el cae al piso en un segundo. Genial. Otro del FBI. Otro que viene a meter la nariz.

Lo juzgo de inmediato. Claro que lo juzgo. Y aunque mi instinto me grita que no confíe, mi subconsciente está ocupado notando cosas que no debería.

¿Podemos hablar de esos ojos? Oscuros, intensos, como si intentaran leerme la mente. ¿Estará fijándose en mí como yo lo hago en el?
Y sí, lo admito: tiene un físico que podría sacar suspiros de adolescente.
Yo. Una adulta joven, detective forense, especialista en mantener la calma frente a cadáveres... pensando en lo guapo que es un superior.

Ridículo. Absolutamente ridículo.

Pero mi mente juega sucio. Lo observo mientras habla de "confidencialidad" y "colaboración federal", y una parte de mí quiere reírse: ¿Será que el FBI ahora recluta modelos de Calvin Klein?

— Estoy aquí, ya que, uno de los casos que han estado investigando ha subido de rango. Ahora tiene más peso para el estado y ahora el FBI adjudica el caso.

La tensión se siente casi física. Donovan me mira demasiado, lo escuchó con demasiada atención, y
juro que hago malabares para mantener la compostura.

— He estado revisando su trabajo y estoy impresionado por su capacidad de deducción y resolución...

Pues sí, obvio. Mi trabajo es impecable. Me siento halagada, pero también me incomoda.

Él dice cosas como:
— La manera en que organiza la información y se expresa es admirable.

¿Perdón? ¿Admirable?
Esto no es Tinder, señor Wilson. Nunca había escuchado a alguien superior a mi usar esas palabras tan particulares.

— Se lo agradezco, Superior Wilson. Pero, sigo sin entender muy bien a qué se debe su visita en mi oficina...

Me repito que no caeré. Que no voy a permitir que un hombre más nuble mi juicio.
Pero la tensión... la tensión está ahí, como ese tenedor sucio en el fregadero que todo el mundo ve pero que ignoran porque da pereza lavarlo.

— Necesito su asistencia. Es indispensable tener a alguien con sus conocimientos acerca de los casos, pero sobre todo, sus habilidades para esta investigación.

"felicidades Alice, estás deseando que tu vida sea un triángulo amoroso forzado por el FBI." Pensé.

Al final, acepto discutir los términos en otro momento. Cuando Donovan se va, respiro como si hubiera corrido un maratón. Porque sí, me mantuve firme, pero mi mente sigue repitiendo la escena una y otra vez.

Él es sumamente atractivo, y lo odio.
Pero, Jake es quien me atormenta, y eso lo odio más.

Y en medio de todo, sigo siendo yo: la detective Jill, la mujer que intenta sostenerse con profesionalismo mientras por dentro es un caos de sarcasmo, heridas y deseos reprimidos.

Porque al final del día, lo único que me queda claro es esto:
No puedo sentir nada.
No ahora.
Pero maldita sea, qué difícil es.

Capítulo 8

Alice se despertó esa mañana con una sensación de inquietud que no podía sacudirse. Mientras se levantaba de la cama y se dirigía al baño, no podía dejar de pensar en Marcus. Las palabras de su hermano la noche anterior seguían rondando en su mente. Aunque él había respetado su proceso para superar lo de Jake, había hecho énfasis en que debía avanzar. Y tenía razón. Ya no podía seguir anclada al pasado, no con todo lo que estaba en juego ahora.

Mientras se preparaba para ir al trabajo, sus pensamientos volvían una y otra vez a la frialdad que había percibido entre Marcus y Charlotte. Verlos tan indiferentes el uno con el otro la preocupaba profundamente. Como su hermana, se sentía en parte responsable de asegurarse de que Marcus estuviera bien, pero también sabía que había cosas que no podía controlar, como su propia vida le había enseñado.

Mientras se peinaba frente al espejo, decidió dejar de lado esas preocupaciones por el momento y concentrarse en lo que tenía que hacer: su trabajo.

Cuando llegó a la estación, el bullicio del lugar la recibió como siempre. Había algo reconfortante en la rutina, en el flujo constante de personas y tareas que la mantenían enfocada. Se dirigió a su escritorio, pero antes de que pudiera sumergirse en los documentos del caso, Brooklyn apareció a su lado con su energía habitual.

— ¡Alice! — exclamó Brooklyn, con una sonrisa de oreja a oreja. — ¿Has visto al supuesto agente Wilson hoy? ¡Está para chuparse los dedos!

Alice no pudo evitar soltar una risa, contagiada por la exuberancia de Brooklyn.

— No lo he visto — respondió Alice, tratando de mantener un tono casual, pero con una sonrisa que traicionaba su intención.

Brooklyn se inclinó un poco más cerca, con una expresión traviesa.

— Vamos, sé que lo encuentras atractivo — insistió Brooklyn. — ¡No puedes negarlo!

Alice levantó las manos en un gesto de rendición.

— Está bien, está bien. Es guapo, lo admito. Pero eso es todo.

Brooklyn la miró con curiosidad, como si intentara descifrar si había algo más detrás de esas palabras. Luego, su expresión cambió a una más seria, como si algo importante estuviera pesando en su mente.

— Alice... necesito decirte algo — comenzó Brooklyn, bajando la voz.

Alice notó el cambio de tono y asintió, indicándole que podía continuar.

— Últimamente he estado... cuestionándome cosas — confesó Brooklyn, con los ojos un poco nerviosos. — He estado pensando en mi sexualidad. Creo que me estoy sintiendo atraída por... por mujeres.

Alice la miró en silencio por un momento, asimilando lo que Brooklyn le acababa de revelar. No era fácil compartir algo tan personal, y admiraba a Brooklyn por su valentía.

— Brooklyn, eso es completamente normal — dijo Alice con suavidad, queriendo asegurarse de que su compañera supiera que la apoyaba. — No hay nada de malo en descubrir más sobre ti misma.

Brooklyn sonrió, aliviada por la reacción de Alice.

— Gracias, Alice. Es que... en el retiro de empleados, creo que estaba tratando de impresionar a alguien, pero no estaba segura de mis sentimientos. Y ahora, todo esto me tiene un poco confundida.

Alice recordó el retiro y empezó a cuestionarse si había pasado por alto señales que Brooklyn intentaba darle. Pero en lugar de presionarla, decidió dejar que Brooklyn se expresara a su propio ritmo.

— Tómate el tiempo que necesites para entender lo que sientes — le aconsejó Alice. — Y si alguna vez necesitas hablar, estaré aquí para ti.

La conversación con Brooklyn la dejó pensativa mientras retomaba su trabajo, pero pronto el día la absorbió por completo. Donovan se unió a ella en la sala de análisis, y desde el primer momento, sintió que algo había cambiado entre ellos. Él estaba más activo, más dinámico, como si hubieran encontrado un nuevo ritmo de trabajo en el que encajaban a la perfección. Alice aportaba las ideas, trazaba los planes, y Donovan ejecutaba cada paso con una precisión impecable. Se habían convertido en un equipo soñado, complementándose en cada detalle.

El día avanzó rápidamente mientras trabajaban juntos, sumergidos en el caso. Horas pasaron sin que ninguno de los dos lo notara, hasta que, finalmente, lograron terminar el informe que debían entregar a final de semana. Exhaustos, pero satisfechos, ambos soltaron una carcajada cuando se dieron cuenta de lo mucho que habían logrado en tan poco tiempo.

— No sé cómo lo hicimos, pero lo logramos — dijo Donovan, inclinándose hacia atrás en su silla, con una sonrisa que mostraba más que simple alivio.

Alice lo miró y, por un momento, se dejó llevar por el ambiente relajado. Sentía la tensión entre ellos, esa atracción que era imposible de ignorar. Donovan la observaba con una intensidad que casi la hacía estremecer, pero ella se mantuvo firme, recordándose a sí misma que debía mantener la profesionalidad.

— Fue un buen trabajo en equipo — respondió Alice, devolviéndole la sonrisa, aunque con un tono más controlado.

— detective Jill, he trabajado con muchos agentes antes, pero con usted... — Donovan hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas. — Es diferente. Eres increíble en lo que haces. Es un honor trabajar con usted.

Alice sintió el peso de sus palabras, la sinceridad en su voz. Durante un segundo, se permitió pensar en lo fácil que sería dejarse llevar, en cómo Donovan parecía verla de una manera que revolvía algo dentro de ella. Pero rápidamente volvió a centrarse en lo que realmente importaba.

— Gracias, Wilson. Pero esto es solo trabajo, y tenemos un trabajo que hacer — dijo, aunque sin poder evitar que su voz se suavizara un poco más de lo que quería.

Donovan asintió, aunque su mirada sugería que no estaba completamente convencido. Había algo más en juego, algo que ambos sentían pero que ninguno se atrevía a nombrar.

El silencio que siguió fue cargado de una tensión que ambos intentaron ignorar, pero que estaba ahí, palpable. Después de un momento, Alice se levantó y comenzó a recoger sus cosas, señalando que era hora de terminar por hoy.

— Mañana continuamos — dijo, con un tono firme que indicaba el cierre de la conversación.

Donovan se levantó también, siguiéndola hacia la puerta.

— Hasta mañana, Jill — dijo con una sonrisa antes de que ambos se despidieran.

Mientras Alice salía de la estación y se dirigía a su casa, no podía dejar de pensar en lo que había ocurrido. La conversación con Brooklyn, la intensa colaboración con Donovan, y la realidad de que, aunque intentara negarlo, algo estaba cambiando dentro de ella. Pero también sabía que, como le había dicho a Marcus, debía seguir adelante. No podía dejar que nada ni nadie la desviara de lo que realmente importaba. Y aunque la vida estaba llena de complicaciones, era en esos momentos cuando debía recordar lo que realmente importaba: seguir avanzando, aprender a vivir con las decisiones que tomaba, y no dejar que el pasado dictara su futuro.

Jake estaba sentado en el sofá de la casa cuando Alice entró. Sus ojos la siguieron desde el momento en que cruzó la puerta, con una intensidad que hacía tiempo no veía en él. Alice dejó sus cosas a un lado, ignorando deliberadamente la tensión en el aire mientras se dirigía hacia la cocina. Podía sentir la mirada de Jake quemándole la espalda, pero decidió no darle importancia.

— ¿Dónde has estado? — preguntó Jake, su tono más afilado de lo habitual.

Alice levantó una ceja mientras abría la nevera y sacaba una botella de agua. Se giró para enfrentarlo, su expresión completamente indiferente.

— No es asunto tuyo. — respondió con frialdad. — Sabes muy bien cuál es tu lugar en mi vida ahora.

Jake se levantó del sofá, cruzando la habitación en unos cuantos pasos hasta quedar frente a ella. La proximidad hizo que sus respiraciones se mezclaran, pero Alice no se inmutó.

— ¿Mi lugar? — repitió Jake, la rabia reflejada en sus ojos. — ¿Es por lo que sucedió en el precinto? ¿Es por él que me estás tratando así?

Alice soltó una risa seca, casi burlona.

— Por supuesto, vienes y te acercas a mi luego de meses a pedir mi perdón a base de mentiras nuevamente. — respondió, tomando un sorbo de agua mientras lo miraba fijamente. — no fuiste capaz de decirme tus planes, absolutamente nada. Ahora, felicidades, perdiste todo mi interés. No te creas tan importante.

La frustración en Jake era palpable, Alice estaba saliendo de la cocina para cuando Jake en un movimiento impulsivo, la sujetó por el cuello, acercándola bruscamente hacia él. Sus labios rozaron los de Alice, pero ella no se apartó. Al contrario, lo miró directamente a los ojos, desafiándolo. Para Jake aquel momento no era más que una oportunidad para volver a sentirla, volver a sentirse cerca de ella.

Jake apretó su agarre suavemente, como si el control que intentaba imponer sobre sí mismo se desmoronara a cada segundo que pasaba cerca de Alice. Ella sintió su respiración cálida contra su piel, su pecho subiendo y bajando con rapidez. Sus cuerpos estaban pegados, y la tensión en el aire era tan intensa que casi podía palparse. Los labios de Jake finalmente encontraron los de Alice, no con suavidad, sino con la urgencia de alguien que ha estado conteniendo ese deseo durante demasiado tiempo. El beso fue feroz,

cargado de todo lo que no podía decir, de todo lo que había sacrificado.

Las manos de Jake recorrieron su cuerpo, sus dedos dibujando líneas sobre su piel, comunicándole todo lo que su boca no podía articular. En cada caricia había promesas no cumplidas, secretos enterrados, y un anhelo insaciable que lo devoraba desde dentro. Cada movimiento de sus manos, cada roce de sus labios era una confesión, una disculpa silenciosa, una súplica de perdón y de amor.

Alice, sin embargo, no podía corresponder a esa pasión con ternura. Sus propios deseos se habían vuelto oscuros, alimentados por el resentimiento que aún sentía. Todo lo que había pasado entre ellos, todo lo que Jake había ocultado, solo servía para intensificar el fuego que ardía en ella. No buscaba redención en ese momento, no buscaba consuelo. Solo quería entregarse a esa pasión primitiva, a ese deseo salvaje que la consumía y que, al mismo tiempo, la hacía sentirse viva.

Sus manos se deslizaron por el cuerpo de Jake, sus uñas dejando un rastro de posesión en su piel. Cada toque de Alice era feroz, lleno de rabia, de dolor no expresado. Estaba furiosa, no solo con Jake, sino consigo misma por seguir deseándolo, por no poder resistirse a él, a pesar de todo. Pero en ese momento, lo único que importaba era ese ardor que compartían, ese deseo mutuo que, por mucho que intentaran ignorar, siempre los arrastraba de vuelta el uno hacia el otro.

Jake, atrapado entre el amor que sentía por ella y la culpa que lo consumía, se aferraba a cada toque, a cada instante. Aunque sabía que la distancia entre ellos seguía siendo inmensa, en ese momento, sus cuerpos hablaban un idioma que las palabras nunca podrían.

Jake había pasado años enterrando sus sentimientos, atrapado en una telaraña de secretos y lealtades forzadas. Las noches en las que no podía dormir, se quedaba mirando al techo, pensando en Alice. Pensando en cómo su vida había cambiado para siempre desde que decidió entregar a su propio padre al FBI. Sabía que no había otra opción. El hombre que lo había criado no era más que un monstruo

detrás de una fachada de poder y riqueza. Dirigía uno de los carteles más temidos, y Jake había tenido que elegir: su padre o la justicia.

No fue fácil. Cada día de juicio, cada vez que se sentaba en aquella sala, sentía el peso de la traición sobre él. No solo había traicionado a su padre, había traicionado a su propia sangre. Pero lo peor de todo fue el precio que tuvo que pagar: su libertad. El FBI no confiaba en él, no de inmediato. A cambio de la protección de su familia, Jake tuvo que borrar su vida anterior, dejar todo atrás, incluido su verdadero nombre, Jake White. Ahora era Zack Simons, un hombre sin pasado, un fantasma a las órdenes de un gobierno que solo lo veía como una herramienta.

Durante meses, mientras se adaptaba a esta nueva realidad, su mente no dejaba de regresar a Alice. No importaba cuántas veces le ordenaran mantenerse alejado de su antigua vida, no podía evitarlo. Pedía acceso a las cámaras de vigilancia de la ciudad donde ella vivía. No era legal, no estaba permitido, pero necesitaba verla. Verla caminar, sonreír, vivir su vida. Era su única conexión con una parte de sí mismo que aún era humana. Una parte que no había sido consumida por el deber y las obligaciones. Verla en esas pantallas era a la vez un consuelo y una tortura. Podía sentirla cerca, pero sabía que no podía acercarse. Cada noche que la observaba a través de una pantalla, las lágrimas que nunca mostró durante el día, caían silenciosamente. Solo en la oscuridad de su exilio, permitía que su verdadera angustia emergiera.

El FBI le había entrenado para ser perfecto en el arte de la mentira. Sabía cómo ocultar sus emociones, cómo manipular la verdad para su beneficio. Pero por más que intentaba mantener a Alice fuera de su mente, ella siempre estaba allí. Era su debilidad, el punto vulnerable que sus enemigos del cartel de su padre ya habían identificado. Sabían que si querían hacerle daño, Alice era el blanco perfecto.

Y ahora, con Alice frente a él, ese deseo contenido por años, esa necesidad de sentirla en sus brazos, era como un torrente incontrolable. Cada toque que le daba estaba cargado de años de

sacrificios. De todas las veces que había tenido que ignorar el impulso de buscarla, de confesarle todo, de decirle la verdad. Pero ahora, sus manos la tocaban con desesperación, como si ese contacto fuera lo único que lo mantenía conectado a la realidad.

En ese momento, Jake no era Zack Simons, el agente del FBI entrenado para mentir y manipular. No era el hombre que había traicionado a su propio padre ni el que vivía con el constante miedo de fallar en su misión. En ese momento, solo era Jake, el hombre que había amado a Alice desde siempre, desde antes de que todo su mundo se desmoronara. Sus labios, sus manos, todo en él le decía lo que no podía expresar con palabras: que ella era lo único real en su vida, lo único que le quedaba.

Cada toque era una súplica silenciosa. Jake sabía que no merecía el perdón de Alice, ni tampoco su amor. Sabía que la había lastimado con su silencio, con su distancia, pero no podía evitarlo. Había hecho todo esto para protegerla. Todos esos sacrificios, las noches en vela, las mentiras, las vidas que había arrebatado por el bien mayor, todo eso había sido para mantenerla a salvo. Pero ahora, en ese instante, quería entregarse por completo, dejar de fingir, dejar de ocultar. Alice no le pedía que fuera un héroe o un villano, solo le pedía que fuera él mismo. Y por primera vez en meses, Jake sentía que podía hacerlo.

Sus cuerpos se movían al unísono, cada roce, cada beso, una liberación de todo lo reprimido, de todo lo no dicho. Alice podía sentir el peso de los secretos de Jake en cada caricia, en cada mirada desesperada. Y aunque su rabia seguía presente, aunque su rencor la consumía, en ese momento compartían algo que iba más allá de la ira y el dolor: el deseo incontrolable que siempre los había unido.

Jake se separa un momento en busca de conciencia. No quería obligarla a nada, a pesar de que ha lo había hecho al besarla de esa manera. Jake observa como ella emboza una sonrisa, esto lo hizo sonreír también y decir:

— Al parecer también estabas esperando esto.

— Puedes besarme y desnudarme mil veces, Jake — murmuró con voz firme. — Y aún así, eso no va a significar nada. Lo nuestro se acabó.

Jake la soltó bruscamente, como si sus palabras lo hubieran golpeado con más fuerza de lo que él esperaba. Su respiración era errática, y el dolor en sus ojos era evidente, pero Alice mantuvo su compostura, sin permitir que él viera lo que realmente estaba sintiendo por dentro.

— ¿Y qué pasaría si te dijera que fui yo esa noche en el retiro de empleados? No parecías tan convencida de apartarte de mí.— dijo Jake, su voz apenas un susurro mientras intentaba controlarse. No quería herirla, pero ella estaba empeñada en no dejarlo entrar en ella, en ningún de los sentidos existentes.

Alice lo miró fijamente, procesando la revelación. Recordó esa noche, cómo había dejado que un completo extraño la llevara a un lugar donde sus problemas parecían no existir, al menos por unas horas. Lo disfrutó sin lugar a dudas. Además de que, a pesar de que esa noche llevaba mascarilla, esos ojos nunca dejan de ser familiares para ella. Pero ahora, sabiendo que era Jake, algo en ella cambió. Lo miró con una frialdad que no había sentido antes, su decisión ya tomada.

— Así fuera con un bartender real o contigo...— respondió Alice con una calma casi mortal — fue sexo sin compromiso y nada más. No tuvo valor entonces y no lo va a tener ahora.

Jake la miró, sorprendido y dolido por su franqueza. Su mandíbula se tensó mientras trataba de encontrar una respuesta, pero las palabras no salían. A pesar de todo lo que tenía que decirle, era incapaz de siquiera empezar a formular las confesiones que tenía para ella. La atracción física entre ellos era innegable, pero Alice había dejado claro que eso era todo lo que quedaba. Nada más.

En un arrebato de frustración, Jake tomó las llaves de su auto y se dirigió a la puerta, estrellándola tras él con un estruendo que resonó por toda la casa. Alice se quedó en pie, mirando la puerta cerrada, sintiendo una mezcla de emociones que amenazaban con abrumarla.

Por fuera, había mantenido la compostura, pero por dentro, una ola de recuerdos y placer la ahogaba. Habría deseado que Jake se detuviera ya cuando las cosas estuvieran más que hechas entre ellos, si entienden a lo que me refiero.

Jake la seguía atrayendo, la volvía loca en una forma que ningún otro hombre lo hacía. Pero eso era todo. Lo único que quedaba de su amor incondicional era esa atracción física, o al menos eso decía de su boca hacia afuera debido a todo el rencor que la recorría. Ese deseo que él había despertado y que, aunque poderoso, no podía revivir lo que alguna vez sintió.

Alice respiró hondo, tratando de calmarse. Sabía que Jake había vuelto para intentar arreglar las cosas, para no dejar que otro hombre se interpusiera entre ellos. Pero lo que Jake no entendía era que, con cada arrebato, con cada intento de forzar algo que ya estaba roto, se alejaba más de la posibilidad de recuperar lo que alguna vez tuvieron.

Finalmente, Alice cerró los ojos y dejó escapar un suspiro. Jake tendría que entenderlo por sí mismo: lo que una vez fue amor, ahora no era más que un recuerdo distante, algo que ambos tendrían que dejar atrás.

Alice permaneció en la cocina por un momento más, el eco de la puerta cerrándose con fuerza aún resonando en su mente. No podía evitar sentir una punzada de tristeza, pero se negó a dejarse llevar por ella. Sabía que había hecho lo correcto. Lo que una vez tuvieron, ese amor intenso y profundo, se había transformado en algo que ya no podía ni debía existir.

Se dirigió a la sala, donde el silencio se había asentado como un manto pesado. Se dejó caer en el sofá, cruzando los brazos sobre el pecho mientras intentaba aclarar sus pensamientos. Recordó la mirada de Jake, esa mezcla de deseo y desesperación que él había mostrado, y cómo ella, a pesar de todo, había permanecido firme. Ella sabía que entre sus caricias pudo sentir como el intentaba confesarle algo, pero, luego de todo lo vivido, sin importar que tan necesario fuera para Jake confesarle lo que pasaba a Alice, ella no

iba a cometer los mismos errores del pasado e intentar sacarle las palabras con cucharita como siempre hacía. Jake ya no era más su responsabilidad.

Ahora que estaba sola, con el sonido de sus propios pensamientos como única compañía, la verdad se hacía más evidente. Aún sentía algo por Jake, un amor enterrado bajo capas de decepción y dolor. Pero ya no era suficiente. Ni para ella ni para lo que necesitaba en su vida.

Jake, por su parte, estaba fuera, apoyado contra su coche, con las manos temblorosas sobre las llaves. Sabía que no debía haberse dejado llevar de esa manera, que su arrebato solo había empeorado las cosas. Pero verlo allí, tan cerca y tan lejos a la vez, había sido más de lo que podía soportar.

Había vuelto con la esperanza de reparar el daño, de demostrarle que podía ser el hombre que ella necesitaba. Pero, lo que no había anticipado era el muro que ella había levantado, uno que él no podía derribar a base de fuerza o de insistencia.

Jake sabía que lo había arruinado una vez, y ahora, su desesperación por recuperarla lo estaba llevando por el mismo camino. Él no podía evitar sentir que estaba perdiendo lo único que realmente importaba.

De vuelta en la sala, Alice intentó distraerse, pero los recuerdos no la dejaban en paz. Jake había sido su gran amor, pero también su mayor decepción. Sabía que mantener esa distancia era lo mejor para ambos, aunque él no lo entendiera.

Finalmente, decidió que no podía quedarse allí, ahogándose en pensamientos que no la llevarían a ninguna parte. Tomó su abrigo y sus llaves, y salió de la casa por la salida trasera , cerrando la puerta con suavidad tras de sí. No sabía exactamente a dónde iría, pero necesitaba aire, necesitaba espacio para pensar con claridad.

Mientras conducía por la ciudad, con las luces de la calle pasando como destellos a su alrededor, se dio cuenta de que había llegado el momento de hacer lo que Marcus le había dicho: avanzar. Jake ya no

formaba parte de su futuro, y aferrarse a lo que alguna vez fue no la llevaría a ningún lugar. Ella necesitaba dejarlo atrás, por su propio bien.

Cuando llegó a un pequeño parque en las afueras de la ciudad, Alice estacionó el coche y salió a caminar. El aire frío de la noche la envolvía, despejando sus pensamientos mientras se dirigía a un banco cerca del lago.

Se sentó y miró el agua, que reflejaba las luces de la ciudad en la distancia. Era un momento de paz que necesitaba, un momento para finalmente dejar ir todo lo que la había estado reteniendo. Sabía que el camino por delante no sería fácil, pero también sabía que estaba lista para enfrentarlo.

Tomó su teléfono y aprovechó para escribirle unos mensajes de amor a sus padres. Tratando de tenerlos presente de que ahora está trabajando de la mano con personas que pueden impulsar su carrera.

Alice se levantó del banco, sintiéndose más ligera que antes. Caminó de regreso a su coche, sabiendo que aunque los recuerdos de Jake siempre estarían allí, ya no permitiría que controlaran su vida. Con esa decisión, se subió al auto y condujo de vuelta a casa, lista para enfrentar lo que el futuro le tuviera reservado, sin mirar atrás.

Alice llegó a casa algo agotada por el tumulto de emociones que había experimentado con Jake. A pesar de la fachada que había mantenido, su interior era un torbellino. Al entrar en la sala, se encontró con Henry y Dereck relajados en el sofá, controladores de videojuegos en mano, listos para una noche de competencia virtual.

— ¿Qué tal, Alice? — saludó Henry sin apartar la vista de la pantalla. — Pareces haber tenido un día intenso.

— Algo así — respondió Alice con un suspiro mientras se dejaba caer en el sofá junto a ellos. — Necesito hablar con ustedes.

Ambos chicos pausaron el juego, volviendo su atención hacia ella con preocupación. Alice respiró hondo antes de comenzar a relatar lo sucedido con Jake, comenzando por la revelación impactante de

que él había sido el bartender con el que se acostó durante el retiro de empleados.

— Espera, espera... — Dereck levantó una mano, interrumpiendo. — ¿Quieres decir que Jake fue el bartender todo este tiempo y no lo supiste hasta hoy?

Alice asintió, su mirada fija en el suelo mientras continuaba.

— Sí, y honestamente, aunque al principio fue una sorpresa... No me afectó como pensé que lo haría. Le dejé claro que, aunque fuera él, solo fue sexo y nada más. No cambió nada.

— ¿Cómo reaccionó? — preguntó Henry, interesado.

— Se enfureció, como era de esperar. Me sujetó y nos besamos... — Alice hizo una pausa, mordiéndose el labio mientras recordaba el momento — No sentí nada. Quiero decir, sí, mi cuerpo se derrite cuando lo veo, pero mi corazón... está completamente cerrado a la idea de darle otra oportunidad. Especialmente ahora que está aquí.

Dereck frunció el ceño, su mente procesando lo que Alice había dicho.

— Jake siempre ha sido algo extraño, ¿no? — dijo, su voz reflexiva. — Reservado, como lo era nuestro padre. Pero contigo, Alice... él era diferente. Se le veía feliz. O eso parecía, al menos.

— Eso es lo que más duele — confesó Alice en voz baja. — Ver cómo todo lo que teníamos se desmoronó sin que yo pudiera hacer nada. Ahora que ha vuelto, me doy cuenta de que no puedo odiarlo, pero tampoco puedo permitirme estar con él. Es una paradoja imposible.

Henry se acercó, colocando una mano reconfortante en el hombro de Alice.

— Dereck tiene razón, Alice. Jake parecía feliz contigo, pero eso ya es pasado. No puedes seguir atada a algo que te ha hecho tanto daño. Mereces a alguien que te dé seguridad, y sobre todo, que sea sincero contigo. Es nuestro hermano, lo adoramos con nuestra vida,

pero tampoco podemos recomendarte seguir atada a algo que no te da la constancia que necesitas.

— Necesitas a alguien que esté ahí sin desaparecer de repente. Alguien que no te deje preguntándote si volverá o no. — Dereck opinó, continuando por la misma rama que Henry:
— Mereces a alguien que se quede, Alice. Jake fue parte de tu vida, sí, pero tú también tienes derecho a seguir adelante y encontrar algo mejor. Algo que no te cause tanta incertidumbre.

Alice suspiró, agradecida por la sinceridad de sus amigos. Sabía que tenían razón. Estaba tratando de soltarse de esa cuerda emocional, pero el proceso era más difícil de lo que imaginaba.

— Gracias, chicos — dijo Alice, sonriendo levemente. — Es bueno saber que los tengo a ustedes para recordarme lo que merezco.

— Siempre, Ali — dijo Henry con una sonrisa, abrazándola con fuerza. Dereck se unió al abrazo, rodeándola con sus brazos, formando un cálido capullo de apoyo que la reconfortó profundamente.

— ¿Qué tal si nos relajamos un poco? — sugirió Dereck, levantando su controlador de videojuegos. — Podríamos echar unas cuantas carreras y deshacernos del estrés. No hay nada que un buen juego de autos no pueda arreglar.

Alice soltó una risa suave, aceptando la propuesta.

— Sí, eso suena bien. Necesito distraerme un rato.

Los tres se acomodaron en el sofá, agarrando los controladores mientras la pantalla mostraba una carrera de autos llena de velocidad y adrenalina. Durante las siguientes horas, se sumergieron en el juego, riendo, bromeando y compitiendo por quién podría ganar más carreras.

— ¡Eso no fue justo, Alice! — exclamó Henry entre risas, después de que ella lo adelantara en el último segundo para ganar la carrera. — ¡Estabas a punto de perder y me rebasaste como si nada!

— Eso se llama estrategia, Henry — respondió Alice con una sonrisa juguetona. — Tienes que aprender a jugar con inteligencia, no solo con rapidez.

Dereck soltó una carcajada mientras los tres se enfrascaban en otra ronda de carreras, dejando de lado, al menos por esa noche, los problemas y las tensiones del día. Para Alice, era exactamente lo que necesitaba: una noche de risas y compañía, rodeada de quienes la apoyaban sin reservas.

Aunque el peso de su situación con Jake aún pendía sobre ella, en ese momento, Alice decidió que se tomaría su tiempo para procesar todo, sin prisas, sin presiones. Sabía que, pase lo que pase, siempre tendría a Dereck y Henry a su lado.

Alice subía por las escaleras, agotada pero con la mente despejada después de su charla y tiempo con Henry y Dereck. Al llegar al segundo piso, notó una sombra familiar junto a la ventana del pasillo. Era Marcus, su postura rígida y sus hombros caídos, como si todo el peso del mundo descansara sobre ellos.

— ¿Marcus? — preguntó con cautela, acercándose. — ¿Todo bien?

Él no respondió de inmediato, solo miraba hacia el exterior, perdido en sus pensamientos. Alice nunca había visto a su hermano así. Siempre era el pilar de todos, el que mantenía todo bajo control. Sin embargo, esta vez, algo en su expresión la inquietó.

— Marcus, ¿qué está pasando? — insistió, colocando una mano suave en su brazo.

Él suspiró profundamente, como si hubiera estado conteniendo las palabras durante días. Giró la cabeza lentamente hacia ella, sus ojos cansados y llenos de una tristeza que Alice no había visto en mucho tiempo.

— Las cosas con Charlotte no van bien.— confesó, con una voz que parecía quebrarse un poco al final. — Desde que Priya apareció en el equipo, Charlotte ha estado... insegura, molesta. Me cuestiona todo el tiempo sobre mi trabajo con ella. Es como si ya no confiara en mí.

Alice sintió que un nudo se formaba en su estómago. Charlotte y Marcus siempre habían sido esa pareja que ella admiraba, la que parecía tenerlo todo bajo control. Nunca habría esperado escuchar esto, no de ellos. Marcus continuó antes de que ella pudiera procesar todo.

— La semana pasada tuvimos una discusión terrible. — Su voz era apenas un susurro, pero la emoción era palpable. — Charlotte estaba convencida de que algo pasaba entre Priya y yo, a pesar de que no hay nada. Nada. Pero no puedo convencerla, Ali. No importa lo que diga o haga, sigue sintiéndose... amenazada.

— ¿Amenazada? — Alice frunció el ceño, intentando entender. — Charlotte sabe que nunca harías algo así. Siempre han sido inseparables.

— Lo sé. Y haría lo que fuera por verla feliz, pero... últimamente solo discutimos. — Marcus se frotó el rostro, exasperado. — Y por si fuera poco, la empresa está alcanzando su punto más alto. La reunión que tengo el viernes podría definir todo el futuro de la compañía. No puedo concentrarme en nada más, pero lo único que hago es pensar en cómo arreglar las cosas con Charlotte. Será en nuestra sucursal en New York, gastamos miles de dólares para que todo esté perfecto. Pero, ha este punto ni siquiera se si pueda hacerlo.

Alice lo miró, intentando encontrar las palabras correctas, pero su sorpresa la tenía en blanco.

— Marcus, no sabía que todo esto estaba sucediendo — dijo finalmente, su voz suave pero llena de preocupación. — ¿Has hablado con Charlotte directamente sobre lo que siente?

— Lo he intentado — admitió él, dejándose caer en un pequeño banco frente a la ventana. — Pero cada vez que intento, acabamos peleando. Es como si algo se hubiera roto entre nosotros, y no sé cómo repararlo. Encima de todo, estoy agotado. No estoy durmiendo, y ya no sé si estoy tomando decisiones correctas en el trabajo. Mi vida gira alrededor de Charlotte, ustedes, y ahora parece que estoy perdiendo todo a la vez.

Alice se sentó junto a él, dándole espacio pero al mismo tiempo asegurándole su presencia. Sabía lo importante que Charlotte era para Marcus, pero también sabía que la presión de la empresa no lo dejaba respirar.

— Lo que sea que esté pasando con Priya, Charlotte debe saber que ella no es competencia. No puede ver lo que tú ves, Marcus. Todo esto que estás enfrentando... parece que está desmoronándose, pero estoy segura de que no lo está. Solo necesitan tiempo. — Alice lo miró con cariño. — Y sé que no lo tienes ahora, con todo lo del trabajo, pero lo importante aquí es no rendirte.

— Sé que tienes razón. Pero es difícil — dijo él, con una tristeza profunda en sus ojos. — Charlotte es todo para mí, y no puedo soportar verla así. Pero la reunión... es crucial, Alice. Si no la manejo bien, podría significar el fin de la compañía. Estoy siendo arrastrado en mil direcciones y siento que no tengo control de nada.

— Marcus, — dijo finalmente, apretando su brazo en señal de apoyo — sé que las cosas están duras ahora, pero siempre has sido el que puede manejarlo todo. Y aunque te sientas como si estuvieras al borde, confío en que vas a encontrar la forma de salir de esto. Charlotte también necesita tiempo, pero lo que tienen es real. Ella lo sabe, solo está... perdida en sus miedos. No dejes que eso te derrumbe. Yo siempre estaré aquí, todos lo estaremos. Incluso Charlotte.

— Gracias, peque — murmuró Marcus, su voz apenas audible mientras inclinaba la cabeza contra la ventana. — No sé qué haría sin ti, Grace.

Alice sonrió levemente, aunque sabía que las palabras que había dicho a Marcus no podían resolver todo de inmediato. La situación con Charlotte era complicada, pero tenía fe en que, con tiempo, encontrarían una solución.

Sin pensarlo dos veces, se inclinó hacia él y lo abrazó. Fue un abrazo firme, cálido, uno que le ofrecía el consuelo que él no sabía cómo pedir. Marcus se tensó por un instante, como si no estuviera acostumbrado a ser el que recibía apoyo. Pero, poco a poco, se fue

relajando en los brazos de Alice, soltando un largo suspiro que parecía contener toda la presión de las últimas semanas.

— Estoy aquí para ti, Marcus — murmuró Alice contra su hombro, apretando un poco más el abrazo. — No tienes que hacerlo todo solo. Sé que parece que el mundo se te viene encima, pero siempre vamos a estar juntos.

Marcus cerró los ojos, tomando unas respiraciones profundas mientras la calidez del abrazo de Alice le ofrecía una especie de alivio que no había sentido en días. Era como si, por un momento, el peso que llevaba sobre sus hombros fuera más liviano.

— No sé cómo agradecerte... — murmuró finalmente. — Todo se ha vuelto tan... confuso. Y sentir que te tengo a ti, aunque sea por un momento, me recuerda que no todo está perdido.

Alice se apartó suavemente, pero mantuvo una mano en su brazo, asegurándose de que él sintiera que no estaba solo. Lo miró directamente a los ojos, su mirada firme pero llena de afecto.

— Marcus, pase lo que pase, estoy aquí para ti. No estás solo en esto. Ni en el trabajo, ni con Charlotte, ni en nada. — Sus palabras eran sinceras, llenas de la fuerza que ella sabía que su hermano necesitaba. — A veces necesitamos tiempo para que las cosas caigan en su lugar. Y aunque ahora todo parezca imposible de manejar, sé que lo vas a lograr. Solo... no te rindas con Charlotte. Ella te ama, y tú la amas. Lo sé.

Marcus asintió lentamente, sus ojos brillando con una mezcla de agotamiento y gratitud.

Alice sonrió con suavidad y lo abrazó de nuevo, esta vez un poco más breve, pero igual de reconfortante.

— Ve a descansar, Marcus — sugirió Alice, dándole un apretón suave en el brazo. — Mañana será otro día y podrás enfrentarlo mejor después de haber dormido un poco.

Marcus asintió, y aunque la preocupación seguía presente en su rostro, parecía un poco más en paz. Alice lo acompañó hasta la

puerta de su habitación, asegurándose en hacerle el constante hincapié de que, al final del día, ella siempre estaría ahí.

Con un suspiro, Alice decidió que también era momento de descansar. Mientras caminaba hacia su propia habitación, sus pensamientos seguían con Marcus y Charlotte. Sin embargo, había algo que Marcus le había enseñado esa noche: incluso en los momentos más oscuros, siempre había espacio para la esperanza.

Capítulo 9

El nuevo día en el precinto comenzó con la habitual agitación matutina. Alice entró al edificio con un café en la mano y una expresión que no dejaba entrever mucho más que determinación. Al cruzar el umbral, sus ojos se encontraron con los de Jake, que

estaba en la entrada del pasillo, revisando algunos documentos. Jake la miró con una mezcla de sorpresa y desagrado, pero Alice lo saludó con una ligera reverencia y una sonrisa irónica, sin dejar que el pasado reciente afectara su comportamiento profesional.

Jake asintió de manera brusca, sin responder, y Alice siguió su camino hacia su despacho. Mientras subía las escaleras, notó cómo Jake la observaba desde la esquina de su ojo, pero ella se centró en lo que tenía que hacer. Su mente estaba ocupada en los problemas del día, y Jake ya no era una prioridad.

Al llegar a su despacho, encontró a Carlos esperándola, con varios expedientes extendidos sobre su escritorio. El ambiente entre ellos estaba cargado con un silencio incómodo, producto de la noche del retiro de empleados. Alice trató de ignorar la tensión, ya que, evidentemente desde la noche del retiro de empleados, ninguno de los dos volvió a tocar el tema. Si quiera a quedarse solos en un mismo lugar. Lo cierto es que aquella actitud de Carlos aquel día, había matado cualquier atracción temporal que ella sintió por él. Pero, en lugar de ocultarse tras la montaña de casos que tenían que revisar juntos, decidio dirigirse directamente a Carlos.

— Buenos días, Carlos — dijo, intentando romper el hielo. — ¿Listo para ponernos al día con estos?

Carlos levantó la vista de los papeles, su mirada reflejaba una mezcla de incertidumbre y alivio al verla.

— Buenos días, Alice. — Su tono era más relajado de lo esperado, pero aún cargado con una leve tensión. — Sí, tenemos bastante que revisar.

Alice se sentó frente a él, observando cómo Carlos tomaba un respiro antes de hablar.

— Mira, sobre lo de la otra noche ... — comenzó Carlos con una mirada seria —, he estado pensando en ello. Bebí bastante, así que no recuerdo mucho, pero sé que hice algo que cambió las cosas entre nosotros. Me gustaría disculparme por eso.

Alice lo miró con una expresión comprensiva. Aunque el recuerdo de esa noche seguía fresco en su mente, también sabía que ambos merecían aclarar las cosas.

— No tienes que disculparte, Carlos. Lo que pasó fue confuso para ambos. — Ella hizo una pausa antes de continuar. — Lo que hiciste no fue el problema en sí. El problema es que fue una situación que ninguno de los dos manejó bien en el momento.

Carlos asintió, bajando la mirada hacia los papeles en su escritorio.

— Entiendo — dijo. — No mereces a una persona con la que tengas que lidiar. Alguien tan maleducado como fui esa noche. No era mi intención hacerte sentir incómoda.

— No lo fue, Carlos. — Alice se inclinó ligeramente hacia adelante, mirando directamente a sus ojos. — Lo que pasó, pasó. Pero lo importante es que, al final del día, somos amigos. Quiero que sigamos así.

Carlos la miró con una mezcla de gratitud y alivio. La conversación había sido directa, pero también llena de sinceridad.

— me atraes, Alice — confesó Carlos con una sonrisa triste. — Pero entiendo mi lugar en esto. Lo último que quiero es perderte como amiga.

Alice esbozó una sonrisa al escuchar sus palabras. Sabía que ambos necesitaban reconfigurar su relación y dejar atrás la confusión de esa noche.

— Creo que tenemos un buen equilibrio como amigos — respondió. — Así que, vamos a intentar olvidar lo que pasó y volver a la normalidad.

Carlos asintió con una sonrisa que finalmente llegó a sus ojos.

— De acuerdo. Volvamos a ser los amigos que siempre hemos sido. Y prometo mantener mis manos y mis pensamientos en su lugar.

Ambos rieron suavemente, aliviados por la resolución de la conversación. Era claro que el asunto había dejado cicatrices, pero

también había una promesa de seguir adelante con la amistad intacta.

Mientras trabajaban juntos en los expedientes, la conversación continuó en un tono más ligero. La tensión había disminuido, y la relación entre ellos parecía haber encontrado un nuevo equilibrio. Ambos se enfocaron en las tareas que tenían por delante, sabiendo que podían superar cualquier cosa mientras mantuvieran su amistad intacta.

Al final del día, Alice se sintió aliviada al haber aclarado las cosas con Carlos. Aunque el día había comenzado con la sombra de una conversación difícil, el resultado había sido positivo. Ella sabía que había logrado resolver otro de los problemas que la estaban abrumando y que ahora, tanto su vida profesional como su amistad con Carlos podían seguir adelante sin los fantasmas del pasado.

Posterior a esto, pasó una semana. Dicha semana Alice ignoró a Jake sin duda alguna. Jake estaba volviéndose loco, pero aún así decidió dedicarse a observarla desde una distancia prudente. Al menos, eso hizo dicha semana.

Una semana fue el tiempo que se necesitó para que el mundo de Alice cambiara dramáticamente.

LUNES

El sol de la tarde iluminaba la sala de descanso, donde Loyd, Clark, Brooklyn, Carlos y Alice conversaban con entusiasmo sobre los últimos chismes. Las bromas y comentarios fluían, llenando el ambiente de risas. Clark, como siempre, estaba en su elemento.

—¿Escucharon lo de Thompson y el jefe de seguridad? —dijo, con una sonrisa juguetona—. ¡Dicen que los vieron juntos en la cafetería!

—Seguro está buscando un ascenso —comentó Loyd, mientras Brooklyn asentía distraídamente.

Brooklyn, finalmente, cambió el enfoque de la conversación, mirando a Alice con una sonrisa de complicidad.

—Hablando de temas interesantes... ¿Has notado que Donovan no es solo un agente? Es el supervisor del agente Simons.

Carlos, aprovechando la oportunidad, añadió con énfasis:

—Sí, parece que está a tu altura, Alice. Y con su posición, tener a alguien así a tu lado podría abrirte muchas puertas. ¿Por qué no consideras conocerlo mejor?

Alice, al principio incómoda, intentó desviar el tema.

—¿Sabes qué? En vez de hablar de mi vida personal, me parece que el agente Simons realmente necesita un supervisor para hacer bien su trabajo. —dijo con tono mordaz—. Quizás eso explica por qué Donovan está aquí.

Carlos y Brooklyn intercambiaron miradas, entendiendo el sutil rechazo. Sin embargo, Clark se lanzó a la conversación con entusiasmo.

—Vamos, Alice. Solo estamos hablando en nuestro tiempo libre. No hace falta que te pongas a la defensiva.

Pero el ambiente cambió de inmediato cuando Jake apareció en la puerta, su presencia pesando sobre ellos como una sombra. Los ojos de todos se volvieron hacia él, tensos y expectantes.

—Adelante, continúen —dijo Jake, su tono frío y controlado—. Lo único que espero es que en sus áreas asignadas no haya ningún fallo que tenga que reportar.

Alice no pudo evitar reírse sarcásticamente. Se levantó de su silla y, con una mirada desafiante, le respondió:

—¿Sabes qué? No tengo nada que esconder. Al menos yo no necesito un supervisor que esté constantemente revisando todo lo que hago. Además, estamos simplemente hablando durante nuestro descanso. Si alguien está fuera de lugar, ese eres tú. Deberías estar en tu área de trabajo, no espiándonos.

Alice, con una determinación palpable, se volvió hacia sus amigos.

—Vamos, salgamos de aquí. Mi oficina es el único lugar donde podemos estar tranquilos sin que nadie nos moleste.

Los amigos de Alice se levantaron rápidamente, siguiéndola hacia su oficina mientras Jake los observaba con una mezcla de irritación y sorpresa.

Más tarde, cuando la oficina ya estaba más tranquila y Alice y sus amigos se encontraban en su espacio, Jake hizo una última jugada. Sin previo aviso, apareció en la puerta de la oficina de Alice con una expresión decidida. Llevaba consigo una carpeta en la mano, que lanzó sobre el escritorio de Alice con un golpe seco.

—Esto es para ti —dijo con una sonrisa afilada—. Lo encontrarás interesante.

Alice, al abrir la carpeta, encontró documentos que detallaban una serie de irregularidades en algunos informes anteriores que ella había manejado. La sorpresa en su rostro era evidente, y sus amigos también se sorprendieron al ver el contenido. En el momento no pudo evitar pensar que era real, a pesar de que obviamente eran falsos.

Jake se quedó en la puerta, su mirada fija en Alice mientras decía:

—Quizás es mejor que te tomes un tiempo para revisar esto. No querría que te metieras en problemas innecesarios, especialmente si estás tan ansiosa por enfrentar desafíos.

Con una última sonrisa desafiante, Jake se dio la vuelta y se marchó, dejando a Alice con una mezcla de rabia y preocupación. El día había terminado con una nota tensa y cargada, y el cierre inesperado solo había añadido más incertidumbre al ya complicado panorama que enfrentaba.

MARTES

La mañana había comenzado de manera sorprendente para Alice. Donovan se ofreció a acompañarla a una escena del crimen, y aunque inicialmente la idea le pareció una molestia, pronto se dio cuenta de que su presencia podía ser una ventaja. Mientras se dirigían al lugar, Donovan trató de aliviar la tensión con una conversación amistosa.

—Nunca he entendido cómo logran mantener la calma en situaciones como estas —dijo Donovan, rompiendo el hielo—. Siempre parece que tienes todo bajo control, detective Jill.

Alice, al principio reacia, se permitió una pequeña sonrisa.

—Es un truco que uno aprende con el tiempo. La clave es no dejarse arrastrar por el caos. Si te dejas afectar, no puedes hacer tu trabajo bien.

Donovan asintió, con una mirada comprensiva.

—Sí, lo entiendo. Relaciono lo que me dices con facilidad, tuve que aprender a mantener la compostura desde una edad temprana.

— y ¿eso a que se debió?

— Pense que no indagarías tanto... — Donovan se rie. — Crecí en un ambiente complicado y, de repente, descubrí que era adoptado sin que nadie me lo hubiera dicho.

Alice lo miró con sorpresa y curiosidad. Aunque no era algo que normalmente compartiera, Donovan parecía genuino.

—Eso debe haber sido un golpe muy duro —dijo Alice, su tono mostrando empatía—. ¿Cómo lo manejaste?

Donovan suspiró, mirando al horizonte mientras hablaba.

—Al principio, fue devastador. Me sentí traicionado, como si todo lo que conocía estuviera basado en una mentira. Pero eventualmente, aprendí a aceptar mi historia y a usarla como una fuente de fortaleza.

Alice lo escuchó atentamente, encontrando un paralelismo en sus propias experiencias. Aunque sus historias eran diferentes, la sensación de traición y desilusión resonaba en ambas.

—Yo también he enfrentado traiciones. —Alice habló con honestidad tratando de abrirse a sus sentimientos. — En mi caso, fue después de entregarle todo mi mundo a alguien, se fue sin decir nada. Esa ausencia me dejó marcada, y eso se refleja en mi actitud ante la vida ultimamente.

Donovan la miró con comprensión, admirando su franqueza.

—No es fácil lidiar con esas emociones. La gente a menudo no se da cuenta de cuánto nos afectan las cosas que no vemos. Parece que has encontrado una forma de seguir adelante, a pesar de todo.

Alice asintió, apreciando el apoyo implícito en sus palabras. Mientras recorrían la escena del crimen, comenzaron a explorar las pistas, compartiendo sus impresiones y teorías sobre el caso. Donovan, con una actitud relajada, hizo preguntas y ofreció comentarios que demostraban su experiencia y su deseo de comprender mejor la situación.

—Mira, aquí hay algo interesante. —Donovan se inclinó hacia un rincón donde había marcas en el suelo—. Esto podría darnos una pista sobre el movimiento de las personas en el lugar.

Alice se acercó, examinando las marcas. Su mente trabajaba rápidamente, conectando los puntos. Donovan, notando su concentración, se permitió una sonrisa.

—Nunca he visto a alguien analizar una escena con tanta precisión. Tienes un don para esto.

Alice se sonrojó ligeramente, sintiendo el halago.

—Gracias. A veces, es fácil perderse en los detalles. Pero siempre es bueno tener una segunda opinión.

Mientras continuaban trabajando, el ambiente entre ellos se volvió más relajado. Donovan compartió historias de su experiencia en el FBI, y Alice habló sobre sus propios desafíos en el trabajo. La conversación fluyó naturalmente, y la atmósfera de tensión se disipó un poco.

Después de un rato sin encontrar más pistas relevantes, Donovan sugirió:

—Parece que no vamos a encontrar mucho más aquí. ¿Qué te parece si nos vamos y continuamos mañana?

Alice estaba a punto de aceptar, cuando de repente, escuchó un eco peculiar bajo sus pies. Se agachó para investigar y, al descubrir que

el suelo era falso, su corazón se aceleró.

—Espera un momento. —dijo, señalando el suelo—. Creo que hay algo más aquí.

Donovan se acercó rápidamente y, con su ayuda, levantaron el panel oculto. Bajo el suelo, encontraron una serie de compartimentos ocultos con al menos diez cuerpos, todos desaparecidos desde hacía cinco meses. Ambos quedaron estupefactos por el hallazgo.

Donovan miró a Alice con una mezcla de asombro y admiración.

—Eso fue impresionante. No muchos habrían notado el suelo falso. Buen trabajo.

Alice, aún procesando el impacto del descubrimiento, respondió:

—Gracias. Aunque no estoy segura de qué hacer con toda esta información todavía. Soy quien debe revisar todos estos cuerpos al llegar al precinto.

Donovan se tomó un momento antes de ofrecer su consejo.

—Deberías considerar unirte a nuestro equipo de revisión de escenas del crimen. Tu habilidad para notar detalles es invaluable.

Alice, aunque tentada por la oferta, bufó y dijo:

—Lo aprecio, pero no estoy lista para comprometerme de esa manera todavía. Tengo otras prioridades en mente.

Donovan asintió, respetando su decisión, pero su oferta seguía en el aire. Mientras ambos se retiraban del lugar, el vínculo entre ellos se había fortalecido, y el día había dejado claro que, a pesar de las tensiones previas, había una conexión genuina y prometedora entre Alice y Donovan. La jornada había terminado con un nuevo entendimiento y un toque de intriga sobre lo que podría deparar el futuro.

MADRUGADA DEL MIÉRCOLES:

La morgue estaba fría, y la luz tenue de los fluorescentes hacía que la escena fuera aún más lúgubre. Alice y Donovan llevaban horas examinando los cuerpos, uno tras otro, buscando patrones, cualquier

pista que les indicara qué había ocurrido. Diez cuerpos, todos ellos desaparecidos durante más de cinco meses. La conexión entre ellos comenzó a hacerse clara: todos habían desaparecido durante el mismo fin de semana, en viajes de negocios.

Alice, con su característica atención al detalle, revisaba los informes con una calma precisa, mientras Donovan no podía evitar observarla de reojo. Había algo en la forma en que analizaba cada pequeño detalle, en cómo su mente funcionaba a una velocidad impresionante, que lo tenía completamente fascinado. Mientras revisaban, Alice tomó la palabra.

—Todos estos cuerpos tienen algo más en común —dijo Alice, apuntando a las autopsias con un gesto seguro—. No solo fueron reportados como desaparecidos el mismo fin de semana. Mira aquí —señaló un punto en el informe—, en cada caso, los familiares mencionaron que iban a hacer un viaje de negocios a destinos internacionales. Coinciden en los destinos: los países en la lista son conocidos por tener bajos niveles de regulación en el tráfico de órganos.

Donovan, que hasta ahora había estado revisando los detalles en silencio, se detuvo. El dato que Alice había señalado era algo que él mismo no había notado hasta ese momento. Se inclinó hacia la pantalla donde ella mostraba las rutas de vuelo y las conexiones, su brazo rozando ligeramente el de ella mientras revisaba la información. La cercanía le resultaba cada vez más difícil de ignorar, pero Alice estaba completamente enfocada en el caso.

—Entonces... ¿el cartel del budú? —preguntó Donovan, con la voz baja y concentrada, ya anticipando la conclusión.

Alice asintió, su mente trabajando a toda velocidad mientras revisaba las marcas en los cuerpos. Se giró hacia Donovan, y él pudo ver el brillo en sus ojos, esa chispa de pura inteligencia que ella no podía ocultar cuando algo hacía clic en su mente.

—Exactamente. Estos cuerpos no muestran signos de tortura antes de la muerte, pero observa cómo todos tienen incisiones quirúrgicas limpias. El cartel del budú no solo se dedica al tráfico de drogas,

también tienen una operación bien organizada de tráfico de órganos. El patrón está aquí: desaparecen personas en viajes de negocios, sacan sus órganos y luego, meses después, sus cuerpos aparecen sin ningún tipo de rastro que los conecte con su operación.

Donovan cruzó los brazos, impresionado por la claridad y precisión de Alice. En su línea de trabajo, había conocido a muchas personas competentes, pero Alice era diferente. No solo tenía un agudo sentido del análisis, también era rápida y certera en su ejecución. Y había algo en su confianza, en cómo dominaba la escena sin dudar, que hacía que él se sintiera más atraído hacia ella.

—Es brillante, Alice. ¿Cómo te diste cuenta tan rápido? —preguntó Donovan, acercándose un poco más, intrigado.

Alice esbozó una sonrisa leve, casi imperceptible, mientras seguía revisando los expedientes.

—Es lo que hago. Siempre busco los detalles que otros pasan por alto. Sabía que algo no cuadraba cuando vi las fechas de desaparición, pero fue al ver los destinos internacionales que comencé a unir los puntos. El tráfico de órganos siempre es más rentable cuando pueden mantener a las víctimas vivas durante el transporte... y estas incisiones muestran un nivel de precisión que solo se consigue en quirófanos móviles. Ellos tenían todo planeado.

Donovan se quedó en silencio por un momento, observándola mientras ella seguía trabajando. Podía ver la pasión en su mirada, la dedicación total a su trabajo, y eso solo intensificaba la atracción que ya sentía por ella. Alice no solo era increíblemente inteligente, también era valiente, dispuesta a enfrentarse a cualquier cosa para resolver el caso. Y eso lo atraía de una manera que no podía ignorar.

—Me impresionas, Alice. De verdad —dijo finalmente, rompiendo el silencio, su tono más suave de lo habitual.

Alice levantó la vista, sus ojos encontrándose con los de Donovan. Por un momento, la tensión entre ellos fue palpable, una energía que ninguno de los dos podía negar. Pero Alice, fiel a su

profesionalismo, simplemente asintió con una pequeña sonrisa antes de volver su atención a los informes.

—Gracias, Donovan. Pero no estamos ni cerca de terminar. Si esto es el cartel del budú, tenemos mucho trabajo por delante.

Donovan la observó un momento más antes de asentir. Sabía que tenía razón, pero eso no hacía que la atracción que sentía por ella desapareciera. Al contrario, con cada momento que pasaba, sentía cómo su conexión con ella se volvía más intensa.

El reloj marcaba las primeras horas de la madrugada, y después de horas interminables trabajando codo a codo, el cansancio empezaba a notarse en los rostros de Alice y Donovan. La morgue estaba desierta, y el silencio en el aire solo parecía aumentar la tensión que había estado creciendo entre ellos durante toda la noche. La conexión era palpable, un subtexto que ni las horas de trabajo intenso podían apagar.

Donovan observaba a Alice, su mirada siguiéndola mientras ella organizaba los últimos informes. Cada vez que ella pasaba cerca de él, su piel se erizaba, el roce apenas perceptible de sus cuerpos haciendo que su respiración se acelerara un poco más. Había algo en la forma en que Alice se movía, en cómo manejaba cada detalle del caso, que lo atraía de manera irremediable.

Finalmente, cuando Alice se detuvo junto a él, revisando uno de los últimos cuerpos, Donovan no pudo contener más el impulso. Su mano se deslizó suavemente sobre la suya, deteniéndola por un instante. Alice levantó la vista, sorprendida al principio, pero no apartó la mano. Durante un largo segundo, sus ojos se encontraron, y en ese silencio, todo lo que habían estado evitando salió a la superficie.

—Alice... —murmuró Donovan, su voz cargada de un deseo que había estado conteniendo durante toda la noche—, no puedo fingir que esto no está pasando.

Ella lo miró, su mirada intensa, pero no dijo nada. Sabía exactamente a qué se refería. Había sentido lo mismo, esa atracción

silenciosa, pero poderosa, que había ido creciendo con cada interacción, con cada palabra compartida.

Donovan dio un paso más cerca, sus cuerpos casi tocándose ahora. Podía sentir el calor que emanaba de Alice, y en ese momento, nada más importaba. No eran detectives trabajando en un caso, no estaban rodeados de cuerpos sin vida. Eran solo ellos, atrapados en una burbuja de deseo que no podían ignorar.

—Esto es una mala idea —susurró Alice, pero su voz no tenía la convicción que sus palabras intentaban mostrar. Sus ojos estaban fijos en los de Donovan, y aunque su cuerpo aún estaba rígido, sus labios estaban ligeramente entreabiertos, como si esperaran el próximo movimiento.

Donovan se inclinó lentamente, dándole tiempo a Alice para detenerlo si realmente lo deseaba, pero cuando sus labios finalmente se encontraron, ella no se apartó. El beso fue lento al principio, lleno de una tensión acumulada, pero en segundos, se volvió más profundo, más intenso. Las manos de Donovan se deslizaron hasta la cintura de Alice, atrayéndola hacia él con más firmeza.

Alice respondió con igual intensidad, soltando un pequeño suspiro contra sus labios mientras sus manos se aferraban a la chaqueta de Donovan, como si necesitara algo a lo que agarrarse mientras la realidad se desdibujaba. La lógica, el razonamiento, todo desapareció en ese momento. Solo quedaba la innegable conexión entre ellos, una mezcla de deseo y algo más profundo que ni siquiera sabían cómo nombrar.

Donovan la empujó suavemente contra la pared de la morgue, sus cuerpos ahora completamente pegados. Sus besos se volvieron más desesperados, más hambrientos. Alice, a pesar de su lucha interna, dejó que el momento la consumiera, aferrándose a Donovan como si esa fuera la única forma de mantenerse anclada a algo real.

—No deberíamos... —intentó decir Alice entre beso y beso, pero Donovan la silenciaba con cada nuevo contacto, sus manos recorriendo su cuerpo con una mezcla de urgencia y ternura.

—Lo sé... —respondió él, su voz ronca, mientras deslizaba sus labios por el cuello de Alice—, pero no puedo detenerme.

Alice cerró los ojos, dejándose llevar por el momento. Sabía que había razones para no hacerlo, que las consecuencias podrían ser complicadas, pero en ese instante, no podía pensar en nada más. Todo lo que sentía era el calor de Donovan, la fuerza de sus manos, y el deseo abrasador que compartían.

Finalmente, se separaron un poco, ambos respirando con dificultad, mirándose a los ojos con una intensidad que quemaba. Donovan deslizó una mano por el rostro de Alice, acariciando su mejilla con una suavidad inesperada, mientras la miraba como si fuera lo único que importaba en ese momento.

—Esto es más que solo una noche, Alice —dijo Donovan en un susurro, su voz firme pero cargada de emoción—. No quiero que pienses que esto es solo un impulso.

Alice, aún recobrando el aliento, asintió levemente, pero no dijo nada. Sabía que aquello iba más allá del deseo. Algo entre ellos había cambiado, algo profundo, y por más que intentara negarlo, no podía ignorarlo.

Alice mantuvo la mirada fija en Donovan, intentando procesar lo que acababa de suceder, lo que ambos estaban tratando de evitar, pero que ahora era inevitable. Sabía que la atracción entre ellos no era nueva, pero siempre la había empujado hacia el fondo de su mente, enterrada bajo las capas de profesionalismo y responsabilidad. Ahora, con sus cuerpos aún pegados y sus respiraciones entrecortadas, no había marcha atrás.

—Donovan... —murmuró Alice, su voz baja, tratando de encontrar las palabras adecuadas—. Esto complica todo.

Donovan no la soltó, pero su expresión se suavizó, como si entendiera exactamente lo que ella estaba sintiendo. Sabía que Alice siempre pensaba en todas las implicaciones, en los riesgos, pero también sabía que lo que había entre ellos no era algo que se pudiera ignorar por más tiempo.

—Lo sé, Alice. Pero no podemos seguir fingiendo que esto no está ahí —dijo, su voz cargada de sinceridad mientras acariciaba suavemente su rostro—. Todo lo que hemos pasado, trabajando juntos, ha sido más que solo atracción física. Hay algo más.

Alice cerró los ojos por un momento, intentando reunir fuerzas para alejarse, pero la verdad era que no quería hacerlo. Por más complicada que fuera la situación, no podía negar lo que sentía. No era solo el deseo, era la conexión que compartían, la forma en que él la entendía sin necesidad de palabras. Y eso, de alguna manera, la asustaba más que el mismo deseo.

—¿Y si esto nos arruina? —preguntó Alice, con un tono de vulnerabilidad que rara vez mostraba. Sabía lo delicado que era mezclar lo personal con lo profesional, y lo mucho que podía estar en juego.

Donovan la miró por un largo segundo antes de responder, su voz firme pero suave.

—No creo que algo tan real pueda arruinarnos, Alice. Esto no es algo que podamos controlar, pero tampoco es algo que deba destruirnos. Quiero ser honesto contigo, y sé que esto no es solo un momento. No puedo verte trabajar, verte resolver casos, verte enfrentarte al peligro, y no sentir lo que siento por ti.

Alice abrió los ojos, y la sinceridad en los de Donovan la desarmó. No había engaños, no había juegos. Él estaba siendo completamente transparente con ella, algo que pocos se atrevían a hacer. Ella suspiró profundamente, soltando parte de la tensión acumulada.

—Esto no va a ser fácil —dijo finalmente, aunque su resistencia ya estaba empezando a desmoronarse—. No sé cómo manejarlo.

Donovan se inclinó un poco más cerca, hasta que sus frentes se tocaron. Su proximidad la hizo sentir una paz que no había anticipado.

—No tenemos que tener todas las respuestas ahora mismo —susurró—. Pero no quiero perder la oportunidad de explorar lo que tenemos. No después de todo lo que hemos pasado.

Alice asintió levemente, sintiendo que una parte de ella estaba dispuesta a dejarse llevar, al menos esta vez. Sus labios se encontraron de nuevo, pero esta vez el beso fue más lento, menos desesperado y más lleno de una intimidad que ambos entendían. Era más que deseo, era la conexión que habían formado, la confianza silenciosa que compartían en cada misión, en cada peligro.

Cuando finalmente se separaron, Alice apoyó su cabeza en el pecho de Donovan, respirando profundamente. Por primera vez en mucho tiempo, se permitió sentir sin cuestionar, sin analizar cada consecuencia.

—Si vamos a hacer esto, tenemos que ser cuidadosos —dijo Alice, finalmente hablando con el tono pragmático que la caracterizaba—. Pero... no quiero fingir que no siento nada por ti.

Donovan sonrió, aliviado de escuchar esas palabras. La atrajo más cerca de él, rodeándola con sus brazos, en un gesto protector pero también lleno de cariño.

—No tienes que fingir nada conmigo, Alice. Estoy aquí. Para lo que venga, estoy aquí contigo.

Alice cerró los ojos, sabiendo que el camino sería complicado. Y en ese momento, bajo la luz tenue y el silencio de la morgue, decidió que era hora de dejarse llevar, aunque solo fuera por un instante.

MIERCOLES EN LA TARDE:

El sol de la tarde ya comenzaba a ocultarse cuando Jake permanecía en el pasillo, observando desde la distancia cómo Alice y Donovan entraban juntos al precinto. Conversaban en voz baja, pero lo que realmente llamaba su atención era la sonrisa de Alice y la forma en que Donovan la miraba, una mirada que Jake no podía ignorar.

La capitana Willys, de pie junto a él, notó su incomodidad. Sabía lo que estaba pasando en la mente de Jake, y aunque su rostro permanecía impasible, la tensión en su cuerpo era evidente. Ella siempre había tenido un interés particular por Jake, un interés que iba más allá de lo profesional. Había encontrado más de una manera

de ayudarlo a mantenerse cerca de Alice, aun cuando eso significara alterar un poco las reglas del juego.

—Sabes, hicieron un excelente trabajo anoche —comentó Willys, como si quisiera romper el silencio, inclinándose levemente hacia Jake—. Alice y Donovan encontraron una conexión sólida con el cartel del budú. Un descubrimiento impresionante, considerando que ella ni siquiera trabaja en esa área de casos.

Jake apretó los labios, recordando que Willys había sido quien le asignó esa investigación a Alice, a pesar de que no era su campo. Él sabía por qué lo había hecho, y no fue casualidad. Willys siempre había usado su influencia para ayudarlo, y este era uno de esos casos. Había desviado el trabajo de Alice, solo para darle a Jake la oportunidad de mantenerla cerca, incluso si eso significaba un favor personal que ella misma no podía admitir abiertamente.

—Deberías estar orgulloso de ella —añadió Willys, su tono suave pero con una insinuación en su mirada—. Alice y Donovan... hacen un gran equipo. Podrían ser una pareja formidable en cualquier caso que les asigne.

Jake no pudo evitar que su mirada se deslizara nuevamente hacia ellos, observando cómo Alice sonreía con facilidad, más relajada de lo que él había esperado después de una noche larga de trabajo. ¿Qué tan bien se llevaban ellos realmente? pensó. Cuando vio cómo Donovan la miraba, algo en su interior se tensó. No quería admitirlo, pero había algo ahí que no le gustaba.

Willys, viendo la expresión de Jake, aprovechó el momento. Se acercó un poco más, tocando ligeramente su brazo, un gesto que había repetido muchas veces antes. Su tono se suavizó, su mirada se volvió más íntima.

—Zack... —dijo, bajando la voz—. Sabes que, si necesitas cualquier cosa, estoy aquí. Siempre he estado dispuesta a ayudarte... como lo hice con este caso. Si Alice está en esta investigación, es porque tú lo pediste, aunque no lo digas en voz alta.

Jake no apartó la mirada de Alice, pero su mente estaba ahora dividida. Sabía que Willys estaba insinuando algo más que solo favores profesionales. Ella siempre había tenido ese interés por él, algo que Jake había notado pero nunca alentado. Y aunque estaba agradecido por su ayuda, su atención estaba centrada en algo completamente diferente: Alice y lo que podría estar sucediendo con Donovan.

—Gracias, capitana —respondió Jake, con un tono frío, sabiendo que debía marcar límites. Era consciente de que Willys estaba jugando su propio juego—, pero no necesito más favores. Estoy manejando la situación.

Willys sonrió, aunque su sonrisa no alcanzó sus ojos. Sabía que Jake no caería tan fácilmente en sus insinuaciones, pero eso no la detenía. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para estar cerca de él.

—Bueno, la oferta sigue en pie —dijo, inclinándose un poco más, rozando ligeramente su hombro antes de alejarse—. Siempre puedes contar conmigo.

Jake se quedó en el pasillo mientras la capitana se alejaba, ignorando su coqueteo como había hecho tantas veces antes. Su atención volvió a Alice y Donovan, observando cómo seguían conversando, compartiendo un momento que él no podía descifrar del todo.

No es nada, se dijo a sí mismo, tratando de calmar las dudas que lo carcomían. Alice no se sentiría atraída por él... ¿o sí?

(...)

Alice estaba sentada en su escritorio, repasando los informes de la escena del crimen mientras su mente divagaba brevemente. El recuerdo de la noche anterior con Donovan volvía una y otra vez a su cabeza, haciendo que su corazón latiera más rápido. Había algo en él que la desarmaba, su seguridad, su calma. Sabía que la conexión que compartían no era puramente profesional, y eso la inquietaba tanto como la atraía.

Alice levantó la mirada del informe cuando sintió la presencia de Donovan a su lado. Él dejó suavemente un archivo sobre su escritorio, sus dedos rozando los papeles con una calma que contrastaba con la tensión en el aire.

—¿Todo bien? —preguntó, su tono era casual, pero la intensidad en su mirada era inconfundible.

Alice asintió, sin mirarlo directamente a los ojos al principio. Sabía lo que él estaba insinuando sin tener que decir nada más. La tensión entre ambos había ido creciendo desde la noche anterior, y no podía negarlo, por más que quisiera. Sus manos permanecieron sobre los papeles, pero sus pensamientos estaban lejos de ellos.

—Solo revisando los detalles del caso —murmuró, intentando mantener un tono profesional, aunque el nudo en su estómago le decía otra cosa.

Donovan no se movió, y la cercanía entre ambos era palpable. Podía sentir su presencia más de lo que podía ignorarla, y eso la incomodaba tanto como la atraía. Él se apoyó un poco más en el borde del escritorio, inclinándose levemente hacia ella.

—Sabes que hay algo más aquí, Alice —dijo, su voz baja, lo suficientemente íntima como para que nadie más lo escuchara.

Alice se tensó. No era el tipo de conversación que quería tener en ese momento, no con el precinto lleno de gente y con la posibilidad de que alguien los estuviera observando. Pero la franqueza de Donovan siempre la había desarmado.

—No es el lugar para esto —replicó, tratando de mantener el control de la situación. Sin embargo, sus palabras no sonaban tan firmes como habría querido.

—Tienes razón, no lo es —admitió Donovan, sin apartar la mirada—. Pero no puedo fingir que no está pasando algo entre nosotros. Lo sentiste anoche, y yo también.

Alice soltó el aire que había estado conteniendo, sintiendo el calor de su presencia a pocos centímetros de ella. El corazón le latía con fuerza, y por un instante, se permitió mirarlo de frente. Donovan la

miraba con esa mezcla de deseo y algo más, algo que ella no estaba lista para enfrentar. Sus palabras hicieron eco en su mente, pero también lo que no estaban diciendo.

—No podemos dejarnos llevar por esto, Donovan —dijo en voz baja, como si intentara convencerse a sí misma—. No aquí, no ahora.

Él sonrió ligeramente, con esa confianza tranquila que tanto la descolocaba. No era el tipo de hombre que se rendía fácilmente, y lo sabía. Pero en lugar de presionarla, asintió.

—Lo sé. No tiene que ser ahora —respondió—. Pero no puedo seguir ignorándolo. Y creo que tú tampoco deberías.

Alice sintió cómo el peso de sus palabras caía sobre ella. Sabía que tenía razón, que lo que sentía no podía ser fácilmente ignorado. Pero también sabía que en ese momento, allí, no era el lugar ni el momento adecuado para dejar que aquello escalara. Sin embargo, la idea de detenerse ahí no hacía que la tensión entre ambos desapareciera. De hecho, parecía intensificarla.

Un breve silencio cayó entre ellos, pero no era incómodo. Más bien, estaba lleno de una promesa implícita, de algo que ambos sabían que no podrían evitar por mucho tiempo.

—Esta noche —dijo Donovan, rompiendo el silencio, pero con un tono que no admitía dudas—. Después de que termine todo esto. Hablemos.

Alice lo miró por un segundo más, sopesando sus opciones. Sabía que no era sensato, que se estaba metiendo en algo complicado, pero también sabía que no podía seguir huyendo de lo que sentía.

—Está bien —respondió finalmente, con una mezcla de decisión y resignación—. Esta noche.

Donovan asintió, su mirada permaneciendo en la de ella por un segundo más antes de apartarse lentamente. Se dio la vuelta, caminando hacia la salida, pero no sin antes lanzarle una última mirada que dejó claro que esa conversación estaba lejos de terminar.

Alice observó cómo se alejaba, sintiendo un calor en su piel que no tenía nada que ver con el caso en el que estaban trabajando. Sabía que esa noche cambiarían muchas cosas, aunque aún no estaba segura de hasta dónde estaría dispuesta a llegar. Pero una cosa era cierta: ya no podía ignorar lo que estaba sucediendo entre ellos.

(...)

Alice se encontraba sentada en el sofá de su habitación, rodeada de sus mejores amigas, Lissette y Aiko, quienes estaban revolviendo su armario en busca de la combinación perfecta. La atmósfera era ligera, pero la mente de Alice estaba lejos de sentirse tranquila. Aunque confiaba en sus amigas, el peso de las últimas semanas había sido abrumador. Charlotte se había alejado, sin darle explicaciones, y aunque Alice sospechaba que tenía que ver con Marcus, decidió darle el espacio que necesitaba. Después de todo, ella misma había hecho lo mismo cuando lo de Jake la había devastado.

Lissette sacó un vestido negro ajustado y lo sostuvo frente a Alice con una sonrisa maliciosa.

—Este es perfecto para una cita, ¿no crees? —dijo Lissette, exagerando la última palabra, sabiendo bien que estaba tratando de provocar una reacción en Alice.

Aiko, por su parte, se recostó contra el borde de la puerta del armario, con los brazos cruzados y una sonrisa divertida.

—¿Es realmente una cita, Alice? —preguntó con una ceja levantada —. Porque, por la forma en que lo describes, parece más una charla... intensa.

Alice rodó los ojos, tomando el vestido que Lissette le ofrecía, pero sin mucho entusiasmo. No sabía si llamarlo una cita. Lo que había entre Donovan y ella era complicado, mucho más de lo que cualquiera de sus amigas podía imaginar. La tensión entre ellos era innegable, pero etiquetarlo como algo tan simple como una cita se sentía... equivocado.

—No es una cita —respondió Alice, con una mezcla de convicción y duda—. Es solo una conversación. Necesitamos aclarar algunas cosas.

Lissette lanzó una carcajada y se sentó al lado de Alice, cruzando las piernas.

—Alice, cariño, si necesitas elegir un outfit para "una conversación", es que no es solo una conversación. Además, ¿desde cuándo te pones tan nerviosa por algo así? Vamos, admítelo, quieres impresionar a Donovan.

Aiko asintió, sin dejar de sonreír.

—Exacto. Y además, no está mal que quieras verte increíble. Después de todo, la tensión entre ustedes es tan obvia que hasta el tipo del café lo notaría.

— Que chistosas. Me exigen que sea honesta cuando a ambas les tuve que sacar las palabras con cucharita para admitir que estaban MUY BIEN RELACIONADAS con mis hermanos.

Lissette y Aiko se rieron de la situación y continuaron debatiendo con Alice. La relación de Lissette y Erick, por extraño que parezca, iba avanzando de maravilla. Después de mucho trabajo en equipo, ambos al fin lograron abrirse mutuamente. Por otro lado, Aiko simplemente se acostó con Dereck al menos 3 veces, se desconoce su estado actual, pero digamos que ambos se entienden y gozan de hacerlo sin ninguna complicación.

Alice suspiró, bajando la cabeza mientras miraba el vestido. Había algo de verdad en lo que decían. Había pasado tanto tiempo reprimiendo sus emociones, primero con Jake, Carlos y luego con todo lo demás, que no se había permitido sentir algo tan intensamente por otra persona. Y ahora, con Donovan, todo era diferente. Era emocionante, pero también aterrador.

—Está bien, quizás... solo un poco —admitió finalmente—. Pero, honestamente, no sé qué esperar de esta noche.

Lissette sonrió triunfante y se levantó rápidamente.

—Entonces, este vestido será —anunció, mientras Aiko se unía a ella, buscando unos tacones que combinaran.

—Vas a lucir increíble, y aunque no quieras llamarlo una cita, queremos que estés preparada para cualquier cosa —dijo Aiko, mientras sacaba unos zapatos del armario.

Alice sonrió, agradecida por el apoyo de sus amigas. Aunque todavía sentía un nudo de incertidumbre en el estómago, tenerlas a su lado hacía que todo pareciera un poco menos abrumador. Tal vez esta noche sería el inicio de algo nuevo, o tal vez solo sería una conversación más. Pero fuera lo que fuera, estaba decidida a enfrentarlo con confianza.

—Está bien, lo admito. Necesito ayuda —dijo finalmente, levantándose y dirigiéndose hacia el espejo—. Pero no se emocionen demasiado.

—Demasiado tarde —respondieron Lissette y Aiko al unísono, entre risas, mientras comenzaban a prepararla para lo que sin duda sería una noche llena de tensión y emociones.

(...)

La noche estaba despejada y el aire fresco envolvía las calles de la ciudad mientras Donovan llegaba a la casa de los White. Se detuvo frente a la elegante residencia, admirando la fachada antes de tocar el timbre. Su mirada se posó en la puerta, esperando ansiosamente a que Alice apareciera.

Alice abrió la puerta con una sonrisa nerviosa, vestida en el elegante vestido negro que Lissette y Aiko habían elegido para ella. Donovan la miró con una mezcla de admiración y aprecio.

—Wow, tu casa es impresionante —dijo Donovan, mirando alrededor con una sonrisa genuina—. No esperaba menos de la familia White.

Alice se sonrojó ligeramente y se encogió de hombros, un poco avergonzada.

—Gracias. Es solo una casa, pero me alegra que te guste.

Donovan se acercó a ella, su mirada cálida y su sonrisa relajante. La tomó del brazo suavemente y la guió hacia la entrada.

Tomó su brazo y lo siguió hacia el elegante coche deportivo que había aparcado frente a la casa. Donovan abrió la puerta del vehículo con un gesto caballeroso.

—Después de ti, señorita —dijo con una sonrisa coqueta.

Alice se deslizó dentro del coche, dejando que Donovan la ayudara a acomodarse. El interior del coche tenía un aroma a cuero nuevo y un toque sutil de fragancia masculina que la envolvía en una sensación de lujo y sofisticación. Cerró los ojos por un momento, disfrutando del olor que parecía reflejar el carácter de Donovan.

Donovan se acomodó al volante, arrancando el motor con suavidad. La conducción fue tranquila, con las luces de la ciudad deslizándose a través de la ventana. Durante el trayecto, Donovan mantuvo una conversación ligera, pero también se permitió algunos momentos de silencio cómodo, en los que ambos parecían perderse en sus pensamientos, disfrutando la compañía del otro.

Finalmente, llegaron a un restaurante elegante y acogedor. Donovan estacionó el coche y se bajó, abriendo la puerta de Alice con una sonrisa. Ella salió del vehículo y lo miró, apreciando su elegancia y el cuidado que ponía en cada gesto.

—Este lugar es hermoso —comentó Alice, alzando la vista hacia el restaurante iluminado por luces cálidas.

—Lo es —confirmó Donovan—. Pero creo que el verdadero encanto de esta noche eres tú.

Alice sonrió, sintiendo un calor agradable en su pecho. Se dirigieron hacia el restaurante, y Donovan se aseguró de que Alice se sintiera especial en cada momento.

Alice y Donovan se acomodaron en una mesa íntima en un rincón del restaurante, con una suave iluminación que creaba un ambiente acogedor. El murmullo de las conversaciones y el clinking de los cubiertos creaban una atmósfera tranquila, perfecta para una conversación más profunda.

Una vez que se sentaron, Donovan tomó la iniciativa de ordenar para ambos, eligiendo un menú que parecía reflejar su conocimiento sobre los gustos de Alice. Ella observó con interés, apreciando el cuidado que él ponía en cada detalle.

—¿Cómo es que conoces tan bien este lugar? —preguntó Alice, inclinándose hacia adelante con curiosidad—. No pareces el tipo de persona que frecuenta restaurantes elegantes con regularidad.

Donovan sonrió, el brillo en sus ojos sugiriendo que estaba dispuesto a abrirse más de lo habitual.

—La verdad es que no lo hago con frecuencia —admitió—. Pero solía venir aquí con mis padres cuando era más joven. Era uno de esos lugares especiales que siempre guardamos para ocasiones importantes.

Alice levantó una ceja, intrigada.

—¿Tienes una relación cercana con tus padres? —preguntó, interesada en conocer más sobre su vida personal.

Donovan se reclinó en su silla, pensativo.

—Sí, bastante. Mis padres siempre han sido muy importantes para mí. Mi padre era un hombre de negocios, pero siempre encontraba tiempo para estar con nosotros. Mi madre... bueno, ella es una artista, así que tenía una visión muy diferente de la vida. Juntos, nos enseñaron a apreciar tanto la estabilidad como la creatividad.

Alice lo escuchaba atentamente, sintiendo una conexión creciente con Donovan a medida que él compartía detalles personales. La conversación fluía con una naturalidad que la sorprendía, y ella se encontraba deleitándose en cada palabra que él decía.

—Eso suena maravilloso —dijo Alice, sonriendo—. ¿Y qué hay de ti? ¿Qué te llevó a convertirte en agente especial?

Donovan se rascó la barbilla, su mirada volviendo a centrarse en ella.

—Buena pregunta. En realidad, siempre me interesaron las ciencias forenses y el análisis. Durante la universidad, trabajé en algunos

casos de investigación como pasante, y me di cuenta de que realmente me apasionaba. Pero también había algo en la idea de hacer justicia que me atraía. Así que decidí combinar ambos intereses y me uní al FBI.

Alice asintió, impresionada por su dedicación.

—Parece que encontraste tu vocación —comentó—. Debe ser desafiante, pero también muy gratificante.

Donovan sonrió, sus ojos reflejando una mezcla de orgullo y humildad.

—Sí, lo es. Pero también tiene sus momentos difíciles. La parte de mantener a las personas a salvo es lo que me motiva a seguir adelante, incluso cuando las cosas se ponen complicadas.

Alice lo miró, sintiendo una profunda admiración por la pasión y el compromiso que Donovan demostraba. Había algo genuino en él, algo que lo hacía destacar entre las personas que había conocido en su vida.

—Es admirable —dijo Alice—. Me imagino que a veces debe ser difícil equilibrar todo esto con tu vida personal.

Donovan asintió, y su expresión se volvió más seria.

—Sí, lo es. A veces me siento atrapado entre las exigencias del trabajo y el deseo de tener una vida más normal. Pero creo que es parte del sacrificio que uno hace por lo que ama.

Alice sintió un nudo en el estómago al escuchar su sinceridad. Se dio cuenta de cuánto valoraba que Donovan estuviera dispuesto a compartir sus pensamientos y sentimientos con ella. La conexión que sentía con él era más profunda de lo que había anticipado, y el hecho de que él se abriera así hacía que ella se sintiera aún más atraída por él.

—Gracias por compartir esto conmigo —dijo Alice, su voz suave—. Realmente aprecio conocer más sobre ti. A veces es fácil olvidar que detrás de cada persona hay una historia y una razón por la que hacen lo que hacen.

Donovan la miró con una sonrisa cálida, notando la genuina curiosidad y aprecio en sus ojos.

—Gracias a ti por escuchar —respondió—. A veces, uno necesita a alguien con quien compartir esas historias, alguien que realmente quiera escuchar. De lo contrario, no sería divertido tener historias que contar.

— Bueno, yo soy muy buen escuchando. — ambos se ríen.

El camarero llegó con sus platos, y la conversación continuó con un tono más ligero, pero la conexión entre ellos se había fortalecido. Cada gesto, cada sonrisa y cada palabra compartida añadían capas a la relación que estaban construyendo. Alice se sintió más cerca de Donovan que nunca, disfrutando de la intimidad que se estaba desarrollando entre ellos.

Mientras comían, el ambiente seguía siendo cálido y relajado, y la noche avanzaba con una sensación de promesa en el aire. Ambos estaban conscientes de la atracción que existía entre ellos, pero también sabían que había mucho más que explorar y entender. La noche solo acababa de comenzar, y Alice se encontró deseando saber más, no solo sobre Donovan, sino también sobre lo que el futuro podría traer para ellos.

Después de una velada encantadora en el restaurante, Donovan y Alice regresaron al coche, ambos visiblemente relajados y sonrientes. El viaje hacia el apartamento de Donovan fue tranquilo, lleno de miradas furtivas y sonrisas compartidas. La conversación había sido ligera y llena de risas, y Alice se encontró deseando que la noche no terminara.

Donovan estacionó frente a un moderno edificio de apartamentos y, con una sonrisa, se volvió hacia Alice.

—Aquí estamos. Mi hogar en la ciudad —dijo, abriendo la puerta del coche para ella.

Alice miró el edificio con interés. Era elegante y moderno, con una fachada de cristal que reflejaba las luces de la ciudad. Se volvió hacia Donovan con curiosidad.

—Es muy bonito —comentó, admirando la arquitectura.

—Gracias —respondió Donovan—. Es un lugar pequeño pero cómodo. Vamos a verlo.

Subieron al ascensor y Donovan desbloqueó la puerta de su apartamento. Al abrirla, Alice fue recibida por un ambiente acogedor y bien decorado. El apartamento estaba decorado con gusto, combinando muebles modernos con toques personales que reflejaban la personalidad de Donovan.

—Haz como en casa —dijo Donovan mientras Alice miraba alrededor —. Puedo ofrecerte algo de beber. ¿Te gustaría algo?

—Un vino estaría perfecto, si tienes —respondió Alice, mientras se acomodaba en el sofá de cuero de la sala de estar.

Donovan se dirigió a la pequeña barra en la esquina, sacando una botella de vino y dos copas. Sirvió el vino con una habilidad experta y se unió a Alice en el sofá. La luz suave de las lámparas y la vista de la ciudad iluminada a través de las ventanas creaban un ambiente íntimo.

—Este lugar es realmente acogedor —dijo Alice, tomando un sorbo de su vino y mirando a su alrededor—. Me alegra que hayas compartido esto conmigo.

Donovan sonrió, mirando a Alice con una mezcla de aprecio y nerviosismo.

—Me alegra que te guste. A veces, es difícil mostrar la parte personal de uno mismo, pero siento que puedo ser yo mismo contigo.

Donovan caminó de regreso hacia el sofá y se sentó al lado de Alice. Ella se inclinó hacia él, sintiendo el calor de su cercanía. Donovan le tomó la mano, su toque suave y seguro.

—¿Te gustaría quedarte un poco más? —preguntó Donovan—. Podemos seguir hablando, o simplemente disfrutar del silencio juntos. No hay prisa.

Alice asintió, sintiendo una oleada de gratitud y deseo.

—Me encantaría quedarme. Quiero disfrutar de este momento contigo.

Se acomodaron juntos en el sofá, compartiendo miradas y sonrisas mientras el vino y la conversación fluían. La conexión entre ellos era palpable, y el ambiente estaba cargado de una intimidad que parecía haber surgido de manera natural.

Finalmente, Donovan se inclinó hacia Alice, su mirada fija en la de ella. Ella respondió al gesto, y sus labios se encontraron en un beso suave y lleno de promesas. Era un beso cargado de emoción y deseo, pero también de la seguridad de saber que ambos estaban dispuestos a explorar lo que surgiera entre ellos.

Alice y Donovan se miraron en silencio durante un momento, el aire entre ellos cargado de una tensión que crecía con cada segundo. La intensidad de la mirada de Donovan hizo que su corazón latiera con fuerza, y antes de que pudiera detenerse a pensar, Alice se inclinó hacia él, presionando sus labios contra los de Donovan en un beso ardiente y cargado de pasión.

El primer contacto fue electrizante, sus labios encontrándose en una sinfonía de sensaciones que encendió algo dentro de Alice. Donovan respondió al instante, profundizando el beso mientras sus manos la rodeaban, acercándola más a él. Alice sintió el calor de su cuerpo y la firmeza de su tacto, lo cual la hizo querer más. Mientras lo besaba, una imagen fugaz de Jake apareció en su mente, recordando su último beso, la tensión, la familiaridad. Pero, a diferencia de lo que esperaba, no sintió nada más que una burla interna hacia lo que antes había significado tanto. Esto era distinto, y lo que tenía frente a ella era lo que importaba ahora.

Una sonrisa irónica cruzó por su mente, y decidió enterrar esos recuerdos junto a la confusión que siempre venía con Jake. No iba a permitir que él ocupara espacio en este nuevo capítulo. Con un renovado sentido de propósito, Alice se entregó por completo al momento con Donovan.

De repente, tomó el control de la situación, girándose para quedar encima de él, sus piernas a cada lado de su cintura. Donovan la miró

boquiabierto, sorprendido pero claramente fascinado por su iniciativa. Alice comenzó a desabrochar su propia blusa lentamente, sin apartar la mirada de los ojos de Donovan, disfrutando de la forma en que él la observaba, maravillado por cada uno de sus movimientos.

—¿Qué haces? —murmuró Donovan, su voz llena de deseo, pero también asombro.

Alice solo sonrió con picardía, inclinándose para besarle el cuello, su lengua rozando su piel, provocando escalofríos que recorrían el cuerpo de Donovan. Cada beso, cada toque, era una declaración: ella estaba aquí, presente, dispuesta a crear nuevos recuerdos, lejos de cualquier sombra del pasado.

Donovan deslizó sus manos por la espalda de Alice, la sensación de su piel bajo sus dedos encendiendo su deseo aún más. Alice podía sentir la necesidad creciente en él, pero ella estaba disfrutando al ser quien marcaba el ritmo. Sus manos acariciaron su pecho mientras sus labios bajaban lentamente, explorando cada rincón de su piel. Donovan jadeó, sus dedos apretando ligeramente su cintura mientras intentaba mantener el control, pero era evidente que Alice lo estaba desarmando por completo.

—No tienes idea de lo que me haces sentir —susurró Donovan, su voz ronca de deseo.

Alice sonrió ante sus palabras, sabiendo perfectamente el poder que tenía sobre él en ese momento. Continuó explorando su cuerpo, deleitándose con cada reacción de Donovan, con cada suspiro que escapaba de sus labios. Lo estaba volviendo loco, y lo sabía. Pero también se estaba liberando a sí misma, permitiendo que cada beso y caricia borraran lo que alguna vez la ató emocionalmente a Jake. Esto era suyo, solo de ella y Donovan.

Cuando finalmente Donovan tomó la iniciativa, invirtiendo las posiciones y colocándola suavemente debajo de él, Alice no opuso resistencia. Sus labios encontraron los de ella en un beso profundo, apasionado, mientras sus manos continuaban explorándose mutuamente, cada vez con más urgencia. La piel de Alice ardía bajo

su tacto, y cada vez que sus bocas se unían, sentía que algo dentro de ella se encendía aún más.

Los movimientos de Donovan se volvieron más intensos, pero aún controlados, como si quisiera prolongar el momento todo lo posible. Alice, sin embargo, no estaba dispuesta a esperar. Su cuerpo se arqueó hacia él, sus manos agarrándolo con más fuerza, haciendo que ambos perdieran la compostura. El calor entre ellos se hizo insoportable, y pronto, la ropa comenzó a desaparecer, cayendo al suelo sin importancia.

El cuerpo de Donovan sobre el de Alice era como una promesa cumplida. Cada roce, cada caricia, la hacía sentir más viva de lo que había estado en mucho tiempo. Los recuerdos con Jake eran ahora un borrón lejano, reemplazados por el presente, por este hombre que la hacía sentir deseada y adorada.

—No quiero que pienses en nadie más —dijo Donovan entre susurros, su voz rota por el deseo.

Alice lo miró directamente a los ojos, su respiración agitada.

—No lo hago —respondió con firmeza, y era verdad.

— No te preocupes por tu pasado, voy a curar con besos y caricias todas tus heridas, ahora solo somos tú y yo.

Alice sintió como su cara se calentó por su sonrojo. Los ojos de Alice brillaron al compás de las palabras de Donovan.

Con un movimiento decidido, tomó a Donovan por la nuca y lo atrajo de nuevo hacia ella, profundizando el beso mientras sus cuerpos se movían al unísono. La conexión entre ellos era pura y palpable, y Alice se permitió sentir cada segundo, cada caricia como si fuera la primera vez que alguien la tocaba de esa manera.

Ambos se dejaron llevar por la pasión que los consumía, perdiéndose el uno en el otro sin reservas. Cada movimiento era una declaración, un nuevo recuerdo que Alice grababa en su mente, lejos de las sombras del pasado. Ahora, lo único que importaba era Donovan, el presente, y la promesa de lo que podría ser.

Donovan la miraba como si fuera la única persona en el mundo, sus ojos cargados de un deseo profundo que resonaba en cada parte de su cuerpo. Alice sintió cómo esa mirada encendía algo más en su interior, un fuego que quemaba lento pero con fuerza, uno que no había experimentado en mucho tiempo. Se deleitaba en cada segundo, en cada caricia que recibía, y sentía cómo sus cuerpos se movían en perfecta sincronía, sin prisa, pero con una urgencia que crecía a medida que el momento se intensificaba.

Los labios de Donovan recorrieron el cuello de Alice, dejando un rastro ardiente a medida que bajaba por su clavícula, y Alice no pudo evitar arquearse, buscando más de ese contacto, más de esa conexión que la estaba haciendo perderse por completo en él. Sus manos, firmes pero suaves, se movían por el cuerpo de Alice con una mezcla de adoración y deseo. Ella lo miró, sus pensamientos momentáneamente nublados por el contraste entre este momento y lo que alguna vez tuvo con Jake. Pero ahora, cualquier comparación se desvanecía; Donovan era un nuevo comienzo, una nueva oportunidad, y no había nada que la atara al pasado. Se burló de sí misma en silencio por haber pensado que algo con Jake podría tener el mismo impacto.

Alice lo tomó por sorpresa, moviéndose para quedar nuevamente encima de él, y Donovan jadeó al sentir cómo ella tomaba el control, sus manos deslizándose por su abdomen hasta llegar a su pecho. Su piel, caliente bajo sus dedos, la hacía sentir poderosa, como si tuviera el mundo a sus pies en ese momento. Donovan la miraba fascinado, boquiabierto ante su audacia, pero claramente encantado con la forma en que ella lo desarmaba por completo.

—Eres increíble, Alice —susurró Donovan, su voz entrecortada mientras la miraba desde abajo, sus ojos llenos de una mezcla de admiración y deseo.

Alice sonrió, inclinándose hacia él para morderle suavemente el labio inferior antes de besarle con una pasión renovada, sus lenguas encontrándose en una danza que encendía aún más el fuego que ya los consumía. Podía sentir el pulso acelerado de Donovan bajo sus

manos, y eso solo la hizo querer más. Quería dejar una marca, crear recuerdos inolvidables, algo que no tuviera nada que ver con el pasado, nada que involucrara a Jake. Esto era suyo, solo suyo y de Donovan.

Sus cuerpos se movieron al unísono, cada vez más sincronizados mientras la intensidad del momento crecía. Alice dejó que sus manos exploraran cada rincón del cuerpo de Donovan, deleitándose con cada suspiro que lograba arrancarle, con cada movimiento que hacía para responder a su tacto. La habitación se llenó de susurros y respiraciones entrecortadas, una mezcla de necesidad y deseo que los envolvía por completo.

Donovan, sin embargo, no estaba dispuesto a dejar que Alice tuviera todo el control. Con un movimiento rápido, invirtió las posiciones una vez más, colocándola debajo de él, sus manos rodeando su rostro mientras la miraba profundamente a los ojos.

—No puedo creer lo afortunado que soy de tenerte aquí —murmuró, su voz suave, pero cargada de emoción.

Alice lo miró fijamente, sintiendo una oleada de calidez en su pecho. Por primera vez en mucho tiempo, sintió que podía permitirse bajar la guardia, que podía dejarse llevar sin miedo, sin reservas. No era solo deseo lo que sentía en ese momento; había algo más, algo que la hacía sentir segura, valorada.

—No pienses tanto —respondió con una sonrisa antes de atraerlo hacia ella, sellando sus labios en un beso profundo que hacía que todo lo demás desapareciera.

Donovan continuó besándola mientras sus manos exploraban cada curva de su cuerpo, dejando una estela de sensaciones que hacía que Alice se aferrara a él con más fuerza. Sus cuerpos se movían con una fluidez casi instintiva, y cada toque, cada beso, intensificaba el momento.

La pasión se desbordó entre ellos, sus movimientos volviéndose más urgentes, más desesperados por sentirse uno con el otro. Alice cerró los ojos, dejándose llevar por completo por las sensaciones que

recorrían su cuerpo, olvidando todo lo demás. Este era su momento, un momento que ella misma había decidido vivir sin ataduras, sin fantasmas del pasado.

Finalmente, cuando ambos alcanzaron el clímax, el cuarto quedó en un silencio suave, solo roto por sus respiraciones entrecortadas. Donovan se dejó caer a su lado, envolviéndola en sus brazos mientras ambos intentaban recuperar el aliento.

Alice se giró para mirarlo, su cabello desordenado y su rostro aún encendido por lo que acababan de compartir.

—Esto... —comenzó a decir, pero no terminó la frase. No había necesidad de explicarlo. Lo que acababan de vivir hablaba por sí solo.

Donovan sonrió, acariciando suavemente su rostro antes de besarla en la frente.

—Esto es solo el principio —susurró, su voz suave y segura.

Alice sonrió, sintiendo una mezcla de satisfacción y emoción por lo que podría venir después. Por primera vez en mucho tiempo, sintió que estaba exactamente donde debía estar.

Capítulo 10

MIÉRCOLES EN LA NOCHE:

Alice se acomodó en el sofá junto a Donovan, envuelta en una suave sensación de intimidad que se sentía tan natural como sorprendente. A medida que hablaban, la confianza entre ellos crecía, como si ambos estuvieran dispuestos a descubrir partes de sí mismos que no habían compartido con nadie en mucho tiempo. Los toques sutiles de Donovan en su piel eran como un ancla que la mantenía conectada con el momento, pero al mismo tiempo, sus palabras abrían una ventana a la vulnerabilidad que hacía mucho tiempo que Alice no mostraba.

—Entonces, cuéntame más sobre tus hermanos —preguntó Donovan, inclinándose hacia ella, su mirada suave y atenta.

Alice suspiró, apoyándose en su hombro mientras sus pensamientos se deslizaban hacia Marcus y su relación con él. Hablar de su familia siempre era complicado, pero algo en Donovan le hacía sentir que podía compartir más de lo que habitualmente permitía.

—Marcus es... —comenzó Alice, tratando de encontrar las palabras —, es mi hermano mayor y probablemente la persona más importante para mí. Hemos pasado por tantas cosas juntos que a veces siento que ni siquiera necesito decirle nada; él simplemente lo entiende.

Donovan asintió, su mano acariciando lentamente su brazo.

—Debe ser increíble tener una conexión así —respondió—. Y me gustaría conocerlo algún día, si esto... —hizo un gesto sutil entre los dos—, sigue adelante. Me encantaría poder presentarme ante Marcus y decirle que quiero hacerte feliz.

Esas palabras dejaron a Alice momentáneamente sin aliento. No esperaba que Donovan hablara tan directamente sobre un futuro entre ellos, pero al mismo tiempo, había algo profundamente reconfortante en ello. Con Jake, las cosas siempre habían estado llenas de complicaciones, de obstáculos. Pero con Donovan, todo parecía fluir con una facilidad que la sorprendía.

—¿De verdad? —preguntó Alice, todavía procesando lo que acababa de decirle.

Donovan sonrió con esa mezcla de calidez y seguridad que había aprendido a reconocer en él.

—Sí, de verdad. No voy a apresurar nada, pero si esto va bien, quiero que tu familia sepa que mis intenciones son serias.

Alice se quedó en silencio por un momento, asimilando sus palabras. Esa sensación de seguridad, de estabilidad, era algo que nunca había tenido en una relación. Era como si Donovan comprendiera exactamente lo que necesitaba sin que ella tuviera que decirlo.

—Bueno, si llega ese día, creo que Marcus se llevará bien contigo —dijo finalmente, esbozando una pequeña sonrisa.

La conversación se desvió hacia otros temas más ligeros. Hablaron de libros, de las películas que les gustaban. Donovan mencionó que era fanático de los thrillers psicológicos, mientras que Alice confesó que prefería las películas de misterio con giros inesperados. Sus gustos eran similares, pero también había suficiente diferencia como para mantener las charlas interesantes.

En algún momento de la conversación, Donovan tomó su teléfono y, sin decir mucho, ordenó unas golosinas para disfrutar el resto de la noche. Alice observó cómo lo hacía con una despreocupación que casi le causó gracia. Estaba claro que a Donovan le gustaba planificar hasta los detalles más pequeños, y eso solo le hacía sentir más a gusto a su lado.

Las botellas de vino fueron y vinieron, llenando las copas con una ligereza que acompañaba la fluidez de sus palabras. Mientras hablaban, las manos de Donovan seguían trazando caminos por el cuerpo de Alice, sus caricias suaves pero firmes, creando sensaciones que la hacían estremecer sin apenas darse cuenta. No había prisa en sus toques, solo una conexión silenciosa que se iba profundizando con cada momento compartido.

—¿Sabes? —dijo Alice, riendo suavemente—. Es extraño sentir que todo esto es tan fácil.

Donovan levantó una ceja, fingiendo sorpresa.

—¿Extraño? Yo diría que es una señal de que estamos haciendo algo bien.

Alice se giró hacia él, acercándose lo suficiente para que sus labios rozaran los suyos.

—Puede ser. Pero aún así, me gusta cómo se siente —murmuró antes de besarlo suavemente, dejándose llevar una vez más por esa sensación de comodidad que se estaba convirtiendo en algo natural entre ellos.

Donovan respondió al beso con la misma calma que había mostrado durante toda la noche, pero a medida que sus labios se encontraron una y otra vez, la intensidad comenzó a aumentar. Alice no podía evitar notar cómo cada toque, cada movimiento, se volvía más preciso, más lleno de deseo. Sus manos, que hasta entonces habían estado descansando en su cintura, comenzaron a moverse lentamente por su espalda, trazando líneas que encendían su piel.

Ella sonrió contra sus labios antes de separarse lo justo para mirarlo a los ojos.

—¿Qué pasa si me vuelvo adicta a esto? —bromeó.

Donovan rió, acariciando su mejilla con suavidad.

—Entonces, no tendré más remedio que corresponder a esa adicción.

La noche continuó, y aunque las palabras se iban desvaneciendo, la conexión entre ambos se mantenía firme. Alice, por primera vez en mucho tiempo, sintió que estaba exactamente donde debía estar.

Alice se acomodó mejor en el sofá mientras la calidez de la noche comenzaba a mezclarse con la creciente tensión emocional en el ambiente. Donovan había tocado un punto sensible, y aunque su tono seguía siendo amable, la conversación había tomado un giro inesperado. Mientras hablaban, Alice no podía evitar pensar en Jake, en todo lo que había pasado, y en las cosas que Donovan ahora parecía conocer tan bien.

Donovan la miró directamente a los ojos, sin saber que sus palabras habían desatado una tormenta dentro de ella.

—Quiero preguntarte algo —dijo Donovan, su voz baja, casi suave—. Si no te molesta, me gustaría saber más sobre tu pasada relación. Sé que tal vez no sea fácil hablar de ello, pero siento que es importante si vamos a seguir adelante.

Alice sintió una punzada en el pecho. Hablar de Jake no era algo que hacía con frecuencia, y mucho menos con alguien que no conocía toda la historia. Pero algo en la honestidad de Donovan la hizo sentir

que tal vez, solo tal vez, podría compartir al menos una parte de aquello que la había marcado tan profundamente.

—Bueno... —comenzó Alice, eligiendo cuidadosamente sus palabras —, fue complicado, ya sabes. Mi relación pasada no terminó bien. Él... él tuvo que irse por razones que ni siquiera comprendí del todo en ese momento.

Donovan la escuchaba con atención, pero cuando abrió la boca para hacer su siguiente pregunta, Alice sintió que el aire en la habitación se congelaba.

—¿Esto fue con Zack Simons? —preguntó, mirándola fijamente.

El corazón de Alice dio un vuelco. ¿Cómo lo sabía? Su mente corrió por todas las posibilidades. No sabía si confesar la verdad, si contarle lo que realmente había sucedido, o simplemente ignorar el hecho de que Zack Simons y Jake White eran, en realidad, la misma persona. Se quedó inmóvil, tratando de procesar lo que acababa de oír, pero las palabras no salían.

—Alice... —continuó Donovan—, sé que Zack Simons es Jake White. Conozco toda su historia. Incluso conozco la parte de su relación contigo. Lo que no sabía era que tú eras esa Alice. Que eras la persona de la que él hablaba.

— ¿Cómo sabes todo eso?

Alice se quedó paralizada, sintiendo que su mundo interior se desmoronaba. Donovan sabía más de lo que había pensado, mucho más. Y ahora, todo estaba sobre la mesa. No podía ocultar lo que realmente había pasado.

—Jake... —dijo Donovan, dejando escapar un suspiro—, ha estado llevando el caso del cartel del budú para demostrar su lealtad al FBI. Por eso cambió su nombre, su identidad. Incluso se le impuso una orden de alejamiento hacia ti, Alice. El FBI estaba al tanto de que tú eras su debilidad. Sabían que si él te veía o se acercaba, todo se complicaría.

Alice miraba a un punto en el suelo, procesando cada palabra con una mezcla de sorpresa y dolor. ¿Jake había hecho todo eso por

ella? La información era tan abrumadora que apenas podía pensar con claridad.

—Jake lloraba todas las noches —continuó Donovan, su voz teñida de una especie de comprensión—. Me pedía que le diera acceso al precinto donde trabajas. Realmente prefería mantenerme alejado del asunto ya que no quería intervenir. No sabía que eras tú a quien quería ver. Él entregó a su propio padre, el dueño del cártel de Sahara. Lo hizo para protegerte a ti y sus hermanos.

Alice sintió que su corazón se apretaba, una mezcla de culpa y confusión inundando su mente. ¿Había sido todo verdad? ¿Jake había dado todo por ella, incluso su libertad?

—Jake quería asegurarse de que estuvieras bien, incluso si eso significaba alejarse —agregó Donovan, sonriendo ligeramente—. Y, bueno, me alegra que, a pesar de todo, tú y el no se lleven mal ahora. No es fácil dejar atrás el pasado, pero parece que ambos lo están haciendo posible...

Alice apenas pudo esbozar una sonrisa mientras miraba hacia otro lado. Sentía un nudo en la garganta, y su mente seguía enredada en todo lo que acababa de escuchar. La idea de que Jake la había amado tanto que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ella la golpeaba con fuerza. Durante meses había creído que Jake simplemente se había ido, que su relación había terminado sin más, pero ahora todo tenía una nueva dimensión.

—Lo siento si fue demasiado —dijo Donovan, notando su incomodidad—. No quería hacerte sentir mal al recordarlo.

Alice respiró profundamente, tratando de recuperar la compostura.

—No, no te disculpes —dijo, su voz apenas un susurro—. Está bien, de verdad. Solo que... no sabía todo esto. Y, sinceramente, Jake ya no forma parte de mi vida, y lo que haya pasado está en el pasado. ahora solo somos amigos.

Sabía que mentía. Cada palabra le pesaba como una carga, pero no podía permitir que Donovan viera cómo realmente se sentía. No podía dejar que supiera que Jake aún habitaba en algún rincón de

su corazón, que cada día en la misma casa con él, la hacía cuestionarse lo que había sido y lo que podría haber sido.

Donovan asintió, sonriendo con alivio.

—Me alegra escuchar eso —dijo suavemente—. Significa que estamos bien, que podemos seguir adelante sin esas sombras.

Pero Alice no se sentía tan segura. Miró hacia la ventana, viendo las luces de la ciudad parpadear a lo lejos. Si supiera que su mente seguía dividida entre el pasado y el presente, entre lo que había sido con Jake y lo que podría ser con Donovan.

Sentía que le debía una disculpa a Jake, pero al mismo tiempo, no estaba convencida de que eso fuera lo que realmente quería. Había demasiadas emociones, demasiadas cosas no resueltas. Prefería mantener la fachada de normalidad, al menos hasta que pudiera decidir por sí misma qué hacer con todo lo que ahora sabía.

—Vamos a cambiar de tema —dijo Alice, su voz más firme esta vez —. ¿Qué tal si hablamos de algo más?

Donovan la miró con esa mirada tranquila que siempre tenía, asintiendo con comprensión.

—Por supuesto, lo que quieras.

JUEVES:

Alice se encontraba en uno de los cuartos de archivos, revisando documentos cuando Jake la encontró. Ella no había notado su presencia hasta que él entró y cerró la puerta suavemente. Al verla sumida en su trabajo, Jake se aclaró la garganta para llamar su atención.

—Alice, ¿podemos hablar un momento? —preguntó Jake con un tono serio.

Alice se volvió, sorprendida de verlo allí. Asintió lentamente y se levantó, dejando los papeles sobre la mesa.

—claro... ¿Qué pasa?

Jake tomó un respiro profundo y se acercó a ella. El ambiente en el cuarto era tenso y silencioso, solo roto por el sonido de los documentos moviéndose. Jake miró alrededor, asegurándose de que no había interrupciones, y luego fijó su mirada en Alice.

—Quiero disculparme —dijo Jake, su voz cargada de sinceridad—. Sé que he estado manipulando los casos para tener la oportunidad de trabajar contigo. Mi intención no era hacerte daño, sino encontrar una forma de estar cerca de ti, de alguna manera.

Alice lo miró con una mezcla de sorpresa y confusión. No esperaba que esto fuera una confesión tan directa.

—¿Estás diciendo que todo esto fue parte de tu plan para estar cerca de mí? —preguntó Alice, tratando de procesar lo que estaba escuchando.

Jake asintió lentamente.

—Sí. Al principio, me movía en círculos porque no sabía cómo acercarme a ti sin causarte problemas. Pero luego, me di cuenta de que al intentar controlar todo, solo estaba provocando que tú la pasarás peor . Y eso es lo último que quería.

Alice se sintió conmovida, pero también herida por la verdad cruda. El nudo en su garganta se hizo más intenso mientras escuchaba.

—¿Entonces qué pasa ahora? —preguntó, tratando de mantener la calma.

Jake suspiró, su expresión cambiando a una de resignación.

—He estabilizado mi situación con el FBI. Ellos están dispuestos a dejarme trabajar en otros casos. Es posible que me vaya pronto. Lo que quise hacer al venir aquí fue arreglar las cosas contigo, pero parece que ya no tenemos nada más que arreglar. Siento que ya estamos bien como amigos, y que lo más correcto es que deje esta intensidad a un lado, conformándome con nuestra realidad. Lamento

mucho haber intentado forzarte a volver a estar juntos cuando evidentemente ese no es nuestro destino.

Alice sintió un vuelco en el estómago ante sus palabras. La revelación de Jake la golpeó con fuerza. Aunque sabía que la verdad sobre sus sentimientos y su sacrificio había cambiado muchas cosas, escuchar que Jake estaba dispuesto a irse nuevamente hizo que su corazón se sintiera arrugado y pesado.

—¿Estás diciendo que te vas a ir otra vez? —preguntó Alice, su voz temblando ligeramente.

Jake asintió con la cabeza, su mirada reflejando una mezcla de tristeza y aceptación.

—Sí. Realmente espero que puedas al fin encontrar la estabilidad que te mereces, la que lamentablemente no pude darte. Anhelo que algún día puedas perdonarme por todo esto.

Alice tragó con dificultad, intentando asimilar la verdad. Se sentía confundida y herida, pero también aliviada de que Jake finalmente estuviera siendo honesto.

—Jake, no sé qué decir. Agradezco que me hayas dicho la verdad, pero no puedo evitar sentirme... decepcionada.

Jake la miró con comprensión, su expresión suave.

—Lo entiendo, pero también entiendo que quizás no somos el destino uno para el otro.

Alice se quedó en silencio, sus pensamientos un torbellino. A pesar de las palabras de Jake, no podía evitar sentir un dolor profundo. El nudo en su garganta era casi insoportable.

—Gracias por ser honesto —dijo finalmente, su voz quebrada—. Supongo que solo necesito tiempo para procesarlo todo.

Jake le dio una última mirada triste antes de dirigirse hacia la puerta.

—Lo siento, Alice. Lamento no haber sido suficiente.

Cuando Jake salió, Alice se quedó sola en el cuarto de archivos. Las palabras de Jake resonaban en su mente, y la confusión se apoderó de ella. Se apoyó contra la mesa, sintiendo cómo las lágrimas amenazaban con salir. La situación con Jake había cambiado su perspectiva y le había dejado con un vacío que no sabía cómo llenar.

"¿Qué está pasándome?"

Después de unos momentos, se recompuso y se preparó para continuar con el día. Aunque el dolor era palpable, sabia que no podía dedicarse a llorar. La decisión sobre su futuro con Donovan y el proceso de superar a Jake ahora se volvían más difíciles que nunca.

(...)

Alice estaba en su escritorio, su mente aún atrapada en la conversación que acababa de tener con Jake. La preocupación y el dolor seguían pesando sobre ella, y su distracción era evidente para Donovan cuando se acercó a su oficina.

—Alice, ¿estás bien? —preguntó Donovan con una mirada preocupada, notando el semblante cansado y ausente de ella.

Alice intentó sonreír, pero no pudo ocultar el cansancio en sus ojos.

—Sí, solo tengo un ligero dolor de cabeza. No te preocupes.

Donovan frunció el ceño, sin parecer completamente convencido.

—Eso no parece solo un dolor de cabeza. ¿Seguro que estás bien?

Alice asintió, tratando de sonar más convincente de lo que se sentía.

—En serio, Donovan, estoy bien. Solo necesito descansar un poco.

Donovan se acercó y se inclinó un poco hacia ella, su expresión cambió de preocupación a algo más entusiasta.

—Bueno, en realidad, tengo una sorpresa para ti. Estuve hablando con mis superiores en el FBI, y ellos están impresionados con tu trabajo. Quieren entrevistarte para unirte a uno de los equipos especiales de investigación del FBI.

Alice se quedó en blanco por un momento, sus ojos se abrieron de par en par mientras procesaba la noticia. La posibilidad de trabajar en uno de los equipos especiales del FBI era un sueño profesional, pero el pánico empezó a invadirla cuando consideró las implicaciones.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó Alice, su voz temblando—. ¿Ellos quieren que me una a ellos?

Donovan asintió, con una sonrisa entusiasta.

—Sí, quieren verte este fin de semana para discutir los detalles. Es una gran oportunidad, Alice. Estoy seguro de que te irá increíblemente bien.

El pánico se apoderó de Alice una vez más. No solo estaba lidiando con la reciente revelación de Jake y su inminente partida, sino que ahora se enfrentaba a la posibilidad de dejar su vida actual, su familia y a los compañeros de trabajo que había llegado a considerar cercanos.

—No sé... —murmuró Alice, sintiendo cómo su corazón latía con fuerza—. Esto es increíble, pero... no sé si estoy lista para tomar una decisión tan grande ahora mismo.

Donovan notó el cambio en su expresión y se acercó más, intentando calmarla.

—Alice, sé que es un cambio grande, pero piensa en la oportunidad que tienes. Y si te preocupa algo, estoy aquí para ayudarte en todo lo que necesites.

Alice lo miró, sintiendo la sinceridad en sus palabras, pero el nudo en su estómago no desaparecía. La idea de dejar todo atrás y enfrentarse a un futuro incierto mientras lidiaba con el dolor de la separación de Jake era abrumadora.

—Es solo que... —dijo Alice, intentando encontrar las palabras—. No estoy segura de cómo manejar todo esto. ¿Qué pasa si tengo que irme y dejo todo lo que conozco?

Y... con Jake y todo lo que pasó...

Donovan se acercó y tomó su mano suavemente, su expresión era comprensiva.

—Alice, entiendo que es un momento difícil. No tienes que tomar una decisión inmediata. Tómate el tiempo que necesites para pensar en esto. Y si necesitas hablar con alguien, estoy aquí para escucharte.

Alice sintió una oleada de gratitud hacia Donovan, aunque la confusión seguía siendo abrumadora. Su mente estaba dividida entre el sueño profesional y la incertidumbre personal, especialmente con la inminente partida de Jake y su lugar en la vida de ella.

—Gracias, Donovan. Realmente aprecio tu apoyo —dijo Alice, su voz quebrada pero sincera—. Voy a considerar todo lo que has dicho y ver cómo me siento.

Donovan asintió, dándole un gesto de ánimo.

—Solo recuerda que tienes tiempo para decidir. No te apresures a tomar ninguna decisión.

Mientras Donovan se alejaba para permitirle un momento de reflexión, Alice se quedó en su escritorio, mirando el teléfono y la carpeta con la invitación del FBI. Su mente giraba en torno a la oportunidad que se le ofrecía, el futuro incierto, y el dolor persistente de las decisiones recientes. Cada pensamiento era un remolino de posibilidades y emociones, y Alice sabía que tendría que enfrentarse a todo esto de frente.

(...)

El nombre de Donovan aún flotaba en su mente, pero en el reflejo que le devolvía el espejo, Alice veía algo más. Estaba sola en la casa, y eso lo hacía todo más real, más intenso. Marcus y Charlotte se habían marchado en un viaje de negocios; Anthony, Henry y Dereck también estaban fuera, atendiendo otros asuntos importantes. Y Erick y Lissette, en una decisión repentina, se habían dado un tiempo para explorar su relación, alejándose de todo lo que les recordaba su vida cotidiana, buscando un lugar donde se pudieran amar sin distracciones.

Eso había dejado a Alice y Jake solos, atrapados en la misma casa, sin una escapatoria evidente. La atmósfera se sentía densa, como si cada rincón del lugar guardara un eco de los momentos que habían compartido. Aunque Jake había dicho que estaba listo para marcharse, su presencia física ahí, a tan solo unas habitaciones de distancia, hacía que la tensión fuera palpable, casi insoportable.

Jake.

Solo pensar en él mientras estaban solos la hacía sentir vulnerable, expuesta. La relación entre ambos había sido tan complicada, tan llena de altibajos, que ahora que él le había confesado que estaba listo para irse, Alice se encontraba incapaz de procesar lo que eso realmente significaba. Ella había esperado este momento, había pensado que, cuando llegara, se sentiría liberada, que finalmente podría respirar sin la sombra de Jake a su alrededor. Pero ahora, con él en la misma casa, lo único que sentía era una especie de nudo en el estómago.

La verdad era que Jake no era alguien de quien pudieras deshacerte tan fácilmente. Había sido su caos, su tormenta, y en lo más profundo, Alice sabía que siempre lo sería. Por mucho que tratara de negar lo que había sentido por él, esos recuerdos, esos momentos de intensa conexión, seguían vivos en ella. Estaban ahí, atrapados en las paredes de esa casa vacía, donde ya no había nadie más que ellos dos.

Cuando Donovan le había contado sobre el sacrificio de Jake, entregando a su propio padre para protegerla, algo se había roto dentro de Alice. Sabía que esa relación había sido peligrosa, confusa, pero no había imaginado hasta qué punto Jake había llegado para mantenerla a salvo. Ahora, con Marcus y sus hermanos lejos, y sin nadie más a su alrededor, la situación era aún más incómoda, impredecible.

Jake estaba cerca, en algún lugar de la casa, pero ella no podía enfrentarlo. No todavía. Era una despedida, y, sin embargo, no se sentía como tal.

Frente al espejo del baño de su oficina, Alice veía el reflejo de una mujer que no sabía si estaba lista para seguir adelante. Donovan le ofrecía una nueva vida, lejos de todo, pero Jake seguía siendo parte de su presente, tan real como siempre lo fue. Los demás estaban lejos, ocupados con sus propios asuntos, lo que solo añadía dificultad al aislamiento que sentía. Pero, lo más aterrador era que, a pesar de estar sola en la casa con Jake, no había claridad ni resolución, solo la sensación de que algo inevitable estaba por suceder.

Suspiró, tratando de liberar la presión en su pecho, pero era inútil. Estaban solos, y el peso de todo lo no dicho flotaba en el aire, esperando a que alguno de los dos tomara la decisión de enfrentarlo.

En el receso, Donovan fue a la oficina de Alice y le ofreció ir por un café. Ella no se negó pero Donovan pudo notar lo desenfocada que se veía. Estaban sentados en un café, justo después de una larga jornada. El bullicio de la ciudad parecía lejano, como si estuvieran en una burbuja que los mantenía apartados del mundo exterior. Alice movía su taza de café, nerviosa, tratando de evitar la conversación que sabía que estaba por llegar. Donovan la observaba con una mezcla de paciencia y determinación.

—He estado pensando en cómo serían las cosas... tú y yo, en Washington.

Alice levantó la vista, intentando no mostrar la incomodidad que sentía. Sabía a dónde se dirigía todo, pero no estaba preparada para afrontarlo.

—Sí, claro... Washington. Es... un lugar interesante, supongo.

Donovan esbozó una sonrisa. Había percibido su evasión desde el principio.

—Lo digo en serio, Alice. He imaginado cómo sería... tú mudándote allí, empezando algo nuevo. Juntos.

Alice apartó la mirada, jugueteando con la taza de café. Sentía el peso de las expectativas en las palabras de Donovan, pero algo

dentro de ella la retenía, incapaz de decidir.

—Lo sé... Pero no sé si estoy lista para eso.

Donovan se inclinó hacia adelante, buscando sus ojos.

—¿Es por el trabajo, o es por algo más? Sabes que el equipo te quiere, que encajarías perfectamente. No tienes que preocuparte por eso.

Alice dejó escapar un suspiro. Sabía que el trabajo no era lo que la estaba deteniendo, pero ponerle palabras a lo que sentía resultaba mucho más difícil.

—No es solo el trabajo... Es todo lo demás. Mi vida aquí, mis amigos, mi familia. Todo lo que tendría que dejar atrás.

Donovan la observó en silencio por un momento, como si estuviera midiendo sus palabras antes de hablar.

—Entiendo que te preocupe eso. Pero también tienes que pensar en lo que tú quieres. Washington no tiene que ser el fin de todo lo que conoces. Puedes volver cuando quieras, y además... me tendrás a mí.

Alice bajó la mirada, sintiendo una mezcla de vacío y confusión.

—Lo sé. Pero a veces siento que, incluso con todo eso, hay algo dentro de mí que me impide dar ese paso.

—¿ Jake?

El nombre de Jake la golpeó como una ráfaga de viento frío. Había estado evitando hablar de él, evitar pensar en lo que significaba dejar atrás ese capítulo de su vida.

—No... sí... no lo sé. No es solo por Jake. Es por todo. No estoy segura de quién soy sin todo lo que ha pasado.

—Sé que has pasado por mucho. Y no te estoy pidiendo que lo olvides, pero lo que tenemos tú y yo es real. Si decidimos mudarnos juntos a Washington, podría ser el comienzo de algo increíble.

Alice asintió ligeramente, pero su mente seguía dividida. Donovan le ofrecía un futuro estable, algo que siempre había anhelado, pero

una parte de ella no podía dejar su vida actual. La idea de Washington, aunque tentadora, también le causaba una profunda incertidumbre.

—Y si me voy... ¿qué pasa si no soy feliz allí?

Donovan sonrió con ternura, tomando su mano sobre la mesa.

—Entonces volvemos. O encontramos un lugar donde puedas ser feliz. Pero no lo sabremos hasta que lo intentemos, ¿verdad?

Alice lo miró, sintiendo el calor de su mano, pero también el peso de la decisión que aún no estaba lista para tomar. Sabía que tenía razón, que a veces había que saltar al vacío para encontrar algo nuevo, pero en ese momento, todo lo desconocido parecía abrumador.

—Supongo que tienes razón.

Donovan apretó su mano suavemente, su sonrisa calmada.

— Debo darle respuesta a mis superiores sobre tu integración al equipo, les diré que te den al menos hasta mañana para pensarlo mejor. Yo personalmente entiendo que es una decisión complicada, pero bajo mi experiencia te aseguro que a ellos no les gusta esperar. Yo por mi parte te apoyaré en todo lo que necesites, Alice. No quiero presionarte. Pero quiero que sepas que estaré aquí.

Alice asintió, agradecida por su paciencia, aunque la pequeña voz en el fondo de su mente seguía susurrando dudas, aferrándola al lugar que conocía. Washington podía ser el futuro, pero el presente la mantenía atrapada, sin saber cómo avanzar.

Capítulo 11

Alice respiró profundamente, sintiendo que las palabras empezaban a fluir con más claridad.

—Sé que hay muchas cosas que me detienen, pero necesito entender lo que realmente quiero —dijo, mirando a Donovan a los ojos—. No puedo seguir postergando esto.

Donovan asintió, su expresión se suavizó.

—Estoy aquí para lo que necesites. Dime cómo te sientes.

—Es complicado. He pasado tanto tiempo pensando en Jake, en todo lo que hemos vivido, que no he podido ver más allá de eso. A veces, siento que si me muevo, si sigo adelante, le estaré fallando. Pero también sé que quedarme aquí no me hará feliz.

—Es natural sentir eso. Pero Jake no es tu responsabilidad. Ambos tienen que seguir sus caminos —respondió Donovan, su tono lleno de comprensión.

Alice hizo una pausa, procesando sus palabras. La verdad era que había estado tan centrada en su pasado que le había costado imaginar un futuro.

—¿Y si me voy y no soy feliz? —preguntó, sintiendo un nudo en la garganta.

—Entonces lo arreglaremos juntos. Vuelvo y te reitero, No se trata de una decisión irrevocable. Es un paso, y siempre puedes volver atrás si no funciona —contestó Donovan, acercándose un poco más —. Lo importante es que tú estés bien.

Alice miró hacia la ventana de nuevo, viendo las sombras alargarse mientras el día se desvanecía. Sentía que el peso de su indecisión comenzaba a levantarse, aunque el miedo aún persistía.

—Quiero intentar, Donovan. Quiero ver qué hay allá afuera —dijo finalmente, con un ligero temblor en la voz—. Pero necesito que entiendas que esto no significa que haya dejado atrás todo lo que he vivido.

Donovan sonrió, una expresión de alivio y apoyo.

—Lo entiendo. Y te prometo que te acompañaré en cada paso del camino. No tienes que hacerlo sola.

Alice sintió una chispa de esperanza. Aunque el camino por delante sería incierto, ya no se sentía tan sola. Tomó su mano de nuevo, sintiendo que el calor de su contacto le daba un nuevo sentido de seguridad.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —preguntó, comenzando a sentirse más animada.

—Primero, hablemos con el equipo. Haré una reunión y en ella podrás aclarar todas tus dudas acerca de este cambio, y luego empezaremos a planear tu mudanza. Puedes tomarlo con calma. ¿Qué te parece? —propuso Donovan, su entusiasmo palpable.

Alice sonrió, la tensión en su pecho se disipaba poco a poco.

—Me parece un buen plan. Gracias por ser tan comprensivo.

—Siempre estaré aquí para ti, Alice. No lo olvides —respondió Donovan, su voz cálida y firme.

Mientras se sumergían en los detalles de su futuro, Alice sintió que la posibilidad de un nuevo comienzo no era tan aterradora después de todo. Era un paso hacia lo desconocido, pero también una oportunidad para descubrir quién era realmente, más allá de Jake, más allá de su pasado. Era el momento de abrazar el futuro y, con Donovan a su lado, la idea comenzaba a parecer un poco menos aterradora.

(...)

Al regresar al despacho, Donovan sintió una mezcla de emoción y nerviosismo. Había comenzado a planear la nueva vida con Alice, pero sabía que primero debía enfrentar a Jake. La tensión entre ellos había crecido, especialmente desde que él había mencionado su decisión de marcharse.

Jake lo esperaba en la sala de reuniones, su expresión era de seriedad. Cuando Donovan entró, lo saludó con un gesto de cabeza.

—Jake. Buen trabajo con el caso del cartel del budú. He estado siguiendo los avances, y tu manejo ha sido impresionante —comenzó Donovan, tratando de romper el hielo.

Jake lo miró con frialdad. —Gracias. Hicimos lo que teníamos que hacer.

La atmósfera era tensa. Donovan sabía que Jake había notado su relación con Alice, y eso lo hacía aún más incómodo. Se sentaron, y la conversación se desvió hacia los detalles del caso, pero Jake no podía evitar dejar caer indirectas.

—Así que, ¿qué tal va todo? He oído que Alice y tú han estado pasando mucho tiempo juntos —dijo Jake, su tono casual pero cargado de insinuaciones.

Donovan sonrió, sin poder contenerse. —Sí, es verdad. Alice es increíble. Hemos estado hablando sobre mudarse a Washington para empezar a trabajar con el FBI. Estoy emocionado por lo que puede venir.

Jake frunció el ceño, un gesto que no pasó desapercibido. —¿Mudarse? Eso suena... serio.

—Lo es. Realmente pienso que sus capacidades merecen ser exploradas de mejor forma. Y con un empleo en el FBI, su carrera puede ir aún mejor. Ella es alguien muy especial para mí, y estoy dispuesto a hacer que funcione —respondió Donovan, su voz llena de alegría.

Jake se inclinó hacia adelante, sus ojos fijos en Donovan. —¿Y tú crees que ella está lista para eso? La vida no es un juego, Donovan. No puedes simplemente llevarla a un lugar nuevo y esperar que todo sea perfecto.

—Lo sé, pero creo que ella necesita este cambio. Alice ha pasado por mucho, y merece ser feliz. Estaré ahí para apoyarla en todo —replicó Donovan, intentando mantener la calma.

El silencio se instaló en la sala. Jake se cruzó de brazos, claramente incómodo. —Me preocupa que no entiendas lo que implica. Alice es una mujer fuerte, pero no es fácil lidiar con su pasado.

—Nadie lo es, Jake. Pero creo que juntos podemos encontrar un camino. —Donovan mantuvo su tono optimista, mientras Jake apretaba la mandíbula, cada vez más celoso.

—¿Y cómo piensas que va a reaccionar al mudarse y dejar todo atrás? No lo olvides, no se trata solo de ustedes dos —dijo Jake, con un tono más duro.

Donovan lo miró a los ojos, sintiendo que la tensión aumentaba. —¿y de quién más crees que trata? ¿De ti?

Jake guarda silencio mordiendo su lengua.

— sea como sea, Ella tomará la decisión que sea mejor para ella. Y te aseguro que estoy aquí para ayudarla en lo que necesite.

Jake sintió una punzada en el pecho. La imagen de Alice riendo con Donovan, compartiendo sueños y esperanzas, lo consumía. Había sido él quien había estado allí en sus momentos más difíciles, y ahora, ver a Donovan acercarse a ella le hacía sentir una mezcla de ira y frustración.

—Espero que no la decepciones. Ella ha pasado por suficientes problemas como para enfrentar más. No quiero que la lastimen —dijo Jake, su voz más baja, pero con un tono de advertencia.

—No tengo intención de hacerlo. Alice merece ser feliz, y yo quiero ser parte de eso. No soy tu enemigo, Jake. Espero lo entiendas. —respondió Donovan, intentando suavizar la situación.

Jake lo miró fijamente, la lucha interna visible en su rostro. —No lo eres, pero tampoco soy un tonto. Sé lo que está en juego.

—No quiero que esto se convierta en un conflicto. Te aprecio, Jake, y respeto todo lo que has hecho por ella. Pero tú también debes dejarla ir. Ella necesita encontrar su camino, sola. —dijo Donovan, su voz firme pero conciliadora.

El silencio se extendió, y Jake sintió una mezcla de emociones que apenas podía contener. No podía evitar sentirse traicionado, incluso si sabía que era injusto. Donovan se había convertido en una parte importante de la vida de Alice, y eso lo dolía.

—Solo... cuídala. Por favor —murmuró Jake, casi con desgano.

—Lo haré. —Donovan le devolvió la mirada, sintiendo que había un entendimiento tácito entre ellos, aunque la tensión aún flotara en el aire.

Al final de la reunión, ambos sabían que la situación era delicada. Jake se retiró, y Donovan se quedó un momento más, reflexionando sobre lo que acababa de pasar. La dinámica entre ellos había cambiado, y aunque estaba dispuesto a luchar por Alice, también sabía que el camino no sería fácil.

(...)

Más adentrada la noche de ese mismo día, Alice estaba en su cuarto, marcando el número de Marcus. A pesar de la emoción que sentía por los cambios, siempre buscaba la voz de su hermano cuando las dudas empezaban a aparecer.

—¿Hola? —contestó Marcus, con un tono que dejaba entrever el cansancio de la jornada.

—Hola, Marc—dijo Alice, intentando sonar tranquila—. Quería hablar contigo sobre algo importante.

—¿Qué pasó? —preguntó Marcus, alarmado—. ¿Estás bien? ¿Debo volver? ¿Quemaron algo? ¿Me necesitas?

Alice sonrió, conmovida por la preocupación de su hermano. —Estoy bien. Todos lo estamos, tranquilo. Es solo que... bueno, he tomado una decisión.

—Oh, claro. Dime.

—Voy a mudarme a Washington —soltó Alice, sin rodeos.

Hubo un silencio del otro lado de la línea antes de que Marcus hablara de nuevo. —¿Washington? ¿Por qué? ¿Qué está pasando?

—Me ofrecieron un trabajo con el FBI, en un equipo especial. Donovan va a estar allí, y creo que... es lo que necesito. Es una oportunidad enorme, Marcus.

—¿Donovan? —Marcus suspiró—. Escucha, Alice. Yo confío en ti, pero Washington es una ciudad enorme, con sus propios riesgos. ¿Has pensado en lo que implica? Vas a estar sola, lejos de todos nosotros. ¿Estás segura de que es lo que quieres? ¿Y si se quema la casa? ¿Y si unos vecinos ruidosos te empiezan a molestar pero te das cuenta que son drogadictos y no puedes hacer mucho más que quedarte sin dormir por su culpa? Vas a estar muy sola y...— Alice lo interrumpió:

—Marc, Lo he pensado, y no voy a estar sola. Donovan va a estar conmigo, y me aseguró que me apoyará en todo momento. No es una decisión que tome a la ligera, lo sabes.

—Sé que eres capaz, Alice, pero ya has pasado por tantas cosas. No quiero que te expongas a más riesgos de los necesarios. El FBI no es una broma —respondió Marcus, su tono lleno de preocupación.

—Lo sé, pero estoy lista. Y quiero dar este paso. Ya hablé con Donovan, y él me ayudará a instalarme. Nos reuniremos con el equipo del FBI este fin de semana, y el lunes a primera hora tengo mi primera reunión con ellos.

Marcus se quedó callado por un momento, procesando lo que Alice acababa de decir.

—¿Este fin de semana? —preguntó, sorprendido—. ¿Tan pronto?

—Sí, todo está avanzando rápido, pero me siento bien con eso.

Marcus suspiró, como si tratara de asimilarlo. —Bueno... en ese caso, haré todo lo posible por visitarte cuando llegues. Quiero asegurarme de que todo esté bien. No vayas a tomar uno de esos apartamentos deprimentes. Si vas a estar fuera de la casa, al menos quiero que sea en un lugar que valga la pena. Sin vecinos maleducados y con buena seguridad.

Alice sonrió, enternecida por la actitud protectora de su hermano. —Aprecio mucho eso, Marcus. También voy a contarle a los chicos, a Anthony, a Erick, a Henry y a Dereck. Quiero que todos estén al tanto.

—¿Y Jake? —preguntó Marcus, sabiendo que estaba tocando un tema delicado.

Alice vaciló un segundo antes de responder. —Donovan habló con él. Me dijo que ya está todo manejado por esa parte. Creo que me estoy preocupando de más.

—¿Estás segura? —insistió Marcus.

—Sí. Donovan me ha ayudado a ver las cosas con más claridad. Jake y yo hemos crecido, supongo... y creo que es hora de dejarlo ir.

—Bueno, si todo está resuelto con Jake y te sientes bien con esto, entonces solo puedo decir que estoy muy orgulloso de ti. Washington será un desafío, pero confío en que lo lograrás. —La voz de Marcus se suavizó.

—Gracias, Marcus. No podría hacerlo sin tu apoyo.

—Sabes que siempre estaré aquí para ti, Alice. Y pronto estaré allí en Washington, molestándote como siempre —bromeó, intentando aligerar el ambiente.

Alice rió, sintiendo que el peso en su pecho se aligeraba. —Te espero, entonces.

La llamada terminó, y Alice se quedó mirando el teléfono por un momento. Sabía que aún había una conversación pendiente con Jake, pero al menos ahora sentía que había avanzado un paso más hacia el futuro.

.

Alice había pasado toda la mañana siguiente nerviosa. Era el día de la reunión telefónica con el equipo del FBI, la que definiría gran parte de su futuro. A pesar de las conversaciones con Donovan, y la claridad con la que habían hablado sobre su mudanza, aún había una parte de ella que no se sentía completamente segura. Sin embargo, también sabía que esta llamada podría ser el paso definitivo hacia un nuevo comienzo.

Donovan estaba a su lado, ofreciéndole palabras de apoyo mientras esperaban la llamada. Alice lo miró, agradecida de que estuviera con ella en ese momento.

—Recuerda, no tienes que tomar una decisión apresurada. Esta reunión es solo para que obtengas toda la información —le dijo Donovan, con su tono calmado habitual—. Lo importante es que te sientas cómoda con lo que elijas.

Alice asintió, tomando aire profundamente mientras el teléfono sonaba. La reunión estaba a punto de comenzar.

Cuando la llamada se conectó, una voz cálida y profesional resonó en la línea. Era el agente principal del equipo, alguien que había escuchado hablar sobre Alice y sus capacidades.

—Agente Jill, estamos encantados de poder hablar contigo hoy. Has demostrado una gran habilidad en tu trabajo, y creemos que serías una excelente incorporación a nuestro equipo en Washington — comenzó el agente, su tono lleno de respeto.

La conversación fluía con naturalidad. El equipo le explicó a Alice todos los beneficios que obtendría si decidía unirse a ellos. Le ofrecieron un salario competitivo, la posibilidad de trabajar en casos de alto perfil, y lo más importante, un ambiente de trabajo colaborativo en el que sus habilidades serían apreciadas. También mencionaron la posibilidad de un horario flexible y oportunidades constantes de crecimiento profesional.

Alice, a medida que escuchaba, no podía evitar sentirse impresionada. La propuesta era mejor de lo que había imaginado, y cada detalle que le compartían la hacía sentir más segura. Donovan la miraba de reojo, expectante, mientras observaba cómo los ojos de Alice brillaban con entusiasmo.

—Entiendo que mudarte a Washington puede parecer un gran cambio —continuó otro de los agentes—. Pero queremos asegurarte que te brindaremos todo el apoyo necesario para que la transición sea lo más cómoda posible. Tendrás un equipo listo para ayudarte,

no solo en tu trabajo, sino también en lo personal, para que sientas que Washington es tu nuevo hogar.

Alice sonrió, sintiéndose más relajada. La oferta no solo era atractiva por los beneficios laborales, sino por la consideración personal que estaban mostrando hacia ella. Parecía que el equipo realmente valoraba su bienestar.

—Agradezco mucho toda la información y el apoyo que me están ofreciendo —dijo Alice finalmente, su voz sincera—. Es un proyecto increíble y me siento honrada por la propuesta.

Donovan la observaba, encantado de verla tan abierta y receptiva. Sabía que este tipo de oportunidades no aparecían todos los días, y podía ver que Alice comenzaba a sentir lo mismo.

—Sin embargo —añadió Alice, sorprendiéndolos a todos—, quiero tomarme el tiempo para procesar todo esto. Me gustaría reflexionar sobre los detalles antes de tomar una decisión final.

Donovan la miró, admirando su capacidad para mantener la calma y no dejarse llevar solo por la emoción del momento. El equipo del FBI también respetó su posición, reconociendo su profesionalismo.

—Por supuesto, Agente Jill. Tómate el tiempo que necesites —dijo el agente—. Sabemos que es una decisión importante y queremos que te sientas completamente segura. Estamos aquí para cuando decidas.

La llamada terminó poco después, y Alice soltó un suspiro de alivio. Aunque el entusiasmo aún estaba presente, se sentía más en control. Sabía que estaba tomando el camino correcto, pero quería asegurarse de que cada paso fuera consciente.

—Lo hiciste increíble —le dijo Donovan, sonriendo—. Estoy orgulloso de ti.

Alice le devolvió la sonrisa. —Gracias, Donovan. Fue una gran oferta, pero quiero estar segura de que es lo mejor para mí. Y siento que lo sabré pronto.

Mientras Alice reflexionaba sobre su futuro, alguien más estaba luchando con sus propios sentimientos.

Jake, desde su cuarto, sentía cómo su mundo se desmoronaba.

El solo pensar en la mudanza de Alice le provocaba un nudo en el estómago. Desde que había escuchado la noticia de boca de Donovan, no había podido concentrarse en nada más. El hecho de que Alice, la persona que había sido su ancla en los momentos más difíciles, estuviera a punto de dejarlo atrás lo llenaba de una desesperación que no podía controlar.

Recordaba cada momento que habían compartido, desde las risas hasta las lágrimas. Y ahora, la posibilidad de que ella se fuera a Washington con Donovan, alguien que parecía entenderla mejor que él, lo consumía.

Se sentó en su sofá, rodeado de silencio, intentando asimilar todo. La verdad era que su vida había sido un fracaso rotundo en más de un sentido. No había logrado mantener a Alice cerca, y ahora estaba viendo cómo se le escapaba entre los dedos.

Jake siempre había creído que podía ser su protector, pero la realidad era diferente. No había sabido cómo lidiar con su propio dolor, y mucho menos con el de ella. Y ahora, Donovan parecía haber ocupado ese lugar, ese que él había dejado vacío.

El teléfono de Jake vibró, pero no quiso mirarlo. Sabía que probablemente serían notificaciones irrelevantes, recordatorios de que el mundo seguía girando sin él. Todo le parecía vacío y sin sentido sin Alice a su lado.

Finalmente, agarró el teléfono y se quedó mirando una vieja foto de ellos dos. Alice estaba riendo, una risa pura y sincera, y él estaba a su lado, mirándola como si fuera el centro de su universo. Pero esos días parecían lejanos ahora.

—La he perdido —murmuró, su voz quebrada por la emoción.

La realidad de la situación era aplastante. Alice se iba, y él no había podido hacer nada para detenerlo. Intentó convencerse de que lo

mejor era dejarla ir, que ella merecía ser feliz, pero el dolor en su pecho no desaparecía. Su mayor temor se había hecho realidad: quedarse solo, sin ella.

Jake se recostó en el sofá, cerrando los ojos y dejando que el silencio lo envolviera. Sabía que no había marcha atrás, y que la vida de Alice iba a cambiar para siempre. Pero, por mucho que intentara ignorarlo, el vacío que sentía solo se hacía más grande.

Mientras Alice se preparaba para enfrentar un nuevo futuro, Jake se quedaba atrapado en su propio pasado, lamentando las decisiones que lo habían llevado hasta este punto.

VIERNES:

El día había comenzado como cualquier otro viernes, pero la atmósfera en la oficina era distinta. Alice lo notó en cuanto cruzó la puerta junto a Donovan. Había decidido, después de todo lo que había pasado, tomar cada día con calma y evitar cargar con más dudas o tensiones innecesarias. El aire fresco de la mañana la tranquilizaba, aunque el inminente encuentro con Jake seguía pesando en su mente.

Al llegar a su escritorio, lo primero que la sorprendió fue ver a Jake, esperándola con una sonrisa amplia, relajada, como hacía mucho que no lo veía. En una mano llevaba un vaso de café humeante de su lugar favorito, un detalle que la hizo detenerse en seco.

—Buenos días, Alice —dijo Jake, en un tono cálido, como si nada hubiera pasado entre ellos— Pensé que te vendría bien un café, especialmente en un viernes tan agitado.

Alice se quedó momentáneamente sin palabras. A pesar de lo mucho que habían vivido juntos y los silencios tensos de las últimas semanas, ahí estaba él, siendo el mismo Jake encantador y gracioso que la había conquistado tiempo atrás. Una parte de ella, profundamente enterrada bajo las decisiones difíciles y el peso de su futuro incierto, sintió cómo su corazón se derretía ante ese gesto simple pero cargado de significado.

—Jake, no tenías que... —comenzó a decir Alice, pero él la interrumpió con una sonrisa traviesa.

—Sabes que no puedo resistirme a tus gustos. Además, ya es tradición, ¿no? Viernes de café de tu lugar favorito —respondió Jake, guiñándole un ojo, recordando esos viejos tiempos en los que los viernes siempre significaban una pausa para compartir un café y reírse juntos.

Donovan, que había presenciado la escena, sonrió también, aunque al principio se había quedado un poco desconcertado.

La tensión habitual entre Alice y Jake parecía haberse disipado. Era como si, de repente, ambos hubieran decidido dejar las heridas atrás, al menos por un momento. Donovan se alegró genuinamente al ver eso, comprendiendo que quizás, Jake finalmente había aceptado el inevitable cambio en sus vidas.

Alice tomó el café y le dio un sorbo, sus ojos se encontraron con los de Jake, y por un instante, todo lo que había pasado entre ellos parecía desaparecer. Era como si estuvieran de vuelta en esos días despreocupados, cuando las risas y la complicidad dominaban su relación.

—Gracias, Jake. Realmente lo necesitaba hoy —dijo Alice suavemente.

—Lo sé. Y créeme, quiero que disfrutes este día, sea como sea. Si este es nuestro último viernes trabajando juntos, al menos que sea memorable, ¿no crees? —respondió él con una sonrisa que escondía una mezcla de tristeza y resignación.

Alice se sorprendió por su actitud. No era el Jake amargado y distante que había conocido recientemente. Él estaba tratando de hacer las paces, de alguna forma. Y aunque su corazón había decidido seguir adelante con Donovan, no podía negar que ese Jake, el que había sido su mejor amigo y confidente, aún tenía un lugar especial en su corazón.

Durante el resto de la mañana, Jake se comportó como el hombre que ella recordaba. Hacía bromas, contaba anécdotas, y trabajaron juntos como lo solían hacer antes. Hablaron de cosas triviales, pero con una comodidad que hacía tiempo no compartían. Alice se encontró disfrutando de su compañía, más de lo que esperaba.

—¿Y Marcus? —preguntó Jake en un momento, mientras revisaban unos archivos juntos—. Apuesto a que está bastante preocupado por tu mudanza.

Alice asintió, sonriendo ante la mención de su hermano. —Oh, claro que sí. Ya sabes cómo es, siempre sobreprotector. Me ha llamado días para asegurarse de que no esté cometiendo un error, que esté eligiendo un buen lugar para vivir, que no esté demasiado lejos de una buena cafetería, cosas así.

Jake rió, recordando los días en que él mismo compartía esos pequeños detalles con Marcus. —Marcus siempre ha sido así. Pero, ¿y Charlotte? ¿Cómo se lo ha tomado?

—Ella está más tranquila. Creo que confía más en que puedo manejar las cosas por mi cuenta. Aunque me sigue insistiendo en que la llame todos los días —dijo Alice con una sonrisa—. Siempre ha sido la equilibrada de ese par.

Jake asintió, su mirada volviéndose más suave. El tono de la conversación comenzó a cambiar, volviéndose más personal. Finalmente, Jake se atrevió a tocar un tema que había estado evitando durante mucho tiempo.

—Alice... —dijo, deteniéndose por un momento para buscar las palabras adecuadas—quiero que sepas algo.

Alice lo miró, sintiendo que algo profundo estaba por salir a la superficie.

—Estoy muy orgulloso de ti —dijo finalmente Jake, con una sinceridad que la dejó paralizada—. Siempre lo he estado. Y a pesar de todo... siempre te amaré.

Las palabras de Jake cayeron como un peso sobre Alice. Sintió su corazón acelerarse y una ola de emociones la envolvió. El simple

hecho de que Jake dijera eso, en un momento tan íntimo, la sacudió más de lo que esperaba. Cuando él extendió la mano para tocar la suya, una corriente eléctrica pareció recorrer su piel. Era un gesto pequeño, pero cargado de significado, y Alice no pudo evitar sentirse vulnerable ante su toque.

—Jake... —susurró, sin saber exactamente qué decir.

—No espero que esto cambie nada —continuó él, su voz baja pero firme—. Sé que has tomado tu decisión, y respeto eso. Pero quería que supieras lo que siento, antes de que te vayas.

El silencio entre ellos se volvió palpable, mientras Alice procesaba lo que acababa de escuchar. Una parte de ella quería decir algo, cualquier cosa que pudiera suavizar el momento, pero las palabras no llegaban. En cambio, se limitó a apretar suavemente la mano de Jake, un gesto silencioso que decía más de lo que las palabras podrían expresar.

En ese instante, Donovan apareció en la puerta, viendo la escena desde la distancia. No dijo nada, pero su expresión reflejaba comprensión. Sabía que había una historia profunda entre Alice y Jake, y aunque ahora él era quien estaba al lado de Alice, respetaba lo que ese momento significaba para ambos.

Finalmente, Alice soltó la mano de Jake, sintiendo que una etapa estaba cerrándose, aunque aún quedaban heridas por sanar.

—Gracias, Jake —dijo finalmente, con una pequeña sonrisa—. Eso significa mucho para mí.

Jake la miró con una mezcla de melancolía y alivio. Aunque sabía que Alice seguiría adelante sin él, al menos había logrado algo: asegurarse de que sus últimos momentos juntos fueran felices, sin rencores ni amarguras. Y, por encima de todo, le había dejado claro que siempre la apoyaría, incluso si eso significaba verla marchar.

—Sólo quiero verte feliz, Alice. Siempre ha sido lo único que me ha importado —dijo Jake, su voz suave pero llena de emoción.

.

Al mediodía, Alice decidió que necesitaba un descanso. Todo lo que había pasado esa mañana la dejó en un estado de confusión, sobre todo después de su inesperada conversación con Jake. Las emociones que había creído enterradas comenzaron a emerger de nuevo, y, aunque estaba dispuesta a seguir adelante con su vida y mudarse a Washington, las dudas la asaltaban.

Se apartó de su escritorio y caminó hacia la pequeña sala de descanso, donde Donovan la esperaba con un par de sándwiches.

—¿Qué tal vas? —le preguntó él, entregándole uno de los sándwiches y sonriéndole con ese aire confiado que siempre tenía.

Alice tomó el sándwich, pero apenas lo miró. —Bien... supongo —respondió, aunque no sonaba convincente. La conversación con Jake seguía rondándole la cabeza.

—¿Segura? —Donovan frunció el ceño ligeramente. Su instinto le decía que algo estaba mal.

Alice asintió, queriendo evitar la verdad. —Es solo... muchas cosas a la vez. Todo esto del cambio, el FBI... No es fácil dejar todo atrás.

Donovan, siempre atento, notó el tono evasivo en su voz, pero decidió no presionarla. Sabía que Alice necesitaba tiempo para procesar las cosas, aunque deseaba poder aliviar su carga de alguna manera.

—Lo entiendo —dijo suavemente, acercándose un poco más—. No tires toda esa carga innecesaria sobre tus hombros, Alice.

Alice sintió cómo el ambiente se tensaba cuando Donovan puso una mano en su brazo. Podía notar su cercanía, la calidez que irradiaba. Durante días había intentado convencer a sí misma de que sus sentimientos por Donovan eran lo que necesitaba, una nueva oportunidad. Sin embargo, en ese momento, mientras él la miraba con un deseo inconfundible, Alice no pudo evitar que su mente viajara a otro lugar... a otros recuerdos.

El rostro de Jake, su sonrisa y la forma en que la había mirado esa mañana con el café en mano, la perseguían. Algo en él, esa suavidad inesperada, había despertado algo en ella que no

esperaba. Y ahora, mientras Donovan se inclinaba hacia ella, preparándose para besarla, Alice se sintió atrapada entre dos mundos.

Cerró los ojos cuando Donovan la besó, pero en su mente, no era él. Era Jake. Las manos de Donovan se deslizaron por su espalda, tirando de ella, acercándola más. Pero, por mucho que intentara concentrarse en el momento, su mente la traicionaba.

Donovan se separó un poco, notando la tensión en su cuerpo. —¿Estás bien? —le susurró, su aliento aún cálido contra su piel.

Alice abrió los ojos, intentando controlar sus emociones. —Sí... lo estoy —murmuró, aunque su voz no sonaba segura ni para ella misma.

Donovan la miró, intentando leer lo que estaba pasando en su interior. —No lo parece. ¿Es por Jake? —preguntó, directo, sin rodeos.

Alice se quedó en silencio. Claro que lo era. Pero ¿cómo podía admitirlo sin herirlo? No quería dañar lo que tenía con Donovan, pero tampoco podía ignorar lo que estaba sintiendo por Jake. Las emociones se enredaban en su cabeza, y las palabras no salían.

—No... no es eso, el y yo estamos bien. —mintió Alice finalmente, evitando sus ojos—. Solo... necesito un poco de tiempo para ordenar mis pensamientos.

Donovan suspiró, sin estar del todo convencido, pero decidió no insistir. —Está bien, Alice. Si necesitas espacio, lo entiendo. Pero no tienes que fingir conmigo, ¿si? Sabes que siempre puedes hablarme de lo que sea.

Alice asintió, agradecida por su comprensión, aunque internamente se sentía más confundida que nunca. ¿Cómo podía tomar una decisión tan importante sobre su futuro cuando ni siquiera sabía lo que sentía realmente?

—Gracias, Donovan. En serio —dijo ella, dándole una pequeña sonrisa. Pero mientras lo hacía, su mente seguía volviendo a Jake, a

esa extraña mezcla de dolor y ternura que había sentido al verlo esa mañana.

Donovan la observó por un momento más, notando que Alice seguía distraída. Le dio un beso en la frente antes de apartarse. —Cuando estés lista para hablar, aquí estaré.

La tarde siguió su curso, y cuando llegó la hora de volver al trabajo, Alice decidió que necesitaba un respiro. Habló con Donovan, explicándole que quería tomarse el resto del día libre para despejar su mente. Él aceptó, aunque parecía preocupado por su repentino cambio de humor.

Al caer la noche, Alice estaba en el apartamento de Donovan, mirando por la ventana las luces de la ciudad. Se sentía atrapada entre dos mundos, dos personas, y el peso de sus decisiones se volvía insoportable.

¿Estaba a punto de cometer un error al mudarse a Washington? La cercanía de Donovan, su conexión, todo había sido tan claro, hasta que Jake había reaparecido como si el tiempo no hubiera pasado, derribando las barreras que ella había levantado.

La puerta sonó, y Alice supo antes de abrir que era Donovan. Había venido a ver cómo estaba.

—¿Te sientes mejor? —preguntó con una sonrisa, entrando al apartamento y cerrando la puerta detrás de él.

—Un poco. —Alice intentó sonreír, pero Donovan notó que algo la seguía inquietando.

—No parece que estés bien, Alice. ¿Qué está pasando?

Ella vaciló por un momento, pero antes de que pudiera responder, Donovan se acercó más, tomando su rostro entre sus manos con una suavidad que la desarmó.

—No tienes que decir nada si no quieres. —Su voz era baja, casi un susurro, y antes de que pudiera procesar lo que estaba pasando, él la besó.

Alice cerró los ojos, pero mientras sus labios tocaban los de Donovan, una imagen apareció en su mente: Jake. Su corazón empezó a latir con fuerza, no por el beso, sino por la confusión que la envolvía. Donovan era todo lo que ella había creído necesitar, pero, en ese momento, se dio cuenta de que no podía sacarse a Jake de la cabeza. Su mente estaba traicionando sus emociones, y aunque el beso de Donovan era tierno, su corazón estaba en otra parte.

Donovan, al notar su vacilación, se detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó, su voz llena de preocupación.

Alice lo miró, sin saber cómo explicar lo que estaba sintiendo. ¿Cómo podía decirle que, en ese momento, no era él quien llenaba sus pensamientos?

—No... no es nada, Donovan... —Alice intentó buscar una excusa, pero el peso de la verdad la oprimía. Sabía que tenía que ser honesta, pero no quería arruinar el momento.

Donovan la observó, sus ojos buscando una respuesta que ella no estaba dispuesta a darle. Finalmente, suspiró y dio un paso atrás.

—Lo siento, Alice. No quise presionarte. Si no estás lista para esto, lo entiendo.

Alice sintió una mezcla de alivio y culpa. Donovan había sido paciente, comprensivo, pero su mente estaba en otro lugar. Mientras él esperaba una respuesta, ella solo podía pensar en Jake, y eso la hacía sentir aún más confundida.

—No es eso, Donovan. Es solo... todo está siendo demasiado rápido, y quiero asegurarme de que estoy tomando la decisión correcta —dijo, intentando sonar convincente.

Él asintió lentamente, aunque en su mirada había una mezcla de decepción y comprensión. Sabía que algo no estaba bien, pero decidió no forzarla más.

Donovan se acercó una vez más, esta vez solo para acariciar su mejilla, y luego se Alice decidió retirarse, dejándolo solo en el

apartamento.

Cuando ella cerró la puerta tras ella, Alice dejó caer su cabeza en sus manos. ¿Qué estaba haciendo? Sabía que Donovan era lo correcto, lo seguro, pero algo seguía tirando de ella hacia el caos que representaba Jake.

Esa noche, mientras intentaba llegar a casa, no pudo evitar pensar que su corazón aún no había terminado con Jake, y que, quizás, su futuro en Washington ya no era tan claro como lo había imaginado.

Capítulo 12

Alice salió del apartamento de Donovan sin mirar atrás, sintiendo que el aire de la noche era lo único que le ofrecía algo de claridad en medio del caos que invadía su mente. No sabía a dónde ir, pero tampoco le importaba. Las luces de la ciudad le parecían un eco lejano, irrelevante, mientras sus pasos se sucedían casi sin rumbo. Estaba tratando de huir de sus propios pensamientos, pero por más que caminara, todo seguía ahí: Donovan, Jake, su propia confusión, como si fueran fantasmas persiguiéndola.

En algún punto, se detuvo frente a una tienda de conveniencia, sus ojos fijos en las botellas de alcohol tras el vidrio. Sabía que no era una buena idea. Había visto a su hermano Erick lidiar con las consecuencias de beber demasiado, con problemas que parecían no tener fin, y siempre había prometido no seguir sus pasos. Pero esta noche, se sentía perdida, como si nada más tuviera sentido. Entró y compró una botella de vodka sin pensarlo demasiado.

El líquido quemaba su garganta con cada sorbo, pero le daba una sensación extraña de control, aunque fuera efímera. Mientras bebía, sus pensamientos se volvían más confusos, más desordenados. Caminó sin rumbo hasta llegar a la casa de los White, donde todo le resultaba familiar, pero al mismo tiempo lejano. Se dio cuenta de que había dejado sus llaves en el apartamento, pero eso no la detuvo. Rodeó la casa, tambaleándose ligeramente, murmurando para sí misma, soltando quejas incoherentes sobre todo y nada a la vez.

Justo cuando pensaba que la noche se volvería aún más caótica, vio una silueta moverse a lo lejos, en la piscina. Se frotó los ojos, pero la figura seguía allí, bañándose bajo la tenue luz de la luna. Era Jake. Alice se detuvo en seco, su corazón acelerándose, no por el alcohol, sino por la súbita presencia de él. Jake la había visto también, y durante unos segundos, se quedaron mirando, sin decir una palabra.

—¿Jake? —balbuceó Alice, caminando torpemente hacia la piscina, la botella de vodka aún en su mano—. ¿Qué... qué haces aquí?

Jake nadaba perezosamente, como si nada en el mundo pudiera perturbar su calma. —Es tarde, Alice. ¿Estás bien? —preguntó, aunque su tono sugería que ya sabía la respuesta.

—¿Bien? ¿Yo? —Alice soltó una carcajada vacía—. No... no lo sé, Jake. Nunca sé nada cuando se trata de ti... de todo esto. —Se dejó caer junto al borde de la piscina, su mano colgando sobre el agua, jugueteando con el reflejo de las luces.

Jake nadó hasta el borde y se apoyó con los brazos sobre el borde de la piscina, mirándola con una mezcla de curiosidad y

preocupación. —Alice, estás borracha.

—¡Sí! —respondió ella, riendo de nuevo—. Estoy muy, muy borracha. Porque... porque no sé qué más hacer. Intenté todo, ¿sabes? Incluso con Donovan, intenté... olvidarte. Ser feliz. Pero no puedo. Porque... ¡porque te sigo amando, Jake! —soltó sin más, las palabras escapando sin filtro alguno.

Jake la miró en silencio, sus ojos oscuros reflejando una mezcla de emociones que Alice no podía descifrar en su estado actual.

—¿Donovan? —preguntó él suavemente—. ¿Tú y Donovan...?

—Sí, Donovan. —Alice tomó otro trago, dejándose caer completamente sobre el césped húmedo, mirando al cielo—. Pensé que él sería la respuesta. Que si me alejaba de ti, de todo esto, todo sería más fácil. Pero no lo es. ¡Nada es fácil! —gritó al aire, su frustración brotando en cada palabra—. Sigo aquí... contigo, en mi cabeza. Incluso cuando estoy con él, te veo a ti. ¡Es tan... estúpido!

Jake salió de la piscina, goteando agua mientras se arrodillaba junto a ella, su expresión tranquila a pesar de las palabras que acababa de escuchar. —Alice... tienes un futuro brillante. Yo soy un desastre. No tienes por qué hacer esto.

—¡Pero lo hago! —Alice lo miró, con lágrimas empezando a formarse en sus ojos—. Porque... porque te dejé ir, ¿sabes? Te dejé ir, y ahora estoy aquí... sola, sin saber quién soy ni qué quiero. —Hizo una pausa, sollozando suavemente—. No sé cómo dejar de amarte, Jake. No sé cómo.

Jake la miró en silencio durante lo que pareció una eternidad. Finalmente, extendió la mano y le quitó la botella de vodka con suavidad.

—No tienes que hacerlo, Alice.

Alice tambaleaba entre sus emociones y el peso del alcohol, sus pensamientos nublados y enredados en un torbellino de recuerdos y deseos reprimidos. Jake estaba allí, frente a ella, más real que nunca, goteando agua, su cuerpo bronceado brillando bajo la luz de la luna. Ella trataba de apartar la mirada, pero cada centímetro de él

la atraía con una fuerza que ni el alcohol ni la distancia podían apagar. Sus ojos verdes, esos ojos que siempre parecían ver a través de ella, la miraban con una intensidad que la derretía por dentro.

—Alice, sé que lo correcto es dejar de hacernos esto... —Jake comenzó, su voz profunda y suave—. Que deberíamos ser adultos, responsables, y seguir adelante. Pero es imposible.

"Te amo... Y me quema por dentro saber que no puedo dejarte ir."

Alice sintió su corazón acelerarse ante sus palabras. El dolor y el deseo se mezclaban en su pecho. Quiso responder, pero las palabras se atascaban en su garganta. Jake dio un paso más cerca, su mano tocando suavemente su rostro, empapando su piel con el agua de la piscina.

—No puedo seguir mintiendo —continuó Jake, su voz apenas un susurro —Ambos somos un desastre, Alice. Hemos hecho esto difícil porque ninguno de los dos ha sido completamente honesto consigo mismo. He huido de lo que sentía... Fue mi culpa, pero eso no significa que era lo que quería.

Alice lo miraba, sus ojos vidriosos, su corazón en una carrera salvaje. Intentó luchar contra las emociones que lo llenaban todo, pero era inútil. Los recuerdos de Jake la invadían, la forma en que la había tocado, cómo sus manos la conocían de una manera que nadie más lo hacía. Su mente volvía a esas noches, esos momentos de éxtasis en los que todo parecía desaparecer, excepto él.

—Jake, estoy cansada... —murmuró ella, su voz quebrada—. Estoy cansada de ser tan ingenua, de creer en tus mentiras. No quiero volver a caer...

Jake la miró, más cerca que nunca, su rostro apenas a unos centímetros del de ella. —Alice... —su voz era un susurro grave y profundo—. Mírame. Mira mis ojos. ¿De verdad piensas que estoy mintiendo ahora?

"Sé mentir perfectamente, pero tú, Alice, Eres mi debilidad en todos los aspectos."

Alice lo miró, sus ojos verdes fijos en los suyos. Sintió un nudo en el estómago, y el calor de su cuerpo pareció intensificarse con cada palabra que Jake pronunciaba. La brisa fresca de la noche hacía poco para calmar el fuego que ardía dentro de ella. Jake estaba tan cerca, que podía sentir el calor de su cuerpo mojado, cada gota de agua que resbalaba por su piel, caía lentamente, trazando líneas por sus músculos, recordándole lo bien que conocía cada rincón de él.

—Tú... tú me quebraste, Jake... —dijo Alice, su voz temblorosa—. Donovan fue quien me comento los sacrificios que hiciste por mi. No tienes ni idea no incomodo que es estar con el bajo la misma sabana, mientras pienso en ti y en todo lo que has hecho. Debo superarte...

Las lagrimas empiezan a salir de los oscuros ojos de Alice. Jake no tardo en reaccionar y tomar su cabeza para colocarla en su pecho. Se sentía aun mas culpable al saber que su silencio le costo la estabilidad total de Alice, quien no le ha provocado mas que alegrías a Jake.

— Por alguna razón, aún sigo creyendo que siempre me salvaras. Incluso si eso significaba tirarme de un maldito barranco sin saber si estarías allí abajo.

— Siempre te protegí, hasta de mi mismo.

Jake sonrió con tristeza, y antes de que pudiera decir algo más, la tomó por la cintura y la atrajo hacia él con fuerza. Alice se dejó llevar, sus manos recorriendo instintivamente el pecho mojado de Jake. Sus músculos tensos bajo sus dedos eran un recordatorio tangible de los momentos que habían compartido, de las noches en las que se habían perdido el uno en el otro.

—No quiero dejarte ir, Alice —confesó Jake, su voz ronca, sus labios apenas rozando los suyos, desde su pecho podía sentir como Jake se contraía en si mismo para no quebrarse—. No quiero ser la persona que te diga que te vayas. Nunca debí rendirme. Siempre supe que eras tú. No valieron las mentiras que conté para protegerte... en el fondo, solo te necesitaba a ti.

Alice sintió que su mundo se desmoronaba y reconstruía al mismo tiempo. El deseo reprimido, el amor no correspondido y las heridas no curadas la empujaban más y más hacia él. Sin decir una palabra, se dejó llevar por lo inevitable. Jake inclinó su cabeza y la besó con fuerza, sus labios se fundieron con los de Alice en un beso feroz, lleno de todo lo que habían retenido por tanto tiempo.

El sabor de él, mezclado con el rastro del vodka en sus propios labios, la hizo gemir suavemente, mientras sus manos recorrían el cuerpo de Jake, sintiendo cómo él respondía a cada uno de sus movimientos. Él la alzó fácilmente en sus brazos, y sin romper el beso, la llevó al césped húmedo junto a la piscina. El aire fresco acariciaba su piel, pero el calor que ambos compartían era innegable, incontrolable.

Jake la devoraba con sus labios, sus manos exploraban cada centímetro de su cuerpo, recordando cada curva, cada rincón que ya conocía tan bien. Alice arqueó la espalda cuando él descendió por su cuello, besando su piel, cada toque encendiendo fuegos que no habían ardido así en mucho tiempo.

" No puedo vivir sin ti "

Ella lo miró, con sus ojos brillando de deseo y vulnerabilidad. Todo en él le recordaba por qué nunca había podido olvidarlo, por qué, a pesar de todo, seguía deseándolo de la manera más visceral. Sus cuerpos se unieron de una manera salvaje y apasionada, como si intentaran borrar todo el dolor del pasado con cada movimiento, con cada caricia.

Jake se deleitaba en cada reacción de Alice, en su rostro distorcionandose en expresiones de placer y locura, en los gemidos que escapaban de sus labios, en la forma en que ella se entregaba a él completamente, sin reservas. Todo en ella era familiar y, al mismo tiempo, nuevo. Cada roce de su piel contra la suya lo hacía desear más, lo hacía quererla de una manera que ya no podía negar.

Alice se aferraba a él, perdiéndose en el momento, en el calor, en el deseo. Nada más importaba. Ni Donovan, ni las mentiras, ni las

decisiones equivocadas. Todo se reducía a esto. A ellos dos. A Jake.

Siempre había sido Jake.

Y mientras la noche avanzaba, sus cuerpos encontraron un ritmo desesperado, un lenguaje propio que habían perfeccionado en el pasado y que ahora resurgía con más intensidad que nunca. Alice sintió cómo cada beso, cada toque, cada susurro de Jake la llevaba más y más lejos.

Y en ese momento, en esa unión feroz e inevitable, Alice supo que, aunque su mundo estuviera hecho pedazos, siempre volvería a Jake.

Jake la tenía entre sus brazos, el peso de sus cuerpos presionándose contra el césped húmedo bajo la luz suave de la luna. La brisa fresca apenas lograba calmar el calor que ambos compartían, una mezcla de deseo incontrolable y emociones reprimidas que parecían explotar en ese instante. Alice jadeaba, su respiración entrecortada mientras sentía cada músculo de Jake moverse contra ella. El agua de la piscina aún caía en pequeñas gotas de su piel, su cuerpo caliente contrastando con la frescura del aire.

Jake la besaba con una pasión casi desesperada, como si el mundo se estuviera desmoronando alrededor de ellos y ese beso fuera lo único que los mantuviera unidos. Sus manos, firmes y conocidas, exploraban su cuerpo con una precisión que solo él tenía, recordando cada rincón, cada punto que la hacía temblar. Sus labios viajaban desde su boca hasta su cuello, donde su lengua trazaba círculos suaves antes de bajar más, encendiendo un fuego en cada lugar que tocaba.

Alice arqueó la espalda cuando Jake bajó por su abdomen, sus manos deslizándose por su cintura, tirando ligeramente de su ropa hasta dejarla expuesta bajo la luz de la luna. El frío del aire en contraste con el calor de sus cuerpos hizo que Alice se estremeciera, pero el toque de Jake era todo lo que necesitaba para encenderla. No podía contener los gemidos que salían de su garganta mientras él besaba y mordía su piel con una mezcla perfecta de ternura y urgencia.

—Jake... —murmuró Alice, su voz quebrada por el deseo.

Jake levantó la mirada, sus ojos verdes brillando con una intensidad que la hacía perder el control. —Tranquila, lo sé... —susurró él antes de inclinarse nuevamente, sus labios encontrando los de ella en un beso profundo y hambriento.

Sus manos seguían su recorrido por el cuerpo de Alice, acariciando sus muslos con movimientos lentos y precisos, como si quisiera memorizar cada sensación. Alice lo sentía todo: el calor de sus manos, la presión de su cuerpo contra el suyo, el temblor que recorría su piel cada vez que sus dedos pasaban por los lugares más sensibles. Era inevitable sentirse saciada al tener sobre ella al hombre con el que ha fantaseado. Se sentía nueva y renovaba, extasiada por la certeza de que este momento quería grabado en su piel.

Alice había recibido toques en los mismos lugares que Jake estaba tocando con seguridad, pero sus áreas erógenas al parecer estaban esperando el toque de el hombre de ojos color esmeralda, para encenderse en su máximo esplendor y hacerla experimentar el tope del éxtasis.

Ella no podía aguantar más. Sus manos, temblorosas pero decididas, se movieron hacia el pantalón de Jake, desabrochándolo con una urgencia casi frenética. Sabía que lo necesitaba tanto como él la necesitaba a ella, y no había tiempo que perder en palabras. Jake la ayudó, sus movimientos rápidos pero cuidadosos, deshaciéndose de las barreras que quedaban entre ellos hasta que sus cuerpos finalmente se encontraron por completo, piel contra piel.

Jake la miraba con una mezcla de deseo y adoración mientras se acomodaba entre sus piernas. Era mejor de lo que sus recuerdos le permitían memorizar. Ella se veía tan delicada como siempre, se veía tan frágil como una rosa, lo que hacia que Jake se volvería frenéticamente loco ante dichas vistas. Ella era un sueño.

Alice podía sentir su dureza contra ella, y la anticipación hizo que un gemido suave escapara de sus labios. Él la besó una vez más, pero

esta vez, el beso fue lento, profundo, cargado de una promesa silenciosa. Una que dominaba por encima de todas las que había escuchado antes. Sus labios se movían con una precisión casi calculada, saboreando cada rincón de su boca mientras sus cuerpos se alineaban.

Cuando finalmente Jake la penetró, fue como si todo el aire escapara de los pulmones de Alice. Era una sensación tan bueno que salia de lo familiar. Estaría de mas decir que extraño esto, tal y como si este momento estuviera cargado con todo lo que habían reprimido durante tanto tiempo. El dolor dulce de la tensión inicial se mezcló con una ola de placer que la hizo arquearse hacia él, sus uñas clavándose suavemente en la piel de su espalda mientras lo sentía llenarla por completo. Sin dejar ni un espacio. El primer roce podía hacerla llegar al éxtasis sin complicaciones, la simple sensación de que estaba ahí, dentro de ella. Sus gemidos fueron música para los oídos de Jake. Su canción favorita en un concierto exclusivo en el que solo estaba el.

Jake se movía lentamente al principio, disfrutando del interior de quien nunca dudo que era el amor de su vida. Cada embestida deliberada, como si quisiera saborear cada segundo. Sus manos la sujetaban con fuerza, como si temiera que pudiera desaparecer en cualquier momento. Alice cerró los ojos, dejándose llevar por las sensaciones, por el calor que envolvía todo su cuerpo. El ritmo entre ellos aumentaba gradualmente, sin dejar ir que Jake desde sus movimientos tuvo que reprimirse para no llegar al éxtasis antes que Alice. El quería disfrutarla mas tiempo, bailar en el paraíso durante el resto de su vida, y por supuesto, hacer que Alice disfrutara hasta llegar al éxtasis sobre el.

Sus cuerpos encontraron un equilibrio perfecto, cada movimiento de Jake provocando una respuesta inmediata en Alice, un gemido, un suspiro, un temblor que recorría su cuerpo. La excitacion de Alice hacia que su interior apretara y succionara el miembro de Jake por completo. Sin importar cuanto tiempo pasara, el calor de su interior era la adicción mas letal de Jake.

—Dios, Alice... —jadeó Jake, su voz ronca y entrecortada mientras aceleraba el ritmo, cada vez más rápido, más profundo.

Ella lo sentía todo. La fuerza de sus embestidas, el calor de su cuerpo, el roce de su piel mojada contra la suya. Su mente estaba completamente abrumada por el placer que recorría su cuerpo en oleadas, cada vez más intensas. El sonido de sus respiraciones pesadas y de sus cuerpos chocando resonaba en la noche silenciosa, la única música que necesitaban.

Alice abrió los ojos y lo vio. Jake, con su rostro concentrado, sus músculos tensos, su mirada fija en la de ella, como si no pudiera apartarse ni un segundo. Había algo salvaje y primitivo en la forma en que la estaba tomando, pero también algo infinitamente tierno, una vulnerabilidad que solo Alice podía ver. El quería todo de ella, y ella que ese deseo de el nunca terminara.

Eso los desarmaba completamente.

—Jake... —gimió Alice, aferrándose a él con más fuerza. Sus piernas cuzadas en su espalda solo significaban una cosa:

"No pares".

Jake la obedeció sin necesidad de palabras, aumentando el ritmo, su respiración cada vez más errática, más descontrolada. Sus cuerpos se movían juntos, perfectamente sincronizados, como si hubieran nacido para este momento. Alice sentía cómo el clímax se acercaba, una presión creciente en su vientre que amenazaba con explotar en cualquier momento.

Cuando finalmente lo hizo, fue como una explosión de luz y calor que la recorrió de la cabeza a los pies. Alice gritó su nombre, su cuerpo temblando violentamente mientras el placer la consumía por completo. Jake la siguió unos segundos después, su cuerpo tensándose mientras se derramaba dentro de ella, su rostro mostrando una mezcla de alivio y euforia.

Durante unos momentos, todo quedó en silencio, salvo el sonido de sus respiraciones entrecortadas. Jake cayó sobre ella suavemente, sus cuerpos aún entrelazados, su piel húmeda y caliente contra la

suya. Alice lo abrazó con fuerza, sin querer soltarlo, sin querer que ese momento se desvaneciera.

—Siempre fue así contigo... —murmuró Alice, su voz apenas un susurro.

Jake sonrió suavemente, acariciando su cabello, besando su frente con una ternura que contrastaba con la intensidad del momento que acababan de compartir.

—Y siempre será así, Alice —respondió él, su voz grave pero llena de certeza.

Alice permanecía acostada sobre el césped, su cuerpo aún temblando por la intensidad de lo que acababa de suceder. Mientras Jake la sostenía en sus brazos, acariciando lentamente su cabello, una ola de inseguridad comenzó a invadirla. A pesar de lo bien que se sentía, las dudas surgían en su mente, luchando por dominar el espacio que acababa de llenar el placer.

—¿Y ahora qué? —preguntó Alice en un susurro, sin mirarlo a los ojos, temiendo la respuesta.

Jake la observó en silencio por un momento, entendiendo que las heridas del pasado aún dolían, incluso cuando sus cuerpos habían encontrado una conexión innegable. Se inclinó hacia ella y le besó suavemente la frente.

—No tienes que tener miedo, Alice —le dijo con calma—. Sé que esto ha sido... intenso. Pero no quiero que pienses que fue solo por el momento. Siempre he estado aquí, y ahora que te tengo de nuevo, no voy a dejarte ir tan fácil. No esta vez. Sé que cometí errores, pero quiero que tengamos una oportunidad de hacer esto bien, juntos.

Alice lo miró, su expresión reflejando la confusión y el anhelo que sentía en ese momento.

—¿Y si lo arruinamos de nuevo? —su voz temblaba levemente—. ¿Y si no podemos dejar atrás todo el desastre que fuimos?

Jake sonrió, pero esta vez fue una sonrisa suave, llena de algo más profundo, de entendimiento.

—No somos perfectos, Alice. Y sí, probablemente seguiremos siendo un desastre. Pero quiero que este desastre sea nuestro. Merecemos ser honestos entre nosotros. Ya no más mentiras, no más huidas. Podemos aprender a sanar juntos.

Alice sintió sus palabras resonar en ella. La manera en que la miraba, con esos ojos verdes que siempre lograban traspasar cualquier barrera que hubiera construido, le hacía sentir como si, por primera vez, las cosas pudieran ser diferentes. Tal vez, solo tal vez, había esperanza.

Jake, sin previo aviso, le dio una sonrisa traviesa, una que Alice reconocía bien, aunque la había visto pocas veces desde que todo comenzó entre ellos.

—¿Sabes qué? —dijo de repente, interrumpiendo el momento serio —. Creo que te estás tomando esto demasiado en serio.

Antes de que Alice pudiera protestar, Jake la levantó con facilidad, cargándola en sus brazos. Alice gritó, sorprendida, dándole golpes suaves en el pecho mientras reía entre nerviosa y divertida.

—¡Jake! ¿Qué haces? ¡Bájame!

Jake simplemente la miró con una risa suave en sus labios, y sin advertirle, corrió hacia la piscina y se lanzó con ella al agua. El choque contra el agua fría fue inmediato, ahogando cualquier rastro de preocupación o inseguridad. La sensación de libertad y liviandad reemplazó todo lo demás. Alice salió a la superficie riendo, empapada, con su cabello pegado a su rostro mientras trataba de apartarlo de los ojos.

Jake la observaba, su rostro salpicado de gotas de agua, con esa mirada intensa que siempre parecía quemarla desde adentro. Se acercó a ella en el agua, atrapando su rostro entre sus manos, y la besó de nuevo, esta vez con una pasión más suave, pero igual de poderosa. Sus cuerpos se deslizaban juntos bajo el agua, y en algún momento, las ropas mojadas ya no parecían tener sentido.

Uno a uno, se fueron deshaciendo de cada prenda. La piel desnuda de ambos se deslizaba en el agua bajo la luz plateada de la luna, la única testigo de ese encuentro que parecía estar destinado a suceder desde hacía mucho tiempo. Cada beso, cada caricia, cada movimiento bajo el agua era una liberación de todo lo que habían reprimido durante tanto tiempo. No había nada más que ellos dos, completamente expuestos, física y emocionalmente.

Alice sintió que su inseguridad se disolvía con cada toque, cada beso. Jake no era solo el hombre que había conocido en sus momentos más oscuros, era también el hombre que había aprendido de sus errores, que estaba dispuesto a luchar por ellos. Y aunque ella aún tenía miedo, algo en ella le decía que, esta vez, ambos estaban listos para intentarlo de nuevo. Sin mentiras. Sin esconderse. Solo ellos, siendo un desastre, pero un desastre honesto.

Jake la atrajo hacia sí, abrazándola con fuerza mientras ambos flotaban en el agua.

—No sé qué nos depara el futuro, Alice —admitió, su voz suave, casi un susurro—. Pero quiero que estemos juntos para descubrirlo. No somos perfectos, pero eso no importa. Lo que importa es que ya no tenemos que mentirnos. No más juegos, no más huidas.

Alice lo miró, viendo en sus ojos algo que no había visto antes: una promesa de que las cosas podían ser diferentes. No perfecto, pero real. Y eso era lo que más deseaba en ese momento.

—Tal vez siempre fui un desastre porque nunca fui completamente honesta conmigo misma —murmuró Alice, acariciando su rostro—. Siempre supe que, a pesar de todo, siempre ibas a ser tú, Jake.

Jake sonrió, esa sonrisa que siempre la había desarmado.

—Entonces, seamos un desastre juntos —respondió él, antes de besarla de nuevo, perdiéndose en el calor de su cuerpo bajo el agua, bajo la luna que parecía iluminar solo para ellos.

— O quizás solo estoy borracha y esto es un sueño. — dice Alice entre risas.

— Si Si. Ya lo comprobaremos...

Y así, entre el agua fría de la piscina y el calor de sus pieles desnudas, Alice y Jake encontraron una especie de paz en medio del caos que siempre los había rodeado. No sabían lo que vendría después, pero al menos en ese momento, bajo la luna, se tenían el uno al otro.

Y eso era lo único que importaba.

Capítulo 13

Alice permanecía flotando en el agua, con la cabeza recostada en el hombro de Jake. Ambos respiraban con calma, disfrutando del

silencio que los envolvía después de la intensidad del momento. El frío del agua ya no parecía afectarles; estaban demasiado envueltos en la calidez de su cercanía.

Jake fue el primero en romper el silencio. Su voz sonaba suave, pero llena de un peso que ella no podía ignorar.

—¿En qué estás pensando? —preguntó mientras acariciaba su espalda con delicadeza.

Alice se mordió el labio, intentando encontrar las palabras adecuadas. Había tantas cosas que quería decirle, pero al mismo tiempo temía que al decirlas en voz alta, todo lo que habían compartido podría desmoronarse.

—En nosotros, supongo —respondió finalmente, su voz apenas un susurro—. En lo complicado que siempre ha sido todo. Pero también... en lo simple que parece ahora.

Jake asintió, su mano deslizándose por su brazo, creando un camino de caricias suaves que la reconfortaban.

—Nunca pensé que sería fácil contigo —dijo él, una sonrisa pequeña asomando en sus labios—. Siempre fuiste alguien que me hizo sentir de todo... en los extremos. Pero lo prefiero así. No quiero una vida tranquila sin emociones. No quiero una vida sin ti.

Alice giró su rostro para mirarlo. Sus ojos verdes, ahora más suaves que antes, la observaban con una mezcla de cariño y determinación. Ella suspiró, sabiendo que tenía que ser honesta.

—Jake, te deseo más de lo que puedo admitir. Pero también te temo. A nosotros... porque cuando estamos juntos, todo parece ser una montaña rusa. Y aunque me gusta esa intensidad, me asusta la caída.

Jake la escuchó con atención, su mirada fija en la de ella. Hubo un silencio breve antes de que hablara, como si estuviera eligiendo cuidadosamente cada palabra.

—Lo sé, Alice. Y te juro que lo entiendo. Pero... tal vez ya no se trata de evitar la caída, sino de aprender a levantarnos cuando suceda.

Siempre vamos a tener momentos difíciles, pero quiero estar a tu lado en esos momentos. No quiero que huyas de mí cuando las cosas se pongan complicadas. Quiero que peleemos, que discutamos, pero que al final... siempre nos encontremos el uno al otro.

Alice sintió que sus palabras calaban profundo. Durante tanto tiempo, había evitado esa idea. Siempre había pensado que alejarse era la mejor opción cuando las cosas se complicaban. Pero ahora, viéndolo a los ojos, se dio cuenta de que quizá el problema no era la caída, sino cómo enfrentaban el caos juntos.

—Es solo que... tengo miedo de volver a sufrir, de volver a lastimarnos —admitió ella, su voz quebrándose un poco.

Jake se acercó más, apoyando su frente contra la de ella, sus ojos verdes brillando con sinceridad.

—Nunca podría prometerte que no volveremos a lastimarnos, Alice. Eso sería una mentira. Pero te prometo que no dejaré que el miedo nos controle. Que no voy a huir, y no te dejaré huir a ti. Y si caemos... nos levantaremos juntos. Porque, al final del día, prefiero caernos y levantarnos contigo que vivir una vida sin ti.

Alice cerró los ojos, sintiendo el calor de su aliento contra su piel, el peso de sus palabras llenándola de una mezcla de alivio y vulnerabilidad. Todo parecía tan simple cuando él lo ponía de esa manera, y tal vez... solo tal vez, merecía creer en esa simplicidad.

—Siempre fui buena huyendo —susurró ella—. Tal vez es hora de intentar algo diferente.

Jake sonrió, esa sonrisa que siempre la desarmaba. Deslizó sus dedos entre el cabello mojado de Alice, retirando algunos mechones de su rostro.

—Podemos ser lo que queramos ser, Alice. No tienes que ser la chica que huye más. Podemos escribir nuestra propia historia. Una donde, por una vez, no estemos peleando contra lo inevitable.

Alice lo miró, notando cómo las palabras de Jake, aunque llenas de pasión, también estaban cargadas de una madurez que no había

visto antes en él. Había cambiado, y de alguna manera, ella también. Tal vez había una esperanza en todo esto que antes no había querido admitir.

—¿Y si no sé cómo hacerlo? —preguntó Alice, su voz vulnerable.

Jake la besó suavemente en los labios, pero esta vez no hubo urgencia, solo una calma profunda que los envolvía a ambos.

—Lo descubriremos juntos —respondió él, su voz baja, pero firme—. Y si alguna vez dudas, estaré aquí para recordarte que no tienes que hacerlo sola.

Alice sonrió ligeramente, sintiendo cómo el peso de sus preocupaciones se desvanecía poco a poco. Estar en los brazos de Jake, flotando en el agua, se sentía como un nuevo comienzo. Como si las tormentas que siempre los habían perseguido ahora estuvieran en calma.

—Un desastre honesto, ¿no? —bromeó ella, repitiendo las palabras que él había usado antes.

Jake rió suavemente, abrazándola con más fuerza.

—El mejor tipo de desastre, Alice. El nuestro.

Jake salió del agua con Alice en sus brazos, su cuerpo aún temblando ligeramente por la mezcla de frío y adrenalina. Ambos reían suavemente, y sin decir una palabra, Jake la llevó hacia el interior de la casa. A pesar del cansancio y del torbellino de emociones, el ambiente entre ellos era ligero, cargado de algo que hacía mucho tiempo no sentían: tranquilidad.

—¿Tienes hambre? —preguntó Jake, sus ojos brillando mientras la miraba.

Alice sonrió, aún mojada y completamente cautivada por la cercanía de él. —Un poco... aunque, con lo que ha pasado, no estoy segura de qué tengo más: hambre o sueño.

Jake soltó una risa suave y la acomodó en el borde de la encimera de la cocina, dejándola sentada. —Bueno, quédate aquí. Te prepararé algo rápido —dijo mientras se dirigía al refrigerador.

Alice lo observaba en silencio, sus ojos recorriendo cada centímetro de su cuerpo ahora que la luz suave de la cocina lo iluminaba mejor. Era imposible no notar cómo había cambiado. Sus músculos eran más marcados, más definidos. Cada movimiento que hacía, desde sacar los ingredientes hasta mover las manos, era preciso y fuerte. Y no solo eso, sus tatuajes habían aumentado, contando historias en su piel que Alice quería conocer.

—Has cambiado —dijo ella de repente, sus ojos aún fijos en él mientras comenzaba a cocinar. Jake, que estaba revolviendo algunos huevos en la sartén, levantó la vista, arqueando una ceja.

—¿Eso crees? —respondió con una sonrisa traviesa—. ¿Te gusta lo que ves?

Alice se mordió el labio, divertida. —Bueno, no lo voy a negar. Estos tatuajes nuevos... —hizo un gesto con la mano, señalando el diseño en su brazo derecho—. No los tenía la última vez que nos vimos.

Jake se giró hacia ella, dejando de lado los huevos por un momento. —Ah, ¿estos? —dijo, señalando uno en particular que recorría su brazo, un diseño intrincado de una brújula y una rosa—. Me los hice después de... bueno, ya sabes, después de que todo se vino abajo entre nosotros. Fue una especie de intento de encontrar mi rumbo.

Alice lo miró con atención, sus dedos rozando suavemente la piel marcada. —¿Y lo encontraste? —preguntó en un tono más suave, casi vulnerable.

Jake soltó una carcajada suave, inclinándose hacia ella mientras seguía cocinando. —Supongo que no hasta esta noche. —La miró directamente a los ojos, su sonrisa transformándose en algo más íntimo.

Alice sintió un leve calor subirle por las mejillas, pero decidió seguir con el juego. —¿Y ese de ahí? —dijo, señalando otro tatuaje en su hombro izquierdo, un símbolo que no reconocía del todo.

Jake sonrió mientras volteaba los huevos en la sartén. —Ese es más reciente. Es una frase en latín que significa "fortaleza en el caos". Me

lo hice porque, bueno, tú sabes, mi vida no ha sido precisamente ordenada estos últimos años.

Alice rió, su mirada fija en él. —Vaya, parece que te convertiste en todo un filósofo.

—Y tú... —dijo Jake, ladeando la cabeza mientras la miraba de reojo —. ¿Qué hiciste todo este tiempo? ¿Te hiciste algún tatuaje nuevo que no haya visto? O mejor aún... ¿Hay algo más que me deba preocupar?

Alice se rió, sintiéndose más ligera. —No hay tatuajes nuevos, si es lo que te preocupa. Aunque... mi vida tampoco ha sido precisamente un jardín de rosas.

Jake apagó el fuego y sirvió los huevos en un plato, acercándose a ella. Le entregó el plato y se inclinó lo suficiente para quedar a su altura, su rostro a solo centímetros del de Alice.

—¿Y qué tal si ahora dejamos de preocuparnos por lo que fue? — murmuró, sus ojos recorriendo los de ella con una intensidad que la dejó sin aliento—. Podemos empezar de nuevo, ¿no crees?

Alice sonrió suavemente, tomando el tenedor y llevándose un bocado de huevos a la boca. Sus ojos no se apartaron de los de Jake ni por un segundo. —Tal vez sea lo que necesitamos —respondió, masticando lentamente—. Empezar de cero, con todo lo que hemos aprendido.

Jake le dio un beso fugaz en la frente antes de sonreír. —Y sin dudas, esta vez seremos un desastre más interesante.

Ambos rieron, dejando que la conversación ligera y coqueta los envolviera mientras el olor de la comida llenaba el ambiente, y el pasado quedaba finalmente un poco más atrás.

(...)

Al despertar esa mañana, Alice se sintió diferente. Era una alegría ligera, como si el peso que había cargado durante tanto tiempo se hubiera desvanecido. Cada rincón de su cuerpo aún recordaba la intensidad de la noche anterior, y aunque no sabía exactamente

cómo se desenvolvería todo con Jake, por primera vez en mucho tiempo, se sentía genuinamente feliz.

Sin embargo, había una nube en su horizonte: su situación con el FBI y Donovan. La oferta del trabajo aún pendía sobre su cabeza, y aunque sabía que era una oportunidad inigualable, no podía evitar pensar en cómo su relación con Jake podría complicarlo todo. Donovan era profesional, maduro, pero no podía predecir cómo reaccionaría ante la nueva dinámica que estaba surgiendo con Jake. Y ella, aunque siempre había sido fuerte en su trabajo, temía que esta nueva etapa personal pudiera interferir en su futuro profesional.

Alice sacudió esos pensamientos mientras se preparaba para el trabajo, decidida a no dejar que las dudas le arruinaran ese momento de felicidad. Cuando finalmente llegó a la oficina, el ambiente era relajado, pero las miradas no pasaron desapercibidas.

Loyd fue el primero en notar el brillo en los ojos de Alice.

—Bueno, bueno, alguien parece que tuvo una buena noche —dijo con una sonrisa socarrona, inclinándose hacia su escritorio.

Clark, siempre dispuesto a unirse a la broma, se cruzó de brazos y fingió una seriedad que no duró mucho.

—Yo diría que es más que una buena noche. Parece que despertó de otro humor.

Alice rodó los ojos, tratando de mantenerse firme.

—Ustedes dos no tienen remedio —replicó, tomando un archivo de su escritorio y fingiendo revisar algo—. Quizás solo estoy de buen humor porque me siento productiva, ¿alguna vez pensaron en eso?

Carlos se unió al coro de comentarios, alzando una ceja con escepticismo.

—No te ofendas, Alice, pero a ti solo te pone de tan buen humor alguien en particular, y todos sabemos quién es.

Alice intentó ignorarlos, pero no pudo evitar sonreír ligeramente. Entonces, Brooklyn, quien había estado escuchando en silencio, decidió que era su turno de aportar.

—Vamos, Alice. Sabemos lo que pasa. Tú y Donovan... esos ojos no mienten —dijo en tono juguetón, lanzando una mirada cómplice hacia Alice—. Además, me parece que alguien estuvo ausente más de la cuenta anoche.

Alice soltó una risa, al darse cuenta que ellos al final del día no tenían ni idea de que en realidad, quien estaba detrás de esa sonrisa era Zack Simons. Alice quería evitar dar pistas, aunque su sonrisa traicionaba que estaban tocando terreno sensible.

—No sé de qué hablas, Brooklyn —dijo, pero no pudo evitar que un pequeño rubor subiera a sus mejillas.

Justo en ese momento, Jake apareció en la entrada, con una taza de café en la mano. Sus ojos se cruzaron con los de Alice, y el mundo pareció detenerse por un segundo. Ese fuego incontrolable que los conectaba seguía allí, latente en cada mirada. Jake se acercó tranquilamente al grupo, sin que los demás dejaran de notar la energía que se sentía en el aire.

—Buen día, detective Jill —dijo con una sonrisa contenida, entregándole el café con un gesto casual.

Alice tomó la taza con una sonrisa agradecida, sintiendo un calor diferente al del café correr por sus venas.

—Gracias, Agente Simons —respondió, sus ojos conectando de nuevo con los de Jake por un segundo más del que debía.

Cuando Jake se alejó para continuar con su día, Alice, en un intento de mantener la compostura, llevó la taza de café a sus labios, escondiendo una sonrisa que luchaba por salir.

Pero, claro, Brooklyn no iba a dejar que ese momento pasara sin un comentario.

—Oh, vaya, vaya... ¿Desde cuándo Simons te trae café, Alice? Desde que se indultaron hasta del mal que van a morir, no los había visto hablar. — dijo en tono coqueto, inclinándose ligeramente hacia ella —. ¿Esto es una nueva tradición o algo hay algo que no sepamos?

Alice soltó una pequeña risa, tratando de esquivar el tema.

—Tal vez solo es un acto de cortesía entre compañeros de trabajo, ¿no lo crees, Brooklyn?

Brooklyn se acercó aún más, apoyando un codo en el escritorio de Alice, y la miró con una sonrisa pícaramente inocente.

—Claro, claro. Solo un compañero de trabajo, con esos ojitos que te lanza... y no me hagas empezar a hablar del cuerpo que tiene. Porque, admitámoslo, ese hombre es una obra de arte andante.

Alice, a pesar de intentar mantener la compostura, no pudo evitar que su mente viajara de vuelta a la noche anterior. Las imágenes de Jake, su cuerpo mojado en la piscina, sus manos recorriéndola, y el calor entre ambos volvieron a invadir sus pensamientos. Ese cuerpo, esas manos que la conocían tan bien, esa boca que la había saboreado una y otra vez. El simple recuerdo hizo que un escalofrío recorriera su piel, mientras intentaba concentrarse en la conversación.

—Brooklyn —dijo Alice, intentando sonar seria pero fallando al ocultar su sonrisa—, ¿tú no tienes algo mejor que hacer que estar pendiente de mi vida personal?

Brooklyn rió y levantó las manos en un gesto de rendición.

—Está bien, está bien. Solo digo que si necesitas desahogarte sobre posibles intereses amorosos... ya sabes a quién acudir.

Alice negó con la cabeza, riendo, mientras sus ojos volvían a encontrar, aunque fuera de reojo, la figura de Jake al otro lado de la oficina. Allí estaba, enfocado en su trabajo, pero con esa presencia innegable que siempre la había atraído. Y aunque sabía que su situación con el FBI y Donovan aún estaba sin resolver, en ese momento, la sensación de complicidad con Jake la hizo sentirse viva.

El desastre que habían sido antes, la montaña de secretos y mentiras, ahora parecía desvanecerse. Tal vez esta vez, con todo expuesto y sin nada que ocultar, tenían una oportunidad. Y por primera vez en mucho tiempo, Alice estaba dispuesta a descubrir qué vendría después.

La sonrisa de Alice se desvaneció en el momento en que su teléfono vibró con un mensaje de la capitana Willys. El tono era más formal y serio de lo que acostumbraba, lo que encendió una alarma en su mente. Sin perder tiempo, Alice se levantó y se dirigió hacia la oficina de la capitana, preguntándose qué podría haber motivado ese cambio tan abrupto en la comunicación.

Al llegar, notó que Willys estaba especialmente fría, más de lo habitual, y el desagrado en su semblante era evidente. Willys apenas levantó la vista de los papeles frente a ella cuando Alice entró.

—Capitana, recibí su mensaje —dijo Alice, manteniendo una postura firme pero educada—. ¿Sucede algo que deba saber?

La capitana levantó los ojos lentamente, cruzando las manos sobre su escritorio. El silencio en la sala se hizo pesado, y Alice pudo sentir la tensión en el aire.

—Sí, detective Jill, sucede algo. Y te afecta directamente —respondió Willys, su tono seco y distante. Evitó hacer contacto visual prolongado, lo que no era común en ella.

Alice frunció el ceño, su incomodidad creciendo con cada segundo de silencio.

—¿De qué se trata? —preguntó, intentando mantener la calma. La indiferencia de Willys era desconcertante.

Willys exhaló, como si estuviera irritada por tener que decir lo que estaba a punto de decir.

—He notado que últimamente has estado... distraída —comenzó, su tono gélido—. Y, para ser honesta, he recibido algunos informes que confirman lo que sospechaba. He visto que tienes una relación con el agente Simons.

Alice arqueó una ceja, sintiendo que algo más estaba detrás de esas palabras. Sin embargo, optó por enfrentarlo de manera directa.

—Capitana, con todo respeto, mi vida personal nunca ha interferido con mi rendimiento en el trabajo. No sé de qué informes está

hablando, pero mi relación con un agente, no tiene impacto en mis responsabilidades.

Willys se inclinó hacia adelante, sus ojos oscuros y fríos. La tensión en la habitación se disparó.

—Eso lo decidiré yo, detective Jill. No tú. Y es precisamente por tu falta de juicio en este aspecto que vamos a hacer algunos cambios —dijo, casi con desprecio—. A partir de ahora, ya no contarás con ciertos privilegios. Es necesario que aprendas a poner límites.

Alice sintió una mezcla de frustración y desconcierto. Estaba siendo castigada por algo que, hasta donde sabía, no violaba ninguna norma. Endureció su expresión, sabiendo que tenía que mantener la calma y evitar caer en una confrontación emocional.

—Capitana, si cree que una relación personal está afectando mi trabajo, me gustaría ver las pruebas que respalden eso. Hasta ahora, mi desempeño ha sido intachable, y siempre he mantenido la profesionalidad necesaria en cada caso. No entiendo por qué algo que sucede fuera del horario de trabajo justificaría la retirada de mis privilegios —replicó, su voz firme pero controlada.

Willys apretó los labios y su mirada se endureció aún más.

—No tengo que justificarme contigo, Jill. Soy tu superior y puedo tomar las decisiones que considere necesarias para el equipo.

Tu relación con el agente Simons pone en riesgo la dinámica del grupo, y eso es algo que no puedo ignorar. Necesito que entiendas que esto es por el bien de todos —insistió Willys.

Alice dio un paso hacia adelante, con una determinación aún más clara en su semblante. No iba a dejar que Willys la intimidara.

— Me parece que está siendo injusta. Si hay un conflicto de interés o un comportamiento inapropiado que yo desconozca, me gustaría saberlo. Porque, hasta ahora, solo veo suposiciones y ninguna evidencia que respalde su decisión. Una relación nunca afectará mi trabajo, y francamente, creo que esto va más allá de mi desempeño.

La capitana Willys se tensó visiblemente ante la respuesta firme de Alice. Sus ojos brillaban con una especie de irritación contenida, como si Alice hubiera tocado un nervio. Se tomó un momento antes de responder, y cuando lo hizo, su voz era más baja pero más afilada.

—Estás caminando sobre hielo muy fino, Jill. Tu falta de autocontrol personal ha puesto en tela de juicio tu capacidad profesional. Y si sigues cuestionando mi autoridad, me veré obligada a tomar medidas más severas.

Alice no retrocedió. En cambio, la miró directamente a los ojos, con una calma que contrastaba con la tormenta que se desataba dentro de ella.

—¿Medidas más severas? —repitió Alice, su tono suave pero cargado de significado—. ¿Como, por ejemplo, bajarme de rango? Si ese es su plan, capitana, espero que esté preparada para explicar por qué tomaría esa decisión. Porque hasta ahora, lo único que veo es una postura personal que está interfiriendo en su juicio.

Willys apretó los dientes. Algo en la mirada de la capitana revelaba que Alice había tocado un punto sensible. Pero en lugar de admitirlo, la capitana optó por una actitud más defensiva.

—No estoy aquí para tener una discusión contigo, detective. Estoy aquí para recordarte quién manda. Si no puedes aceptar eso, tal vez debas reconsiderar tu lugar en este equipo —dijo Willys con un tono final.

Alice entendió lo que estaba sucediendo. Sabía que Willys no le daría una respuesta directa a lo que realmente estaba ocurriendo. Sin embargo, una intuición empezó a formarse en su mente. Willys había mencionado a Jake más de una vez, y su tono cambiaba cada vez que lo hacía. ¿Podría ser que la capitana Willys tuviera un interés personal en Jake? La posibilidad le parecía ridícula al principio, pero la intensidad en las palabras de Willys la hizo reconsiderarlo.

Pero Alice no dijo nada al respecto. Sabía que insinuar algo así en ese momento sería un error estratégico. Esta no era una pelea

emocional, sino una batalla de razones. Una pelea que se ganaba con inteligencia, tanto emocional como táctica.

—Entiendo, capitana —respondió Alice finalmente, manteniendo su voz neutral—. Seguiré cumpliendo con mis responsabilidades como siempre lo he hecho. Solo le pido que considere las decisiones que toma, y que no permita que factores externos interfieran en lo que es mejor para el equipo.

Willys la miró durante un largo momento, casi desafiándola con la mirada, pero no dijo nada más. Alice sabía que había puesto una semilla de duda en la mente de su superior, y aunque la situación seguía siendo tensa, no iba a dejar que Willys la derrotara tan fácilmente.

Cuando Alice salió de la oficina, respiró hondo. Sabía que este no sería el último enfrentamiento que tendría con la capitana. Pero también sabía que no iba a retroceder, no esta vez.

Alice salió de la oficina de la capitana Willys con un peso en el pecho, pero decidió no dejar que la tensión la consumiera. Se dirigió a almorzar, buscando un momento para despejar su mente. Justo cuando salía del edificio, se topó con Donovan. Él la saludó con su habitual sonrisa tranquila, y aunque Alice vaciló un segundo, terminó aceptando su invitación para comer juntos.

Se sentaron en una pequeña mesa en un restaurante cercano, el ambiente entre ambos era agradable, pero también estaba teñido por una sensación de incomodidad. Donovan parecía percibirlo y, después de pedir la comida, se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en la mesa.

—Alice, ¿todo está bien? —preguntó, su tono suave, pero preocupado—. Siento que algo ha cambiado entre nosotros.

Alice evitó su mirada por un momento, tomando aire para reunir sus pensamientos. No quería mentirle, ni continuar con esa incomodidad que colgaba entre ambos.

—Donovan, la verdad es que... no estoy segura de que esté lista para algo contigo. No es que no me gustes —comenzó, tratando de

escoger sus palabras cuidadosamente—, pero mis sentimientos siguen estando comprometidos... con Jake.

Donovan tragó seco, y Alice notó cómo sus ojos bajaban un poco, procesando lo que acababa de decirle. Sin embargo, cuando volvió a mirarla, había comprensión en su rostro, no reproche.

—Lo imaginaba —dijo después de un breve silencio—. Y, aunque no te voy a mentir, no es lo que quería escuchar, lo entiendo. La verdad es que lo más importante para mí es que seas feliz, Alice. Si Jake es quien puede darte eso, entonces espero que lo consigas.

Alice lo miró, sorprendida por su respuesta. No se esperaba tanta madurez de parte de Donovan en un momento como ese, pero sabía que siempre había sido un hombre de principios.

—Gracias por entenderlo —respondió Alice en voz baja, sintiendo que una pequeña parte del peso que llevaba encima se aligeraba—. Es complicado, pero no quiero arrastrarte a algo que no sería justo para ti.

Donovan asintió, y después de un trago de agua, sonrió suavemente.

—Mira, Alice. Si estar conmigo no es lo que deseas, no significa que debas rechazar otras oportunidades en tu vida —dijo, haciendo referencia a la oferta del FBI—. No necesitas estar conmigo para aceptar el trabajo que te ofrecieron. La oportunidad de unirte al equipo especial es única, y quiero que lo consideres por lo que es, sin pensar en mí.

Alice lo miró fijamente. Por un momento, casi había olvidado la oferta del FBI, ya que su mente estaba centrada en sus emociones. Pero sabía que Donovan tenía razón. No debía dejar que su vida personal interfiriera con sus metas profesionales.

—Lo sé —respondió Alice, jugueteando con el borde de su vaso—. Solo que todo esto... ha sido mucho para procesar. Aún no estoy segura de cómo encajar todo. Quiero decir, si decido quedarme con Jake, no quiero que interfiera en mi trabajo, y si acepto la oferta del FBI... no sé qué significaría para nosotros.

Donovan hizo una pausa, como si meditara sus siguientes palabras con cuidado.

—Jake es un buen tipo, Alice. Lo he visto, y aunque no lo conozco tan profundamente como tú, sé que te cuida. Solo espero que te valore tanto como yo lo haría. Pero, independientemente de lo que elijas, esta oportunidad en el FBI no es algo que debas dejar pasar —dijo con sinceridad—. No me malinterpretes, no estoy diciendo que tu relación con él deba quedar en segundo plano, pero creo que puedes tener ambas cosas. El trabajo y a Jake, si eso es lo que deseas.

Alice lo miró, profundamente conmovida por su comprensión. Donovan realmente estaba dispuesto a apoyarla, a pesar de todo. Su madurez y su capacidad para poner sus sentimientos a un lado por su bienestar la sorprendían, y le generaban aún más respeto por él.

—Gracias, Donovan. De verdad —dijo finalmente, su voz suave y llena de gratitud—. No sé qué vaya a pasar, pero te agradezco que estés aquí para mí. Me has dado mucho en qué pensar.

Donovan asintió, sonriendo de una manera cálida, aunque también resignada.

—Siempre estaré aquí para ti, Alice. Solo quiero que sigas adelante, sea cual sea tu decisión.

La conversación se mantuvo ligera el resto del almuerzo, y aunque la situación entre ellos había cambiado, Alice sintió que finalmente estaba siendo honesta con alguien, y eso le brindó un poco de alivio. Sabía que la decisión sobre el FBI, sobre Jake, y sobre su futuro aún la atormentaría, pero al menos ahora tenía un poco más de claridad.

Donovan miraba a Alice mientras ella hablaba sobre la actitud reciente de la capitana Willys. Se podía ver la frustración en sus ojos mientras trataba de darle sentido a lo que estaba ocurriendo.

—Sabes, Alice, algo que me ha estado llamando la atención es la forma en la que la capitana Willys ha estado manejando esto —dijo Donovan, bajando un poco el tono para que nadie más los escuchara

—. Me he percatado de que tiene una preferencia por Jake bastante evidente.

Alice frunció el ceño, sorprendida por la observación.

—¿Preferencia? —preguntó, sin entender a qué se refería.

Donovan asintió, cruzando los brazos y apoyándose en la mesa.

—Sí, he notado cómo le trata, cómo le habla, y me parece que está siendo muy obvia. Además, lo que te está diciendo sobre tu relación con él es un argumento mal fundamentado. Si quiere juzgarte por tu cercanía con Jake, ¿por qué no hizo lo mismo conmigo cuando estuve contigo cinco horas en tu oficina sin supervisión?

Alice lo miró, sorprendida por la claridad de sus palabras. Tenía razón. La capitana estaba siendo inconsistente y subjetiva, algo que, de repente, le hacía mucho más sentido con lo que Donovan acababa de insinuar.

—Eso es... increíble —dijo Alice, un poco atónita—. No me había dado cuenta, pero ahora que lo mencionas, es como si todo tuviera más lógica. Esto es personal.

Donovan asintió y le dedicó una pequeña sonrisa.

—Me temo que sí. Y es una lástima, porque estás siendo juzgada injustamente, Alice. Deberías enfrentarlo con hechos, porque su argumento no se sostiene.

***

Cuando llegaron de regreso a la oficina, Alice y Donovan se detuvieron en seco al ver que su oficina estaba cerrada con una cinta amarilla. Alice frunció el ceño, completamente desconcertada.

—¿Qué demonios? —murmuró mientras se acercaba.

Un par de oficiales estaban retirando sus cosas de la oficina, amontonándolas en una caja. Alice se apresuró hacia ellos, su tono era frío pero controlado.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Quién les dio permiso de mover mis cosas?

Uno de los oficiales levantó la mirada y respondió con desgano:

—La capitana Willys nos envió. Dijo que moviéramos sus cosas a una nueva oficina, junto a los archivadores.

Donovan, que había estado observando la escena en silencio, parecía anonadado. Sabía que las tensiones con la capitana Willys eran reales, pero esto ya era un abuso. Alice, por su parte, parecía a punto de explotar. Podía ver cómo la ira se reflejaba en su rostro.

—Esto es una broma, ¿verdad? —dijo Alice, sus palabras casi un susurro cargado de furia contenida—. ¿Está trasladándome al archivo?

Donovan puso una mano sobre la mejilla de Alice, tratando de calmarla antes de que la situación se saliera de control. Justo cuando parecía que ella iba a desmoronarse de ira, el wokitoki de Donovan sonó. La capitana Willys estaba llamándolo para una "emergencia."

—Ve, Donovan —dijo Alice, respirando profundamente—. No tiene sentido que tú también te metas en esto. Yo me encargaré.

Donovan asintió, aunque visiblemente preocupado. Se alejó con rapidez, dejándola sola frente a lo que parecía una injusticia descarada.

Alice entró en lo que ahora era su "nueva oficina". Un cuarto oscuro, polvoriento, prácticamente inhabitable. La humedad se sentía en el aire, y el espacio apenas era lo suficientemente grande como para moverse con libertad. Apenas había una mesa y una silla vieja, y lo peor de todo es que no había ningún tipo de seguridad ni privacidad.

Alice sintió cómo la ira la iba consumiendo. Era una humillación total y deliberada. Se sentía reducida, no por su capacidad, sino por la venganza personal de una superior que no podía separar sus sentimientos de su deber.

Apenas había tomado asiento cuando su computadora no encendió. Intentó varias veces, pero la pantalla seguía apagada. Decidió hacer una llamada para reportarlo, pero la respuesta que recibió la dejó helada.

—Lo siento, detective Jill, pero la capitana Willys ha solicitado que se cancele su acceso a la red interna de la estación hasta nuevo aviso.

Alice se quedó mirando el teléfono, casi incrédula. Estaba completamente bloqueada. Decidió intentar revisar algunos de sus casos pendientes, pero al abrir su bandeja de correos electrónicos, todos sus casos habían sido reasignados. Incluso aquellos en los que llevaba semanas trabajando, aquellos que eran su responsabilidad.

—No puede ser... —murmuró para sí misma, las manos apretando el borde del escritorio hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

Sabía que Willys estaba detrás de todo esto. Intentaba arruinar su carrera, debilitarla y obligarla a rendirse. En ese momento, Alice recordó la conversación con Donovan. Todo empezaba a encajar. Willys estaba usando su posición para tomar represalias contra Alice, y claramente, Jake era el centro de todo. Esto ya no se trataba de su capacidad como detective, sino de algo personal y malicioso.

La gota que colmó el vaso fue cuando, al intentar entrar en la sala de análisis de pruebas, la tarjeta de acceso de Alice fue rechazada. Una pequeña pantalla roja parpadeaba cada vez que la pasaba por el lector.

—Acceso denegado.

Alice sintió cómo el calor subía por su cuello, y su rostro se tornaba rojo de furia. La capitana Willys estaba quitándole todo: sus privilegios, su trabajo, y ahora, el acceso a las áreas necesarias para hacer su trabajo. Sabía que podía quedarse callada mucho más tiempo. Todo para evitar conflictos, aunque sabía que en algún momento el carácter de sus hermanos iba a salirse por sus poros e iba a cambiar su actitud totalmente.

Capítulo 14

Alice se encontraba en su oficina temporal, una pequeña cueva mal iluminada rodeada de archivadores, repasando los casos que la capitana Willys le había asignado de última hora. El peso de la responsabilidad y la frustración la estaban aplastando. El correo de Willys era claro: debía quedarse hasta la madrugada completando los informes, y no podía llevarse la información a casa. Alice intentó escribir un correo para preguntar si podía trabajar desde su casa, pero justo antes de enviarlo, otro mensaje de Willys llegó a su bandeja.

"Detective Jill, asegúrese de quedarse en la oficina. Su acceso externo está restringido por razones de seguridad. Nos aseguraremos de que pueda continuar sin problemas desde la estación."

El último comentario solo la enfureció más. Sabía que Willys estaba imponiéndole esta carga como castigo. Apretó los dientes y se dispuso a terminar lo que debía, pero la rabia crecía con cada caso que revisaba.

Mientras tanto, su teléfono vibró en la esquina del escritorio. Un mensaje de Marcus apareció en la pantalla.

Marcus: *"Hey, ¿todo bien? Me preocupo cuando no respondes... ¿Cómo va todo en el trabajo?"*

Alice miró el mensaje, pero decidió no contestar. No tenía fuerzas para explicar todo el desastre que estaba ocurriendo. Además, la situación ya era suficientemente complicada como para involucrar a Marcus ahora. Cerró el chat y volvió a concentrarse en los documentos frente a ella. El reloj avanzaba lentamente, y la oficina poco a poco fue vaciándose. Alice se quedó sola, el único sonido en la sala provenía del zumbido de las luces fluorescentes.

Una hora después, el silencio fue interrumpido por un suave golpeteo en la puerta. Alice levantó la vista y vio a Jake entrar, con una expresión tranquila pero curiosa.

—¿Aún aquí? —preguntó, acercándose con una pequeña sonrisa en los labios—. Te traje algo.

Jake colocó las llaves en el escritorio de Alice, explicando que la capitana Willys había enviado a un guardia a dárselas para que ella pudiera abrir el precinto en la mañana. Al parecer, el guardia nocturno tenía vacaciones, y la única que quedaba para cubrir esa responsabilidad era Alice.

Alice se quedó en silencio unos segundos, sintiendo cómo la ira volvía a subirle por la garganta. Se levantó bruscamente de la silla, golpeando el escritorio con ambas manos.

—¿En serio? ¡Esto es una locura, Jake! Me están tratando como si fuera la última persona en esta oficina, como si no valiera nada. Primero me mueven a esta oficina de porquería, luego me quitan los casos que me importan, ¡y ahora me hacen quedarme toda la noche! ¿Qué sigue? ¿Limpiar el baño también?

Jake se quedó mirándola, los labios ligeramente apretados. Sabía que Alice estaba al borde del colapso, pero no quería intervenir hasta que ella dejara salir todo lo que tenía dentro.

—Alice... —comenzó a decir, pero ella lo interrumpió.

—¡No, no puedo más con esto! Estoy cansada de que me humillen, de que me pisoteen, todo porque a Willys le da la gana de hacerme la vida imposible. ¿Y sabes qué es lo peor? Que todo esto es por ti —dijo, señalándolo con un dedo acusador.

Jake la miró en silencio, su expresión se endureció por un momento, pero luego relajó los hombros.

—Tienes razón, y lo siento, Alice. No sabía que todo esto estaba pasando. Pero déjame encargarme de esto.

—¿Encargarte de qué? —preguntó Alice con incredulidad—. ¡Todo está hecho un desastre! Y si te ven aquí conmigo, todo será peor. La capitana Willys está buscando cualquier excusa para arruinarme la carrera.

Jake se acercó más a Alice, con una mirada decidida.

—No hay cámaras aquí —susurró—. Y te prometo que no va a pasar nada. Yo me encargo. Solo... tranquilízate. Mira, te traje algo para cenar.

Jake sacó una bolsa de comida china de su chaqueta y la dejó en el escritorio.

—La compré para llevarla a casa contigo, pero supongo que la casa se ha trasladado a esta pequeña oficina por esta noche. No pienso dejarte sola en esto. Me quedaré contigo.

Alice lo miró, sus ojos brillaban con una mezcla de frustración y gratitud. Sabía que Jake no podía resolver todos sus problemas, pero en ese momento, su simple presencia y gesto la hicieron sentir un poco menos abrumada. A pesar de todo, Jake siempre encontraba la manera de estar allí para ella.

—No tienes que quedarte, Jake... —dijo en un susurro, aunque en el fondo deseaba que lo hiciera.

Jake sonrió de lado y se acercó, tocando suavemente su rostro, dejando que sus dedos recorrieran su mejilla.

—Lo sé, pero quiero quedarme. Además, no tienes que hacerlo sola. Podemos hablar, o podemos comer en silencio. Lo que tú quieras, pero esta noche, no te dejaré.

Alice, cansada y con los nervios a flor de piel, finalmente se permitió un pequeño respiro. Se dejó caer en la silla mientras Jake la rodeaba con sus brazos. Estaba exhausta, pero de alguna manera, su presencia hacía que todo pareciera un poco más llevadero.

Alice se acomodó en su silla mientras Jake se sentaba frente a ella, colocando la bolsa de comida china entre ambos. La fragancia del pollo al limón y los fideos salteados llenó la pequeña oficina, dándole un aire más hogareño en medio del caos. Alice abrió la bolsa, y mientras sacaba los recipientes, no pudo evitar sonreír al ver la porción generosa de comida que Jake había traído.

—Te has vuelto un experto en elegir comida china, Jake —dijo mientras servía un poco en su plato.

—Lo he hecho por ti, por supuesto. Quiero que estés bien alimentada mientras trabajas en tu prisión aquí —bromeó Jake, señalando el espacio reducido de la oficina.

Alice se rió suavemente, agradecida por la ligereza que Jake traía a la situación. Mientras comenzaban a comer, ella no pudo evitar notar lo mucho que había cambiado Jake desde que lo conoció. Cada bocado de comida china era acompañado por un comentario o una broma, creando una atmósfera más cómoda.

—¿Te acuerdas de aquella vez que estuvimos atrapados en el sótano? —preguntó Alice, riendo al recordar el caos que habían vivido juntos.

—¿Cómo olvidarlo? Ese fue el día que casi te hago caer en la trampa del 'mejor detective' —respondió Jake, haciendo una mueca cómica. Para luego insinuar las locuras que hicieron después al aprovechar que estaban solos en el sótano de la casa.

Alice soltó una risa.

—¡Por favor! El título es completamente tuyo. Pero me alegra ver cómo has mejorado. Ahora, ni siquiera necesito mirarte para saber que estás ahí. Puedo sentir que has subido de nivel en el juego de detectives.

—Y tú también, Alice. Eres la mejor de la oficina, pero todavía tienes que lidiar con el monstruo de la capitana Willys —dijo Jake con un tono sarcástico—. Esa mujer necesita un manual de amabilidad.

Alice dejó escapar un suspiro, pero luego se rió.

—Tal vez deberíamos escribir ese manual juntos. Podría ser un bestseller en la industria del FBI. "Cómo sobrevivir a la capitana Willys y salir intacto".

—O "Cien formas de lidiar con tu jefa sin perder la cabeza". Creo que lo venderíamos por millones —bromeó Jake, mientras le pasaba un trozo de pollo.

La conversación fluyó sin esfuerzo, y Alice se sintió más relajada a medida que Jake compartía anécdotas sobre sus últimos casos. Ella

disfrutaba de la forma en que él hablaba de las pistas, de cómo había aprendido a leer los detalles que otros pasaban por alto.

—¿Has notado que tu capacidad para conectar las piezas del rompecabezas es casi sobrenatural? —dijo Alice, dejando de lado su comida por un momento, interesada en lo que Jake estaba compartiendo.

—¿Casi? No puedo dejar que la modestia me consuma, pero agradezco el cumplido —respondió Jake, levantando una ceja—. Pero en serio, he estado trabajando en eso. He tenido que adaptar mi estilo a lo que el FBI necesita. En este juego, ser astuto es fundamental.

—Me parece que deberíamos formar un equipo permanente. Tu habilidad para acceder a la base de datos del FBI y mi talento para... bueno, no sé, hacer preguntas difíciles. Podríamos ser imparables —dijo Alice, sonriendo.

—Imparables, claro. Pero tendríamos que encontrar un nombre atractivo. Tal vez "Los Bombatic" —sugirió Jake, riéndose.

—diría "El Dúo dinámico", pero esos son Henry y Dereck, por supuesto. —Alice se rió, disfrutando de su compañía.

Mientras continuaban bromeando, Jake se inclinó hacia ella, sus ojos llenos de seriedad por un momento.

—Alice, en serio. Eres increíble en lo que haces. La forma en que enfrentas cada caso... Es admirable. Y tienes que recordar que puedes lograrlo, incluso con las dificultades que la capitana te está poniendo.

Alice asintió, sintiendo que la confianza de Jake la impulsaba. Era reconfortante tener a alguien que no solo apreciaba su trabajo, sino que también veía su potencial.

—Gracias, Jake. Eso significa mucho para mí. A veces siento que estoy lidiando con todo esto sola —confesó, sintiendo la conexión entre ellos más fuerte que nunca.

—No estás sola. Nunca lo estarás. Y, aunque sé que es complicado con todo lo que está pasando. —dijo Jake, mirando an Alice a los ojos.

En ese momento, se sintió segura, como si pudiera enfrentar cualquier desafío que se le presentara. Pero, como siempre, el destino tenía otros planes.

Alice se sentía más ligera a medida que terminaban los casos, la satisfacción de haberlo logrado en tiempo récord llenaba el aire entre ellos. Mientras guardaban la última carpeta, la conversación fluyó hacia el futuro y el cambio que ambos anhelaban.

—Siento que integrarme al FBI es una forma de dar un gran paso adelante —dijo Alice, mirando a Jake a los ojos, sintiendo cómo su corazón latía más rápido.

—Tienes que hacerlo. Esta oportunidad es única, y sé que puedes lograrlo —respondió Jake con firmeza—. Todo lo que necesitas es mentalizarte. Tu futuro está en tus manos.

Alice asintió, sintiendo que las palabras de Jake resonaban en su interior. Era justo lo que necesitaba escuchar. La inseguridad que la había acompañado durante días se desvanecía poco a poco.

—Lo sé. Quiero sentir que estoy alcanzando nuevas alturas, que puedo ser más de lo que soy ahora —dijo Alice, una chispa de determinación en su voz.

Jake sonrió, una sonrisa que iluminaba su rostro.

—Entonces, hagámoslo juntos. No tienes que preocuparte por nada más que por ti misma. Lo demás fluirá naturalmente —dijo Jake, acercándose más a ella.

En ese instante, el ambiente cambió. Alice se sintió atraída hacia él de una manera que no podía resistir. Jake le ofreció un masaje en la espalda, y Alice, aunque dudosa al principio, aceptó.
— Te noto aún muy tensa. Ven, permíteme darte un masaje.

—Está bien, pero solo un masaje —dijo Alice, sintiendo una mezcla de emoción y nerviosismo.

Jake sonrió, sabiendo que esa era una oportunidad para acercarse aún más a ella. Se acercó y comenzó a presionar sus manos firmemente en los hombros de Alice, quien soltó un suspiro de alivio.

—Eres increíble en esto —murmuró, cerrando los ojos mientras él trabajaba en sus músculos tensos.

Con cada movimiento de sus manos, la tensión se desvanecía, pero la atmósfera se tornaba más cargada. Sin pensarlo, Jake comenzó a desabotonar la camisa de Alice con una mano, un gesto que hizo que su corazón se acelerara aún más.

—Jake... —comenzó a protestar, pero el tono de su voz se perdió en un jadeo cuando él deslizó su mano por su espalda, sintiendo su piel suave.

—Shh, no te preocupes. Solo quiero que te relajes —dijo él, mientras bajaba la intensidad de la lámpara. La luz se tornó tenue, creando sombras que danzaban a su alrededor, envolviéndolos en un aura de intimidad.

—No quiero que nos descubran, por favor —dijo Alice entre jadeos, sintiendo cómo la adrenalina comenzaba a correr por sus venas.

Jake sonrió con complicidad, sin detenerse.

—No hay problema, cerré todas las entradas del precinto con la misma llave que le robé al guardia. No hay forma de que nos interrumpan. —Sus ojos verdes brillaban en la penumbra mientras continuaba su trabajo, su mano deslizándose con destreza sobre la piel de Alice.

Alice se rió nerviosamente, imaginando la escena.

—No puedo creer que hayas hecho eso. La capitana jamás le daría la llave directamente a ti —dijo, sintiendo la calidez de su cuerpo cada vez más cerca del suyo.

—Es un pequeño secreto que me gusta guardar —dijo Jake, inclinándose más cerca, dejando que su aliento acariciara el cuello de Alice.

Alice sintió un escalofrío recorrer su espalda. En ese instante, el deseo superó cualquier reserva. Con un movimiento rápido, se giró hacia Jake, atrapándolo entre la silla y su cuerpo.

—Tal vez deberíamos arriesgarnos un poco más, entonces —dijo, desabrochando los últimos botones de su camisa, dejando que la tela cayera, revelando su piel.

Jake la miró, su expresión era una mezcla de sorpresa y deseo. Sin poder contenerse más, se inclinó hacia ella, capturando sus labios en un beso que empezó suave, pero rápidamente se intensificó. Sus manos comenzaron a explorar, descubriendo cada curva y cada rincón, como si no hubiera un mañana.

Alice sintió cómo su cuerpo respondía a cada caricia, cada beso. Las paredes de la oficina se desvanecieron, y todo lo que importaba era la conexión salvaje entre ellos.

Con cada movimiento, la pasión creció, haciéndolos olvidar por completo el peligro que representaba ser descubiertos. Jake levantó a Alice, colocándola sobre la mesa mientras sus cuerpos se movían al unísono, entregándose a un deseo que había estado latente por tanto tiempo. La intensidad del momento superaba cualquier expectativa.

Las risas, los susurros y los gemidos llenaron la oficina vacía mientras se perdían el uno en el otro, la conexión entre ellos transformándose en algo más que físico. En ese espacio cerrado, en la penumbra y bajo la tenue luz, todo lo demás dejó de existir. Solo estaban ellos, la pasión, el deseo y la promesa de un futuro incierto, pero lleno de posibilidades.

Jake estaba sumido en la intensidad del momento, pero su mente, astuta como siempre, comenzó a jugar con la situación de una forma inesperada. Mientras sus labios se encontraban y su cuerpo se movía al ritmo de la pasión, se apartó ligeramente, mirándola con una mezcla de deseo y complicidad.

—Dime, Alice, ¿cuáles son los detalles de ese caso de robo que tenías en mente? —preguntó, su voz un susurro seductor que la hizo

estremecer.

Alice lo miró, sorprendida por la repentina transición entre lo apasionado y lo profesional.

—¿Qué? ¿Ahora quieres que hable de casos? —preguntó entre jadeos, intentando recuperar la compostura, aunque su cuerpo respondía a cada toque de Jake.

Él sonrió con picardía, acercándose un poco más, su mano deslizándose suavemente sobre su muslo.

—Es importante que estés lista si la capitana te interroga. Debes tener los detalles frescos en tu mente, ¿no crees? —dijo Jake, sus ojos entrecerrados brillando con lujuria y una chispa de locura.

Alice sintió que su corazón latía desbocado. La combinación de sus palabras con las caricias de Jake la hacía sentir más vulnerable, pero al mismo tiempo, más deseada.

—Está bien, pero esto es muy extraño... —respondió, pero no pudo evitar sonreír mientras intentaba concentrarse—. El caso de robo fue complicado, hubo varias pistas que seguíamos...

Jake interrumpió suavemente, acercándose a su oído, dejando que su aliento cálido la envolviera.

—Continúa, Alice. ¿Qué pistas tenías? —preguntó, su mano subiendo lentamente, acariciando su intimidad de una manera que la hizo cerrar los ojos y dejar escapar un jadeo.

—La... ah... la principal pista fue una cámara de seguridad que captó a un sospechoso... —dijo, aunque la voz le temblaba y le costaba concentrarse.

Jake sonrió, disfrutando del efecto que tenía sobre ella.

—¿Y esa pista? ¿Crees que pueda estar relacionada con el último robo? —presionó, su voz un murmullo bajo que la mantenía en vilo. Con cada palabra, sus dedos jugaban en su intimidad, creando una mezcla de placer y distracción.

Alice sintió que su mente se nublaba mientras intentaba mantener el hilo de la conversación.

—Sí, podría... pero ahora mismo me cuesta pensar en eso... —murmuró, su voz apenas un susurro mientras sus ojos se cerraban por el placer que él le proporcionaba.

—¿Por qué no te concentras en el caso? —dijo Jake, su tono provocador, mientras sus dedos aumentaban la presión, haciendo movimientos más precisos y rápidos, creando una danza entre el placer.

Alice abrió los ojos, mirándolo, y sintió un torrente de emociones y deseos abrumadores.

—ah... Jake... no sé si puedo... hacer ambas cosas a la vez... —dijo, con voz entrecortada. La sensación que él provocaba en su cuerpo dificultaba cualquier intento de racionalizar la situación.

—Claro que puedes —replicó él, acercándose más—. Solo necesito que me digas los detalles importantes mientras disfrutas de lo que estoy haciendo. Un juego entre tú y yo, un desafío... ¿o es demasiado para ti? —sus ojos brillaban con un fuego incontrolable.

El pulso de Alice se aceleró, la mezcla de deseo y el reto lo hacía aún más atractivo. Ella asintió lentamente, consciente de que estaba a punto de cruzar una línea que nunca había imaginado cruzar.

—Está bien... —dijo, y con eso, Jake se inclinó hacia ella, sus labios encontrándose de nuevo mientras su mano seguía trabajando, sus dedos moviéndose con destreza y provocación.

La combinación de la conversación y el toque de Jake la sumergía en una mezcla embriagadora de placer.

—Dime qué más tenías en mente sobre el caso... —murmuró, disfrutando de su poder sobre ella, mientras sus caricias se volvían más intensas.

Con cada pregunta que él le hacía, Alice se sentía más expuesta, más vulnerable. Pero, al mismo tiempo, cada palabra y cada toque la llevaban a un nivel de placer que nunca había experimentado antes.

—Había... había un testigo... —dijo, apenas capaz de formar las palabras mientras Jake continuaba su juego, fusionando lo

profesional y su pasión por ello, con lo íntimo y voraz, llevándola al borde de la locura.

Sus ojos se encontraron, y en medio de jadeos, risas y palabras entrecortadas, ambos supieron que este juego, aunque arriesgado, era solo el comienzo de una conexión más profunda.

Alice sentía que, a medida que hablaba, comenzaba a recuperar el control de la situación. Sus palabras fluían con más confianza mientras intentaba articular las complejidades del caso. Pero justo cuando parecía que iba a completar su explicación, Jake decidió dar un giro inesperado.

De repente, se arrodilló frente a ella, una sonrisa traviesa en su rostro, sus ojos brillando con un deseo palpable.

—Buen trabajo, detective... —dijo, y antes de que Alice pudiera reaccionar, su rostro se acercó entre sus piernas.

El aire se volvió espeso con la tensión, y la mente de Alice se nubló nuevamente por el deseo. Cuando Jake comenzó a lamer su intimidad, la sacudió de la realidad. Un golpe de placer recorrió su cuerpo, y se tiró hacia atrás, mordiendo su labio inferior con desquicio, intentando ahogar un gemido que amenazaba con escapar de su garganta.

—Jake... —susurró, sintiendo que su control se desvanecía con cada movimiento de su lengua. Su cuerpo reaccionó instantáneamente, arqueándose hacia él, buscando más de lo que estaba recibiendo.

Jake se dedicó a explorarla con un fervor que la hizo perder la noción del tiempo y el espacio. Sus manos se aferraban a la mesa, la presión de sus dedos contra la superficie fría la mantenía anclada mientras su mente giraba en un torbellino de placer y euforia.

Cada lamido, cada movimiento de su boca la llevaba más lejos de la realidad, sumergiéndola en un océano de sensaciones. Las palabras sobre el caso se desvanecieron de su mente, reemplazadas por el impulso primario de dejarse llevar.

Jake entre risas, disfrutando de su efecto mientras continuaba jugando con su intimidad. Alice no podía más que reír y gemir, su

cuerpo respondiendo a cada toque.

Mientras Jake seguía su juego, ella se sentía completamente a merced de su habilidad, atrapada entre la risa y los jadeos. En ese momento, la seriedad del trabajo y la capitana Willys se desvaneció, dejando solo el deseo y la conexión que compartían.

—Esto es... —Alice comenzó, pero fue incapaz de continuar. En vez de eso, su cuerpo la traicionó, dejándola caer en un mar de placer, sintiéndose completamente viva mientras Jake la guiaba hacia un clímax que no podía evitar.

La intensidad del momento creció aún más cuando Jake, con una decisión firme en su mirada, la levantó y la colocó de espaldas en la mesa. Alice sintió cómo su cuerpo se encendía al quedar al nivel de su rostro, la superficie fría del mobiliario contrastando con el calor que irradiaba de ella. Las manos de Jake se aferraron a sus caderas, manteniéndola en su lugar mientras se inclinaba hacia ella.

—Eres hermosa —susurró, su aliento cálido rozando su piel y haciendo que un escalofrío le recorriera la espalda. Alice se dejó llevar por la pasión, sintiendo la electricidad en el aire mientras su cuerpo respondía a cada toque.

—Déjame mostrarte cuánto te he echado de menos —dijo Jake, su voz resonando con un tono de promesa que la hizo contener el aliento. Con un movimiento rápido, se colocó entre sus piernas, su mirada fija en su espalda, mientras sus manos exploraban la suavidad de su piel.

—Jake... —comenzó Alice, pero las palabras se desvanecieron en un gemido cuando sintió la calidez de su miembro sobre su intimidad. La cercanía de su cuerpo, el roce, la hicieron perder el hilo de la razón. Estaba completamente a su merced, y, a la vez, disfrutando de cada segundo.

—Solo relájate y déjate llevar —murmuró Jake, sus ojos llenos de deseo mientras continuaba, devorándola con una intensidad que la hacía sentir viva. Cada movimiento, cada suave envestida la hacía perderse más en el placer.

Alice sintió cómo la tensión se acumulaba dentro de ella, como un resorte listo para estallar. La necesidad de él era palpable, y su cuerpo reaccionaba con cada toque, cada caricia que la llevaba más allá de sus límites. Sabía que estaban jugando con fuego, pero no podía resistirse a la química que ardía entre ellos.

—Jake... —susurró, sus palabras apenas un eco de lo que realmente deseaba.

Él se detuvo un momento, viendo como ella se voltea ligeramente, y mirándola a los ojos, una chispa de diversión y desafío en su mirada. —Dime qué quieres, Alice —dijo, su tono provocador.

—Quiero que no te detengas —respondió ella, su voz llena de urgencia. Fue suficiente para que Jake sonriera de forma traviesa, como si supiera que acababa de concederle un permiso.

Alice se dejó llevar por la sensación, sintiendo cómo el deseo la envolvía. Jake la penetraba sin detenerse, ahora sujetándola desde su largo pelo castaño. Mientras aprovechaba su soporte para envestirla con más determinación. Jake comenzó a jugar con su cuerpo, sus manos deslizándose por su piel, a medida que ella se humedecía por él, pidiendo más.

—Eres tan hermosa... Tan mía. —dijo Jake, su voz ronca de deseo. Alice sintió que su corazón latía desbocado, una mezcla de vulnerabilidad y poder.

Cuando él comenzó a explorarla con más profundidad, sus movimientos eran firmes, seguros, y cada roce la llevaba más lejos, desdibujando las líneas de la razón. Ella se entregó completamente a la experiencia, dejando que el placer inundara su cuerpo mientras la intensidad aumentaba. Olvidando por completo que se encontraban en aquel archivero.

Gimió, sintiendo que cada palabra era un reflejo del placer que la consumía. Las responsabilidades, el caso, incluso la capitana Willys se desvanecieron por completo. Solo existía el deseo, la conexión cruda y apasionada entre ellos.

Mientras el tiempo parecía detenerse, ambos se perdieron en el momento, dejando que su instinto y deseo guiaran cada acción. Alice sabía que estaban cruzando límites, pero, en ese instante, solo importaba la forma en que Jake la hacía sentir: viva, deseada, y completamente en control de su propio placer.

Ambos llegaron al orgasmo, que saborearon tal y como si la noche anterior no hubiera sido tal cual. Jake se sujeta de ella unos instantes antes de darle su espacio para que se re acomode.

Alice se queja de un pequeño dolor en las caderas antes de ver las manos de Jake marcadas en ella. Sin dejar pasar que sus piernas no paraban de temblar sin control.

Jake se acercó a Alice con una suavidad inesperada, tomando su blusa del suelo y extendiéndola frente a ella con una sonrisa ligera en el rostro. Sus ojos, que hace poco estaban llenos de intensidad, ahora brillaban con una calma tranquila. Lentamente, la ayudó a deslizar los brazos por las mangas, sus dedos rozando su piel con un toque casi reverente.

Alice observaba cada movimiento, un poco desconcertada por el cambio en la atmósfera. Jake no dijo una palabra mientras deslizaba la tela suavemente sobre sus hombros, asegurándose de que la blusa cayera en su lugar. Luego, tomó su chaqueta, y con el mismo cuidado, la sostuvo abierta para que ella pudiera ponérsela.

Sus manos trabajaban con delicadeza, como si estuviera manejando algo frágil, y aunque el momento era íntimo, había algo profundamente considerado en la manera en que él la vestía. Cada gesto parecía más una caricia que una simple ayuda.

—Te ves hermosa, como siempre —murmuró, casi para sí mismo, mientras alisaba la tela con sus manos antes de colocarle un mechón de cabello detrás de la oreja, sus ojos conectados con los de Alice.

Ella sintió que el aire en la habitación se hacía más denso, pero no de la misma manera que antes. Ahora había una ternura palpable, una vulnerabilidad que no había anticipado. Durante unos instantes,

permanecieron en silencio, el ruido del mundo exterior desvaneciéndose, como si solo existieran ellos dos.

—Gracias —dijo Alice suavemente, sorprendida por lo genuino que sonaba su propia voz.

Jake sonrió de nuevo, esa sonrisa que siempre parecía romper sus barreras, y, con una última mirada apreciativa, la ayudó a ajustar su ropa antes de dar un paso atrás.

—Ahora sí estamos listos para irnos —dijo, su tono desenfadado pero con un brillo especial en los ojos, como si todo lo que acababa de suceder fuera un simple preludio para lo que estaba por venir.

— ¿A que te refieres con irnos? Debo dormir aquí, ¿recuerdas?

Alice observa cómo Jake recoge las cosas con una eficiencia que le resulta extraña en ese contexto. Él siempre parecía tener un plan, un paso por delante de lo que ella podía prever.

—No tienes que preocuparte por nada, Alice —dice Jake, con una calma que la desconcierta mientras termina de recoger todo—. Vamos a un lugar donde puedas descansar de verdad.

Alice se ríe nerviosa, aunque no deja de sentirse tensa. —¿Y qué? ¿Me vas a secuestrar otra vez? —bromea, tratando de aligerar el ambiente, aunque por dentro se siente dividida. Parte de ella quiere confiar en Jake, como siempre lo ha hecho, pero hay algo en su manera de actuar que le provoca una leve sospecha.

Jake le sonríe, esa sonrisa que siempre tenía el poder de desarmarla. —Si quisiera secuestrarte, ya lo habría hecho —responde, en un tono juguetón pero cargado de verdad. Luego, su rostro se vuelve un poco más serio—. Confía en mí, Alice. Nada de esto va a costarte tu trabajo, lo prometo.

—Más te vale —contesta Alice, medio en broma, medio en advertencia—. Porque si pierdo mi trabajo por tu culpa, juro que te mato —añade entre risas, aunque sus palabras llevan una pizca de autenticidad.

Jake la mira de reojo, una mezcla de diversión y afecto en su expresión. —Pasará cualquier cosa menos algo que te perjudique, eso te lo aseguro.

Alice lo observa por un momento, su corazón acelerado por la mezcla de emociones que Jake siempre le provoca. Al final, suspira y decide confiar, como lo ha hecho tantas veces antes, aunque una pequeña voz en su interior le advierte que las cosas no son tan simples como él las hace parecer.

Cuando finalmente llegaron a casa, la tensión de la noche comenzó a desvanecerse, y el ambiente se sintió más relajado, casi cotidiano. Jake cerró la puerta detrás de ellos y se volvió hacia Alice con una sonrisa suave, como si todo lo que había pasado fuera parte de una larga rutina entre ellos.

—Vamos, nos vendrá bien descansar de verdad esta vez —dijo Jake, tomando su mano y llevándola al baño. Alice asintió, dejándose guiar mientras su mente procesaba todo lo ocurrido.

Ambos comenzaron a prepararse para dormir. Jake se quitó la chaqueta, colgándola con cuidado, mientras Alice desabrochaba sus propios zapatos y los dejaba junto a la puerta. Todo se sentía extrañamente natural. Se movían en sincronía, como si esto fuera algo que hubieran hecho mil veces antes.

En el baño, Alice sacó su cepillo de dientes mientras Jake hacía lo mismo. El sonido del agua corriendo llenó el pequeño espacio mientras se lavaban los dientes en silencio, solo intercambiando miradas a través del espejo. De vez en cuando, Jake se inclinaba hacia ella para darle un pequeño empujón juguetón con el codo, haciéndola reír con la boca llena de pasta dental.

Después de enjuagarse, Alice comenzó su rutina de skincare. Se tomó un momento para aplicar su limpiador facial, masajeando suavemente su piel con movimientos circulares. Jake la observaba desde el espejo, sonriendo mientras se inclinaba contra el lavabo, mirándola con una mezcla de ternura y diversión.

—¿Siempre haces esto? —preguntó, mientras ella se secaba el rostro con una toalla.

Alice rió, sin dejar de aplicar su suero. —Sí, Jake, esto es lo que las chicas hacemos para cuidar nuestra piel. Si vas a quedarte aquí conmigo, más te vale acostumbrarte.

Jake levantó las manos en señal de rendición. —Oye, no me quejo. Solo estoy impresionado. Nunca te vi hacerlo cuando estábamos juntos.

Alice sonrió, aplicando su crema hidratante. —Bueno, cuando éramos pareja, no pensaba mucho en el skincare. Estaba más ocupada persiguiendo a mis hermanos por la casa.

Jake asintió, sus ojos brillando con nostalgia. —Sí, Marcus tenía las manos llenas con todos ustedes, especialmente con Henry y Dereck. Ellos eran los más revoltosos.

Alice sonrió, recordando esas épocas. —Dios, sí. Henry siempre estaba buscando alguna travesura, y Dereck solo lo seguía, como si fuera su sombra. Aunque creo que Anthony fue el más tranquilo de todos. Se la pasaba metido en sus libros.

—Y Erick... —añadió Jake—, siempre estaba intentando colarse en las cosas de Marcus. Creo que solo quería ser como él. Marcus era una especie de héroe para él.

Alice asintió, aplicándose un bálsamo en los labios. —Lo sigue siendo, aunque Erick ha tenido sus problemas últimamente, ya sabes, su ira es un asunto difícil de lidiar.

Jake frunció el ceño con preocupación. —Sí, eso no es algo nuevo. Pero bueno, si alguien puede sacarlo de eso, es Marcus. Siempre ha sido el más responsable.

Alice se detuvo un momento, sacando su teléfono para revisar los mensajes. Vio uno de Marcus, que decía: "¿Todo bien? ¿Con quién estás?"

Con una sonrisa, Alice respondió rápidamente: No te preocupes. Estoy en buenas manos. Jake y yo estamos bien.

Apenas unos segundos después, la respuesta llegó: "Me debes una explicación, señorita."

Alice soltó una risa baja, mostrando el mensaje a Jake antes de volver a su rutina.

Capítulo 15

Al siguiente día, Alice entra a la estación, agotada por la jornada anterior. En cuanto pone un pie en el pasillo principal, Carlos, director de patrullaje, la detiene con una expresión preocupada.

—Oye, Alice... —dice con voz baja— ¿De verdad firmaste los turnos dobles para Clark y Loyd esta semana?

Alice frunce el ceño.

—¿Qué? No, eso debió haber sido Willys.

Carlos asiente lentamente, con los labios apretados.

—Lo pensé. Pero está firmado con tu nombre. Y no solo eso... Brooklyn está molesta por una orden de búsqueda que Willys dice que tú gestionaste sin respaldo del archivo.

Alice siente un nudo en el estómago.

—¿Está usando mi nombre para arruinar relaciones internas?

—Eso parece. —Carlos baja la voz—. Tal vez deberíamos hablar con recursos internos, Alice. No podemos seguir así.

Alice niega con la cabeza, cansada.

—No aún. Si alguien va a hablar con Willys... debería ser yo.

Desde el fondo del pasillo, Jake observa la escena, apretando los puños discretamente.

Alice lo mira, con una cara de "no te entrometas". Esto, debido a que, si Jake intentaba jugar cartas por ella, Willys podía manchar su hoja de vida por completo.

Momentos después Alice se encierra en su oficina en busca de tranquilidad en un día que parecía estar tomando todo de ella.

Brooklyn coloca un fajo de expedientes frente a Alice con más fuerza de la necesaria.

—Aquí están tus solicitudes "urgentes". La próxima vez, revisa la política de acceso antes de hacerme quedar como una estúpida ante la capitana.

Alice la mira con una mezcla de rabia e impotencia.

—Brook, no fui yo... — dice Alice entre dientes con las lágrimas en los ojos.

Brooklyn la observa durante un segundo más... y luego su expresión se suaviza, aunque no del todo.

—Entonces estás en problemas. Y no solo tú, Alice. Willys está jugando sucio, y si caes tú, caeremos todos contigo.

Brooklyn sale del cuarto oscuro de Alice, también con lágrimas en sus ojos. No quería abandonar a su amiga, y verla en esta posición se hacía muy complicado para todos. Especialmente cuando el estar cerca de ella implicaba que sus amigos quedaran en la lista negra de Willys.

Más tarde, Alice sigue encerrada en la pequeña oficina a revisar pruebas. Está sola. O eso cree.

Jake entra sin decir palabra, con una taza de café caliente y un termo extra bajo el brazo. Coloca todo en la mesa sin mirarla directamente.

—Sin azúcar. Como te gusta —dice suavemente.

Alice se queda en silencio. Solo después de unos segundos lo mira, sus ojos cansados llenos de algo que mezcla culpa y necesidad.

—No tenías que hacerlo.

—Lo sé. Pero sé cuándo necesitas ayuda... aunque no puedas pedirla.

Jake saca de su chaqueta una libreta de notas con todos los horarios manipulados por Willys. Lo ha estado investigando por su cuenta, sin que Alice se enterara.

—Aquí está tu defensa. Si decides pelear.

Alice lo observa, emocionada por dentro, pero forzada a mantener el muro.

—Gracias, Jake. Pero si te ven trayéndome café todos los días, lo sabrán. Ella lo sabrá.

Jake se encoge de hombros con una sonrisa triste.

—¿Y qué? Si no puedo cuidarte a la vista de todos, al menos puedo hacerlo en las sombras.

Alice se conmueve y decide tomar el café. Lo necesitaba más que nada.

(...)

Narración de Alice.

A veces siento que camino sobre vidrios. En cada paso crujen las miradas que ya no me miran igual, los rumores que muerden bajito desde las esquinas de los pasillos. Sé que la capitana Willys está detrás de todo esto. La forma en que organiza mis turnos, los cambios "casuales" en los reportes que firmo sin haber escrito, las órdenes que se ejecutan en mi nombre sin mi consentimiento.

Pero lo que más duele no es Willys. Es Brooklyn evitándome en el almuerzo. Carlos bajando la mirada cada vez que paso. Clark y Loyd murmurando entre ellos cuando les asignan un caso conmigo.

Me estoy quedando sola.

O eso creía.

Cuando entré a la sala de descanso esa mañana, el aire se sintió más espeso de lo habitual. Brooklyn estaba apoyada en la mesa,

comiéndose una manzana. Clark hojeaba su libreta, y Loyd... bueno, él estaba de pie, como si me esperara.

Carlos fue el primero en hablar.

—Alice —dijo, directo, sin rodeos—. Tenemos que hablar.

Lo supe por su tono. Ese que usa cuando las cosas están a punto de incendiarse.

—¿Qué hice ahora? —pregunté con cansancio, recargando la espalda en la pared.

Brooklyn me miró. No con rabia. Con algo peor: decepción.

—No se trata de lo que hiciste. Se trata de lo que estás permitiendo que te hagan —dijo.

Eso me sacudió.

—¿Crees que permito esto? ¿Crees que estoy de brazos cruzados viendo cómo Willys manipula cada documento que sale con mi nombre? ¡¿De verdad piensan que me estoy dejando hundir a propósito?!

—¡Alice, no estamos en tu contra! —interrumpió Clark, levantando las manos—. Estamos preocupados.

Loyd asintió.

—La capitana te está saboteando. Está usando tus horarios, tus permisos, hasta tu firma... y todos lo sabemos. Solo que... nadie ha sabido cómo decírtelo sin que parezcas que estás colapsando.

Me reí. No con humor. Con ese tipo de risa que uno suelta cuando se está rompiendo.

—¿Y qué creen que ha sido esto? Estoy trabajando doce horas en una oficina sin ventanas. Me asignan casos archivados solo para que me entretenga mientras me quitan los importantes. Me cambiaron de equipo sin consultarme. ¡Y ahora ustedes dudan de mí!

Carlos se levantó y caminó hasta mí. Me tocó el hombro, y eso fue suficiente para que las lágrimas comenzaran a amenazar con salir.

—No dudamos de ti, Ali. Dudamos de lo que estás soportando sola.

Y entonces solté todo.

—Estoy cansada. Estoy tan malditamente cansada. Willys no me quiere aquí. Y lo peor es que sé por qué. Todo se remonta a Simons . A nosotros. Piensa que mi tipo de relación con él es una debilidad. Cree que puedo desconcentrarme y fallar en mi trabajo.

—¿Estás con Simons? —preguntó Brooklyn con sorpresa.

Asentí, con los ojos fijos en el suelo.

— Demonios chica, no se te escapa ninguno. Estoy orgullosa.

— ¿debería sorprenderme? — dice Carlos mirando a otro lado, obviamente para nada sorprendido por la declaración.

—Ammm... Pero no es lo que creen. No es una aventura. No es algo sucio. Es... lo único que me mantiene cuerda ahora mismo.

Un silencio se instaló en la sala. Era tenso, pero no hostil. Después de un segundo, Brooklyn dejó su manzana a un lado.

—¿Por qué no nos lo dijiste antes?

—Porque tenía miedo. Miedo de que me vieran como una carga. De que pensaran que no podía con esto sola. De que... si sabían lo de Simons, los metiera a todos en problemas o perdieran el respeto hacía mi.

Brooklyn suspiró y se acercó a mí. Me abrazó. Fuerte. Como si no me odiara. Como si nunca lo hubiera hecho.

—No estás sola, estúpida —dijo contra mi cabello—. Somos un equipo. Y si Willys te está empujando al borde, nos va a encontrar a todos de frente.

Loyd, que siempre ha sido más nervioso, se cruzó de brazos.

—Si Willys quiere jugar sucio, nosotros podemos jugar en equipo.

Carlos asintió.

—Déjanos ayudarte, Alice. No más secretos. No más asumir todo sola.

Me sequé una lágrima antes de que cayera del todo.

—Gracias. No tienen idea de lo que esto significa para mí.

Carlos me dio abrazo suave por la espalda, como si cerrara con ella un pacto tácito. Brooklyn, siempre directa, fue la primera en dar el siguiente paso.

—Tenemos que averiguar por qué Willys está tan obsesionada contigo. No puede ser solo profesional.

—¿Qué estás insinuando? —pregunté, aún limpiándome la cara.

—Que esto es personal —intervino Clark, cruzado de brazos—. Nadie toma tantas molestias para arruinar a alguien solo por temas de trabajo. Tiene que haber algo más.

—¿Tal vez un resentimiento viejo? ¿Una enemistad familiar? —sugirió Loyd con tono conspirativo.

Carlos negó con la cabeza.

—No. Esto empezó hace unas semanas. Justo cuando se filtró el rumor de que tú y Simons estaban... hablando mucho.

Me detuve. El silencio fue inmediato. Todos sabían lo que yo estaba pensando, aunque nadie se atrevía a decirlo en voz alta. Fue Brooklyn quien lo escupió:

— Pero, también hubo un rumor de que estaba hablando mucho con Donovan... Eso no tiene sentido. — dije entre dientes.

—¿Y si está enamorada de Simons?— dice Brooklyn mirándome fijamente.

La idea flotó como humo en el aire. Absurda al principio. Pero, lentamente, nuestros cerebros comenzaron a tejer recuerdos, pequeños momentos que ahora adquirían un nuevo significado.

—La vez que Simons presentó su informe y Willys lo interrumpió para preguntarle sobre su "vida personal"... —dije en voz baja.

—O cuando ella canceló la rotación de turnos justo después de que tú y Simons comenzaron a salir —añadió Clark.

—Y aquella vez que ella coordinó personalmente que Simons te entregara una llave de la sala de pruebas. Él no era el indicado.

Cualquier otro guardia habría servido —dijo Brooklyn, con los ojos entrecerrados.

Carlos frunció el ceño.

—No tenemos pruebas, pero si sus celos la están motivando, eso es aún más peligroso. Se vuelve impredecible.

Apoyé la frente contra mis manos.

—¿Qué hago si tiene algo con qué destruirme?

Brooklyn se inclinó hacia mí con los ojos firmes.

—Te blindamos. Todos. Desde ahora, no firmás un papel sin que uno de nosotros lo revise. No te dejamos sola con una orden ambigua. Y cualquier acusación falsa, la documentamos. Vamos a cuidarte, Alice.

Mi corazón se conmovió. Tenía a mi equipo soñado cubriéndome y eso no tenía precio alguno. Teníamos que encontrar la forma de derrocarla.

Brooklyn me interceptó con una tablet en la mano.

—Mira esto —dijo, mostrándome un correo que supuestamente yo había enviado solicitando el cierre de una investigación sobre un robo.

—No lo escribí —dije, con un escalofrío.

—Ya lo sé. Revisé los metadatos. El mensaje fue generado desde una dirección paralela que imita la nuestra. Técnicamente no es falsificación... pero es trampa.

Loyd, que se acercó en ese momento, comentó:

—Ya imprimimos la evidencia y lo dejamos en custodia de archivos. Por si acaso.

Brooklyn me guiñó el ojo.

—Un punto para el equipo.

No hay cosa más frustrante que escuchar cómo las paredes del precinto respiran a tus espaldas. Y cuando lo hacen con voz propia,

burlona, siempre me imagino que tienen el tono de Willys: afilado, con olor a café quemado y ambición rancia.

Luego del descanso,
Esa tarde llegué con la misma convicción con la que uno entra al dentista: sin expectativas y con las muelas apretadas. Jake me había dejado un mensaje en la servilleta del desayuno que decía "Respira. Hoy no te rompes". No sabía si quería abrazarlo... o arrojarle la servilleta por cursi. Lo amaba. Pero el caos era mío, y solo mío, últimamente.

El pasillo estaba casi vacío. Solo se escuchaba el zumbido de las luces y el sonido familiar de Loyd deslizándose en su silla con ruedas como si estuviera en la pista de Mario Kart.

Lo vi girar en el pasillo frente a la sala de evidencias.

—¡Loyd! —le grité—. ¿Otra vez compitiendo contra tus propias ilusiones de ser útil?

Se detuvo en seco y me saludó como un boy scout.

—Detective Jill, me encontraba en una operación de rastreo táctico de café extraviado. Misión crítica. Nivel: supervivencia.

Sonreí a medias. Loyd tenía ese talento de hacerme reír justo cuando sentía que iba a incendiar algo.

—¿Y qué has localizado, agente de la Interpol imaginaria?

—El olor de Brooklyn furiosa saliendo de la sala de archivos. Prepárate.

Lo seguí, y efectivamente, Brooklyn salió con una carpeta gruesa y su moño despeinado —lo cual en su caso era un signo de guerra civil interna—.

—¡Alice! —gritó, agitando la carpeta como si fuera una bandera de rendición—. ¿Me explicas por qué firmaste dos peticiones de red de datos en menos de 24 horas sin consultar al sistema principal?

—¿Yo qué? —me acerqué, sorprendida.

—Mira —abrió la carpeta—. Dos formularios con tu firma. Uno a las 14:02 y otro a las 22:18. Ambos usando tu clave. El segundo tenía prioridad absoluta. Por tu nombre.

Miré los documentos. Mi firma estaba ahí. Digital. Precisa. Pero no recordaba haber hecho eso. Otra trampa de Willys.

—Brook... esto no es mío. Yo no firmé el segundo.

Brooklyn se quedó en silencio un momento. Luego suspiró, y sin decir palabra, arrancó la hoja falsa, la rompió en dos y la lanzó al cesto.

—Listo. Lo vi, lo rompí, no existió. Cosa de archivos —dijo con un guiño.

Loyd aplaudió con teatralidad.

—¡Diosa de la destrucción de pruebas falsas! Si nos atrapan, quiero que testifiques primero tú.

—Por favor, Clark, si nos atrapan tú confiesas hasta que una sombra te mire feo.

Nos reímos los tres. Fue liberador.

Brooklyn se acercó a mí con una seriedad nueva.

—. Lo siento si al principio fui dura, esta situación me está volviendo loca. Willys me confundió, como a todos. Pero ya no más.

Mi pecho se encogió. La abracé sin pensarlo.

—Gracias, Brook. Te extrañaba... incluso tu dictadura en el área de archivos.

—Y yo a ti. Aunque no extraño tus papeles mal etiquetados. Horrendos.

—¡Eso fue UNA vez!

Clark levantó la mano.

—Fueron tres.

—¡A nadie le gusta el delator, Clark!

(...)

Si me hubieran dicho que algún día vería a Carlos descalzo en mi alfombra, a Brooklyn inspeccionando mi colección de libros como si buscara evidencia oculta, a Clark jugando con la tostadora y a Loyd preguntando si podía "alimentar al gato invisible"... no habría sabido si reír o mudarme.

Y, sin embargo, ahí estábamos. Todos en mi casa. No por casualidad. No porque fuera cómodo. Sino porque necesitábamos un refugio. Un cuartel. Una zona libre de Willys y sus trampas. Y lo más importante: un lugar donde pudiéramos respirar sin mirar sobre el hombro.

Brooklyn se había apoderado del sofá principal y tenía una manta sobre las piernas como si estuviera viendo una serie. Clark tenía su laptop abierta sobre el regazo, con códigos corriendo como si hackeara la NASA. Carlos estaba organizando fideos instantáneos sobre la barra de la cocina, y Loyd... estaba sentado en el piso, viendo las fotos familiares de la pared con cara de "qué novela es esta y por qué no la vi antes".

Yo no sabía por dónde empezar. No había tenido tanta gente en casa desde que mis hermanos y yo éramos adolescentes. Y ahora, con este grupo de locos adorables desparramados por mi sala, sentí algo que no había sentido en semanas: hogar.

—¿Podemos hablar de lo limpia que está tu casa? —dijo Brooklyn, levantando una ceja mientras se acomodaba la coleta—. Me siento en una portada de revista minimalista.

—¿Tú limpias esto o es uno de tus hermanos ocultos con habilidades de ama de casa? —preguntó Carlos desde la cocina.

—¿Por qué asumen que no puedo ser ordenada? —pregunté, cruzándome de brazos.

—Porque vi tu escritorio —dijo Clark sin levantar la mirada de su pantalla.

—¡Y yo he estado en tu oficina temporal! Ese lugar grita "socorro" —agregó Loyd.

Me reí, resignada.

—Ok, ok. Tal vez soy un desastre en el trabajo, pero aquí... aquí sí intento tener control.

Brooklyn se levantó, con una taza de té entre las manos, y se acercó a la pared de fotos.

—¿Estos son tus hermanos? —preguntó, señalando una imagen donde estamos todos apretados en un sofá, riendo con la boca abierta.

Asentí, caminando hasta ella. Me paré junto a la pared y comencé a presentar uno por uno.

—Ese de allá, con la sonrisa que parece anuncio de dentífrico, es Marcus. El mayor. Fue el que me cuidó cuando todo se desmoronó. También fue el que me enseñó a ponerme la corbata de uniforme. Y el primero en decirme que podía con todo esto.

Brooklyn asintió con una sonrisa.

—¿Soltero?

—¡Brook! —grité, entre risas.

—¿Qué? Es para tener una idea del nivel de atractivo familiar. Siguiente.

—Ese con el libro que parece más grande que él es Anthony. Era el que se metía en la biblioteca cuando los demás jugaban fútbol. Leía sobre filosofía a los diez años. Lo amo, pero a veces hablaba como si tuviera 84 años y estuviera decepcionado de todos.

—Definitivamente mi tipo —susurró Brooklyn.

—Ese, con el ceño fruncido y la gorra al revés, es Erick. El volcán. Se enoja fácil, ama fuerte, y aunque diga lo contrario, tiene el corazón más grande del grupo. Me enseñó a lanzar piedras... y a pedir perdón después.

—¿Es el que rompió la ventana del auto de tu vecino? —preguntó Clark.

—No... ese fue Henry —respondí, señalando al chico con una sonrisa traviesa y un dedo en la nariz—. Henry es el caos en forma de humano. Si algo se rompía, él estaba cerca. Si algo explotaba, él lo había planeado. Y si algo desaparecía... probablemente se lo había comido.

Loyd se rió tan fuerte que derramó su refresco sobre la alfombra.

—¡Lo siento! ¡Lo limpio! ¡No me eches! — Solo reí y volví a enfocarme en las preguntas de Brook.

—¿Y ese? —Brooklyn señaló la última foto, donde aparecía un joven serio, apoyado en una baranda de madera con los brazos cruzados.

—Dereck —dije, con una mezcla de ternura y melancolía—. El más callado. El que observaba desde las sombras. Pero era él quien siempre notaba si estabas triste, aunque no lo dijeras. Me regaló mi primer cuaderno de detectives cuando recién me mudé.

—Wow —murmuró Carlos—. Tienes una historia densa, Jill. Y todos ellos... se nota que te formaron.

—Sí —dije, tragando saliva—. Y aunque no compartimos sangre, ellos son mi familia. Me adoptaron con los brazos abiertos. Nunca me hicieron sentir que era menos, evidentemente luego de varios encontronazos, pero supongo que es normal entre hermanos. Me dieron el apellido. Y un lugar.

Hubo un momento de silencio. Brooklyn dejó su taza en la mesa y se acercó a abrazarme.

—Eres increíble, Ali. En serio. Nunca habías contado todo esto. Pensé que solo te gustaba quejarte de la administración.

—Lo hago. Pero también tengo corazón.

—¡No mucho! —gritó Clark desde la cocina—. Me rechazaste cuando te ofrecí mi barra de chocolate favorita. ¡Eso no se olvida!

—Eso fue hace tres semanas. Y sabes que no puedo comer nada que tenga almendras, ¡y eso tenía almendras!

— lo recordaré siempre.

Todos nos reímos. La risa llenó el espacio como perfume cálido. Loyd sacó su teléfono y puso una lista de reproducción antigua. Empezó a sonar una canción de los 2000s. Brooklyn y Clark se pusieron a bailar como si estuvieran en una fiesta de graduación, mientras Loyd intentaba seguirlos pero parecía más un robot descompuesto.

Me senté en el borde del sofá y observé la escena, sintiendo cómo el nudo en mi pecho se aflojaba. En ese instante, no había Willys, ni amenazas, ni sospechas. Solo nosotros. Riendo. Siendo.

—¡Ey! ¿Y este hombre misterioso con cara de "agente secreto sexy"? —preguntó Brooklyn, señalando una foto más reciente. En ella, Jake estaba conmigo, los dos sonriendo frente al lago donde tuvimos nuestras primeras vacaciones de campo. Él con camisa remangada y gafas oscuras. Yo con una gorra y el cabello desordenado.

— Quizás porque lo es. — dije entre dientes tratando de esconder lo inevitable.

— Espera, se parece mucho a...

—Oh no... —murmuré.

—¿ES ZACK SIMONS?

—¿Simons? —dijo Carlos, levantándose—. ¡Ese es Simons! ¡Agente Simons! ¡Yo pensaba que era tu novio o algo!

—¡ES TU HERMANO! —gritó Clark desde el piso—. que asco, ¿No nos dijiste que eras adoptada?

—Sí, pero ¡eso no tiene nada que ver! ¡No somos hermanos realmente!

—Menos mal... porque esta foto grita "¡nos besamos fuera de cámara!" —bromeó Brooklyn.

Me tapé la cara.

—¡Por favor, ya! ¡Dejen de sexualizar mis fotos familiares!

— No entiendo, ¿Entonces tiene una identidad falsa?

— Ya dejen de hacer preguntas, por favor...

En ese momento, como si hubiera estado esperando su entrada triunfal, Jake apareció por la puerta, con una bolsa de donas y dos jugos.

—¿De qué me estoy perdiendo? —preguntó, con la sonrisa más desvergonzada del mundo.

—¡De tu telenovela! —gritó Brooklyn—. "El agente secreto y la adoptada: una historia prohibida".

— Vaya, si que tardaste para decirles. — insinúa Jake riendo mientras pasa por la cocina.

Jake se rió, se acercó y dejó la bolsa en la mesa.

—Wow. Nunca pensé que mis apariciones fotográficas causarían tanto revuelo. ¿No me reconocieron?

—¡Claro que no! ¡Pensamos que eras el típico "modelo que acompaña a la familia en sus fotos"!

Jake se encogió de hombros.

—Quería mantener el misterio. Y además... es más divertido verlos reaccionar así.

—Voy a necesitar terapia —dijo Loyd, tapándose los ojos.

Jake se sentó junto a mí y me pasó un jugo.

—¿Ya contaste cuando intentaste seducir a Erick para que te diera información sobre mi?

— ¿QUÉ? — todos gritan exaltados.

—¡JAKE!

—¿Qué? Estaban compartiendo. Yo solo quería aportar.

Brooklyn lo miró con los ojos entrecerrados.

— Entonces... ¿Interrumpí la orgía de carbohidratos? — dice Jake entre carcajadas.

—Solo puedes quedarte si nos traes donas —respondió Brooklyn sin mirarlo.

—O una razón para creer que todo esto no es en vano —dije, mirándolo con ternura.

Jake se incorporó sin decir nada más, tomándome de la mano.

—Creer en ti siempre fue razón suficiente.

—Está bien. Te aceptamos en la pandilla, Simons. Pero si haces llorar a Jill, te perseguimos hasta que te arrepientas de haber nacido.

—Anotado. Pero también quiero aclarar que ya lloró una vez viendo un documental de pingüinos. No siempre soy yo el problema.

Todos rompieron a reír.

Y así fue como, sin planearlo, decidimos que necesitábamos más que café rancio y papeles para seguir tramando nuestra rebelión. Una hora después, estábamos todos juntos en la misión.

Mientras hablábamos de nuestras teorías sobre Willys, las pruebas que habíamos reunido, las formas en las que podríamos presentar el caso ante el consejo de precintos, supe que no solo tenía aliados. Tenía una familia extendida. Una que me había elegido.

No por sangre. Sino por cariño.

Estábamos listos para entregar ese reporte mañana temprano y deshacernos de Willys de una vez por todas.

Cuando uno tiene cinco hermanos, aprende a guardar secretos de forma automática. Es como un reflejo: si dices demasiado, alguien se entera, se burla, lo grita en la cena o, peor, lo usa para chantajearte con helado.

Pero Marcus... Marcus era distinto.

Siempre supo cuándo no preguntar, cuándo callar, cuándo abrir los brazos. Y, sin embargo, esta vez fui yo quien tardó demasiado. En hablar. En explicarle. En decirle que mi mundo se estaba desmoronando y que no era solo por Willys, o por el trabajo. Era por mí. Por las decisiones que tomé, por cómo me escondí de él —de todos— creyendo que podía manejarlo sola.

Esa noche, cuando ya todos se habían ido y Jake dormía en el sillón de la sala, con una dona medio comida en la mano, tomé el teléfono y marqué el número de Marcus. Mis dedos temblaban.

Él respondió en el segundo tono.

—Hey Ali, ¿Pasa algo?

Su voz siempre suena así: como si ya supiera que algo no está bien.

—¿Estás ocupado?

—Estoy en el apartamento que alquilé en las afueras de la ciudad. Ya estamos en Los Ángeles pero no podía soportar manejar una hora más con tus hermanos como acompañantes.

— Eso es muy normal. — me rio ligeramente, — Y ¿qué están haciendo ahora?

— Erick está viendo lucha libre con Dereck, Henry está enseñándole a Anthony a usar TikTok y yo estoy escondido en el balcón para tener paz. ¿Tú?

Tragué saliva.

—¿Puedo pasar por el apartamento? necesito hablar contigo.

Un silencio breve. Y luego:

—Te estoy esperando.

Luego de cerrar, Alice decide despertar a Jake e ir con él a encontrarse con Marcus y sus hermanos para ponerse al día con todo.

Colgué la llamada y me quedé sentada un instante, observando el perfil dormido de Jake en el sillón. Tenía la cabeza echada hacia atrás, la boca entreabierta y la dona aún en equilibrio milagroso sobre su mano. Llevaba horas resistiendo el sueño por mí, por ayudarme con los documentos, por asegurarse de que comiera algo más que café recalentado. Y aun así, ahí estaba, profundamente dormido en mi caos.

Me acerqué despacio, me agaché frente a él y con una voz apenas más fuerte que un susurro, le toqué la pierna suavemente.

—Jake... despierta. Necesito que vengas conmigo.

Su ceño se frunció antes de abrir los ojos con lentitud. Parpadeó un par de veces, desorientado.

—¿Qué pasa...? ¿Qué hora es?

—No importa. Marcus me dijo que podía ir a verlos. Necesito contarle todo. Ya no quiero seguir guardando esto. Y quiero que tú estés conmigo.

Jake se incorporó sin dudar, como si hubiera estado listo para salir corriendo en cualquier momento.

—Claro. Vamos. ¿Tienes la dirección?

Asentí. Él se levantó, se sacudió las migas de la camisa —porque por supuesto que había migas—, y sin decir nada más, fue a buscar su chaqueta.

Cuarenta minutos después, estacionábamos frente al edificio de ladrillos modernos que Marcus había alquilado en las afueras de Los Ángeles. Las luces interiores se filtraban por las cortinas gruesas del departamento del tercer piso. A través de la ventana, vi una silueta bailando. Probablemente Henry.

Jake tomó mi mano justo antes de bajar del auto.

—Estás temblando —dijo.

—No de miedo —respondí—. De alivio.

—Estoy contigo —me dijo, y por primera vez en días, supe que eso era suficiente para avanzar.

Marcus abrió la puerta antes de que golpeara. Me observó un segundo, su mirada llena de ese lenguaje silencioso que siempre tuvimos. Luego me abrazó.

—Pasen. Está todo como esperabas: desordenado, ruidoso y emocionalmente inestable.

—Perfecto. Me recuerda a casa.

El lugar olía a pizza, papas fritas y spray para zapatos. En la sala, Anthony tenía el ceño fruncido frente al celular, mientras Henry

grababa un video de Erick haciendo flexiones sobre el sofá. Dereck estaba de espaldas en la cocina, organizando cereales por color.

Cuando me vieron, la reacción fue inmediata.

—¡ALICE! —gritó Henry, levantando ambas manos como si hubiera visto a una celebridad.

—¡Hey, detective favorita! —dijo Dereck, ya con una sonrisa—. ¿Qué haces aquí a estas horas?

Jake se adentró en la habitación , con la cabeza baja como si supiera lo que venía.

— ¡JAKE! — todos exclaman en conjunto. Vaya crossover.

— Vaya vaya, pero que tenemos aquí... — Dice Erick con una sonrisa burlona.

— Espero que todo esto valga la pena. —dijo Anthony, cerrando la app de TikTok.

— Ahora que ocurrió, desembucha. — dice Dereck sentándose sobre la mesa de la cocina.

Marcus señaló hacia el balcón.

—Primero hablaré con Alice. Luego hablamos sobre Jake.

Me reí y asentí, sintiendo una oleada de gratitud. Salí con Marcus al balcón, Jake se quedó adentro con los chicos. El aire fresco me pegó en la cara como una bofetada reconfortante.

Nos sentamos en las dos sillas de aluminio. Marcus tenía una taza de té medio fría, pero aún humeante.

El balcón de Marcus siempre fue un lugar sagrado. Desde adolescentes, en todas nuestras casas siempre los balcones eran donde él leía, donde hablábamos de la vida, donde yo me quejaba del colegio o le pedía que me comprara un chocolate del minimarket.

Me senté junto a él. Las luces de la ciudad titilaban en el fondo, como si todo estuviera en calma, aunque mi cabeza fuera una tormenta.

No supe por dónde empezar.

—Me siento... perdida.

—¿Qué tanto te perdiste, Ali? —preguntó, con suavidad.

—Hasta el fondo. —Tomé aire—. Me enamoré de alguien que no debería. O al menos eso parece. El trabajo se volvió una trampa. Y estoy al borde de perderlo todo.

Marcus asintió, sin interrumpirme.

— ¿Algo con Willys? —murmuró.

Mis ojos se abrieron.

—¿Lo sabías?

—Tú no eres tan buena mintiendo como crees.

Me reí por lo bajo, negando con la cabeza.

—Qué sutil.

—Mucho. Pero cuéntame tú. Todo. Sin filtro.

Me quedé mirando el fondo de la taza.

—Empezó con Jake. Él... siempre estuvo ahí. Al principio solo era apoyo. Compañerismo. Pero después... fue más. Me cuidaba cuando nadie lo hacía. Me escuchaba. Me hacía reír. Y yo... lo elegí.

—¿Lo sigues eligiendo?

—Sí. A pesar de todo.

Marcus asintió, pensativo.

— y ¿el tal Donovan?

— Estamos bien. Supongo que tuve que estar con Donovan y escuchar lo irónico que era el hecho de que el y Jake fueran cercanos, lo suficiente como para que me contara cómo fueron las cosas desde su punto de vista.

— Te dije que nunca dejo de amarte.

— Lo sé. Pero supongo que tú querías que viera todo eso por mi misma.

— Así es...

— Que astuto.

—Como siempre. — ríe a boca cerrada — ¿Y Willys?

—Lo descubrió. O lo sospechó. Desde entonces... me reubicó. Me quitó casos. Falsificó documentos con mi firma. Me dejó sola. Y yo dejé que pasara. Me escondí. No quise que ustedes supieran. No quería preocuparlos. Ni decepcionarte.

Marcus giró para mirarme.

—¿Decepcionarme?

—Sí... tú siempre has sido el fuerte. El ejemplo. El que tomó el timón cuando todo se vino abajo. Y yo... siento que si fallaba, no solo perdía mi trabajo. Perdía... la imagen que tienes de mí. Y todo porque ella está enamorada de Jake.

— No puede ser... — Marcus no puede evitar reírse al escuchar tal abominación.

Marcus soltó un suspiro suave.

—Alice Grace Jill... ¿Tú crees que yo te quiero porque haces bien tu trabajo?

—No sé... tal vez. Por cómo enfrentaste todo con mamá y papá, por cómo cuidaste a todos. Yo pensé que si yo no podía hacerlo como tú, entonces...

—Entonces te equivocaste —dijo, firme pero cálido—. ¿Sabes qué es lo que más admiro de ti? Que no dejas de luchar. Que aunque estés herida, sigues. Que aunque te sientas sola, no te rindes. Yo soy fuerte, sí, pero tú... tú eres la más valiente.

Tragué saliva. No quería llorar. Pero la garganta se apretó.

—Y si pierdo el trabajo... si todo se derrumba...

—Entonces se derrumba. —Marcus apoyó su mano sobre la mía—. Pero tú no te defines por eso. Alice, tú has construido algo que ni Willys ni nadie puede destruir: relaciones. Respeto. Amor. Jake. Nosotros. Tus amigos. Esa es tu reputación. No un maldito archivo

de desempeño. Y si todo se viene abajo, tienes este techo. Tienes mi casa. Tienes una red.

—No quiero volver a empezar...

—No vas a volver a empezar. Solo vas a cambiar de dirección. ¿Te acuerdas cuando querías ser ilustradora de novelas gráficas?

Reí, bajito.

—Y tú me regalaste ese cuaderno con hojas negras. Yo dibujaba detectives con capas y galletas de avena como armas.

—Y todos estaban basados en nosotros.

—Y tú... siempre fuiste el jefe de la agencia. Siempre.

—Siempre —sonrió.

Hubo un momento de silencio. Una calma tan serena que me sentí niña otra vez.

—Gracias —susurré—. Por no juzgarme. Por... recordarme quién soy.

Marcus me miró con ese brillo que solo aparece cuando va a decir algo importante.

—Alice, el mundo puede ser cruel. Pero si elige serlo contigo, entonces se va a enfrentar a todos los que te aman. Incluyéndome. Y si Willys está tan obsesionada contigo por algo relacionado con Jake... Podemos manejarlo. Y si tengo que interferir, lo haré.

—No quiero que te metas en problemas.

—Lo haré con elegancia. Tú sabes que soy diplomático. Pero yo no voy a quedarme viendo cómo te rompes sin hacer nada.

Le sonreí. Él me sonrió de vuelta.

—¿Y Jake? —preguntó, con picardía—. ¿Ya te hizo llorar o aún no?

—Solo cuando ponemos documentales acerca de pingüinos.

—¿sientes que Te ama?

—Creo que sí.

—¿Y tú?

—Sin duda.

Marcus asintió.

—Entonces ya ganaste.

Reí, limpiándome las mejillas.

—¿Y tú? ¿cómo vas con Charlotte?

Marcus resopló.

—Las cosas se han complicado un poco por el trabajo y no la he podido ver. Estoy más seco que pan de hace tres días.

—Lo puedo imaginar. —dije con una carcajada—. Brooklyn preguntó si estabas soltero hace más o menos dos horas.

—¿Y tú qué dijiste?

— nada en particular, pero le advertí que eras un caos emocional envuelto en traje bonito.

—Exactamente como soy. Buen resumen.

Nos quedamos un rato más, en silencio. Viendo la ciudad, escuchando los ruidos del interior, recordando que incluso en medio del desastre... aún había cosas que nos pertenecían.

Marcus y yo volvimos a la sala donde me encuentro a Jake cara a cara.

—Hola, hermosa —susurró.

—Hola, desastre —respondí, riendo.

Los chicos estaban todos sentados en la sala. Algunos en el suelo, otros sobre cojines, como en una reunión tribal.

—¡Mírenlos! ¡Los novios trágicos! —gritó Henry—. ¡Romeo y Julieta, versión precincto!

—¿Quién es Julieta? —preguntó Jake, mirando a su alrededor.

—Tú, claramente —dijo Anthony.

Jake fingió indignación.

—¡Retiro mis donas!

—¡¡NOOO!! —gritaron todos a coro.

La sala se llenó de risas.

En cuanto nos ponemos cómodos, empiezo a contar lo sucedido en apoyo con Jake y Marcus.

—¿Qué pasó? —preguntó Erick con voz grave—. ¿Estás bien?

Respiré hondo. Y solté la bomba.

—Estoy bajo investigación en el precinto. Willys... me quiere fuera. Me ha saboteado. Me falsificó documentos. Me reubicó, me cerró casos. Todo desde que... desde que empecé a salir con Jake.

Un silencio.

Y luego, Anthony:

—¿Cómo? ¿Desde cuándo?

—Desde hace una semana. Yo no quería preocuparlos. No quería... decepcionarlos.

Erick fue el primero en reaccionar:

—Alice. ¿Estás diciendo que la capitana Willys... está tratando de destruir tu carrera... porque estás con Jake?

—Sí.

—¿Porque está enamorada de Jake? —agregó Henry, incrédulo.

—Eso creemos. Todo apunta a eso. Comenzó a cambiar justo cuando sospechó lo nuestro.

Dereck se quedó en silencio largo. Luego habló, con una calma que solo usaba cuando estaba demasiado enojado.

—Esa mujer... te dio una medalla hace un año. Te llamó su "agente estrella" en público. ¿Y ahora hace esta niñada? ¿Esta ridiculez personal y tóxica? ¡¿Por un hombre?! ¡¿Por Jake?!

—¡Oye! —gritó Henry—. Con todo respeto, Jake bastante atractivo.

—Gracias, bro. — gritó Jake en segundo plano, desde alguna parte del Airbnb.

—Ali —interrumpió Anthony—. ¿Tú sabías que Willys tenía sentimientos por él?

—Lo sospechábamos. Pero... no pensé que llegaríamos a esto.

Erick soltó un bufido.

—Una directora de precinto moviendo recursos institucionales para vengarse románticamente. No solo es tóxico. Es ilegal. Vamos a acompañarte a presentar denuncia si es necesario.

—Gracias... de verdad.

—¿Tú sabes que si esto se pone feo, tienes a seis imbéciles con habilidades diversas listos para sostenerte, no? —dijo Henry.

—¿Incluyendo a Jake?

—Sí. Pero él solo sirve para traer la comida —respondió Anthony.

La risa fue inevitable. Mis ojos se llenaron de lágrimas, pero eran distintas. No eran de miedo. Eran de alivio.

Marcus me habló de nuevo, esta vez más suave.

—Ali... lo que tú vales, no se mide en cargos. Este trabajo puede caerse. Pero tú... tú has dejado una marca real. En la gente. En nosotros. No hay expediente que lo reemplace. Si esto se derrumba, tú no te caes. Nosotros te sostenemos.

Me cubrí el rostro. La voz me tembló.

—Gracias... Los amo a todos.

—Ali —dijo Anthony —. Solo quiero que sepas que desde ahora, estamos pendientes. Todos. De cada movimiento de esa mujer. Y si las cosas se salen de control, no dudes en que intervendremos. Porque esto ya no es solo una pelea tuya. Es nuestra.

—Y lo que sea que pase, no olvides esto —añadió Henry, serio por primera vez—: tú no estás en deuda con nadie por ser quien eres. Te amamos sin uniforme, sin placa, sin pruebas. Con todo y tus rarezas.

—Y tus ronquidos al dormir —agregó Dereck.

—Y tu odio irracional por las berenjenas —añadió Erick.

—¡Y tu enamoramiento secreto por aquel profesor de matemáticas de la universidad! —remató Henry.

—¡¿QUÉ?! —gritó Jake.

—¡¡ERA UN SECRETO!! —grité yo, mientras todos se echaban a reír.

Jake me miró con falsa indignación.

—No puedo competir con un tipo que enseñaba logaritmos, Ali. Eso es doloroso.

—Tú serás peor en los números, pero estoy casi segura de que besas mejor —le susurré.

—Entonces tengo ventaja.

Nos acurrucamos entre todos, mientras la noche seguía avanzando. Y en medio del caos, las bromas, las miradas cómplices, me di cuenta de que pase lo que pase con Willys, con el trabajo, con el mundo...

Ya solo faltaba esperar el día de mañana para entregar el reporte que definiría mi carrera completa.

Deséenme suerte.

Capítulo 16

Cuando entré al precinto esa mañana, todo olía a cables quemados y a café rancio. Brooklyn me había dejado un mensaje con tres palabras exactas: "Sala de estrategia. 10:00 am."

Mi garganta estaba seca, como si las palabras que aún no había dicho ya me estuvieran arañando desde dentro. Caminé por el pasillo con los pasos medidos, como si cada paso pudiera ser el último en ese lugar.

Y entonces la vi.

La capitana Willys. De pie frente a su oficina, hablando con el teniente Malden como si el mundo entero le perteneciera. Su postura recta. Impecable. La chaqueta perfectamente abrochada. La mirada fría, sin el más mínimo rastro de duda. Como si no tuviera la más mínima preocupación en la vida.

Como si ya supiera que iba ganando.

Nuestros ojos se cruzaron apenas un segundo, pero fue suficiente. En ese instante, supe que ella ya sospechaba lo que íbamos a hacer. Y lo peor... es que no parecía afectarle. No parecía inquieta. No se le tensó el cuello ni parpadeó de más. Solo me miró como se mira una hormiga que intenta morder una bota militar.

Tuve que seguir caminando. Pero esa mirada me acompañó hasta la sala de estrategia como una sombra que se clava entre los omóplatos.

¿Qué tal si no funcionaba? ¿Y si tenía algo más? ¿Y si Willys ya había previsto cada jugada? ¿Y si todo esto me hundía a mí y no a ella?

Abrí la puerta.

Y encontré a mi gente.

Carlos, Brooklyn, Clark y Loyd ya estaban sentados. Todos con café, carpetas, tablets. Sus ojos se volvieron hacia mí al unísono, y por primera vez en semanas, vi algo que me devolvió el aire.

Confianza.

—Llegas tarde —dijo Carlos, pero con una sonrisa.

—Willys me retuvo con la mirada —respondí, soltando el aire por la nariz—. Casi me desintegra con su ceja izquierda.

Brooklyn me pasó una taza. Té verde. Como le gusta hacer cuando ve que me estoy apagando por dentro.

—Entonces tenemos que hacerlo antes de que empiece a lanzar rayos.

Me senté y abrí mi carpeta. El aire estaba cargado, como justo antes de una tormenta. Clark ya tenía su laptop abierta. Loyd sostenía un bolígrafo entre los dedos, girándolo sin cesar. Carlos se cruzó de brazos, su expresión era la mezcla perfecta entre preocupación y estrategia.

—Empecemos —dije—. No quiero perder un solo segundo más.

Brooklyn fue la primera en hablar, apuntando a la pantalla compartida donde ya tenía una cronología detallada.

—Aquí tenemos los movimientos clave. Las fechas de los traslados injustificados. Los casos que fueron cambiados de tus manos a las de otros sin notificación. Las firmas falsificadas. Y los reportes reescritos con tu nombre pero sin tu redacción.

Clark asintió.

—Recopilé correos con sellos de tiempo que no coinciden con tu actividad en el sistema. Incluso encontré uno que fue firmado a las 2:18 a.m. desde una IP diferente a la tuya. Nunca estuviste en la estación a esa hora.

—Tengo los informes de patrullaje que supuestamente firmaste —añadió Carlos—. Están llenos de errores que tú jamás habrías cometido. Usó tus palabras, sí... pero las deformó. Como si se estuviera burlando de ti.

Loyd levantó la mano tímidamente.

—Y yo... conseguí testimonios de tres oficiales que confirmaron haber recibido instrucciones verbales de Willys sobre tareas que luego aparecieron con tu nombre, cuando tú ni estabas presente.

Me quedé en silencio. El nudo en el pecho se fue soltando poco a poco.

—¿Y la motivación? —pregunté—. ¿Tenemos claro qué vamos a decir ahí?

Brooklyn bajó la mirada, pensativa.

—Eso es lo que más duele, ¿no? Que todo esto sea... porque estás con Simons.

Clark lo dijo sin filtros:

—Porque Willys está enamorada de él. Porque no soporta verlo con alguien como tú.

—Como yo —repetí, con una risa seca—. ¿Qué significa "alguien como yo"? ¿Más joven? ¿Más real? ¿Más honesta?

—Más valiente —dijo Carlos.

Hubo un silencio. De esos que no incomodan, sino que sellan una promesa.

—Vamos a denunciarla con el Consejo de Precintos —dije, decidida —. Vamos a exponerla.

—¿A quién planeas enviar la denuncia directamente? —preguntó Clark.

—Al manager de comunicaciones del Consejo. Él recibe los informes formales y los remite al Director General de Precintos.

—Perfecto —dijo Brooklyn—. Yo puedo encargarme de redactarlo contigo.

—Yo reviso legalidad —añadió Carlos.

—Y yo me encargo de enviar todo desde un canal seguro —dijo Clark.

Loyd levantó la mano tímidamente otra vez.

—¿Puedo hacerles firmar esto como si fuéramos la Liga de la Justicia?

— En cualquier caso, yo sería Batman. — dice Carlos decido.

— Ya quisieras.

Todos reímos. Hasta yo.

Y eso... eso ya era una pequeña victoria.

Ya eran casi las 12:30 cuando terminamos de organizar las pruebas. Brooklyn tenía una lista de evidencias rotulada por categoría: correos alterados, casos manipulados, testimonios de terceros, y modificaciones internas no autorizadas. Carlos había revisado cada línea legal, Clark había asegurado los canales de envío, y Loyd no paraba de girar su bolígrafo mientras murmuraba "esta es la buena".

Estábamos por cerrar la carpeta digital cuando la puerta de la sala de estrategia se abrió sin previo aviso.

—¿Están planeando una revolución sin mí? —preguntó una voz familiar.

Donovan.

Se detuvo en el umbral con su eterna chaqueta de cuero y su sonrisa de esas que parecen saber más de lo que dicen. Todos lo saludaron, incluso Carlos, con su habitual reserva, le dio una palmada en el hombro.

Y yo... yo me quedé paralizada un segundo. Había algo en su presencia que me recordaba todo lo que estaba en juego. Pensé que habría tensión, que sentiría el juicio en sus ojos. Pero no. Donovan me miró como siempre: con esa confianza que me hacía sentir menos rota.

—¿Puedo robarte un momento? —preguntó.

Asentí. Nos dirigimos a mi oficina. Cerré la puerta. Nos sentamos en silencio por unos segundos que se sintieron más largos de lo necesario.

—Estás más tranquila de lo que esperaba —me dijo.

—Y tú estás menos sorprendido de lo que imaginé —le respondí, con una sonrisa rota.

—¿Por qué habría de estarlo?

—Porque voy a reportar a Willys. Formalmente. Tenemos todo listo. Evidencias. Cronología. Testimonios. Vamos a enviar todo al manager del Consejo de Precintos para que lo escale al director general. Alguien tiene que parar esto.

Él bajó la mirada.

—¿Radcliffe?

—Sí. Es el nombre que figura en la lista de enlace directo.

Donovan se quedó quieto. Muy quieto. Su mirada ya no sonreía. Me observó, y pude ver en sus ojos que sabía algo que yo no.

—Alice...

Tragué saliva.

—¿Qué?

—Radcliffe es el esposo de Willys.

El silencio fue tan brutal que sentí cómo se me secaban los pulmones.

—Eso no es posible... —susurré—. No... no puede ser.

—Legalmente tienen apellidos distintos. Manejan perfiles separados. Pero están casados. Lo mantienen bajo perfil para evitar conflictos de interés visibles, pero ella lo tiene informado de todo. Si ve ese informe, no solo lo va a enterrar. Puede usarlo contra ti. Contra tu equipo.

Sentí que el suelo se despegaba de mis pies. Me cubrí el rostro. El aire me quemaba la garganta. Era como ver una avalancha venir desde lo alto y darte cuenta de que no tienes a dónde correr.

—No... no puede ser que todo esto haya sido para nada...

—No lo fue —dijo, inclinándose hacia mí—. Te hiciste oír. Te defendiste. No te quebraste.

—¡¿No me quebré?! —la voz me salió más alta de lo que quise—. Donovan, me dejé pisotear. Perdí casos, perdí confianza, dejé que me encerraran en una oficina sin ventanas como si fuera una amenaza. ¡Le di a esa mujer todo, y lo único que recibí fue aislamiento!

—Lo sé —me dijo, más suave.

—¡Me oculté de todos! Me alejé de mis amigos, de mi equipo, de mi gente. Para proteger algo que estaba deshaciéndose igual. ¡Y ahora no puedo ni siquiera defenderme!

Las lágrimas me salieron sin permiso. Donovan se acercó y, sin pedirme permiso, me abrazó. No ese abrazo rápido, de cortesía. Sino uno que sostenía. Uno que aguantaba el derrumbe.

—Estás cansada. Pero no estás sola.

—No quiero volver a empezar —susurré.

—¿Entonces quieres quedarte donde te están destruyendo? —su voz fue firme, pero no dura.

Me quedé en silencio, envuelta en sus brazos. Él me soltó despacio, y con los ojos puestos en los míos, dijo:

—Tal vez sea hora de buscar otro camino. No hacia abajo. Sino hacia adelante.

—¿Me estás hablando del FBI?

—Estoy hablándote de ti. De tu valor. De tu crecimiento. Pero sí... la oferta del FBI sigue en pie.

Negué con la cabeza.

—No puedo dejar a mis amigos. No puedo abandonar todo lo que construimos aquí. Mi equipo. Mi historia. Ellos me conocen.

—Alice —dijo, tomándome las manos otra vez—. Escúchame.

Me miró con una intensidad que me cortó la respiración.

—A veces, crecer significa irte sola. Pero eso no borra lo que viviste. No te hace menos parte de ellos. Te hace más fuerte para cuando regreses. Porque los que te aman de verdad no te miden por dónde

estás, sino por quién sigues siendo. Ellos no te van a soltar. Ellos te van a recordar en cada historia, en cada risa, en cada pasillo. Y si los dejas, van a estar orgullosos. No porque te quedaste. Sino porque volaste alto, aun cuando dolía separarte.

Mi labio tembló.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Tú también piensas eso de mí?

Él sonrió. Suavemente.

—Nunca fuiste fácil de olvidar.

Me reí entre lágrimas.

—Piénsalo. En serio, hazlo. Esta vez pensando únicamente en ti. Pero hazlo sabiendo que ya no estás atrapada.

Nos quedamos así un segundo más. Silenciosos. Con los fantasmas marchándose por la puerta.

Dure toda la mañana trabajando pero con la mente en otro lado. Pensando que quizás, y solo quizás, era hora de volar del nido.

El ambiente en la sala de descanso olía a papas fritas frías. Brooklyn estaba recostada sobre la mesa, Loyd dibujaba algo en una servilleta, y Carlos revisaba su teléfono, mientras Clark recitaba por tercera vez el orden de envío del informe.

—Ya está todo preparado para esta tarde —dijo Clark—. A primera hora.

—No puedo esperar más —añadió Brooklyn, sentándose derecha.

—No —dije.

Todos se quedaron en silencio. Se giraron hacia mí como si les hubiera hablado en otro idioma.

—¿Qué?

Respiré hondo.

—No vamos a entregarlo. No con Radcliffe. Él... es el esposo de Willys.

Un silencio. No de shock. De incredulidad.

—¿Perdón? —dijo Carlos.

—Estás bromeando —susurró Clark.

—Lo mantienen fuera del radar. Legalmente tienen apellidos distintos. Pero Donovan me lo confirmó. Si entregamos esto, lo destruye. O lo usa en mi contra.

Brooklyn se puso de pie.

—¡Entonces vamos por otra vía! ¡No puede ser que todo esto lo dejemos así!

—No hay otra vía legal inmediata —dije—. Y hacerlo por la mala... no soy esa persona.

—¡Entonces qué, Alice! ¿Vas a dejar que te borren? ¿Que ella gane?

—No va a ganar. Porque me voy.

Los miré a todos. Uno por uno.

—Voy a aceptar la oferta del FBI. Me voy a ir.

La sala se quedó en silencio. Fue Carlos quien habló primero.

—¿Estás segura?

—No —respondí, honesta—. Pero estoy cansada. Y Donovan tiene razón. No puedo seguir luchando contra un sistema hecho para silenciarme. Allá puedo crecer. Lejos de ella.

—Pero aquí es tu hogar —dijo Loyd, bajito.

Me arrodillé junto a él, tomándole la mano.

—Y siempre lo será. Pero ya no puedo respirar aquí sin sentir que me están ahogando.

Brooklyn no decía nada. Hasta que finalmente, se cruzó de brazos y dijo:

—No quiero que te vayas.

—Yo tampoco.

—Pero... entiendo por qué debes hacerlo.

Y entonces ocurrió algo inesperado.

Comenzaron a hablar. A recordar. Las risas, los cafés que se volcaron en las computadoras, las veces que discutimos por quién se quedaba con los turnos de madrugada, el día en que Loyd accidentalmente activó la alarma de incendios tratando de calentar un muffin.

Brooklyn contó cómo se sintió cuando me conoció. Cómo pensaba que era arrogante... hasta que me vio llorar en el archivo porque perdí una pista.

Carlos confesó que alguna vez pensó que yo era "demasiado emocional" para el trabajo. Hasta que me vio sostener la mano de una madre que acababa de perder a su hijo, y no apartarme de su lado en dos horas.

Clark admitió que me admiraba desde lejos. Que aprendió más conmigo que en cualquier academia.

Loyd, entre lágrimas, me abrazó.

—Tú fuiste la primera persona que me hizo sentir útil.

Y yo... solo lloré. Porque esas eran mis raíces. Porque yo no era solo la Alice profesional. Era esa mujer que ellos habían visto fallar, reír, intentar. Y aún así, se quedaban.

—Los voy a llevar conmigo —les prometí—. A cada caso. A cada cuaderno. A cada logro. Y si algún día regreso... será por ustedes.

Nos quedamos abrazados largo rato. Y cuando salí de esa sala...

Por primera vez, no sentí que me iba.

Sentí que me llevaban con ellos.

Luego de enviar un correo aceptando oficialmente la propuesta del FBI, cerré mi computadora y si por terminado el día.

No sabía cómo empezar. En el trayecto desde el precinto hasta casa, el pecho me ardía como si tuviera fuego debajo de las costillas. Jake

me había ofrecido hablar primero, suavizar la noticia, pero no. Esto era mío. Esta era una guerra que yo misma tenía que librar.

Entramos.

La sala estaba iluminada con una luz cálida. Dereck bromeaba con Henry, Erick tenía los pies en la mesa —como siempre—, Anthony estaba con su tablet, y Marcus... Marcus estaba sentado en su sillón, pero no participaba. Miraba hacia el vacío, con la mandíbula apretada. Algo no estaba bien.

Jake se quedó en la puerta. Yo avancé hasta el centro de la sala. Todos me miraron. Fue Dereck quien notó el cambio de inmediato.

—¿Qué pasa? —preguntó, dejando el mando del televisor.

—¿Estás bien? —añadió Anthony.

Respiré hondo. El silencio me pesaba en la lengua, como si las palabras no quisieran salir.

—Me voy.

Hubo un segundo de desconcierto. Henry frunció el ceño.

—¿Cómo que te vas?

—Acepté la oferta del FBI. Me transfiero a Washington.

—¿Qué...? —susurró Erick, poniéndose de pie.

—¿Es broma? —Dereck se levantó también—. ¿Qué mierda estás diciendo, Alice?

Jake se acercó, pero no intervino. Lo noté tenso, contenido.

—Willys me lo ha hecho imposible. El esposo de ella es el contacto del Consejo, no hay forma de ganar esta pelea desde dentro. El FBI me da la oportunidad de empezar sin depender de su aprobación.

—¡Pero no puedes dejarlo todo así! —gritó Henry—. ¡No puedes irte como si nada! ¡Este es tu hogar!

—No es una decisión que haya tomado a la ligera —contesté, dolida —. Llevaba meses tragándome esto, intentando que no los afectara a ustedes también.

—¡Pero ya nos afecta, Alice! —gritó Erick—. ¡Nos estás dejando!

Anthony se levantó, más sereno, pero con la voz baja, como si doliera decirlo.

—¿No se supone que este era nuestro refugio? ¿Nuestra base? ¿Nuestra promesa?

—Y lo sigue siendo —dije, con un nudo en la garganta—. Pero ya no puedo seguir quedándome solo porque me aman. Tengo que irme porque me amo yo también.

Entonces Marcus se levantó.

No dijo nada.

No hizo escándalo.

Pero lo vi.

Tenía los ojos rojos. No había hablado en todo este tiempo. Solo nos observaba a todos discutir como si estuviera lejos. Como si ya supiera que había perdido.

—Marcus... —dije, dando un paso hacia él.

Él levantó la mano, apenas.

—No.

Su voz fue baja, rota.

—No, Alice. No quiero que me digas nada.

—Marcus, por favor...

—Te dije una vez que ibas a volar alto —susurró—. Pero no sabía que ibas a tomártelo tan en serio.

El silencio fue devastador. Él se pasó las manos por el rostro y se dejó caer de nuevo en el sillón, como si todo el peso del mundo se le viniera encima. No lloró. Pero sus hombros temblaban, y eso me destrozó más que cualquier lágrima.

—No estoy huyendo —le dije—. Estoy sobreviviendo.

—Y nosotros qué, Alice —preguntó Dereck—. ¿Qué se supone que hagamos mientras tú estás allá, en otro mundo?

—Saber que todo esto no fue en vano. Que ustedes me ayudaron a encontrar quién soy. Que me dieron la fuerza para irme cuando nadie más podía hacerlo por mí.

—¡Eso no es justo! —gritó Henry—. ¡Tú eras la que nos cuidaba! ¡La que nos mantenía juntos!

—Y ahora tengo que hacer algo por mí. Solo una vez.

Anthony se acercó a Marcus. Le puso una mano en el hombro. Marcus no reaccionó.

—¿Por qué no nos lo dijiste antes? —susurró Anthony—. ¿Por qué esperaste hasta el último momento?

—Porque tenía miedo. Miedo de esto. De verlos romperse.

—Misión cumplida entonces —respondió Erick con rabia, caminando hasta la puerta y saliendo al porche.

Jake al fin intervino.

—Basta. Nadie aquí quiere perder a Alice. Pero tampoco podemos culparla por elegir no vivir aplastada. A mí también me costó aceptarlo.

Todos lo miraron. La tensión se podía masticar.

—¿Y tú qué? —dijo Henry—. ¿Te vas por meses, la dejas a nuestro cargo y ahora te la quieres llevar?

—¡No! Yo no tengo derecho de nada de eso. —Jake levantó la voz—. ¡Pero soy el único que ha visto lo que Willys le ha hecho día tras día!

—¡Y nosotros qué! ¡También la vimos sufrir! ¡Y ahora que por fin podemos ayudarla, decide irse!

—¡Porque no hay ayuda que funcione en un sistema que está diseñado para callarla!

—¡Ya basta! —grité.

Todos se callaron. Yo temblaba. Las lágrimas caían sin pudor.

—Yo los amo. Con todo lo que tengo. Pero no puedo seguir sosteniendo todo si eso significa romperme en pedazos. No me estoy

yendo de ustedes. Me estoy yendo por mí.

—¿Desde cuándo estás pensando en eso? —preguntó Erick, tenso.

—Desde hace semanas —respondí—. Pero lo confirmé hoy. Me voy.

Marcus no se movía. No hablaba.

—¿Te vas del precinto? —repitió Anthony, más despacio—. ¿Del todo?

—Sí. Me transfiero. Cambio de unidad. Cambio de ciudad.

Dereck se levantó, agitado.

—¡Pero qué demonios, Alice! ¡Y ni siquiera lo habías mencionado! ¿¡Nos enteramos así, de una!? ¿¡Qué pasó con lo que hablamos ayer?!

—No es fácil.

—¡No, claro! ¡Porque huir nunca lo es! —gritó Henry.

—¡No estoy huyendo!

—¡Estás abandonando! —interrumpió Erick—. ¡Todo lo que construimos aquí! ¡Lo que luchaste! ¡Lo que significamos para ti!

—¡No los estoy abandonando! ¡Estoy eligiéndome a mí! ¡Estoy salvándome de esa perdición!

—¡Entonces elígete sin destruirnos en el proceso! —gritó Dereck.

Jake intervino.

—¡Basta!

Pero yo ya temblaba.

—¿De verdad creen que esto es fácil para mí? ¿Que no he llorado por esto cada maldita noche? ¿Que no me duele tener que elegir entre ustedes y mi dignidad profesional? ¡¿Qué esperan que haga, que siga dejando que Willys me pisotee solo porque aquí está mi casa?!

—¡Sí! —gritó Henry, y luego se quedó en silencio. Como si se sorprendiera de su propia respuesta—. Sí, Ali. Porque aquí estamos

nosotros. Porque no queremos que te vayas. ¡Porque te amamos, y encontraremos algo mejor para ti!

Me cubrí la boca. Las lágrimas me ardían.

—¿Y qué pasa si me quedo y me quiebro por completo? —dije en un susurro—. ¿Qué pasa si me vuelvo alguien que ustedes ya no reconocen?

Silencio.

Todos bajaron la mirada. Menos Marcus.

Seguía allí. De pie. Tieso. La taza aún en su mano.

—Marcus... —dije, apenas.

—¿Cuándo te vas?

Su voz era baja. Pero afilada como una cuchilla.

—En una semana.

Asintió.

—Perfecto.

Se giró. Caminó hacia el pasillo. Jake intentó seguirlo, pero yo lo detuve con la mano. Fui yo quien lo alcanzó. Lo encontré sentado en el suelo del pasillo, la espalda contra la pared, los codos sobre las rodillas. Su cabeza baja. La taza ahora vacía entre los dedos.

—Marcus...

—No quiero hablar.

—Tienes que hacerlo.

—¿Para qué? ¿Para convencerte de que te quedes cuando ya te fuiste?

—No me he ido.

Me arrodillé frente a él.

—Te estoy diciendo porque te amo. Porque te respeto.

—¿Y qué se supone que haga con eso, Alice? ¿Aplaudir? ¿Sonreír mientras haces las maletas?

—Puedes decirme cómo te sientes.

Su voz se rompió.

—Me siento vacío.

—Marcus...

—Tú eres mi brújula. Cuando mamá y papá se fueron, tú fuiste la que me mantuvo en eje aunque ni siquiera supieras la gravedad de nuestra situación. ¡No yo! Tú. Siempre tú. Y ahora te vas. Y no sé si estoy enojado contigo... o conmigo por no poder detenerte.

Mis lágrimas cayeron.

—No necesitas detenerme. Solo... acompáñame en esto.

—No sé cómo —susurró, y se tapó el rostro—. No sé cómo dejarte ir sin sentir que estoy fallando otra vez.

Lo abracé. No como una hermana que se va. Sino como una niña que aún necesita a su hermano mayor.

—No estás fallando. Estás haciendo lo que siempre hiciste: darme fuerza para elegir mi camino.

Se aferró a mí. Temblando. Por fin llorando.

—Prométeme que vas a volver.

—Lo prometo.

Luego de varios minutos abrazados, volvimos a la sala, todos estaban en silencio. Jake de pie, mordiéndose el labio. Los demás sentados, con ojos rojos, miradas caídas.

—No quiero que esto nos rompa —les dije—. Quiero que me recuerden como soy ahora. Que me esperen. Que me llamen. Que no me suelten.

—No vamos a soltarte nunca —dijo Anthony.

—Vete, pero sé tú —murmuró Henry.

—Solo llámanos si te sientes sola —agregó Dereck.

—Y mándanos fotos de tus compañeros raros del FBI —dijo Erick, intentando sonreír.

— Aún necesitamos procesarlo, pero eso no significa que te dejaremos sola. Eso jamás. — dice Marcus.

Yo asentí. Sin poder hablar.

Jake se levantó. Caminó hacia la puerta trasera. Sin decir nada. Salió.

Fui tras él.

Caminé en silencio. La puerta trasera crujió con ese sonido viejo y familiar que siempre pensé que algún día repararía. El aire nocturno me golpeó la cara como una bofetada que, en vez de despertar, me empujó más dentro de mi ansiedad. Jake estaba junto al muro, quieto, con la cabeza gacha, las manos en los bolsillos y la mandíbula apretada como si llevara horas mordiéndose todo lo que no quería decir.

—No te fuiste por otra entrada, ¿no? —intenté bromear, apenas un hilo de voz.

Él no se movió.

—No estoy de humor para bromas, Alice.

Su tono fue un muro. Frío. Firme. Pero debajo, lo sentí temblar.

Me dolió, pero no retrocedí.

—¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? —repitió, y esta vez giró hacia mí, los ojos rojos, la respiración acelerada—. Que te vas. Que te vas al FBI. A otro estado. A otro mundo. Y ni siquiera hablamos de cómo esto... nos va a afectar.

Lo miré, herida.

—Jake...

—¿Sabes lo que significa trabajar en el FBI? —siguió, la voz subiendo sin control—. No solo la distancia. Es la política interna. Las reglas. La fachada. Vamos a tener que fingir que no estamos juntos. Porque si se enteran, tú podrías perderlo todo. Yo podría perderlo

todo. ¡Y después de todo lo que luchamos para estar juntos, ¿ahora vamos a volver a escondernos?!

—No quiero eso. Pero no tengo otra opción.

—¡Claro que tienes opción! ¡Podías quedarte! ¡Podíamos seguir luchando juntos!

—¿Luchar contra qué, Jake? —mi voz tembló, pero no por debilidad —. ¿Contra Willys? ¿Contra su esposo? ¿Contra un sistema que se alimenta de gente como yo hasta que no queda nada? Eso no es lucha. Es una ejecución lenta.

Jake respiró hondo. Se giró. Caminó dos pasos. Volvió.

—¿Y nosotros? —susurró—. ¿Dónde quedamos nosotros?

—Jake...

—¿Sabes cuánto miedo tengo? —interrumpió, y esta vez su voz se quebró de verdad—. ¿Sabes lo que es despertarse todos los días y pensar que podrías irte sin despedirte? ¿Que podría pasar algo y no estar allí para protegerte?

Me acerqué. Lo vi tragarse las lágrimas. Su orgullo luchando contra su dolor. Mi Jake.

—¿De verdad crees que me iría si no creyera que podríamos con esto? —dije.

—¿Y si no podemos? ¿Y si la distancia nos mata? ¿Y si empiezas a vivir otra vida allá y... yo dejo de ser parte de ella?

—Nunca dejarías de serlo.

—Lo dices ahora, pero...

Lo abracé. Me apreté contra su pecho como si intentara detener el terremoto.

—Mírame, Jake.

No lo hizo.

—Mírame.

Lo hizo. Y entonces lo vi todo: su miedo, su rabia, su amor desbordado. Lo que lo hacía fuerte y vulnerable al mismo tiempo.

—No voy a dejar de amarte porque esté en otro departamentos. No voy a dejar de necesitarte porque use otro uniforme. Y no voy a dejar de luchar por nosotros. Solo... necesito que tú también luches.

Jake me agarró por la cintura, con fuerza. Como si el mundo se quebrara y yo fuera lo único que quedaba para sostenerse.

—No quiero perderte.

—No vas a perderme. Vamos a protegernos. Como siempre lo hicimos.

—¿Prometido?

—Prometido.

Nos besamos. Pero no fue un beso suave. Fue una guerra. Fue rabia, fue miedo, fue deseo, fue todo lo que no sabíamos decir en palabras.

Sus manos se enredaron en mi espalda. Las mías lo aferraron del cuello. Me levantó y me hizo girar hasta que mi espalda chocó con la pared del patio. Su boca descendió por mi cuello, su aliento cálido quemaba cada duda.

—Eres mi casa —susurró contra mi piel—. Maldita sea, Alice, no sé cómo hacer esto sin ti. Estaremos trabajando cerca, pero a la vez lejos.

—No tienes que hacerlo sin mí —jadeé—. Solo tenemos que hacerlo distinto.

Su cuerpo se presionó contra el mío. Sentía su corazón acelerado como si quisiera romperle el pecho. Mis dedos bajaron por su espalda, mis piernas se enredaron con las suyas. Todo lo que habíamos contenido durante días explotó.

El beso se volvió más lento. Más íntimo. Como si estuviéramos marcando cada segundo, por si el tiempo decidía arrebatárnoslo. Jake me levantó en brazos, me llevó hasta la pequeña banca del jardín. Me tumbó con cuidado, sus ojos sobre los míos. Había algo

en su mirada... reverencia. Como si al tocarme se sintiera más humano.

—No quiero que esto sea una despedida —dijo.

—No lo es.

—Entonces hazme un favor.

—Lo que quieras.

—Hazme sentir que sigo siendo parte de tu historia.

—Siempre lo has sido —le dije, con una lágrima en la mejilla—. Pero esta noche... te lo voy a tatuar.

Nos entregamos en esa oscuridad tibia, en silencio. Cada caricia fue un recordatorio. Cada beso, una promesa. Cada suspiro, un "aquí estoy".

Cuando todo terminó, nos quedamos abrazados. Su pecho era un refugio. Mi cabello sobre su hombro, una bandera blanca.

—Jake...

—¿Sí?

—Tengo miedo también. Pero si no me voy ahora, me voy a perder a mí misma.

Él me besó la frente.

—Entonces vuela, Alice. Y yo... yo te espero desde el suelo.

Nos quedamos ahí un rato más. El cielo tenía estrellas que no había visto en semanas. O tal vez... solo ahora estaba lista para mirarlas.

Capítulo 17

El pasillo que conducía a la oficina de Willys nunca me había parecido tan largo. Cada paso era un eco del pasado: las veces que entré con miedo, con dudas, con esperanzas que me arrancaron con pinzas. Pero esta vez era diferente. No había espacio para temblores. Iba armada con la certeza de que ya no le debía nada. Ni una hora extra. Ni una gota más de mi alma.

Jake me había acompañado hasta el ascensor. Me sostuvo la mirada mientras las puertas se cerraban. No dijo nada. No hizo falta.

Toqué la puerta sin anunciarme.

—Adelante —dijo la voz al otro lado, seca como papel quemado.

Entré.

Willys estaba sentada en su escritorio, las gafas medio bajadas en el puente de la nariz, revisando unos documentos. Ni se molestó en mirarme.

—Ah, Jill. Llegas temprano. Tengo un par de cosas más para asignarte antes de que finalices tu turno.

—No vengo por eso —le dije, y cerré la puerta tras de mí.

Le extendí el sobre. Blanco. Impecable. Con mi letra clara y firme.

Levantó la vista. Me observó con un arqueo leve de ceja. No lo tomó.

—¿Qué es eso?

—Mi renuncia. Efectiva al finalizar la semana.

El silencio que siguió no fue solo incómodo. Fue denso. Como si el aire mismo hubiera dejado de circular.

Finalmente, tomó el sobre. No lo abrió.

—¿Y qué se supone que significa esta actuación?

—No es una actuación. Es una decisión.

Willys se recostó en su silla. Cruzó las piernas con una lentitud casi teatral.

—¿Tú crees que puedes simplemente entrar aquí y marcharte así, sin más?

—Eso es exactamente lo que voy a hacer.

—No puedes irte. No después de todo lo que invertimos en ti. ¡Te debo años de experiencia, de formación, de respaldo! ¡Te forjé desde el primer día que cruzaste esa puerta!

La miré. Firme.

—Usted no me forjó. Me retuvo. Me moldeó según sus estándares. Me encerró cuando me salí de su esquema. Pero no me hizo fuerte. Me hizo sobreviviente.

Ella sonrió, con una mueca cínica.

—Alice, tienes talento, sí. Pero sin esta estructura, sin esta guía, no serías nada. Lo sabes. Y lo sabes tan bien, que vienes aquí como si yo no pudiera detenerte.

—Porque no puede —le dije, sin levantar la voz—. Porque esta vez, la que tiene el control soy yo.

—Eres una niña impulsiva. Crees que el FBI te va a dar alas, pero lo único que van a darte es una jaula más grande.

—Prefiero una jaula con propósito que un castigo disfrazado de promoción.

Sus ojos se estrecharon.

—¿Esto es por él?

— Esto es por mí. Por cada caso que me quitó. Por cada hora extra sin crédito. Por cada mentira escrita con mi nombre. Esto... es porque ya no puedo respirar bajo su sombra.

—Tú me debes respeto.

—Yo le debo respeto a la verdad. A mi integridad. A mi salud mental. A mí misma.

Se levantó.

—No te vas a ir como una heroína, Alice. No después de cómo me has traicionado.

—¿Traicionarla? No. Usted se traicionó sola. Cuando convirtió este lugar en un campo de castigo personal. Cuando dejó que su dolor la volviera cruel. Cuando usó su poder para silenciarme, para desacreditarme, para controlarme.

Willys se quedó inmóvil. Sus manos temblaban levemente sobre el escritorio. Pero su voz seguía firme.

—Eres igual que todas. Piensas que el mundo te debe algo solo por resistir.

—No. Pero merezco respeto por no dejarme convertir en lo que usted se convirtió.

La vi parpadear. Una sola vez. Como si esa frase la hubiera alcanzado en lo más hondo.

—Siempre supe que ibas a llegar lejos —dijo, y esta vez, su tono fue más... humano—. Pero no pensé que el primer lugar al que correrías sería lejos de mí.

—No estoy corriendo. Estoy eligiendo.

—¿Y crees que vas a ser feliz allá? ¿Lejos de los tuyos? ¿Del uniforme que te hizo?

Me acerqué un paso.

—El uniforme no me hizo. Yo le di valor al uniforme. Porque cuando todos callaron, yo hablé. Cuando me empujó a lo más bajo, me levanté. Y hoy... salgo por esa puerta de frente. Sin deberle nada.

Willys se quedó en silencio. Un silencio tan extraño que por un segundo sentí que se iba a quebrar. Pero no lo hizo. Solo asintió, casi imperceptible, y murmuró:

—Ya puedes irte.

Tomé aire.

—Gracias por enseñarme todo lo que no quiero ser.

Giré sobre mis talones. Caminé hasta la puerta.

Justo antes de salir, me detuve. Me giré una última vez.

—Y por cierto... cuando la gente empiece a preguntarse por qué su mejor agente se fue, no se moleste en inventar otra historia. Esta vez, el rumor va a ser verdad.

Cerré la puerta con una calma tan medida que me sorprendí a mí misma.

Mientras caminaba por el pasillo, los oficiales me miraban con curiosidad, algunos con respeto, otros con incertidumbre.

Pero yo... yo solo sentía libertad.

(...)

El sol se filtraba por las persianas de la sala de estrategia cuando propuse la idea. Llevábamos veinte minutos en silencio, mirando papeles que ya no tenían sentido. Después de entregar mi renuncia, el ambiente en el precinto cambió. Nadie lo decía, pero todos lo sentían. Como si cada conversación se hubiera vuelto un adiós disfrazado.

Fue Brooklyn quien rompió el silencio.

—¿Vas a hacernos llorar todos los días hasta que te vayas, o vas a planear algo decente para despedirte?

Me reí. Pero sentí cómo se me apretaba el pecho.

—Estaba pensando en eso —dije, mirando a Carlos, Clark, Loyd, incluso a Donovan, que estaba de pie con una taza en la mano como si no supiera si quedarse o salir.

—¿Pensando en qué? —preguntó Loyd.

—En hacer una última salida juntos. Como la del año pasado... ¿se acuerdan? La cabaña en Cedar Pines.

Brooklyn sonrió de inmediato.

—Donde Clark se cayó al lago por ir a buscar señal para ver el partido.

—¡Ey! ¡Eso fue culpa de ustedes por gritarme desde el muelle! —protestó Clark.

—¿Y quién se tragó medio bosque con la fogata mal hecha? —añadió Carlos, apuntando a Loyd.

—No fue "mal hecha". Era una estrategia de humo para mantener a los mosquitos lejos —dijo Loyd, alzando la barbilla.

Las risas llenaron la sala, y por un momento, el dolor se volvió más suave. Como si ese recuerdo lo aligerara todo.

—¿Entonces qué dices? ¿Cedar Pines otra vez? —preguntó Brooklyn, ya con el celular en la mano.

—Sí —dije—. Una última vez. Todos juntos. Sin informes. Sin rangos. Solo nosotros.

Donovan alzó su taza.

—Apoyo la moción.

—¿Incluso tú? —preguntó Carlos—. Pensé que los agentes del FBI no se mezclaban con plebeyos.

—Bueno, ahora que Alice va a estar con nosotros, tengo que acostumbrarme a las malas influencias.

Me reí. Brooklyn también. Todos. Era esa risa nerviosa que intenta tapar lo inevitable. Pero al menos era real.

—¿Cuándo? —preguntó Clark.

—Este viernes —dije, sin pensarlo mucho—. No quiero dejarlo para después. Ni postergarlo.

—Perfecto. —Carlos sacó su cuaderno—. Yo llevo los mapas, el GPS y un botiquín de emergencia.

—Yo llevo la carne —dijo Loyd.

—Yo los juegos de mesa y alcohol —Brooklyn.

—Yo... llevaré mi encanto natural —dijo Clark, haciendo una pose ridícula que nos hizo a todos rodar los ojos.

—Y tú, Alice —dijo Donovan, mirándome con una sonrisa—, llevas los recuerdos.

Lo miré.

—Yo los llevo a ustedes.

**

Los días siguientes volaron entre turnos, empacadas y despedidas silenciosas.

El reloj marcaba las 6:14 a. m.

Podría haber dormido un poco más. Podría haberme quedado abrazada a Jake, robándole calor como tantas otras veces. Pero había una inquietud que no me dejaba quedarme bajo las sábanas. Era como si algo me empujara a no dejar que este día se me escapara. Ya había aceptado que era el último. Ahora me tocaba habitarlo.

Me puse una sudadera vieja, esa que aún olía a detergente barato y a guardia nocturna. Bajé las escaleras en puntas de pie. La casa respiraba lento. Cada cuarto tenía su propio silencio, su propio pulso. Me detuve frente a la puerta de Dereck. Estaba entreabierta. Como si ya me estuviera esperando.

Toqué dos veces.

—¿Despierto? —susurré.

—¿Tú sí? —contestó su voz ronca desde la cama.

Entré. El cuarto olía a desodorante en spray, ropa recién lavada, y algo a medio quemar que probablemente había intentado cocinar la noche anterior.

Dereck estaba recostado en la cama, sin camiseta, con una almohada abrazada como si fuera su escudo personal.

—¿Qué haces despierta? ¿Pesadillas premudanza?

—Más como... nostalgia preventiva —respondí, sentándome en el borde de su cama.

Él se acomodó un poco, con los ojos entrecerrados.

—¿Viniste a despedirte? Porque si es así, al menos espera que me ponga algo decente. No quiero que el último recuerdo que tengas de mí sea con esta cara de perro confundido.

—Vine a hablar.

—Uy, eso suena peor —dijo, pero se sentó, frotándose los ojos—. ¿Qué pasa?

Lo miré. Su rostro aún joven pero más definido. El niño rebelde que vi crecer ahora tenía ojeras, cicatrices pequeñas, una historia que no había pedido.

—Quería estar contigo un rato antes de que el día se me escape. Quería... escucharte.

Él alzó una ceja.

—¿Escucharme?

—Sí, Dereck. No todo gira alrededor de mis despedidas. Tú también estás aquí. Y siento que hace tiempo no te pregunto cómo estás... de verdad.

Por un momento, no dijo nada. Solo me observó. Luego bajó la mirada, jugando con el borde de la sábana.

—Estoy... ruidoso por dentro.

Me quedé en silencio, dándole espacio.

—Me siento feliz de que él esté preso —dijo, refiriéndose a Joseph White sin decir su nombre—. Que finalmente pague por lo que hizo. Por lo que nos hizo. Por lo que le hizo a mamá.

—Lo sé.

—Pero... a veces, en medio de la noche, cuando la casa está así de callada, como ahora... la extraño. A ella. Y eso me jode. Me jode porque sé que ella también nos falló. Pero era mi mamá, Ali. Tenía esa forma de ponerme la mano en el pelo que me hacía sentir que el mundo podía ser menos feo.

—Eso no te hace débil, Dereck.

—A veces creo que... busco eso en otras personas. Ese calor. Ese refugio. No sé si por eso no dejo de intentar estar con alguien, aunque no me dure. Aunque no funcione.

Me acerqué y le tomé la mano.

—Todos buscamos donde sentirnos completos. Y si tú estás buscando amor, eso no te hace menos fuerte. Te hace humano. Muy humano.

—¿Tú crees? Porque a veces siento que si empiezo algo, lo arruino. Que no sé cómo sostener una relación sin pensar que se va a romper como todo lo demás.

—Tú sabes amar, Dereck. Solo que nunca te lo enseñaron bien. Pero yo te conozco. Eres leal, generoso, divertido. La chica que decida estar contigo va a tener la suerte de su vida.

Él soltó una risa leve.

—¿Y tú vas a darme consejos de amor? ¿Tú, que volviste con Jake después de que el universo mismo te dijo que corrieras?

—Sí, yo. Porque aunque me haya tropezado mil veces... aprendí. Y tú también lo harás.

Nos reímos juntos.

—Sabes que te voy a extrañar, ¿no? —dijo, más bajito.

—Y yo a ti. Pero no me vas a perder. Voy a volver a visitarlos. Y si no, los molestaré por videollamada. Vas a tenerme ahí hasta en la sopa.

—Me gusta esa idea.

Nos abrazamos. Fue largo. Sincero. Cálido.

—Voy a bajar a hacer algo de comer —dije.

—¿Tú? ¿Cocinar?

—No empieces.

—No puedo acompañarte. Tengo unas diligencias, pero te deseo suerte. Y que no incendies nada, por favor.

—Lo intentaré.

—Te quiero, Alice. Más de lo que digo a veces.

—Yo también, Dereck. Más de lo que tus barreras anti-amor me dejan expresar.

Salí de su habitación con el corazón lleno. No porque fuera menos doloroso. Sino porque ahora sabía que ese dolor tenía raíces.

Y que nuestras raíces, aunque rotas, seguían sosteniéndonos.

La madera de la escalera crujía con ese sonido que solo ocurre cuando no quieres despertar a nadie. Bajé con cuidado, descalza, sintiéndome como una intrusa en mi propia despedida.

La cocina estaba en silencio. La luz del amanecer se filtraba por las cortinas blancas, dándole un tono dorado a todo. Me sentí como en una de esas películas donde el tiempo se ralentiza justo antes del cambio. Como si la casa supiera que esta era la última mañana en la que me movería por ahí con tanta libertad.

Busqué la sartén vieja de hierro fundido que siempre usábamos para los desayunos grandes. La encontré en su lugar de siempre, detrás del cajón de los utensilios que nadie limpia a fondo. Saqué huevos, pan, mantequilla y mi pequeña bolsita secreta con hierbas y sal especial. Era una mezcla que había creado en la academia, cuando experimentaba con la idea de cocinar al menos una cosa en la vida de forma decente. Solo me había salido bien una vez: huevos a la francesa.

Encendí la estufa.

—Estás en territorio peligroso, Jill —dijo una voz detrás de mí.

Me giré. Henry, despeinado y con una camiseta arrugada de alguna banda indie que seguramente solo él conocía, se apoyaba contra el marco de la puerta con los brazos cruzados.

—Buenos días —respondí—. ¿Temprano para ti o tarde para mí?

—Ambas. ¿Qué haces despierta tan temprano en tu día libre de despedida?

—Quiero regalarle algo decente a esta casa antes de irme. ¿Qué mejor que mi receta más legendaria?

Henry entrecerró los ojos.

—¿Huevos a la francesa?

—Con mi toque personal.

—Eso no sé si es promesa o amenaza.

—Ayúdame o quédate ahí juzgando. Tú eliges.

—Voy por las sartenes —respondió, con una sonrisa suave.

En menos de cinco minutos, estábamos codo a codo. Él batía los huevos, yo derretía la mantequilla y cuidaba que el pan no se quemara. Trabajábamos en silencio, hasta que la cocina se llenó de olor a desayuno y a algo más: a memoria.

—¿Recuerdas cuando hicimos esto la primera vez? —preguntó Henry.

—Sí. Anthony nos regañó a los dos por usar los ingredientes del almuerzo de Marcus sin permiso.

—Pero nos salieron buenos.

—Nos salieron comibles. Que no es lo mismo.

Él se rió. Luego, bajó el fuego y me miró.

—¿Y tú? ¿Estás bien con esto?

—¿Con irme? —pregunté, sabiendo que no hablaba solo del FBI.

—Con Jake.

Me quedé un momento mirando la sartén.

—Sí. Estoy bien. Es... diferente esta vez. No siento que esté corriendo hacia él ni que él esté huyendo de mí. Solo estamos... caminando en la misma dirección.

Henry asintió.

—Eso suena más real que cualquier declaración cursi.

—¿Y tú? ¿Qué hay de ti y Noah? —pregunté, sin rodeos.

Henry dejó de batir por un momento. El silencio que siguió fue espeso.

—No hay "yo y Noah" —dijo, sin mirarme.

—¿Por qué no?

—Porque nunca hemos hablado. Ni una sola vez. No directamente, al menos.

—¿Y eso?

—Porque me da miedo. Porque me paraliza.

Lo observé con atención. Su postura se cerraba, como si se acorazara por dentro.

—Es la primera vez que me gusta tanto alguien —confesó, bajando la voz—. Antes, si me gustaba un chico, podía bromear, jugar, flirtear... lo manejaba. Pero con Noah es distinto. No puedo leerlo. No sé si me ve como algo más. Y si lo intento... si le digo algo y me rechaza... no sé si podría soportarlo.

—¿Soportar qué? ¿El rechazo?

—No. Perderlo. Perder lo poco que tenemos. Porque ahora, aunque sea solo en mi cabeza, lo tengo ahí. En algún rincón. Y si hablo, si lo estropeo... puede que ni eso me quede.

Sentí un nudo en la garganta. No porque no supiera cómo se sentía, sino porque me era demasiado familiar.

—¿Sabes qué es peor que perderlo? —le dije, con suavidad—. Vivir pensando en lo que pudo haber sido.

Henry bajó la mirada, tragando saliva.

—A veces pienso que no estoy hecho para este tipo de cosas. Para los sentimientos grandes. Para los "y si".

—Claro que lo estás. Solo que esta vez te tocó alguien que realmente importa. Y eso lo cambia todo.

Él se rió, nervioso.

—¿Cómo lo haces? ¿Cómo sabes siempre qué decir?

—Porque a mí también me costó admitir lo que sentía por Jake. Me costó tanto, que casi lo pierdo para siempre.

Lo miré.

—Y tú, Henry... no tienes por qué saber todo. Solo necesitas ser valiente una vez. Solo una. Y el resto... se va acomodando.

Henry suspiró. Tomó un trozo de pan, lo partió en dos y me ofreció una mitad.

—Hazme ese momento perfecto que prometiste, ¿sí?

—Lo haré. Te lo juro.

Terminamos de desayunar entre risas, confidencias y algunas miradas que me guardaré como postales emocionales para los días difíciles. Cuando Henry subió con su taza en la mano, me quedé sola unos minutos en la cocina, observando los restos del desayuno: la sartén con mantequilla aún tibia, las migas en el mantel, el olor suave de pan tostado y cariño recién cocido.

Cerré los ojos. Quería grabar esa mañana en la piel.

Entonces pensé en Erick.

Él siempre entrenaba temprano. Decía que la mañana era el único momento del día en el que su mente se callaba. Lo imaginé en el gimnasio del sótano, entre pesas, soga de salto y música fuerte, sudando rabia y enfoque. Lo imaginé solo, como tantas veces, con la espalda marcada por la rutina y el pecho lleno de preguntas que nunca decía en voz alta.

Casi podía oír desde la cocina el ritmo rítmico de los guantes contra el saco de boxeo, el bajo vibrando desde su playlist, y el aire cargado con ese olor inconfundible a goma de gimnasio, sudor limpio y enfoque total.

Tomé un plato, preparé otro omelet con esmero y bajé las escaleras con pasos lentos. Sabía que si llegaba de golpe, él pondría su fachada de siempre. Para Erick, mostrar emociones era como dejar una guardia baja en un combate. Y hoy no quería golpes. Quería verdad.

La puerta del gimnasio estaba entreabierta. La música sonaba baja, pero lo suficiente como para marcar el ritmo de sus respiraciones. Lo vi. Ahí estaba. Sin camiseta, marcando cada movimiento como si le dictaran los demonios desde dentro. Cada gancho, cada cruzado, tenía más peso del que su cuerpo podía mostrar.

—¿Si le sigues pegando así, vas a dejar sin relleno ese saco antes del mediodía —dije, apoyada en el marco de la puerta.

Él se giró sin dejar de moverse.

—Solo estoy calentando.

—Y yo solo estoy cocinando, pero no por eso exploto la estufa —repliqué, entrando con el plato en mano—. Te traje omelet. El de huevos a la francesa. El sagrado.

—¿Tú cocinaste esto? ¿Y no se incendió la casa?

—Apenas.

Se quitó los guantes, se limpió la cara con una toalla, y tomó el plato. No dijo gracias, pero sus ojos lo dijeron por él. Se sentó en el banco de abdominales y empezó a comer con hambre. O con ansiedad. O ambas.

—¿Todo bien? —pregunté, sentándome a su lado.

—Sí, claro. Solo estoy entrenando. Sacando energía. Lo de siempre.

Lo miré de reojo.

—Mentiroso.

—¿Qué? —dijo, fingiendo una risa que no le llegaba a los ojos—. Estoy bien, Ali. No tengo nada en la cabeza.

—Erick... te conozco desde que intentaste esconder el primer cigarro detrás del horno y pensaste que nadie te lo iba a oler. Eres transparente cuando finges. ¿Qué pasa?

Siguió comiendo. Dos bocados más. Silencio. Hasta que bajó el tenedor, suspiró y dejó el plato a un lado.

—A veces siento que la voy a cagar —dijo, de pronto—. Que todo lo que he logrado con Lissette es una cuerda floja y que, en cualquier

momento, los fantasmas van a venir a joderlo todo.

—¿Fantasma número uno?

—Mi temperamento.

—¿Número dos?

—Mi miedo a confiar.

—¿Número tres?

—La imagen que tengo de lo que es el amor... que está tan jodida, Alice.

Me quedé callada. Él se frotó la nuca, mirando al suelo.

—Lissette es buena. Conmigo, con todos. Me hace sentir... seguro. Pero a veces, cuando discutimos, se me cruzan escenas de mamá y papá. De gritos. De platos rotos. Y pienso: ¿y si soy igual que él? ¿Y si en una de esas, sin querer, me convierto en todo lo que prometí no ser?

Le puse la mano en la pierna, firme.

—Erick, si pensaras como él, no te harías esa pregunta. Si fueras como él, ni siquiera sentirías culpa. Ni miedo. Estás peleando contra eso todos los días, y solo por eso, ya estás ganando.

—¿Y si eso no basta?

—Entonces aprende. Ajusta. Escucha. Habla. Equivócate y vuelve. Pero no huyas. No arruines lo que estás construyendo solo por miedo a repetir un pasado que tú no elegiste.

—¿Cómo haces para sonar como una terapeuta y como una hermana insoportable al mismo tiempo?

—Años de práctica.

Se rió. Real, por fin. Luego me miró.

—¿Y tú? ¿Estás segura de lo de Jake?

—Más que nunca. Y no porque seamos perfectos. Sino porque, por fin, estamos en la misma página. Y por ahora, eso me basta.

—Y al final Jake volvió, ¿eh? —dijo, mientras doblaba el envoltorio vacío entre risas—. Te lo dije. Siempre lo supe. Ese hombre te respira distinto.

— ¡Cállate ya! — dije volteando los ojos y dándole un golpe en el hombro, el cual me dolió más a mí.

— Cuidado con la mercancía, niña.

— Si, Sí. Volviendo a Jake... — digo cambiando de tema: — Admito que creí que no lo vería más. Pensé que esto sería una historia de esas que terminan sin justicia poética.

—Y ahora la tienes.

—Y tú también puedes tenerla. Con Lissette. Solo no la saques de tu vida antes de darle la oportunidad de quedarse.

Nos abrazamos. El sudor en su espalda aún caliente, pero su corazón más tranquilo.

Me quedé en silencio. Él también.

—Y eso no es todo —añadió, bajando aún más la voz, como si temiera que las paredes lo escucharan—. He estado pensando... en estudiar algo.

—¿Algo? ¿Como qué?

—Medicina. O algo relacionado. Enfermería, quizás. Lo sé, suena ridículo.

—¿Ridículo? Erick, ¿sabes cuántas veces te he visto curar a tus compañeros después de entrenar? ¿Cómo sabes leer el cuerpo mejor que los que estudiaron fisiología?

—Pero yo no soy el tipo que va a una universidad, Alice. Nunca lo fui.

—¿Y quién dice que tienes que serlo? Puedes empezar con un curso. Un diplomado. Algo pequeño. Y ver si de verdad te gusta. Si se convierte en amor... entonces sí, vas con todo.

—¿Tú crees?

—Lo creo. Eres más que tus puños, Erick. Mucho más.

Él me miró, con los ojos brillantes. Luego sonrió.

—Y pensar que siempre me decías que era el bruto del grupo.

—Y aún lo digo. Pero un bruto con potencial.

Ambos reímos. El sonido rebotó en las paredes como una descarga limpia.

—Voy a extrañarte, Ali.

—Y yo a ti. Aunque sé que me vas a seguir llamando cuando no sepas qué regalarle a Lissette en San Valentín.

—Maldita sea, es verdad.

—También te vas a acordar de mí cada vez que quemes un omelet intentando recrear el mío.

—Eso lo dudo.

Nos reímos. Lo dejé terminar su entrenamiento, pero al salir, me giré una última vez.

—Erick... inténtalo. No con la medicina. No con ella. Contigo.

Él asintió.

—Voy a hacerlo.

Y por primera vez en mucho tiempo, le creí sin reservas.

Después de salir del gimnasio y dejar a Erick sumido en sus rutinas, subí las escaleras en silencio. La casa aún olía a desayuno y a conversaciones interrumpidas por la emoción. El aire se sentía más liviano... pero también más lleno. Como si cada piso estuviera cargado con recuerdos que ya no cabían en las paredes.

La habitación de Anthony tenía una atmósfera distinta. No era solo el orden. Era el peso contenido en cada objeto: el armario perfectamente cerrado, la cuna blanca a un lado del ventanal, la mecedora con la manta doblada, como si nadie se atreviera a desordenar nada ahí sin su permiso.

Toqué suavemente. Desde dentro, escuché su voz:

—Pasa.

Entré.

Él estaba sentado en la mecedora, con Iasion dormido contra su pecho. Llevaba una camisa gris de algodón, sin botones, y un pantalón cómodo que rompía su habitual rigidez. Pero su espalda seguía recta. Sus ojos no se movían del ventanal, como si estuviera revisando mentalmente todos los escenarios posibles del futuro.

—¿Molesto?

—Depende. ¿Vienes a criticar mi gusto por mantas simétricas o a traer caos infantil?

—Hoy solo traigo preguntas.

Él me miró de reojo.

—Eso suena más amenazante que el caos.

Me acerqué, con pasos suaves, y me senté en el sofá a su izquierda. Iasion respiraba tranquilo. Su manita descansaba sobre el pecho de Anthony, como si lo anclara al presente.

—¿Cómo estás? —pregunté.

—Estoy bien.

—Anthony...

El mira hacia el techo en busca de ignorar mi mirada.

—Estoy funcional.

—No te pregunté eso.

Silencio. Le tomó varios segundos responder. Conmigo y Marcus, Anthony suele darse el lujo de hablar un poco de sus emociones. No mucho. Lo necesario, ciertamente.

—Estoy... cansado.

Asentí. No presioné. A veces, con Anthony, una pausa larga era más valiosa que una pregunta directa. Anthony es una piedra difícil de penetrar. Intenta ser bueno en todo, pero a veces olvida que es un ser humano de igual manera.

—¿De qué estás cansado?

—De tener que sostenerlo todo con una mano... mientras la otra intenta no dejar caer lo que siento.

Lo miré. Estaba hablando. Con lentitud, con contención... pero hablando.

—¿Qué es lo que sientes?

— Terror —admitió, sin dramatismo—. Horror de que todo lo que soñé... no sepa sostenerlo.

—¿Ser padre?

Él bajó la mirada a Iasion.

—Era lo único que deseaba, Alice. Lo único que... realmente, en silencio, pedía.

—¿Por qué?

Pasaron varios segundos antes de que hablara. Su voz se quebró apenas, como si cruzara un campo minado con cada palabra.

—Porque pensé que... si algún día podía amar a alguien sin condiciones, sin filtros, sin esfuerzo... entonces tal vez todo lo vivido no habría sido en vano. Que quizás, al formar algo nuevo, pudiera redimir lo que se rompió en nosotros.

No lo interrumpí. Sabía que, si lo hacía, se cerraría.

—Y ahora que lo tengo —continuó—, ahora que lo cargo, que lo baño, que lo escucho balbucear, hay un rincón en mí que no me deja disfrutarlo del todo. Ese rincón me dice: 'no te emociones, vas a fallar'. Porque crecí escuchando eso. Porque cada figura paterna que tuvimos fue un eco de decepción.

Anthony apretó los labios. Sus manos sujetaron a Iasion con más fuerza.

—A veces lo miro —dijo, en voz más baja— y siento tanto amor... que me asusta. Me da miedo amar así. Me da miedo perderlo. Me da miedo convertirme en otra versión rota de algo que prometí nunca ser.

Me levanté y me acerqué. Me agaché frente a él, tomando su mano libre.

—Anthony... lo estás haciendo bien. Mejor de lo que crees. Iasion tiene lo que nosotros nunca tuvimos: seguridad. Ternura. Presencia. No perfecta. No ideal. Pero real.

Él respiró hondo. Asintió apenas.

— Todo esto es suficiente. Porque tú no lo amas para sanarte. Lo amas porque sabes cómo duele no haber sido amado bien. Y no hay amor más valiente que ese.

Sus ojos brillaron. No lloró. Anthony nunca llora. Pero su pecho subió de golpe, como si contuviera una marea entera.

—Gracias —murmuró—. Por decirlo sin tener que decirlo todo.

—Y por escucharlo sin tener que explicarlo todo.

Me apoyé en su rodilla, y por unos minutos, ninguno habló. Solo el sonido del pequeño Iasion respirando, como si su existencia fuera una prueba viviente de que estábamos empezando algo nuevo.

—¿Sabes? —dije luego, en voz baja—. Deberías tocarle el piano. Como cuando mamá te escuchaba desde la cocina.

Él cerró los ojos un momento. Asintió.

—A veces lo hago cuando todos duermen.

—¿Y él?

—Se queda en silencio. Como si entendiera. Como si recordara.

—Entonces sigue haciéndolo. Que la música lo acompañe como un idioma secreto entre ustedes.

Él me miró, con ese tipo de expresión que muy pocos llegan a ver en él. Agradecimiento profundo. Amor silencioso. Una promesa sin palabras.

Le acaricié el brazo. Me incliné hacia Iasion y le di un beso en la frente.

—Tienes al mejor padre del mundo. Aunque él no lo diga en voz alta.

Anthony me acompañó con la mirada hasta la puerta. Y justo cuando iba a salir, me detuvo.

—Alice.

—¿Sí?

—No dejes de recordarnos que está bien sentir. Incluso cuando ya no estés aquí.

—No lo haré. Prometido.

Y al cerrar la puerta, sentí que había sostenido un pedazo de su mundo que pocos podían tocar. Y que, por fin, Anthony había permitido que alguien lo abrazara a él.

Ahora faltaba el más importante. A quien debía enfrentar para desmantelar la verdad detrás de la gran decaída que se ve a simple vista.

Marcus.

Capítulo 18

Sabía dónde encontrarlo. Siempre, en momentos importantes, Marcus buscaba el mismo refugio: el ala sur de la casa, en el cuarto de estudio que casi nadie usaba, con las luces apagadas y la puerta entornada, como si quisiera que lo interrumpieran pero sin pedirlo en voz alta.

Toqué con los nudillos.

Silencio.

Empujé la puerta lentamente. El aire estaba quieto, espeso. Marcus estaba sentado junto a la ventana, con la mirada clavada en la nada. Tenía la mandíbula apretada, los dedos entrelazados sobre las rodillas, y ese brillo apagado en los ojos que solo yo sabía leer: no era rabia. Era vacío. Silencio interior.

Cerré la puerta detrás de mí sin decir una palabra.

Me acerqué sin hacer ruido y me senté en el suelo, frente a él. Apoyé los codos en mis rodillas, observándolo en silencio. Esperé.

—Estás haciendo esa cosa —murmuró él, sin mirarme.

—¿Qué cosa?

—Esa de quedarte callada para obligarme a hablar primero.

Sonreí apenas. Pero no respondí. A veces, Marcus necesitaba más espacio del que el mundo estaba dispuesto a darle. Y yo siempre quise ser el único lugar donde pudiera dejar de ser el pilar de todos.

—No vine a decirte nada que no sepas —dije al fin, con voz suave.

—¿Entonces para qué viniste?

—Para que no tengas que sentir todo esto solo.

Sus ojos se cerraron apenas, como si esas palabras dolieran más que aliviara.

—Ya lo estoy sintiendo sola —dijo él, finalmente—. Desde que me enteré de que te vas. Desde que me di cuenta que, por más que lo he intentado, todos ustedes... están empezando a vivir sin mí.

Ese "sin mí" no era una queja. Era una confesión. Una herida vieja que finalmente había empezado a sangrar.

Me acerqué y apoyé mi mano en su pierna.

—Marcus... nadie vive sin ti. Solo estamos aprendiendo a vivir también por nosotros mismos.

—¿Y si ese fue siempre mi error? —preguntó—. ¿Y si hice todo tan bien que ahora me quedé sin lugar? ¿Y si todo lo que fui... ya no sirve?

Mi corazón se apretó. Nunca había escuchado a Marcus hablar así. Siempre fue el que sostenía. El que nunca pedía nada.

—No te estás quedando sin lugar —le dije—. Estás transformando tu lugar. Es distinto.

—Distinto me suena a "reemplazable".

—Entonces te lo digo con otras palabras. No hay vida nuestra sin ti. No existe un futuro en el que no te busquemos, en el que no necesitemos tu consejo, tu mirada de advertencia, o tu silencio incómodo cuando sabes que estamos por meter la pata.

Una sonrisa breve se dibujó en su rostro, apenas un segundo.

—Me duele que te vayas —admitió—. Mucho más de lo que quiero mostrar.

—Lo sé.

—Y no es solo eso. Es que... siento que me estoy quedando solo. Y lo peor es que no sé si eso significa que terminé de ser útil.

Me quedé mirándolo. Tan fuerte y tan frágil a la vez. El niño que aprendió a cuidar de todos antes de aprender a cuidar de sí mismo.

—¿Y Charlotte? —pregunté, con suavidad—. ¿Ella está contigo?

Silencio.

Un silencio tan hondo que supe, de inmediato, que la herida estaba ahí.

—No lo sé —dijo, al fin—. Ya no lo sé.

Levantó la vista hacia mí, como si finalmente me dejara entrar del todo.

—Charlotte está... distinta. Más distante. Más fría. Ya no me mira como antes. No me toca como antes. Y yo... no sé qué hice. No sé si es culpa mía. Si fue algo que no dije, algo que esperó de mí y no entregué.

Me acerqué más, sentándome a su lado. Puse mi cabeza en su hombro. Él no se movió, pero tampoco me apartó.

—Tal vez no sea culpa de nadie —susurré—. A veces las personas también cambian. Se cansan. Se pierden. Como nosotros.

Él asintió.

—Y hay algo más —dijo—. Algo que no he dicho.

Lo miré.

—Priya.

—¿Priya? —repetí.

—Desde que empezamos a trabajar juntos en la campaña internacional, pasamos muchas horas juntos. Y no ha pasado nada... pero hay una conexión. Una complicidad que no esperaba. Y me asusta. Porque si Charlotte nota que me alejo... ¿eso me hace un traidor? ¿Y si yo no pedí sentirme acompañado por otra persona, pero igual ocurre?

Lo miré con ternura.

—Eso te hace humano, Marcus. Solo humano.

Él apretó los ojos. Los abrió.

—Yo solo quería... hacer lo correcto. Para todos. Para ti. Para ellos. Para Charlotte.

—Y lo hiciste. Lo haces. Pero ahora... ¿qué haces contigo?

Marcus se encogió. Como si esa fuera la única pregunta que no sabía responder.

—No lo sé, Alice. No sé quién soy si no estoy sosteniendo a alguien.

—Entonces tal vez... ahora te toque aprender a sostenerte a ti.

Él me abrazó de golpe. Como si su cuerpo ya no pudiera contener más.

—Tengo miedo —confesó contra mi hombro—. Miedo de quedarme atrás. De que ustedes se vayan. De que me olviden. De que ya no me necesiten.

—Nunca vamos a dejar de necesitarte, Marcus. Pero ya no te necesitamos para sobrevivir. Ahora te necesitamos para vivir. Para acompañar. Para compartir. Eso también es amar.

Pasamos un rato así, en silencio. Y luego, como si necesitáramos volver a un lugar más suave, comencé a recordar.

—¿Te acuerdas cuando construiste esa carpa en el patio para que yo pudiera dormir afuera y ver las estrellas?

—Claro —dijo, con una sonrisa nostálgica—. Me pasé tres horas intentando que no se volara con el viento. Pero tú estabas convencida de que necesitabas pedirle un deseo a cada estrella fugaz.

—Y tú te quedaste despierto toda la noche, por si tenía miedo. Aunque fingías que no.

—Porque no quería que sintieras que estabas sola nunca. Ni por un segundo.

Me separé para mirarlo. Mis ojos llenos de lágrimas.

—Y nunca me sentí sola. Por ti. Porque tú fuiste suficiente, Marcus. Siempre lo fuiste.

Él se quebró. Por fin. No con sollozos ruidosos. Sino con ese temblor silencioso en los labios, con la mirada vidriosa, con la respiración entrecortada.

—Gracias, Ali.

—Gracias a ti. Por ser mi casa cuando todo lo demás se derrumbaba.

Nos quedamos así. Dos hermanos. Dos heridas que sabían cómo no lastimarse mutuamente.

Y en ese instante, supe que él no me dejaba ir. Me dejaba crecer. Que su soledad no era un reclamo. Era un duelo. Pero también... una nueva posibilidad.

Marcus me soltó con delicadeza, pero su mirada seguía anclada a la mía, como si no quisiera romper el contacto. Sus pupilas brillaban de algo más que tristeza. Era como si, por primera vez en mucho tiempo, dejara que lo vieran sin escudos.

—Nunca pensé que me ibas a decir eso —dijo, con voz ronca.

—¿Qué?

—Que me veías como suficiente. A veces uno necesita oírlo, ¿sabes? No asumirlo. No suponerlo. Oírlo. Como si las palabras le dieran permiso a uno de creerlo.

Le tomé la mano, entrelazando mis dedos con los suyos.

—Desde que llegué a esta casa... siempre supe que tú eras la base de todo. Y justamente por eso... me hice la promesa de convertirme en algo que pudiera ayudarte a sostener. En un lugar seguro para los demás. Si todos podían venir a mí... tal vez tú podías descansar un poco.

Marcus frunció apenas el ceño.

—¿Eso hacías?

—Sí —asentí—. Escuchaba, mediaba, abrazaba, protegía a mi manera. Porque me hacía sentir útil... y porque era mi forma de quitarte peso. Lo que tú hacías por nosotros... yo lo quise hacer por ti, aunque fuera en silencio.

Marcus se quedó quieto.

—Nunca lo noté así. Solo pensé que eras buena. Que eras luz.

—Tal vez lo fui... pero fue mi forma de protegerte. Tú eras la estructura. Yo quería ser el refugio.

Suspiró.

—Y estar tan ocupado con todos ustedes... también me hacía sentir útil. Como si tuviera propósito solo si alguien necesitaba que lo guiara. Que lo organizara. Que lo sacara del pozo.

—¿Y ahora que sientes que ya no es así?

—Me pierdo —dijo, sin titubeos—. Me cuesta reconocerme si no hay caos que controlar. Si ya no hay una tormenta que domar. Me paro frente al espejo y no sé qué hacer con un día que no empieza apagando incendios.

Quedamos en silencio un momento. Uno cómodo, tenso, pero profundamente humano.

—¿Sabes lo que somos tú y yo? —le dije, después de pensar unos segundos.

—¿Qué?

—Un sistema de soporte reflejo. Tú evitabas sentir ocupándote de todos. Y yo buscaba validación intentando ser el lugar seguro que tú

no podías construir para ti. Como si mi forma de amarte fuera aliviar tu carga. Y la tuya... asegurarte de que yo no me rompiera nunca.

Marcus asintió. La mirada baja, pero conectada. Le dolía, pero lo entendía. Porque era verdad.

—Somos un espejo —añadió—. Uno que nunca quisimos que se empañara. Pero ahora... toca mirarnos bien. A nosotros. No a lo que hicimos por los demás.

—¿Y qué ves cuando te miras? —le pregunté.

—Veo a un hombre que se siente viejo, aunque no lo sea. Que se siente sin mapa, ahora que todos los caminos no dependen de él.

Tragué saliva.

—Y yo veo a una mujer que no sabe quién sería si dejara de cuidar, de sostener. De llenar vacíos que no eran suyos.

Ambos nos reímos, un poco por nervio, un poco por reconocimiento.

—Hermosos desastres —bromeó Marcus.

—Creados en la misma tormenta —dije, con ternura.

Nos miramos. Y entonces ocurrió. Una pausa larga. Una grieta luminosa. Marcus apoyó su frente en la mía. Cerramos los ojos al mismo tiempo.

—Ali —susurró—. Yo no tengo miedo de que te vayas. Tengo miedo de que no encuentres lo que estás buscando.

—¿Y si no lo encuentro?

—Entonces vuelves. Aquí. A casa. A mí. Y empezamos de nuevo.

Una lágrima se me deslizó por la mejilla. No por tristeza. Por consuelo. Porque solo Marcus podía decir algo así sin sonar a promesa vacía.

—Siempre supe que eras el ancla —le dije—. Porque incluso cuando estaba segura de querer irme... en tu voz encontraba la única razón para quedarme.

—Y tú... —dijo él, con un leve temblor en la voz—, siempre fuiste la forma más dulce que tuvo el destino de recordarme que no estaba solo.

Nos abrazamos de nuevo. Largo. Firme. Como si estuviéramos amarrando el último hilo antes de dar el salto. Como si ese momento fuera la semilla de todo lo que vendría después.

—Prométeme algo —dije.

—Lo que quieras.

—Cuídate. Pero de verdad. No con tus hábitos. Con tu alma.

—Solo si tú me prometes que vas a fallar sin miedo. Que vas a equivocarte. A cansarte. Y que no vas a esconderlo.

—Lo prometo.

Nos separamos y nos reímos un poco al ver lo rojos que teníamos los ojos.

—Parecemos una telenovela de hermanos adoptivos que descubren que eran gemelos —dijo Marcus.

—Qué horror. Solo nos falta una escena de lluvia y cámara lenta.

—¿Quieres llorar en el jardín?

—Solo si tú corres detrás de mí gritando "¡Alice, no te vayas!"

Ambos estallamos en una carcajada limpia. Una que borraba el miedo, aunque fuera por un rato.

Y en ese momento supe que, aunque me fuera... nunca iba a irme del todo. Porque Marcus era mi origen. Y lo sería siempre.

Marcus se recostó hacia atrás en la silla, aún limpiándose la humedad del rostro con disimulo. Miraba por la ventana como si no reconociera el jardín de siempre, como si ahora lo viera sin tener que analizar si las luces estaban encendidas o si uno de sus hermanos había dejado mal cerrada la reja.

Yo me quedé en silencio, dándole espacio.

—¿Sabes qué fue lo peor? —dijo al fin—. Que me acostumbré a vivir en alerta. Como si siempre estuviera esperando la próxima emergencia. La próxima caída de alguno de ustedes. El próximo caos.

Asentí despacio.

—¿Y si ya no hay caos, Marcus?

—Ese es el problema. No sé qué hacer con la paz.

Lo miré con ternura, y luego le dije algo que se sintió como un secreto:

—Aprende a habitarla.

Él se quedó quieto. Como si no supiera por dónde empezar.

—¿Y cómo se hace eso?

—Te doy ideas si quieres.

—Dame las más absurdas. Las que tú pensarías que yo jamás haría.

Sonreí.

—Apuntarte a un curso de cerámica. Adoptar un gato. Dormir hasta tarde. Viajar sin plan. Volver a tocar guitarra. Decir que no.

Marcus bufó una risa breve.

—¿Adoptar un gato?

—Tendrías a alguien que maúlle cada vez que no sepas cómo estás. Como nosotros.

Nos reímos juntos, con la complicidad volviendo a instalarse.

—Tal vez debería empezar por lo básico —murmuró él—. Aceptar que puedo existir sin justificarme. Sin tener que demostrar nada. Ser solo Marcus.

—¿Y quién es Marcus, cuando no está cuidando a todos?

Se quedó pensando largo rato.

—Creo que no lo sé todavía. Pero... me gustaría averiguarlo.

Lo miré con cariño.

—Entonces que ese sea tu próximo proyecto. No una responsabilidad. Una exploración. Una oportunidad. Esta vez, para ti.

Marcus asintió, despacio.

—Tal vez debería hablar con Charlotte también. Dejar de pretender que todo está bien. Admitir que algo se rompió... y que no sé si quiero seguir fingiendo.

—¿Crees que puedas salvarlo?

—No lo sé —respondió con honestidad—. Pero si no puedo, al menos quiero cerrarlo con verdad. Sin mentiras cómodas.

—¿Y Priya?

Una sombra cruzó su rostro.

—Todavía no. Priya es... otra historia. Y no quiero usarla como escape.

Lo admiré un poco más en ese momento. Porque incluso roto, Marcus sabía dónde pisar.

—Y con la empresa... —empezó a decir, con tono pensativo—. Quiero empezar a delegar. No porque no pueda con todo... sino porque merezco no tener que hacerlo solo.

Lo abracé otra vez.

—Me gusta el Marcus que está empezando a nacer. Es menos perfecto... pero mucho más humano.

—Y el de antes... ¿no servía?

—El de antes nos salvó la vida. Pero el de ahora... puede empezar a vivir la suya.

Se quedó en silencio. Mirando el jardín, como si lo viera por primera vez con la certeza de que ya no tenía que cuidarlo todo él solo.

Marcus respiró hondo, apoyando la cabeza contra la silla.

—¿Sabes qué? Te va a ir bien, Grace.

Rodé los ojos al instante.

—¿Otra vez con eso? ¿Puedes no llamarme así?

—¿Por qué no? Te queda bien.

—Nunca me gustó del todo. Me acostumbré, sí, pero... no sé. Me suena muy... educada.

Marcus se rió.

—Claro. Porque tú eres sinónimo de rebeldía y caos.

—Exacto. Gracias por notarlo.

—Aun así... Grace tiene peso.

Me crucé de brazos.

—¿Sabías que es tu culpa que tenga ese nombre?

Él giró el rostro hacia mí, con una media sonrisa.

—Sí. Porque lo elegí yo.

Lo miré con el ceño fruncido. Aunque ya lo sospechaba, me sorprendió escucharlo decirlo en voz alta.

—¿En serio?

—Mamá me dejó ayudarla a elegirlo. Yo tenía seis años. Y ya sabía que ibas a ser mi hermanita. Quería darte algo que te protegiera... incluso antes de llegar.

Mi expresión se suavizó.

—¿Y por qué "Grace"?

Marcus se quedó en silencio unos segundos. Luego, se sentó más derecho, apoyando los codos sobre las rodillas.

—Porque... era el nombre de la mamá de Anthony.

Mi pecho se apretó.

—¿La mamá de Anthony?

—Sí. Grace Friedman. Ella fue muy cercana a mamá en los años antes del caos. Era cálida, fuerte... el tipo de mujer que hacía que todo doliera menos. Cuando mamá te adopto, yo pasaba mucho tiempo con Grace, mientras mamá tenía que estar en observación.

—¿Así conociste a Anthony?

—Sí. Nosotros dos crecimos juntos antes de que el resto apareciera. Nos conocimos en la sala de espera de la clínica. Jugábamos con fichas de dominó y comíamos galletas. Anthony era tan serio como ahora, pero se reía más.

Marcus bajó la mirada.

—Cuando Joseph... se metió en todo. Cuando su poder empezó a extenderse a todas partes, Grace se alejó de mamá. Por miedo. Por seguridad. Anthony siempre sintió que nuestro padre fue quien la borró del mapa.

Tragué en seco.

—¿Y tú... por qué me diste su nombre?

—Porque no quería que desapareciera del todo. Porque me enseñó a cuidar. Porque me dio un poco de luz cuando todo empezaba a apagarse. Porque era como tú.

No supe qué decir. Solo lo miré. Y sentí que por primera vez, ese segundo nombre... me pertenecía. No por mí. Sino por quienes me lo dieron. Por quienes me amaron antes incluso de saber mi rostro.

—Tal vez... —murmuré— Tal vez empiece a usarlo en el FBI.

—¿En serio?

—Sí. Si Jake puede llamarse Zack Simons allá, yo puedo ser Grace. Grace Jill. Suena... a alguien nueva.

Marcus sonrió, con una ternura que me estrujó el pecho.

—Va a sonar a ti, siempre.

Nos quedamos un momento en silencio. Y luego, no pude evitar devolverle el golpe.

—¿Y tú, Adam?

Marcus bufó.

—Dios. Esa historia no es tan poética.

—¿Qué? ¿No es por algún tío querido ni nada así?

—No. Es por Joseph.

—¿Papá?

—Él eligió "Adam" porque significaba el primero. El origen. El heredero. El primogénito. Desde que nací me cargó con esa expectativa: ser el legado. El que no puede fallar. El que representa lo mejor de él.

—Ugh... eso es tan él.

Marcus asintió.

—Y lo peor es que... me lo creí. Crecí con esa presión de no poder romperme. De no poder decepcionar. De tener que estar siempre un paso adelante.

Lo miré, con los ojos ligeramente húmedos.

—Y aún así... lo hiciste todo distinto. Lo hiciste todo mejor.

Marcus suspiró, su voz más baja.

—No sé si lo hice mejor. Solo sé que me esforcé por no repetirlo.

—Lo hiciste, Marcus. Nunca me faltó nada que valiera la pena. Ni amor. Ni guía. Ni sentido.

—Y tú... —dijo— hiciste que todo ese esfuerzo tuviera sentido.

Apoyamos nuestras frentes otra vez. Dos nombres. Dos historias. Dos heridas con bordes parecidos.

—Grace y Adam —dije, con una sonrisa—. Suena como un dúo celestial.

—O como dos sobrevivientes con nombres de carga.

—Quizás por eso nos entendemos tanto.

Ambos reímos.

— Gracias por no dejar que me convirtiera en una estatua.

—Nunca lo haría. Tú eres mi roca... pero también mi hermano. Y te quiero vivo. No solo firme.

Respiró profundo.

—Voy a hacer una lista. De las cosas que quiero intentar. Solo para mí.

—Empieza por el gato.

Marcus sonrió, y por primera vez, no pareció forzado. Pareció un sí.

—Te prometo una cosa —me dijo, ya más sereno—. Cuando te vayas, yo no me voy a derrumbar. Voy a construir.

—¿Y cuándo sientas que no puedes?

—Entonces te llamo. Aunque estés al otro lado del país.

—Siempre te voy a contestar.

Nos quedamos así. En ese estudio bañado por la luz de la mañana. Dos hermanos. Dos pilares. Sosteniéndose, por fin, mutuamente.

Y en ese silencio compartido, supe que Marcus, después de todo, sí iba a estar bien. Porque por primera vez, quería estarlo... para él.

(...)

La música ya vibraba desde el primer piso de la cabaña mientras Alice terminaba de alistarse. Ya para cuando Alice bajó las escaleras. Las luces cálidas bañaban la sala decorada con globos dorados y guirnaldas improvisadas que decían "Hasta pronto, Jill" con letras algo chuecas. Brooklyn había exigido que no usaran la palabra "despedida" porque, según ella, sonaba a funeral. "Esto es una jodida celebración, no una tragedia", había sentenciado mientras organizaba las bebidas.

Carlos estaba repartiendo cervezas con una corona de papel en la cabeza. Clark y Loyd competían en el centro de la sala en una especie de concurso improvisado de flexiones, mientras todos los demás los alentaban entre risas y apuestas. La energía en la casa era tan vibrante que Alice por un momento olvidó todo lo que venía al día siguiente.

—¡Al fin bajó la reina! —gritó Brooklyn al verla—. Pensé que te habías fugado con Jake y nos ibas a dejar aquí sin un trago de despedida.

—¡No lo llames así! —exclamó Alice entre risas—. Ya dijimos que no es una despedida.

—Entonces, brindemos por los nuevos comienzos —dijo Carlos, levantando su botella.

Las botellas chocaron, los brindis se repitieron y la música subió el volumen. Brooklyn tiró de Alice hacia el centro de la sala.

—Ven aquí, Jill. Muéstrales cómo se bailaba en el Precinto 99 antes de que te volvieras toda FBI.

Alice se dejó arrastrar con una carcajada. La canción cambió a un ritmo más intenso, y sin dudarlo, Brooklyn y ella comenzaron a moverse con una sensualidad provocadora que arrancó silbidos y carcajadas. Las miradas se clavaron en ellas, pero ni Alice ni Brooklyn se detuvieron. Era una despedida. Era libertad.

—¿Sabes? —murmuró Brooklyn, acercándose a su oído mientras seguían bailando—. A veces me pregunto si no debería pensar en hacer un trío. Jake, tú y Donovan. Solo por ciencia.

Alice soltó una carcajada escandalosa.

—¡¿Qué?! ¡Estás loca!

—Un poquito. Pero dime que no lo has pensado nunca.

—¡No! —dijo Alice, tajante... pero el calor subió a sus mejillas y no pudo evitar una fugaz imagen cruzando su mente. Jake con esa mirada intensa, Donovan con su risa indomable...

Sacudió la cabeza y se rió sola.

—¡Estás enferma!

—Pero me amas —dijo Brooklyn, guiñándole un ojo.

Al otro lado de la sala, Jake y Donovan charlaban en un rincón. Ambos con vasos en mano, mantenían una conversación tranquila, dándole el espacio a Alice que sabían necesitaba. Jake la observaba de vez en cuando con una mezcla de ternura y orgullo. Donovan solo sonreía y asentía, como quien entiende lo necesario de dejar que alguien brille en su propia despedida.

Los juegos siguieron. Verdades incómodas, desafíos absurdos, bailes grupales que terminaban en el suelo. Carlos imitó a Willys hasta hacer llorar de risa a todos. Clark confesó que una vez confundió una granada de entrenamiento con una taza térmica. Loyd reveló su enamoramiento secreto por una fiscal. Todo era risas, música y calor humano.

Cerca de la medianoche, Brooklyn alzó su copa:

—A nuestra Jill. Porque te vas, pero sigues siendo parte de este loco escuadrón. Porque nadie podrá reemplazarte en nuestras bromas, en los informes corregidos a las tres de la mañana, ni en las noches como esta.

Alice respiró hondo, con los ojos húmedos.

—Gracias por esto. Por hacerme sentir que no me voy, solo me transformo un poco. Ustedes son mi lugar seguro. Y lo seguirán siendo, aunque esté a kilómetros.

El abrazo fue colectivo. Como una red invisible que se cerraba para sostenerla una última vez.

Y mientras todos reían, bailaban y brindaban una vez más, Alice supo que, aunque el mañana le prometía un mundo distinto, su hogar seguiría teniendo esta forma: la de una sala llena de amor, carcajadas, y promesas que ni el tiempo ni la distancia iban a romper.

Capítulo 19

El murmullo de la ciudad aún adormecida se colaba por la ventana del auto mientras nos dirigíamos al aeropuerto. Jake iba sentado a mi lado, con su mano entrelazada con la mía, sus dedos cálidos y firmes, como si pudieran detener el temblor inevitable que sentía bajo la piel. Los chicos venían atrás, en otro auto como si fuese una caravana. Nuestro silencio pesaba más que cualquier palabra.

Aún era oscuro, pero el cielo ya mostraba signos de que pronto amanecería. Supongo que eso era lo poético de todo: el nuevo día, el nuevo comienzo.

Cuando llegamos al aeropuerto, todo se volvió más real. Los letreros, las luces, el ruido constante de los anuncios por altavoz. Era verdad. Me iba.

—¿Seguro que empacaste todo? —preguntó Marcus, su voz ronca, casi quebrada.

Asentí. No confiaba en mi voz todavía.

Bajamos del auto con lentitud, como si al movernos estuviésemos acelerando el momento que todos queríamos evitar. Jake descargó las maletas mientras yo me quedé parada frente a mis hermanos, mirándolos uno por uno como si pudiera grabar sus rostros en mi memoria.

Dereck fue el primero en acercarse. Su abrazo fue fuerte, sin palabras, solo un gesto largo que decía más que cualquier despedida. Sentí su mano en mi nuca, sosteniéndome como cuando éramos niños y el mundo parecía más grande que nosotros.

—Llámame cuando llegues —susurró al oído—. Prométemelo.

—Te lo prometo.

Henry vino después, torciendo la sonrisa como si no quisiera que notara que estaba a punto de llorar.

—¿Y ahora quién va a decirme si le gusto o no le gusto a Noah? —intentó bromear, pero su voz se quebró al final.

—No necesitas que te lo diga. Tú ya lo sabes.

Nos abrazamos. Me hizo prometerle que cuidaría de mí, que no dejaría que el trabajo me quitara lo que ya había construido con ellos.

Erick me envolvió en sus brazos sin decir nada por unos segundos, hasta que murmuró:

—No tienes que demostrarle nada a nadie. Solo vive. Vive, Alice.

Su abrazo me sostuvo en pedazos.

Anthony me abrazó como si fuéramos cómplices de algo que los demás no entendían. Me miró con esos ojos que todo lo ven y me dijo:

—Sé feliz... sin culpa.

Sentí un nudo en la garganta tan fuerte que me hizo doler el pecho.

Marcus fue el último. Estuvo parado frente a mí por unos segundos, sin moverse. Vi sus ojos enrojecidos, su mandíbula tensa. Y cuando por fin me abrazó, fue como si mi cuerpo reconociera que ese era el adiós que más dolía.

—No sé quién soy sin tenerte cerca —dijo contra mi hombro, su voz rota—. Pero voy a descubrirlo. Y tú vas a encontrar todo lo que estás buscando. Lo vas a lograr. Ambos vamos a estar mejor que nunca.

No pude evitar llorar. Llorar de verdad. Llorar como cuando era niña, como cuando pensaba que perder significaba el fin del mundo. Pero esta vez sabía que no era un fin. Era una transformación. Y dolía.

Nos quedamos todos juntos por unos minutos más, riendo entre lágrimas, tomándonos fotos tontas frente al letrero de "Salidas", hablando de planes, de visitas, de mensajes diarios, de cumpleaños, de videollamadas. Nos prometimos todo lo que sabíamos que no siempre íbamos a cumplir... pero que necesitábamos decir para sentirnos menos solos.

Jake se acercó, tomó mi mano, y me miró con una mezcla de ternura y decisión.

—Es hora.

Asentí.

—Los amo —les dije a todos, con la voz entrecortada—. No tienen idea cuánto.

—Nosotros también —respondieron al unísono, como un eco familiar que me sostuvo hasta el último paso.

Cruzamos el control de seguridad. Jake y yo, con nuestros boletos en primera clase, regalo de esos mismos corazones que me acababan de abrazar con el alma. Cuando nos sentamos en nuestros asientos, él me tomó la mano de nuevo, como en el auto, como si no necesitáramos palabras.

Miré por la ventana mientras el avión comenzaba a moverse.

Dejaba mi hogar atrás... pero algo en mi pecho sabía que, de algún modo, lo llevaba conmigo.

Primera clase tenía de todo: asientos que se convertían en camas, pantallas enormes, vino espumoso que no sabía pronunciar, y gente que parecía entrenada para no sudar nunca.

Pero nada —nada— podía prepararme para tener a Jake sentando a mi lado, descalzo, con una manta en la cabeza como si fuera un fantasma de caricatura.

—¿Estás bien, o estás intentando invocar espíritus del aeropuerto? —le pregunté, alzando una ceja.

—Estoy aislando energías negativas —respondió desde debajo de la manta—. Es mi momento zen.

Rodé los ojos, pero sonreí. Jake era un completo idiota... y por alguna razón, eso me mantenía cuerda.

Me quité los zapatos también, más por solidaridad que por comodidad. El vuelo apenas llevaba veinte minutos y él ya había hecho dos chistes malos con la azafata, había preguntado si el menú tenía "pollo a la libertad" y había hecho un comentario sobre cómo "la cabina de mando seguro olía a virilidad".

Nos quedamos en silencio por un momento. La cabina tenía esa luz tenue de película romántica de bajo presupuesto, y a pesar de las ridiculeces de Jake, el silencio se sentía cálido.

Me giré un poco hacia él, acomodándome en el asiento, abrazando una almohada que tenía el tamaño perfecto para abrazos de transición emocional.

—¿Tú te das cuenta de que ahora vamos a trabajar en el mismo sitio? —le dije en voz baja—. Literalmente podrías seguirme al baño si quieres.

Jake asintió con una expresión seria... demasiado seria.

—Lo sé. Tengo planes de llevarme tu almuerzo, interrumpir tus informes, y fingir que me pierdo para que tengas que venir a rescatarme. Así es como fortaleceremos la relación.

—Ah, claro. La fórmula de los matrimonios exitosos —le seguí la corriente—: sabotaje emocional y bromas pasivo-agresivas durante las horas laborales.

—Y sexo explosivo después de cada operativo fallido —añadió, sonriendo como si ya estuviera visualizando el "operativo".

Le lancé la almohada, que rebotó en su cara. Él la atrapó como si fuera una reliquia sagrada.

—Lo digo en serio, Jake. Es raro. Vamos a vivir juntos... trabajar juntos... despertar juntos. Literalmente, vas a ver mi cara todo el tiempo.

—Perfecto. Así me ahorro ponerla como fondo de pantalla. Te tengo en alta definición 24/7.

Me reí. No quería hacerlo, pero me ganó. Ese era su poder: decir estupideces hasta que mi ansiedad se rendía.

—¿Y si me odias? —le pregunté en voz baja, ya más en serio—. ¿Y si me ves un día sin maquillaje, en bata, con mi crema antiacné y piensas "¿qué demonios hice?"

Jake me miró fijo. Se quitó la manta de la cabeza (gracias a Dios) y se inclinó hacia mí. Su expresión cambió por completo. Había

ternura, sí... pero también esa intensidad que a veces me hacía sentir como si el mundo se detuviera un poco.

—Alice, ya te he visto en tus peores días. Te he visto molesta, cansada, con café en el uniforme, con los ojos hinchados por no dormir, despeinada, llorando... y aún así, no puedo dejar de pensar que eres lo mejor que me ha pasado. Así que no. No te voy a odiar por usar crema en la cara o por vivir conmigo. Te voy a amar más. Aunque te tires pedos en la madrugada.

—¡JAKE!

—¡¿Qué?! ¡Es una posibilidad que debemos asumir si vamos a vivir juntos! ¡Necesitamos protocolos de emergencia!

Me tapé la cara con ambas manos, muerta de la risa. El tipo era un payaso... pero era mi payaso.

—Está bien —le dije al fin, con un suspiro que me desinfló los nervios—. Solo prométeme que si me empiezo a volver loca en el trabajo, me vas a decir.

—No —contestó con una sonrisa ladeada—. Te voy a secuestrar, te voy a llevar a comer helado y vamos a ver películas de zombis hasta que se te pase.

—¿Eso funciona?

—Científicamente comprobado por mí. Pregunta a nadie, lo tengo todo documentado... en mi corazón.

Me recosté en su hombro, sintiendo cómo el ritmo del vuelo se acompasaba con el de mi respiración. Por primera vez en semanas, no me sentía ni presionada ni rota. Solo... tranquila.

—¿Sabes qué es lo mejor de todo esto? —le dije, cerrando los ojos.

—¿Que probablemente vamos a terminar teniendo sexo en todas las áreas comunes del nuevo apartamento porque no podremos resistirnos a estrenarlas?

—...Eso fue la segunda cosa que iba a decir.

Jake rió y me besó la frente. Luego, se puso los audífonos y, sin que yo pudiera detenerlo, comenzó a ver una película animada doblada al español... con subtítulos en alemán. ¿Por qué? No lo sé.

Pero ahí, entre risas, caos y esa paz extraña que él sabía darme, sentí que tal vez, solo tal vez... el futuro no me daba tanto miedo como pensaba.

Yo empecé a leer un libro que no había tenido oportunidad de continuar debido al desorden emocional en mi vida. Ambos estábamos haciendo cosas separadas, pero estábamos juntos. Y eso me llenaba como no se podrían imaginar.

Minutos después, Jake se levantó del asiento con una pereza dramática y exagerada, como si ir al baño fuera una expedición al Everest.

—No toques nada raro —le dije, alzando una ceja.

—Prometo solo besar el espejo si me veo demasiado irresistible —respondió, y se alejó caminando como si desfilara en una pasarela de Calvin Klein con calcetines flojos.

Lo vi perderse por el pasillo mientras yo seguía hojeando sin ganas el menú de snacks que ya me sabía de memoria. Pasaron cinco... diez... quince minutos.

Fruncí el ceño.

¿Qué carajo estaba haciendo? ¿Aprendiendo japonés en el baño? ¿Tuvo una epifanía espiritual al lavarse las manos?

Me quité la manta de encima y me levanté, caminando con cuidado por el pasillo. Golpeé la puerta del baño suavemente.

—Jake... ¿todo bien?

No hubo respuesta.

Apoyé la mano en la manija, con una mezcla de fastidio y preocupación. Estaba sin seguro. Apenas empujé la puerta, todo ocurrió demasiado rápido.

Una mano me sujetó de la muñeca, firme pero sin violencia, y en un segundo Jake me arrastró dentro del diminuto espacio, cerrando la puerta detrás de mí con el cuerpo.

—Jake, ¿qué estás hacien—?

No pude terminar. Sus labios cayeron sobre los míos con fuerza, con urgencia, como si algo dentro de él hubiera estado conteniéndose demasiado tiempo.

Mi espalda chocó contra la pared metálica del baño y el aire se me escapó del pecho. Su boca no dio tregua: se movía sobre la mía con hambre, con esa pasión silenciosa que solo él sabía despertar. Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente: mis manos se enredaron en su camisa, halándola, queriéndolo más cerca. Queriendo olvidarme de todo excepto de él.

El beso era fuego. No había dulzura. Solo necesidad.

Mis labios se abrieron apenas y su lengua buscó la mía, encontrándose con la misma desesperación que yo sentía desde que me subí al avión. Sus dedos acariciaron la línea de mi cintura y luego subieron por mi espalda, deslizándose por debajo de la tela, deteniéndose justo en el límite donde el control aún me pertenecía.

Nos separamos apenas unos milímetros, jadeando. Sus ojos estaban fijos en los míos, brillando con esa intensidad que siempre me desarmaba.

—No podía... quedarme ahí sentado sabiendo que estás tan cerca —murmuró contra mi boca—. Viéndote. Sabiendo que ya no hay nadie que nos impida... esto.

Su frente tocó la mía. Mi respiración temblaba. Mi piel ardía.

—Jake... —susurré, perdida entre el deseo y el vértigo.

Él volvió a besarme, esta vez más lento, más profundo. Una caricia larga de labios y lengua que me arrancó un gemido bajo y vulnerable. Sus manos sostenían mi rostro como si fuera algo frágil, como si pese a la pasión que nos envolvía, todavía quedara ternura en su pecho.

—Quiero cada parte de ti, Alice —dijo sin apartarse—. No solo la mujer fuerte que todos ven. También esta. La que se entrega. La que tiembla cuando la toco.

Mis dedos se enredaron en su cabello mientras sus labios viajaban por mi mandíbula, descendiendo con lentitud por mi cuello. Sentí cómo mordía apenas, dejando rastros de su hambre en mi piel. Cerré los ojos. El mundo era él.

El espacio era estrecho, insuficiente para lo que sentíamos, pero eso lo hacía más intenso. El roce de nuestros cuerpos, la dificultad para moverse, el sonido de nuestras respiraciones en la cercanía... todo eso convertía ese momento en algo peligroso, prohibido, y absolutamente adictivo.

—Nos van a descubrir —dije entre suspiros, con la voz entrecortada.

—Entonces será el escándalo más memorable de mi vida.

Sus dedos recorrieron mi costado lentamente, y yo solo pude apoyarme contra él, con la mente nublada por el deseo.

Nuestros cuerpos se frotaban, se provocaban. Cada roce era fuego líquido. Su boca bajó por mi cuello, y lo besó como si ahí se escondiera mi alma. Mordió. Succionó. Gemí. Mis manos bajaron por su pecho, encontrando la hebilla de su cinturón. Mi pulgar la acarició con intención. Él gimió contra mi clavícula, su respiración entrecortada.

—Jake... —susurré con voz rota—. No podemos... aquí...

—Dime que te detenga y me detengo —susurró, jadeando—. Pero no me mientas.

Mi cuerpo pedía seguir. Gritaba por más. Por él. Por nosotros.

Mis labios buscaron los suyos una vez más, y lo besé con toda la intensidad que me estaba quemando por dentro. Estábamos a punto de cruzar ese límite. Justo al borde.

Hasta que el altavoz del avión se encendió de golpe.

"Atención, señores pasajeros. Se aproximan ligeras turbulencias. Por favor, regresen a sus asientos y abróchense los cinturones."

Jake se detuvo.

Su frente apoyada en la mía. Su pecho subía y bajaba con violencia. Mis piernas aún estaban enredadas en su cuerpo. El sudor comenzaba a perlar en nuestras sienes, no por calor... sino por lo que casi había pasado.

Por lo que queríamos que pasara.

Nos miramos en silencio. Solo respirábamos.

—¿El universo nos odia? —dije entre jadeos.

—No. Solo quiere que lo hagamos bien. Y sin romper una puerta de avión en el proceso —respondió con una sonrisa torcida, temblando como yo.

Con esfuerzo, me bajó al suelo. Acomodó mi blusa. Acarició mi mejilla. Sus labios robaron un último beso antes de abrir la puerta con sigilo.

Caminamos de regreso a nuestros asientos en silencio, como si el cuerpo todavía hablara más fuerte que cualquier palabra. Cuando me senté, sentí las piernas débiles. Él solo me miró... y me tomó la mano.

Ese roce de dedos. Ese silencio compartido.

Tal vez no lo hicimos. Aún.

(...)

La ciudad nos recibió con una luz grisácea y húmeda, típica de un día nublado en D.C., pero nada podía opacar la sensación de empezar de nuevo. El trayecto desde el aeropuerto hasta el edificio fue silencioso, no por incomodidad, sino por el peso compartido de lo que significaba ese instante: estábamos realmente aquí.

Cuando el taxi frenó frente al edificio, mi ceño se frunció por pura incredulidad.

—¿Nos equivocamos? —le pregunté a Jake en voz baja, sin bajar todavía—. ¿Esto es un hotel? ¿Una embajada?

Él me miró con una ceja alzada, divertido.

—¿Qué pensabas? ¿Un estudio con paredes de cartón y gatos en la entrada?

—Sí... —respondí casi sin pensarlo—. O al menos algo menos... blindado.

El edificio era moderno, elegante, con cámaras visibles en cada esquina y un lobby amplio con mármol y luz cálida. Un guardia nos saludó con una sonrisa profesional al ver nuestros nombres en la lista. Me costaba creer que ese lugar era mío. O, técnicamente, asignado por el FBI.

—Subamos antes de que descubran que no encajamos —murmuré.

Jake soltó una carcajada.

—Tarde.

El apartamento estaba en el sexto piso. Al abrir la puerta, el olor a madera nueva y pintura fresca nos envolvió. Entré lentamente, mis pasos resonando en el piso impecable. Era... impresionante.

Techos altos. Ventanales de pared a pared que mostraban una vista generosa de la ciudad. Cocina integrada, con electrodomésticos de acero, gabinetes blancos mate. Una sala amplia con sofá gris claro, una alfombra que parecía un trozo de nube, y estanterías ya instaladas.

Todo era moderno. Minimalista. Silencioso.

Jake silbó.

—Wow. Esto grita: "Trabajo para el gobierno, pero tengo buen gusto".

—Esto grita: "Si rompes algo, te lo descuentan del sueldo"— respondí, apoyando las llaves sobre la encimera.

Me quité los zapatos, dejé la maleta junto al sofá y caminé hasta el ventanal. La vista era impresionante: edificios, luces, movimiento. La ciudad era más viva de lo que había imaginado.

—Esto es muy... real —dije en voz baja, casi para mí.

Jake se acercó por detrás, rodeándome la cintura con los brazos.

—Y muy tuyo.

Nos quedamos así un momento, hasta que rompí el silencio con algo que me arrancó una sonrisa cansada.

—Ahora tengo que aprender cómo se toma el transporte público aquí. Metro, buses... lo que sea. Si es que no me pierdo en la primera esquina.

Jake se rió, separándose apenas para apoyarse en la baranda del ventanal.

—No vas a necesitar eso. Mi auto llega mañana temprano.

—¿Tu auto? ¿Cuál?

—El mismo que me dijeron que no podía estacionar cerca del precinto porque "era un adorno a la vía pública".

—¿el rojo? —le dije, entre risas.

—pues si. Ese trasto rojo ahora es nuestro Uber de confianza. Y lo vas a amar cuando te toque salir a las 5 a.m. y no quieras lidiar con nadie.

—Ugh... —me llevé las manos a la cara—. No puedo creer que todo esto esté pasando. Ni siquiera he abierto las maletas y ya siento que me lanzaron a otra vida.

Nos sentamos en el suelo, frente al sofá, con las espaldas contra la pared, como adolescentes mudándose por primera vez. Jake se quitó la chaqueta y se estiró.

—¿Sabes qué es raro?

—¿Qué?

—Estar aquí contigo... sin uniforme, sin radios, sin que Willys te esté respirando en la nuca.

Me reí, aunque sentí ese pequeño nudo en el estómago.

—La voy a odiar hasta el día que me muera.

—Y aún así dirás su nombre en cada historia que cuentes. "¿Les conté de la capitana Willys, el diablo disfrazado de autoridad?"

—Maldita perra. —susurré.

—Maldita perra. —repitió Jake, casi como un brindis secreto.

Nos reímos.

—¿Y los demás? —preguntó de repente—. ¿Los extrañas?

—Más de lo que me atrevo a admitir —respondí sin pensarlo mucho —. Carlos, con su forma de creer que todo puede resolverse con café. Brooklyn, haciéndose la ruda pero llorando por las telenovelas. Clark y Loyd... discutiendo por tonterías todo el día pero siendo los más leales. Y tú... tú haciéndome reír en los peores turnos.

—Ahora tienes un bufón exclusivo, 24/7 —dijo, tocándose el pecho como si fuera un título de honor.

—Sí, pero también eras parte de ese caos hermoso. No sé... el precinto era una mezcla desordenada de hogar y manicomio. Voy a echarlo de menos.

Jake se acomodó mejor, apoyando la cabeza contra mi hombro.

—Sé que no va a ser igual, Alice. No van a ser ellos. Pero... vas a conocer personas especiales. Vas a hacer conexiones nuevas. Tal vez no se parezcan a los que dejas atrás, pero te van a hacer bien. Te van a retar. Te van a reír los chistes malos. Y te van a abrazar cuando lo necesites.

—¿Tú crees?

—Lo sé. A ti no se te quiere por lo que haces. Se te quiere por lo que provocas. Y eso, Alice... eso lo vas a provocar donde sea que estés.

Sus palabras me estrujaron el pecho. Me quedé en silencio. Lo miré. Él no apartó la mirada. Me acarició el rostro con sus dedos, suaves, seguros. Y justo cuando el momento empezaba a calentarse más de la cuenta, mi estómago decidió intervenir con un rugido obsceno.

Jake se echó a reír.

—Perfecto. Romántico, intenso, y luego: hambre.

—Tenemos cero comida —murmuré con desesperación—. Literalmente cero. No hay ni agua embotellada.

Me puse de pie.

—Tenemos dos días antes de empezar. Tenemos que hacer compras. Y planear cenas. Y peleas. Y qué series vamos a ver primero.

Jake se levantó también, estirándose.

—Voy a hacer una lista. Pero con dibujos. Así sabrás qué comprar sin pensar demasiado.

—¿Harás un dibujito de un aguacate?

—No. Un aguacate con cara de policía. Porque este hogar será... justiciero.

—Eres un idiota.

—Y tú... estás atrapada conmigo.

Nos miramos. Nos sonreímos.

El apartamento estaba vacío. Las estanterías desnudas. Las paredes silenciosas. Y sin embargo, algo en el aire ya se sentía como casa.

(...)

—Jake, no. No vamos a ir en taxi. Vamos a tomar el metro.

Estaba de pie en medio de la sala, mirándolo con las llaves en la mano, mientras él me lanzaba esa mirada de "esto va a ser un desastre".

—Alice —dijo con un suspiro largo, teatral—. El auto llega en unas horas. ¿Por qué tenemos que sufrir por gusto?

—No es sufrir. Es vivir la experiencia local. Adaptarse. Convertirse en una ciudadana modelo. Vamos, Jake, deja de ser un niño mimado.

—¿Niño mimado? ¡Disculpa! Yo soy un hombre adaptado a su ambiente. Lo mío es la eficiencia. Lo tuyo es... tortura legalizada.

Lo arrastré, literalmente, fuera del edificio. Bajamos hasta la estación más cercana. Las escaleras olían a metal, electricidad y

gente con prisa. El sonido del metro en la distancia me hizo sonreír. Me encantaban los sonidos urbanos. A Jake... no tanto.

Se quedó mirando la máquina expendedora de tarjetas como si fuera un artefacto alienígena.

—¿Tengo que tocar eso?

—Sí, Jake. Es tecnología humana. No muerde.

Él apretó botones al azar hasta que le devolvió cambio en monedas. Las contó una a una, exagerando cada expresión.

—¿Cuántos años tiene esto? ¿1987?

—¿Quieres que te lleve de la mano también? —le pregunté, cruzando los brazos.

—Solo si me das una paleta después.

Nos subimos al tren. Jake eligió un asiento junto a la ventana, como si eso le diera más control sobre su existencia. Yo me senté a su lado. Frente a nosotros, una señora mayor nos observaba con ojos sabios, como si ya supiera que estábamos destinados al caos.

—¿Sabes que nunca he hecho esto? —dijo Jake de repente.

—¿El qué? ¿Viajar con gente común?

—Tomar el metro. Transporte público. En general. Ni siquiera sé cómo se valida una tarjeta de bus. Anthony o Marcus hacían todas las compras. Dereck se peleaba con los empleados de la tienda. Yo... ponía la música en el auto. Esa era mi gran contribución a la civilización.

—Eres un niño mimado.

—¡Soy un hombre de gustos refinados!

—Que no sabe comprar un aguacate.

—¡Porque no quiero traumatizar a ningún aguacate, gracias!

Estallamos en risas. La señora frente a nosotros nos miró y sonrió apenas, como quien se encuentra con algo raro pero adorable.

Cuando finalmente bajamos y llegamos al supermercado, agarramos un carrito y empezamos el recorrido. Yo iba con el celular en mano, revisando una lista mental que se desbordaba: arroz, pasta, leche, frutas, café, salsa, detergente, papel higiénico, jabón de manos, carne, pan, snacks, jugos, más café, y... galletas que claramente no necesitábamos pero que me hacían sentir en control.

Jake iba detrás de mí, arrojando cosas sin preguntar: cereales con nombres infantiles, una caja de donas glaseadas, una botella gigante de jugo de uva, y una sandía que no cabía en la nevera.

—¿Estás consciente de que no tenemos cuchillo para eso?

—¿Tú estás consciente de que la sandía es símbolo de prosperidad?

—¿Dónde leíste eso?

—No lo leí. Lo sentí.

Seguimos recorriendo los pasillos entre bromas, pequeños empujones y miradas que se alargaban sin darnos cuenta. La rutina empezaba a sentirse como algo cómodo. Algo... nuestro.

Cuando llegamos a la caja y la cajera comenzó a escanear los productos, Jake silbó bajito.

—¿Cuánto llevamos?

—Cállate, no asustes a la señora.

El número final apareció en la pantalla: $459.67.

Jake puso una mano en el pecho, fingiendo desmayo.

—¿Casi quinientos dólares? ¡¿Qué compramos?! ¿Un órgano humano? ¡¿Las acciones del supermercado?! ¡¿Una gallina universitaria con beca completa?!

—Estás exagerando.

—Alice, esto es ilegal. —Susurró, escandalizado—. ¡Me deberían dar puntos del FBI por sobrevivir esta experiencia!

Me reí, pero él parecía genuinamente en shock. Cuando me giré para acomodar unas bolsas reutilizables, escuché cómo lanzaba discretamente unos paquetes sobre la cinta.

Me di vuelta.

—¿Qué estás haciendo?

Seis paquetes de condones. Seis.

Jake no me miraba. Miraba a la cajera. Con la cara más seria del mundo.

La cajera los escaneó. Luego nos miró. A mí. A él. A mí otra vez.

Mis mejillas ardieron. Quise desaparecer.

—Jake... —susurré, apretando los dientes mientras le clavaba un pellizco en el costado.

—¡Ay! ¡¿Qué?! Hay que estar preparados. Somos adultos responsables.

—¡Seis paquetes!

—Estaban en descuento —dijo, encogiéndose de hombros, como si eso fuera una excusa lógica.

La cajera apenas pudo disimular la sonrisa que se le escapó. Jake me lanzó una mirada traviesa, como si acabara de ganar una batalla silenciosa.

Yo solo me cubrí la cara con las manos y murmuré:

—No me conozco, señora. Lo juro.

Jake pagó con una sonrisa triunfal. Yo salí del supermercado con las bolsas en las manos y la dignidad hecha trizas.

Pero cuando llegamos al apartamento, mientras descargábamos las cosas y él aún se reía bajito, me di cuenta de algo importante.

Ese era el tipo de vergüenza que no me molestaba llevar.

Porque si el futuro iba a construirse con risas, locuras y roces ridículos como ese... entonces, que venga.

Yo estaba lista.

Capítulo 20

Desde el momento en que entré al edificio, supe que esto no era el precinto. Ni de cerca.

Todo era más grande. Más frío. Más calculado.

El piso relucía. Las cámaras nos seguían desde techos discretos. El aire tenía ese olor limpio, artificial, como si la atmósfera misma se filtrara por razones de seguridad. Pero lo que más me impactó fue el silencio. El verdadero. No había risas de fondo, ni gritos de un detenido, ni Brooklyn golpeando teclas con furia. Aquí, cada paso sonaba como un voto de confianza que tenías que ganarte.

Jake —perdón, el agente Zack Simons— caminaba a mi lado, luciendo sobrio, elegante y cómodo. Como si nunca hubiese sido otra cosa más que esto: un agente con historial brillante, encajando perfectamente en la máquina que ahora nos absorbía.

Yo... intentaba imitar su paso, su porte. Pero dentro de mí, algo se apretaba. Esa mezcla conocida de expectativa, miedo y una pizca de soledad.

Al llegar a la recepción del tercer nivel, una mujer con cabello gris platinado y gafas delgadas lo llamó.

—Agente Simons, Es solicitado en sala de respuesta táctica. Ya.

Jake giró hacia mí de inmediato. Sus ojos buscaron los míos con urgencia.

—Te van a buscar —me dijo en voz baja, casi en confidencia—. No te muevas de aquí. Confía. Estás hecha para esto, Grace.

Me tomó la mano por un segundo. Corto. Rápido. Y se fue.

Y entonces, el vacío.

Me quedé de pie frente a la pared de cristal, mirando mi reflejo. Traje azul oscuro, cabello recogido, postura firme. Por fuera, todo lo que debía ser. Por dentro... una tormenta de ansiedad que solo Marcus sabría leer.

La puerta lateral se abrió. Y ahí estaba él.

Donovan.

O mejor dicho: Agente Superior Wilson, con su expresión neutral perfectamente calibrada y su andar elegante, sin prisa, sin distracción. Se detuvo frente a mí y me miró directamente, sin sonreír.

—Agente Grace Jill —dijo, como si el nombre le supiera distinto en la boca—. Bienvenida oficialmente.

Asentí con un nudo en la garganta.

—Gracias por recibirme, Superior Wilson.

Nos dimos la mano. Firme. Rápido. Profesional. Todo lo contrario a lo que nuestros cuerpos estaban acostumbrados a sentir al encontrarse. Pero esto no era antes. Este era el FBI. Y no podíamos darnos el lujo de ser quienes habíamos sido.

— Su equipo está listo para conocerla. Venga conmigo.

Me guio por un pasillo ancho, bordeado de oficinas cerradas con cristal inteligente que cambiaba de opaco a transparente según el nivel de confidencialidad. Al llegar a una puerta de acero oscuro, con el emblema de "Unidad de Investigación Estratégica Avanzada", mis pasos se volvieron más lentos.

—¿Estás lista? —me preguntó, apenas mirándome.

Respiré hondo.

—Sí. Estoy lista.

Al abrirse la puerta, cinco agentes ya estaban sentados alrededor de una mesa redonda. Pantallas digitales flotaban frente a ellos. En el centro, un sistema holográfico proyectaba mapas y archivos.

Donovan me presentó con precisión.

—Equipo, esta es la agente Grace Jill. Desde hoy, parte de nuestra unidad. Fue pieza clave en la resolución del caso 6-7009. Les recomiendo no subestimarla.

Las miradas se clavaron en mí. Algunas curiosas. Otras francamente escépticas. No me sorprendía. Este era un ambiente competitivo. Cada silla se ganaba.

Tomé la palabra.

—Gracias por recibirme. Sé que estoy entrando a un equipo consolidado. Pero vengo con ganas de aprender... y también de aportar. Me formé en análisis de campo, perfilación conductual, y resolución táctica en condiciones irregulares. Estoy aquí porque quiero crecer. Y porque no tengo miedo al trabajo duro.

Nadie habló por unos segundos.

Hasta que una mujer de piel morena y cabello en una trenza apretada asintió.

—Liana Mendez. Conductual. Si aguantas más de una semana conmigo, probablemente me agrades.

—Desafío aceptado —le respondí, sonriendo.

—Radcliffe —dijo un hombre rubio de mandíbula marcada, que jugueteaba con un bolígrafo como si fuera un arma—. Tiro y explosivos. Si hueles pólvora, fui yo.

—Isaac —murmuró otro, delgado, con gafas negras—. Tecnología y comunicaciones. No hablo mucho. Pero estoy escuchando.

—Jules —dijo la última, sin levantar la vista de su tablet—. Biometría, data, y códigos. Si rompes algo, lo arreglo. Si me caes mal, lo rompo a propósito.

Donovan sonrió apenas.

—Perfecto. Grace, si te parece, vamos a comenzar con una pequeña evaluación técnica. Nos gusta ver cómo se adaptan los agentes nuevos bajo presión. Nada letal. Solo... realista.

Asentí. Sabía que vendría algo así.

Una de las pantallas principales cambió de contenido. Se proyectó un caso simulado: múltiples amenazas, registros cruzados, datos

encriptados, coordenadas conflictivas y cinco víctimas conectadas por una serie de movimientos financieros.

Donovan explicó.

—Escenario: posible célula criminal coordinando traslados a través de rutas civiles. Las autoridades locales no lo vieron. Necesitamos saber qué, cómo, y quién. Tienes una hora.

La sala quedó en silencio. Me senté frente al panel y comencé a trabajar.

——

No existía el tiempo.

Todo lo que veía era data.

Coordenadas que no coincidían. Transacciones pequeñas pero constantes. Nombres repetidos en facturas digitales. El tipo de cosas que no resalta si no sabes a qué mirar.

Pensé en lo que había aprendido con Brooklyn: La verdad está en lo aburrido. Pensé en Carlos: Nunca subestimes un recibo. Pensé en mis hermanos... y en lo que costaba estar ahí.

Mi mente se afiló.

—La tercera transacción en Chicago es un señuelo —dije en voz alta —. Están duplicando rutas falsas para desviar la atención de los escaneos federales. El patrón de movimiento es demasiado regular. Ningún criminal real es tan predecible.

Liana me observaba. Jules dejó de teclear.

—El sujeto "Delta" no es un transportista. Es el canal de comunicación. Miren este patrón —amplié un gráfico—. Cada vez que hay un salto de zona, él hace una llamada de menos de 20 segundos. No dice nada útil... pero marca el ritmo.

—¿Y el cabecilla? —preguntó Radcliffe.

—Ella —señalé una mujer en la lista de víctimas aparentes—. Fingió ser víctima. Pero su cuenta es la única que pagó seguros de carga

por adelantado. Nadie en peligro se asegura a sí mismo antes de que pase el crimen. Ella no es víctima. Ella lo dirige todo.

La sala quedó muda.

Jules parpadeó.

—Confirmo los datos. Tienes razón.

Liana cruzó los brazos, y me brindó una sonrisa interesada.

—Bueno. Tal vez me caigas bien antes de la semana.

Donovan no dijo nada. Solo me miraba. Pero entendí. Estaba orgulloso.

Jake apareció en la puerta justo cuando la simulación terminaba. Lo vi desde el reflejo del vidrio. Su expresión era mezcla de orgullo y algo más... ese leve pinchazo que uno siente cuando ve a alguien brillar y sabe que, de algún modo, ya no le pertenece solo a ti.

Me levanté de la silla. Nadie me aplaudió. Pero tampoco lo necesitaba.

Había conquistado la sala.

Y eso, en el FBI, valía más que mil palabras.

Al final de la jornada, cuando todos salieron a su ritmo, Donovan me ofreció una taza de café.

—¿Y bien? —preguntó.

—Me siento como si estuviera empezando de cero. Pero también como si por fin... estuviera en el lugar correcto.

—Lo estás —respondió con firmeza—. Lo vi desde el caso 6-7009. Tú no solo analizas. Reconstruyes el caos. Y eso es raro.

Nos quedamos en silencio. El tipo de silencio que dice más que cualquier cosa.

(...)

Nunca había sentido el silencio tan denso como en esa sala de reuniones.

Las luces estaban atenuadas, proyectando un mapa satelital sobre la mesa redonda. Sobre él, decenas de puntos rojos parpadeaban. Las pantallas flotaban frente a cada agente. El aire olía a café y a metal, con ese tinte de alerta constante que ya empezaba a reconocer como parte del ambiente natural del FBI.

Yo ocupaba mi lugar a la derecha de Donovan. Liana, Radcliffe, Isaac y Jules ya estaban posicionados, con sus tablets activas y expresiones que no permitían bromas.

El caso ya estaba corriendo. Y, por primera vez, yo era parte de algo demasiado grande como para pretender comprenderlo en el primer día.

Donovan se aclaró la garganta y habló.

—Operación "Sombras Negras". Mencionen ese nombre fuera de esta sala y pierden su acceso. Este caso no está clasificado solo por el nivel de violencia, sino por la implicación institucional. Y el nombre clave: Cártel del Vudú.

Mi espalda se tensó apenas.

—¿Tráfico de drogas? —pregunté, casi por instinto.

—Peor —respondió Donovan—. Tráfico de órganos. Humanos. Enteros.

La imagen cambió. Aparecieron fotografías. Algunas borrosas. Otras nítidas. Cuerpos mutilados, con incisiones limpias. No había rastros de violencia física clásica. No eran ejecuciones callejeras. Eran... extracciones quirúrgicas.

Jules bajó la vista. Radcliffe apretó la mandíbula. Isaac no parpadeaba.

—Creí que ya había visto lo peor —murmuré.

—Eso fue antes de entrar aquí —dijo Liana sin mirarme.

Donovan continuó:

—Hemos estado rastreando patrones desde hace ocho meses. La mayoría de los cuerpos aparecen en zonas de tránsito irregular,

alejadas de hospitales, sin papeles, sin historia médica, sin familia conocida. Muchos fueron reportados como indigentes o migrantes. Al principio se pensó que eran ejecuciones aleatorias. Pero hace dos semanas, una entrega falló.

—¿Entrega? —pregunté, y supe que la palabra me iba a pesar todo el día.

—Un riñón, un corazón y dos pulmones —respondió Jules—. Iban empaquetados en hielo seco. El comprador fue interceptado por el error de un vigilante de aduanas que no entendía los códigos de bioseguridad. Cuando abrimos el contenedor, era un refrigerador médico... con fecha de extracción reciente.

Sentí la náusea trepar por mi garganta. Tragué en seco.

—¿Y el proveedor? —pregunté.

—Es ahí donde entras tú, Grace —dijo Donovan.

Todos me miraron.

—La red tiene demasiadas capas —continuó—. Usan intermediarios que cambian cada semana. Pero la última conexión conocida fue con un hombre llamado Lisandro Souza. Al menos, ese es el último nombre con el que se le relacionó. Creemos que mantiene una identidad falsa. Ha sido vinculado con al menos cinco muertes en la frontera sur, pero ninguna prueba lo ha atado directamente. Hasta ahora.

Isaac proyectó una interfaz con rutas comerciales.

—Estas líneas —señaló— no son solo tránsito de mercancía. También tráfico de cuerpos. Pero no son víctimas al azar. Son elegidos. Seleccionados.

Jules agregó:

—Tienen registros médicos previos. Lo más inquietante es que alguien está evaluando perfiles antes de que desaparezcan.

—¿Qué necesitas de mí? —pregunté a Donovan, sabiendo que no era una pregunta retórica.

—Quiero que encuentres el patrón. Cómo eligen a las víctimas. Cuándo. Dónde. Si conseguimos entender eso, podremos adelantarnos. Salvar a alguien. Detenerlos.

Me acerqué a la consola principal. Mi corazón palpitaba en mis oídos, pero mi mente ya trabajaba. Abrí la base de datos con las víctimas confirmadas. 17 cuerpos. Diferentes edades, orígenes, pero todos con una cosa en común: historial clínico documentado.

—Esto es lo primero —dije—. Ellos no secuestran al azar. Esto es selección quirúrgica. Todos estos sujetos habían sido parte de algún programa médico en clínicas pequeñas. Programas de bajo presupuesto. Lugares donde la documentación puede ser hackeada sin levantar alarmas.

—¿Qué tipo de programas? —preguntó Jules, ya escribiendo.

—Donaciones de sangre. Chequeos rurales. Ensayos clínicos. Incluso campañas de vacunación comunitaria. Son los lugares donde uno firma documentos médicos sin pensarlo demasiado.

Donovan cruzó los brazos, observándome.

—Estás diciendo que alguien recopila información médica... y luego decide a quién cazar.

—Sí —respondí—. Y si logran acceso a los datos biométricos, también pueden saber quién es compatible con qué. Esto no es crimen. Esto es comercio humano profesionalizado.

El silencio volvió a caer sobre la sala.

Yo seguí.

—Miren esto. Las tres últimas víctimas tenían perfiles genéticos similares. Grupo sanguíneo O-, sin enfermedades hereditarias. Alto valor en el mercado negro. ¿Y si no son compradores aislados? ¿Y si hay una demanda específica que están cubriendo?

Isaac amplió un mapa en 3D de la ruta logística.

—La mayoría de los cargamentos viene desde una clínica en Guatemala, pasa por El Paso, y de ahí a depósitos móviles en California y Florida.

Radcliffe chasqueó los dedos.

—Clínicas falsas. Con personal médico real, o con médicos que trabajan bajo amenaza. Y Souza es el nexo.

—¿Tienen imagen de él? —pregunté.

—Sí. Pero con dudas —respondió Donovan, y proyectó una serie de rostros. Parecían personas distintas. Pero los ojos, siempre los ojos, eran los mismos.

—Este hombre —señalé uno—. Esta expresión... no es de alguien que se esconde. Es de alguien que domina. No oculta el rostro por miedo. Lo cambia porque sabe que nadie puede seguirle el ritmo.

—Eso pensamos —confirmó Donovan—. Y tú lo vas a seguir.

Sentí el peso de las palabras de Donovan y su confianza en mí, conjunto con el equipo. Y no pude evitar sentir una migraña arrasando con el lado derecho de mi cabeza.

(...)

El sonido de la puerta cerrándose detrás de mí fue lo único que me recordó que el día finalmente había terminado. Dejé caer la bolsa y el abrigo en el suelo. Me apoyé en la pared como si todo el peso del mundo me hubiese estado empujando hacia atrás desde la primera hora de la mañana.

Jake estaba en la cocina, en camiseta y pantalón deportivo, con el cabello ligeramente desordenado, como si él también hubiese batallado con la realidad todo el día. Me miró desde la barra con una expresión de advertencia mezclada con ternura.

—¿Sobreviviste? —preguntó, con esa media sonrisa que solo él me dedicaba.

Yo no respondí de inmediato. Caminé hasta el sofá y me dejé caer sin gracia, como si mis huesos no supieran sostenerme más.

—Barely —murmuré en inglés casi desmoronándome.

Jake se acercó y se sentó a mi lado. Sin decir nada, apoyó su mano sobre mi pierna. Ese gesto sencillo, familiar, silencioso... me rompió.

No lloré. Pero me deshice.

Apoyé mi cabeza sobre su hombro, cerré los ojos y dejé que la respiración se acomodara. Sentí cómo me rodeaba con el brazo, su pulgar haciendo círculos lentos sobre mi rodilla, sin apurarme a hablar. Me dio el tiempo.

—Fue... mucho —dije finalmente—. Más de lo que creí que podría procesar en un solo día. La forma en la que trabajan. La cantidad de información. Las imágenes. Las víctimas. El sistema. No se parece en nada a lo que vivíamos en el precinto. Esto... esto es otra guerra.

Jake no dijo nada. Solo me sostuvo.

—No hay forma de que estés preparado para ver cuerpos mutilados metódicamente, ni para escuchar que la vida de alguien vale lo mismo que una ruta de transporte segura. Y sin embargo, ahí estaba. Haciéndolo. Analizándolo. Buscando conexiones como si fueran piezas de un rompecabezas y no... personas.

Mi voz se quebró, apenas.

—Me pidieron que pensara como ellos. Que cruzara esa línea. Y lo hice. Sin dudarlo. Sin respirar. Porque había que hacerlo.

Jake giró un poco su cuerpo para mirarme. Yo levanté la cabeza apenas, y nuestros ojos se encontraron. Me dolía verlo tan preocupado por mí, pero al mismo tiempo... me aliviaba.

—Grace —dijo en voz baja, usando ese nombre que todavía no terminaba de hacerme propia—, no tienes que demostrar nada. Ni a ellos, ni a mí. Si hoy sobreviviste, si hoy hiciste lo que hiciste... es porque estás hecha para esto. Porque sabes quién eres, incluso cuando parece que el mundo quiere arrancártelo a mordidas.

Sus palabras me calaron hondo.

Quise hablarle de Donovan. De cómo me miró después del análisis. De cómo nuestras ideas se acoplaban como si fueran parte del mismo engranaje, de cómo, por un momento, se sintió como si nuestras mentes hablasen un idioma que el resto del equipo aún no dominaba. Pero no lo hice.

No porque me avergonzara.

Sino porque no era eso lo importante. Porque Jake no merecía la carga de una inseguridad innecesaria. Porque Donovan era consciente, prudente, respetuoso. Y yo también lo era. Lo que había entre nosotros no era deseo, era sinergia. Una conexión profesional que, por más intensa que fuera, no interfería con lo que ya había elegido fuera del trabajo.

Y lo que había elegido... era esto.

Era Jake.

—¿Quieres saber lo que más me dolió? —pregunté, casi en un susurro.

Jake asintió.

—Saber que hay una persona viva. Que ya está en la lista. Que tiene fecha. Que si nos tardamos, si alguien se distrae, si una coordenada no encaja... lo vamos a perder. Y nadie va a recordarlo. Nadie lo va a reclamar.

Me tapé los ojos con una mano. Sentí cómo Jake me atrajo hacia su pecho y me dejó hundirme ahí, en su olor, en su calor, en su silencio lleno de presencia.

—No vamos a perderlo —dijo con una seguridad que me robó el aliento—. No mientras estés tú involucrada.

Me quedé así, envuelta en sus brazos, hasta que el cuerpo dejó de tensarse. Hasta que el ruido interior se volvió murmullo. Jake me acariciaba el cabello, dejando que la noche hiciera su trabajo. No intentó besarme. No intentó distraerme con otra cosa. Me sostuvo como si eso fuera suficiente.

Y lo fue.

Minutos después, ya más tranquila, me incorporé.

—Gracias —le dije.

—Siempre —respondió él, como si esa fuera la única promesa que necesitaba renovarse cada noche.

Me levanté, fui a la cocina y serví dos vasos de agua. Cuando regresé, me senté a su lado y lo miré fijamente, con más claridad.

—¿Te das cuenta? —le dije, con una sonrisa apagada—. Esto es solo el primer día.

Jake se rio, resignado.

—Voy a tener que aprender a vivir con una superheroína.

—Y yo con el tipo que compró seis cajas de condones para una semana laboral.

—Eso se llama planeación estratégica, agente Jill.

Reí. Por fin.

Y entonces supe que estaba lista para lo que viniera.

Porque mientras existiera este lugar donde podía volver y ser solo Alice... iba a sobrevivir todo lo que el FBI tuviera para lanzarme.

Después de ese primer día infernal, no imaginé que el cuerpo pudiera aguantar mucho más. Pero Jake... Jake siempre tenía la extraña capacidad de desviar la gravedad de todo.

Estábamos sentados en el sofá, aún con la ropa de trabajo, aunque mi chaqueta ya estaba tirada en el suelo y él había dejado fuera su ropa de trabajo. Me miraba con esa mezcla de ternura y descaro que era casi su idioma personal.

—¿Sabes? No puedo contarte nada de lo que hice hoy —dijo, estirándose exageradamente como si llevara horas cargando secretos—. Estoy oficialmente vetado por el juramento de confidencialidad del gobierno.

—Claro... —le respondí, fingiendo asombro—. Porque claramente el FBI te puso a proteger el Área 51 y los archivos de los alienígenas.

—No puedo confirmar ni negar eso.

—Ay, por favor, Jake... seguro estuviste revisando inventarios de tóner para impresoras.

—Información clasificada —susurró, llevándose un dedo a los labios.

Rodé los ojos, pero él ya se acercaba como si fuera una misión encubierta. Me recosté apenas mientras su cuerpo se deslizaba sobre el mío, sin peso todavía, solo calor y esa sonrisa que me derretía los huesos.

—Te juro que no lo diré a nadie —dije, con los labios a un centímetro de los suyos—. Hazme un juramento. Como los niños.

Jake se rió, apoyando su frente en la mía.

—¿En serio quieres jugar a eso?

—Estoy dispuesta a lo que sea por información confidencial.

—Entonces prométeme tú también que no divulgarás nada de lo que tú sepas.

—Lo prometo —dije, casi susurrando—. Ni bajo tortura... ni bajo la amenaza de que Brooklyn me lea en voz alta sus novelas de romance paranormal.

Jake soltó una carcajada y me besó. Fue un beso juguetón, pero con el peso de quien necesitaba tocar algo real. Su lengua rozó la mía con un ritmo lento, perezoso, y sus manos empezaron a explorar debajo de mi blusa.

—Quédate conmigo esta noche —murmuró contra mi piel—. No le diré a nadie que está rompiendo las reglas impuestas por el FBI involucrándome en sus lujuriosas intenciones, agente Jill.

—¿Y si alguien del FBI tiene micrófonos y nos escucha?

—Que tomen apuntes —susurró, bajando sus labios por mi cuello—. Esto es química de alto nivel.

Apenas terminamos de hablar, Jake se quedó mirándome con esos ojos que no necesitaban preguntar. No había prisa en su cuerpo, pero sí un deseo contenido, denso, casi tangible. Estábamos sentados en el sofá, nuestras piernas rozándose, su mano aún sobre mi rodilla. Y en ese roce simple... ya había promesas.

Su mano subió lentamente, trazando la línea de mi muslo, hasta detenerse justo en el borde de mi blusa. Me miró, como pidiéndome

permiso. Como recordándome que, incluso con tanto tiempo juntos, nada entre nosotros se daba por hecho.

Asentí apenas, sin decir palabra.

Jake se inclinó y me besó. Primero suave, cálido. Luego, más profundo. Su lengua rozó la mía con un ritmo lento, paciente, pero con intención. Mis labios respondieron sin resistencia. Había algo en su manera de besarme que me hacía olvidar el cansancio, el mundo, los cuerpos mutilados que había visto en la mañana.

Mis manos buscaron su cuello, luego su nuca, y lo atrajeron hacia mí como si pudiera fundirme en él. Jake se acomodó sobre mí, presionándome contra el sofá con su cuerpo cálido, su respiración ya alterada. El beso se hizo más impaciente, más hambriento.

Mi blusa fue lo primero que salió. Jake la desabotonó con dedos hábiles, y cuando desnudó mi pecho, me miró como si fuera la primera vez. Esa forma suya de detenerse a mirar... de observar cada parte de mí sin pudor ni culpa... me dejaba siempre temblando.

—Eres hermosa —susurró, como si lo descubriera otra vez.

Me besó el cuello, los hombros, bajando con caricias lentas, labios ardientes. Mi piel se estremecía con cada contacto. Jadeé cuando su boca encontró mis pechos, su lengua tibia, sus manos sujetándome con firmeza. Sentí cómo mi cuerpo se rendía, cómo el calor subía desde el vientre hasta las mejillas.

—Jake... —susurré, en un tono que solo él conocía.

Sus manos bajaron por mi cintura, desabotonaron mis jeans con lentitud exasperante, y los deslizó por mis piernas, arrojándolos al suelo. Yo hice lo mismo con su camisilla, que quedó en el respaldo, y luego bajé sus pantalones mientras él se inclinaba para besar mi vientre, mis caderas, cada rincón que descubría con reverencia.

Cuando quedamos piel con piel, el contacto fue como un chispazo. Me arqueé al sentirlo entre mis piernas, todavía sin entrar, solo presionando, respirando juntos. La anticipación era un lenguaje. Una súplica compartida.

Jake me tomó de la cadera, bajó la cabeza hasta besarme justo donde más lo necesitaba, y mis dedos se enterraron en su cabello. Jadeé, un sonido suave, íntimo, que se le escapó también a él mientras me exploraba con la lengua, lento, detallado, sin prisa. Su ritmo era delicioso, controlado, malditamente experto. Mis caderas se movían con él, sin que yo pudiera evitarlo. Era como si supiera exactamente cómo desmontarme.

—No... no pares —le pedí, con la voz temblorosa.

No lo hizo. Hasta que estuve temblando. Hasta que mi respiración fueron solo gemidos rotos. Cuando mis manos lo jalaban hacia mí, lo besé con deseo renovado, desesperada por más.

Él se posicionó sobre mí, rozándome apenas, jugando con el límite.

—¿Segura? —preguntó.

—Sí —respondí, sin dudar—. Siempre contigo.

Y entonces me tomó.

Irónicamente sin condon, luego de haber invertido al menos 80 dólares en los seis paquetes enormes.

Entró en mí despacio, profundo, hasta lo más hondo. Sentí cómo nuestros cuerpos se alineaban, cómo me llenaba por completo, cómo su frente se apoyaba en la mía mientras nos movíamos. Sus embestidas eran firmes, envolventes, con una cadencia que me hacía perder el juicio. Nuestros cuerpos chocaban con un ritmo sensual, húmedo, y nuestras respiraciones se mezclaban como si estuviéramos nadando en el mismo mar.

Me agarró de la pierna, levantándola apenas para profundizar más. Jadeé fuerte. Él gruñó bajo. Todo era calor. Movimiento. Piel. Deseo sin filtros.

—Mírame —le dije, y lo hizo.

Y fue ese momento, sus ojos en los míos, lo que me quebró. No era solo sexo. Era refugio. Era casa.

Nos movimos así durante minutos que parecieron eternos. Subiendo. Sosteniéndonos. Y cuando finalmente el clímax nos alcanzó, lo

hicimos juntos, con un gemido ahogado que se perdió entre sus labios y mi cuello.

Permanecimos unidos un rato más, sin movernos. Su cuerpo sobre el mío, su aliento caliente en mi clavícula. Me acariciaba la espalda mientras yo me recuperaba de la oleada que me sacudía por dentro.

—Te amo —murmuró, casi como un secreto.

—Yo también te amo.

Cuando terminamos, aún entrelazados, respirando juntos, me acurruqué sobre su pecho, mis dedos dibujando líneas invisibles sobre su piel.

—¿Ahora sí me vas a contar algo? —pregunté.

Él suspiró.

—Bueno... uno de mis casos tiene que ver con un diplomático corrupto que desapareció en Haití. Hay rumores de conexiones con redes ilegales de tráfico. Nada confirmado.

—¿Tráfico de qué?

Jake guardó silencio por un segundo.

—De personas. Órganos. Hay teorías... Pero no tengo acceso al núcleo del caso. Se maneja en otra unidad. Aunque... escuché que el nombre "Lisandro Souza" apareció en un informe antiguo. No pensé que fuera más que humo.

Mi cuerpo se tensó ligeramente.

—¿Dijiste Lisandro Souza?

Jake se quedó quieto. Sentí cómo tragaba saliva, cómo su respiración se volvió menos natural.

—Sí... ¿por qué?

—Es el caso que me asignaron hoy.

Hubo un silencio pesado. Jake se incorporó un poco, apoyándose en el codo, mirándome con el ceño ligeramente fruncido.

—¿Estás segura?

—Completamente. Tráfico de órganos. Clínicas fantasmas. Víctimas seleccionadas con historial médico específico. Y un nombre en común: Souza. Aunque ahora se hace llamar Emilio Pradera.

Jake desvió la mirada. Se sentó del todo. Estaba desnudo, pero no parecía consciente de ello. Su cuerpo estaba rígido. Sus manos juntas, frotándose.

—Jake... —dije en voz baja—. ¿Qué pasa?

—He escuchado cosas —murmuró, como si se hablara a sí mismo—. No tengo pruebas. No tengo acceso. Pero hay... hay rumores internos. Gente que dice que ese hombre no trabaja solo. Que hay alguien más. Alguien adentro. Y si es cierto... si tú estás cerca de eso...

Su voz se quebró un segundo.

—Podría perderte.

—No vas a perderme —dije rápido.

—¿Puedes prometerlo?

No respondí.

— Por supuesto que no puedes. Este era mi miedo más grande cuando dijiste que vendrías al FBI. Esto es muy riesgoso.

Me senté a su lado. Lo tomé de la cara, lo obligué a mirarme.

—Vamos a descubrir la verdad. Juntos. Desde nuestros lados. Y cuando algo cruce la línea... nos lo diremos. ¿Sí? Así podremos protegernos...

Jake asintió. Pero no sonrió. Me abrazó, con fuerza. Y yo entendí que algo dentro de él se había activado. Algo más grande que celos. Algo más parecido al miedo.

Esa noche, mientras él dormía, yo no pude.

Me quedé en la cama, con la sábana hasta el pecho, mirando el techo sin verlo.

Había algo que Jake no me había dicho del todo.

Algo que lo removía por dentro.

Y por más que su abrazo me había dado paz... su silencio me dejó una espina clavada justo donde antes estaba el consuelo.

Me prometí no sacarla aún.

Pero sabía que en algún momento, lo haría.

Y que probablemente... dolería más de lo que esperaba.

Capítulo 21

No recuerdo exactamente en qué momento dejó de sentirse emocionante trabajar junto a Jake.

Quizás fue cuando dejamos de llegar juntos.

O tal vez fue esa primera mañana, justo hoy, cuando nos bajamos del mismo auto y no cruzamos ni una mirada antes de separarnos hacia direcciones opuestas del edificio.

Éramos pareja, vivíamos juntos, dormíamos entrelazados... y sin embargo, al cruzar las puertas del FBI, nos convertíamos en dos líneas paralelas. Nunca más cercanas. Nunca más lejanas.

Jake fue llamado apenas llegamos. Un caso urgente, sala de crisis. Su beso fue rápido, frío. No un beso de "buena suerte". Uno de "no tengo tiempo".

Yo me quedé sola, otra vez.

Respiré hondo y me dirigí al ala de investigación avanzada. El caso Souza me esperaba. La mesa estaba cubierta con informes nuevos,

datos frescos, y un archivo encriptado que Isaac aún no lograba romper.

El equipo ya estaba reunido cuando llegué. Liana me lanzó una mirada de aprobación sutil; Radcliffe asintió con su café negro en mano. Jules ni levantó la vista de su tablet, pero algo me decía que ya me estaba escaneando con el rabillo del ojo.

Donovan apareció minutos después. Llevaba el cabello ligeramente revuelto, como si hubiera pasado toda la noche leyendo, y la camisa arremangada hasta los codos. Siempre tenía ese aire de quien carga el doble que todos pero nunca se queja.

—Grace, necesito tu mente despierta —dijo apenas al entrar, sin saludar formalmente.

—La tengo. Aunque el cuerpo aún pide café.

—Despiértalo con sangre. Mira esto.

Me mostró una fotografía. Un hombre joven. Mismo perfil genético que Santiago Guerrero, pero aún no identificado. Las vísceras estaban intactas. El cráneo no.

—¿Qué pasó? —pregunté, horrorizada.

—Uno de los "descartados". No cumplía con el estándar de compatibilidad. Lo usaron para desviar la ruta y tapar rastros.

El silencio se apoderó del equipo.

—Eso quiere decir que Santiago aún está vivo, y que está haciendo encargos para Souza. —dije con firmeza—. Y que el traslado es inminente.

Donovan me miró. Su expresión no fue de orgullo. Fue de confirmación.

—Exacto. El reloj ya está corriendo.

La jornada fue un infierno disfrazado de análisis.

A las once de la mañana ya había descifrado dos patrones nuevos en las rutas de extracción. Isaac logró romper parcialmente la encriptación de uno de los correos logísticos y Liana propuso una

hipótesis: Souza no solo dirige, sino que vigila. Es un fantasma... y un verdugo.

A medida que el equipo trabajaba, yo notaba que algo cambiaba. Las bromas comenzaron a surgir entre datos. Jules me ofreció chicle. Radcliffe compartió una foto absurda de su gato vestido como agente. Liana me preguntó si prefería la música con letras o solo instrumentales cuando analizaba.

Y ahí supe que empezaban a aceptarme.

Ya no era "la nueva".

Ya era parte.

Esa noche, Jake no llegó a casa conmigo.

Tuvo que quedarse haciendo una evaluación interna. Me mandó un mensaje escueto: "No me esperes. Te amo."

Me duché. Comí sola. Revisé los documentos del caso. Vi el nombre "Souza" escrito en negrita y sentí el cansancio apretarme el pecho.

Cerca de la medianoche, escuché la puerta. Jake entró con la camisa arrugada y los ojos enrojecidos. Me acerqué a saludarlo, pero su abrazo fue mecánico. Automático. Sin alma.

—¿Todo bien? —pregunté.

—Sí... solo agotado.

Me senté en el borde del sofá. Él fue directo a la cocina. Se sirvió agua. No preguntó por mi día. No me miró a los ojos más de dos segundos.

Me levanté. Caminé hasta él. Lo rodeé por la espalda y lo abracé, apoyando mi frente entre sus omóplatos.

—Jake... estoy aquí.

Él se giró. Me besó. Lento. Más triste que deseoso.

—¿Subimos? —susurré.

Él asintió.

En la habitación, nos quitamos la ropa sin palabras. Nos besamos, nos tocamos. Pero no hubo fuego. No hubo hambre. Fue ternura cansada. Cuerpos que se buscaban por costumbre. Mentes que estaban lejos.

Lo intentamos.

Pero no lo logramos.

Cuando me rendí y me acosté de lado, él me abrazó por la espalda.

—Lo siento —dijo, apenas audible.

—Yo también.

Cerré los ojos, pero no dormí.

Solo pensé.

En Jake.

En lo mucho que quería que todo funcionara.

Y en el miedo de que, esta vez, tal vez... no bastara con desearlo.

Me desperté antes que él.

Jake seguía dormido, abrazado a la almohada, con el entrecejo fruncido como si estuviera atrapado en alguna batalla interna. Me quedé observándolo en silencio. La luz de la mañana acariciaba su espalda desnuda. Se veía hermoso. Y al mismo tiempo... lejano.

Me levanté sin hacer ruido. Fui a la cocina, encendí la cafetera, y revisé el panel táctil con las actualizaciones del equipo.

Donovan había enviado una notificación a las 5:12 a.m.: "Confirmación satelital del traslado de Santiago. Actividad de Souza detectada en la frontera sur. Reunión a las 7:00 en sala 4D. Urgente."

Me quedé inmóvil, con los ojos fijos en la palabra "confirmación". El operativo ya no era una teoría. Era real. Era inminente.

Santiago estaba en movimiento.

Lisandro también.

Y yo... yo tenía que estar más lúcida que nunca.

Volví al dormitorio. Jake ya se estaba vistiendo, con expresión somnolienta.

—Me voy antes —le dije.

—¿Reunión?

—Sí. Con Donovan.

Asintió sin mirarme. Ajustó su cinturón. No preguntó más.

Yo tampoco.

En el FBI, el ambiente era distinto. Más tenso. Más enfocado.

La sala 4D estaba iluminada como una sala de crisis. Monitores encendidos, coordenadas en tiempo real, voz metálica del sistema dando actualizaciones cada cinco minutos.

Donovan ya estaba ahí, de pie frente al mapa, con Liana a un lado y Jules proyectando la interfaz.

—Santiago fue visto por última vez en un contenedor médico en dirección a McAllen, Texas. Escolta privada. Falsos permisos del Departamento de Salud. Sospechamos que el receptor se encuentra en un hospital privado disfrazado de centro de rehabilitación.

—¿Y Souza? —pregunté, al entrar.

—Lo vieron en una zona cercana. No participará del traslado directamente, pero estará supervisando. Como siempre. Quiero atraparlo. Con las manos en la masa.

Radcliffe entró con dos cafés. Me lanzó uno sin decir nada.

—Hoy eres el radar. Quiero tu análisis. ¿Qué no estamos viendo? —dijo Donovan, girándose hacia mí.

Me acerqué a la pantalla. Respiré hondo. Dejé que todo el ruido mental se silenciara.

—Están usando una distracción. Esa ruta es la más lógica. Por eso es falsa. El contenedor real va por el este, no por el sur.

—¿Por qué estás tan segura? —preguntó Liana.

—Porque Souza no repite patrones. Los modifica. Pero comete un error: siempre se anticipa. Siempre actúa antes que el sistema. Esta vez, se confió. No consideró que íbamos a predecir su cambio de predicción.

Donovan me observaba en silencio. Sus ojos decían lo ves todo. Y por un segundo... me sentí invencible.

Al final de la jornada, cuando el equipo terminó de coordinar el operativo para interceptar el cargamento, me quedé en la sala con Donovan.

La sala estaba vacía. Solo quedaban los restos del día: tazas frías, pantallas semi apagadas, y Donovan, sentado al otro lado de la mesa, repasando las últimas líneas del informe satelital con los codos sobre la superficie, la mirada fija.

Yo estaba cansada, pero no podía irme. No todavía.

—No has dicho una sola palabra desde hace quince minutos —comenté, sin despegar la vista de los registros.

—Estoy pensando —respondió sin levantar la vista.

—¿En Souza?

—No. En ti.

Lo miré.

Él se acomodó en la silla, como si supiera que estaba por abrir una caja que no debía tocar... pero igual lo haría.

—No tienes que responderme si no quieres, Alice, pero... ¿qué está pasando con Jake?

Su voz era suave, pero tenía filo. No me atacaba. Me tocaba una herida que yo misma había empezado a ignorar.

—No lo sé —respondí con brutal honestidad—. Es como si lo tuviera cerca, pero no pudiera alcanzarlo. Dormimos juntos, comemos juntos, trabajamos en el mismo edificio... pero todo se siente lejano. Rígido. Seco.

Donovan no me interrumpió. Solo me miró con esa forma suya de hacerlo, como si supiera leer los pensamientos que uno aún no terminaba de entender.

—Antes —continué—, cuando pasábamos por momentos difíciles, sabíamos cómo regresar el uno al otro. Un chiste, un roce, una noche sin hablar. Pero ahora... parece que ambos estamos demasiado cansados para siquiera intentarlo. Como si hablarlo fuera admitir que hay algo roto.

—¿Y si lo está? —preguntó, bajando la voz aún más.

—¿Y si no? ¿Y si solo está... herido?

—Lo que está herido, puede sanar. Lo que se ignora, se gangrena.

Esas palabras me atravesaron como un bisturí.

—Sabes que no quiero... no quiero abrir esa puerta sin estar segura.

—Pero Alice, ya la abriste. Me lo estás diciendo a mí —respondió con calma, pero con firmeza—. ¿Por qué no a él?

Me mordí el labio. Me incliné hacia adelante. Dejé que el peso de mis hombros descansara en mis antebrazos. No quería llorar. No con él. No con nadie.

—Porque si lo hago... y él confirma que hay algo que me está escondiendo... no sé si voy a saber cómo mirar todo esto —dije, abarcando con los ojos el escritorio, las pantallas, mi trabajo, mi nueva vida—. No sé si voy a poder seguir fingiendo que no lo siento cuando me besa sin alma.

Donovan se levantó.

Caminó hacia mí, pero no se acercó demasiado. Solo me ofreció una de sus miradas más honestas.

—Yo no estoy aquí para cruzar una línea contigo, Alice. Nunca lo haré. Pero si tú estás cayendo al vacío... y él no está sosteniéndote... mereces saberlo.

Y entonces se acercó. Solo un paso.

Yo me levanté, sin pensarlo.

Nos miramos un segundo más. Solo uno.

Y sin palabras, lo abracé.

Esta vez no fue para agradecerle por su apoyo. Fue por lo que no podía decir. Por lo que no quería asumir. Por ese momento en el que él se volvió ese lugar que uno busca cuando está al borde.

Sus brazos me rodearon con fuerza. No hubo deseo. Solo una ternura tan intensa que dolía.

Y entonces me separé.

—Gracias.

—Habla con él —dijo, casi en un susurro—. Aunque te dé miedo lo que encuentres.

(...)

Cuando llegué a casa, Jake ya estaba allí. Sentado en el sofá, en camiseta negra, con las luces apagadas y una cerveza en la mano.

Yo cerré la puerta sin saludar. Me quité los zapatos. Me acerqué. Me senté frente a él, pero sin tocarlo.

—Jake —dije con voz firme—. Tenemos que hablar.

—Lo sé...

—No. Esta vez no quiero que me digas "lo sé" y me beses para evadirlo. Quiero... saber la verdad. Toda.

Él me miró. Su rostro estaba tenso, como si llevara días acumulando palabras.

—Siento que te estoy perdiendo —dijo. Yo me quedé en silencio escuchándolo con atención —Y no sé cómo... cómo revertirlo. Porque aunque estoy contigo, hay cosas que no sé si debería contarte.

—¿Cosas como qué?

Se quedó en silencio.

—Jake...

—El caso Souza. No estoy en tu equipo, pero escuché cosas. Rumores. Informes pasados.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque si es verdad... podrías salir gravemente herida. Y no puedo arrastrarte conmigo a algo que ni siquiera yo comprendo del todo.

Me eché hacia atrás.

—¿Y crees que ocultándomelo, proteges algo? ¿Tú crees que no lo noto? El abismo, Jake. Ese vacío entre nosotros. Ese espacio donde antes vivía la confianza.

Nos miramos. Y por primera vez, ambos teníamos los ojos cristalinos.

—¿Y sabes qué más noto? —dije, bajando la voz—. Que cuando me tocas... no te siento. Y cuando yo lo intento... tú tampoco me sientes.

Jake bajó la cabeza.

—Tal vez estamos tan desgastados por todo esto que no sabemos cómo volver... es mucho trabajo, y un caso muy peligroso entre manos.

—¿Entonces qué hacemos?

Él me miró. Esa chispa volvió. Una tan pequeña, tan temblorosa, que casi se apagaba en cuanto aparecía.

—Nos vamos. Ahora.

—¿Qué?

—Tomemos la carretera. Quiero... quiero que te subas conmigo al auto. Y salgamos de aquí aunque sea unas horas. Sin pensar en Souza. Ni en el puto FBI.

No respondí.

Lo sentí necesario.

Solo tomé las llaves.

Y salimos.

(...)

Medianoche. Una gasolinera al borde de la autopista. Dos almas tratando de reencontrarse.

Compramos galletas dulces. Cerveza barata. Y una bolsa de papas que crujía con el menor roce.

Subimos hasta un mirador que Jake conocía desde sus meses de patrullaje. Uno de esos lugares altos desde donde se ve la ciudad como si no fuera real.

Ninguno dijo nada por varios minutos.

Estábamos en el auto, envueltos en la brisa fresca de la madrugada. Las luces de la ciudad eran puntos dispersos a lo lejos, como si el universo nos recordara que estábamos solos, pero vivos.

Jake tenía una cerveza en la mano, yo una galleta casi derretida entre los dedos.

—¿Sabes qué me jode? —murmuró él.

—¿Solo una cosa?

Sonrió con esa expresión suya de "no quiero reírme, pero me haces reír".

—Me jode que hemos estado tan ocupados sobreviviendo, que olvidamos cómo vivir. Cómo estar tú y yo... sin esta distancia de por medio.

Tragué saliva. El silencio pesaba más que cualquier palabra mal dicha.

—A veces siento que si no resolvemos este caso pronto, vamos a perdernos en él —confesé—. Que Souza no solo se está llevando órganos, sino partes nuestras.

Jake giró la cabeza. Me miró como si no le bastara con solo verme.

—Yo no quiero perderte, Jake.

—Y yo no quiero que el miedo me haga alejarte.

—¿Miedo a qué?

—A que un día despiertes y sientas que ya no soy suficiente. Que entre el cansancio, el trabajo, el caos... te acostumbres a no necesitarme.

Jake dejó la cerveza a un lado y se acercó. Me tomó la cara entre las manos.

—No tienes idea de cuánto te necesito. A ti. A tu sarcasmo. A tu forma de mirarme cuando estás molesta y aún así me amas. A tu obsesión por el orden y tu manera de hablar dormida. Eso... no lo reemplaza nadie.

Sonreí. Mis ojos empezaron a arder.

—Yo también te necesito.

—Entonces prometamos esto —dijo, juntando nuestras frentes—. Que cuando uno se pierda... el otro lo va a buscar.

—Aunque grite, aunque llore, aunque se encierre.

—Aunque tenga que cruzar la ciudad entera con una chancleta voladora —dijo él.

—¿En serio?

—Con eco.

Solté una risa rota. Él también.

Y entre risas, lo besé.

Ese beso... fue distinto.

Fue un reencuentro. Fue rendición.

Fue deseo contenido durante días de miradas vacías, camas frías y silencios cargados.

Jake deslizó su mano bajo mi camiseta con suavidad, pero con urgencia.

—¿Estás segura? —preguntó, con voz rasposa. Como siempre preguntando por mi consentimiento, a pesar de que mi piel hablaba por si sola. Lo quería cerca. Lo quería a él.

Reímos contra nuestras bocas. Y en medio de esa risa, nuestras ropas fueron desapareciendo, una por una, entre besos, jadeos y caricias que hablaban más que mil "lo siento".

Me senté sobre él, y nuestras respiraciones se sincronizaron.

La noche nos envolvía. Las estrellas eran testigos de cómo dos almas rotas se buscaban con desesperación. No fue lento. No fue romántico.

Fue real.

Fue hambre.

Fue necesidad.

Sus manos viajaron por mi espalda, apretándome contra él como si temiera que el universo nos separara otra vez.

—¿Recuerdas anoche... cuando intentamos hacerlo y fue un fracaso? —dijo entre jadeos.

—¿Cómo olvidar ese glorioso minuto de acción?

Ambos reímos.

—Esta vez... no me dormiré aunque me pase un cometa por encima.

—Bien. Más te vale.

Él se rió, pero se quebró en ese movimiento cuando nuestros cuerpos se alinearon.

Fue pasión, pero también fue redención.

Nos amamos como si quisiéramos borrar cada noche fría. Cada mirada sin respuesta. Cada caricia fallida.

Bajo ese cielo, con la ciudad lejos, el FBI en pausa y el peligro fuera de foco... fuimos solo Alice y Jake.

Fuimos nosotros.

Al final, cuando la respiración volvió a ser lenta, me recosté sobre su pecho desnudo. Él me rodeó con su brazo, y su otra mano acariciaba mi cabello en silencio.

Nos quedamos allí, desnudos, agotados, amándonos en el lenguaje más humano que conocíamos: la piel, el alma, y el intento constante de encontrarnos.

Y a pesar de que aún sentía que habían cosas por decir, al menos la barrera principal ya no estaba.

Para mí, eso fue un gran avance.

Al llegar al apartamento, cansados pero con el alma un poco más entera, Mi tableta vibró.

—¿Una llamada de grupo a esta hora? —dije, arqueando la ceja.

La pantalla decía: "Llamada grupal entrante: The Black Family 🗣️ "

Jake se asomó y soltó una risa.

—Debes contestar. Si no, vendrán hasta aquí con machetes simbólicos.

Acepté la llamada. En pantalla aparecieron cinco ventanas caóticas:
• Anthony, con el bebé en brazos y cara de papá agotado.
• Erick, desde el gimnasio, sudado, con el fondo lleno de pesas.
• Dereck, con la cámara apuntando mal y la frente en primer plano.
• Henry, acostado boca abajo, comiendo cereal.
• Marcus, en silencio, con cara de "tuve un día de mierda".

—¡¡ALIIIIII!! —gritaron todos al mismo tiempo.

—¡Por Dios, baja el volumen! —Jake casi tira la cerveza.

—¿Estás viva o ya te convertiste en agente encubierta y no puedes decir nada? —preguntó Erick, levantando una mancuerna a modo de micrófono.

—Estoy viva... aunque un poco traumatizada por el grito colectivo— dije, riendo.

—¿Y Jake? ¿Aún existe? ¿O lo reemplazaron por un clon que si sabe cocinar? —bromeó Anthony.

—¡Aquí estoy, malditos! —respondió Jake, asomándose—. Y no solo cocino, ahora lavo los platos también.

—Eso es si es un desarrollo de personaje, hermano —dijo Dereck, levantando su cuchara a modo de brindis.

—¿Van bien las cosas? —preguntó Marcus, con seriedad disimulada.

Lo miré unos segundos. Le sonreí. Jake puso la mano sobre mi pierna.

— Vamos aprendiendo —respondí.

—Eso es lo que importa —dijo él, asintiendo con gravedad fraternal. Estaba muy metido en su papel. Aún parecía cansado, pero algo me decía que estaba más tranquilo.

—i¿Y el FBI?! i¿Y los casos?! ¿Ya atraparon a algún malvado?! —preguntó Henry con la cámara aún mal enfocada.

—Henry, con esa toma pareces un topo de caricatura —dijo Dereck entre carcajadas.

— Ejem. Disculpen pero, Anthony, tu hijo me está mirando como si entendiera todo, Eso da miedo. — dijo Erick.

—Porque lo entiende. Iasion es un ser superior —dijo Anthony, levantando al bebé como si fuera Simba.

La conversación se volvió un caos de risas, acusaciones, bromas internas y chistes tan estúpidos como entrañables. Me dolía el estómago de reír. Jake se acoplaba como si fuera uno más.

Por un momento, el drama quedó atrás.

Solo éramos nosotros.

Una familia ruidosa. Imperfecta. Llena de amor.

Al colgar, me quedé con una sonrisa tonta.

—¿Sabes? —me dijo Jake—. Esa llamada fue como... reiniciarlo todo.

—Sí. Quizás lo único que necesitamos es eso.

Él me abrazó por la espalda mientras caminábamos al dormitorio.

Y por primera vez en varios días, al apagar la luz, sentí que estábamos... encontrándonos.

Otra vez.

Capítulo 22

(Narrado por Jake)

Me desperté con la sensación de que había hecho una promesa que no iba a poder sostener.
No porque no quisiera. Sino porque algo en el aire olía a caos.
Y yo conocía ese olor mejor que nadie.

La noche anterior había sido una tregua: Alice en mis brazos, con la ciudad callada y el mundo, por un momento, fuera de nuestro alcance. Me prometí a mí mismo protegerla. Ser su refugio. Su certeza.

Y sin embargo, mientras me abrochaba la chaqueta del traje frente al espejo esa mañana, ya sentía el peso del engaño latiendo detrás de mi nuca.

Porque cuando estás en el FBI, las certezas duran lo mismo que un café caliente: un par de minutos.

Apenas puse un pie en la sala de control de inteligencia, el ambiente ya apestaba a reunión urgente. Pantallas activas, papeles sobre la mesa, miradas de esas que nadie lanza cuando todo está bien. Donovan estaba ahí, con esa cara suya de funeral disfrazado de profesionalismo. Me llamó con un gesto seco.

—Simons, gracias por venir tan rápido —dijo, sin rodeos.

—Me dijeron que había donuts. Mentirle a un hombre es pecado, Donovan.

Ni una sonrisa. Mal augurio.

Me acerqué a la mesa. Estaban presentes tres analistas, un técnico en recuperación de archivos codificados y una agente nueva de apellido Hartmann, la única que parecía tener el mismo humor que un bloque de cemento. Todos estaban rodeando un set de documentos y proyecciones digitales.

Donovan cruzó los brazos.

—Tu padre habló. Anoche.

Sentí un escalofrío en el estómago. No por la confesión. Sino porque mi padre solo hablaba cuando el silencio ya no le servía.

—¿Y qué dice el oráculo ahora? ¿Que soy adoptado?

—Dice que lavó dinero para Lisandro Souza. En el 2003. —Donovan dejó caer la bomba como si fuera una ficha más en una partida de ajedrez.

—Lisandro Souza. Claro. Como si el desayuno no fuera ya lo suficientemente indigesto.

Una pantalla mostró registros bancarios, transferencias trianguladas a través de cuentas en Suiza, Panamá y una fachada en Nueva Orleans. Movimientos precisos, casi quirúrgicos.

—No trabajó solo —continuó Hartmann—. Hubo una mujer que gestionó la logística financiera. Nombre: Elizabeth Jones.

Allí apareció. Su rostro. Firme. Inteligente. Frío. Como si supiera todo antes de que siquiera preguntaras.

Y entonces lo sentí. Un tirón. Un zumbido dentro del pecho.
La misma forma del rostro. La curva en la mandíbula. La estructura ósea. Los ojos.
Los ojos...

Era ella.
No había duda. No podía haberla.
Alice.

No podía decirlo en voz alta. Ni mover un músculo. Así que tragué saliva y me limité a observar los documentos mientras mi cabeza hacía matemáticas de sangre.

Donovan comenzó a detallar lo que Joseph White confesó, uno a uno:
1. La creación de una empresa fantasma en Argentina, usada para importar maquinaria médica con sobreprecios.
2. Transferencias fraccionadas desde cuentas ficticias en República Dominicana y Haití, diseñadas para disfrazar los movimientos del

cartel de Souza.
3. Un contrato firmado por Elizabeth Jones, bajo el alias de "Marta Levine", utilizado para blanquear activos vía un consorcio canadiense.

Cada uno de esos pasos tenía fechas, sellos, nombres de empleados que resultaron no existir.
Un plan perfecto. O casi.

—¿Y tu opinión? —preguntó Donovan, mirándome directo a los ojos.

—Mi opinión es que si esta mujer está muerta, hay que resucitarla solo para aplaudirle —respondí—. Nadie lava dinero así sin ser brillante. O peligrosa. O ambas.

—¿Crees que Joseph dice la verdad?

Suspiré, sin perder el humor. Aunque dentro de mí, todo se estaba rompiendo.

—Donovan, mi padre no sabe cómo mentir... a menos que tenga una razón para decir la verdad. Si habló, es porque necesitaba proteger algo más.

—¿Qué cosa?

No respondí.
Porque sabía cuál era la respuesta. Y no podía decirla.

Aún no.

La sala se quedó en silencio. Pero mi cabeza rugía.

Elizabeth Jones.
Joseph White.
Lisandro Souza.

Y yo... atrapado justo en medio de ese triángulo infernal.
Porque si ella era quien sospechaba —si era la Elizabeth Jones—, entonces Alice estaba metida hasta el cuello sin saberlo.
Y no solo metida: atada emocional, biológica y brutalmente a ese caso.

No podía permitirlo.

Pero antes, necesitaba más.

—¿Cuál es el siguiente paso? —pregunté, fingiendo una calma que no tenía.

Donovan hizo una seña y Hartmann colocó un segundo conjunto de documentos sobre la mesa.

—Queremos que te reúnas con tu padre. Que lo enfrentes. Tal vez contigo hable más claro.

—¿Y si lo que ya dijo es todo lo que sabe?

—No lo es. —Donovan fue categórico—. Joseph mencionó que la conexión con Elizabeth iba más allá de lo financiero. Dijo que ella era la única que podía controlar a Souza... como si le debiera algo. O como si tuviera algo de él.

Y ahí fue cuando me tembló la mandíbula.

Porque eso sonaba demasiado a algo que no quería escuchar:
¿Un pacto? ¿Un pasado compartido?

¿Una hija?

Pero no dije nada. Solo asentí.
Tenía que jugar esta partida como mejor sabía:
con una sonrisa sarcástica y un puñal escondido en la manga.

—Está bien. Hablaré con él.

Donovan asintió, pero no terminó ahí.

—Y además... queremos que lideres una subinvestigación paralela. Un perfil psicológico de Elizabeth Jones. Desde sus movimientos, rutas, lenguaje escrito, formas de operar.

—¿Para qué?

—Porque si sigue viva, y creemos que sí, tú serás el primero en notarlo.
Porque piensas como un lobo.
Y ahora, necesitamos a uno.

"Un lobo."
Sonreí por dentro. No estaba tan lejos de la verdad.

Lo que no sabían era que ese lobo estaba dispuesto a morder a su propia manada si eso significaba salvar a su pareja.

—Tendrás acceso total a los archivos del caso 17-Delta.
Pero eso requiere un juramento —dijo Donovan—. Oficial.

Todos se pusieron de pie. Incluyéndome.

Donovan me miró como si pudiera leerme.

—Por tu posición, por el acceso que se te está concediendo...
¿Juras lealtad total al FBI y mantener la confidencialidad absoluta de la información de este caso?

Silencio.

Alice.
Sus ojos.
Su cuerpo temblando cuando me dijo que no la dejara sola.
Su sonrisa en la gasolinera.
Su voz cuando juró confiar en mí.
Y yo... aquí. A punto de volver a fallarle.

Tragué saliva. Miré al frente. Puse mi mejor cara de acero.

—Lo juro.

Todos volvieron a sentarse.

Solo yo sabía que acababa de mentir.
Otra vez.

No me fui directo a mi oficina. Ni a la cafetería. Ni al baño.
Me encerré en una de las salas tácticas del ala oeste, cerré la puerta, bloqueé la cámara del monitor con un post-it y abrí la carpeta de Elizabeth Jones.

Y ahí estaba ella.

Ese maldito rostro.

Frío. Recto. Seguro.
La misma mirada que Alice usaba cuando se mordía el labio intentando no llorar.
La misma frente.

El mismo mentón.
El mismo infierno contenido en la calma.

"Jones, Elizabeth."
Fecha de nacimiento: desconocida.
Último rastro: 2009.
Asociaciones: cartel del Sahara, supuesta pareja de Lisandro Souza, operadora financiera con más de 12 alias.
Profesión: contadora pública, falsificadora experta, mediadora de conflictos.
Mecanismo de operación: contrato social a largo plazo, manipulación emocional, vínculos íntimos con figuras clave del crimen organizado.

Y ahí estaba la palabra que más me jodió leer:
"desaparecida".

No muerta.
No capturada.
No procesada.

Desaparecida.

Como si se hubiera borrado a sí misma del mapa.

Me lancé a la pantalla, cuadro por cuadro. Cada paso de sus operaciones, cada nombre, cada firma. Y ahí estaba, oculta como una sombra eficiente.

2003: triangulación con el cartel del Sahara.
2004: aparición en una gala benéfica junto a Souza en Ecuador.
2006: desaparece una semana antes de que el FBI entre a incautar documentos en Costa Rica.
2009: último rastro en Nápoles, Italia, con pasaporte canadiense falso.

Todo encajaba.
Demasiado.

Y entonces me pregunté:
¿Qué si no está muerta?
¿Qué si se esconde a plena vista?
¿Qué si, de algún modo... sigue observando?

Eso me aterraba. No por mí.
Por Alice.

Porque si la conexión era cierta... si Elizabeth era su madre...
¿qué tipo de legado estaba a punto de explotar en sus manos?

Me recosté hacia atrás. Cerré los ojos.
Vi a Alice, dormida sobre mi pecho.
Vi su gesto cuando escucha las sirenas a lo lejos.
Vi su reflejo en la ventana la noche en que me dijo que no podía perderme.

Y supe que no tenía salida.

Tenía que mentir.
Tenía que encubrir.
Tenía que protegerla.

Aunque eso implicara enfrentarme al FBI.
Aunque eso implicara mirar a Donovan y mentirle cada día.
Aunque eso implicara enfrentarme... a Joseph White. Mi padre.
O peor: a Vladimir Ivanov; Mi suegro. El padre adoptivo de Alice.

El viejo que Alice conoce como su única figura paterna, así sea solo sea por adopción. Aunque, aún más irónico es pensar que Lisandro Souza sea el padre biológico de Alice.

Eso me estremeció los huesos.

Papá era la respuesta.
Ese cabrón tenía respuestas.
Siempre las había tenido.
Pero también sabía cómo esconderlas.

Y si quería proteger a Alice, tendría que hablar con él.
Y rezar para que no me cortara la lengua antes de que terminara la frase.

Me quedé solo en esa sala por más de una hora. Sin moverme. Sin decir nada.

Solo planificando.

Porque lo mío nunca fue reaccionar.
Lo mío era anticipar.
Observar. Fingir. Moverme antes de que el otro siquiera supiera que estaba perdiendo.

Era por eso que Donovan me había elegido.
Y era por eso que yo iba a traicionarlo.

Abrí una carpeta oculta que solo yo podía leer sin dejar rastros. Empecé a registrar coincidencias. Fechas. Ubicaciones. Personas que se habían cruzado con Elizabeth. Una cadena de contactos que me podría llevar a un nuevo rastro. O a un abismo.

Pero no importaba.
El riesgo valía la pena.

Cada paso que daba, lo hacía por ella.
Por Alice.
Por su historia rota.
Por su infancia tapada de secretos.
Por las lágrimas que no lloraba.
Por las pesadillas que jamás contaba.

Y por el hecho de que ahora, por fin, estaba empezando a respirar.

No iba a permitir que nadie —ni el FBI, ni Joseph, ni Lisandro, ni Elizabeth— se la llevaran de nuevo.

Así que me tracé una regla:
Nadie debía saber lo que estaba haciendo.
Ni siquiera ella.

Sobre todo... ella.

Terminé de compilar los primeros puntos de acceso en una ruta de investigación paralela.
Luego respiré hondo, me levanté, y salí de la sala.

Mientras caminaba por el pasillo, escuché una carcajada de Alice a lo lejos. Estaba hablando con una agente del equipo de Donovan. Estaba sonriendo. Sonriendo de verdad.

Y eso me partió en dos.

Porque cada paso que yo daba en la oscuridad, lo daba para que ella pudiera seguir viviendo a plena luz.

Pero el precio...
era el silencio.

Esa noche, cuando llegamos al apartamento, ella se acurrucó en mi pecho. Me preguntó si todo estaba bien.

Le dije que sí.

Ella me creyó.

Y yo la abracé más fuerte que nunca.

No por amor.
No por lujuria.
Sino porque tenía miedo.
Miedo real. De ese que se mete en los huesos.

Porque por primera vez...
no sabía si podría protegerla de lo que se venía.

A veces, proteger a alguien no se parece a un escudo, ni a una bala atrapada a tiempo.

A veces, se parece a un beso en la frente.
A servir dos tazas de café como si nada doliera.
A fingir que la sonrisa no tiembla.
A ser el mismo idiota encantador que siempre ha sido.

Aunque por dentro estés... hecho polvo.

Y yo, Jake White —agente federal, sarcástico de tiempo completo, estratega del siglo—
estaba rompiéndome por dentro con una precisión quirúrgica.

Todo mientras ella reía a mi lado.
Todo mientras su mundo se sostenía en pie... porque el mío se estaba desmoronando.

La investigación había comenzado.
Cada noche, mientras Alice dormía con la respiración calmada de quien, por fin, empezaba a sentirse segura, yo me sentaba frente a

la laptop, con auriculares, explorando bases de datos privadas.
Reconstruía el rompecabezas de Elizabeth Jones, la mujer que podía —o no— ser la madre de Alice.

Y en cada imagen antigua, en cada firma, en cada audio manipulado con software de recuperación...
la similitud crecía.
La duda se reducía.

Y el miedo... ese se multiplicaba.

Porque si Elizabeth era su madre, si Vladimir sabía, si Joseph había sido parte,
entonces Alice estaba a nada de ser la hija de una conspiración criminal de tres generaciones.

O peor aún, el hecho de que exista la posibilidad de que Alice sea la hija legítima de Lisandro Souza y Elizabeth Jones.

Y eso la iba a destruir,
De nuevo.

Pero, sin importar los desvelos, por la mañana... yo era Jake.

Jake el bufón.
Jake el novio sexy que ella tanto presumía tener, el de las bromas pesadas, el que le preparaba panqueques en forma de conejito.

Una noche le preparé una "noche de spa" en casa.
Ella entró al apartamento y había velas, música ambiental, una mascarilla ridícula que me puse en la cara y un letrero hecho a mano que decía:
"Grace Jill's Sanctuary — Hoy se vale llorar o pedir sushi."

Ella se rió como si no tuviera el mundo colgando del cuello.
Y por un rato, yo también.

Pero esa noche, cuando me metí en la ducha...
lloré.
Con el agua caliente quemándome la espalda y el alma.

Intenté mantener los momentos bonitos. Los rituales.
Películas de domingo. Pequeños bailes improvisados en la cocina.

Bromas internas sobre los compañeros del FBI.

—¿Sabías que Hartmann duerme con los ojos abiertos? Lo comprobé. Casi muero del susto —le decía, imitando su voz.

Ella se reía y yo la abrazaba más fuerte.

No para hacerla reír.
Sino para recordarme por qué estaba mintiendo.

Una noche estábamos viendo una película. Algo cursi, donde el protagonista cruzaba un océano por amor.

Yo hice una broma. Algo de alquilar un kayak para cruzar el Hudson.

Y Alice me miró.
Como si supiera.
Como si viera algo en mis ojos que no encajaba.

—¿Estás bien, Jake?

Mi primera reacción fue soltar una carcajada exagerada.

—Estoy viendo un tipo con problemas de navegación y tú crees que me estoy derritiendo por dentro. No me subestimes, nena.

Ella sonrió.
Pero sus ojos no compraron la mentira.

Y esa noche... no dormí.
Me levanté y revisé los documentos de nuevo.

Y lloré otra vez.
Silencioso.
Como si eso limpiara algo.
Como si el dolor tuviera pausa.

Mentirle al mundo era fácil.
Mentirle a criminales... divertido.
Mentirle al FBI... un reto estimulante.

Pero mentirle a ella...

Eso era una tortura con cuchillos de vidrio.

Cada noche que pasaba, Alice me abrazaba como si nada estuviera mal. Como si yo fuera el hombre en el que confiaba sin reservas. Y yo... yo la acariciaba el cabello con manos que apretaban secretos como si fueran detonadores.

Pensaba en todo lo que estaba por estallar.

——

Otra noche, ella se acurrucó junto a mí en el sofá.
Tenía el cabello suelto, una manta encima, y una sonrisa perezosa mientras veíamos una serie que ya habíamos visto cinco veces.

—Jake... —dijo de pronto, sin despegar la vista del televisor—. Te siento raro últimamente.

Boom.
Al pecho, sin aviso.

Tragué saliva. Puse pausa con el control remoto. Le di mi mejor sonrisa ladina.

—¿Raro? ¿Yo? Nena, lo más raro que tengo es este lunar en forma de pimiento... y lo amas.

Ella no sonrió.

Me estaba mirando. Escudriñando. Sintiendo algo que las palabras no podían enmascarar.

—No, en serio —insistió—. Estás aquí, pero no estás. Te noto distraído. Lejos.

Me incliné, le acaricié el rostro, y la besé en la frente.

—Trabajo. Me están cargando más casos, tú sabes. El FBI es como el gimnasio: te aprietan hasta que sangras y si no sonríes, te echan.

Ella soltó una risita floja. Pero su mirada... no cambió.

No creía del todo.
Solo quería creerme.

Y eso dolía más que si me hubiese llamado mentiroso de frente.

Esa noche no dormí.

Me senté en el suelo del baño, con la luz apagada, el portátil sobre las piernas y los ojos rojos.
Y sin saber cómo ni por qué, pensé en Marcus.

Mi hermano.

El que siempre tuvo la voz más firme. El que lo sacrificó todo para que yo pudiera fingir que no estaba roto.

Recordé las veces que Marcus se interpuso entre mi padre y yo.

Cuando Joseph me lanzaba contra la pared porque no mentí lo suficientemente bien.
Cuando me arrastró con 17 años al cartel de Belice para hacer de espía entre asesinos, diciéndome que "eso era lo que servía de mí".

"—Tú eres un mentiroso nato, Jake. Úsalo.
— Tu me hiciste ser así... ¿Y si ya no quiero serlo?

El no dudó en levantar su bastón hecho de roble, con cabezal de oro y mirarme despectivamente. Para en un arrebato de decepción, pegarme en un ojo con la parte superior de su bastón, y citar:

— Debiste pensarlo antes de haber nacido. Eres mi mayor decepción. Un genuino inútil al igual que tú madre. "

Recuerdo que lo dijo sin levantar la voz.

Está de más decir que no puedo ver bien a través de ese ojo desde ese entonces.

Y cuando cumplí 21, ya me había infiltrado en tres redes distintas.
Ya había visto cuerpos caer.
Ya sabía cómo reprimir un grito.
Y ya tenía claro que Marcus era el hijo favorito que Joseph hubiera preferido usar.

Pero Marcus...
Marcus lo sabía.

Por eso cargó con lo peor. Y tiempo después hizo todo lo que nuestro padre le exigía, con tal de que nos diera paz a mi y a nuestros hermanos de su agresividad indomable.

Y por supuesto, Para que al menos a mí... no me mataran antes de cumplir 25.

...

Cerré la laptop. Me miré en el reflejo de la ducha empañada.
Vi a ese tipo que podía reírse de todo... menos de sí mismo.

(...)

La mañana siguiente intenté volver a ser yo. El Jake que ella conocía.
Le preparé un desayuno improvisado con una cara sonriente de huevo revuelto y ketchup.

Ella soltó una carcajada auténtica.

—¿Eso se supone que soy yo?

—Obviamente. Tiene tu cara cuando te quitas las botas del FBI.

—¡Jake!

—¿Qué? ¿Te niego tu verdad?

Nos reímos juntos.

Y por un instante... todo estuvo bien.

Pero al verla comerse ese desayuno feo, y sonreír con el café, pensé:

¿Cuánto tiempo más puedo proteger esta burbuja?

¿Cuánto más puedo seguir siendo su hogar... si estoy cavando bajo él en silencio?

Capítulo 23

(Narrado por Jake)

Hay días en los que uno se levanta con una daga bajo la lengua.
No por rabia.
Sino por cansancio.
El cansancio de seguir mintiendo, de caminar sobre cristales por proteger a la única persona que te hace sentir humano.

Ese día era uno de esos.

Alice se había dormido con la cabeza sobre mi pecho como todos los días. Me susurró algo antes de cerrar los ojos. No lo entendí. Pero su voz estaba tranquila, y eso bastó.

La mía no lo estaba.
Porque en cuanto ella cerró los ojos, yo abrí los míos para seguir fingiendo.

Pedir una reunión privada con Joseph White sin supervisión era como pedirle a un dragón que tosiera sin escupir fuego. Pero lo logré. Gracias a mi reputación y a que Donovan, por alguna razón, confiaba en mí más de lo que debería.

Me esperaba en una sala vacía. Cadenas en las muñecas, camisa planchada como si estuviera yendo a una entrevista en Wall Street.

La sonrisa...
Esa sí era vieja amiga.
Cínica. Burlona. Sádica.

—Vaya, el hijo pródigo. ¿Vienes a decirme que por fin te ascendieron en la comedia romántica del FBI? Luego de entregar a tu propio padre.

Joseph White, el mismo en persona. Su presencia era aterradora.

El hombre que me enseñó a mentir mejor que nadie.
Y a dejar de confiar en cualquier cosa que se parezca al amor.

—Mira nada más... lo que te has vuelto. El hijo ejemplar. El favorito de mamá —dijo, torciendo los labios como si masticara veneno.

Me quedé de pie, no lo saludé.
No se lo merecía.

—Vengo por respuestas, no ha escuchar tus mariconadas.

—¿Así se le habla a un padre? —sonrió—. Qué decepción. Y eso que sigo siendo tu padre.

— Eres un maldito cáncer.

Me senté sin permiso, dejando la carpeta sobre la mesa.
Las fotos. Los nombres.
Elizabeth Jones. Lisandro Sousa. Vladimir Ivanov.

Su mirada titiló. Un segundo. Pero lo noté.

—Bueno, bueno... sacaste la artillería pesada. ¿Qué quieres saber?

—Quiero la verdad. Completa. Sin tus adornos narcisistas.

—Ah, el niño ya sabe decir "narcisista".
Felicita a Marcus de mi parte, te enseñó nuevas palabras.

Eso lo dijo con malicia. No soportaba que Marcus es una figura paterna para nosotros, mucho mayor de lo que él nunca fue.

Respiré hondo. El corazón me latía en los oídos.

—Necesito saber qué relación tenían tú, Souza y Elizabeth. Todo. Sin saltarte nada.

Joseph se inclinó hacia atrás, con esa sonrisa suya de tiburón viejo.

—Vivíamos en un orfanato. Uno bonito por fuera, pero por dentro... un vertedero disfrazado de hogar. Los tres. Vladimir, Elizabeth y yo.

— Entonces... ¿Tú y Vladimir Ivanov eran amigos?

—Éramos hermanos. No de sangre, pero sí de hambre.

Sus dedos golpeaban la mesa. El ritmo era irritante.

—Y Elizabeth...

—¿Qué?

—Era fuego. El primer amor de Vladimir.
Y quizás, la única mujer que me hizo cerrar la boca sin querer

follármela primero.

Eso me hizo apretar los puños.

—¿Y entonces?

—Planeamos huir. Lo hicimos. O casi.
Ella se quedó atrás. Decisión suya. Dijo que sería más seguro. Nos despedimos... sin la promesa de que nos volveríamos a encontrar.

—¿volvieron a verse?

— En una de las primeras reuniones grandes que tuvimos cuando Vladimir y yo heredamos el Cartel del Sahara.
Y ahí estaba ella...
Elizabeth Jones. Esposa de Lisandro Souza. Nada había cambiado en ella, excepto el tamaño de sus tetas que doblaron el de su cara. Una Bonita distracción.

— Me lo imagino... — dije con una expresión sarcástica mientras rodé los ojos. Había olvidado por un segundo lo Casanova que podía ser,— Entonces, ¿ella era la conexión entre tú y Souza?

—Correcto.
Lisandro la usaba como su embajadora. Su mensajera. Su carnada.
Y como Vladimir todavía la amaba, fue fácil manipularlo.
Usamos nuestras redes para lavar el dinero sucio del Cártel del Vudú.

—¿Y tú estabas de acuerdo?

—¿Tú crees que me importaba? Mientras el dinero llegara, podía venir con sangre o bilis.

Me ardía el estómago.
La forma en que hablaba de todo, con esa mezcla de desdén y orgullo.
Como si no hubiese vidas arruinadas en el camino.

—¿Y qué pasó después?

—Después, Vladimir se hartó. Me dejó todo. El cartel, las rutas, el poder. Y Se fue.

—¿No volviste a saber de él?

—No.
Y a Elizabeth tampoco la volví a ver.
Después de ese último acuerdo con Lisandro, todo se apagó.
Fue como si todos desaparecieran.

Me detuve.

—¿Entonces no sabes qué fue de ellos?

Joseph me observó con la cabeza ladeada.

—¿Qué es esto, Jake?
¿Te interesa el pasado por curiosidad... o por Alice?

Me congelé.

No respondí.

—Ah... ahí está —rió sin alegría—.
Entonces sí, ¿eh?
¿Crees que Elizabeth Jones es su madre?

—No he dicho eso.

—No hace falta. Eres un White, mientes hasta cuando duermes.

Guardé silencio.

—Si lo es, muchacho... si lo es... estás jodido hasta el fondo.
Porque esa mujer arrastra fuego y muerte donde pisa.

—¿Tú no?

—Yo al menos soy honesto con lo que soy.

—Eres un monstruo, Joseph. Y ni siquiera uno brillante. Solo un pobre idiota que quiso tener el cartel más grande del mundo para esconder sus cojones pequeños.

Eso sí lo hizo reaccionar.
Se inclinó hacia adelante, furioso. Pero no habló.
Yo lo hice.

—No tienes ni idea del daño que causaste.
A mí, a Marcus, a todos.

¿Y todavía tienes la osadía de decir que deberíamos agradecerte?

Joseph soltó una risa seca.

—Claro que sí.
¿Quién los entrenó?
¿Quién les dio calle?
¿Quién te convirtió en el mejor infiltrado del país?
Yo.

—Lo único que hiciste fue traumatizarnos.

—Tú eres igual a mi.
El que miente, el que manipula, el que protege... aunque tenga que ensuciarse hasta el alma.

—Yo protejo por amor.
Tú solo protegías tu imperio.

—¿Y cuál es la diferencia?
Al final... el lodo nos cubre a todos.

Lo miré con asco.

—Gracias por nada.

—No me des las gracias.
Solo recuerda hijo mío...
Si Elizabeth Jones es su madre, y Vladimir fue su padre adoptivo... entonces estás enamorado de la hija de la mujer que nos hundió a todos. Y por si no fuera suficiente, y la suerte no está contigo, Souza es su padre.
Y no importa cuánto lo niegues...
eso también será tu herencia.

(...)

Caminé por el pasillo como si no me doliera el pecho.

Pero dolía.

El rostro de Joseph aún flotaba frente a mí, su maldita sonrisa grabada como un tatuaje en mi memoria.
Cada paso que daba se sentía más pesado que el anterior.

Necesitaba aire.
No aire acondicionado ni oxígeno limpio.
Necesitaba salir corriendo, buscar a Alice, abrazarla hasta borrar a Joseph de mi cabeza...
Pero no podía.

Porque justo al doblar el pasillo, Donovan estaba esperándome.

Apoyado contra el marco de la puerta, brazos cruzados, ese maldito gesto de quien lo sabe todo.

—¿Cómo te fue, Simons?

—Maravilloso. Mi padre me dijo que me parezco a él. ¿No es eso tierno?

No se rió.
Solo me hizo una seña para que lo siguiera.

Entramos a su oficina. Cerró la puerta con seguro.
Su rostro, siempre sereno, tenía una tensión en los pómulos que solo aparecía cuando algo era realmente grave.

—Sabes por qué te involucré en esto, ¿verdad?

—Pensé que porque te encanta verme sufriendo. O porque soy el mejor que tienes.

—Porque vi la foto de Elizabeth Jones... Y en ella, vi a Alice.

Mi estómago dio un giro.

No dijo "se parecen". Dijo "vi a Alice".
Como si lo hubiera sabido todo este tiempo.

Entrecerré los ojos.

—Tú lo sabías desde el principio... —murmuré.

—Lo sospechaba. Y sabía que si te ponía cerca de esa verdad... tú ibas a correr hasta los infiernos por ella. Ibas a mover cielo, tierra y las mentiras de tu padre con tal de averiguar la verdad.

—Me manipulaste.

—Te utilicé, Jake. Como tú lo haces con todos. No nos hagamos los inocentes.

El silencio fue como una explosión sorda entre los dos.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? —pregunté entre dientes— ¿Después de que ella lo descubriera sola? ¿Después de que se derrumbara?

Donovan bajó la voz.

—Jake... yo también quiero protegerla. Pero tú la amas y tienes el privilegio de ser su pareja. Yo... no tengo ese derecho. Tú sí.

Me acerqué al escritorio y apoyé ambas manos sobre la madera.

—No vuelvas a usar a Alice como una herramienta emocional. Ni conmigo ni con nadie.
No es tu peón, ni tu motivación personal para resolver casos.

—¿Y tú qué crees que estás haciendo?
¿Crees que ella no nota tus silencios, tus ausencias mentales?
¿Crees que puedes protegerla mintiéndole?

—¡Solo estoy tratando de evitar que se parta en mil pedazos!

—¡Y yo también, quien te crees que eres! No tienes ni una puta idea de cómo se siente ver como ella se muere por sentir tu amor, mientras tú le mientes una y otra vez.

El grito lo soltamos al unísono.

Respiró fuerte.

Tenía razón. Ella estaba confiando en mí. Y yo no hacía más que tratar de protegerla, pero con la estrategia más peligrosa que pude pensar: mentirle.

Donovan caminó hasta la ventana. Miró el edificio de enfrente como si allí estuviera la respuesta.

—Ambos sabemos lo que Alice ha vivido... —dijo sin girarse— La oscuridad de su pasado, los vacíos, los años sin saber nada.

—Tú no entiendes ni la mitad de eso...

—Tal vez. Pero sí sé lo que puede pasar si esta verdad la golpea sin preparación.

—Y por eso quieres que yo te traiga la verdad, ¿no?
Para que tú puedas "gestionar" cómo se la damos.

Donovan giró.

—No. Lo que quiero que lo hagamos juntos.
Porque si ella cae, tú eres quien va a tener que levantarla. Y yo... yo quiero estar cerca, por si tú también caes en el proceso.

Ese silencio fue peor que el anterior.

El eco de algo más que respeto entre nosotros.

Era rivalidad.
Era dolor compartido.

Era amor, de formas distintas.

—¿Y si lo descubrimos todo? —pregunté—.
¿Y si es su madre? ¿Y si está metida en esto hasta el cuello?

—Entonces luchamos por ella.
Cada uno desde su trinchera.
Tú como su pareja.
Yo... como su amigo. O lo más cercano a eso que me deje ser... yo tampoco quiero verla sufrir.

—¿Y si me rompo en el intento? Si no logramos encontrar lo que buscamos.

—Entonces yo mismo te sostendré.

Las palabras cayeron como piedras al agua.

No le respondí de inmediato.
Mi voz estaba atrapada en algún lugar entre el orgullo y el miedo.

—Está bien —dije por fin—.
Trabajemos juntos.
Tú y yo. Pero ella no se entera. No todavía. Cuando estemos seguros acerca de lo que suponemos, solo entonces le diremos.

— Corrección; Tú le dirás.

— Pensé que usted quería tener ese privilegio, Superior Wilson.

— Quisiera serlo, Agente Simons. Pero usted y yo sabemos que ella lo eligió a usted. Tenga cuidado y no eche a perder a una mujer como esa, porque otros pueden estar a la espera de su fracaso.

— ¿Me está amenazando? — dije levantando una ceja, evidentemente molesto por el comentario tan desagradable por su parte.

— No. Más bien, le exhorto a que proteja lo que se le dio, para que en un descuido, no pierda todo por lo que más de una vez ha peleado.

Quedo en silencio.

Donovan definitivamente es un hombre hecho. Que tiene miedo a pocas cosas y habla con claridad, sin titubeos.

Podía entender lo que me quería decir detrás de sus palabras correctas. Pero definitivamente, lo último que haría es volver a dejarle el espacio libre luego de que Alice decidió estar conmigo.

Pretendo Cuidarla, No regalarla.

—Entendido.

— Perfecto.
¿Tenemos un Trato?

—Trato.

Nos dimos la mano. Firme, fría.

Pero había fuego detrás.

Un pacto entre dos hombres que, en el fondo, sabían que solo uno terminaría con el corazón intacto ante todo esto.

(...)

"Mentir como papá me enseñó"

Volver a casa después de hablar con Donovan se sintió como volver a una escena del crimen.

Solo que en esta ocasión, la víctima era yo.
Y el asesino... bueno, era también yo.

Caminé por el pasillo del apartamento con el corazón latiéndome en la garganta.
Tenía las llaves en la mano, pero dudé antes de abrir. Me dolían los nudillos. El alma.
La cabeza me giraba como si llevara horas corriendo en círculos.

Respiré hondo y abrí la puerta con una sonrisa... esa misma sonrisa falsa que llevaba practicando desde que era un adolescente, cuando mi padre me obligaba a actuar como si todo estaba bien, incluso cuando no sabía si volvería a ver a mis hermanos al día siguiente.

Alice estaba en la sala, tirada en el sofá, viendo un documental que claramente no le interesaba.

—¡Ya era hora, agente Simons! —me dijo con una ceja alzada—. ¿Fuiste a resolver crímenes o a tomarte selfies con Donovan?

Le sonreí, esa sonrisa que usaba para salvarme el pellejo.

—Un poco de ambos. ¿Te impresiona que pueda hacer multitasking?

—Me impresiona que hayas vuelto entero.

—Casi entero —murmuré.

Me dejé caer junto a ella y la abracé como si mi cuerpo recordara antes que yo lo mucho que la necesitaba.

No puedo decirte nada aún, cielo. No todavía.

Ella se acurrucó bajo mi brazo y empezó a acariciarme el pecho, como si su toque pudiera aplacar mis pensamientos.

—¿Cómo te fue? —preguntó.

—Largo. Tenso. El FBI es un maldito circo sin payasos... solo leones hambrientos y trapecistas sin red.

Rió.
Dios, cómo amaba su risa.
Era lo único real en medio de todo lo que me estaba pudriendo por dentro.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Cómo fue el día en el grupo de Donovan?

Su cara cambió sutilmente, como si algo la incomodara.

—Bien. Me están integrando al caso. El equipo es bueno, aunque... —hizo una pausa—. Aunque siento que Donovan está más atento conmigo que con los demás.

Claro que sí lo está, pensé. Él también sabe quién podría ser tu madre. Además de que está interesado en ti, y está esperando que cometa el primer error.

—¿Te molesta eso?

—No... solo lo noto extraño... Supongo que es profesionalismo. O lo intenta.

—Sí, claro —dije, fingiendo indiferencia—. ¿Y cómo te fue con el nuevo equipo?

—Mejor. Hoy me reí un par de veces. Me hicieron sentir parte. Eso ayuda.

Asentí, y noté que me estaba observando. Sus ojos buscaban algo en los míos. Una grieta. Una pista.
Ella no era estúpida. Me conocía.

Así que decidí hacer lo que mejor sabía hacer: distraerla.

Me incliné y la besé con suavidad en la frente.

—¿Sabes qué haría esto aún mejor?

—¿Qué?

—Palomitas, vino, y una película tan mala que tengamos que doblarla en voz alta como si fuéramos actores de telenovela.

Rió otra vez. Me ganó otra sonrisa.

—No sabes mentir, Jake.

—¿Mentir yo? Si supieras lo que puedo hacer con una buena mentira...

Eso sí era verdad. Lamentablemente.

(Horas después)

Estábamos en pijama, viendo una película absurda de extraterrestres enamorados de vacas (sí, así de mal estaba Netflix esa noche).
Ella se reía, yo fingía estar bien.
Pero me dolía la garganta. No por gritar. Por tragarme las palabras.

Alice se quedó dormida con la cabeza sobre mi pecho.
Me quedé mirándola.

¿Y si todo explota? ¿Y si de verdad Elizabeth Jones es su madre? ¿Y si Souza estaba metido en todo esto más de lo que quiero aceptar?

Las lágrimas vinieron sin aviso.

Las dejé correr. Silenciosas. Cobardes. Antes de limpiarlas.

Me sentía traidor. Mentiroso. Un hijo de puta que prometió hace un par de noches que no habría más secretos.

Y aquí estoy. Mintiendo como papá me enseñó.

(...)

En el ascensor del FBI, le sostuve la puerta con una sonrisa a la agente estrella. Le guiñé el ojo como el Jake de siempre.

Ella me besó en la mejilla.

—No trabajes tanto hoy, ¿sí?

—Solo lo suficiente para salvar el mundo.

Y para que no sepas que el mundo que quiero salvar... eres tú.

(Narración de Alice)

Llegamos juntos, pero entramos separados.
Jake me sonrió antes de girar por el pasillo izquierdo, directo a su unidad táctica. Lo vi guiñarme el ojo, ese que dice "todo está bien", y me bastó.

Era una de esas mañanas en que todo parecía normal. Él actuaba como siempre: relajado, gracioso, seguro. Y yo... bueno, yo me sentía ligera. Al menos por unos segundos.

Sabía que no íbamos a vernos en todo el día, pero eso era parte del acuerdo. El trabajo era el trabajo. Nuestra historia quedaba detrás

de la puerta.
Apenas crucé el umbral de mi sala de operaciones, Isaac me saludó con un gesto rápido desde su escritorio, absorto en una serie de mapas criminales. Liana bebía café negro sin azúcar, como cada mañana, mientras Radcliffe ya tenía auriculares puestos, revisando grabaciones de audio desde las 6 a.m.

—Buenos días, equipo —dije, colgando mi abrigo con energía.

—Ya era hora, Grace —bromeó Liana sin levantar la vista de su pantalla—. Pensé que te habías perdido en el Starbucks del infierno.

—No. Solo tengo una vida... interesante —respondí con una sonrisa tranquila.

—¿Interesante o secreta? —saltó Radcliffe, con ese tono cínico que usaba para todo.

Me limité a alzar las cejas mientras me sentaba. Jake siempre decía que yo tenía una forma de evadir preguntas sin mentir, y sí... era útil.

El aire en la sala estaba tenso. No como en los días de carga pesada, sino como en esos instantes donde sabes que algo se está cocinando a fuego lento.

—¿Todo bien con ustedes? —pregunté, quitándome la bufanda.

—Perfecto —dijo Liana, demasiado rápido, demasiado automático.

—Sí, normal —agregó Isaac—. Solo seguimos... revisando la triangulación de los envíos de órganos del último informe.

—¿Revisando? —me acerqué—. Ese cruce lo habíamos hecho anteayer. ¿No?

Isaac alzó la vista, sus ojos castaños evitando los míos.

—Es que salió una actualización anoche. Donovan lo pidió. Nada grave.

Mentira.
Donovan no nos habría pasado por alto si algo tan importante hubiera cambiado. Me senté, encendí mi monitor y lo confirmé: no

había actualizaciones recientes. Ninguna desde el último informe firmado por mí misma.

—¿Y Radcliffe? —pregunté—. ¿Tienes algo nuevo de las grabaciones?

Radcliffe se quitó los auriculares lentamente.

—Sí. Pero no hay nada útil. Solo sonidos de tráfico. Ruidos. Algunas llamadas vacías.

—¿Llamadas vacías?

—Teléfonos marcados sin respuesta. Colgados rápido. Como si no quisieran hablar.

—¿Y no te pareció raro?

—No todo lo raro es relevante, Grace.

Radcliffe había sido el más escéptico desde el inicio. Un veterano en el FBI, con cicatrices en la cara —y en el alma— de haberse topado con monstruos reales. Liana, en cambio, era meticulosa. No decía algo si no tenía pruebas. E Isaac... era un genio callado. Pero esa mañana, los tres se parecían más a sombras de sí mismos.

Algo no estaba bien.

Me incliné sobre la mesa y abrí el informe que habíamos trabajado juntos. Enseguida noté lo que estaba mal: las conexiones entre los lugares donde desaparecieron órganos no estaban unidas. Principalmente se borraron los archivos que contenían las caras de los posibles participantes de este embrollo. Faltaban líneas en el mapa. Códigos omitidos. Información que alguien había borrado... o había evitado señalar.

—¿Quién editó esto último? —pregunté, mi voz más baja, más directa.

—¿A qué te refieres? —Liana bajó los papeles.

—A que este archivo ya no cruza el código del hospital clandestino de Filadelfia con los envíos nocturnos del puerto de Baltimore. Ese

fue un hallazgo importante, y ahora parece que nunca existió. Igual que los sospechosos, estoy segura que había alguien más.

—Debió ser un error... —murmuró Isaac.

—No lo creo —respondí, casi susurrando—. ¿Ustedes están ocultando algo?

El silencio se tragó la habitación. Se miraron entre sí. Liana frunció el ceño. Isaac se rascó la nuca. Radcliffe apretó la mandíbula.

—Esto está por encima de nosotros, Grace —dijo Radcliffe al fin—. Hay niveles... que no podemos tocar. Donovan nos exigió mantenernos al margen.

—¿Niveles? —me incorporé lentamente—. ¿Qué niveles?

—Donovan no te ha dicho nada aún, ¿verdad?

—¿Decirme qué?

Liana suspiró.

—Solo... sigue haciendo tu parte. Eres buena en esto. Muy buena. Pero créeme, cuando llegas al límite de ciertas redes, hay que elegir: o investigas... o sobrevives. Debemos esperar la orden de Donovan.

Mi estómago dio un vuelco.

—¿Tienen miedo?

— no es miedo. Nos estamos resignando a mantenernos vivos hasta que Donovan de la señal del siguiente paso.

Mi mente iba a mil. Me senté, crucé los brazos y empecé a analizar. El patrón era claro: estaban frenando el avance del caso. No lo abandonaban, pero lo enlentecían. Todos sabían algo. Tal vez no todo, pero sí lo suficiente como para detenerse.

Me incliné de nuevo sobre el monitor y reactivé las líneas del mapa.

—No me voy a detener —dije en voz baja—. Si ustedes no quieren avanzar, está bien. Pero yo sí.

Isaac tragó saliva. Radcliffe bajó la mirada. Liana me observó con una mezcla de admiración y compasión.

— ¿Por qué lo quieres continuar?

— ¿por qué debería rendirme en primer lugar? Estaba deseando terminar este caso para volver a los casos tranquilos. ¿Este caso no les quita sueño a veces?

Todos se miran entre si, y con la mandíbula apretada algunos asienten, otro guarda silencio.

Radcliffe se levantó de su silla.

—Solo cuídate, Grace. Este cartel... no es como los otros.

—Ninguno lo es.

Me giré hacia mi portátil y abrí una ventana nueva. Ingresé el código oculto del informe omitido, reactivando la ruta marítima de los contenedores del puerto. Me llevó media hora rehacer el rastro. Incluso los sospechosos. Recordaba perfectamente que había al menos 10 sospechosos, y ahora solo había 9. Cuando terminé, el mapa brillaba con rutas iluminadas: Nueva Jersey, Baltimore, Boston... y un nodo que parecía el corazón de todo.

Washington, D.C.

Tragué saliva. El cartel no solo se movía desde la periferia: estaba operando desde dentro. Lo sabíamos. Lo habíamos sospechado. Pero ahora lo veía. Lo sentía.

Me acerqué al tablero principal y tomé el marcador rojo.

Al trazar la línea final entre la última desaparición y la llamada interceptada de anoche, vi cómo todo cobraba forma.

Pensé que había descifrado por fin el patrón principal que estas personas estaban siguiendo para extraer su mercancía.

Había selección. Había tiempo de recolección. Había orden.

—Esto... —murmuré— esto es una cacería.

Isaac se acercó a mi lado.

— Eres valiente.

Los tres se miraron. Nadie lo había dicho en voz alta. Hasta ahora.

— No realmente. Solo no dejo para mañana, lo que puedo resolver hoy.

—Tú quieres atraparlo —dijo Liana.

—Voy a atraparlo —corregí—. Y si quieren ayudarme, los necesito conmigo. Pero si no... lo haré sola.

Isaac bajó la cabeza. Radcliffe cerró los ojos. Liana asintió, despacio.

— Te sugeriría que hablaras con Donovan antes de hacer cualquier movimiento... —dijo ella. — un movimiento en falso, un movimiento a escondidas puede costarte una ficha en tu carrera. O peor aún, la expulsión definitiva del FBI.

Isaac alzó la mano en señal de acuerdo.

— Esto no es el precinto donde trabajas, Alice. Estás son las ligas mayores y si nos equivocamos, rodarán cabezas.

Radcliffe fue el último.

— Lo podemos hacer a tu manera, porque confío en tus agallas. Pero necesitamos refuerzos. Y el superior Donovan no es un hueso fácil de roer.

Escuché sus comentarios, y al analizarlos me reí un poco, ya que evidentemente ellos no sabían de dónde venía ni todas las cosas que había tenido que vivir. Mucho menos estaban enterados que Donovan y yo tenemos una conexión que va más allá de lo pensado. Más lejos que un par de noches durmiendo debajo de una misma frazada.

Iba a hablar con el. Y iba a averiguar que estaba pasando.

(...)

Toqué la puerta de la oficina de Donovan una segunda vez. Esta vez no fue solo por impulso: fue por rabia. La que arde lento, por dentro, como el carbón que no se apaga con agua.

—Adelante —su voz sonó con una calma que casi me hizo perder el control.

Entré. Cerré la puerta con más fuerza de la necesaria.

Donovan estaba de espaldas, observando por la ventana, las manos entrelazadas tras la espalda. La silueta de un hombre que lo sabe todo, y aún así decide callar.

—¿Desde cuándo me estás ocultando información?

Ni un saludo. Ni una sonrisa. Fui directa.

Él se giró lentamente, como si estuviera preparado para esa pregunta desde hacía días.

—No estás en posición de acusar, Alice.

—Estoy en posición de exigir. Soy parte de esta investigación. Y mis compañeros están actuando como si algo nos estuviera reventando bajo los pies y nadie puede decirlo en voz alta.

—Porque nadie puede decirlo, Alice.

—¿Por qué?

—Porque aún no tenemos todas las piezas.

—¿O porque ya las tienen y no quieren que yo las vea?

Donovan me sostuvo la mirada. Durante años había leído muchas pupilas durante mi vida: eran como lagos tranquilos donde se ocultaban tormentas. Pero esa tarde... había un brillo que no reconocía. Un peso.

—Lo que estás pidiendo... podría desmoronarte.

—¿Y no crees que prefiero caer por saber la verdad que mantenerme de pie en una mentira?

Él desvió la mirada por primera vez.

—Dímelo, Donovan —dije, bajando la voz, acercándome—. Dímelo. ¿Qué estás ocultando?

—No puedo.

—¿No puedes o no quieres?

—Ambas.

—Entonces, escúchame bien —mi voz se quebró apenas, pero la rabia la sostuvo—. Si no me lo dices, si eliges seguir protegiéndome

con este silencio, lo nuestro... esta conexión que tenemos comprimida en ser un equipo indomable, junto todo lo que haya existido entre tú y yo... se termina aquí. No puedo confiar en alguien que no me dice la verdad en la cara, aunque duela.

El silencio fue absoluto. Incluso el reloj pareció dejar de avanzar.

—No me hagas elegir entre protegerte y perderte —susurró.

—Ya lo hiciste.

Donovan apretó los labios. Se sentó. El hombre entero parecía encogerse ante el dilema. Su sombra ya no era imponente, era humana. Dolida.

—No tengo pruebas, solo sospechas. Y no soy de lanzar cuchillos sin saber dónde van a caer.

—¿Y qué sospechas?

Se frotó el rostro con ambas manos. El gesto de un hombre que no quiere decir lo que está a punto de decir.

—Joseph White, Vladimir Ivanov... y el nombre de una sospechosa que borramos de la lista. Ese era... Elizabeth Jones... Ellos están conectados.

Mi corazón dio un brinco. Sentí las rodillas temblar.

—¿Conectados cómo? Mi madre no puede estar involucrada en eso, se suicido hace años... ¿estás seguro que no es alguien utilizando su nombre?

—No lo sabemos aún. Pero hay indicios de que en algún punto... Elizabeth fue intermediaria en negocios turbios entre Joseph, Vladimir y Souza. Negocios... sucios. Muy sucios. Por lo mismo no quería decirte nada. No hay cosas totalmente claras aquí.

—¿Estás diciendo... que mi padre adoptivo estuvo vinculado con el padre biológico de Jake... y con...?

Me detuve. No podía terminar la frase.

—No digo que sea tu madre, Alice. Pero... hay sospechas. Fuertes.

Sentí un nudo en la garganta. Como si el pasado, ese que había enterrado con años de terapia, fuerza y lucha, volviera a trepar por mi espalda como una sombra pegajosa.

—No puede ser... —susurré.

—Sé que duele.

—¡No sabes nada! —grité, con la voz quebrada—. ¡No tienes idea de lo que es pensar que por fin cerraste una puerta... y que el FBI te la vuelva a abrir de golpe, en la cara, sin aviso!

Me dejé caer en la silla. Me cubrí el rostro con las manos.

Donovan no dijo nada. Y por una vez, agradecí el silencio.

—¿Jake lo sabe?

—Sospecha lo mismo. Por eso lo envié tras Joseph a averiguar más cosas. Necesitaba a alguien que no parara hasta saberlo todo.

—Y preferiste usarlo a él antes que decirme la verdad. Ambos me han estado mintiendo, todo este tiempo.

—Es Porque tú no eres como él, Alice. Él puede mentir y seguir respirando. Tú no. Tú te romperías.

Levanté la mirada, los ojos ardiendo.

—Me estoy rompiendo igual, Donovan.

Nos miramos.

—Entonces dime algo... dime que esto vale la pena. Que todo esto... tiene sentido.

—Tiene. Lo tendrá —dijo él con voz firme— Lamento haberte mentido, e involucrar a Jake en esto. Es mi culpa, pero genuinamente, desde que vi el rostro de Elizabeth no dudé en conectarla contigo.

— ¿Por qué lo dices?

Donovan saca una carpeta en donde tiene el nombre " Zack Simons" fuera. Parece que es la carpeta de trabajo de Jake.

De ahí saco una imagen vieja, y una copia de la misma arreglada con inteligencia artificial, que permitía ver sus rasgos a la perfección.

Era mi madre...
Ambas éramos identificas.
No había duda.

— Podemos atrapar a los culpables, pero para eso tienes que ser fuerte. .. más que nunca.

—Lo he sido toda mi vida. Pero ya me cansa que siempre me toque serlo. — las lágrimas se deslizan por mis mejillas sin parar. Ahora sin control.

Nos quedamos así, cara a cara. El se acerca peligrosamente, buscando consolarme. Yo lo intercepto con una pregunta:

—¿Puedo formar parte de la investigación paralela?

—Sí. Pero con una condición.

— Donovan, no estoy para jue... — el me interrumpe:

— Si encuentras algo que pueda destruirte, me debes dejar ayudarte a sostenerte.

—Eso ya no se negocia.

Donovan notó mi seriedad y prefirió respetarla. Extendiéndome la mano una última vez:

—Bienvenida a la sub-investigación, Grace.

Y en ese momento entendí entonces que nada, absolutamente nada, volvería a ser igual.

Capítulo 24

Jake llegó a casa pasada la medianoche. Yo lo estaba esperando en la penumbra de la sala, envuelta en mi sudadera gris y con los brazos cruzados. Ni siquiera intenté sonar casual:

—¿Qué estuviste buscando en los archivos del caso mientras yo dormía?

Él se quedó petrificado junto a la puerta, la llave aún metida en la cerradura. Sus ojos —tan expertos en mentir— vacilaron por primera vez en mucho tiempo.

—Alice... no empieces —murmuró, con esa voz que usaba cuando temía romperme.

—Ya empecé. Y no pienso parar hasta saber qué demonios está pasando. Donovan me lo confirmó: llevas días rastreando datos sobre Elizabeth Jones... y sobre mi padre adoptivo... sin decírmelo.

Me coloqué frente a él; era un desafío abierto.

Jake cerró la puerta con un suspiro, dejó la chaqueta en el perchero y se aproximó despacio, como si temiera que yo fuera cristal.

—No quería arrastrarte a un abismo más, hermosa... Bastante daño te ha hecho el pasado.

—¡No me llames así! — Grité — ¿mentirme no es daño? Dime una sola mentira más, Jake, y me voy de este apartamento. Te lo juro por lo más sagrado.

Lo dije sin temblar, aunque por dentro se me deshacía el pecho. La palabra me voy rebotó entre los muros del salón.

La cara de Jake se descompuso; vi cómo tragaba saliva con dolor.

—No... —susurró—. No me hagas elegir entre callar para protegerte o perderte.

—No elegiste callar; elegiste mentir —espeté.

Respiró hondo. Se frotó el rostro con ambas manos y, cuando volvió a mirarme, tenía los ojos rojos.

—Está bien. Te diré todo. Pero prométeme que no me juzgarás hasta oírlo completo.

Asentí, aunque no prometí nada con palabras. Él lo entendió.

Nos sentamos en el borde del sofá; la distancia entre los dos era un océano. Jake apoyó los antebrazos en sus rodillas, la cabeza gacha.

Jake bajó la mirada. Jugó con la costura de su jean como si allí pudiera encontrar las palabras exactas. Yo lo observaba, inmóvil, sintiendo que algo pesado empezaba a formar nudos en mi pecho.

—Joseph... me dijo muchas cosas —empezó, con una voz ronca—. Fue como... como enfrentar un espejo roto. Me tiró verdades como si fueran botellas de vidrio directo a la cara.

—¿Qué tipo de verdades? —pregunté, aún rígida.

Jake tardó unos segundos más. Luego me miró.

—Elizabeth... quien posiblemente sea Tu madre... Hay posibilidades muy altas de que ella haya trabajado durante años como intermediaria entre Joseph y Souza. No saben si sigue viva. Pero según mi padre, fue usada... usada como carne de cambio. Por Lisandro Souza.

El aire se volvió denso. Como si cada palabra fuera una jeringa de hielo directo a las venas.

—¿Qué dijiste? —me levanté, retrocediendo un paso—. ¿Souza?

Jake asintió con una tristeza que me atravesó como cuchillo oxidado.

—No podemos confirmarlo aún. Pero según Joseph... Elizabeth fue la esposa de Lisandro Souza. Y si su desaparición está relacionada con él, entonces...

—Entonces puede ser mi padre —completé, con la voz quebrada—. Mi padre podría ser un traficante de órganos, el tipo más sádico de todos.

—Alice...

—No. —Me crucé de brazos, sintiendo que la rabia comenzaba a quemarme por dentro—. ¡No! ¿Te das cuenta de lo que estás

diciendo? ¿Tienes la menor idea de lo que significa eso para mí?

Jake quiso acercarse, pero yo retrocedí.

—¡Toda mi maldita vida creí que no tenía padres! ¡Que fui abandonada! Luego me encontré con Vladimir, con su rareza, con sus silencios... y resulta que él sabía cosas. ¡Sabía cosas, Jake! Y ahora tú... tú... —me llevé ambas manos a la cabeza— ¡tú me lo ocultas también! ¡¿Qué clase de juego es este?!

—No es un juego, Alice, te lo juro —contestó él, más firme esta vez —. Es una pesadilla. Y yo no quería que la vivieras sola.

—¿Y por eso lo llevaste todo en silencio? ¿Porque te parecía más noble cargar con la verdad que compartirla conmigo?

Jake apretó los labios. Se le humedecieron los ojos.

—Porque me daba miedo romperte.

—Pues te equivocaste —solté, fría—. No soy de cristal. No necesito que me protejan. Necesito la maldita verdad. Siempre. Aunque duela.

Hubo un silencio. Un espacio seco en el tiempo.

Jake lo rompió con un susurro:

— Joseph me dijo que soy igual a él. Que me parezco tanto a él, que incluso terminé mintiéndole a la mujer que amo.

Me quedé callada. Mis ojos ardían. Lo miré fijamente perturbada por lo que acaba de escuchar, y todo lo que eso podía significar para mi chico de ojos verdes. Color que ahora se veía afectado por la rojez de la irritación.

Pocas veces lo había visto llorar. Podía contarlo con una mano. Pero, ahí estaba, rompiéndose frente a mí por tratar de llevar a cabo una mentira. Una mentira que lo desboronó. Jake White, quien fue entrenado para mentir sin arrepentirse, sin mirar atrás y sobre todo, sin llorar. Pero ahí estaba, llorando frente a mí. Corrompiéndose por saber que me había mentido.

Está así por Mentirme a mí. Yo que en mi noches de depresión pensaba que era una don nadie, que por eso nadie deseaba estar conmigo. Que por nadie se quedaba conmigo, y en lugar de eso, huían de mí, como si yo fuera una peste. una don nadie luego de que me entere de todo esto.

Pero ahí estaba el. Llorando por mi. Porque tiene miedo de perderme. Porque se siente devastado por haberme fallado.

¿Es ese el elemento que te hace desarrollar empatía por los demás? Verlos corrompiéndose por ti, luego de que incluso tú mismo te hayas considerado alguien no grato para sentir lo que realmente es que alguien se saque el corazón por ti.

Ahí, es cuando entonces, entiendes tu valor. Entiendes que no eres cualquiera. Y sobre todo, entiendes que te aman mucho más de lo que las palabras podrían expresar.

Eso me hizo reflexionar. Suavizar mi mirada, y entenderlo a él.

Entender que el me amaba y solo quería protegerme. Así si forma de hacerlo fuera más vista y menospreciada por su extraña manera de ejecutarla.

Seguir escuchándolo...

— por un instante... le creí. Sentí que tenía razón. Que no importa cuánto intente cambiar, siempre seré ese cabrón de mierda que miente para protegerse.

Yo lo miraba, sin poder evitar que el corazón me doliera al verlo tan expuesto, tan vulnerable... y sin embargo, mi cuerpo seguía en modo defensa.

—Te amo, Jake. Pero... mierda... estoy cansada —susurré—. Estoy tan cansada de que la gente a la que le doy mi confianza la use como un escudo para decidir por mí.

Me volví, caminé hasta la ventana y miré el reflejo de la ciudad. Cada lucecita parecía una amenaza, una bomba de tiempo.

—Si lo que estás diciendo es cierto... —mi voz bajó— ...no solo podría ser hija de un criminal. Podría ser parte de todo esto.

Jake se acercó despacio. Ya no intentaba tocarme. Solo estaba ahí, como alguien que sabe que cualquier movimiento puede hacer estallar una mina.

—Si lo eres... entonces lo sabremos. Y sabremos también quién fuiste realmente. Pero Alice, no eres lo que otros hicieron contigo. No eres ni Joseph, ni Vladimir, ni Sousa. Ni siquiera Elizabeth. Eres tú. Y yo... estoy aquí para ayudarte a recordar eso.

Mis piernas flaquearon. Me dejé caer en la alfombra, abrazando mis rodillas.

—¿Y si todo lo que soy es un error? ¿Si mi vida fue construida sobre secretos, manipulaciones, lavado de dinero, tráfico humano...? ¿Cómo se sigue después de eso, Jake?

Él se agachó a mi lado. Esta vez me tomó la mano. No me aparté.

—Se sigue... eligiendo. Cada día. Aunque tengas mil razones para huir, eliges quedarte. Aunque duela, eliges mirar. Aunque todo sea un desastre, eliges amar.

—¿Incluso si no sé quién soy? —pregunté, sin levantar la cabeza.

—Especialmente entonces. Porque ese es el momento donde más necesitas que alguien te recuerde lo que vales.

Lo miré. Sus ojos estaban rojos, húmedos. La mandíbula tensa. Su mano apretaba la mía como si se le fuera la vida en ello.

—Te fallé. Y me odia saberlo. Pero no pienso volver a hacerlo. Te lo juro por todo lo que tengo.

Lo observé en silencio. Y, por primera vez esa noche, me permití bajar la guardia.

Asentí.

—Solo te lo advierto una vez más: si descubro una sola mentira más... me voy. Y esta vez no habrá vuelta atrás.

Jake cerró los ojos, con el rostro hacia el suelo.

—No va a haber otra. Te lo prometo.

No pude evitar detenerme a ver sus ojos rojos, sus labios ligeramente mojados por las lágrimas y su rostro ligeramente enrojecido a pesar de estar bronceado. Lo amaba, como nunca he amado a nadie.

No pude resistirme más y lo abracé sin pensarlo. En nuestros brazos encontramos el consuelo esperado después de tantas cosas malas. De tanta falsedad. Poco a poco su rostro se separó de mi y antes de que pudiera contraerme más, nos besamos.

Cuando nuestros labios se encontraron, no fue como otras veces. No había ansiedad ni impulso. Fue como una tregua sellada con fuego lento. Él me abrazó como si estuviera hecha de memoria y miedo. Yo me dejé llevar, con los ojos cerrados, sintiendo por un momento que todavía podía construir hogar entre ruinas.

—Tú eres lo mejor que he tenido —susurró, con la voz partida—. No voy a perderte por ser un cobarde como él.

—Tú no eres tu padre —repliqué—. Ni serás.

—A veces lo oigo en mi cabeza —confesó—. Su risa, sus insultos... Hoy me dijo que mi herencia eres tú y tu desgracia.

—Y yo digo —me aparté para mirarlo— que nuestra herencia será el futuro que construyamos. Si tu apellido pesa, lo transformaremos.

Nos quedamos muy cerca, respirando el mismo aire cargado de sal y miedo. Jake deslizó el pulgar por mi labio inferior.

—Paz —musitó—. Solo quiero paz contigo.

—Demuestra tu arrepentimiento —desafié, medio sonrisa, medio súplica.

Él contestó con un beso torpe al principio, empapado en disculpas, que pronto se volvió hambre. Su mano se abrió camino hasta mi nuca; la mía se enredó en su camiseta.

Nos besamos hasta olvidar los límites: primero en la sala, luego contra el pasillo, chocando con el marco de la puerta mientras reíamos entre dientes, ebrios de la mezcla imposible de rabia y alivio. Jake me apretó contra la pared, sus manos firmes pero

temblorosas, como si temiera que mi cuerpo se desvaneciera si aflojaba el abrazo.

Mis dedos buscaron el borde de su camiseta y se la quité de un tirón; él hizo lo mismo con la sudadera que llevaba. El aire nocturno nos golpeó la piel caliente, eléctrica de tensión. Cada vez que su boca rozaba mi clavícula, sentía un pulso nuevo, urgente, imposible de ignorar.

—Necesito... —jadeó, sin terminar la frase.

—Lo sé —susurré, tomándole la cara—. Esta vez sin secretos.

Fuimos tropezando hasta la cama. Nos hundimos en las sábanas todavía revueltas de discusiones pasadas, pero ahora cada pliegue parecía un hilo que nos unía de nuevo. Jake me besó los párpados, la comisura, la línea de la mandíbula; sus labios dejaron un rastro ardiente que me erizó cada poro.

Yo recorrí su espalda con las uñas, no para herirlo, sino para recordarle que todavía estaba allí, que podía sostener su peso y su miedo. Él arqueó el cuerpo, un gemido ronco escapando de su garganta, tan distinto al hombre que suele hacer chistes en los peores momentos. Aquí no había sarcasmo—solo hambre.

Nuestros movimientos se volvieron más urgentes: sus labios bajaron por mi pecho, respirando contra la piel hasta que la habitación se llenó de jadeos irregulares. No había música, solo el latido compartido y el crujido esporádico del vaivén.

Está de más decir que la ropa desapareció. La formalidad del FBI voló de igual manera. Antes de poder analizar lo que estaba pasando con detenimiento, Jake estaba entre mis piernas. Viéndome desde abajo con una intuición feroz. Su lengua rozó la comisura de mi entrepierna y no pude evitar contraerme mientras reía. El sabía dónde tocarme para hacerme entender porque no había nadie en este mundo más que él.

— Deberíamos dejar de solucionar las cosas con sexo... — digo mientras aún recibo sus besos mojados.

— ¿Por qué? A mi me gusta...

El unió sus labios con los míos; y no hablaba de mi boca precisamente. No pude evitar estremecerme y sentir como sin necesidad de mucho esfuerzo ya podía sentir como me dejaba fluir sobre su boca. Jake me saboreaba como si fuera el mayor manjar que hubiera probado en su vida; y eso es mucho decir para alguien que ha probado tantas cosas en esta vida.

Su mano me agarraba uno de mis senos con sutileza pero, a la misma vez, apretando mi pezon en busca de incrementar mi placer.

Como si eso fuera posible, cuando ya me encontraba al límite.

Todos los problemas se borraron de mi mente en cuanto Jake, sin dejarme hacer ningún tipo de esfuerzo, me dio la vuelta sobre la cama; Dejándome boca abajo sobre la misma. Sentía como el besaba mi espalda, mientras también recibía besos mojados de su miembro erecto rozando contra mi trasero.

El estaba ansioso, y yo estaba desesperada.

No tengo que mencionar que mi mente se puso en blanco cuando él, mientras mordía el lóbulo de mi oreja, introdujo su miembro dentro de mi. Tan presente que podía saborearlo.

Cuando por fin nos unimos, no fue delicado. Fue un choque de fuerza y ternura, como si cada empuje dijese perdón y cada suspiro contestara aquí sigo. El ritmo empezó resuelto, lento lo justo para saborear la claridad de estar vivos, la sensación tan fluida de su miembro siendo succionado por las paredes de mi intimidad; gritando cuanto lo necesitaba para sentirme completa. Para sentirme suya.

Jake murmuró mi nombre—primero con voz firme, luego casi quebrado— antes de sin pensarlo incitarme con sus manos a que me diera la vuelta. Mis brazos encontraron su cuello, mientras el se acercaba mucho a mi cara. Nuestras respiraciones chocaban como si fueran paredes. Sus envestidas ahora eran más frenéticas, más profundas. Haciendo tener la sensación de que el cielo se había movido a nuestra habitación. Siendo nuestro contacto tan ligero y

natural como las nubes en el cielo. El coloca una de sus manos en mi cara, obligándome a mirarlo.

Quizá obligándome sea una palabra equivocada, ya que, para mí era un espectáculo verlo gemir y gruñir por nuestro encuentro. Verlo sudado, con esa mirada afrodisíaca que solo me hacía quererlo más y más cerca. El me miraba fijamente, entre jadeos y promesas. Yo por mi parte, quería que viera mis ojos, la certeza de que, pese al torbellino que se avecinaba, aún podía encontrar hogar en ellos.

El clímax nos sorprendió al unísono, estremecedor. Casi increíble. Lo que me hizo pensar que el sexo al final si era una buena manera de reconciliarnos.

Eso fue como si el pasado se descosiera un instante y apenas quedara la respiración despareja, el temblor compartido, el eco de nuestros nombres pronunciados en voz baja.

Quedamos tendidos, entrelazados, todavía con el pulso galopando. El sudor se enfriaba, pero sus dedos seguían trazando pequeñas órbitas en la curva de mi cintura. Cada caricia era una promesa tácita: no volveré a esconderme.

El silencio que siguió no fue incómodo; fue un silencio lleno—de respiraciones entrecortadas, de piel pegada a piel, de un "te amo" que aún no hacía falta decir porque se sentía en la forma en que compartíamos el mismo aire.

Al cabo de un rato, Jake rozó con la nariz la ladera de mi cuello y murmuró:

—¿Estamos... mejor? —susurró, pasando la yema de los dedos por mi hombro sudado.

—Estamos vivos. Para mí basta por hoy...

—Si pudiese quedarme aquí, detener el tiempo...

—No podemos —le respondí, acariciándole el cabello—. Pero podemos robarle minutos.

Nos reímos bajito, como si temeramos que una carcajada demasiado alta deshiciera el hechizo. Afuera, la ciudad seguía con su ruido

incansable. Dentro, solo la cadencia desigual de nuestras respiraciones marcaba el compás del momento.

Fue entonces cuando mi estómago rugió con descaro. Jake alzó una ceja, sonrió con esa picardía que me desarma y dijo:

—Hora del plan maestro: Big Mac, papas, y... veinte nuggets.

—Veinticuatro —lo corregí, mordiendo su labio inferior—. Hoy merecemos excedente.

—Si eso evita divorcios anticipados, veinticuatro sean.

Nos vestimos sin prisa, entre risas y juegos, intercambiando toques fugaces y bromas tontas que nos hicieron reír de nuevo. La cama quedó desordenada, testigo de un pacto renovado: seguir eligiéndonos incluso cuando el mundo se empeña en deshilacharnos.

Y al marcharnos, con el pelo todavía revuelto y la piel oliendo a sal, sexo y perdón, supe que nada estaba resuelto... pero también que juntos podíamos desafiar hasta la noche más oscura. Porque incluso a media luz, todavía encontrábamos la forma de respirar al mismo ritmo.

Al final, juntos éramos el mejor equipo.

(...)

En el autoservicio pedimos Big Mac, papas grandes, dos McFlurry y, tras regateos teatrales, una caja de veinte nuggets "para evitar divorcios prematuros", según Jake. El chico de la ventanilla nos miró raro cuando brindamos chocando los vasos de refresco como si fueran copas de champán.

Nos sentamos en un mirador cercano a la avenida, las luces rojas de los frenos parpadeando abajo. Entre bocados, Jake bromeó con teorías: que los nuggets alguna vez fueron parte de acuerdos secretos entre carteles, que el payaso Ronald era un informante. Reí tanto que me dolió el estómago.

Por un rato, se me olvidaron Sousa, Elizabeth, Vladimir y hasta mi propio apellido.

Miré a Jake devorar la Big Mac, con salsa escapándosele por la comisura. Él me devolvió la mirada, los ojos menos sombríos.

—¿En qué piensas? —preguntó.

—En que quizá nunca tendremos una vida "normal". Pero... esto —levanté un nugget como brindis— se siente suficientemente cerca.

Me sonrió, con una ternura que duele de tan honesta.

—Prometo no volver a mentirte —dijo en voz baja—. Y si alguna vez siento que debo hacerlo, te lo contaré antes de que suceda.

—Prometo no huir de ti a la primera sombra —respondí—. Pero mantendré el derecho a exigir nuggets ilimitados si rompes tu promesa.

—Trato, agente Jill.

Chocamos los nuggets. La sal y el aceite marcaron nuestro pacto improvisado.

La ciudad siguió zumbando alrededor, indiferente. Pero en ese asiento de coche, con la bolsa de papel grasienta entre nosotros, supe que el amor no siempre es un final feliz. A veces es solo dos personas que siguen eligiéndose después de la tormenta, con sabor a mostaza y catárticas carcajadas a medianoche.

Y, por ahora, eso bastaba.

Capítulo 25

Cuando Jake y yo cruzamos el detector del ala de análisis, la energía era distinta: ya no había secretos entre nosotros (o casi), y ambos habíamos decidido trabajar codo a codo. Donovan esperó en la cabecera de la sala de conferencias con su gesto neutro; a un lado estaban mi equipo —Isaac, Liana y Radcliffe— y al otro, la unidad

táctica de Jake: la ingeniera forense Harper Cho, el especialista en rutas Andrés Ortega, y la analista de ciber-tráfico Maggie Chen.

—Hoy los mezclamos —anunció Donovan—. Un único objetivo: capturar a Lisandro Souza. Grace llevará el cruce de inteligencia; Simons coordinará campo. Supervisión conjunta.

Jake chocó su puño con el mío bajo la mesa: pequeña promesa silenciosa.

La sinergia fue instantánea. Harper y Liana compararon listas de embarques clínicos, detectando kits de trasplante con números de serie clonados. Isaac y Chen superpusieron datos de GPS de contenedores "perdidos" con llamadas encriptadas rastreadas por Radcliffe.

Jake se plantó a mi lado frente a la pizarra digital, marcador rojo en mano:

—Si Souza mueve órganos frescos, necesita quirófano móvil, hielo médico certificado y ruta rápida a un quirófano estático. Cada eslabón dura menos de cuatro horas.

—Y necesita un punto medio para lavar papeles —añadí—. Ese punto no existe aún en nuestros archivos. Vamos a encontrarlo.

Cuatro horas después, lo teníamos: Phoenix Hope NGO, una falsa organización que enviaba "kits de diálisis" desde Puerto Cabello, Venezuela, hasta un hangar abandonado en Culpeper, Virginia. Ortega descubrió que el hangar había sido alquilado por una constructora fantasma conectada a una empresa de Joseph White... y a una firma canadiense donde aparecía —sorpresa— el alias "Árido".

Desierto.

Cartel del Sáhara.

—Ahí entra—sale la mercancía —anuncié, marcando el hangar. La línea roja quedó dibujada: Venezuela → Baltimore → Culpeper → quirófanos clandestinos en D.C.

Nuestro Plan de captura:

1. Interdicción en puerto: Harper falsifica alerta sanitaria para retener el contenedor "diálisis".
2. Seguimiento controlado: Jake y su grupo sustituyen el embarque por un contenedor gemelo con rastreador.
3. Cerco en Culpeper: mi equipo monta centro de mando remoto; SWAT se esconde en hangares contiguos.
4. Arresto: cuando Sousa acuda a inspeccionar mercancía "intacta", cerramos la trampa.

—Trabajoso y milimétrico —concluyó Donovan—. Pero viable. Hay que ser precavidos.

Jake y yo nos miramos: Estamos a nada.

(...)

Esa noche, el apartamento olía a pizza recalentada. Nos tumbamos en la alfombra, mapas aún esparcidos.

—Cuando todo esto acabe —dije, dibujando círculos con mi dedo sobre su pecho— quiero unas vacaciones sin siglas: nada de FBI, ATF o CIA. Solo GPS para no perdernos en Hawái.

—Hawái suena caro —contestó, besándome la frente—. ¿Aceptas un road-trip con motel barato, playlist de los 80 y cero llamadas de Donovan?

—Acepto si prometes no infiltrar ningún cartel en medio.

—Prometido —rió.

Nos quedamos así, soñando con playas imposibles... hasta que quedamos dormidos enredados entre papeles.

(...)

La mañana comenzó con un breve correo de Donovan:

ASUNTO: Fase final – reunión 09:00

Traigan todo lo que tengan sobre Phoenix Hope NGO.
Hoy definimos Culpeper.

– D.W.

Ese "hoy" vibraba como un disparo de salida. Cuando llegué, la sala de conferencias estaba tomada por mapas satelitales, cajas con localizadores y dos pizarras saturadas de rutas marítimas. Jake —flanqueado por su equipo táctico— repasaba un cronograma milimétrico: cada hora de la operación escrita en rotulador naranja.

Mis propios analistas —Isaac, Liana y Radcliffe— habían pasado la noche cruzando manifiestos de carga. Se les notaba la cafeína circulando.

Donovan abrió la sesión:

—Tenemos ventana de setenta y dos horas antes de que Sousa vuelva a moverse. Repasemos el plan paso a paso... y hoy mismo damos luz verde.

1. Puerto de Baltimore

Harper Cho explicó: usarán un aviso sanitario para retener el contenedor "kits de diálisis", activar un falso protocolo de descontaminación y, en ese lapso, sustituir la carga por un contenedor gemelo con sensores de temperatura y GPS oculto.

2. Caravana controlada

Andrés Ortega mostró la simulación en pantalla: el contenedor rastreado saldrá por la I-95 con escolta encubierta. Distancia exacta al objetivo: 113 millas. "Si Sousa monitoriza, creerá que todo sigue su ruta", dijo.

3. Hangar de Culpeper

Liana proyectó el diagrama interior: un único portón, pasarela superior, cámaras analógicas fáciles de inutilizar. SWAT se insertará en hangares contiguos, listos para bloquear salidas.

4. Pinza de cierre

Radcliffe añadió la parte de inteligencia: durante la entrega, su equipo interceptará comunicaciones satelitales para confirmar que Sousa está in situ antes de dar la señal de asalto.

Yo expuse la pieza que faltaba: la coartada. Habíamos obtenido —gracias a Chen— facturas falsas que mostraban al hangar como

receptor oficial de "equipos cardiopulmonares". Bastaría una orden federal para congelar sus cuentas en el acto del arresto, dejando a Sousa sin abogados pagos.

Cuando terminé la explicación, Jake tomó la palabra:

—Punto sensible: si Sousa reconoce algún rostro, abortará. Por eso hemos decidido que Grace dirija la operación desde el centro remoto aquí en el FBI.

Se hizo un silencio denso. Donovan asentía. Yo no.

Jake prosiguió:

—Con su perfil público reciente en la división, Sousa o sus vigías podrían tener su foto. No arriesgaremos la cobertura.

Yo apreté los labios. Donovan dio la reunión por cerrada:

—Revisen equipamiento. Salimos en doce horas exactas.

Todos comenzaron a recoger planos. Antes de irse, Jake me ofreció una sonrisa conciliadora. No la devolví.

(...)

El pasillo del cuartel general del FBI parecía más largo esa mañana. La luz fría y el eco de los pasos acelerados intensificaban la tensión entre Jake y Alice, que caminaban uno al lado del otro, sin mirarse.

—No vas a ir, Alice —dijo Jake, finalmente, deteniéndose frente a una puerta cerrada. Su voz no era severa, era contenida, racional. Pero eso la hizo más hiriente.

Alice lo fulminó con la mirada. —¿Disculpa?

—No puedes estar ahí afuera, no esta vez —insistió, clavando los ojos en ella con esa mezcla de miedo y firmeza que sólo mostraba cuando realmente le importaba algo—. Eres idéntica a tu madre, Alice. Si ellos te ven... si él te ve, todo se va al carajo. Tú puedes hacerme retroceder. O peor... pueden usarte. O usarte contra mí.

—¿Tú estás oyendo lo que estás diciendo? —respondió ella, los ojos clavados en su rostro—. ¡Eso es una excusa! ¡Es una maldita excusa porque crees que no puedo manejarlo!

—No —dijo él, respirando hondo—. Es una decisión inteligente. Tú eres valiosa, no sólo como agente. Como pieza clave en esta investigación. No puedes exponerte.

—¡No me hables como si yo fuera de cristal, Jake! ¡He estado en esto desde el principio, y ahora que estamos cerca, quieres dejarme fuera como si fuera un riesgo!

Jake se pasó una mano por el rostro, frustrado. —No es porque seas débil... es porque eres demasiado fuerte. Porque haces que yo no piense con claridad. Si algo te pasa, Alice... —se detuvo, incapaz de seguir—. No puedo permitir que eso pase.

—No soy tu maldito punto débil, Jake —dijo ella, con los ojos brillantes de furia—. Soy tu compañera. Y te guste o no, voy a estar ahí.

Jake la miró, roto. Quiso abrazarla, gritarle, besarla... pero sólo dijo: —Haz lo que quieras.

Y se alejó. Dejando el pasillo con el eco seco de su propia derrota.

(...)

El hangar de Culpeper olía a polvo viejo y queroseno. Desde la furgoneta de comunicaciones secundarias —el "equipo de exploración"— conecté mi auricular abierto a todas las frecuencias. No debía estar allí; había mentido con mi placa para hacerme asignar como soporte médico.

Jake no lo sabía aún.

—Control remoto listo —anuncié, modulando la voz—. Señal de GPS estable.

Isaac, que actuaba como mi cómplice, me dedicó una mirada cómplice: Esto es una locura, pero te sigo.

A los diez minutos, oí la voz de Jake en el canal principal:

Lobo Uno a base. Entregando contenedor. Solicito confirmación térmica.

—Confirmación recibida —intervine, antes de que otro operador contestara—. Continúa, Lobo Uno.

—¿Grace? —Jake sonó tenso—. ¿Qué haces en línea táctica?

—Dirigiendo —respondí con frialdad—. Tus hombres necesitan instrucciones claras.

—Fuera de la red. Ahora.

Su voz era seca. Casi podía sentir lo árido de un desierto a través del audífono.

—Negativo. Los datos no fallan. Sousa debe estar ahí. Procedan.

Hubo un silencio áspero. Maggie Chen —en la caravana— susurró uh-oh a través del canal sin apretar el botón, como un rezo involuntario.

—Esto no está bien. Es demasiado limpio. No hay señales de escape. No hay guardaespaldas. Esto es una trampa —dijo Jake, helado. Parecía estar percibiendo algo. Pero así mismo, sentí un gran sentimiento de que el solo estaba actuando así porque yo me encontraba ahí y no quería arriesgarse.

—¡Simons, confía en mí! —le gritó Alice por el micrófono.

Pero al otro lado, los infiltrados comenzaron a dudar. Las órdenes eran confusas. Unos seguían a Jake, otros a mi. Y entonces uno de los hombres de Souza se movió extraño, como si hubiera olido el miedo.

El infierno se desató.

—El patrón térmico coincide con el manifiesto —insistí—. Avancen.

—¡Grace, estoy oliendo pólvora antes de verla! —rugió Jake—. Es una trampa. Retirada controlada. Repito: retirada.

Las palabras chocaron como dos trenes. SWAT quedó en punto muerto: órdenes no encontradas.

Entonces, una de las supuestas escoltas de los mensajeros de Souza sacó un radio. La cámara del dron mostró un destello metálico: subametralladora oculta.

—Fuego, fuego, fuego —chilló Radcliffe.

Los mercenarios abrieron descarga antes de que SWAT desplegara humo. El rugido de los AR-15 llenó mi canal; el auricular chilló con los gritos de órdenes cruzadas.

—¡Maldita sea! —gritó Jake, entre estallidos—. Retrocedan a la valla 2-B.

—Reventad ese portón, muévanse—...

La línea se saturó. Isaac me tiró del brazo:

—¡Desconecta! Estás cegando a medio pelotón. ¡Esto no es como dirigir un grupo de Scouts, Grace!

Me impacte. Quede helada... Pero era tarde: el caos estaba servido.

Vi en la pantalla cómo Jake, agazapado tras un neumático de avión, cubría la retirada de Harper.

Parte de los SWAT irrumpieron antes de tiempo. El caos fue absoluto. Un cuerpo cayó cerca. Otro gritó. Y en medio del fuego cruzado, Jake peleó cuerpo a cuerpo contra uno de los hombres de Souza. Golpes secos. Un cuchillo. Un balazo.

Jake gritó cuando la vieja herida del ojo volvió a abrirse. Un corte perfecto que sangraba con furia. Pero siguió, disparando, empujando a los suyos.

Hasta que una bala le atravesó el hombro, cerca de la clavícula. Cayó de rodillas. La sangre brotó como si fuera un desagüe roto.

En la confusión lo vi caer de rodillas, la sangre oscura expandiéndose bajo el chaleco.

Mi cuerpo se congeló; el habla se me fue. Ataque de pánico en toda regla: el pulso martillando en mis oídos, el estómago encogido.

—¡Jake! —grité al micro abierto. No respondió.

El resto del equipo de los SWAT irrumpió antes de la señal. Los disparos retumbaron. Estallido de granadas sónicas, golpes cuerpo a cuerpo. Sousa no estaba: se había esfumado dejando solo carne de cañón. O quizás nunca estuvo ahí.

Cuando los mercenarios huyeron, salí de la furgoneta sin permiso. Una ráfaga residual me hizo agachar. Un swat me agarró por el brazo:

—Zona caliente, doctora. ¡Atrás!

—¡Suélteme ya! —balbuceé entre lágrimas.

Corrí cuando el fuego cesó. Lo encontré semisentado, apoyado contra un bidón, la mano sobre el hombro sangrante, el ojo izquierdo cubierto de sangre fresca.

—Jake... —me arrodillé, lágrimas saliendo—. Lo siento, lo siento, lo siento tanto... No debí... — las lágrimas me quitaron el habla.

Sus labios se movieron, inaudibles. Agarré vendas del botiquín de un paramédico y presioné. Él se estremeció de dolor. No podía con la mirada vidriosa que apenas me reconocía.

—Perdón... perdón... perdón —decía entre sollozos—. ¡Todo fue mi culpa! ¡Jake, por favor!

Él no respondió. Sólo gemía, con los dientes apretados.

—¡Necesito morfina aquí! —grité. Harper llegó con el maletín.

Jake perdió y recuperó la conciencia en lapsos. Sus párpados temblaban; la respiración siseaba. Yo repetía perdón como un mantra, sintiendo que con cada gota de su sangre se diluía mi propia cordura.

(...)

La puerta se cerró con el chasquido apagado de las cerraduras de seguridad. Jake apoyó la espalda en la pared, exhalando un gruñido: la sutura de la clavícula quemaba con cada movimiento. Tenía la camisa médica manchada de sangre seca y la venda del ojo pegada por el suero.

Yo dejé las llaves temblando sobre la consola y corrí a sostenerlo por la cintura.

—Despacito —susurré—. Hay analgésicos en la cocina; te los doy cuando estés sentado.

—Estoy bien —mintió, crispando el gesto.

—Tu pulso parece de un caballo en carrera. Siéntate. Ahora.

Lo conduje hasta la mesa; cada paso arrancaba un siseo contenido. Jake se dejó caer en la silla, la espalda rígida. Cerró los ojos un instante.

—Donovan va a matarnos —dijo sin fuerza, rompiendo el silencio—. A ti por desobedecer, a mí por dejarte colarte.

—Me haré responsable —contesté, sirviendo agua en un vaso—. Yo tomé la decisión.

—Intenta eso y me levanto del ataúd para impedirlo —refunfuñó. Su humor ácido era un mecanismo de defensa, pero hoy sonaba cansado.

Le puse los analgésicos en la mano ilesa; él tragó con torpeza.

—Jake... —me incliné—. Lo siento. No hay palabras—

—Shh —alzó la mano buena—. Ya lo sé. Pero repetírmelo no quita el agujero en mi hombro.

Suspiro. Me pasé las manos por el rostro húmedo de llanto.

—Tenías razón. Fue una trampa. Yo lo... vi, pero seguí tu señal. ¡Y los confundí a todos! Podría haber... —la voz se me quebró—. Podría haberte perdido.

Él entrecerró el ojo sano, dolorido.

—Casi me pierdo a mí mismo también. Pero no voy a dejar que cargues con toda la culpa. Decidimos juntos la línea roja... y la cruzamos a medias.

—Jake, ¡me infiltré! Te desobedecí. A Donovan, al protocolo—

—Y yo tomé la bala. Eso anula cualquier estadística. Fin de la discusión.

La amargura se nos quedó flotando. El reloj de la pared marcó un minuto entero sin que ninguno hablara.

—Necesitas limpiarte esa sangre y el polvo —murmuré, tocando su mejilla. Él asintió. Caminamos al baño; encendí la luz cálida y senté a Jake en el banco abatible de la ducha.

Abrí la alcachofa, dejé correr agua tibia lejos de su torso.

—No podemos mojar la sutura. Solo toallitas de esponja —dije, empapando una toalla facial. Las manos me temblaban al pasarla por su cuello lleno de hollín.

Jake se estremeció con cada roce, pero no se quejó.

—No me mires como si fuera de cristal —dijo al notar mi cuidado extremo.

—No eres de cristal. Eres de carne viva y estás sangrando.

—¿Así de sexy me ves? —intentó bromear. Se me escapó una risa ronca.

—Idiota.

Limpié la sangre reseca del pómulo; él frunció el ceño. Mi pulgar rozó la curita que cubría la vieja cicatriz reabierta.

—¿Duele?

—Más mi ego —respondió—. Me prometí no volver a dejar que abrieran esa herida. Fallo épico. Anthony va a matarme.

— Anthony solo te va a reprochar como cualquier doctor que te haya suturado esa herida más de dos veces en un año. Evidentemente es tu hermano y le añadirá un toquesito de reproches despectivos, pero no es nada que no puedas manejar... Ahora, Deja de hablar y deja que me concentre.

Le lavé el cabello con un vaso, inclinando su cabeza hacia atrás, cuidando que el agua no corriera sobre la venda ocular. Su pelo tan suave y sedoso como siempre, ahora con pequeñas piedras y tierra. No podía creer lo que acababa de suceder.

Cada vez que vertía el agua, él exhalaba, los párpados temblorosos. Me dolía verlo vulnerable.

Terminé secándolo con una toalla suave. Él inhaló mi perfume, pegando la frente a mi vientre unos segundos.

—Gracias, Dr. Grace —murmuró.

—Pagas en besos —respondí, acariciándole el pelo.

El se movió ligeramente hacia delante, aunque evidentemente le dolía un montón hasta respirar. Puso su boca como un piquito y no pude evitar sentir una ternura acogedora. Lo bese suavemente, un beso algo corto pero emocional. Al separarme de él, este se quejó frunciendo el seño.

El siempre quiere más. No he conocido a alguien más ñoño.

Más tarde, en la cocina calenté una sopa instantánea. Jake no podía alzar bien el brazo izquierdo; le acerqué la cuchara.

—¿En serio? —protestó.

—Hasta que puedas levantarlo sin que el mundo gire, comerás así.

Tomó la primera cucharada. —Si mi equipo me viera...

—Tu equipo estaría muerto si no fuera por ti —lo interrumpí—. Jake... salvaste a seis agentes. Harper dijo que te tiraste encima de ella.

Él desvió la mirada al plato humeante. —Una bala no es nada comparado con perderte a ti allí.

Me mordí el labio, los ojos otra vez vidriosos.

En ese momento vibró su teléfono sobre la mesa. Pantalla: Marcus.

Jake suspiró. No atendió. El banner de notificación quedó flotando: "¿Cómo están? Avísame en cuanto puedas."

—Responde —dije.

—Luego. No quiero preocuparlo con detalles ahora.

—Marcus exuda preocupación por los poros —le toqué la mano vendada—. Yo le escribiré cuando duermas.

Jake asintió, tragó otro sorbo de sopa.

—Lo siento por todo, Alice.

—Yo también —susurré—. Pero prometí confiar. Y necesito que confíes tú en mí cuando diga que puedo ayudar... con cabeza fría.

Él alzó la ceja. —Aclaremos algo: cabeza fría no significa arrojarse contra un cargamento armado...

—Ni significa esconderme porque me parezco a Elizabeth —respondí.

—Touché —cedió—. Acuerdos nuevos. Siguiente vez, decidimos estrategia en la misma sala... sin pasillos dramáticos.

—Ni puertas azotadas —adicioné, limpiándole la comisura con una servilleta.

Le ofrecí mi hombro como cabecera en el sofá, porque la cama le resultaba incómoda para la herida. Me senté erguida; él acomodó su nuca en mi clavícula.

—¿No te duele? —pregunté, masajeándole la mano buena.

—Solo late como un tambor. Básicamente normalidad post-misión.

Silencio. Mis dedos trazaron círculos en su cabello.

—Jake... si Donovan exige sanciones, yo—

—No. —Su voz, pastosa de agotamiento, fue firme—. Lo enfrentaremos juntos. Él entenderá... o lo hará a la fuerza.

—A veces temo que todo esto nos rompa —confesé, bajito.

—A mí me rompe perderte —susurró—. Acuéstate. Necesitas dormir.

—Dormirás tú primero. Yo te vigilo —le aseguré.

Él sonrió cansado.

—Entonces cántame la canción peor afinada; así me duermo antes.

—No soy tu nana, Simons.

—¿Estás segura? —bromeó. Le di un suave golpecito en la frente.

Apagué la lámpara. El apartamento quedó en penumbra. Su respiración fue bajando; yo escuchaba cada exhalación, sintiendo el latido de su sien contra mi clavícula.

No me dormiré, pensé. Pero los párpados me pesaban; el pulso se acompasó con el suyo.

Antes de caer rendida, alcancé su teléfono y respondí a Marcus: "Estamos en casa. Jake está un poco cansado, pero todo bien! Te llamamos mañana. —A."

Pulsé enviar, dejé el móvil a un lado y apreté a Jake un poquito más, para que el dolor no pudiera separarnos ni siquiera en sueños.

La noche siguió afuera, indiferente. Dentro, velamos el uno por el otro, aprendiendo —a pulso— que amar también es vendar heridas ajenas y propias hasta que dejen de sangrar.

Capítulo 26

El almacén en ruinas resonaba con el eco de botas sobre el suelo de cemento agrietado. Aquella noche, las sombras se habían reunido para servir a un solo propósito: informar a su líder. Lisandro Sousa apareció en el centro, altivo, imponente. Su presencia había sido forjada en violencia, pero su voz no era bravuconería; era una corriente fría que arrastraba el miedo bajo tierra.

Con ochenta kilos de músculo firme, su figura desprendía autoridad. El abrigo negro abría camino sobre su camisa blanca inmaculada. La luz amarilla parpadeante de una sola lámpara colgada del techo realzaba sus facciones: pómulos altos y marcados, mandíbula tensa, ojos de tormenta oscura. Quien viese su perfil notaría un aire familiar, casi perturbador: rasgos que recordaban, en esencia, a la

agente Alice—la misma estructura de hueso, la misma dureza en la mirada. Una similitud externa, alimentada por el tiempo, pero ahí estaba. Y nadie lo sabía.

Junto a la mesa improvisada de metal y madera destartalada, se alineaban sus hombres. Ellos hablaban bajo la vigilancia de un informante tembloroso: Isaac, compañero de trabajo de Alice, y casualmente, el infiltrado de Sousa en el FBI. Su rostro estaba pálido, sus ojos mostraban agotamiento. Parecía que su fidelidad le estaba costando la vida.

Sousa dio un paso al frente. Apoyó con cuidado un vaso lleno de un licor oscuro sobre la mesa.

—Hablen —dijo con voz de terciopelo recubierto de acero—. Quiero cada detalle de esa operación fallida que aplicaron contra nosotros.

Isaac se llevó una mano al cuello, carraspeó.

—Fue rápido... demasiado—jadeó—. Habían doble equipo, posiciones de cobertura... la emboscada fue coordinada.

Sousa sonrió sin humor.

—¿Quién nos delató? —preguntó—. ¿Quién casi vende la mercancía a ese circo federal?

Hizo que los otros dieran un paso atrás. Él se agachó y recogió un casquillo, lo miró entre dedos largos.

—Estas son piezas de un rompecabezas, Isaac. Necesito ver los bordes antes de encajar la figura central.

Isaac respiró profundo, dejando ver el peso que lo consumía.

—No quise que pasara... Solo seguí órdenes. Mi hermana...

Sousa la tenía secuestrada para asegurar la fidelidad de Isaac.

El jefe dio un sorbo al vaso.

—Papel útil —comentó distraído—. Entre tu sangre y la de ella, prefiero la que corre en mis venas —sonrió—. Nadie convierte una amenaza en fragilidad como yo.

Había algo en sus palabras que no necesitaba verdugos para ejecutarlas.

Sousa alzó la mirada, concentrándose en Isaac.

—Dime algo, insecto inquieto: ¿fue Elizabeth Jones, entonces?

El silencio cortante casi lo engulló. Caleb, uno de los hombres de Sousa, alzó una ceja.

—¿Elizabeth? —pregunto, asustado.

Sousa musitó para sí mismo con aire reflexivo:

—Con ella tuve algo diferente. Olvidé por un momento esa ecuación fría de vida por poder. Hubo un instante... no sé si me entiendes.

Se giró hacia los suyos.

—Cuando estaba encinta... le dije francamente que pretendería usar ese cuerpo pequeño para extraerle los órganos. Los mismos que vendo sin pestañear.

Las palabras retumbaron. Las manos de Isaac temblaron sobre la mesa.

—Ella... dijo que nunca mentiría... luego desapareció. Algunos dicen que se suicidó.

Una pausa.

—No lo sé ni me importa. Pero si está viva y respira... la encontraré. La mataré. Yo mismo —sentenció.

Su voz se afiló:

—Y si ese cuerpo... si esa criatura fue mi hijo... entonces esa sangre es mía. Y mi sangre se usa con honor; se presta a la familia, no se regala a cualquiera...

Los murmullos se esfumaron.

Sousa dio un paso lento hacia Isaac. Su mirar lo diseccionó.

—Dime qué más viste —ordenó.

Isaac tragó saliva.

—Se habla de una agente... Grace... Alice Grace Jill. Aparece en archivos como posible hija de Elizabeth Jones por su similitud física. Se reclaman datos sobre ella.

La puerta se cerró con estruendo.

Sousa aferró el vaso.

—Jill... Jill... —murmuró con voz grave—. Jill era el apellido de la jefa del cartel de Redly. Segundo frente más fuerte después del Sahara.

Se dio la vuelta y se apoyó en el borde frío de la mesa.

— Maldito Bastardo, Vladimir Ivanov la incubrio. Apostaría mi vida a ello. — hace una pausa para sentarse en un asiento, coloca su mano en su pecho y una pequeña expresión de dolor se hace ver. Parece que le cuesta respirar, pero a pesar de esto continuó diciendo:
—...Empiecen a investigar su origen. Quiero pruebas, no rumores. Lo sabréis cuando aparezcan.

Los hombres se miraron unos a otros, sintiendo el peso de un plan sagrado que había cruzado un límite humano.

Un hombre se acercó.

—Señor... ¿cómo está? Nos preocupaba... tu salud.

Sousa sonrió superficialmente:

—Mi salud es eterna... cuando el corazón late, late. Pero no aguanta cargas ajenas. He nacido para liderar, no para depender.

Se llevó una mano al pecho derecho:

—Necesito un trasplante. Pero solo aceptaría... si la raíz es pura. Si quien me lo dará comparte mi sangre. Corazón sin parientes es un monstruo ajeno en el pecho digno.

Es irónico escuchar algo así de alguien que extirpa partes del cuerpo de otras personas sin compasión.

Isaac lo miró horrorizado.

—Eso significaría... —tartamudeó.

Sousa le entregó el vaso con tal serenidad que se volvió un tribunal:

—Eso... significaría que, si Alice es mi hija, me convertiría en su carnicero para mantener mi santuario —dijo despacio—. No soy monstruo sin causa. Si hay una gota mía en ella... sus órganos me permitirían seguir mi legado.

El eco resonó con horror.

Sousa se giró y extradió una pistola única: cañón y detalles en dorado, empuñadura con filigrana roja, testamento visual de su poder.

—Has hecho bien tu trabajo, Isaac. Pero tu verdad tiene un costo.

Isaac paleaba. Dio unos pasos hacia atrás.

—Yo... cumplí.

Sousa sonrió, implacable:

—Insolente alivio —dijo con calma—. Nunca estoy satisfecho, pero me agrada tu esfuerzo. Tal vez tu hermana viva para contarlo.

Con un gesto ceremonioso, apoyó la pistola contra la sien de Isaac y disparó. El golpe resonó a mitad de palabra. Isaac cayó derrumbado.

Un agente murmuró:

—Aún tienes excelente puntería, señor.

Sousa alzó la vista:

—Nunca la he perdido, ni antes de aprender —respondió con frialdad, antes de percatarse que una gota de sangre proveniente de la cabeza de Isaac había caído sobre su traje: — Necesito un traje nuevo.

Dejó la pistola sobre la mesa, la empuñadura roja relucía ominosa ahora combinada con la sangre de su más reciente infiltrado.

Sousa dio un paso atrás hacia la lámpara oscilante.

—Tráiganme a mi hija —ordenó, voz de dictador en templo de sombras.

Las palabras retumbaron en aquel hueco testigo de muerte.

El silencio fue absoluto. Luego las botas se inflamaron en movimiento, obedeciendo un mandato de sangre.

Sousa alzó un dedo, despedazando el aire:

—Y recuerden... deben traerla con vida, quiero al menos tener una conversación con ella antes de tomar lo que es mío por derecho. Necesito sentir orgullo de Padre después de todo.

Sus hombres lo obedecieron en silencio, recogiendo pruebas, saliendo del almacén envueltos en una misión letal.

Tras ellos, solo quedó la risa suave y afilada de Lisandro Sousa, dueño de su futuro y artífice de un linaje marcado por el terror.

(...)

(Narración de Alice)

Me recosté en el respaldo de la silla mientras Donovan examinaba vía Zoom la fachada del FBI. Cada vidrio, cada reflejo metálico del edificio parecía vigilante, implacable. Jake respiró hondo junto a mí; su ojo aún lucía morado, la herida se le veía fresca. Era un recordatorio.

Cuando Donovan nos miró, sus ojos recorrieron a ambos. Su ceño estaba marcadamente fruncido. El silencio me hizo cuestionarme si podía llorar o disculparme, pero me obligué a mantener la postura firme que se me había exigido siempre.

—Gracias por venir —comenzó él, solemne—. Espero que estén sanos. ¿Listos para hablar de lo que pasó?

Jake murmuró "sí, señor", y yo asentí.

Suspiro largo. —La operación salió mal. Frente a la directiva y, sobre todo, nos vieron tambalear. Los líderes esperaban resultados. Lo que pasó salió en los informes: errores tácticos, filtraciones... y lo más grave: lo personal pesó más que lo profesional.

Evité cruzarle la mirada a Jake. Pero sentí el puño de mi conciencia apretarse. Tenía que aceptarlo.

—Fue un error mío —confesé—. Tomé una decisión equivocada en el perímetro norte. Nadie más responsable que yo. Asumo la culpa total.

El silencio fue más fuerte que cualquier reproche.

— A consecuencia... —él suspiró y continuó—...el FBI no puede permitir esta conexión emocional en un caso de esta magnitud. Jake seguirá al frente de la investigación. Alice, serás reasignada fuera del equipo operativo. Al laboratorio forense.

Sentí mi garganta arder. Quería responder, explicar, llorar. Pero lo supe enseguida: esa era su apuesta —terminarlo aquí—.

—Entiendo —dije en voz baja, rasgada—. No discuto su decisión.

Jake agarró mi mano bajo la mesa. Lo sentí firme.

—Puedo seguir investigando desde otro ángulo, sirviendo al caso —añadí—. No corro peligro en el laboratorio. Cumpliré.

Los ojos de Donovan parecieron buscar sinceridad. — Lo pensaré. — dijo Donovan acariciando su cuello en busca de bajar la tensión del mismo —¿Pero me deben jurar que lo personal ya no intervendrá en su trabajo? ¿Que mantendrán total separación?

—Lo juramos —respondió Jake firme—.

Lo repito yo: lo juro —aseguré, aunque mi pulso temblaba.

Él asintió, insatisfecho. —Sean conscientes, por favor. Además, Grace, es bueno que sepas que el laboratorio también es importante.

Y así nos liberó de la reunión. Quizá quería mostrarse implacable, pero evacuó tensión. Nos quedamos en silencio, conscientes de que ya nada sería igual.

Caminé hasta mi nueva oficina dentro del ala forense. Un espacio pequeño, muebles sobrios, gabinetes con frascos, bandejas de metal. Me recordaba a mi antiguo trabajo en el precinto: mis investigaciones detalladas, mis informes. La nostalgia me golpeó de inmediato.

Me senté. Me dolía admitir que tuve que volver a una mesa solitaria justo cuando necesitaba más aliados que nunca. Pero no había otro camino. Respiré y comencé a organizar archivos.

Cada caso forense que recibía —un auto robado, una pelea, un cadáver arqueológico— me absorbía. No eran el Cartel de Vudú, pero los estudiaba con la misma rigurosidad, con nombres, fechas, patrones. Me metí en mi trabajo con disciplina, la mejor medicina contra la culpa y el cambio.

En un momento escuché pisadas detrás de mí. Al voltear, vi la puerta abrirse. Donovan entró, serio, incómodo. Me detuvo un segundo la respiración.

— Superior Wilson... —dije, cortante. La distancia fue mi escudo.

Él quedó en la entrada, sin acercarse demasiado. Su tono era bajo:

—Alice... necesito hablarte.

Guardé silencio.

—Lamento lo ocurrido. No quería sacarte del equipo. Me dolió... Pero todo esto me hizo quedar mal frente a la directiva.

Sentí un tirón en el estómago. Mi voz fue firme:

—Entiendo, Superior Wilson. No hace falta disculparse. Somos jefe y agente. Lo personal no es parte de esto.

Él bajó la vista. —Sé que este puesto no es ideal para ti. Sé que merecías seguir en el caso.

Como si cada palabra fuera sal en la herida.

—No hay reclamo —contesté—. Solo acepté lo que dictó el procedimiento. Es mi trabajo.

Él levantó la barbilla, con aire de derrota contenida.

—Me duele no verte en el campo conmigo. —Pausa—. Hubiésemos llegado más lejos, estoy seguro.

Tragué saliva. —Aprecio que lo digas... pero no sirve de nada si las emociones deciden por nosotros, ¿no?

Donovan respiró. —Solo quería que lo supieras.

Mi distancia se adentró más. —Gracias. Y eso es... suficiente.

Él asintió y salió sin mirar atrás.

Cuando la puerta se cerró, sentí un peso extraño: no fue censura, sino una despedida que no pedí.

El laboratorio se convirtió en refugio y cárcel. Mis manos revisaban muestras, mis ojos escudriñaban fibra textil, mis dedos anotaban hallazgos microscópicos. Y en cada prueba, leía un mensaje: valorar lo que hago, incluso si no es lo que deseaba.

En la tarde me quedé sola frente al microscopio. Mis dedos se apretaron. En mi cabeza, replay emotivo: mi culpa, la herida de Jake, el mentón suave de Donovan pronunciando mi nombre en arrepentimiento... Todo compitiendo por atención: el remordimiento, el rencor y una despedida que no quería aceptar.

Suspiré. Necesitaba escribirlo.

Agité un cristal. Lo pasé a un portaobjetos. Y marqué al margen del informe: "Perdón por fallar". Aun sabiendo que no alcanzaba. Fue mi ritual de honestidad.

La voz de alguien interrumpió mis pensamientos:

—Alice.

Mi corazón aceleró. Era el pasillo.

Donovan apareció al borde del marco.

—Se me pasaron un par de documentos... necesito tu ojo forense.

Giré hacia él. —Claro.

Me entregó dos carpetas gruesas. —Te las envío por e-mail también —añadió.

Asentí. Elogié mentalmente su cortesía profesional. —Gracias, Superior Wilson.

Apreciaba que al menos de forma indirecta me mantenía en el caso.

Al salir, Cerró la puerta, esta vez sin volver la mirada. Yo respiré largo: el silencio fue más denso, pero agradecido.

Volví al microscopio. Mi mente como sala de guerra: analizaba las carpetas. Pero también revolvía la idea de que tal vez... tal vez pueda existir una oportunidad de redención. Un camino donde, aunque separados del equipo, aún podía servir.

(...)

Salí del FBI esa tarde sintiéndome una sombra de lo que había sido. El peso del día, de los errores cometidos, de las palabras no dichas, me tenía con el cuerpo entero agarrotado. Jake se había quedado atrás, trabajando horas extra para intentar resolver lo que se había vuelto una red sin fin. Lisandro Sousa se nos había escapado nuevamente, y yo... yo no tenía derecho a estar más molesta con nadie que no fuera conmigo misma.

En lugar de ir directamente a casa, decidí desviarme al supermercado que estaba a tres cuadras del edificio. Quería distraerme. Comprarme algo dulce, quizás algo para cocinarle a Jake si llegaba a tiempo. Algo normal. Algo que me devolviera un poco de rutina. Caminé por las calles algo solitarias, mientras el sol descendía y la ciudad se teñía de un naranja tenue.

Me metí las manos a los bolsillos de mi chaqueta. Tenía frío. O quizá era la ansiedad.

Fue entonces cuando lo sentí.

No lo vi, no escuché pasos, pero un estremecimiento me recorrió el cuerpo como si alguien me soplara la nuca. Volteé lentamente. Nada. La acera estaba vacía. Un par de coches estacionados, las luces lejanas de la avenida... y eso era todo. Negué con la cabeza y murmuré para mí misma: "Estás paranoica, Alice..."

Aceleré el paso. Crucé la calle. Sentí los latidos de mi corazón hacerse más evidentes. Comencé a caminar más rápido. La entrada del supermercado estaba a unos metros ya. Pude ver la luz automática de la puerta abriéndose para otra persona. Me sentí aliviada. "Casi llegas."

Pero entonces algo cambió.

Sentí un sonido tras de mí, un roce de pasos... giré el rostro y vi a un hombre que no reconocía a menos de diez metros. Su mirada clavada en mí. Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente: corrí.

Saqué mi celular del bolsillo a toda velocidad, mis dedos temblaban al buscar el contacto de Jake. Casi marco.

Casi.

Una mano me cubrió la boca por detrás, y otra empujó algo contra mi rostro: un paño. Un olor penetrante, químico, fuerte. Intenté gritar. No respire de inmediato. Mis piernas patalearon. Golpeé, rasguñé, pero no tenía fuerza. El mundo comenzó a girar.

La luz del supermercado se hizo borrosa. Las figuras se fundieron en sombras. El teléfono cayó al suelo.

Oscuridad.

No sé cuánto tiempo pasó.

El aire que respiraba era denso. Intenté moverme y descubrí que tenía los brazos atados. El cuerpo me dolía. Tenía un paño en la boca, que apenas me dejaba respirar. Mis mejillas estaban mojadas. ¿Había llorado?

Mi mente se esforzaba por entender dónde estaba. Estaba en el suelo. O sobre algo áspero. La cabeza me latía. Tenía frío. Estaba en la parte de atrás de un auto.

Escuché voces. Una voz masculina dijo:

—Tenemos a su hija, señor.

Mis ojos se abrieron más por lo oído.

Mi hija.

¿A quién se referían?

¿A quién... le estaban hablando?

No puede ser...

Ese pensamiento se convirtió en eco mientras sentía que la conciencia volvía a desvanecerse. Lo último que escuché fue el zumbido de un motor lejano... y el silencio que me tragó entera.

Capítulo 27

(Narración de Jake)

Llegué al apartamento con una sola idea en la cabeza: acostarme en el sofá, aunque fuera con dolor, y que Alice me pasara una manta mientras hacía uno de esos comentarios sarcásticos que me hacen sonreír hasta cuando me arde el maldito ojo. Pero tan pronto abrí la puerta, algo no encajó.

Silencio.

No el silencio de un hogar tranquilo. El silencio hueco, estéril. Sin ruido de pasos, sin la cafetera goteando, sin su voz de fondo discutiendo con alguien por teléfono. Nada.

—¿Alice? —llamé, sin urgencia, más por costumbre que preocupación.

Dejé mi chaqueta en el perchero. El movimiento me arrancó una mueca. El disparo que me dieron en la clavícula aún ardía con una molestia latente. Me llevé la mano al hombro. Dolía. Pero dolía más el presentimiento que empezaba a acumularse en el pecho. Caminé por el pasillo. La puerta del baño abierta, la cama hecha, su bata en la percha.

—¿Dónde demonios estás?

Tomé el celular. Nada. Ningún mensaje, ninguna llamada perdida. Abrí WhatsApp. Última conexión: hacía más de tres horas.

Sentí un pequeño espasmo en la sien. Me llevé la mano al ojo. La herida. El viejo corte que nunca cicatrizó del todo volvió a pulsar. Lo sentí latir, caliente. Apreté los dientes. El cuerpo empezaba a traicionarme otra vez.

Marqué.

Una vez. Dos veces. Tres. Nada.

Volví a marcar. Contestadora.

El corazón me empezó a latir con una intensidad desquiciante. Alice nunca dejaba de contestar. Nunca. Era la única persona que podía estar molesta conmigo y aun así me respondía si yo llamaba. Siempre.

—Vamos, contesta... —musité, ahora con voz temblorosa.

Me detuve en seco en medio de la sala. La lámpara estaba encendida. La cocina impecable. Ni una sola bolsa de supermercado. Ni señales de que hubiese pasado por ahí desde la mañana.

Y entonces la idea me atravesó como una puñalada en el estómago: ¿y si no está bien?

Corrí a la ventana. No había señales. Revisé todo el apartamento como un loco. Clósets, baños, hasta debajo de la cama. Me caí una vez de rodillas al intentar abrir el mueble bajo el fregadero. Un chispazo de dolor me partió la clavícula. Grité.

—¡Mierda!

El ojo me ardía como si tuviera fuego detrás de la retina. Empecé a hiperventilar. Me incliné contra la pared. El sudor me bajaba por el cuello. Me estaba descontrolando.

Tomé el celular otra vez.

—Vamos, vamos, vamos...

Marqué a Donovan.

—¿Simons? —respondió él con voz seria, al primer tono.

—No está. Alice no está. No volvió. No llegó al apartamento. No me contesta. No hay señales.

—¿Hace cuánto? —preguntó con tono más grave.

—Desde esta tarde. Salió antes que yo. Iba a casa. Y no hay rastro.

Hubo una pausa.

—¿La última vez que la viste fue en el FBI?

—Sí. Salió antes. Yo me quedé... —Tuve que hacer una pausa para no dejar escapar el miedo en la voz—. Supuestamente iba directo al apartamento.

—¿Revisaste cámaras del edificio?

—No, acabo de llegar. Estoy jodido físicamente, pero estoy bajando ahora.

—No. Quédate ahí. Yo voy para allá —ordenó Donovan—. Y Jake... hay otra cosa.

—¿Qué más?

—Isaac también desapareció. Nadie sabe nada de él desde ayer. No se presentó hoy, no responde, y su ficha de acceso quedó abierta a las 4:42 a. m. en la base de datos del caso Sousa.

Un sudor frío me bajó por la espalda.

—¿Isaac?

—Sí.

Silencio.

Ambos entendimos al instante lo que eso implicaba.
No era coincidencia.
No podían haber desaparecido los dos el mismo día por casualidad.

—Nos vemos en el FBI en diez minutos —dije, con la voz más seca que podía.

—Te espero en la sala de crisis. Llevaré todo el equipo.

Colgué. Me senté un segundo en el sofá. Las manos temblaban. Cerré los ojos y vi su cara. La de Alice. Su sonrisa esa misma mañana. Su cabello despeinado por el viento. Su olor aún presente en el pasillo. No podía permitirme perderla. No ahora. No así.

Me levanté. Cada paso me dolía. Pero la adrenalina me mantuvo de pie. Bajé. Llamé un vehículo. Subí al auto con el rostro tenso. Me tapé el ojo con la mano derecha, tratando de controlar el dolor. Pero el que más dolía no era el físico.

Era la certeza de que si algo le pasaba, no me lo perdonaría nunca.

(...)

La noche me tragó de nuevo. Me dolía el cuerpo, pero no era el hombro ni el ojo lo que me estaba matando, era esa maldita sensación en el pecho, esa que te grita que algo va mal. Donovan caminaba a mi lado en los pasillos del FBI, y aunque no lo decía, lo sentía igual que yo. Su cara estaba tan tensa que pensé que se le iban a romper los dientes de apretarlos.

—No ha dado señales desde ayer, ni Isaac tampoco —le dije mientras entrábamos a la sala de operaciones.

Donovan asintió. Encendió la pantalla principal. Las cámaras del supermercado, el rastreador del celular de Alice, el de Isaac... Todo estaba ahí. Inútilmente ahí. Vacío.

—¿Crees que...? —comencé, pero no podía terminarlo. No quería decir "muerta". No podía.

—No. A Alice no la matan tan fácil —gruñó Donovan, más para convencerse a sí mismo que a mí.

Abrí el sistema de geolocalización. Nada. Revisamos el último ping del celular de Alice. Última señal: 19:42, frente a un maldito supermercado. Donovan amplió la cámara. No se veía nada, pero yo la conocía. Ahí estaba. Caminando rápido. Nerviosa. Con la mochila colgando del hombro. Su sombra se multiplicaba bajo la luz del poste.

—Ahí —dije, señalando con el dedo—. Ella sabía que algo iba mal. Mírala... mírala cómo gira la cabeza. Nos estaban siguiendo. ¡Nos estaban malditamente siguiendo y no lo vimos venir!

Donovan apretó los puños.

—¿Y Isaac? —preguntó.

Pasé al historial de Isaac. Lo último que registramos fue una entrada al sistema a las 4:42 a. m. del día anterior. No volvió a conectarse. Su señal también estaba muerta.

—¿Y si Isaac...? —comenzó Donovan.

—Es el puto infiltrado —escupí. Lo dije sin dudar. Me ardió la garganta de la rabia—. Él conocía nuestras rutas. Estaba en nuestro sistema. Pudo haber manipulado las coordenadas, las cámaras, el acceso, todo. ¡Y nosotros como idiotas jugando a las parejas del FBI mientras él se reía en nuestra cara!

—Jake —Donovan me sujetó el brazo bueno, el izquierdo. El otro todavía estaba vendado y apenas podía moverlo sin sentir que me clavaban agujas—. Respira. Lo encontraremos. Y encontraremos a Alice. No dejaremos que este cabrón le ponga una mano encima.

Quise creerle. Quise tanto, tanto creerle... pero algo me decía que si no nos apurábamos, Alice no solo iba a sufrir: podía no volver.

Abrimos los archivos confidenciales. Revisamos nuevamente el patrón de movimientos de Sousa, sus depósitos, llamadas

interceptadas. Nada nuevo. Hasta que...

—¿Qué es esto? —señalé una transacción a nombre de una empresa fantasma en Virginia. Un transporte privado... de órganos.

Donovan se acercó más—. ¿De cuándo?

—Hace tres días —susurré.

—¿Crees que...?

—Si Sousa sabe que Alice es su hija, no la quiere para torturarla... —tragué saliva—. La quiere para algo más escalofriante.

— ¿Para qué más podría quererla?

— Al parecer, quiere algo de ella... o quizás algo del FBI.

— No creo que necesite nada del FBI, al fin y al cabo tenía a Isaac como informante. Debe querer algo que no pueda obtener de nadie más. Algo que solo Alice tenga.

— Su sangre.

Donovan me miró. Por primera vez, vi miedo real en sus ojos.

— Tenemos que movernos ya.

Cerré los puños. El dolor en el ojo volvió con fuerza. Sentí cómo la costura vieja se abría otra vez, cómo la sangre comenzaba a bajar por mi pómulo. Me limpié con la manga, furioso.

—Voy a encontrarla, Donovan. Cueste lo que cueste. Aunque tenga que quemar todo esto. Aunque me muera en el intento.

Él no dijo nada. Solo me dio una mirada que valía más que mil palabras.

Y juntos, encendimos el infierno para traerla de vuelta.

Nos sentamos frente al panel central del sistema de videovigilancia. Donovan conectó el software de reconocimiento vehicular con la base de datos interestatal. Cargamos las grabaciones completas de la zona del supermercado y sus alrededores. Cada segundo era vital.

—Ahí —dije de pronto—. Detén esa furgoneta negra. No llevaba placa visible al frente, pero fíjate en la cámara trasera, cruce de la 8 con la 12. La de tráfico. ¿La ves?

Donovan tecleó velozmente. Accedió a la grabación de la cámara que captaba la parte trasera. Hizo zoom. La imagen era borrosa, pero un instante bastó para ver parte de la matrícula.

—¡Ahí tienes una placa! —exclamó.

—Filtrémosla por coincidencias parciales. Aunque sea un par de números.

El sistema devolvió tres resultados en menos de un minuto. Dos de ellos estaban registrados como vehículos estatales de uso interno. El tercero era robado.

—Ese —apuntó Donovan—. Registro estatal. Asignado al departamento de servicios municipales de Nueva Jersey. Pero... revisa esto: fue reportado como fuera de uso desde hace cuatro meses.

—Una fachada perfecta —murmuré—. ¿Dónde fue visto por última vez?

Donovan siguió el rastro.

—Registró movimiento esta madrugada. Entrada al área portuaria del muelle 14... y después nada más.

—¿Y los otros dos registros?

—Uno se encontraba en mantenimiento según el GPS. El otro... en una propiedad privada en las afueras. Pero el que más sentido tiene es este del muelle. Alice estaba a menos de 10 minutos en coche.

Asentí. Analizamos los registros de entrada. El vehículo cruzó justo antes del amanecer, sin salida registrada. Una cámara interna mostró una figura bajando una puerta metálica.

—¿Cuáles son las probabilidades? —preguntó Donovan.

—Alto perfil. Zona aislada. Silenciosa. Y Sousa tiene historia con propiedades cercanas a los puertos —enumeré—. Hay una bodega

abandonada justo al lado del muelle 14, confiscada hace años. Nadie se mete allí.

—¿Y la otra opción?

—La propiedad privada. Está a 2 horas y 40 minutos. Pero según los satélites, hay movimientos de vehículos grandes. Y si eso es un punto de distribución o extracción... también puede tenerla allí.

Donovan me miró.

—Vamos por ambas. No dejaremos nada sin revisar.

—Yo me encargo de la zona privada. —dije sin pensarlo.

—Jake, no estás en condiciones...

—No voy a quedarme quieto. No mientras ella esté ahí fuera.

Él respiró hondo y luego asintió. Su voz fue más baja esta vez.

—Trabajas mejor que diez agentes cuando se trata de ella. Hagamos esto.

Los dos nos pusimos en marcha. El reloj corría. La noche se venía encima. Y sabíamos que con cada minuto que pasaba, Alice estaba un paso más cerca de la muerte.

Donovan redactó el informe y lo clasificó como código rojo: misión de emergencia con amenaza de vida inminente a agente federal. El sistema del FBI se iluminó. En menos de 15 minutos, el equipo SWAT estaba en planificación.

—Zona vigilada, potencialmente minada. Entrada custodiada por al menos seis hombres armados según las imágenes térmicas —dijo uno de los analistas.

—No me importa —interrumpió Donovan con una calma que cortaba el aire—. Lo único que importa es salvar a mi mejor agente.

Todos callaron. Incluso yo.

Donovan no levantó la voz. No golpeó la mesa. Solo lo dijo, firme, imparable. Esa seguridad que detonaba era tan brutal que por primera vez en días, sentí que no estábamos solos. Sentí que, si alguien podía liderarnos, era él.

—Nos dividimos en dos equipos —ordenó Donovan—. Jake y yo vamos al muelle. El segundo equipo tomará la finca. Coordinación total. Comunicación abierta. Nadie actúa sin mi señal.

—¿Estás listo para esto? —me susurró mientras nos colocábamos los chalecos.

—No hay dolor que me frene si Alice está en juego —le respondí.

—Entonces vamos a traerla de vuelta.

Y salimos. Como dos demonios decididos a incendiar el infierno entero si eso significaba rescatarla.

(...)

(Narracion de Alice)

El primer aliento fue como tragarse un mar de sangre metálica.

Mi garganta estaba seca, pastosa, y el aire me sabía a óxido. Abrí los ojos a medias, pero la luz fluorescente me cortó como cuchillas. Todo era borroso. Escuchaba pasos. Hombres hablando. El zumbido de algún aparato eléctrico.

Y entonces lo sentí: mis muñecas atadas. Mis tobillos también. Estaba en una camilla metálica. No podía moverme.

Me forcé a girar el cuello. Vi monitores, bandejas quirúrgicas, y una silla. Roja. De cuero. Tan desentonada con todo lo demás, tan macabra en su elegancia, que me revolvió el estómago.

Y él estaba ahí.

Lisandro Sousa.

Lo supe incluso antes de que dijera su nombre. Esa mirada. Esa compostura. Ese maldito parecido que me heló la sangre. Su rostro era una versión más madura, más cruel, de mis propios rasgos. Había algo en su nariz, en sus ojos... como si mi reflejo se hubiera podrido en un espejo.

—Bienvenida, Grace —dijo con suavidad teatral, como si estuviera presentando una obra—. O debería decir... Alice. ¿Puedo llamarte así?

No respondí. No podía. Tenía una mordaza apretada contra los labios.

Él sonrió.

—He esperado mucho tiempo este momento. Quería verte antes de... bueno, antes de terminar lo que comenzó hace más de dos décadas.

Se acercó, caminando lento. Cada paso era medido. Casi elegante. Pero su presencia helaba la sala.

—Tu madre, Elizabeth Jones... era una mujer extraordinaria. Astuta, salvaje, peligrosa. Me amó. O eso creí. Hasta que la verdad salió a la luz. Hasta que supo lo que yo hacía con los cuerpos... —hizo una pausa, como si saboreara el recuerdo—. Y entonces huyó. Me mintió. Dijo que no estaba embarazada. Y desapareció.

Me quedé helada. La cabeza me latía con fuerza. Quería gritar, pero solo gemidos ahogados salían de mi garganta.

—¿Sabes? —continuó—. Yo le advertí. Le dije que si tenía un hijo mío... lo usaría. Que la sangre de Sousa no se desperdicia. Que un corazón como el mío merece uno igual para seguir latiendo. ¿Y qué hizo? Se marchó. Quizá se suicidó. Quizá no. Nunca me importó saberlo. Si está viva... la mataré.

Se detuvo frente a mí. Me acarició la mejilla como si fuera una hija pródiga. Sentí náuseas.

—Pero tú... tú apareciste como un milagro. Te llamas Jill, ¿no? Qué curioso... Selena Jill fue una rival formidable. La cabeza del cartel Redly. La única mujer que le hizo sombra al Sahara... el cartel de tu padre adoptivo. Vladimir Ivanov.

Me tensé. Él lo notó y sonrió más.

—Oh, sí. Lo sé todo. Joseph White. Vladimir Ivanov. Elizabeth. Todos jugaron a los dioses. Pero yo... yo si soy un Dios aquí. Yo decido

quién vive y quién muere. Y tú, mi querida hija, vivirás... hasta que necesite tu corazón.

Se giró hacia los hombres del fondo. Algunos cargaban armas. Otros, batas quirúrgicas.

—Prepárenla. Esta sangre es mía. Este corazón es mío. Y no permitiré que se mezcle con basura ajena.

Yo grité. Luché. Todo lo que pude. Pero solo me desgarré la garganta, sin mover ni un centímetro las correas.

Entonces se giró de nuevo hacia mí, como si recordara algo.

—Ah... pero antes, debo felicitarte. Eres agente del FBI. Qué irónico, ¿no? Un puesto perfecto para alguien con el apellido Sousa. —sonrió, socarrón—. Aunque... deberías empezar a asumir tu verdadero nombre. Alice Sousa. Tiene fuerza, ¿no crees?

Se inclinó hacia mí, y con un gesto delicado, indicó que me quitaran la mordaza.

—He sido un pésimo anfitrión, lo admito. Al menos, déjame escucharte antes de que te apagues.

—¡Eres un maldito psicópata! —escupí, con la voz rasgada y cargada de rabia—. ¡Nunca seré como tú! Mis compañeros me van a encontrar. ¡Te vas a arrepentir de haber nacido, maldito hijo de perra!

Él se rió. Largo. Genuinamente divertido.

—¿Tus compañeros? ¿Hablas del hijo de Joseph? —arqueó una ceja con burla—. Qué romántico. Ya conozco esa historia tuya con el. No son muy discretos, deberian aprender a cerrar las ventanas en su apartamento de lujo... — Lisandro sujeta mis mejillas y las aprieta como si fuera una niña ingenua: — La manzana no cae lejos del árbol, después de todo. Te acostaste con el legado de White. ¡Qué poético!

Volví a escupirle, pero esta vez solo logré un gemido seco. Él no se inmutó.

— Creo que ya hablaste lo suficiente. Te prefiero silenciada, tal como hice con tu madre sin tener que esforzarme.

Extendió la mano hacia el suero que colgaba a un lado de la camilla y lo apretó con fuerza. Sentí el líquido entrar más rápido. Un frío recorriéndome la columna.

—¡Basta, no...! —alcancé a decir, antes de que todo se nublara.

—Señor Sousa —dijo uno de los médicos—, le inyectó la dosis muy rápido. Es probable que no... sobreviva.

—¿Y qué importa eso? —replicó, mientras se quedaba mirando mi rostro desvaneciéndose—. No vamos a conservar el cuerpo de todas formas.

Se quedó en silencio unos segundos. Luego, con una expresión casi nostálgica, añadió:

—Aunque... es tan parecida a Elizabeth. Y a mí. Nuestro legado... — Acaricio el pelo de Alice con una delicadeza casi romantica: — Prepárenla para cremarla. Quiero conservar sus restos en resina. Será la pieza central de mi oficina. Así todos sabrán lo que uno es capaz de hacer para proteger su linaje.

Capítulo 28

(Narración de Jake)

La entrada fue todo menos heroica.

Táctica, sí. Precisa, sí. Pero heroica... no hay nada heroico en ver a uno de los tuyos volar en pedazos por una mina oculta bajo una loseta falsa.

El silencio de su compañero me dolió más que el grito. Fue ese tipo de llanto que no sale por la boca, solo por los ojos. Uno que se guarda porque sabes que si lo dejas salir, no puedes seguir.

No había tiempo. Alice nos necesitaba. O mejor dicho, yo necesitaba que Alice siguiera existiendo. Por más egoísta que se escuchara.

Al final, de eso se trataba; sacrificar algunos, para con suerte, poder salvar a otros. Y aun así, no había nada garantizado en eso.

Nos movimos por entre sombras, desactivando trampas como si desactiváramos nuestros propios miedos. Drones, sensores de presión, cámaras ocultas, torretas automatizadas... cada paso era una condena posible. Donovan cronometraba las ondas de pulso como si su vida dependiera de ello. Y la mía también.

—Siete segundos de ceguera en las cámaras traseras —dijo sin levantar la voz.

Siete. Justo el tiempo que me tomó cruzar aquel umbral... y dejar atrás cualquier esperanza de salir de esto limpio.

(...)

La sala principal era un infierno encapsulado en acero quirúrgico. Luces blancas. Frías. Inhumanas. El pitido de una máquina marcaba un ritmo que no pertenecía a nadie vivo. Solo a los condenados.

Disparos.

Dos hombres de Sousa, bien armados, mal entrenados. Rodé al suelo, disparé sin pensar. Uno cayó. Donovan apareció a mi izquierda, el otro hombre no tuvo tiempo de reaccionar. Subimos.

Escaleras resbalosas con sangre, tal vez vieja, tal vez de hoy. ¿Quién sabe cuántos pasaron por esta carnicería?

Y entonces, como si el mundo se quebrara, escuché un grito.

No fue de ella. Fue de un doctor. Un grito de sorpresa, de "¡alguien está aquí y esto se va al carajo!"

Corrí. Corrí como un imbécil.

Y la vi.

Alice.

Su cuerpo extendido. Su pecho abierto. Literalmente. **Abierto.**

Un bisturí aún sangraba sobre una bandeja. Una sonda bajaba por su garganta. Su piel tenía el color de un invierno sin alma. Las venas azuladas marcaban un mapa del dolor por su rostro.

—No —susurré—. No, no, no...

Me lancé hacia ella. Golpeé al doctor que tocaba una bolsa de hielo. Otro trató de empujarme. Le partí la nariz contra la pared. Me convertí en lo que más odiaba: un arma sin alma. **Joseph estaría orgulloso.** Bastardo.

—¡CUIDADO! —gritó Donovan detrás de mí—. ¡NO LA TOQUEN! ¡ESTÁ INMUNODEPRIMIDA! ¡LAS BACTERIAS PUEDEN MATARLA!

Frené. Quise vomitar. Quise morir.

Yo debí morir por ella. No ella por mí.

Y entonces... lo vi.

Una puerta al fondo. Cerrándose. Un destello de abrigo caro. Pasos lentos. Serenos.

Sousa.

—¡VOY TRAS ÉL! —grité sin mirar atrás.

Donovan apenas alcanzó a decir mi nombre. No me importó.

(...)

El pasillo era estrecho. Largo. Asfixiante. Cada zancada me dolía como si me desgarrara el alma desde dentro. El muslo derecho me ardía por el desgarro anterior. El brazo izquierdo colgaba como trapo mojado. La espalda... la espalda ya no existía. Solo había una cosa. Un propósito.

Sousa.

La sangre bajaba por mi frente, resbalando por mi ceja, entrando por la comisura de mis labios. Tenía sabor a óxido. A infierno.

Y ahí estaba.

Lisandro Sousa.

Su silueta caminaba con la calma de un dios enfermo. Manos en los bolsillos, como si acabara de tomar un café, no de intentar sacarle el corazón vivo a una mujer amarrada a una mesa.

—Jake... —dijo sin girarse, con ese tono burlesco que escupe veneno —. ¿Te contaron cómo murió tu madre?

Me detuve. El latido de mis sienes era una bomba a punto de estallar. El aire me quemaba los pulmones. Las costillas me ardían como si cada nervio tuviera su propia hoguera.

—¿No? —prosiguió—. Joseph nunca habló de ella, ¿verdad? Claro que no. Joseph no hablaba de las cosas que se rompían. Las reemplazaba.

—Gírate —gruñí. No lo pedí. Lo ordené.

Se dio vuelta.

Traje limpio. Cinturón de cuero. Botas de piel. Cabello engominado, sin un solo mechón fuera de lugar. Su rostro era una máscara de desprecio elegante.

—Eres como él —dijo, con media sonrisa torcida—. Cruel, pero torpe. Joseph tenía estilo. Tú solo tienes cicatrices y rabia... un niño con un arma en la mano.

Me abalancé.

No fue un salto. Fue una explosión de furia. Lo tomé por el torso, lo estampé contra la pared con tanta fuerza que sentí el metal vibrar bajo su espalda. Su cráneo golpeó el concreto. No se quejó. Se rió.

Me metió dos codos en la espalda como una pinza hidráulica. Me arqueé. El dolor me sacudió hasta los dientes. Luego, giró su cuerpo con precisión milimétrica y me clavó el puño derecho en la mandíbula.

Crack.

Sentí el diente reventar. Sangre caliente llenó mi boca. Me tambaleé. Él dio un paso atrás y me escupió en la cara.

—¿Sabes por qué Elizabeth huyó? —me dijo—. Porque no soportaba la idea de que su hija naciera con los días contados. Y tú... pobrecito... tú te enamoraste de mi error más grande. Una creación que me fue robada.

Lo golpeé. De lleno. El puño derecho se hundió en su nariz con una fuerza que me dolió a mí también.

Crack.

Su tabique explotó. Sangre a borbotones. Se le fue la sonrisa.

Pero no cayó.

Me devolvió el golpe con un codazo al cuello. Sentí cómo el cartílago se desplazaba. El zumbido en mi oído fue ensordecedor. La punzada en mi ojo izquierdo fue como una aguja de fuego directo al cerebro. Me tambaleé.

—¡ERES UN NIÑO! —rugió, y me azotó contra una mesa metálica de autopsia. Sentí la clavícula reventar con un crujido sordo. Algo dentro de mí se apagó.

Sousa se giró, tomó un bisturí de la bandeja quirúrgica y lo alzó como si fuera una flor.

—¿Quieres morir por amor, Jake? Qué ridículo. Eso está de moda. Poético. Y tan... predecible.

Me lo lanzó.

Lo esquivé. Por milímetros. La hoja me rozó la mejilla y rebanó la carne hasta el hueso. El chorro de sangre manchó la pared como una obra de arte deformada.

Me lancé sobre él.

Lo tiré al suelo. Empecé a golpearlo. Uno. Dos. Tres puñetazos al rostro. Se me rompieron los nudillos. Le partí la ceja. Le reventé los labios. La sangre le bajaba por la cara y aún así se reía.

Me agarró del cuello. Rodamos como bestias salvajes. Chocamos contra una camilla con frascos que estallaron a nuestro alrededor.

Tomó una pinza quirúrgica. Me la clavó directo en el muslo derecho.

—¡AAAHHHH! —grité como nunca había gritado. El metal me perforó el músculo y rasgó una arteria menor. La pierna dejó de responder. Se volvió una masa muerta. Me arrastré. No podía caminar.

Él me pateó. Una. Dos. Tres veces en las costillas rotas. Me encogí. Escupí sangre.

—¿Esto es lo que enseña el FBI ahora? —se burló, jadeando—. ¿A llorar mientras sangras como cerdo?

Me arrastré. Solo con un brazo. El izquierdo era un trapo colgante. El derecho sangraba, pero aún funcionaba.

Toqué algo en el suelo. Un vidrio. Roto. Afilado.

Me giré y se lo clavé en la pantorrilla.

Sousa aulló. Me azotó contra el suelo. Se subió encima de mí. Sus rodillas aplastaban mis costillas.

Y entonces comenzó a estrangularme.

No con las manos. Con los antebrazos. Cruzados como una tenaza. Sus músculos presionaban mi tráquea mientras su rostro, cubierto en sangre, me escupía a centímetros del mío.

—¡TE DIJE QUE ERA MÍA! —gritaba—. ¡SU CUERPO, SU CORAZÓN, SU DOLOR... ¡TODO ES MÍO!

Los ojos se me iban cerrando. Las venas se me reventaban en la cara. No tenía aire.

Y entonces lo vi.

Una jeringa. Llena. Con algo.

No pensé.

La tomé.

Y se la clavé justo bajo el ojo izquierdo.

Sousa gritó como un animal en llamas. Se tiró hacia atrás. La jeringa colgaba, temblando. La sangre salía en hilos oscuros.

—¡Maldito... bastardo...! —dijo, arrancándose la aguja como si fuera una espina de rosa.

Me levanté con la poca dignidad que me quedaba. Le estrellé una bandeja de acero en la cara. Cayó. El cuchillo de su cinturón se soltó. Rodó. Lo vimos.

Nos lanzamos al mismo tiempo.

Forcejeamos. La hoja resbalaba entre nuestras manos empapadas de sangre. Me cortó la palma. Yo le mordí el brazo. Él gritó y me metió el pulgar en el ojo herido.

—¿Sabes cuántas veces Alice pensó dejarte? —susurró—. Me lo dijo Isaac. Antes de que lo matara. Ella no confía en ti. Nunca lo hizo.

Temblé. El cuchillo casi se me cayó.

—Solo eras un parche. Un trapo caliente en medio del naufragio. Una excusa para seguir respirando.

—¡CÁLLATE! —rugí, desatado.

Lo empujé. Lo giré. Quedé encima. Le clavé el cuchillo.

Una.

Dos.

Cinco veces.

Se lo enterré en el abdomen. Lo giré adentro.

Sousa me escupió sangre en la cara.

—Eso es... hijo de Joseph... igual de podrido. Igual de vil.

Una sexta estocada. Esta vez más profunda. Sentí cómo perforaba intestino. Hígado. Algo.

Sousa jadeó.

—¿Crees que ganaste? Ella está rota. Tú estás condenado. Tus hermanos. Tu padre. Tu familia entera... es una cadena de fracasados.

Me acerqué a su rostro. Le sujeté la cabeza con ambas manos.

—Tal vez. Pero al menos... no soy tú.

Y con la fuerza de todo lo que quedaba en mí, le atravesé el cráneo con el cuchillo.

No me detuve.

Lo empujé hasta que la hoja tocó el suelo.

El crujido de hueso, el estallido de sangre caliente contra mi pecho, el temblor final de sus piernas... todo fue tan real que me dieron arcadas.

Y ahí quedó.

Lisandro Sousa.

La sonrisa aún congelada en su rostro. El cuchillo clavado hasta el mango en el centro de su frente. Los ojos abiertos. Muertos.

Mi cuerpo temblaba.

Mis manos... eran una masa de sangre, piel rota y rabia seca.

Mi respiración era lo único que escuchaba. Esa... y el pitido lejano de la máquina que me recordaba que ella aún estaba viva.

Me arrastré. Gimiendo. El cuerpo pedía rendirse. Yo no.

Porque si ella respiraba...

yo también.

El cuchillo seguía clavado en su cráneo.

Inmóvil. Silencioso.

El cuerpo de Lisandro Sousa parecía por fin apagado.

Y sin embargo...

yo no lo sentía muerto.

No mientras yo siguiera respirando con esta rabia pegada a los huesos.

El filo de la hoja aún salía por la frente, temblando por el leve pulso de mis manos.

Su rostro estaba congelado en una mueca de burla. Una sonrisa torcida que parecía decir:

"Lo lograste... pero aún te pertenezco."

Me quedé en silencio unos segundos. Respirando como una bestia.

Mi pecho subía y bajaba como si el aire me pesara.

Y en ese instante, algo...

algo dentro de mí se rompió del todo.

Gruñí.

Ni siquiera fue un grito.

Fue un gruñido seco, gutural, descontrolado.

Y arranqué el cuchillo de su cabeza.

Salió con un crujido pegajoso. El hueso del cráneo hizo un ruido opaco, sordo, que me caló en los dientes.

Una presión de sangre brotó del orificio como un surtidor tibio. Me manchó la cara. No me inmuté.

Me quedé sobre él. Lo miré. Lo miré como se mira a un demonio ya sin poder.

Y entonces...

empecé a destruirlo.

—Esto... —dije con los dientes apretados—. Esto es por cada centímetro de piel que tocaste... cada jodida célula que osaste reclamar como tuya.

Le apuñalé el pecho.

Una vez.

Dos.

Cinco.

Diez.

Treinta veces.

El cuchillo entraba hasta el mango, haciendo un sonido viscoso, blando, como si estuviera cortando carne podrida.

Le reventé el esternón.

El hueso cedió como cartón mojado.

Las costillas comenzaron a crujir una a una, partiéndose en astillas que rebotaban dentro de su propio cuerpo.

La sangre ya no brotaba en chorros. Salía en burbujas. En borbotones lentos. Como si su cuerpo aún intentara vaciarse.

Le apuñalé el estómago.

El costado.

La garganta.

Lo abrí sin técnica. Sin precisión. Solo con rabia.

Como si fuera un animal que necesitaba ser desollado.

Y seguí.

Rasgaba.

Cortaba.

Empujaba el cuchillo de lado, desgarrando carne como si buscara su alma dentro de ese infierno de vísceras.

—Esto es por su corazón —susurré.

Lo apuñalé en el pecho izquierdo hasta que el hueso se partió. Metí la mano.

Sí. Metí la maldita mano.

Toqué el músculo aún tibio. Lo apreté. Lo sentí descomponerse entre mis dedos.

Se lo arranqué.

Lo tiré al suelo. Rodó como una fruta podrida.

Pisoteé su corazón hasta dejarlo irreconocible.

Me reí.

Una risa vacía, rota, peligrosa.

—¿Eso querías, Sousa? ¿Carne? ¿Control? Pues toma... —levanté la pierna y le di una patada en la mandíbula que le sacó el rostro de sitio.

El cráneo sonó como un coco seco.

Su quijada quedó colgando, desplazada, torcida.

Y no me detuve.

Me arrodillé sobre su abdomen.

Lo golpeé con el mango del cuchillo una, dos, diez veces en la cara.

Hasta que sus ojos se hundieron, hasta que su pómulo izquierdo colapsó como vidrio bajo presión.

Le apreté la nariz rota entre los dedos hasta que se despegó del rostro.

Se la lancé al costado.

Le sujeté el brazo derecho.

Lo corté.

No con habilidad. Con fuerza bruta.

El hueso resistía, pero yo tenía tiempo.

Corté músculo. Corté tendones. El brazo se separó por la mitad con un ruido de carne desgarrada y hueso roto.

Lo usé para golpearle el rostro.

Sí. Con su propio brazo.

—¿Dónde quedó tu linaje, hijo de puta? —le escupí.

Le arranqué los dedos de la mano izquierda.

Uno a uno.

Con el cuchillo.

Se los corté desde la base, atravesando los nudillos.

Los lanzaba por el cuarto como si fueran basura.

Después me detuve.

Solo un segundo.

El cuerpo era una masa amorfa.

Una figura irreconocible de carne aplastada, hueso expuesto, órganos abiertos, sangre espesa y oscura chorreando por cada hueco.

Pero su rostro aún... aún parecía él.

Así que le corté los párpados.

Le abrí los ojos permanentemente.

— Mírame. Mírame como el que te destruyó.

Ahí, por fin, me detuve.

Mi respiración era un jadeo constante.

El pecho me ardía.

Las manos... irreconocibles.

Mi rostro, cubierto de sangre seca y húmeda.

El olor era ácido. Carnal. Desquiciante.

Y entonces me di cuenta...

me había desahogado. Pero no me sentía mejor.

Solo... vacío.

Absolutamente vacío.

Y fue ahí... ahí mismo... donde me quebré.

Me desplomé de rodillas.

Las manos temblorosas.

La mirada perdida.

Y lloré.

Lloré como nunca antes.

No por él.

No por lo que hice.

Lloré porque tal vez ya no había regreso para mí.

Porque el monstruo al que le abrí el pecho...

se parecía demasiado al que ahora habitaba dentro de mí.

El cuerpo de Sousa estaba a mis pies.

Muerto.

Silencioso.

Frío.

Con el cuchillo todavía clavado en la cabeza como una maldita bandera de victoria.

Y yo...

Yo temblaba.

Mis manos...

Eran carne abierta. Sangre entre los dedos. Sangre que no sabía si era suya o mía. Tal vez ambas. Tal vez eso da igual.

Me senté. O me derrumbé. No lo sé.

Mi cuerpo estaba en shock.

Pero mi mente...

Mi mente no paraba.

Y ahí, en ese suelo helado, entre sangre, bisturíes y restos de quién sabe cuántos cuerpos... me di cuenta de algo:

Un error. Solo uno. Y te convierte en lo que más temes.

No fue la primera vez que maté a alguien.

Pero sí fue la primera vez que quise hacerlo tanto.

Que lo disfruté. Que cada estocada tenía nombre, dolor, memoria.

Por Alice.

Por su cuerpo abierto.

Por sus labios morados.

Por ese pitido maldito de la máquina al borde del silencio.

Y sin embargo...

No lo hice solo por ella.

Lo hice porque me vi a mí mismo.

Porque me vi en él.

Vi a Joseph.

Vi esa sonrisa cruel.

Vi ese desprecio al amor, al apego, a la debilidad.

Y me di cuenta que había cruzado la línea. Que ni siquiera la estaba pisando. Que la había arrastrado hasta el otro lado.

Lo maté porque quise.

Porque pude.

Porque sentí que me lo debía.

Y ahí fue cuando me di cuenta de que eso...

eso es exactamente lo que haría mi padre.

Mi garganta se cerró. El pecho me pesaba como un bloque. La sangre se me subió a la cabeza.

Me odié.

¿Y si no lo hacía por amor?

¿Y si lo hice porque no quería que ella eligiera a otro después?

¿Y si lo hice porque creí que así... me ganaba su vida?

¿Y si al final... solo soy otro Joseph?

Los ojos se me nublaron. Las lágrimas me ardían. No quise llorar. Pero no pude evitarlo.

Me desbordé.

Ahí, en el suelo.

Como un niño.

Como un maldito niño asustado que no puede con lo que hizo.

Porque tenía miedo.

Miedo de perderla.

Porque Alice...

Alice fue la única que decidió quedarse conmigo.

La única que no me cambió.

La única que me vio como un caos viviente... y aún así me eligió.

Y ahora tal vez... tal vez no la salvaría.

Tal vez ya estaba muerta.

Tal vez ni siquiera respiraba.

Tal vez hice todo esto para nada.

Y me sentí vacío.

Podrido.

Roto.

Las lágrimas caían sin pudor. No las limpié. No las escondí.

Entonces escuché pasos.

Pasos firmes, pero sin urgencia.

No militares.

No dominantes.

Solo humanos.

—Jake —dijo una voz.

Donovan.

No le respondí. No levanté la cabeza. No tenía con qué.

Escuché su respiración. Se detuvo cerca. No sacó su arma. No dijo mi nombre con autoridad. No me gritó. No me ordenó nada.

Se agachó. Despacio.

Puso una mano en mi hombro.

Yo no me moví. Solo seguía ahí. Con la sangre hasta los codos. Con los ojos empapados. Con el alma enterrada bajo una tonelada de culpa.

Él no habló de inmediato. Se quedó en silencio. Me dejó sentir. Me dejó existir.

—No te voy a mentir —dijo finalmente, con voz baja—. Esto... esto va a traer consecuencias. Muchas. Tal vez más de las que podemos prever.

Mi mandíbula se tensó. Tragué saliva. No podía mirar a nadie.

—Pero te voy a decir algo que sí puedes quedarte —añadió—. Lo que hiciste fue salvarla.

Negué con la cabeza.

Lentamente.

Sin voz.

—No —susurré—. Lo hice por mí. Lo maté porque... quise matarlo. No fue justicia. Fue rabia. Fue odio. Fue... fue lo que haría Joseph.

Hubo silencio.

Donovan no discutió. No me contradijo. Solo respiró.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre tú y Joseph? —me preguntó, como si ya supiera la respuesta—. Que tú lo sientes. Que tú lo cargas. Que te duele. Y eso... eso es lo que te mantiene del otro lado.

Me miró. Por fin levanté la cabeza.

Lo vi.

Y no vi a mi superior.

Vi a alguien que entendía.

A alguien que no hablaba desde la ley, sino desde la herida.

—Yo también me he cruzado líneas —me confesó, con los ojos oscuros, sinceros—. Y pensé que no volvería. Pero alguien... alguien me tendió la mano. Y yo voy a hacer lo mismo contigo.

Mi voz salió como un suspiro muerto.

—¿Me van a enjuiciar?

—No si puedo evitarlo —respondió sin dudar—. Te cubriremos. Sousa era un enemigo para el mundo. Teníamos autorización para actuar. Pero sé lo que temes. No es el juicio legal. Es el otro.

—El juicio moral.

Asintió.

—Y ese solo tú puedes enfrentarlo. Pero no tienes que hacerlo solo.

Me miró de nuevo. Más de cerca.

Y en ese momento, me vi a través de sus ojos: sucio, ensangrentado, derrotado, pero humano.

—Voy a hacer todo lo que esté en mis manos para que esto no te hunda —me dijo—. Y si tengo que mentir, cubrir informes, o enfrentarme a quien sea... lo haré. Porque aunque tú no lo creas, Jake... aún hay esperanza en ti. Esta no era la manera, pero no puedo culparte...

Me quebré.

Me aferré a su antebrazo. Las lagrimas empezaron a caer sin control.

Donovan estaba ahi.

No como agente.

No como soldado.

No como sombra.

Sino como humano.

Y tal vez, solo tal vez...

no era tarde para salvarme.

Capítulo 29

(Narrado por Jake)

El viaje de regreso al FBI fue una procesión silenciosa. Nadie hablaba. Donovan conducía con los nudillos blancos sobre el volante. Yo iba a su lado, envuelto en una manta que ya estaba empapada de mi propia sangre seca. Mis manos estaban vendadas, el tobillo inflamado, un muslo casi perforado, el hombro derecho colapsado, la clavícula sin darme descanso desde ese disparo de nuestro primer intento fallido. El dolor era constante, pero no era lo que más me pesaba.

Lo que pesaba era la idea de volver... y enfrentar las consecuencias.

Al llegar, no hubo ceremonia. No hubo recibimiento protocolario. Dos agentes nos escoltaron directamente al piso superior. El pasillo que conducía a la oficina del director nacional adjunto del consejo del FBI se sentía más como un corredor hacia el cadalso. Las paredes eran de vidrio ahumado. Todo era pulcro. Inquietante. Inflexible.

Nos detuvimos frente a la puerta de acero negro que tenía grabado el nombre:

Director Michael Thorne.

Nunca lo había visto en persona, pero había escuchado historias. Ex-militar. Reformista. Implacable. Era el tipo de hombre que no temblaba ni ante el desastre.

La puerta se abrió.

Nos indicaron que pasáramos. Donovan primero. Yo detrás.

Thorne estaba sentado tras un escritorio de madera maciza, con documentos apilados perfectamente alineados, y una cafetera apagada a un lado. Vestía traje oscuro, camisa blanca impecable y una corbata azul marino. No sonrió.

Nos hizo señal de que nos sentáramos. Donovan lo hizo. Yo permanecí de pie.

—Siéntese, agente Simons—dijo, sin levantar la voz.

Obedecí.

—He leído el informe preliminar —empezó Thorne, con voz grave—. Y también vi las fotos del cuerpo. Supongo que sabrán por qué estamos teniendo esta reunión a puerta cerrada. Esto ya no es un procedimiento regular. Esto roza lo penal.

Donovan fue el primero en hablar.

—Director Thorne, si me permite...

—No he terminado —lo cortó, directo.

Se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre el escritorio.

—El cuerpo de Lisandro Sousa fue hallado desmembrado, sin ojos, sin corazón, con heridas postmortem en cada extremidad. No me

importa si ese hombre era el demonio en persona, se trataba de una escena federal. Y el agente Zack Simons la profanó. ¿O me van a decir que fue un accidente? ¿O mejor dicho, ¿fue a Jake White a quien envíe en lugar de al Agente Zack Simons? Ya que esto me parece que se salió de lo profesional y se hundio en lo personal.

Donovan no respondió. Yo tampoco.

Thorne suspiró. Luego se puso de pie y rodeó el escritorio.

—Jake White, usted es uno de los agentes más brillantes y peligrosos que tenemos. Pero eso no significa que esté por encima del sistema. De haber sido cualquier otro, ya estaría esposado. Pero usted... usted tiene un historial que lo respalda. Y eso me coloca en una posición complicada.

Finalmente, Donovan habló.

—Director, Sousa tenía a la agente Grace Jill con el pecho abierto, conectada a una máquina, lista para extraerle el corazón. Jake no actuó como un criminal. Actuó como un ser humano.

Thorne lo miró fríamente.

—Y sin embargo, no me pagan para juzgar humanidad. Me pagan para proteger la credibilidad del FBI. Si se filtran esas imágenes, si alguien vincula ese destrozo con el nombre de un agente activo, estamos perdidos. Yo no sacrifico la institución por un caso emocional, aunque entienda su peso.

Me armé de valor.

—No estoy pidiendo que me perdonen, señor. Estoy pidiendo que me dejen redimirme. Que me dejen reparar lo que pueda.

Hubo un silencio tenso.

Thorne cruzó los brazos.

—Esto es lo que voy a hacer. Se va a abrir un proceso de observación. Jake White será sancionado internamente con Prisión preventiva domiciliaria por dos semanas. Quizás, trabajo remoto con supervisión por cuatro meses con dos presentaciones presenciales semanales. Evidentemente, sesiones obligatorias de evaluación

psiquiátrica durante seis meses y colaboración forense, además de horas extra no remuneradas. Eso mientras se evalúa el caso.

—Y su expediente —agregó— quedará bajo revisión. Si todo se cumple, si los informes psicológicos son positivos y la disciplina se mantiene, no se presentarán cargos. Pero si un solo incidente ocurre en ese tiempo... lo sacaré personalmente de esta institución y presentaré denuncia federal.

Donovan asintió, firme.

—Aceptamos las condiciones.

Thorne me miró fijamente.

—Dígame, Jake White. ¿Está dispuesto a asumir esta responsabilidad, incluyendo enfrentar sus demonios en terapia, sin volver a ensuciar el nombre de esta agencia?

No lo dude ni un segundo. No quería ser como mi padre: —Sí, señor.

—Bien.

Hubo un silencio. Luego se giró hacia su escritorio, pero antes de sentarse de nuevo, habló:

—Sobre la agente Grace Jill. ¿Estado actual?

Donovan respondió.

—Estable, pero inconsciente. Está siendo mantenida en cuidados intensivos. Está programada para una posible sesión de estimulación neurológica para evaluar si reacciona.

Yo intervine.

—Quiero pedir formalmente que sea trasladada al hospital White-Friedman en Los Ángeles. Es un hospital privado de mi familia. Mi hermano, Anthony White, es uno de los mejores especialistas en rehabilitación. Puede encargarse de ella con seguridad y privacidad.

Thorne frunció el ceño.

—No puedo autorizar traslados personales así como así. Esto no es un capricho. Hay regulaciones, y ella sigue siendo agente activa en observación.

Donovan dio un paso adelante.

—No es por capricho. Es por seguridad. El hospital está blindado. El equipo médico de Anthony White ya ha trabajado con cuerpos en estado crítico y ahora conoce el perfil de la agente Jill. Además, ella no tiene parientes vivos fuera de su entorno inmediato. Jake puede garantizar su cuidado.

El director nos miró a ambos. Luego suspiró y se sentó nuevamente.

—El traslado se hará. Pero no por usted. Ni por ella. Se hará porque esta misión, a pesar del desastre emocional, fue un éxito operativo. Encontraron una de las bases logísticas del Cártel del Vudú. Recogieron evidencia. Recuperaron cuerpos. Más de quinientos cuerpos sin órganos han sido identificados. Ya se están contactando a las familias. La información que se extrajo de ese sitio va a desmantelar la estructura en menos de un mes.

Nos miró.

—Eso es lo único que los salva a ambos.

(...)

Cinco días después, firmé el acuerdo con un juez federal, en presencia de mi abogado y de Donovan. El documento oficial detallaba:

Prisión preventiva en domicilio por dos semanas.
Trabajo remoto supervisado.
Horas extra y asistencia forense.
Terapia psiquiátrica obligatoria.
Informes mensuales.

Al firmarlo, sentí que dejaba parte de mí ahí.

La noche siguiente, me colocaron el dispositivo en el tobillo.

No me permitieron acompañar a Alice en el traslado.

Fue llevada bajo vigilancia del FBI, en una camilla blindada, directo desde la unidad de cuidados intensivos al hospital White-Friedman

en Los Ángeles. Anthony me confirmó por llamada que ya la había recibido.

"Está estable. Pero sigue sin despertar".

Harán una sesión de estimulación cerebral en tres días para intentar activar respuesta neurológica. Si no despierta... empezará el protocolo de coma inducido prolongado.

A mí se me permitió cumplir las dos semanas de prisión domiciliaria en la casa de mi familia en Los Ángeles.

Ahí estaré. Trabajando. Sanando. Esperando.

Estando ahi para ella. Y por ella.

(...)

La sala de espera del hospital White-Friedman era un lugar tan pulcro que casi dolía. Todo blanco, silencioso, como si el sufrimiento no tuviera permiso de manchar los pasillos. Pero el verdadero caos no estaba afuera. Estaba dentro. Dentro de la oficina privada de Anthony, que en ese momento se había convertido en refugio y campo de batalla de los hermanos White.

Yo estaba sentado en el sofá, con la cabeza agachada, la venda en el muslo empapada de sangre seca, el brazo en cabestrillo, el dispositivo de prisión domiciliaria en el tobillo aún parpadeando. El ambiente era pesado. El aire parecía más denso de lo normal. Y mi mente... era un campo de minas. Cada paso, cada palabra, podía detonar una culpa que me devoraba desde dentro.

—¿Qué demonios fue lo que pasó? —preguntó Marcus finalmente, apoyado en el borde del escritorio de Anthony, con la mirada fija en el suelo—. Necesitamos entenderlo.

Tragué saliva. Tenía la garganta como papel lija. Mis pensamientos zumbaban: "¿Me odiarán? ¿Pensarán que soy como Joseph? ¿Qué me dejé llevar por la rabia como él lo hacía? ¿Marcus me verá como una carga más? ¿Dereck pensará que soy otro desastre más en la

familia? ¿Anthony me considerará una amenaza ahora que estoy aquí, herido y culpable, con su hermana en coma bajo su techo?"

—La tenían... —dije, con la voz rota—. Le abrieron el pecho. Iban a extraerle el corazón mientras aún estaba viva. Sousa... él... era su padre biológico. Él planeaba usar su cuerpo... como un banco de órganos para si mismo. Como si no valiera nada más que eso.

Un segundo de silencio. Luego, la explosión.

—¿¡QUÉ CARAJO!? —rugió Erick, avanzando dos pasos con los puños apretados—. ¡¿QUÉ DICES, JAKE?! ¡¿QUE ESE CABRÓN ERA SU PADRE?! ¡¿Y NADIE NOS LO DIJO?!

—¡Esto tiene que ser una jodida broma! —gritó Dereck, dando un puñetazo a la pared—. ¡No puede ser!

Erick era el volcán. Su rabia se desbordaba con cada palabra. No era contra mí exactamente... era contra la impotencia. Contra lo que no pudimos evitar. Contra lo que Alice tuvo que vivir sola. Pensaba: "Erick me va a odiar. Me va a culpar por no haber llegado antes. Por no haberla protegido. Por ser otro fracaso."

—¡Nosotros aquí creyendo que todo iba bien, que Alice estaba segura... y resulta que estaba con el hijo de puta que la creó para matarla! —bramó Erick, golpeando una silla que cayó al suelo con estruendo.

—¿Dónde estaban las señales? —soltó Anthony, apartando unos papeles del escritorio con frustración—. ¿Cómo no lo vimos venir?

Anthony era el hielo. No gritaba, no se exaltaba... pero su frialdad era un puñal. "Anthony me ve como una amenaza. Me tolera porque lo necesita. Me culpa en silencio. Está haciendo todo por salvar a Alice, y yo soy solo un error con pulso que lo complica todo."

Henry lloraba desconsolado, sin poder articular palabras. El llanto le hacía temblar los hombros, los sollozos parecían desgarrarlo por dentro. Él era el más empático. El que sentía el dolor de los demás como propio. Y ver a Alice así lo estaba rompiendo.

—¿Y tú qué hiciste? —dijo Dereck, con los ojos brillando de rabia—. ¿Qué hiciste cuando lo tuviste frente a ti?

—Lo maté —dije. Mi voz salió ronca, devastada—. No lo arresté. No lo herí. Lo maté. Lo destruí. Me ensañé con su cuerpo. Y lo peor... es que no lo lamento.

Todos se quedaron helados. Anthony levantó la mirada, con el ceño fruncido. Erick retrocedió un paso, casi como si necesitara sentarse para asimilarlo.

—¿Lo mataste... cómo? —susurró Marcus, casi pálido.

—Apuñaladas. Golpes. Con todo lo que tenía al alcance. No paré... hasta que ya no respiraba. Hasta que no quedaba nada.

—¡Jake, eso es... eso es una ejecución! —escupió Erick—. ¡Eso no es defensa propia! ¡Eso es... locura!

—¡¿Y QUÉ QUERÍAS QUE HICIERA?! —grité. Me puse de pie, aunque el cuerpo me temblaba—. ¡¿QUE LO DEJARA VIVO PARA QUE LO ENJUICIARAN COMO SI FUERA UN MALDITO HOMBRE?! ¡¡NO!! ¡¡NO ERA UN HOMBRE!! ¡ERA UN MONSTRUO! ¡¡Y MERECÍA CADA PUÑALADA QUE LE DI!!

—¡BASTA! —gritó Anthony. Su voz rebotó en las paredes como un latigazo—. ¡Esto no nos lleva a nada! ¡Alice sigue en coma! ¡¡Y ustedes están aquí discutiendo como si pudieran retroceder el tiempo!!

—¡JAKE LO MATÓ! —gritó Henry de repente, entre lágrimas—. ¡Jake lo mató! ¡Y lo está diciendo como si fuera... normal!

—¡No lo es! —respondió Marcus, avanzando hacia mí—. ¡Pero tampoco lo es lo que nos hizo Sousa! ¡quiso terminar lo que empezó! ¡Jake solo hizo lo que nosotros no tuvimos el valor de hacer, que fue ir a buscarla!

—¡Pero eso no lo hace menos terrible! —dijo Dereck, moviéndose entre ellos como un péndulo de emociones—. ¡¿Y si se vuelve a salir de control?! ¡¿Y si lo que hizo Jake... lo persigue?!

—¡Yo querría matarlo también! —dijo Erick, señalándome con rabia —. ¡Pero no así! ¡No volviéndonos igual que él!

—¿Igual que quién? —susurré. Bajé la mirada. El nudo en la garganta me rompía desde adentro—. ¿Igual que Joseph? ¿Creen que no lo he pensado? ¿Qué no siento que... que lo que hice me convirtió en él? Que me volví exactamente el tipo de monstruo que quise destruir...

Y ahí se rompió todo. Las lágrimas salieron sin filtro. Me cubrí el rostro con ambas manos, jadeando, temblando. Cada pensamiento cruzaba mi mente como cuchillas: "Me odian. Creen que soy un asesino. Que soy como Joseph. Que me perdí. Que los perdí. Que la perdí a ella."

Marcus se acercó, con los ojos inyectados de tristeza y rabia. Me sostuvo por los hombros. Su voz era ronca, pesada por el miedo contenido.

—No eres como él. Joseph mató por poder. Tú lo hiciste por desesperación. Por proteger. Por amor. Hay una diferencia enorme, aunque ahora te cueste verla.

—¡Pero no me arrepiento! —solté entre sollozos—. ¡Sentí satisfacción... cuando lo apuñalé! ¡Cuando lo vi sangrar, cuando lo hice pagar! ¡Y eso me persigue cada noche! ¡¡Yo... yo ya no sé quién soy!!

Henry me abrazó sin dejarme terminar de hablar, llorando conmigo. Erick bajó la mirada, mordiéndose los labios, hasta que terminó golpeando la mesa con fuerza, sin hablar más. Dereck, con la mandíbula apretada, negó con la cabeza mientras sus ojos se humedecían. Anthony, por primera vez, se dejó caer en una silla, como si el peso de todo finalmente lo alcanzara.

—Jake... —dijo Erick finalmente, con voz rota—. Lo que hiciste fue... horrible. Pero también fue necesario. No te justifico... pero te entiendo. No estás solo.

Anthony se paró de su silla y se colocó frente a mí, agotado, con el rostro tenso pero humano. Ofreciendome su apoyo desde su

iceberg:

—Ahora tú necesitas ayuda. Vamos a darte todo lo que podamos.

— Porque sin ti... — añade Marcus mirandome a los ojos: — ella no estaría aquí. Y nosotros tampoco. No lo olvides.

El silencio volvió a reinar. Uno que dolía. Uno que nos unía. Uno que dolía tanto como lo que nos salvó.

Y aún así, entre todo... sabíamos que nada de esto había terminado. Alice seguía en coma. Sousa muerto. Y nosotros... a la espera de que algo, en medio de esta oscuridad, volviera a nacer.

Capítulo 30

(Narración de Jake)

La noche era espesa. El hospital White-Friedman dormía en un silencio artificial, cargado de máquinas zumbando, pasos apagados y un tic nervioso de reloj que marcaba el paso del tiempo como un verdugo invisible. Alice seguía en coma. Estable, decían. Estable como una bomba sin detonar.

Yo no podía dormir. Caminaba por los pasillos como un fantasma recién resucitado, con la bata del hospital mal puesta y la venda en mi ojo derecho filtrando una humedad constante que no sabía si era suero o sangre. Al final de un pasillo, como un eco inevitable, la puerta del despacho de Anthony estaba entreabierta. Luces tenues. Silencio quirúrgico. Entré sin pedir permiso. Como un niño que sabía que venía el regaño.

Anthony estaba de pie frente a una pantalla. Rayos X. Tomografías. No eran de Alice. Eran mías.

— Todavía no deberías estar caminando con tanta frecuencia... — dijo, sin girarse. Su voz era baja, con filo—. Estás recién salido de cirugía, Jake. Literalmente.

—¿Y tú? No deberías estar solo procesando mis placas como si no te afectara nada.

Se giró entonces. Tenía las ojeras más marcadas que nunca. Las mangas arremangadas. Y un expediente en la mano que era más pesado de lo que parecía.

—No soy solo tu hermano, Jake. Soy el médico a cargo. Y ese ojo... —Se acercó a la pantalla y señaló una sombra oscura, borrosa—. Tal vez no se salve. Hay daño en la retina. Hemorragia intraocular. Necesitarás una segunda cirugía. Y rápido.

Me quedé quieto. El zumbido de mi oído izquierdo se hizo más fuerte. Había ignorado el dolor. La pérdida parcial de visión. Porque dolía más otra cosa.

—¿Voy a quedar ciego? —pregunté, sin drama, solo con miedo crudo.

—No lo sé —respondió Anthony, con brutal honestidad—. Si lo haces, será parcial. Pero te va a cambiar la vida, Jake. Como ya te la cambió todo esto.

Asentí. No había nada más que decir. Solo sentirlo. Pero Anthony cruzó los brazos. Me estaba mirando como a un paciente... pero también como a su hermano menor.

—Lo que hiciste con Sousa... —empezó—. Lo entiendo. De verdad. Pero eso no significa que no haya consecuencias. Ni físicas... ni emocionales. Estás colgando de un hilo. Y no puedes seguir comportándote como si fueras inmortal.

—No soy inmortal —dije. Mi voz fue un susurro—. Solo estoy intentando que valga la pena.

Anthony suspiró y dejó el expediente sobre la mesa. Me hizo una seña para que me sentara en la camilla. Obedecí. Estaba exhausto.

—Escucha... —comenzó, y su tono cambió a algo más íntimo, casi cansado—. Justo cuando mi madre murió, todo en mi vida cambio. Los conocí a ustedes; Marcus intentó ser nuestro padre y protector. Erick se volvió un soldado irascible. Henry se escondió en los sentimientos de culpa. Dereck se aferró a la lógica de su supuesta madurez. Y yo... yo traté de convertirme en algo más útil. Me metí de cabeza en esto. En salvar vidas. En salvar lo que quedaba. Porque no supe cómo salvar a mi familia.

Lo miré. Anthony rara vez hablaba así. Había algo quebrado en sus palabras, como si hubieran estado guardadas mucho tiempo.

—¿Por qué me estás diciendo esto ahora? —pregunté.

—Porque... —Se sentó frente a mí, su voz más baja—. Porque cuando te vi entrar por esa puerta, sangrando, esperando respuestas de Alice, casi desmallándote... entendí algo. Tú hiciste lo que ninguno de nosotros pudo hacer. Te metiste al infierno. Sin preguntar o dudar. Y saliste con ella. Pagaste un gran precio. Pero lo hiciste.

No supe qué decir. Me dolía respirar. Y él lo notó.

— Vi algo más —añadió: — Vi en tus ojos el mismo vacío que vi en papá las pocas veces que lo enfrenté. Vi ese rastro... de que estuviste a punto de perderte en ese mundo, Jake. Y no volver.

Me quedé helado. No por la comparación. Si no porque dentro de mi sabia que era cierta.

— Me odio por lo que hice con el cuerpo de Sousa... —admití—. Me asusta cuánto lo disfruté. Me asusta... lo fácil que fue. Lo natural que se sintió. Como si siempre hubiera estado ahí. Como si fuera como él.

— Para serte franco... —dijo Anthony, apoyando los codos en las rodillas—. A mí también me asustaría. Porque eso es lo que nos separa de gente como Joseph. Sentir miedo. Sentir culpa. Significa que aún somos humanos. Que aún eres Jake.

Una lágrima se me escapó del ojo sano. Me la limpié con torpeza. Anthony bajó la mirada, y entonces dijo algo que no esperaba:

—Tú no sabes esto, pero cuando tenías once años, y Joseph te envió a Colombia con un cartel como "intermediario" sin decirle a nadie. Cuando lo descubrimos, Marcus y yo discutimos durante horas. Él quería secuestrarte de vuelta. Pensé que si lo hacíamos bien, podíamos sacarte. Pero fallamos. Llegaste a casa inconsciente y a Joseph no le importo.

Me quedé en silencio. No sabía si abrazarlo o gritar. Nunca me lo habían dicho. Nunca me lo habían confesado.

—Tú no eres solo mi hermano menor. Eres la razón por la que decidí estudiar medicina. Porque juré que si no podía salvarte, al menos podía salvar a otros como tú. Otros niños que nadie protegía.

El silencio fue sagrado. Me cubrí la cara. Las lágrimas cayeron otra vez, más silenciosas. Anthony se levantó y me palmeó el hombro. Se quedó así, de pie junto a mí, como si no supiera cómo dar consuelo... pero aun así lo intentaba.

—Vamos a intentar salvar ese ojo, Jake. Y también todo lo demás que llevas roto. No estás solo, aunque a veces parezca que sí. Lo juro.

(...)

Tras la conversación con Anthony, pensé que todo el peso emocional que llevaba encima se había drenado. Pero apenas cerré la puerta de su despacho, supe que no. No del todo. Porque ahí estaba

Dereck, apoyado contra la pared del pasillo como si llevara siglos esperando.

Tenía los brazos cruzados, la mandíbula apretada y el ceño tan fruncido que me dolió solo verlo.

—¿Terminaste tu sesión de redención con Anthony? —preguntó, sin moverse del marco.

—No estoy para juegos, Dereck. —suspiré.

—No es un juego. Pero eso fue lo que hiciste, ¿no? Jugaste a ser héroe y ahora Alice está en coma.

Su voz era dura. Más que nunca. Dolía. Pero en parte... lo entendía.

—Tenía que hacerlo. —respondí—. Si no lo hacía, estaría muerta.

Dereck dio un paso al frente.

—¿Y tú cómo sabes que no lo estaría igual? ¿Cómo sabes que no aceleraste todo por actuar solo? ¿Por creerte el maldito salvador de todos?

—Porque fui el único que se metió ahí cuando todos los demás tenían miedo. —espeté.

—i¿Y eso te hace mejor que nosotros?! —rugió, ahora frente a mí—. i¿Eso te da el derecho de jugarte la vida de Alice?! ¿Tú sabes lo que se siente verla así? ¿Verla... rota, entubada, con el pecho abierto, como si no fuera humana?

—¡Yo estuve ahí, Dereck! ¡Yo vi todo eso antes que tú! ¡La encontré al borde de la muerte! ¡Y me lancé sabiendo que quizás no saldría vivo! ¿Tú hubieras hecho lo mismo?

—¡Claro que lo hubiera hecho! ¡Pero con un plan, no como un puto suicida! ¡¡Tú eras su protección, Jake!! ¡¡Y mira cómo terminó!!

El golpe fue verbal, pero se sintió físico. Me tambaleé emocionalmente. Me apoyé en la pared. Mi ojo herido pulsó.

—No voy a pelear contigo, Dereck. —murmuré—. No ahora.

—¿Por qué? ¿Porque sabes que tengo razón? ¿O porque no tienes fuerzas?

Lo miré. Y en ese momento, más allá de la ira, vi el miedo. El mismo miedo que me estaba consumiendo.

—Porque estoy cansado, cabrón. Porque estoy cansado de ver cómo todos nos estamos rompiendo. Porque si te golpeo, no sería por lo que dijiste, sería por lo que siento. Y eso no arregla nada.

Dereck bajó la mirada. Se pasó una mano por la cara. Se dejó caer en una de las sillas del pasillo. Sus hombros caídos. Como si toda la energía se le hubiera evaporado de golpe.

—Lo entiendo... —dijo, casi en un susurro—. Solo... No quiero perderla, Jake. Y tú... tú siempre fuiste el hermano que parecía tenerlo todo bajo control desde tu vida de circo. Ver que ni tú pudiste protegerla con todo y el FBI de su lado, me hizo darme cuenta de lo frágil que estamos todos.

Me senté a su lado. No dijimos nada por un rato. Solo compartimos el mismo espacio herido. Luego, Dereck rompió el silencio.

—No creo que seas como Joseph, si eso es lo que te preocupa. Pero sí creo que tienes un fuego dentro que puede consumirte si no lo aprendes a controlar. Y no quiero verte arder. No después de todo lo que hiciste.

—Yo tampoco quiero arder —dije con una sonrisa rota—. Pero a veces... se siente inevitable.

Nos miramos. No hubo abrazos. No hubo perdones explícitos. Pero hubo algo más útil: entendimiento. Y en una familia como la nuestra, a veces eso era más que suficiente.

—Vamos a sacarla de esta, ¿sí? —murmuró Dereck.

—Sí —asentí—. Vamos a sacarla de esto.

El pasillo volvió al silencio. Pero esta vez... no dolía tanto.

(...)

Esa nueva mañana me desperte con dolores en todo cuerpo. Los hermanos White debíamos reunirnos. Yo tuve que ir en silla de

ruedas, a regañadientes, pero empujándome yo mismo con las ruedas bajo mis manos.

Dicha reunión se celebró en la sala de conferencias del hospital White-Friedman, con las cortinas cerradas y un café frío en cada rincón de la mesa larga. Marcus estaba de pie, como si no pudiera sentarse. Erick tamborileaba los dedos con ansiedad. Henry se frotaba las manos. Anthony no había llegado, todavía, ocupado con la supervisión del tratamiento de Alice. Y yo... yo apenas podía mantenerme erguido sin que la presión en mi ojo y el dolor de mi cuerpo se hicieran insoportables.

—No podemos seguir esperando a que todo se resuelva por inercia... —dijo Dereck finalmente—. Alice necesita una dirección clara. Un equipo de rehabilitación. Supervisión médica integral. Y alguien que tome decisiones por ella.

—Lo lógico es que Anthony se encargue de eso —interrumpió Marcus, cruzado de brazos—. Es el médico. Tiene contactos. Tiene experiencia. Nosotros podemos ayudar cuando sea necesario, no podemos estorbarle.

—Sí, pero también está emocionalmente involucrado —replicó Erick —. Lo que necesitamos ahora es objetividad. Y equilibrio. No decisiones impulsadas por el miedo.

—¿Y tú crees que no estamos todos impulsados por el miedo ahora mismo? —espetó Henry, por primera vez alzando la voz—. ¡¿Tú crees que dormir por las noches sabiendo que mi hermana no abre los ojos es fácil?!

—¡Nadie dijo que fuera fácil, Henry! —respondió Erick con dureza—. Pero si empezamos a tomar decisiones desde la desesperación, vamos a cometer errores. ¡Y no podemos darnos ese lujo!

El silencio se hizo. Cortante.

—¿Y Jake? —preguntó entonces Henry, con voz más suave—. Él estuvo ahí. Él sabe más que nadie lo que Alice vivió.

Todas las miradas cayeron sobre mí. Me obligué a enderezarme.

—No sé qué es lo correcto —admití—. No tengo una respuesta mágica. Solo sé que... Alice estaría peleando por cada segundo de su vida. Y no creo que quiera vernos enfrentándonos. Creo que lo mínimo que podemos hacer por ella... es estar unidos. Aunque no pensemos igual.

Erick bufó:

—Eso suena bonito en teoría. Pero la realidad es que ella necesita una estructura ya. Una casa, terapias, monitoreo constante.

—El FBI ofreció apoyo —añadió Marcus, retomando el control—. Pero si tomamos ese camino, Alice podría estar bajo su supervisión clínica. No sé si quiero eso para ella. No sé si alguno de nosotros lo quiere.

—Yo tampoco —dije—. Pero también sé que no podemos solos. Ni emocional ni médicamente. Quizá... necesitamos hacer un plan mixto. Que Anthony supervise, que el FBI respalde, y que nosotros estemos ahí. Turnándonos. Apoyándolos.

Todos intercambiaron miradas. No era perfecto, pero era un punto medio. Lo único que se podía alcanzar con tantos corazones rotos.

—Yo me quedo con ella los primeros días —ofreció Henry—. Sé que puedo manejar las terapias básicas. Y... necesito estar cerca. Por mí también.

— Yo estaré de igual forma los primeros días, como respaldo de Henry. — dijo Dereck mirándome fijamente. No supe interpretar su mirada.

—Yo me encargo de la seguridad —añadió Erick—. No pienso permitir que alguien más le ponga una mano encima. Ni que alguien entre sin autorización.

Marcus asintió lentamente.

—Entonces lo haremos así. Anthony validará el plan médico. Yo coordinaré con el FBI. Todos estaremos ahí. A nuestra manera.

—Gracias —murmuré, apenas audiblemente. Ellos no me respondieron con palabras, pero tampoco me dieron la espalda.

—Ahora... ¿puedo quedarme un momento con ella? —pregunté, levantándome con cuidado.

—Claro —dijo Marcus—. Ve. Te esperamos.

(...)

La habitación de Alice olía a desinfectante, pero también a algo más familiar. A ella. La luz era suave. Su rostro, quieto. Demasiado quieto.

Me senté a su lado y tomé su mano. Estaba tibia. Su piel, suave. Pero su mente... su mente estaba en algún lugar muy lejano.

—Hola, preciosa... —susurré, mi voz quebrándose—. Sé que no puedes escucharme. O tal vez sí. No sé. Pero igual... tenía que venir.

Le acaricié los nudillos con la yema de mis dedos. Mis ojos picaban. El corazón también. Me incliné un poco y apoyé mi frente contra su brazo.

—Sigo aquí. No me fui. No pienso irme. Te juro que daría lo que fuera por cambiar lo que pasó. Por haber llegado antes. Por haberte protegido mejor. Por no haberte fallado. Porque eso siento. Que te fallé. Y no hay castigo que me duela más que verte así.

La garganta se me cerró. Las lágrimas me cayeron sin pedir permiso. Me solté por completo.

—Tengo miedo, Alice. Miedo de convertirme en mi padre. Miedo de que cuando sepas lo que hice... ya no puedas amarme. Miedo de que si despiertas... ya no me reconozcas. Que te asuste. Que pienses que soy como él...

Tomé aire, temblando.

—Pero también tengo esperanza. Porque tú eres mi fuerza. Eres mi casa, mi norte, mi jodido sol, Alice. Te amo. Te amo más allá de lo sano, de lo lógico. Te amo incluso si no despiertas... aunque prefiero que me des un buen golpe por haber sido tan idiota.

Me reí entre sollozos, con esa tristeza cálida que a veces da la nostalgia.

—¿Sabes qué? Cuando despiertes... vamos a volver a ir al supermercado. Sí, a hacer nuestras compras semanales. Pero esta vez yo iré contigo. No más "Jake, me da vergüenza que compres condones en cantidades industriales". Lo siento, amor. Pero no pienso dejarte sola. Te prometo que solo compro la caja familiar si tú me das permiso. Tal vez...

Toqué su cabello con cuidado.

—Te amo. Y te espero. Bueno, todos te esperan. Pero yo... yo te extraño de una forma que no sabía que existía. Vuelve pronto, preciosa. Porque sin ti, todo es solo... ruido.

Un leve golpeteo en la puerta me sobresaltó.

—¿Podemos hablar? —dijo una voz baja.

Era Marcus. Apoyado en el marco, observándome con una mezcla de respeto y empatía.

Asentí. Me incliné y besé la frente de Alice.

— Volveré a verte pronto, hermosa.

Y me dirigí hacia la puerta, listo para escuchar lo que Marcus tenía que decirme.

(...)

Marcus caminaba a mi lado mientras yo empujaba lentamente la silla de ruedas por el pasillo. Me negué a que él me ayudara, pero al final tuve que ceder por el cansancio de mis brazos. El silencio entre nosotros no era incómodo, pero sí denso. Cuando entramos al cuarto donde me estaba recuperando, él cerró la puerta con suavidad.

—¿Quieres que me siente o prefieres que haga de enfermero incómodo que se queda de pie y observa en silencio? —preguntó.

—Depende. ¿Vas a seguir mirándome con esa cara de "hermano decepcionado"? —intenté bromear, aunque la voz aún se me quebraba un poco.

Marcus sonrió de lado, caminó hacia la silla junto a mi cama y se dejó caer con un suspiro.

—No estoy decepcionado de ti, Jake. Estoy decepcionado de que... todo esto haya pasado. De no haber podido evitarlo. De que estemos aquí otra vez, tú medio roto, Alice inconsciente, y yo sintiéndome como si fuera el único que no sirve para nada.

—Eso no es verdad. Eres el único que ha estado para todos todo el maldito tiempo. Si alguien sirve, eres tú. —lo miré con sinceridad—. No digas eso nunca más.

Marcus se encogió de hombros: — Pero bueno, ese no era el plan. El plan era venir aquí y animarte un poco.

—¿Ese es el plan? ¿Animarme? —me reí con ironía—. Vas perdiendo.

—Ajá, pero dame chance—se reclinó hacia atrás con los brazos cruzados detrás de la cabeza—. ¿Te acuerdas cuando te orinaste encima la primera vez que viste una pistola?

—Tenía cinco años.

—Pero era una de juguete, Jake.

—¡Tenía cinco años y tú me dijiste que era real! Además, tú te tragaste una moneda de 10 centavos porque querías ver si salía con el brillo intacto.

—Y salió. Bueno, más o menos. —Marcus se echó a reír—. No puedes negar que fuimos un par de idiotas funcionales.

Yo también reí, aunque me dolía el abdomen. Me llevé la mano al vendaje.

—Gracias por esto... Por estar aquí. Por no... darme la espalda.

Marcus bajó la mirada. Luego habló, más serio.

— Lo que hiciste... Fue brutal. Pero también fue lo que nos trajo de vuelta a Alice. Y yo sé... sé que lo hiciste porque la amas. Porque tenías miedo de perderla. Y eso, aunque me duela admitirlo, es algo que entiendo.

—No quiero convertirme en él —dije bajito. Sintiendo la necesidad de repetírselo a cada uno de mis hermanos.

—No lo harás. Porque tú estás dispuesto a partirte en mil pedazos si eso significa proteger a alguien. Papá no haría eso. Papá nunca lo hizo. Tú no eres él, Jake. Nunca lo has sido.

Tragué saliva. Las lágrimas volvieron, pero ya no me escondí.

—¿Y si un día lo soy? ¿Y si un día me cruzo esa línea y no sé volver?

—Entonces yo estaré ahí para partirte la cara y traerte de vuelta. —Marcus sonrió y me dio una palmadita en el hombro—. Porque para eso son los hermanos. Para meterse en la oscuridad si es necesario con tal de ayudarte...

—Qué poético. —me reí con los ojos húmedos.

—Tengo mis momentos.

Nos quedamos en silencio unos segundos, respirando en sincronía.

—¿Sabes? —dijo él finalmente—. Cuando eras niño, eras insoportable. Te creías súper sayayin. Hacías voces. Te tirabas del sofá como si pudieras volar. Yo pensaba que ibas a morir antes de cumplir diez años.

—Y mírame ahora. Casi muero a los veintitantos. Todo va de acuerdo al plan.

Marcus sonrió.

—Pero incluso entonces... tú eras el que siempre se levantaba. Siempre. Por más golpes que te dieras. Y ahora no será diferente. Nos vas a necesitar, sí. Pero nosotros también te necesitamos. Así que no nos excluyas. Ni de tu dolor, ni de tu lucha.

—Te lo prometo.

Marcus se levantó, se acercó y me sacudio el pelo como si fuera un perro.

—Bueno, descansa. Porque si Anthony te opera el ojo de mal humor, capaz te implanta una linterna en vez de una retina.

—Gracias por el apoyo, hermano. Me haces sentir tan tranquilo...

Ambos reímos. Y por un instante, entre todo el caos, sentí que aún podíamos reconstruirnos.

Aunque fuera pedazo por pedazo.

Capítulo 31

(Narración ausente)

El silencio se rompió como un cristal estallando en mil pedazos cuando Anthony salió del quirófano. Llevaba la mascarilla colgando de una oreja, y los ojos enrojecidos por el esfuerzo. No dijo nada al principio. Solo asintió. Estaba vivo. Jake estaba vivo. La operación había salido bien. Pero el ambiente no se alivió. No del todo.

—¿Y su ojo? —preguntó Dereck con voz ronca.

—Necesita tiempo —respondió Anthony, dejándose caer en una silla —. La retina respondió... pero no puedo prometer nada. No todavía.

—¿Qué significa eso, Anthony? —intervino Erick, cruzado de brazos —. ¿Que podría quedarse ciego de ese ojo?

Anthony se llevó las manos al rostro, frotándoselo como si pudiera borrar el cansancio.

—Significa que lo hice lo mejor que pude. Y sí, hay riesgo. Pero luchamos contra él.

Henry se quedó inmóvil, sentado, mirando al suelo como si algo dentro de él estuviera por romperse. Marcus, en cambio, se mantenía de pie, apoyado contra la pared, observando a sus hermanos. Algo en su mirada no era solo agotamiento. Era contención.

—¿Y todo esto por qué? —dijo Dereck, levantándose de golpe—. Porque Jake se creyó el maldito James Bond y se lanzó solo a una puta misión suicida.

—Baja la voz...—gruñó Anthony.

—¿Bajar la voz? ¿Ahora sí hay que cuidar los decibeles? Jake casi pierde el ojo y Alice sigue inconsciente. ¿Quieres que lo celebremos?

—¡No lo hizo por jodernos! —replicó Henry, finalmente reaccionando —. Lo hizo por salvarla.

—¿Y desde cuándo eso lo exime de actuar como un imbécil temerario? —espetó Dereck.

Erick alzó la mano.

—Ustedes son idiotas... — dijo Erick sacando un trago de sabra Dios donde, y bebio un trago largo.

—Pues alguien debería haberlo detenido. —Dereck lo miró directamente—. Y tú, Marcus, eras el indicado para hacerlo. Pero te quedaste en silencio.

El silencio cayó como una piedra en un estanque. Todos giraron hacia Marcus. Él bajó la mirada un segundo y luego alzó la voz con

una calma peligrosa:

—¿Tú crees que no quise detenerlo en cuanto lo supe? ¿Qué esperabas que hiciera? ¿Amarrarlo? ¿Golpearlo?

—¡Sí! ¡Tal vez eso nos hubiera evitado esto! —bramó Dereck.

—¿Y entonces qué? —Marcus avanzó un paso—. ¿Preferías que muriera en la casa, que no hiciera nada mientras Alice era cortada en pedazos por ese psicópata?

—¡No sabíamos dónde estaba Alice! ¡¡No sabíamos si era cierto!! —gritó Dereck—. Jake no tenía pruebas, solo corazonadas y delirios. ¡Nos arrastró a todos con su obsesión!

—¡No fue una obsesión! —Henry interrumpió, con los ojos empañados—. Fue amor. Fue desesperación. ¡¿Tú sabes lo que es eso?!

—¡Cállate, Henry! ¡No hables de amor como si eso justificara arriesgar tu vida y la de todos!

Anthony se levantó de nuevo, furioso.

—¡Ya basta, los dos!

—Entonces que alguien lo diga en voz alta —susurró Erick, serio—. ¿Quién de aquí realmente aprueba lo que Jake hizo? ¿Quién de aquí piensa que lo hizo bien?

Silencio. Luego, Henry levantó la mano con timidez. Erick y Anthony alzaron la mano con firmeza. Marcus los observó; Él también levantó la suya.

—No fue lo ideal. Pero yo lo apoyo. Lo volvería a apoyar. — dijo Anthony bajando su mano.

—Pues estamos divididos —dijo Dereck—. Porque yo no.

Marcus no dijo nada. Solo se giró y se sentó de nuevo.

—¿Entonces qué? —dijo Erick—. ¿Nos partimos en dos bandos ahora? ¿Los "Jake lovers" y los "anti-Jake"?

—Lo que hagamos ahora importa más que nunca —dijo Marcus, alzando la voz con fuerza suficiente para silenciar a todos—. Porque

sea como sea, nos guste o no, Jake es nuestro hermano. Y Alice es nuestra hermana. Estamos jodidos, sí. Estamos rotos, sí. Pero no podemos permitir que eso nos fracture más. Porque si lo hacemos... perdemos todos.

Los demás lo miraban en silencio. La autoridad en su voz no era impuesta. Era natural. Era la voz de quien siempre había sido el sostén, aunque le doliera. Aunque estuviera cansado. Aunque nunca lo dijera.

—Yo no tengo todas las respuestas —continuó Marcus—. Pero sé una cosa: Jake necesita saber que no lo vamos a soltar. No ahora. No cuando se ha partido en pedazos por proteger lo que todos amamos. Y Alice... Alice necesita volver a vernos juntos. No divididos.

Un silencio denso se instaló. Dereck bajó la mirada, sin decir palabra. Henry lloraba en silencio. Anthony se cruzó de brazos, como si las emociones le quemaran por dentro. Erick respiraba con fuerza, como tragando algo que no podía escupir.

—No tenemos que estar de acuerdo —dijo Marcus finalmente—. Pero sí tenemos que estar unidos. O nada de esto habrá valido la pena.

Por primera vez en mucho tiempo, el cuarto se sintió como hogar. Un hogar fracturado, lleno de heridas, pero hogar al fin y al cabo.

Aferrado por el lazo invisible que sólo una familia real puede mantener, incluso cuando el mundo se cae a pedazos.

(Narración de Marcus)

A veces, el silencio lo dice todo. A veces, cuando Charlotte se iba sin mirar atrás, sin siquiera dejar el eco de un "te veo luego", sentía que el mundo se me escapaba en pedazos que nadie más notaba. Había días en que dormía en casa, en nuestra cama, a mi lado. Otros, simplemente no volvía. Decía que tenía cosas que hacer, que necesitaba espacio. Y yo, que toda mi vida había creído en el

control, en la estructura, me encontraba ahora sin poder siquiera contar con la presencia de la persona que más amaba.

"Un día sí, un día no", pensé, sentado en el sofá del despacho de Anthony, con la luz del hospital proyectando sombras sobre las paredes blancas. Era el único lugar donde podía esconderme por unos minutos. La taza de café a medio tomar en mis manos temblaba apenas. Los nudillos marcados, la mirada clavada en el suelo.

"Esa es la frecuencia con la que te tengo ahora. Como si nuestro amor tuviera horarios."

No era solo Alice en coma. No era solo Jake a punto de perder el ojo. Era todo. La presión de mantener unida a la familia, de evitar que la empresa se derrumbara, de fingir que aún tenía control. Estaba solo, exhausto, y por primera vez en años, no sabía si podía seguir siéndolo todo para todos.

La puerta se abrió sin previo aviso. Charlotte entró, con pasos suaves y una expresión que no sabía si era cansancio o culpa. Llevaba una bolsa en la mano. Olía a comida caliente. Había estado llorando. Lo supe por sus ojos hinchados, por la manera en que evitaba mirarme directo.

—Te traje algo —dijo con voz neutra, dejando la bolsa sobre el escritorio—. Para ti y para tus hermanos.

Me sorprendí. No por la comida, sino por el gesto. Porque últimamente, no había espacio ni para eso.

—Gracias —susurré, sin moverme aún.

Ella se quedó de pie. Parecía debatirse entre sentarse o irse. Finalmente, se apoyó en el respaldo de la silla frente a mí. Sus brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Estás bien? —preguntó.

Quise reír. Quise gritar. En lugar de eso, suspiré.

—¿Crees que alguien aquí está bien?

Ella bajó la mirada. Silencio.

—Charlotte... últimamente apenas estás en casa. Dormimos en camas distintas. Y cuando te tengo cerca, siento que estás a mil kilómetros de distancia. ¿Qué está pasando...?

—No quiero hablar de eso ahora —respondió, cortante.

—¿Cuándo entonces? ¿Cuándo no estemos rotos todos?

Ella se frotó los brazos, incómoda. Parecía buscar una excusa para no estar ahí.

—He estado... confundida, Marcus. Cansada. Todo esto me está afectando también.

—Lo sé. Y no te culpo. Pero no entiendo por qué me estás alejando.

Charlotte parpadeó varias veces, como si contuviera algo más.

—No te estoy alejando —dijo, aunque su voz carecía de convicción —. Solo... no sé cómo estar bien contigo cuando ni siquiera estoy bien conmigo.

Me quedé en silencio, asimilando esa frase. Cada palabra era una puñalada.

—Entonces háblame. Déjame ayudarte.

—No quiero ayuda —respondió—. No quiero sentir que soy otro peso más para ti.

—No lo eres. Pero si sigues callándote, lo vas a ser —dije, quizá con más dureza de la que pretendía.

Charlotte frunció el ceño. Hubo un instante de tensión antes de que desviara la mirada hacia la bolsa.

—¿Puedes darme algo de dinero? —preguntó de pronto—. Necesito comprarme una cartera.

La frase cayó como una piedra en el agua. Fría. Fuera de lugar. Me tensé, sin saber cómo responder.

—¿Una cartera? ¿Ahora?

—Sí. ¿Puedes o no? —respondió con una frialdad que me desconcertó.

Me removí en el asiento. No era por el dinero. Era por la forma. La desconexión emocional que había en cada palabra.

—Claro que puedo. —Saqué mi billetera lentamente, sintiéndome absurdamente vulnerable al hacerlo—. Pero Charlotte... esto, todo esto, se siente mal. Como si fuéramos dos extraños compartiendo tragedias.

Ella no respondió de inmediato. Tomó el dinero y bajó la mirada, como si incluso recibirlo le resultara vergonzoso.

—Lo sé —susurró.

—Entonces quédate. Quédate hoy. Te necesito. Necesito al menos una cosa en mi vida que no esté colapsando.

Charlotte apretó los labios. Me miró como si estuviera a punto de romperse y no supiera cómo evitarlo. Dio un paso hacia mí, como si fuera a abrazarme. Pero se detuvo a medio camino. Bajó los brazos.

—¿Cómo están Jake y Alice? —preguntó de pronto, en voz baja.

Tragué saliva, sintiendo el nudo en mi garganta.

—Jake sigue sedado. Anthony dice que está reaccionando bien, pero que su ojo... no está seguro de poder salvarlo. —Me pasé la mano por la cara—. Y Alice... no ha despertado. Está estable, pero... es un coma, Charlotte. No sabemos cuándo saldrá de ahí. No sabemos si saldrá.

Ella asintió, lentamente, como si sus pensamientos se volvieran aún más pesados con esa información. Dio un paso más hacia mí. Esta vez, logró posar su mano sobre mi hombro. Un gesto cálido, breve, insuficiente.

—Lo siento —murmuró.

—Quédate conmigo —le pedí otra vez, con voz temblorosa.

Charlotte se removió, como si una espina invisible le atravesara la espalda. Dio un paso atrás.

—Tengo que irme...

—Por favor, Charlotte. No me dejes solo —dije, casi suplicando—. Siento que estoy perdiendo el control de todo. Mis hermanos se pelean todos los días. Jake apenas respira sin asistencia. Alice... no abre los ojos. Y tú... tú te estás yendo. Y no tengo idea de cómo sostenerme si tú también te vas.

Ella me miró. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no cayeron.

—Tal vez eso es lo que necesitas —susurró—. Estar solo. Acostumbrarte a que al final de cuentas, solo eres tú contra el mundo.

Sus palabras me golpearon como un puño en el estómago. Quise decir algo. Quise detenerla. Pero nada salió.

Charlotte dio media vuelta. Y se fue.

Me quedé allí, helado. Con los ojos secos. Porque hacía tiempo que mis lágrimas se habían agotado. La última vez que lloré fue con Alice. La última vez que me permití quebrarme.

Y ahora... ni siquiera eso podía darme el lujo de hacer.

Todo estaba desmoronándose. Y yo ya no sabía si quedaba algo de mí que pudiera sostenerlo.

Me incliné hacia adelante, hundí los codos en las rodillas y me cubrí el rostro con las manos. No lloré. No podía. Era como si algo dentro de mí se hubiera endurecido. Como si hasta las emociones se hubieran oxidado.

Pero el peso seguía ahí. Inmenso. Insoportable. Como si el dolor estuviera arañando las paredes de mi pecho sin encontrar salida.

Pensé en mis hermanos. En Anthony, que fingía no tener miedo. En Henry, que no dejaba de caminar de un lado a otro del hospital como si el movimiento le impidiera pensar. En Erick, que trataba de mantener el humor pero que apenas comía. En Dereck, que se encerraba cada vez más en su mutismo, como si las palabras fueran una traición.

Pensé en Jake. Sedado. Luchando por mantener un ojo que quizá nunca recupere. Y en Alice... mi Grace. La única que me había hecho

llorar de verdad. La única que me abrazaba cuando yo creía que nadie debía tocarme. La única que me decía que no tenía que ser fuerte todo el tiempo.

"¿Y ahora quién me lo dice?"

Entonces, sin saber por qué, pensé en el pasado. En aquella tarde en la que jugábamos todos juntos. Una de las pocas veces en las que el mundo parecía entero. En la que no había gritos, ni golpes, ni silencios peligrosos.

Una partida de Monopoly. Todos sentados en el suelo. Riendo. Peleando por quién tenía el color rojo. Jake haciendo trampas. Erick llorando de la risa. Dereck escondido detrás del sofá. Anthony lanzando los dados como si fuera una estrategia de guerra. Y Henry riendo. Con esa risa que lo llenaba todo.

Suspiré. Cerré los ojos. Y me prometí algo:

Si alguno de ellos salía de esta... si podía traerlos de vuelta a los dos, vivos... entonces me permitiría caer. Pero no antes.

No todavía.

Porque alguien tiene que sostenerlo todo.

Y esa persona... sigo siendo yo.

(Narración ausente)

El sol apenas comenzaba a asomarse por los ventanales del hospital cuando el monitor de la habitación de Jake emitió un sonido distinto, uno que rompía con la monotonía rítmica de la noche anterior. No era una alarma, no era urgencia... era cambio.

Anthony, que dormía en la silla al lado de la cama, con los codos apoyados en sus rodillas y la cabeza ladeada, abrió los ojos de golpe. El sonido lo había despertado, como si su cuerpo supiera que algo estaba ocurriendo. Tardó unos segundos en parpadear y ubicarse en la realidad.

El rostro de Jake, antes inmóvil bajo la seda del sedante, mostraba un leve gesto en las cejas. Una pequeña contracción que Anthony reconoció al instante. Jake estaba respondiendo.

—Jake... —susurró, acercándose.

El monitor mostraba mejoría. Los signos vitales eran más estables. La respiración artificial estaba bajando progresivamente. El cuerpo empezaba a trabajar solo. Anthony salió como un rayo a avisarle a los demás.

A los pocos minutos, la habitación se llenó. Dereck fue el primero en llegar, con las manos temblorosas y los ojos vidriosos. Henry se colocó frente al monitor, intentando entender los cambios con su limitado conocimiento médico, mientras Erick simplemente se apoyó contra la pared, sin dejar de mirar el rostro de su hermano.

Marcus entró el último, exhausto y desvelado, pero con una chispa de vida que no había tenido en días.

—¿Qué pasó?—preguntó.

Anthony giró desde la cabecera de la cama.

—Está reaccionando. Le están bajando los sedantes. Puede despertar hoy.

Hubo un silencio cargado de emoción. Nadie se movió durante unos segundos. Todos lo miraban. Al mismo tiempo, era como si no se atrevieran a celebrar. Como si el miedo a la decepción volviera todo más frágil.

Jake, aunque seguía sin abrir los ojos, comenzó a mover los dedos. Primero los de la mano izquierda, luego los de la derecha. Lentamente, torpemente. Un gemido leve salió de su garganta. Fue Dereck quien lo escuchó primero y se cubrió la boca con las manos, conteniendo un sollozo.

Marcus se acercó, puso la mano sobre la frente de Jake y susurró:

—Estamos aquí, hermano. Todo está bien.

Los ojos de Jake se movieron debajo de los párpados. La reacción fue leve, pero clara. Erick se acercó con un vaso de agua, por si

necesitaban humedecerle los labios.

Anthony no podía evitar sonreír.

—Su cuerpo está reaccionando mejor de lo esperado. Tal vez su subconsciente está luchando más de lo que pensábamos.

Otro médico llegó poco después, revisó los signos, la presión intracraneal, las respuestas musculares, y asintió con tranquilidad:

—Está despertando. Puede que sea lento, pero va a ocurrir hoy. Prepárense para cuando abra los ojos. Puede estar desorientado, con dolor. Pero este es un muy buen signo.

La noticia trajo algo de oxígeno al ambiente. Henry soltó el aire contenido, Erick se giró para ocultar sus lágrimas, y Dereck apoyó la cabeza contra el hombro de Marcus, sin decir una palabra. Era su forma de agradecer. De respirar.

Horas después, mientras el sol alcanzaba el mediodía, Jake finalmente abrió los ojos. Uno solo... El otro estaba cubierto por vendas gruesas.

Parpadeó varias veces, confundido, aturdido.

Anthony fue el primero en hablar, con voz suave:

—Estás bien. Estás en el hospital. Tuviste una cirugía, pero todo salió bien.

Jake no habló. Aún no podía. Solo movió ligeramente la cabeza, buscando algo.

—Alice está aquí también —dijo Marcus, adivinando la pregunta muda. —Está viva. En coma, pero estable.

Una lágrima rodó por la sien de Jake. Marcus se la secó con la yema de los dedos.

—Vas a salir de esta. Los dos van a salir de esta. Lo prometo.

Jake cerró los ojos, extenuado. Pero en su expresión ya no había solo dolor. Había esperanza.

En la habitación reinaba un silencio distinto. No era el del miedo, ni el de la desesperanza. Era un silencio cargado de fe. De corazones

rotos que por primera vez en días, comenzaban a latir al mismo ritmo.

Y Marcus, con la mano apoyada en el pecho de su hermano, supo que la batalla no había terminado. Pero al menos, hoy... habían ganado una pequeña victoria.

Capítulo 32

Al caer la tarde, Jake comenzó a recuperar un poco más de fuerza. Su respiración era más estable y su conciencia regresaba lentamente, pero con claridad. Cuando sus ojos se posaron en todos los que lo rodeaban, una sonrisa tenue, casi imperceptible, apareció en sus labios.

—¿Qué... es esto? ¿Un velorio al que llegué tarde? —dijo, con la voz rasposa, lo justo para que lo entendieran.

Erick soltó una risa que arrastró consigo a Henry y Anthony. Incluso Marcus exhaló un sonido similar a una carcajada.

El ambiente en la habitación de Jake, aunque aún cargado de cuidados médicos, comenzaba a transformarse. La sombra de la muerte, que durante días se había asentado sobre ellos como una niebla densa, empezaba a disiparse con cada segundo de lucidez que Jake mostraba. El hecho de tenerlo consciente —aunque convaleciente— era un regalo que ninguno de los hermanos se tomaba a la ligera.

Jake, reclinado en la cama, parpadeaba con lentitud. Aunque su ojo derecho seguía cubierto por vendajes, el izquierdo se movía atento, repasando una y otra vez los rostros familiares. Marcus, Anthony,

Dereck, Erick y Henry estaban sentados alrededor, algunos en silencio, otros hablando en voz baja para no perturbarlo.

—¿Entonces me extrañaron? —bromeó Jake, con voz aún rasposa, pero marcada por ese tono burlón que lo caracterizaba.

Dereck bufó, pero no pudo evitar una sonrisa.

—Fue raro tener paz en el ambiente. Casi me acostumbro.

—Sabía que te gustaba más cuando estaba inconsciente —contestó Jake, haciendo un leve gesto como si tratara de alzar los brazos, aunque el dolor lo hizo detenerse.

Anthony, sentado a su derecha, negó con la cabeza.

—Idiota. Nos tenías al borde de la locura. Marcus casi se arranca el pelo del estrés.

Marcus levantó una ceja, sin dejar de mirar los monitores.

—Casi.

—¿Y Alice? —preguntó Jake más serio, tras unos segundos.

—Estable —respondió Henry—. Sin cambios. Pero su cuerpo responde. Sigue luchando, como tú.

Jake asintió lentamente, pero una sombra cruzó su rostro. Nadie lo mencionó, pero sabían que su mayor dolor no era físico. Era pensar en ella, inmóvil, en ese mismo hospital.

El silencio volvió, y por un instante, sólo se escucharon los pitidos suaves del monitor. Jake respiró hondo y dijo:

—¿Saben qué es lo más jodido? Que pensé que si me pasaba algo, algunos de ustedes celebrarían. —Hizo una pausa y giró el rostro hacia Dereck—. Tú, por ejemplo.

Dereck rodó los ojos.

—No seas ridículo. No te odio tanto como para querer verte así... pero tampoco me dan ganas de abrazarte.

—Claro, eso se nota —murmuró Jake.

Erick se rio y luego se quedó mirándolo.

—Es bueno tenerte de regreso. Lo que sea que venga... al menos ahora somos todos de nuevo.

Marcus se cruzó de brazos.

—No todos. Alice sigue sin despertar. Y esto... esto no termina hasta que ella también regrese.

El aire se volvió más denso. Anthony bajó la mirada, Henry resopló en silencio y Dereck se cruzó de brazos, incómodo. La realidad los perseguía incluso en los pequeños momentos de alivio.

Jake se incorporó un poco con ayuda de Anthony. Sus movimientos eran lentos y torpes, pero su mirada era más viva.

—¿Qué ha pasado afuera? ¿Quién se está haciendo cargo de la empresa?

—Yo —respondió Marcus de inmediato—. Con ayuda de Erick y Henry.

—¿Y Charlotte?

La pregunta cayó como una piedra. Marcus no respondió de inmediato. Se limitó a mirar al suelo.

—Está... bien. —Su voz sonó más baja—. No todos saben cómo lidiar con esto. Yo apenas puedo. — dijo Marcus mientras hacía sonar la respuesta lo más normal posible para no preocuparte a nadie con sus cosas.

Jake lo miró con atención.

—Estás aguantando por todos. Como siempre.

Marcus levantó la cabeza, y por un segundo, se permitió mostrar vulnerabilidad.

—Alguien tiene que hacerlo.

Anthony se levantó, como si necesitara estirar el cuerpo o escapar un momento del peso emocional del ambiente.

Jake negó con la cabeza.

—Solamente dejen de tratarme como si estuviera a punto de morirme.

Dereck se acercó y se sentó a los pies de la cama, apoyando los brazos en las rodillas.

—¿Sabes? Me alegra que estés despierto... aunque eso signifique que vuelvas a actuar como idiota.

—Admite que me extrañabas.

—Como a una muela rota.

Las risas volvieron. Pequeñas, reales, necesarias. Jake los miró a todos con atención, como si quisiera grabar esa escena en su memoria.

—¿Volveremos a ser nosotros? —dijo, con un hilo de esperanza.

Marcus lo miró a los ojos.

—Lo prometiste una vez. Ahora nos toca a nosotros prometértelo.

La habitación de Jake había cambiado de atmósfera. Aunque seguía siendo un cuarto de hospital, lleno de pitidos, máquinas y batas blancas, por primera vez en semanas se respiraba algo distinto. No esperanza, no todavía... pero sí un atisbo de algo parecido: normalidad.

En el centro, sobre la mesa auxiliar frente a la cama de Jake, un tablero de Monopolio se desplegaba con todas sus piezas. Las fichas, las tarjetas de propiedad, los billetes de colores... todo estaba ahí, como una pequeña trinchera simbólica contra el dolor y la incertidumbre. Marcus había aparecido esa mañana con la caja debajo del brazo y una idea firme en la cabeza: si iban a sobrevivir como hermanos, necesitaban más que respiradores y medicamentos. Necesitaban reír.

Jake estaba incorporado parcialmente, con almohadas acomodadas detrás de su espalda. Aunque su ojo derecho seguía cubierto, su otro ojo brillaba con una chispa de vida renovada. A su alrededor, los demás se repartían en sillas, sillones y el borde de la cama. Marcus organizaba el tablero con la misma eficiencia con la que dirigía

empresas; Anthony separaba los billetes como si fuese el tesorero de una mafia; Erick intentaba poner orden entre todos, mientras Henry lanzaba pequeñas bromas nerviosas para suavizar el ambiente. Dereck, por supuesto, ya estaba planeando sabotajes desde que vio el tablero.

—Bien —anunció Marcus—. Cada uno escoge su ficha. Nada de pelear. Jake tiene prioridad por razones obvias.

—Obvias... como que casi me muero, claro —bromeó Jake con una media sonrisa—. Yo quiero el sombrero. Siempre quise usar uno de esos.

—Eso explica muchas cosas —dijo Dereck, tomando el coche.

—El perro para mí —dijo Henry.

Erick eligió el zapato con una sonrisa suave:

—Yo solo quiero recorrer el tablero sin meterme con nadie. — dijo sarcásticamente. Era uno de los más competitivos, junto con Anthony quien no se quedó atrás con sus comentarios:

—Claro, Gandhi —bufó Anthony—. Yo voy con el barco. Me gusta la idea de hundir sus economías.

Marcus tomó la corona con dignidad.

—Entonces empiezo yo como el banco. Nadie me discute eso. — Insinuó Anthony sin dudar.

—Excepto si robas —añadió Jake—. Tengo un ojo extra entrenado ahora. No puedo parpadear con el otro.

Rieron. Anthony suspiró, mezclando los billetes con elegancia, mientras Jake lo miraba con cierto recelo:

—Dímelo de una vez: ¿vas a contar bien o vamos a tener otro escándalo de fraude como en la Navidad del 2014?

—Fue una estrategia financiera avanzada, no fraude —respondió Anthony con frialdad divertida.

—Robaste 500 del banco —dijo Henry.

—Por error —respondió Anthony, imperturbable.

Comenzaron a jugar. Jake lanzaba los dados con la mano buena, mientras Henry le ayudaba a mover la ficha. Cada casilla era una excusa para una broma, un recuerdo o un enfrentamiento entre los hermanos.

—¿De nuevo a la cárcel? —Jake miró los dados con drama exagerado—. ¡Esto es discriminación contra pacientes post-operados!

—Y contra tramposos reincidentes —respondió Dereck con una sonrisa sarcástica.

—Mira quién habla, señor "hipoteca todo y luego llora" —Jake replicó.

Erick, con tono de árbitro pacífico, comentó:

—Vamos a mantener el juego civilizado, perras hambrientas.

—Déjalos —susurró Marcus—. Esto es terapia familiar sin pagar psicólogo.

Jake se rió, aunque sus costillas dolieron un poco por el esfuerzo. Pero no le importó. Tenerlos ahí, discutiendo por billetes falsos y propiedades de cartón, era lo más vivo que se había sentido desde que Alice fue secuestrada.

El juego avanzaba con risas genuinas. Henry, fiel a su carácter conciliador, se negaba a cobrar renta cuando alguien caía en sus propiedades. Anthony, por el contrario, exigía hasta el último centavo con la frialdad de un prestamista. Dereck planeaba emboscadas inmobiliarias y Marcus se mantenía sereno, pero con el ojo fijo en adquirir todo el tablero.

—Henry, eso fue claramente un trato ilegal con Erick —acusó Dereck al ver cómo Henry cedía una propiedad sin cobrar lo justo.

—¡Era un regalo de paz! —se defendió Henry.

—No estamos en una cumbre diplomática —bufó Dereck.

—Ni en un tribunal —añadió Anthony—. Pero si lo estuviéramos, tú estarías condenado por tráfico de propiedades.

Jake reía sin parar. Cada intercambio de palabras lo hacía sentir más parte del mundo.

En un momento del juego, mientras esperaban que Anthony repartiera más billetes tras una venta importante de propiedades, Henry se detuvo a ver los demás tatuajes de Jake:

—No puedo dejar de ver tus tatuajes. Sé que ya lo mencione, pero, no lo sé... Te hacen parecer... menos tú. Aunque también, más tú. ¿Eso tiene sentido?

Marcus se giró con una sonrisa ladeada.

—Lo que no tiene sentido es que le tenía pavor a las agujas y ahora tiene tatuajes ¿Recuerdan?

Anthony asintió.

—Había que doparlo con helado para ponerle una vacuna. Y las pastillas... ni hablar. Tenían que ser de las que se disuelven.

Jake levantó la ceja, fingiendo dignidad herida.

—Tenía una garganta sensible.

—Y un umbral del dolor bajo —añadió Anthony.

Jake suspiró dramáticamente.

—Si me pusiste una aguja mientras dormía, Anthony, lo sabré. Y te demandaré.

Anthony rió.

—De hecho, te pusimos dos.

Las carcajadas volvieron a llenar la habitación. Jake sonreía con la energía justa, pero cada segundo la vitalidad regresaba a sus gestos.

Henry, curioso, tomó una de sus manos y se fijó en los nudillos.

—¿Qué es esto? ¿Tienes letras? —Se acercó más—. Hay una E, una H, una D, una A... y una M. ¿Qué significa?

Jake le lanzó una mirada cómplice.

—Adivina.

Henry comenzó con entusiasmo.

—H de... Henry... ¡Ese soy yo!

Jake alzó el meñique, confirmando con una sonrisa.

—E de Erick, A de Anthony, D de Dereck, M de Marcus...

Cada nombre venía con un dedo alzado. Henry miró a su hermano, conmovido.

—¿Hiciste esto por nosotros?

Jake asintió suavemente.

—Tatuajes para recordarme de quién soy, y asi mismo, a quienes pertenezco... por si alguna vez se me olvida.

Dereck bufó, sin dejar de sonreír.

—Y yo que pensaba que no me soportabas.

Jake le alzó el pulgar, como si hiciera un "like" burlón, y le sacó la lengua.

—No lo niegues, soy tu favorito —bromeó Dereck.

Marcus se cruzó de brazos.

—El dedo del medio claramente es para mí. Jake me idolatra.

Jake levantó el dedo medio con lentitud teatral, como si estuviera cargando un trofeo invisible. Además de insultar a quien sea sin necesidad de palabras.

—Te tengo en un pedestal, sí. Pero lleno de púas.

La risa fue unánime. El juego continuó, entre molestias fingidas y verdaderas competencias por conseguir calles completas. Henry terminó siendo el primero en declararse en bancarrota porque "prefiero la paz que la avaricia". Anthony fue acusado de corrupción tres veces, y Marcus trató de hacer un pacto pacífico entre todos que, por supuesto, fue ignorado.

—¡Banco quebrado por culpa del banquero! —gritó Erick mientras lanzaba los billetes al aire.

Anthony se reclinó con una sonrisa maliciosa.

—Quiebra o no, yo aún tengo hoteles. Como en la vida real.

Jake levantó los ojos con fingido horror.

—¿Así qué lo admites? ¡Tenía razón todo este tiempo!

Marcus, divertido, detuvo los dados por un momento y los miró a todos.

—¿Se dan cuenta de que estamos bien?

—¿Bien? —preguntó Erick.

—Estamos juntos —dijo Marcus—. Por primera vez en semanas. Sin gritos. Sin diagnósticos. Sin muerte. Solo... nosotros.

Todos se quedaron en silencio por un momento. Jake miró a sus hermanos, y por un segundo, pensó en Alice. Faltaba ella. Pero si había algo que sabía con certeza era que no podía rendirse. Ninguno de ellos podía.

—Entonces ganemos esta partida —dijo Jake con una sonrisa cansada—. Y después, la otra.

—¿La de la vida? —preguntó Henry.

Jake asintió.

—La más difícil, pero también la que vale más la pena.

Y con eso, lanzaron los dados. Un turno más. Una batalla más. Hermanos. Jugando, sanando. Viviendo.

(...)

(Narrado desde la perspectiva de Marcus)

La brisa de la azotea se sentía diferente esa noche. No era fría, pero tenía ese dejo cortante que se cuela por el cuello de la camisa cuando uno está cansado. Me senté sobre el muro de concreto con las piernas colgando, mirando las luces lejanas de la ciudad como si de verdad fueran capaces de contestar las preguntas que tenía.

Tenía un cigarrillo encendido entre los dedos. No me enorgullecía. Nunca lo había hecho delante de ellos, de mis hermanos. Era algo que solía esconder, como una debilidad que prefería enterrar entre

las paredes de la universidad, en noches de ansiedad que nadie veía cuando intentaba sostenerme a mí y a la familia a la vez. Pero hoy necesitaba algo que no fuera una palabra de aliento o una palmada en la espalda. Necesitaba dejar de sostenerme un rato.

No oí cuando se abrió la puerta de la azotea. Solo supe que alguien estaba ahí cuando escuché su voz rasposa y directa:

—¿Qué cojones estás haciendo, maldito idiota?

Me giré, sorprendido, con el cigarrillo a medio camino de los labios. Erick. Su ceño fruncido, los ojos como fuego.

—No es lo que parece... —empecé, pero él alzó una ceja con una expresión entre indignación y decepción.

—En 26 años que tengo conociéndote nunca te había visto fumar. Ni una vez. Y ahora esto. ¡Esto! —Se acercó, se detuvo justo frente a mí—. No me jodas, Marcus.

Le ofrecí el cigarro sin decir palabra, como si eso pudiera ser una respuesta. Lo tomó, le dio una calada, y luego lo devolvió con un gesto amargo.

— Asi que, Tú, El que nos salvaba a todos... No me digas que también estás cayendo.

—No estoy cayendo, —respondí, más seco de lo que quería—. Solo... estoy cansado, Erick.

Hubo un silencio. Me senté de nuevo, esta vez dejando el cigarrillo apagarse sobre el concreto. Erick se acomodó junto a mí, cruzando los brazos:
— ¿Me vas a decir o vamos a fingir que no te vi?

—Charlotte... —murmuré al fin. —Ya no es igual. No está... ella no está.

—¿Qué quieres decir?

—Duerme un día sí, dos no. Se va. A veces ni siquiera se despide. Y cuando está... está en otra parte. Le hablo y parece que solo me está escuchando por compromiso.

Erick bajó la mirada. Yo respiré hondo y seguí:

—Hace unos días le pedí apoyo... necesitaba hablar, desahogarme. Me dijo que estaba ocupada, que habláramos luego. Unas horas más tarde se apareció aquí para traer comida para todos... y después me pidió dinero. Para una cartera. —Reí sin alegría—. Se lo di. No por la cartera... sino porque quería que todo siguiera como antes. Como si eso fuera posible.

Erick apretó los dientes.

—No quiero ofenderte, hermano. Pero esa mujer es una maldita interesada.

Lo miré, frunciendo el ceño.

—No hables así de ella. La amo. Aunque no entienda lo que está pasando, la amo. No quiero que nadie la juzgue.

—Está bien, —dijo tras un suspiro—. No voy a juzgarla. Pero tampoco voy a quedarme callado si te veo destruido por ella.

Asentí en silencio.

—Hay una reunión importante pronto, —continué. —Un paso decisivo para la empresa, para todos nosotros. Y yo... no puedo pensar. Tengo la cabeza partida. Jake sigue débil, Alice está en coma... y Charlotte parece estar desvaneciéndose. Al parecer, no puedo salvar a nadie esta vez. Creo que Charlotte solo está esperando que esa reunión pase para irse. A final de cuentas, ni siquiera estamos juntos formalmente. Quizás solo me estoy haciendo una película con todo esto.

Noté que mi voz temblaba. Una lágrima, silenciosa, se deslizó por mi mejilla. Erick la notó. Se removió, incómodo. Nunca fue bueno con las emociones. Pero esta vez, habló.

—Las relaciones son difíciles. Yo... cometí errores con Lissette. Por mis problemas, por mi ira. Por lo que Joseph nos metió en la cabeza. Aprendí a base de dañar. Pero algo aprendí: si alguien quiere que te quedes, debe luchar por ello. Comunicarse. Buscarte. No hacerte sentir que estás rogando por un lugar en su vida.

Me quedé callado. Las palabras me calaron hondo.

—Sea lo que sea que pase, Marcus, —dijo—. Estoy aquí. No quiero que te sientas solo. Aunque todo parezca derrumbarse, sigo siendo tu hermano. Sigo siendo tu soporte.

Lo miré. Había algo en su voz, en su mirada, que no pensé ver en él dentro de mucho tiempo: Madurez. Hace mucho no tenía una conversación con el de este modo. Supongo que ellos han crecido... La nostalgia me mueve:

—¿Recuerdas aquella vez en la universidad, cuando me metiste en esa fiesta secreta de abogados? —dije, sonriendo levemente.

Erick soltó una risa.

—Tú ibas con camisa de botones hasta el cuello. Parecías un profesor infiltrado. Y terminaste bailando sobre la mesa con una cerveza en cada mano. Solo para estar con esa chica... Priya se llamaba, ¿no?
— Así es... Priya.

— Wow, wow... ¿Qué es ese tono cuando dices su nombre? ¿Acaso te sigue gustando?

— ¡E-Estás loco! No digas tonterías. — mi voz tembló de una manera que casi me ahogo con mi saliva. Erick me mira de reojo con una cena levantada. — Es solo que ella es la representante de la India en la reunión internacional de acciones para la empresa.

— No jodas... — Erick se muere de la risa. Yo lo miro totalmente desconcertado: — Lo siento, es que... Esto es muy conveniente. La modista decide convertirse en tremenda bipolar e interesada, y justo aparece la ex que solo lo dejaron porque ella quería irse a la India y tú no podías irte con ella en ese momento. Ambos terminaron en buenos terminos y por si no fuera suficiente, ambos son perfectos el uno para el otro. Y ahora, aparece frente a frente... Vaya Director White, es usted muy suertudo. — Erick sigue burlándose.

— Cierra la boca, no pasa nada entre nosotros. — digo volteando los ojos.

— Oh, sí, claro... y yo solo ayudaba a Lissette a sacar la basura cada noche, solo los dos.

— Bueno, puedo creerte eso. Eres muy amable cuando te la gana.

— Creo que no estás entendiendo el punto... La ayudé a sacar más que solo la basura.

— Bieeen, completamente entendido. Gracias por dejarme saber que profanaste nuestra casa con nuestra antigua encargada de limpieza... — digo entre risas como si yo no supiera esa información.

— Ok, Ok, pero conociéndote, hermano mío... Si todo sigue como va, te doy un mes para que profanes la oficina con la señorita abogada. Puedo apostarlo.

— Hecho. Diez mil dólares al ganador.

— Voy a ganarlo. — dice Erick estirándose hacia atrás como victoria asegurada.

Yo me conformo con reírme y continuar hablando de aquella noche en mi vida universitaria:

— Vaya... tú te peleaste con el tipo de seguridad por no dejar que llevaras una bocina. Juraste que era de tu propiedad.

—¡Porque era mía! —rió—. O bueno... eso creía hasta que al otro día vi que tenía escrito "Propiedad de la universidad" con marcador.

Reí. Me limpié la mejilla.

—Fue la primera vez que sentí que podía confiar en ti más allá de ser mis hermanos por sangre. Ese día supe que siempre me ibas a cubrir la espalda.

—Y lo sigo haciendo, —dijo Erick. —Siempre.

Compartimos otro cigarrillo en silencio unos segundos más. Cuando se terminó, lo tiré al suelo y lo apagué con la suela.

—No necesito esto, —murmuré.

Erick asintió.

—Lo sé. Eso es más mi estilo. Pero me alegra que lo probaras. Ahora sabes que no ayuda un carajo.

Reí y me levanté. Lo abracé con fuerza, un gesto raro entre nosotros, pero necesario.

—Gracias, Erick.

—Vamos. Tienes que volver a ser nuestro cabrón ejemplar. Nadie más quiere el puesto.

Nos fuimos de la azotea, hombro con hombro. No sabía qué iba a pasar con Charlotte, ni con Alice, mucho menos con la empresa. Pero al menos me sentía mejor conmigo mismo. Y a veces, eso era suficiente para volver a empezar.

Capítulo 33

(Narrado desde la perspectiva de Jake)

La noche era espesa, casi líquida, y el silencio del hospital pesaba como una manta sobre mis hombros. Las luces frías del pasillo se filtraban por el borde inferior de la puerta, creando líneas temblorosas en el suelo. Estaba sentado en una silla de ruedas, con la espalda recostada contra el lateral de la camilla donde Alice seguía dormida, aún sumida en ese limbo frágil entre la vida y el abismo. Tenía la cabeza agachada, las manos entrelazadas, y el corazón hecho un nudo que latía lento, lleno de temor.

Me había escapado de mi habitación a escondidas, con el suero arrastrándose a mi lado como un amigo torpe. Me acomodé en aquella silla y simplemente me quedé ahí, como un perro fiel, mirando su rostro vendado y pálido. Agarraba su mano con la mía, como si al tocarla pudiera atraerla de vuelta, como si mi sola presencia pudiera ser la cuerda que la jalara desde el fondo del océano.

Dormité un rato. No sé cuánto. Tal vez unos minutos. Tal vez horas. Pero en medio de ese sueño ligero, sentí algo. Una caricia. Pequeña. Ínfima. Un roce en el cabello, cálido y torpe, como si una mariposa aterrizara en mi cabeza por accidente. No reaccioné al principio. Pensé que era parte de mi sueño. Pero el toque se repitió, más claro. Entonces me sobresalté.

Mi corazón se disparó. Me enderecé con un sobresalto, pensando que una enfermera me había descubierto o que alguien intentaba despertarme. Pero cuando levanté la vista... era ella.

Alice.

Con los ojos entreabiertos, aún débiles, parpadeando como si el mundo estuviera demasiado brillante para ella. Su mano temblorosa seguía en mi cabello, como si no supiera soltarme. Su boca no articulaba palabras, pero sus ojos... sus ojos me hablaban.

—Alice... —susurré, con un nudo en la garganta.

Ella parpadeó lento, como confirmando que me veía. Su boca se curvó apenas en una línea mínima, pero suficiente. Me sonrió.

—No puede ser... —murmuré, y comencé a temblar.

Me incorporé como pude, con los tubos conectados a mi brazo tirando de mí, los músculos adoloridos protestando. Me incliné sobre ella, le tomé el rostro con las manos como si temiera que desapareciera de nuevo, y le besé la frente, la mejilla, los dedos.

—Por favor, dime que esto no es un sueño. Por favor, Alice... por favor dime que esto es real. —Le hablaba temblando, con la voz quebrada.

Ella, con un esfuerzo que me partió el alma, levantó levemente su mano y me pellizcó la mejilla.

—Auu... —me quejé en un susurro, entre una risa torpe y un llanto contenido. Las lágrimas empezaron a salir sin control. Era ella. Estaba aquí.

No sabía si reír o llorar. Terminé haciendo ambas cosas. Me dejé caer de rodillas al lado de su cama, aún con mi mano en la suya, y recosté mi cabeza sobre su abdomen vendado.

—Volviste... —susurré—. Volviste a mí, mi mujer testaruda. Sabía que lo harías. Sabía que lo harías...

Entonces reaccioné. Salí de mi trance y empecé a presionar el botón de emergencia con fuerza.

— Mierda, ¡Enfermera! ¡Doctor! ¡Está despierta! ¡ALICE ESTÁ DESPIERTA!

En cuestión de segundos, los pasos retumbaron en el pasillo. La puerta se abrió de golpe. Entra primero un enfermero, luego una doctora, y detrás, mis hermanos. Todos. Como si hubieran estado esperando al otro lado de la puerta.

—¿Qué...? —Erick fue el primero en hablar, pero su voz se quebró al verla.

—Dios... —susurró Marcus, cubriéndose la boca.

Henry soltó una carcajada nerviosa y Marcus simplemente cayó de rodillas al borde de la cama, tocando la sábana con las yemas de los dedos como si temiera dañarla.

Dereck no dijo nada. Solo se quedó en la entrada, paralizado, con los ojos bien abiertos. Fue Henry quien lo empujó suavemente para que entrara.

—Ven, idiota —le dijo.

Todos nos acercamos a ella. La doctora empezó a hacer preguntas básicas, le tomó el pulso, observó sus pupilas. Alice apenas podía responder con pequeños gestos. Pero estaba ahí. Despierta. Viva.

—Gracias a Dios... —murmuró Marcus, pasándose la mano por el rostro, conteniéndose como podía.

La emoción en la habitación era densa, casi tangible. Todos hablaban a la vez. Todos lloraban, aunque lo disimularan. Alice nos miraba con esos ojos que parecían contener siglos de silencio, y aunque no pudiera hablar, su mirada lo decía todo: los había escuchado todo este tiempo. Nos había sentido.

—Volviste... —repetí, con la voz entrecortada. Me incliné y le hablé al oído— No sabes lo que hiciste. Nos devolviste la vida, Alice.

Ella giró un poco la cabeza hacia mí, y con esfuerzo, susurró:

—Hola...

Cerré los ojos. El corazón me explotó en el pecho. Ya las lágrimas no encontraron donde esconderse.

—Hola, amor... mierda, hola. No sabes cuánto te extrañé.

En ese instante, todos guardaron silencio. Fue como si sus palabras hubieran abierto una compuerta invisible de alivio. Se formó un abrazo colectivo, torpe pero genuino. Nos inclinamos sobre ella como si quisiéramos sostenerla entre todos, como si ese momento pudiera ser eterno. Henry le besaba la mano. Erick la acariciaba con la yema de los dedos, como si fuera de cristal. Anthony tenía la cabeza gacha, con lágrimas cayendo sobre su antebrazo.

Marcus, que había sido tan fuerte por tanto tiempo, fue quien rompió el silencio:

—Te juro que si vuelves a hacernos esto, voy a castigarte de por vida...

Todos rieron. Incluso Alice, que soltó un suspiro entrecortado parecido a una risa muda. Fue entonces cuando comprendimos todos al mismo tiempo que, sí, estaba de vuelta.

Los doctores nos pidieron espacio para examinarla mejor, pero Alice no soltó mi mano. Me aferré a ella como si fuera mi oxígeno.

—Solo un rato —prometí—. Estaré justo aquí. A tu lado. Como siempre.

Y aunque mi cuerpo estaba cansado, y aún adolorido, sentí que podía soportar cualquier cosa si era por ella. Me senté de nuevo a su lado y apoyé la frente contra su hombro. Cerré los ojos. Ella estaba ahí. Viva.

Respiraba. Sentía. Me miraba. Y por fin... después de tanto dolor, la tenía de nuevo.

(...)

Los últimos días habían sido un deslizamiento lento entre la gratitud y la ansiedad. Desde que Alice despertó, una nueva corriente eléctrica atravesaba el aire, una mezcla entre alivio, ternura y deseo reprimido. Todos la visitaban en turnos; la doctora nos informó que su recuperación estaba avanzando bien. Aún no podía caminar por completo, ni moverse con libertad, pero su mente estaba lúcida, su mirada viva, y su corazón... latiendo.

El corazón que casi nos arrancan.

Esa noche, me ofrecí a quedarme con ella. No fue una negociación. Fue una declaración. Lo dije con una firmeza que no admitía debate:

—Esta noche me toca a mí. Quiero quedarme con ella. Necesito quedarme con ella.

Marcus, que había refunfuñado, no por celos sino porque también la extrañaba, terminó asintiendo en silencio. Me palmeó el hombro y me dejó pasar sin palabras. Él sabía. Todos sabían.

Alice ya podía hablar con más claridad después de esos días. Su voz era suave, un poco áspera aún, como si las palabras volvieran a su

garganta después de un largo viaje. Pero cada sílaba suya era una caricia, una reafirmación de que el mundo volvía a tener sentido.

—¿Te duele algo ahora? —le pregunté, sentándome en el borde de su cama, tomándole la mano.

Ella negó lentamente. —Solo... un poco de presión. Pero ya no es dolor. Estoy bien... contigo aquí.

Sentí cómo todo mi pecho se cerraba. Me acerqué y apoyé la frente contra la suya. Cerramos los ojos juntos, respirando el mismo aire, compartiendo el mismo silencio.

—No tienes idea... de lo que fue estar sin ti —le murmuré, con la voz rota—. No dormía. No comía. No vivía. Solo sobrevivía. Sentía que caminaba con un cadáver por dentro... hasta ahora. Hasta que te volví a ver mirándome así.

Ella me acarició la nuca con dedos suaves, lentos, como si redescubriera mi piel con una nostalgia antigua.

—Jake... ¿me lo cuentas todo?

—Todo.

Y así fue. Le conté lo que había hecho después de perderla. Le relaté mi desesperación, los días sin dormir, la sensación de vacío. Le hablé de la operación en mi ojo, de cómo la herida me dejó viendo borroso durante días, pero nada me dolía más que verla a ella entre máquinas. Le conté cómo los hermanos hicieron guardias, cómo Marcus casi se desmorona, cómo Dereck se encerró durante horas, cómo Erick trató de parecer fuerte, pero terminó llorando sobre la chaqueta que ella había dejado. Le conté cómo cada uno, a su manera, intentó sostenerme... y cómo fallaron, porque solo ella podía hacer que todo volviera a su lugar.

—Alice... perdí el control —le confesé. Le hablé de Sousa. De cómo lo había enfrentado. De cómo mis manos se mancharon más que nunca, con sangre, con rabia, con venganza. Sentí que me vaciaba al hablarle, que le estaba entregando partes oscuras de mí que nunca quise mostrar.

Ella escuchaba en silencio, con los ojos grandes, vulnerables. Me tocó el pecho, justo sobre mi cicatriz, como si sus dedos pudieran calmar la tormenta.

—Jake... ahora mismo no es momento para detenernos a pensar en lo que hicimos. Lo importante es que estamos juntos, que sobrevivimos. Ya tendremos tiempo para analizar lo demás. Pero... ahora, solo quiero sentir que estoy viva contigo.

Ese "contigo" fue un salvavidas. Una promesa. Una llama encendida.

—¿Te gustaría bañarte? —le pregunté, como quien ofrece un ritual de limpieza y renacimiento.

—Sí... aunque me da miedo. No me he visto aún. No quiero ver... lo que me hicieron.

Me acerqué y le tomé el rostro entre las manos.

—No hay nada que ver que yo no pueda amar. Tus cicatrices son la prueba de que peleaste por quedarte conmigo. Cada una de ellas es hermosa porque tú sigues aquí. Yo te amo así como eres, con tus cicatrices, con tus heridas... Así rota como dices estar, yo te amo.

Ella suspiró, y una lágrima le rodó por la mejilla. La limpié con el pulgar y la ayudé a levantarse. El camino hasta el baño fue torpe y lleno de risas. El suero se enredó, casi tropiezo con la silla, ella resbaló un poco y yo la agarré justo a tiempo. Fue caótico... fue nuestro.

Ya en la ducha, el agua tibia comenzó a correr. Con mis manos, retiré lentamente los vendajes. Su cuerpo, marcado, era una pintura sagrada. Su pecho tenía una gran cicatriz aún rojiza. Pero para mí, era perfecta. Cada línea, cada marca, era arte.

—Siempre imaginé que, si volvíamos a estar así, sería diferente —le dije, sonriendo.

—¿En qué sentido?

—Bueno... más sano. Menos tubos. Tal vez sin la bata del hospital.

Ella rio bajito. Y ese sonido fue más curativo que cualquier medicina. El calor del agua nos envolvía. Empecé a besar sus hombros, su

cuello, la línea de su clavícula. Sentí cómo su piel se erizaba.

—Te extrañé tanto que me dolía —susurré—. Mi cuerpo... sentía la ausencia de ti como una enfermedad. Mis manos te buscaban en la cama. Mi mente te buscaba en mis sueños.

Ella me abrazó, enterró el rostro en mi cuello. Sus dedos se aferraron a mi espalda.

—Yo también. Quería regresar. Luchaba en la oscuridad solo para escucharte una vez más.

La besé. Largo. Con urgencia. Con ternura. Mis labios reconocieron los suyos como si hubieran vuelto de la guerra. Ella se aferró a mí, se abrió a mí. Sus piernas rodearon mi cintura y sentí el calor de su cuerpo contra el mío. Mi piel ardía.

Mis manos recorrieron cada centímetro. Sentía la suavidad de sus muslos, el temblor de su vientre, la forma perfecta de su espalda. Mi cuerpo entero reaccionaba a ella con violencia y devoción. El pulso me martillaba los oídos. Tenía los dedos entumecidos de tanto deseo contenido. No era solo el placer, era la sensación abrumadora de tener de vuelta a la mujer que amaba con todo mi ser.

—No sabes cuánto te deseé. Cuánto te soñé. Cuánto dolía tenerte lejos —le murmuré mientras le besaba el pecho, justo sobre la cicatriz.

—Hazme sentir viva, Jake —susurró.

—¿Estás segura?

Ella asintió con una mezcla de miedo y deseo. Y en ese momento supe que no había vuelta atrás.

—Te prometo que cada parte de ti va a sentirse amada —le dije, con la voz temblorosa.

La tomé con una dulzura feroz. La amé con el cuerpo, con la boca, con las manos, con la voz. La penetré con una lentitud devocional al inicio, y luego con la fuerza de quien sabe que está donde pertenece. Ella jadeaba, y cada sonido suyo me volvía más salvaje.

Mi piel contra la suya, el agua corriendo, nuestros cuerpos chocando como olas contra las rocas.

Sentía cómo mi columna se tensaba, cómo mi abdomen se contraía, cómo cada fibra de mí vibraba por su causa. Me perdía en su cuerpo, en sus labios, en sus ojos que no paraban de mirarme como si también tuvieran sed de mí. Le susurré "te amo" más de una vez. Le dije que era mi hogar. Le supliqué que nunca me dejara.

Ella lloró otra vez, y esta vez yo también. El amor no solo era deseo, era supervivencia. Era confirmación. Era regreso.

Cuando todo terminó, nos quedamos abrazados bajo el agua. Temblando. Exhaustos. Enteros.

—Te lo prometo, Alice... no importa lo que venga. Nunca más te voy a soltar.

—Ya no tienes que prometer nada. Solo... quédate

—Estoy aquí. Para siempre.

La ayudé a secarse, a vestirse. La llevé de regreso a la cama. La arropé. Me acosté a su lado, y por primera vez en semanas, dormí. De verdad dormí.

Con ella.

Donde siempre debí estar.

Capítulo 34

Perspectiva de Alice

La luz entra de lado, como si supiera que no tengo fuerzas para recibirla de frente. Es un haz pálido que apenas se atreve a tocarme la cara, y aun así me molesta. Las cortinas están medio cerradas, pero no lo suficiente como para detener el día. Ojalá pudiera.

No sé si es por el coma... o por todo lo demás... pero el tiempo se siente más pesado ahora. Como si cada minuto fuera un bloque de cemento que me aplasta el pecho. Hace apenas una o dos semanas que desperté, y todavía me parece un milagro raro estar aquí, respirando, sintiendo. O tal vez no sea un milagro, tal vez sea solo un castigo que todavía no entiendo.

—Hora de sus medicamentos, Alice —dice una de las enfermeras, entrando con esa sonrisa mecánica que parece venir incluida con el uniforme. El carrito chirría y me da más dolor de cabeza que cualquier herida.

Asiento sin decir nada. Tomo las pastillas con agua tibia, como si supieran peor cuando el agua no está fría. Se quedan pegadas en la garganta por un segundo antes de bajar. Me esfuerzo en no hacer una mueca.

—Trate de descansar después —me recomienda, como si descansar fuera tan sencillo como cerrar los ojos.

Cuando se va, abro el libro que dejé a medias. No importa cuál es, la historia no me importa. Leo tres líneas y de repente estoy pensando en Sousa. En su voz. En sus manos. En cómo... supuestamente... murió.

Supuestamente.

Esa palabra me perfora. No lo creo. No puedo creerlo. No después de todo lo que sé que es capaz de hacer. No después de lo que Jake hizo con su cuerpo... algo que ni siquiera termino de asimilar porque me da miedo entrar en esos detalles mentales.

Paso la página del libro, pero no he leído nada. Y así se repite: cada vez que intento distraerme, mi mente encuentra el camino de regreso al mismo punto. Sousa. Jake. Mi familia. Yo.

Empiezo a pensar si en realidad la raíz de todo... siempre he sido yo. Jake nunca tuvo paz desde que me conoció. Mis hermanos nunca estuvieron realmente tranquilos mientras yo estaba viva y presente. Quizás todo lo que hemos hecho ha sido intentar salvarme, incluso cuando nadie lo decía en voz alta. Y ahora, después de todo, ni siquiera me siento fuerte para seguir siendo un pilar.

Me siento rota. Me siento... insuficiente.

Escucho pasos otra vez, el golpeteo de la vajilla. La otra enfermera entra con una bandeja. Sopas, pan, jugo. Le sonrío por educación, aunque no tengo hambre. Ella no insiste, y se va. El cuarto vuelve a estar en silencio, y ahí es cuando más ruido hace mi cabeza.

Pienso en la historia de mis hermanos. Pienso en cómo cada uno tuvo que volver a su vida mientras yo sigo aquí, atrapada en esta cama, en este cuerpo lento, con este cerebro que no me deja en paz. Pienso en Jake cumpliendo con su "armonización" con el FBI, en cómo no hablamos tanto como antes porque ambos estamos en mundos diferentes, aunque vivamos bajo el mismo techo. Pienso en si tal vez... él estaría mejor sin mí.

Trato de leer otra vez. No sirve.

El miedo es como una gota que cae sin descanso sobre la misma piedra, erosionándola. No me atrevo a decirlo en voz alta, pero tengo miedo de que Sousa esté vivo. De que todo esto sea solo un descanso antes de que vuelva a buscarme. De que haya un plan que todavía no veo.

Y lo peor es que no sé qué pensar. ¿Debería asumir que todo terminó? ¿Debería prepararme para lo peor? ¿O debería intentar seguir como si nada hubiera pasado? Cada opción me asfixia igual.

Me reclino hacia atrás y cierro los ojos. La enfermera tenía razón: debería descansar. Pero en cuanto me quedo en silencio... mi cabeza vuelve a abrir todas las puertas que trato de cerrar.

Hay algo que no me suelta.
Y lo peor es que ni siquiera es algo claro.
Es una sombra. Una imagen borrosa.
Una mujer.

Mi madre.

No la recuerdo bien. Y eso es lo más injusto de todo. No tengo recuerdos nítidos, ni escenas concretas, ni frases que me haya repetido mil veces. Solo retazos, como fragmentos de un sueño que no terminó de contarse.

A veces la imagino peinándome. Otras veces la imagino huyendo. Nunca riendo.
Y esa ausencia de risa... esa falta de luz en mis propios recuerdos... me parte algo dentro.

¿Y si realmente fue él?
¿Y si Sousa no solo me arrancó el derecho a una infancia normal, sino que también me quitó a la mujer que me trajo al mundo?

¿Y si mi historia empezó con un asesinato que nunca se registró como tal?

La idea me abruma.
Me rompe.

Porque es demasiado para cargar.
Demasiado para alguien que apenas puede caminar sola sin tambalearse.

Me levanto de la cama de nuevo y camino, lento, hacia el espejo del pasillo. Me miro. Me estudio. Me toco la cara como si pudiera encontrar en mis rasgos alguna prueba de ella. De mi madre. No de él. De ella.

—¿Te pareces a ella? —me pregunto en voz baja.

No lo sé.
Y no lo sabré.
Porque si mis sospechas son ciertas... ella está muerta.
Y él la mató.

Mi padre.
Sousa.
Un monstruo.

Y eso es lo que más me duele: que esa palabra, *padre*, que tantas veces fue un refugio cuando pensaba en Vladimir... ahora también lleva su rostro.
Y me siento sucia.

Contaminada.

Como si todo lo que alguna vez fui... tuviera una mancha que nunca podré limpiar.

Y entonces me doy cuenta de lo más cruel de todo.
Lo más irónico.
Lo que no dejo de pensar aunque intente no hacerlo:

Justo cuando estaba a punto de vivir la vida que soñé... fue cuando todo se derrumbó.

Justo cuando me dieron el ascenso.
Justo cuando mis capacidades fueron reconocidas.
Justo cuando Jake me miró como si ya nada más importara.
Justo cuando pensé que lo peor había quedado atrás...

El pasado vino con puños, con sangre, con fuego, con balas.
Y casi me mata.

Casi.

Esa palabra me hace llorar.
Porque si algo me aterra más que todo...
...es saber que estuvo cerca.
Demasiado cerca.

Y aún así, aquí estoy.
Respirando.

Pero no sé si es una victoria o una condena.

Me siento en el suelo, las piernas dobladas, la espalda contra la pared fría de mi habitación. Tomo una libreta del estante con lentitud. Abro la libreta. Escribo con rabia, sin pensar:

"Mi padre es un asesino."
"Mi madre está muerta."
"Yo no sabía nada."
"Yo solo quería vivir."
"La vida no es justa."
"Nada lo es."
"Casi me mata. Por poco. Por muy poco."
"¿Y si la próxima vez no fallo?"

Me quedo mirando esas palabras.

No porque quiera rendirme.
Sino porque no sé cómo seguir.

Porque no sé qué parte de mí está viva por elección...
...y qué parte solo está respirando por inercia.

Y en medio de todo eso, entre pensamientos oscuros y el sabor amargo de no tener respuestas, cierro los ojos con fuerza.

Y me repito una sola frase que no sé de dónde viene, pero que se siente como lo único que me pertenece ahora:

"Yo no pedí esto."

Cierro los ojos con fuerza.
Quiero llorar. Pero ya no me sale.
Ni eso me sale.

Tocan la puerta.
Me sobresalto.
Una parte de mí espera que sea Jake... pero no.
Jake nunca toca así.

Es Marcus.
Y con solo verlo, me siento en deuda.
Él siempre ha sido mi bastón. Mi brújula. Y ahora soy yo la que se tambalea.
No quiero que me vea así.
Tan rota. Tan ausente de mí.

—Hey —dice él, entrando con una bolsita en la mano—. Te traje panecillos. Los que te gustaban cuando eras chiquita.

Le sonrío, o eso intento.
—Gracias.

Marcus se sienta frente a mí. Me observa. No habla de inmediato.
Y yo sé que ve todo lo que intento esconder.

—¿Cómo estás, en realidad? —pregunta.

Esa palabra. *En realidad.*
¿Por qué no me preguntó simplemente "cómo estás" como hacen los demás?
¿Por qué tuvo que usar justo esa palabra?

—Bien. O... sobreviviendo —respondo.

—¿Sobreviviendo?

—Sí.
—¿Y eso es suficiente para ti?

Lo miro. Me duele su sinceridad. Me duele que me conozca tanto.
Pero no puedo abrirme. No hoy. No ahora.
Si empiezo a hablar, no voy a poder parar.
Y si no paro... me voy a romper.

—¿Y tú? —pregunto rápidamente—. ¿Cómo estás tú? ¿Qué ha pasado con Charlotte? ¿Siguen sin hablarse?

Marcus se tensa. No se lo esperaba.
Pero lo dejo pasar como si nada.
Desvío. Es lo que mejor hago ahora.

—Estamos... distantes —dice él—. No hay nada claro. No quiero hablar mucho de eso.

—Lo sé, pero... ¿tú cómo te sientes con eso? ¿Te pesa? ¿Te libera? ¿Te duele? —insisto, dándole espacio a su dolor para que tape el mío.

Marcus suspira.
—Me duele. Pero no sé si duele por ella... o por lo que representa.

—¿Y qué representa?

—Una vida que no sé si quiero —admite.

Lo miro con más atención.
Por un segundo, me olvido de mí.
Él también está roto.
Él también está intentando mantenerse de pie.
Tal vez... somos más parecidos de lo que creía.

—¿Y la empresa? ¿Cómo va todo?

—Exigente. Pero estable. Erick está cubriendo muchos turnos. Henry y Dereck también. A Anthony lo vi ayer, estaba agotado. El crecimiento de Iasion lo tiene emocional, ya debido a todas las cosas que han sucedido, se ha perdido de momento especiales con el. Pero no lo dice en voz alta. Ya sabes cómo es.

Asiento.
Hablamos de cada uno.
Como si estuviéramos repasando un mapa para no perdernos.
Para no olvidarnos de dónde venimos.
O de quiénes somos.

—¿Y tú te sientes bien en la empresa, Marcus? —le pregunto, bajando la voz—. ¿O sientes que ya no es suficiente?

Él baja la mirada.
—A veces siento que todo lo que hago es cuidar a los demás... y ya no sé si eso me alcanza.

—¿Y si nunca te alcanza? —le digo, casi sin pensar—. ¿Qué harías?

Él me mira.
Y por primera vez en mucho tiempo... veo tristeza en sus ojos.
No frustración. No cansancio. No enojo.
Tristeza.

—No lo sé, Alice. Tal vez me quedaría. Tal vez me iría. Tal vez solo... dejaría de pensar en mí.

Y ahí... me quiebro un poco.
Porque eso último... eso último suena a mí.

—No hagas eso —le digo—. No dejes de pensar en ti. No te olvides.

Él frunce el ceño.
—Eso te lo digo yo a ti.

Silencio.
Dolor compartido.
No se dice más.

Después de un rato de estar escondidos entre nuestro abrazo, Marcus se levanta. La labor llama. Me acaricia el cabello.
No dice "te amo", pero se siente.
Y yo no le digo "me estoy cayendo a pedazos", pero creo que él lo sabe.

Cuando se va, el silencio vuelve.
Pero algo cambió.
No el dolor.
No el vacío.

Sino el saber que no soy la única tratando de sobrevivir.

(...)

Perspectiva de Jake

El cuerpo duele, pero el silencio...
El silencio duele más.

La rehabilitación física es tan absurda como necesaria. Te enseñan a caminar otra vez como si tu cuerpo no supiera que ya lo hiciste mil veces. Como si las cicatrices nuevas borraran la memoria muscular que te mantuvo vivo hasta ahora.
Pero lo peor no es eso.
Lo peor es salir de la sesión, volver a casa... y no encontrarla ahí.
No como antes.

Alice está. Sí.
Pero no está.

Y no sé qué es más desgastante: verla dormida desde el umbral de su puerta sin atreverme a acercarme... o acostarme solo cada noche

con la duda de si la perdí incluso después de haberla salvado.

Duermo en otra habitación.
No porque quiera.
Sino porque no quiero molestarla.
No quiero despertarla con mis pesadillas, con mis torceduras, con mis terapias matutinas.
No quiero... entrometerme en el espacio que parece necesitar más que a mí.

Y en las mañanas, paso por su puerta.
La veo a lo lejos.
A veces respira profundo. A veces se mueve inquieta.
Y a veces solo parece flotar en un lugar donde yo ya no tengo entrada.

Volver al FBI es otro tipo de dolor.
No estoy en la sede central, claro.
Me asignaron a una pequeña oficina policial local para evitar trasladarme a Washington sin ella.
Donovan fue quien lo gestionó.
Con esa manera suya de protegernos sin decirlo.
De cuidar sin admitirlo.
De empujarnos sin tocarnos.

Pero aunque esté de vuelta en el sistema, me siento más fuera que dentro.
Como si lo estuviera intentando todo con medio cuerpo.
Como si el otro medio aún estuviera con Alice, acostado junto a ella, rogando que me mire con los mismos ojos de antes.

Estoy revisando documentos para un caso menor. Una red de distribución de documentos falsificados. Nada interesante. Nada a la altura. Nada que me saque de mí mismo.
Quizás eso sea lo que más me molesta: tener demasiado tiempo para pensar.

—White —dice una voz detrás de mí. Reconozco el tono. Uno de los agentes nuevos, Figueroa.

—¿Dime que traes café y no malas noticias —respondo sin voltear.

—Peor.
—¿Peor que un mal café?

—Wilson quiere verte.
—Ah, perfecto. Entonces tráeme un ataúd.

Figueroa suelta una risa seca y se va.
Yo me quedo ahí, mirando el expediente sin leerlo.
Wilson.
Donovan.
El jefe que se volvió algo más que eso.

Camino hasta la sala que improvisaron como oficina de dirección. Golpeo la puerta y paso sin esperar respuesta.

—¿Interrumpo tu momento de meditación zen o ya puedo entrar a ser juzgado? —digo con media sonrisa.

Donovan está de pie, mirando por la ventana. Se gira despacio.

—Jake.
—Wilson.
—Sigue sin gustarme que me llames así.
—A mí tampoco me gusta llamarte "jefe", así que estamos parejos.

Él no sonríe.
Señala la silla frente a su escritorio. Me siento.

—¿Cómo vas con las terapias?

—Una maravilla. Casi puedo abrir la botella de agua sin parecer un anciano de 90 años.
—¿Y emocionalmente?

—¿Me estás psicoanalizando o te interesa de verdad?

—Jake.

Suspiro.
Bajo el tono.
—Estoy bien. O lo intento.

—¿Y con Alice?

Silencio.
Intento bromear.

—Oh, ella me ama. Solo que no se ha enterado todavía.

Donovan se cruza de brazos. Me mira.
No como jefe.
Sino como alguien que, de algún modo, también la quiere.

—Jake, ella necesita sentir que no está sola. Incluso si no lo dice.

—Y yo necesito sentir que no la arruiné para siempre. Pero no se puede tener todo, ¿no?

—¿Vas a seguir con esa actitud?

Levanto la ceja, sin perder el humor que me sostiene de no derrumbarme.

—¿Qué actitud?

—Esa. Tu sarcasmo patético. Tu humor pesado que usas como coraza.

—Vaya. ¿Ese fue un diagnóstico psicológico o un comentario personal?

Donovan da un paso hacia el escritorio. Su voz sigue firme, pero el tono cambia. Ya no es el director Wilson. Es Donovan. El hombre. El que alguna vez la esperó.

—No es personal, Jake. Es honesto. Porque, aunque no te guste, alguien tiene que decirlo. No puedes seguir escapando de las cosas con una broma de mierda cada vez que algo duele.

—¿Y tú qué sabes de lo que me duele? —respondo, con una risa amarga—. ¿Tú sabes lo que es vivir con el peso de haber hecho todo por alguien y aún así ver cómo se aleja sin decirte por qué? ¿Tú sabes lo que es cargar con decisiones que tomaste para salvarla, y que aun así no basten?

—¿Tú crees que yo no lo sé? —pregunta, y ahora sí, su voz se quiebra apenas, lo suficiente como para callarme por un instante—. ¿Tú crees que no me dolió verla elegirte? ¿Después de todo lo que

construimos juntos, de lo que pudo ser? ¿Crees que fue fácil quedarme callado mientras se iba detrás de ti?

—Entonces ¿por qué estás aquí, dándome discursos? ¿Por qué te importa si aún la tengo o no?

Donovan camina lentamente hacia mí.
Sus ojos son fuego contenido.

—Porque ella estuvo dispuesta a dejar una gran oportunidad. A dejarme a mí. A dejar un nuevo comienzo... por estar contigo.
Porque te eligió a ti.
Y eso, Jake... eso significa que tú tienes la obligación de no cagarlo.

—¿Obligación? ¿Y tú crees que no lo sé?

—No lo parece.

—¿Tú crees que puedes hablar sobre lo que Alice siente solo porque compartieron una cama? —suelto, sin filtro.

El ambiente cambia.
Bruscamente.

Donovan no se altera visiblemente, pero lo siento.
La tensión le cruza la espalda como una ola helada.

—No vuelvas a reducir lo que hubo entre Alice y yo a eso —dice con voz baja, firme—. Porque tú no estuviste cuando ella se desmoronaba. No la viste llorar por las noches. No la viste temblar de miedo por todo lo que estaba dejando atrás. Yo sí.
Y me mantuve.
Incluso cuando eligió no quedarse conmigo.

Trago saliva.
Mierda.

—Yo estuve para ella, Jake. Incluso cuando ella decidió que ya no quería que estuviera.
¿Sabes por qué?
Porque la quiero tanto... que prefiero verla feliz, aunque no sea conmigo.

Silencio.
Solo eso.
Una verdad que arde como un disparo en el pecho.

—Y por eso vengo aquí cada vez que puedo a evitar que tú la hagas sufrir otra vez.
No porque te odie.
No porque quiera reemplazarte.
Sino porque ella merece algo mejor que tus dudas, tus bromas idiotas y tus silencios cobardes.

Me quedo sin aire.
Y sin excusas.

Pero no sin palabras.
Porque si algo me queda, es una última verdad.

—¿Tú crees que no he ido con ella porque no me importa?
¿Tú crees que me quedo en esa habitación vacía porque prefiero estar lejos?

Lo miro.
Y ahora soy yo quien no sonríe.
No más.

—No me he acercado porque... no sé si ella me quiere cerca.
Porque desde que despertó, desde que le dije lo que hice... me mira distinto.
O no me mira.
Y yo... no quiero invadir su espacio.
No quiero forzar una presencia que ya no la calma.

Donovan no responde.
Solo respira hondo.
Y por primera vez en todo este maldito tiempo... siento que me comprende.

—Pensé en acercarme. Muchas veces —confieso—. Pero no voy a hacerlo hasta que vea en sus ojos que realmente me quiere ahí.
Porque si no, me rompería.

Y no puedo romperme otra vez.
No si eso la lastima también a ella.

Nos quedamos en silencio.
Dos hombres.
Dos historias.
Una misma mujer.

Donovan asiente con lentitud.
Y esta vez, no hay reproche en su mirada.
Solo cansancio.
Y una preocupación real.

—No esperes demasiado, Jake —dice, en voz baja—. A veces... las personas no saben pedir que las abracen.
Solo esperan que alguien lo haga.

Asiento.
Y salgo de esa oficina sintiendo que me pesa el alma.

(...)

La puerta de la consulta se cierra detrás de mí con ese sonido suave, acolchado, como si hasta el edificio supiera que aquí adentro no se viene a hacer ruido.
Hoy huele a jazmín. O eso creo. No soy bueno con las flores, pero sí con los silencios. Y este lugar está lleno de ellos.

Me siento frente a ella, la doctora Vargas. Psicóloga forense. Terapeuta autorizada del FBI. Mujer de unos cincuenta, mirada tranquila, y una paciencia que da miedo.
No porque te juzgue.
Sino porque no lo hace.
Y eso... a mí me desarma.

—Buenos días, Jake —dice.
—Buenos no sé, pero son días, seguro —respondo, mientras dejo caer el cuerpo en la silla como si fuera lo único que me sostiene.

Ella se toma su tiempo para acomodarse. No tiene prisa.
Yo sí.
Pero no para irme.
Para evitar que me rompan.

—¿Cómo te ha ido esta semana? —pregunta.

La pregunta más común del mundo.
Y, sin embargo, la más difícil de responder cuando no sabes ni cómo definir "ir".

—Estoy bien —empiezo, luego me detengo—. No, espera. Eso fue automático.

Ella no dice nada. Solo asiente con calma. Me deja espacio.

—Estoy... no sé. —Digo finalmente—. Funcionando. Haciendo lo que toca. Trabajando. Haciendo mis terapias físicas. Evitando meterme en conversaciones incómodas. Evadiendo silencios. Fingiendo que estoy bien porque, si no lo hago, siento que todo se viene abajo.

—¿Y qué pasaría si se viene abajo?

—Que no sé si sabría reconstruirme.

Ella asiente, y hace una pequeña anotación.
Eso me pone tenso. No sé qué escribió. Tal vez "sujeto en negación pasiva-agresiva con tendencia a comedia evasiva crónica".
O tal vez solo puso "finalmente se sinceró".
No lo sé.
Y me incomoda no saberlo.

—Hablemos de eso —dice ella—. De la comedia evasiva.

Sonrío sin querer.

—¿Te das cuenta? —dice.
—Sí. Estoy haciendo justo lo que estás diciendo que hago.
—¿Y por qué crees que lo haces?

Respiro hondo.
Me miro las manos. Están temblando un poco, no por dolor físico, sino por algo más profundo. Como si el cuerpo supiera que se viene algo que no quiero decir.

—Porque si me río primero, nadie puede reírse de mí.
—¿Te han hecho sentir ridículo antes?

—Todo el tiempo.
—¿Quién?

No lo pienso. La respuesta está lista hace años.
—Mi padre.

Ella asiente. No con sorpresa, sino con la certeza de alguien que ya lo había sospechado.

—¿Qué hacía?

—Me humillaba. Siempre que podía. Me ridiculizaba frente a otros. Me usaba. Me entrenó para infiltrarme en organizaciones delictivas cuando yo apenas era un adolescente. Me moldeó como un muñeco útil. Y cuando ya no le serví... me dijo que ojalá Marcus hubiera sido su único hijo.

—¿Te dolió?

—No.
—¿Estás seguro?

—Sí. —Pausa—. No. —Otra pausa—. Me destruyó.

La voz me tiembla un poco.
No por debilidad.
Sino por lo cansado que estoy de pretender que esas cosas no me marcaron.

—Y cuando conocí a Alice... todo cambió —digo, de pronto.
—¿Cómo cambió?

—Ella me miró diferente. Como si valiera algo. Como si no tuviera que probarle nada. Como si... no fuera peligroso amarme.
—¿Y tú creíste que no lo eras?

—Todavía lo creo.

Silencio.
Ella se acomoda, apoya los codos en la silla, y se inclina levemente.
Su tono sigue suave, pero firme.

—Jake, ¿alguna vez te has permitido sentir rabia?

—¿Yo? Soy una bola de rabia envuelta en sarcasmo.
—¿Y la has expresado de forma saludable?

Me río.
Ella espera.
No caigo en su trampa esta vez.

—No. No sé cómo hacerlo. La ultima vez que deje que todo eso saliera mate a alguien.

—¿Y cómo lo haces ahora?

—Grito cuando nadie me oye. Golpeo paredes. Me encierro. A veces... me río.

—¿Y sientes alivio?

—Unos segundos. Luego me siento como una bomba con temporizador.

Ella toma nota esta vez. Luego me mira directamente.

—Jake, quiero que entiendas algo: la rabia no es mala. La tristeza no es debilidad. El miedo no es vergonzoso.
Pero tú has aprendido que todas esas cosas son amenazas.
Y por eso... las disfrazas. y ya para cuando no aguantas mas, no tienes manera de controlarlas. Y cuando necesitas hablarlas para curarlas tu vuelves a disfrazarlas, pero esta vez...

—Con humor?—completo yo.

—Sí.
—¿Y si dejo de hacerlo?

—Entonces vas a lograr sentir todo lo que estás evitando. Y eso va a doler.
Pero va a sanar.

Cierro los ojos.
Respiro hondo.

—Tengo miedo de que si me quito esa capa, no quede nada.
—Lo que quede será tuyo, no prestado.

Y cuando tengas algo tuyo, vas a poder reconstruir desde ahí.
No para los demás. Para ti.

Me muerdo el labio inferior.
No quiero llorar.
Pero estoy en el borde.
Y ella lo sabe.

—¿Qué crees que necesita Alice ahora mismo de ti? —pregunta.

—Espacio.
—¿Y qué necesitas tú?

—Que me necesite. Pero... no se lo digo.
—¿Por qué?

—Porque siento que si tengo que pedirlo... ya no es real.

Ella niega con la cabeza suavemente.

—Jake, las personas no siempre saben cómo pedir ayuda. O compañía. O amor.
A veces solo esperan que alguien lo dé.
No porque lo merezcan más. Sino porque están rotas.
Y tú sabes cómo se siente eso.

No puedo más.
Las lágrimas se me escapan sin permiso.
Ella no se alarma.
Solo me alcanza un pañuelo.

—¿Sabes qué es lo más valiente que hiciste hoy? —me dice.

—¿Venir aquí?

—No.
Quedarte.
Y no hacer un chiste sobre lo que sientes.

Cuando salgo del consultorio, el cielo está nublado.
Y por primera vez en semanas... no me molesta.
Tal vez porque no necesito sol ahora mismo.
Solo un poco de verdad.

Capítulo 36

No sé en qué momento exacto empezó todo este nuevo idioma entre Alice y yo. No es que dejáramos de hablarnos... pero sí, de alguna forma, dejamos de decirnos las cosas importantes. Ahora nuestras conversaciones son como esas canciones en otro idioma que te gustan, pero no tienes ni idea de lo que dicen. Te mueves con la melodía, sonríes con el ritmo, pero sabes que la letra probablemente te rompería el corazón si la entendieras.

Desde que salí de terapia intensiva y volví a mi rutina en el FBI, todo parece una coreografía ensayada: yo salgo antes de que ella despierte, paso por su puerta a la mañana como un ladrón que se roba un instante para mirarla dormir, y regreso cuando la noche ya se ha comido las horas. Dicen que la distancia fortalece, pero a nosotros lo único que nos ha hecho es convertirnos en dos islas con un puente a medio construir.

En las mañanas, la veo entre las rendijas de su persiana. Cabello despeinado, piel todavía pálida, ojos que antes parecían guardar todo el universo y ahora parecen guardar un secreto que no me quiere contar. Y yo me quedo ahí, apoyado en el marco de mi puerta, como un idiota enamorado que no sabe si avanzar o retroceder. Me digo: "No molestes, Jake. Está cansada." Pero a la vez pienso: "Si no entras, un día vas a encontrar ese lugar vacío."

Los primeros días de esa semana, intenté acercarme con pequeñas cosas. El martes, por ejemplo, llegué temprano del FBI —lo que en mi mundo significa antes de las 10 p.m.— con un café que olía a esperanza y azúcar extra. Ella estaba en la sala, leyendo un libro que seguro no estaba leyendo de verdad. Le hice un chiste malo sobre que el café estaba tan cargado que podría resucitar la bondad en mi padre, y ella soltó una risa pequeña, casi educada, de esas que se dan por cortesía. No era la risa que me enamoró. Y lo supe. Lo sentí como un golpe seco en el estómago.

El jueves probé otra estrategia: me dejé caer en el sillón a su lado y le pedí que me leyera un párrafo de lo que tenía abierto. Me lo leyó

con voz suave, pausada, y yo no escuché ni una sola palabra. Solo miraba cómo le temblaban las manos un poquito cuando pasaba la página. Cuando terminé de decirle que tenía "la voz perfecta para audiolibros de cosas ilegales" ella solo me devolvió una mirada que no supe descifrar. Ni sí, ni no.

A veces pienso que Alice quiere que me quede, pero no sabe cómo pedírmelo. Y yo, que podría quedarme toda la vida, tampoco sé si ella me dejaría. Así que lo hago a mi manera: me acerco lo justo, le toco el hombro lo justo, bromeo lo justo, y me voy antes de que cierre la puerta invisible que hay entre nosotros.

El sábado, al volver, encontré su habitación con la puerta entreabierta. Ella estaba junto a la ventana, mirando afuera como si estuviera esperando que el mundo se acabara o que, con suerte, alguien tocara el timbre y dijera: "Todo ha sido un mal sueño." Y yo... yo me quedé congelado en el marco, porque ese perfil... ese perfil era la mujer que amo y, al mismo tiempo, alguien que parecía ya no estar aquí.

Entré despacio.
—¿En qué piensas? —pregunté, intentando sonar casual.

No me miró.
—En nada.

Mentira. La conozco demasiado. Su "nada" siempre es un universo entero, pero uno al que no me deja entrar.

—Yo también estaba pensando en nada —mentí de vuelta, porque si le decía que venía de terapia y que había estado hablando de ella con una psicóloga, probablemente se encerraría aún más.

Caminé hasta quedar a un paso de ella. No me dio espacio, pero tampoco me alejó. Me apoyé en el alféizar, buscando que el reflejo en la ventana nos atrapara a los dos en el mismo cuadro.

—Hoy fue un buen día —dije.
—Qué bueno.
—Mejoraría si me contaras qué te pasa.

Ahí sí me miró. No con enojo, no con tristeza. Con algo peor: con resignación. Y entonces lo dijo, así, como si estuviera pidiendo la hora:
—Estuve pensando en... terminar con todo.

Sentí que el suelo se movía bajo mis pies, pero no dejé que mi voz temblara.
—¿Con todo...?

Nunca imaginé escucharla así. Siempre la visualicé como un sol que no dejaba de brillar por más nublado que se viera el día. Pero ahora, el miedo abrazo mi pecho al ver que el sol quería apagarse definitivamente.

Su mirada lo dijo todo. Las pastillas en el cajón, el silencio en los días anteriores, la forma en que se apartaba cuando intentaba tocarla.

—Me siento una carga, Jake. Un problema que arrastras. No importa cuánto lo intentes, siempre voy a ser la razón por la que todo se complica. Y no puedo seguir...

Le tomé la mano antes de que siguiera. No apreté. No quería que sintiera que la estaba atrapando.
—No eres una carga, Alice. Eres... mi norte.

Ella negó con la cabeza, pero yo seguí.
—Escucha... mi padre, me enseñó desde niño que la gente es reemplazable. Que si algo se rompe, se cambia. Que si alguien estorba, se quita del medio. Yo crecí creyendo que no valía nada, que mi vida no tenía sentido más allá de servirle a él. Y entonces llegaste tú. Y me cambiaste la brújula. Me diste un lugar al que siempre quiero volver, incluso si está en llamas.

Guardó silencio, pero no apartó la mano.

—Si tengo que recordarte todos los días que eres lo mejor que me ha pasado, lo haré. Si tengo que pelearme con todos los demonios que llevas dentro, me quedaré a tu lado hasta que se cansen y se vayan. Porque sin ti... —tragué saliva— sin ti yo no sé quién soy.

Y por primera vez en semanas, vi un brillo en sus ojos que no era solo tristeza.

No me soltó. Y para alguien como Alice, eso era más importante que un "te quiero" o un "me quedo". Su mano, tibia y pequeña dentro de la mía, era un puente que no me había dejado cruzar en semanas.

—No sé si puedo prometerte que voy a mejorar —susurró, como si la frase le doliera en la garganta.

—Yo tampoco puedo prometer que voy a dejar de hacer chistes malos en funerales —le respondí, porque si no metía una broma, me iba a romper ahí mismo—. Pero sí puedo prometer que voy a estar.

Ella soltó un suspiro tan largo que parecía que llevaba meses guardándolo. Me miró como si quisiera creerme, pero la vida le hubiera enseñado a desconfiar de las promesas bonitas.

—Jake... —dijo mi nombre como si pesara.
—¿Mm?
—Yo no quiero ser la razón por la que te hundas.

Sonreí de lado.
—Alice, cariño... si me hundo, que sea contigo. El fondo del mar es menos horrible si estás ahí para que me digas que me veo ridículo con burbujas saliendo de la nariz.

Ella intentó no reírse, pero vi cómo la comisura de sus labios se rebelaba. Y ahí lo supe: todavía quedaba algo de nosotros, aunque fuera en pedacitos.

Me acerqué más, no lo suficiente como para que sintiera que estaba invadiendo su espacio, pero sí lo suficiente para que pudiera olerme. Lo digo en serio: el olfato es un arma secreta. El jabón, el café, un poquito de perfume... esas cosas hacen que la memoria juegue a tu favor.

—En terapia... —empecé, y vi cómo levantaba la ceja— sí, he estado yendo, no pongas esa cara.

—¿Terapia? —preguntó, como si fuera una palabra ajena a nuestro vocabulario.

—Sí. Con una psicóloga que probablemente ya me odia, pero que insiste en que no soy un caso perdido. Hemos hablado de mi... eh... problema de ira. Y de mi pésima costumbre de bromear cuando las cosas se ponen serias.

—Eso sí es cierto —dijo, cruzando los brazos.
—Oye, mi humor es parte del paquete. No tiene devoluciones. Pero me explicó que lo hago porque... es mi forma de controlar lo incontrolable. Que cuando algo me asusta o me duele, me pongo el disfraz de payaso para que nadie vea que por dentro me estoy derrumbando.

Se quedó en silencio. Y yo aproveché para mirarla de arriba abajo, grabando cada detalle como si fuera la última vez: el cabello enredado cayéndole sobre los hombros, las ojeras profundas que no le quitaban ni una pizca de belleza, esa forma de fruncir el ceño que me mataba y me salvaba al mismo tiempo.

—¿Y si ahora no me río? —preguntó, casi en un reto.
—Entonces... —me acerqué lo suficiente como para que pudiera sentir el calor de mi voz— ...entonces yo me quedo igual. No necesito que rías para querer quedarme.

Ella parpadeó despacio, como si estuviera procesando cada palabra.
—Jake... pensé que... que después de todo lo que te dije, te apartarías.
—Y yo pensé que después de todo lo que te dije, me abrazarías.

Ella dudó un momento, pero luego, como si sus propios brazos la traicionaran, se inclinó y apoyó la frente contra mi pecho. No me abrazó... pero eso ya era suficiente para mí. Puse mi mano en su nuca, despacio, sin presión, como si sostuviera algo frágil que podía romperse.

—No me voy a ninguna parte, Alice —le susurré—. Aunque el mundo se caiga, aunque tú quieras empujarme lejos. No me voy.

Ella no contestó. Pero tampoco se apartó. Y en nuestro idioma, ese gesto vale más que cualquier palabra.

(...)

Narrado por Marcus:

A partir de la recuperación de Alice, he despertado un poco más el ánimo de seguir enfrentándome a todo lo que viene, ciertamente es complicado entenderme con mi propio razonamiento, ya que, muchas veces pienso en soltar un poco todo y a todos, con tal de buscar mi propia paz, pero, como si la vida no estuviera de acuerdo, siempre envía algo que me hace retroceder de mi paz hasta dirigirme directo al núcleo del problema.

Como hermano mayor, lo que más he escuchado es que las cosas están bajo mi cargo. Y sin importar cuanto tiempo pase, parece que eso nunca cambia.

Ya que, pasó de ser una obligación por parte de mi padre, a un estilo de vida basado en la protección de mis hermanos.

Luego de tomarme un momento y detenerme a cerrar los ojos en mi oficina, vuelvo a abrirlos en busca de ver que me depara para ese dia. Puedo percibir como la oficina me queda grande, y a pesar de eso, por momentos me da la sensación de que me estoy ahogando.

''Necesito café'' pensé.

Cuando me disponía a levantarme, suena un toque en la puerta de mi oficina. Me resigno de mala gana a sonreír y conceder paso a quien tocaba.

Violet, mi secretaria personal, entra con cuidado con una taza de café en las manos. Mi sonrisa fingida se transforma en una verdaderamente genuina cuando el olor a gloria inunda la oficina.

— Gracias, Vi. Tu siempre tan puntual.

— Lo mejor para usted, señor White.

Le sonrió de forma cortés. Tomando un sorbo, mi mirada tiene el descuido de fijarse en la blusa que lleva el dia de hoy: es blanca con puntos negros. Recuerdo el tono escandalizado de Charlotte cada vez que debía diseñar algo con patrones circulares; por alguna razón lo detesta. Cosa de diseñadores.

— ¿Está sucia mi camisa? — dice Violet avergonzada.

— No, no. No hay nada malo con tu camisa. El diseño es muy bonito. — digo mientras imagino como Charlotte me mataría por decir algo así .

Eso sí las cosas estuvieran bien entre nosotros.

Violet se tranquiliza un poco para luego sacar una pequeña libreta de su bolsillo.
— Señor, la licenciada Koothrappali solicitó una reunión con usted en media hora. Ella me informó que es debido a un presente inconveniente que debe ser tratado con carácter de urgencia.

¿Presente inconveniente?

— ¿No te informó cuál era el inconveniente?

— No señor, lo lamento.

Muerdo el lado interno de mi mejilla mientras miro el folder que está sobre mi escritorio.

La reunión internacional es en dos semanas, y no creo que el supuesto inconveniente pueda tratarse de otra cosa.

— Está bien. Puedes informarle a la licenciada que allí estaré.

Violet asiente y sale de la oficina. La taza de café ya está empezando a enfriarse.

Cierro los ojos y los presiono con mi mano:

"Esto nunca va a parar."

Reviso mi computadora en busca de consuelo. Al encenderla, no veo ni un solo mensaje proveniente de la única persona de la que quería saber en ese momento: Charlotte.
Cierro los ojos con fuerza al sentir un calor incómodo en mis cuencas amenazando con dejar salir lágrimas de frustración.

No puedo hacer esto. No ahora.

Me levanto de mi escritorio y salgo de la oficina para tratar de encontrar algo que me distrajera.

Al salir, allí estaba Anthony, a punto de entrar a su oficina. Cuando me ve, se detiene y camina hacia mi.

— ¿Qué te pasa?

— Vaya, ¿esa es tu nueva forma de darme los buenos días?

— No, pero por tu cara parece que viste el amanecer desde tu oficina. — dice levantando una ceja.

— Bueno, el amanecer desde esta torre es algo digno de admirar, ¿no lo crees?

— No te detendrías a pensar en eso si hubiera alguien esperándote en casa.

Quedo en silencio. Su sentido de intuición siempre ha sido algo muy marcado de su personalidad. No se porque me esmero en tratar de que no se preocupe por mi. Evidentemente supone que algo no va bien conmigo y Charlotte.

— Bien jugado. — respondo sin dar más detalle, mientras camino hacia la salida del despacho.

¿Realmente soy tan malo disimulando?

Antes, ellos no se daban cuenta de que no me encontraba bien...

Aunque, siendo sincero, ellos ya no tienen 9 años. Ahora son parte del negocio, y es inevitable que no sepan de ciertas circunstancias en mi vida.Todos vivimos juntos a final de cuentas.

Me muevo tratando de sacar determinación de donde no tengo. Se supone que soy el jefe, así que, debo de actuar como tal. Saludo cordialmente a cada empleado que me topo en el camino, hasta que llegó a la sala de juntas. Respiro profundamente antes de tomar el mango de la puerta en mi mano y girarlo para abrirla.

Al entrar, me encuentro casi que cara a cara con Priya, quien está distraída leyendo unos papeles. Parece preocupada, eso me inquieta al instante.

Priya y yo fuimos pareja durante casi 5 años y no recuerdo haberla visto con un semblante de tal preocupación.

— Buenos dias. — dice cuando me ve entrando. Me toma por sorpresa que me note tan rápidamente, si se veía tan sumida en sus

documentos.

— Buenos dias. — respondo casi por obligación. Hoy no ha sido mi día, pero la educación ante todo.

— Siéntese, por favor. — dice Priya extendiendo su mano a una silla que está cerca de ella. Yo hago lo que me pide sin esperar más preámbulos: — Por alguna razón, ¿has mentido en los reportes financieros de la compañía?

Mi cara se descompuso casi al instante. Priya siempre ha sido directa, pero, supongo que no haber hablado con ella durante 3 años puede contribuir al olvido.

— ¿De qué está habl...? — Priya no me deja terminar mi pregunta:

— Responda. Si o no. No estamos para juegos a estas alturas.

Mi cara se recompone y empiezo a sentir el cólera azotando mi garganta, ¿Qué es lo que está insinuando esta mujer?

— No. — Respondo sin mover un músculo.

— Bien, señor White. Eso no es lo que se muestra en estos reportes. Hay un hueco financiero de medio millón de dólares desde mediados de marzo hasta la fecha. Encontré estos en 3 reportes distintos que indican lo mismo. ¿Ya empezará a decirme la verdad o seguimos pretendiendo demencia?

— Tiene que ser una broma de mal gusto... — murmuro para mí, tomando los papeles de la mesa sin permiso ni clemencia.

No podía creerlo hasta que lo vi. Alli estaba. Una distribución de un monto tan grande que era estupido.

¿Cómo no note algo así?

— Esto no puede ser real.

— Lo es. Y si usted como cabeza de esta empresa no se percató de esto, eso significa que con mayor urgencia debo informar a los inversionistas que se retiren.

— Eso no puede ser. Estos números no pueden ser, de haber sido cierto, lo habría notado.

— Esos fondos estuvieron moviéndose en pequeñas cantidades por varios pagos a donatarios, hasta que a inicios de la semana pasada, se transfirieron sin dejar huella a un fondo fantasma de la compañía. Solo usted podría hacer algo así sin levantar sospechas, pero nunca lo pensaría tan descarado para crear una empresa y robarle a mano armada a personas que evidentemente nunca lo notarian.

Me quedo en blanco.

Me torturo a mi mismo: ¿como no lo note antes?

Fue una semana dura. Alice está en recuperación. Todos mis hermanos están desenfocados y afectados por la situación. Y por supuesto, he pasado una semana completa sin hablar con Charlotte, evitando discusiones que terminan en una noche de insomnio para mi.

No puedo proteger a mis hermanos, y la mujer que amo no quiere verme.

Que esto esté pasando pone mi cordura en juego.
— Nunca imaginé que llegarías a un punto tan bajo. Te recordaba diferente, Marcus. ¿qué te ocurrio?

— Yo no hice esto. — digo mientras aprieto la mandíbula en busca de contenerme.

— Nadie más que tú podría hacer algo así sin ser notado. Tu eres el único que ha estado presente en la empresa en el último mes. Ninguno de tus hermanos podría hacer algo así sin siquiera entrar por esa puerta. Además, tú eres el que firma esas finanzas. ¿O acaso esa de ahí no es tu firma?

Priya sigue bombardeando con comentarios pasivos agresivos acerca de mi deshonestidad con la compañía y cómo va a reportarme con la junta directiva.

Yo sigo disociando mientras miro mi firma sobre ese maldito papel que condena la compañía.

¿cómo pude firmarlo? Ni siquiera recuerdo haberlo hecho. Pero, siendo honesto, este último mes me he sentido en todos los lugares

menos en mi propio cuerpo.

Quizás lo firme sin revisar...

No, yo nunca haría eso. Ni siquiera estando cansado...

¿O si?

Ese papel parece decir lo contrario. Se ve claramente como un descuido mio.

— ¿Vas a quedarte callado?

La miro detenidamente, puedo sentir el cansancio sobresaliendo por mis poros. Pero, ella no prioriza eso. Lo se muy bien. Su trabajo es algo que respeta y sigue al pie de la letra, como perro a su hueso.

Esa fue la razón que nos separó en primer lugar; Ella quería seguir escalando laboralmente fuera del país, y yo no podía dejar a mis hermanos a su suerte con nuestro padre cerca, lo demás es historia.

No debería ni siquiera considerar explicarme. La conozco.

— No puedo creerlo. A pesar de todo, te convertiste en tu padre...

— ¡No te atrevas a repetir eso! — Respondo, irascible.

Cuando me altere, abrí mi boca más rápido de lo que logré pensar. Ya me había levantado de la silla con los papeles firmados aplastados en mi puño.

Mierda.

Suelto los papeles sobre la mesa y paso mi mano por mi cabello. Casi puedo sentir el peso sobre mi nuca cuando el estrés está por arrasar conmigo.

— Marcus... — Priya se levanta de la silla buscando tocar mi brazo con su mano para intentar calmarme.

— Nada. No tienes que decir nada. — digo en un tono más frío de lo que pude anticipar. No me gustan los juegos, pero esto, definitivamente era una mala jugada de alguien con mal gusto. Pero, si de algo estoy seguro, es que no soy un cobarde que huye cuando las cosas se complican.

— Licenciada, si va a reportarme con la junta directiva y los inversionistas, no pierda su tiempo hablando conmigo como si mis palabras fueran a cambiar su disposición. Haga lo que le corresponde.

— ¿Está retándome?

— No, le estoy diciendo que haga su trabajo, licenciada. — Tomo el papel en mis manos y caminó con él hacia la puerta: — Me imagino que debe tener más copias de dónde sacó esta. Me quedaré con una para nuestra reunión con la junta directiva.

— ¿Hace falta que también le explique de dónde la saqué? Ya que, aparentemente, conozco más su empresa que usted mismo.

Aprieto la mandíbula con fuerza, mi rostro no muestra compasión alguna. El de ella tampoco. Pero puedo percibir que está consciente que toco una tecla que no debía tocar. Una que la acaba de condenar a estar del otro lado de la muralla.

— No se preocupe, no hace falta conocer detalles de una empresa que no va a existir más. Debe estar orgullosa, imagino que haber sido inversionista en una empresa ilícita habla muy bien de su criterio como embajadora. Su currículum seguro se verá brillante.

Salgo de la sala de reuniones con el papel vuelto una bola en mi puño. Es lo que es.

Realmente no me imagine a Priya diciéndome algo así después de haber estado presente en una parte tan caótica de mi vida.

"No puedo creerlo. A pesar de todo, te convertiste en tu padre"

La frase se repite en mi cabeza una y otra vez hasta el cansancio. No se que pensar. Si alguien como ella, que duró casi 5 años a mi lado, conociendo mis sueños y pesadillas, fue capaz de decir algo así, quizás sea cierto.

Recuerdo las noches en las que le pedía llorando que me ayudara a convencerme a mí mismo de que no me convertiría en mi padre. Y a pesar de eso, no dudo en decirlo sin pelos en la lengua.

Cierro la puerta de mi despacho tras de mí y no puedo evitar dejarme caer de rodillas. Tiro la bola de papel lo más lejos que mi puntería me lo permite. Siento una presión en mi pecho que no me deja respirar.

Invertimos tanto dinero y esfuerzo en hacer que todo esto funcionara. Y ahora, un papel va a cambiarlo todo.

Nos quitaron todo, y ni hablemos de las demandas.

Yo soy el abogado. Yo soy el jefe. Yo soy el hermano mayor...

Ellos... todos, confían en mí.

Me levanto tropezando hasta mi computadora, donde me siento en la silla con la mentalidad de abrazar la noche con mi investigación.

Abro todos los archivos en mi computadora buscando algo que ni siquiera sé si existe: un culpable.

La noche arropa mi oficina, mientras las luces de la ciudad se reflejan en el ventanal. Me tomo un momento para ver la inmensidad de la ciudad mientras le doy un último sorbo al café frío de esta mañana.

Me percato de que son las una de la mañana y me decido a llegar a casa. Al final, tengo al menos tres días antes de que los inversionistas lleguen a la ciudad. Debo encontrar algo que le quite 'seriedad' a los documentos de Priya, y así ganar más credibilidad para tener más tiempo de encontrar los fondos desviados.

Cuando me subo al auto, el cuello sigue haciéndome una mala pasada con dolores y punzones. Lo malo de tener una casa grande y un negocio en la ciudad, es que, en este caso particular, no quedan muy cerca. El tráfico no ayuda y el estrés se vuelve uno con mi humor. Los fines de semana en la ciudad de los ángeles son caóticos en cuanto al movimiento en las calles.

Miro por el retrovisor la cantidad de autos que hay detrás y delante de mí. Las luces me penetran los ojos. Esto es insoportable.

No tuve que hacer mucho más que respetar las leyes de tráfico e ignorar las bocinas para llegar vivo a casa. El portero no dudó en

abrir la puerta para mi entrada, aunque su cara de sorpresa era innegable. Nunca había llegado a estas horas a casa. Entró a la casa y todo está caóticamente silencioso. En otras circunstancias me asustaría, pero sé que la mayoría están dormidos o en sus cuartos.

Entró a la cocina y tomó una botella de agua del refrigerador. Subo con ella en mano mientras tarareo una canción de Sabrina Carpenter: "Expresso". Es jodidamente pegadiza, y me ayuda a nublar mi mente de los problemas.

Abro la puerta de mi cuarto con mi mano libre. Casi me da un infarto al ver a Charlotte acostada en la cama. No podía disimular mi cara de sorpresa al verla allí, vestida con un pijama de seda y encaje. Tuve que recoger mi mandíbula, por poco toca el piso.

Disimulo lo mejor que puedo que esta vista causó un problema en mi y ahora no estamos solos en la habitación.

Intento recuperar la compostura, a pesar de que me olvidé totalmente porque estaba tan irritado.

— Buenas noches. — dice Charlotte con el tono más dulce que he escuchado en semanas.

— Buenas... — No sabía si era una trampa para regañarme por la hora de llegada. Me quité los zapatos con tal lentitud que cualquiera podría pensar que tengo un depredador frente a mi.

— ¿Día difícil? — Su voz dulce no me abandonó, lo cual hizo que mis irritaciones del día desaparecieran definitivamente. Sus palabras hacían que volviera a tener esa sensación cálida en el pecho.

La amo, es irremediable. Pero, los últimos meses han sido un vaivén de inestabilidad.

— Si, como no te imaginas... — respondí un poco desanimado. Tenía la sensación de que la conversación no iba a ir mucho más lejos.

Deshago el nudo de mi corbata mientras veo como ella se coloca en un extremo de la cama más cercano a mi. No puedo evitar ver sus piernas y perderme en ellas un segundo.

"No, no es momento. " pensé, mientras trataba de mirar en otra dirección.

— ¿Quieres contarme sobre tu día? — ella coloca una mano sobre la cama, invitándome a sentarme.

Puedo sentir como mi presión arterial bajó de golpe a mis pies. Mi pantalón me está apretando.

¿Acaso esto realmente está pasando? No recuerdo la última vez que conversamos sin discusiones de por medio. Esperé muchas cosas al llegar a casa, pero lo último que imaginé es que esto pasaría.

— Mmm... — me rasco el pelo mientras intento formular como voy a decirle que la empresa está al borde de la perdición por mi culpa.

Por si ya no pudiera sorprenderme más, Charlotte se levanta y se coloca detrás de mí. Siento escalofríos de repente. Sus manos se colocan en la parte trasera de mi chaqueta, para después quitarla con sutileza.

Intento pensar en lo que voy a decir pero sus manos me desconcentran. Cuando quito mi chaqueta, la dejó caer en el suelo y caminó hasta ponerse frente a mi.

Ahí es cuando no puedo evitar perderme en sus ojos:

"Me voy a volver loco si sigo reteniendo las ganas de sentirte mía" pensé.

Mi mirada boba no la pierde de vista. La he extrañado tanto que casi pierdo la razón. Sus ojos oscuros esperan una respuesta mía, pero yo no puedo evitar disfrutar un minuto más de su cercanía y su mirada. Me daba la sensación de que debía aprovecharla mientras durara.

— Descubrieron unos documentos en los cuales se confirma que la empresa ha estado moviendo fondos a una cuenta externa no autorizada.

El rostro de Charlotte se descompone al instante. Su dulzura se sumía en preocupación.

— ¿Como? ¿Dónde? ¿es eso posible si quiera?

— Lo es... lo peor es que yo lo autorice. Firme los papeles y ni siquiera recuerdo cuando lo hice.

Charlotte traga en seco mientras mira mi rostro. Estoy inconsolable, no estoy llorando, pero tampoco estoy en mi prime emocional.

— ¿Anthony fue quien te informó sobre ese fraude?

— Aún peor. Uno de los representantes de los inversionistas mayoritarios.

— Pero, te llevas bien con todos ellos, ¿No? Puedes hacer que te den un voto de confianza mientras desmienten lo sucedido.

Presto atención a cada palabra que Charlotte dice, realmente tiene un punto.

— El problema es que no es cualquier inversionista... — me quedo en silencio un momento, preparándome mentalmente para lo que se avecina: — Es Priya.

Charlotte frunce el ceño al instante. Está de más decir que ella y Charlotte no se soportan, a pesar de que Charlotte no sabe mucho sobre de mi historia con Priya. Le he dejado claro que es parte de mi pasado. Pero, sin importar mi esmero, ambas no pueden estar en una misma sala sin que se sienta esa pesadez en el aire.

— Pero, ¿Priya no es cercana a ti? — pregunta Charlotte analizando mis facciones.

Vaya, una pregunta trampa.

— No, no lo somos. Desde que volvió tiene un aire de superioridad y solo se enfoca en su trabajo. La simpatía le duró un día.

— Pero, ustedes eran muy cercanos antes, ¿qué cambió...? — Charlotte habla y me da la sensación de que tengo un arma apuntando en mi nuca cuando se trata de este tema.

— Supongo que todo cambió cuando me dijo que terminé convirtiéndome en mi padre. — fruncí el ceño cuando lo dije en voz alta. No puedo evitar sentir el cólera subiendo por mi espalda.

Charlotte se percata y se recompone. Notó mi incomodidad.

— ¿Ella realmente cree que lo hiciste tú?

— Va a informarle a la junta directiva y a los inversionistas sobre todo. Así que, supongo que si lo cree.

Charlotte mira al cielo en busca de cordura. Yo por mi parte, siento que ya la perdí. La cabeza me está estallando.

— ¿En serio no recuerdas si firmaste ese papel?

— No lo sé... Mi desconcentración de estos días me hace pensar que pude haber firmado y no recordarlo por estar enfocado en otras cosas.

— Otras cosas... ¿Como Alice y tus hermanos?

— Tu, Charlotte. Has estado en mi mente todo el tiempo. Mis hermanos están creciendo y eso me abruma, pero no los puedo proteger toda la vida. Ellos también deben dar sus propios pasos... — exhalo, sintiendo como un peso se forma nuevamente en mi nuca: — Trabajo todo el día por mantener la familia unida. A la empresa funcionando... Pero, al final del día, solo espero encontrarte aquí, en nuestro lugar seguro, donde siento que puedo descansar luego de haber sido la cabeza de todo, todo el día.

— Marcus... — ella dice mi nombre de una manera que solo puedo sentir su lastima. — No me siento cómoda haciendo eso. Tengo la sensación de sentirme... — hace una pausa antes de desviar su mirada. La miro de una manera tratando de incentivar a que se comunique. Pero, en lugar de eso, se cruzó de brazos en un suspiro y murmuró "olvidalo".

— Esta bien. No tienes que darme explicaciones.

No se para que intente expresar como me siento. También suspiré y decidí no darle importancia a cómo eso me marcó. Continúe alistándose para dormir. Estaba volviéndome loco toda la noche, mientras me atormentaba la sensación de tener una muralla que divide mi cuerpo y el de Charlotte. Estamos durmiendo juntos, pero puedo sentir un abismo entre nosotros. No podía pegar un ojo para

pretender dormir. La sensación de que mi familia se quedara a la deriva por mi propia culpa me estaba consumiendo la mente:

"No sé que voy a hacer.
¿cómo vamos a salir de esto?"

A pesar de no estar solo en la habitación, mi mente y mi cuerpo nunca se sintieron de este modo. Por primera vez asimile con claridad el hecho de que mi relación con Charlotte quizá no debía continuar.
Y que contra todo pronóstico, estaba solo.

Capítulo 35

La semana antes de mi regreso al trabajo se sintió como una especie de reality show privado con Jake de protagonista. Todos los días hacíamos algo distinto, cosas que parecían tontas pero que, de alguna forma, iban pegando de nuevo los pedazos que se habían roto entre nosotros. Y lo gracioso es que yo misma había puesto las reglas de "nada de sexo por ahora, vamos a enfocarnos en lo emocional", pero cada vez que lo veía quitarse la camiseta, mi cerebro se convertía en un fan club clandestino de sus abdominales. Era como intentar leer la Biblia con Bad Bunny de fondo. Spoiler: imposible concentrarse.

El lunes probamos lo de leer juntos. Voy a confesar algo impopular: yo amo los libros, pero odio cuando me los arruinan con "vamos a leer juntos". Siento que leer es como bañarte: íntimo, con tu ritmo, tu respiración. Aun así, ese domingo Jake llegó con un libro en la

mano como si fuera un ramo de flores y una sonrisa ridícula que, lamentablemente, me derrite el cerebro.

—Traje literatura —dice, como si hubiese cazado un venado—. Páginas, letras... el paquete completo.

—¿Desde cuándo tú lees sin dibujitos? —lo pincho, sentándome en el sofá con una manta que ya huele a nosotros.

—Desde hoy, aparentemente. Mi psicóloga dijo que construir hábitos nuevos ayuda. Así que vamos a domesticar a esta morsa mental que tengo por atención.

Se sienta pegado, hombro con hombro. El libro es una novela corta de crimen suave, nada de tripas, gracias. Paso la primera página y empiezo a leer en voz alta. Él escucha... por treinta segundos. A los cuarenta, siento su cabeza resbalar a mi hombro. A los cincuenta, su respiración hace ese ruidito de "estoy perfecto para la siesta".

—Jake.

—Mmm... estoy... analizando... subtexto...

—Estás roncando en minúscula.

—Eso fue una coma larga.

Le doy un codazo leve. Él pone cara de niño atrapado, pero vuelve a incorporarse, digno, como si nada.

—Dale, reanudemos la obra —dice, abriendo los ojos demasiado. Continúo. Esta vez aguanta un capítulo entero. Se ríe en las partes que deben dar risa, me pregunta "¿quién es este?" cada que aparece un nombre nuevo, y cuando termino el capítulo me mira con cara seria.

—Ok. ¿Hacemos equipo? Yo preparo café; tú lees el próximo. Si me duermo, me tiras agua.

—Si te duermes, te pinto un bigote con eyeliner.

—Trato.

No se duerme. A la mitad me toma la mano; es un gesto chiquito, ni apretado ni flojo, como diciendo "estoy aquí, no te suelto". Siento el

pecho aflojarse un poquito. Eso. Esas cosas. Los hábitos mini. Lectura, manos, café. Nada épico, pero suficiente para que el día no se sienta tan pesado.

Termina el segundo capítulo y Jake, muy serio, declara:

—Veredicto: los libros están... bien.

—Wow, cinco estrellas de Goodreads.

—No me presiones. Soy un lector en entrenamiento.

Me río. Y él también. El sonido nos queda grande todavía, pero cabe. Cuando levantó la vista, los ojos se le veían cansados pero brillando, y ahí estaba yo, intentando seguir las palabras del libro mientras tenía al lado un hombre con unos brazos que parecen hechos para que una pierda la fe en sus propias reglas. Me reí nerviosa cuando fingió un ronquido, y terminé dándole otro codazo. Fue la excusa perfecta para que él se enderezara y, sin querer, se me subiera la temperatura con solo ver cómo se acomodaba el cuello de la camiseta. Maldita sea.

El miércoles tocó la piscina. Jake salió con lentes de sol ridículos, toalla al hombro y esa sonrisa que me dice "sé que me ves". Y claro que lo vi. ¿Cómo no verlo? El agua le marcaba los músculos de la espalda y el pecho como si fuera propaganda de colonia masculina.

El sol estúpido gritaba "ponte protector o te fríes". La piscina del patio está azul como una pantalla en pausa. Jake aparece con dos toallas en el cuello y lentes que le quedan ridículos. Me da una.

—Actividad terapéutica del día: agua. Menos pensar, más flotar.

—Suena a plan diseñado por una foca —le digo, pero ya me estoy riendo.

Entramos. El agua está perfecta. Jake intenta nadar bonito; fracasa con dignidad. Yo hago el muerto boca arriba, mirando el cielo como si me fuera a mandar un DM.

—Si te vas a hundir, me avisas —dice.

—Si me hundo, me vienes a buscar. Nada de discursos motivacionales desde la orilla.

—Cero discursos. Solo abrazos.

Y entonces, sí, me toma por la cintura y me arrastra un poco, juego bobo de niños grandes. Me salpica a traición y le declaro la guerra. Terminamos jadeando de risa en la orilla, con el sol secándonos la espalda.

Desde la terraza, Marcus cruza. No baja. Solo se queda un segundo mirando, con cara de quien se acuerda de algo que le dolió y le gustó a la vez. No nos interrumpe. Levanta una mano a modo de "los vi, sigan disfrutando". En su gesto hay esa cosa rara: orgullo y envidia noble, como si nos deseara eso mismo para él.

Jake lo ve también. Le hace un gesto de "todo bien?". Marcus responde con un pulgar arriba y desaparece. Me queda dando vueltas la espina de que él está pasando por su propio huracán, pero ahora mismo no sé cómo ayudarlo. Anoto mental: más tarde, té con Marcus en la cocina. O café. O silencio, si eso es lo que necesita.

—¿En qué estabas pensando? te fuiste lejos. —pregunta Jake.

—En que te ves ridículo con esos lentes.

— estás dolida de que me quede mejor que a ti.

— Oh, si. Claro está.

En un momento bastante predecible, nos besamos por fin, cortito, suave, como si el sol fuera testigo y hubiese aprobado el permiso. Casi grito que se olvide de mis reglas y me haga suya allí mismo. Pero no, solo pretendí que no estaba al mismo nivel de la piscina en cuanto a humedad se trataba.

Por otra parte, el sábado fue una noche de películas. Yo había insistido en que escogiera una comedia boba para no pensar mucho, y él la convirtió en narración deportiva. Cada vez que me reía, se me acercaba más al oído, y yo pensaba que en cualquier momento me iba a olvidar de todos los discursos de "fortalecer lo emocional primero". Cuando finalmente nos acostamos juntos, sin intención de nada más, me apoyé en su pecho y lo sentí respirar.

Esa fue la tortura más dulce del mundo: tenerlo tan cerca, sentir su calor, y a la vez saber que yo misma era quien estaba levantando la barrera. Apreté los ojos y me dije: "vas a fracasar, Alice, lo sabes". Y sí, quizá iba a fracasar. Pero él, sin exigirme nada, solo pasaba su mano por mi cabello y me susurraba: "estoy aquí". Eso era suficiente.

El domingo, mi teléfono sonó temprano. Era un número interno del FBI. El corazón me dio un brinco, porque sabía que ya se había acabado la pausa. Contesté. Me confirmaron el alta y mi asignación: casos menores, algo "soft" para retomar el ritmo. Lo que no me esperé fue la dirección: el precinto 99 de los angeles. Mi viejo hogar. Y con la capitana Willys al frente.
Sentí como si alguien me hubiera echado un balde de agua fría. Cerré los ojos un segundo, apreté el teléfono, y lo único que pude decir fue:

—Entendido.

Cuando colgué, Jake ya estaba detrás de mí, observando:

—¿Qué pasó? —preguntó, serio.

—Me dieron el alta. Vuelvo a trabajar.

—Eso es bueno, ¿no? —dijo, con una sonrisa medida.

—Sí... pero voy a hacer trabajo "soft" al 99. Con Willys.

Jake no dijo nada al principio. Caminó hacia mí, me tomó las manos y me miró fijo, con esos ojos verdes que siempre parecen leerme entera.

—Escúchame bien, Alice. —Su tono era firme, sin una pizca de broma—. Tú no vuelves como la misma agente de antes. Ahora vuelves como la representante del FBI. Tú estás por encima de cualquier capitana de precinto. Si Willys quiere jugar sucio, que recuerde que el FBI pisa más fuerte que cualquier uniforme local.

—Pero... es Willys. Tú no entiendes... Siempre me hizo sentir como si no pudiera ni mover un dedo sin pedir permiso.

—Eso fue antes. —Apretó un poco más mis manos—. Antes, tú eras Alice, la detective forense. Ahora eres Grace Jill, agente del FBI. Ella ya no es tu superior. Y lo mejor de todo: no vas sola.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo voy a seguir provocando cualquier excusa para pasar por el 99 y verte. Aunque sea para dejarte café, así sea para hacer chistes malos en los pasillos. No voy a dejar que sientas que estás en territorio enemigo.

Me quedé mirándolo, sintiendo cómo el miedo que me había subido al pecho empezaba a bajar poco a poco. Su seguridad era contagiosa.

—¿Y si me intimido? —pregunté, más bajito.

—Entonces te acuerdas de algo —me respondió, con una media sonrisa—: que ella no es superior a ti. Que nunca lo fue. Y que ahora, menos.

Respiré hondo, sintiendo que mis pulmones se llenaban de algo que no era aire, sino valor prestado.

—Ok. —Asentí—. Entonces voy a entrar ahí con la frente en alto.

—Exacto. —Me dio un beso en la frente—. Y cuando salgas, yo voy a estar en la puerta con un café indecentemente dulce.

Me reí, por fin, con esa risa que estos días ha sido tan genuina. Y pensé que sí, tal vez iba a fracasar en mi intento de no sucumbir a la tentación de Jake... pero en lo que no iba a fracasar era en volver al 99 con la seguridad de que, aunque Willys me esperara con todas sus miradas asesinas, yo tenía algo mucho más fuerte: a Jake sosteniéndome de la mano, incluso cuando yo no lo veia.

(...)

La puerta del 99 se abrió y, por un segundo, me sentí como en esas series viejas donde el protagonista vuelve a su ciudad natal después de mucho tiempo. El olor era el mismo: café recalentado, papeles

viejos, tinta de impresora y ese eco constante de teléfonos sonando. Todo lo que alguna vez odié y amé en un mismo paquete.

No me dio tiempo a procesar porque escuché un grito detrás del mostrador.

—¡ALICEEEE! — Brooklyn salió disparada desde recepción como si fuera a taclearme en pleno pasillo. El moño alto se le desarmó a la mitad y me apretó como si quisiera reacomodarme las costillas: — Pensé que iba a ser un rumor —me dijo, con los ojos brillosos—, pero mira quién volvió a darme drama de primera fila.

—Drama queen, yo también te extrañé muchisimo —le respondí, y juro que casi me tiembla la voz.

— y ¿Cómo es el FBI? ¿Hay muchos hombres guapos? ¡Quiero que me lo cuentes todo todito, ahora mismo!

Me rei a carcajadas. No pude contenerme. En eso, Carlos apareció con su eterna carpeta en mano. Siempre parece más serio de lo que es, pero el tipo me miró con ese gesto de amor que nunca me falla.

—Bienvenida de vuelta, Detective Jill. Esta vez con credenciales de FBI, ¿eh? —dijo, y me chocó el puño: — ¿Vienes a dejarnos ciegos con el brillo de tu nueva placa, Agente...? — hace una pausa para ver mi placa detenidamente: — con que ahora eres la Agente Grace Jill ¿eh?

— Nunca pense que quisieras usar ese nombre en publico, aunque debo admitir que me encanta. Te da un flow misterioso, loveee it. — Brooklyn opina y mi sonrisa no se borra. Vuelvo a Carlos quien aun tiene el puño levantado apuntando en mi direccion. Yo ruedo los ojos y decido romper el contacto con un abrazo cálido. El se queda en el aire unos segundos, pero luego de volver a la tierra, me abraza de vuelta unos segundos. Apreciamos nuestra cercania por unos segundos hasta que decidimos alejarnos para evitar comentarios bobos de ojos chimosos.

— En fin, a pesar de todo, sigo siendo la misma que les robara el café de por vida.

Clark y Loyd entraron en escena como si hubieran ensayado su entrada.

—¡Que suenen los tambores, volvió la estrella del show! —gritó Loyd, exagerando una reverencia.

—¡Y esta vez con presupuesto federal! —añadió Clark, con un guiño que me hizo reír.

— Ah bueno, ustedes estaban mas entedaros que yo de mi llegada... Me pregunto, ¿Quién lo habrá averguado? — me volteo disimuladamente a ver a Brooklyn.

— ¿Qué? No me mires a mi. Yo solo tengo un buen par de oidos, y algo tan bueno, se tiene que compartir. — dice subiendo los brazos en señal de inocencia.

— Si si, clarooo. — me rio a cargadas mientras siento como los cuatro se agruparon alrededor mío como si quisieran blindarme de todo lo demás. Y créeme, lo necesitaba, porque apenas terminé de sentir el calor de ellos, llegó la ráfaga de aire frío que siempre me persigue: la capitana Willys.

La vi salir de su oficina como si alguien hubiera invocado a Voldemort en medio de un cumpleaños. Traje gris impecable, pasos que suenan a sentencia, y esa mirada de rayos X que te desarma en dos segundos.

—Agente Jill —dijo, escupiendo mi apellido como si le supiera amargo—. Pase a mi oficina.

El grupo entero se tensó. Brooklyn apretó mi brazo como diciendo "respira". Carlos se enderezó con cara de "no voy a dejar que te coma viva". Clark y Loyd hicieron un gesto entre broma y advertencia, pero nadie se atrevió a decir nada.

Entré en su oficina y cerré la puerta. El aire ahí siempre se siente más pesado, como si la planta en la esquina sobreviviera solo por miedo, no por agua.

Willys ni me miró al principio, solo hojeaba un folder. Finalmente levantó la vista, y ahí estaba ese brillo que siempre me quiso apagar.

—No sé qué arreglo tuvieron en el FBI para enviarla aquí, pero sepa que en MI precinto seguimos un orden. Y si cree que puede saltárselo, se equivoca.

Sentí el impulso de encogerme como antes, pero entonces recordé lo que Jake me dijo la noche anterior: "Ella no es tu superior. Nunca lo fue. Ahora menos." Respiré hondo.

—Con todo respeto, capitana, no vengo a saltarme nada. Estoy aquí para supervisar casos menores como parte de mi reintegración. Y aunque este es su precinto, también es mi casa. Usted lo sabe.

Willys entrecerró los ojos.

—Su casa, dice. Qué curioso, yo nunca la vi como parte de mi equipo, Jill. Siempre demasiado... independiente.

—No era independencia, capitana. Era hacer mi trabajo.

El silencio se estiró como una cuerda. Ella chasqueó la lengua y volvió al folder.
—Solo le advierto: aquí no está en Quantico. Aquí no aplaudimos discursos.

Yo sonreí apenas.

—Tranquila, no traje una diapositiva. No es necesario que se tome la molestia de introducirme a mi propio precinto, conozco el mecanismo de esta máquina. Incluso los engranajes que se deben reemplazar.

La miro de reojo, dejando que se percate totalmente de mi intención de destituirla. No me interesa su puesto, pero ella no lo merece en lo absoluto. Por un segundo juraría que el pómulo le tembló. No sé si fue rabia o si casi se rió, pero me dio igual. Porque no me fui de ahí encogida como antes. Salí de la oficina con la frente en alto, aunque debo admitir que las rodillas me temblaron un poco. Ya fuera, mis amigos me estaban esperando como si fueran escolta. Brooklyn me agarró de la mano:

—¿Sobreviviste?

—Más que eso —respondí—. No pienso volver a darle el gusto de verme intimidada. — Carlos asintió. Clark me dio un toque en la frente con un bolígrafo como si estuviera poniéndome "armadura anti-Willys". Loyd, mientras tanto, decía en voz alta:

—¿Sabías que ahora el FBI manda por encima de cualquier capitana local? —con tono casual, pero suficiente para que varios lo escucharan.

Me reí. Me sentí ligera.

Esa primera jornada la pasamos entre papeles, bromas y trabajo real. Brooklyn se aseguró de que yo tuviera un escritorio digno, Clark me pasó un café con un dibujo de bigote en el vaso, y Loyd se dedicó a actualizarme sobre cada chisme del 99 como si fueran noticias internacionales. Carlos, más sobrio, me ofreció ayuda con los expedientes, con su amor sarcastico pero real.
Cada vez que veía pasar a Willys por el pasillo, sentía esa presión en el estómago, pero también escuchaba en mi cabeza la voz de Jake: "No es tu superior. Tú representas al FBI." Y por primera vez, en mucho tiempo, me lo creí.

Cuando la jornada terminó y salí del edificio, ahí estaba Jake, apoyado en el auto con un café indecentemente dulce y una sonrisa descarada.

—¿Sobreviviste? —preguntó.

—Sobreviví —respondí, y lo abracé como quien vuelve de una batalla.

Y mientras apoyaba la cabeza en su pecho pensé: tal vez esta vez la guerra con Willys no me destruya. Porque ahora no estoy sola. Tengo a mis amigos, tengo al FBI detrás de mí... y tengo a Jake en la puerta, esperándome siempre con café. Quizás sea momento de hacer las cosas bien, y deshacernos de esa capitana de una vez por todas.

Capítulo 36

La primera vez que pensé "esto se nos va a ir de las manos" fue un martes.

Los martes tienen esa energía de no soy lunes, pero tampoco te voy a dejar respirar. Y ese martes, en específico, el Precinto 99 olía a café rehecho, a impresora desesperada y a ese tipo de silencio raro que aparece cuando todo el mundo está fingiendo que "todo bien".

Yo también estaba fingiendo.

Porque por fuera yo era Grace Jill, representante del FBI, postura recta, mirada segura, una carpeta en la mano como si la vida entera fuera un formulario con casillas que se marcan.

Pero por dentro yo era Alice, la misma que había aprendido a sobrevivir mirando de reojo... la misma que sabía reconocer el peligro en cosas pequeñas.

Y la capitana Willys llevaba días siendo "pequeña".

Pequeña en lo cotidiano.

Pequeña en lo venenoso.

Pequeña en lo que no grita, pero te aprieta la garganta.

No era la Willys de antes que explotaba. No. Era peor: Willys sonriente.

La Willys que te dice "buen trabajo" con la cara de quien acaba de esconder una navaja en su abrigo.

Esa Willys.

Y yo tenía una misión: entregar un reporte. Un reporte real, con cadena de custodia, con pruebas que no pudieran "perderse" en un cajón, con piezas que no se pudieran reinterpretar a conveniencia. Un reporte que, si salía bien, no solo la hundía a ella: abría camino para que Carlos fuera capitán y el 99 dejara de sentirse como una casa llena de goteras y moho emocional. Y sí. Yo sabía lo que esta decision significaba: Guerra. No fui directa al grano ese martes.

Porque decir "vamos a incriminar a la capitana" en un precinto es como decir "vamos a poner un cocodrilo en la nevera".

Primero, necesitas saber quién tiene hambre, quién tiene miedo y quién va a chivatear porque cree que el cocodrilo es "muy grande para caber en la nevera".

Me fui a la sala de descanso, como si yo fuera una humana normal que solo quería agua. Brooklyn estaba ahí, con su drama habitual de "esta uña se me partió y claramente el universo me odia", y Loyd y Clark discutían si los pingüinos tienen rodillas, y en mi opinion, por supuesto que tiene rodillas, solo que sus piernas son muy cortas como para notarlo. Carlos, por otra parte, estaba sentado con la espalda recta, leyendo un informe como si el papel pudiera morderlo. Ese era Carlos: disciplina, calma, y una paciencia que yo no entendía... Porque si yo fuera Carlos, ya hubiera renunciado y me hubiera mudado al campo a criar gallinas.

— Alohaa —dije, apoyándome en el marco de la puerta—. Necesito cinco minutos de su vida y probablemente que sacrifiquen una parte de su alma.

— Que prometedor... — Dice Carlos entre dientes.

Brooklyn levantó la mirada:

—¿Es el tipo de conversación donde debo cerrar la puerta o el tipo de conversación donde debo fingir que no escuché?

—Ambas —respondí—, depende de cuánto amor me tengas.

Loyd me miró con ojos brillantes.

—Yo te quiero un 8 de 10, porque el 10 lo reservo para mi perro.

—Eso es justo —murmuré sarcasticamente—. Ok. Ya, en serio...

Carlos bajó el informe despacio.

—¿Qué pasa ahora?

Yo respiré. No profundo. Porque lo profundo a veces hace que te derrumbes. Y yo no podía derrumbarme ahí. A l menos, no en ese momento. Caminamos todos al lado mas privado que tiene el

precinto: la oficina junto a los archiveros que una vez me pertenecio. Antes de entrar ali con ellos, ya habia pensado en Willys y en como acababa de irse a su amado descanso, donde cruza la cuadra en su lujoso jeep en busca del chessecake de la señora Amanda, dueña de una cafeteria no muy lejos. Pero si lo suficiente como para entrar a la oficina y plantear lo que debo decirle a mis amigos.

Debo de admitir que al entrar no pude evitar tener pensamientos intrusivos al ver el escritorio de reojo: "Ahora no, Jake. Sal de mi mente, maldita sea".

Tosi un poco antes de hablar, en busca de aclarar mi garganta, y de igual forma mi mente depravada:

—Tenemos una ventana corta para presentar un reporte formal y destituir de una vez por todas a la bruja. Pero para que ese reporte haga daño real... necesitamos algo más que "Willys es insoportable". Necesitamos pruebas. Irrefutables. Documentadas. Con cadena. Sin huecos.

Clark se acomodó como si fuera una película.

—¿Pruebas tipo... ella se roba cosas?

—Pruebas tipo... abuso de poder, manipulación de evidencia, represalias, favoritismos, desvío de recursos, alteración de asignaciones para castigar. Cosas que se sostienen ante un comité, no ante un chisme.

Brooklyn se quedó seria. Eso, en Brooklyn, era una señal de emergencia.

—¿Tú estás pidiéndonos...?

—Estoy pidiéndoles ayuda —dije, sin adornos. Y luego, porque soy yo, agregué—: y estoy pidiéndoles que no mueran en el intento, lo cual es un plus.

Carlos no dijo nada por unos segundos.

Y luego:

—¿Qué necesitas exactamente?— Brooklyn me miro con esos ojos profundos que solo ella sabe poner. A traves de su miedo, podia ver que de igual forma no quiere dejarme sola con todo eso. Carlos solo se cruzo de brazos con una media sonrisa, como si hubiera estado precintiendo lo que iba a pedirles. Por ultimo, mis ojos cayeron sobre Clark, quien vio preguntas en mi mirada, y como respuesta, solo levanto el dedo pulgar en señal de apoyo.

Ahí supe que no estaba sola. Pero también supe otra cosa: que si esto salía mal, no era solo mi vida profesional. Era la de ellos. Y esa responsabilidad pesa diferente.

(...)

El segundo día, el precinto estaba más silencioso de lo normal. Willys caminaba por el pasillo con esa sonrisa de "yo sé algo que tú no". Y yo, en lugar de entrar en pánico como una persona normal, me puse más precisa. Porque el miedo, cuando lo manejas mal, te vuelve muy torpe.

Y yo no podía darme el lujo de ser torpe ahora. Nos organizamos como si estuviéramos planeando un cumpleaños. Literal.

Brooklyn escribió por nuestro grupo de whatsapp:

"CUMPLEAÑOS DE WILLYS"

No pude evitar reirme.

Debajo, hizo una lista:

Pastel: evidencia

Velas: testigos

Invitados: documentos

Música: cadena de custodia

Piñata: la capitana

—¿Esto es humor o terapia laboral? —pregunté.

—Ambas —dijo Brooklyn—. Y tú eres la que siempre dice que incluso un trauma necesita estructura.

Me tocó reír. Me tocó, porque si no me reía iba a llorar, y yo no lloro en público... yo lloro en baños y después salgo con la cara de "me cayó shampoo".

Carlos asignó tareas:

Brooklyn revisaría archivos y registros (sin dejar rastro).

Clark y Loyd se encargarían de ver patrones en patrullaje: reasignaciones raras, llamadas que Willys "movía" de un lado a otro.

Carlos haría lo difícil: hablar con gente sin asustarla, pedir declaraciones sin que sonara a conspiración.

Yo: armaría el mapa, validaría todo, cuidaría la cadena de custodia, y serviría de cortafuegos si algo se prendía. Era un plan bueno. Y por eso mismo me dio miedo.

Porque los planes buenos son los que más duelen cuando fallan.

y adivinen... ¿el primer error de quien fue?

Por supuesto que fue mio.

Yo fui quien le dijo a Brooklyn: "usa tu acceso como siempre. Solo revisa. Nada de imprimir. Nada de descargar. Fotos mentales."

Brooklyn, que es una mezcla peligrosa entre una archivista brillante y una persona que cree que las reglas son una sugerencia estética, encontró algo. Un cambio de asignación firmado digitalmente que no cuadraba. Una orden para mover evidencia de un caso importante a un depósito "temporal", el mismo día que a un oficial lo castigaron por "desobediencia".

Era oro. Y Brooklyn hizo lo que hacemos cuando encontramos oro: lo quiso guardar en el bolsillo.

—Tomé una foto —me dijo, bajito, acercándose tanto que pude oler su perfume—. Solo una. Con el celular en silencio.

Yo sentí que el corazón se me iba a caer.

—Brooklyn...

—Fue por seguridad —susurró—. Por si se borra. Por si desaparece. Por si...

Y justo cuando iba a decir "yo sé", el pasillo se quedó en silencio.

No "silencio normal", sino ese silencio que tiene pasos.

Willys apareció en la entrada, como si el universo la hubiera soltado ahí para recordarnos que no es una villana de caricatura: es una persona real con poder real.

—¿Interrumpo? —preguntó, sonrisa de porcelana.

Brooklyn guardó el celular con la rapidez de quien acaba de esconder un arma, pero no lo hizo con calma. Lo hizo con nervio. Y el nervio delata.

Yo me adelanté.

—Estábamos hablando del reporte —dije, con mi tono más profesional—. Coordinando tiempos.

Willys me miró como si yo fuera una mancha en su pared.

—Qué diligente. Me encanta cuando el FBI se toma las cosas personales.

El veneno venía con perfume.

Brooklyn tragó saliva. Carlos se quedó quieto, como un muro.

Y Willys, antes de irse, dijo:

—Brooklyn, ¿puedes venir un segundo a mi oficina después? Quiero revisar algo contigo.

Fue una frase simple.

Pero sonó como una amenaza.

Cuando Willys se fue, Brooklyn me miró, y por primera vez en mucho tiempo, vi miedo real en ella.

—Alice... —susurró—. Creo que la cagué.

Yo sentí un golpe de culpa. No porque Brooklyn hubiera hecho una mala decisión (que sí). Sino porque yo estaba arrastrándolos a esto.

—Ok —dije, apretando la carpeta—. No se cae el plan. Solo... ajustamos. Hoy nadie hace nada extra. Nadie.

Loyd levantó la mano.

—¿Ni siquiera respirar extra?

—Respirar está permitido —le dije—. Pero con discreción.

Y Clark, que siempre intenta salvar el ambiente, agregó:

—Respiraremos como ninjas.

Nadie se rió.

Eso fue lo peor.

Ese fue el que empezó a desbaratar la moral. Porque no pasó "algo grande". Pasaron cosas pequeñas. Las pequeñas son las que te rompen. Ayer Brooklyn salió de la oficina de Willys con la cara pálida, sosteniendo una sonrisa falsa como si la hubiera pegado con cinta.

Carlos intentó preguntarle qué pasó, y ella solo dijo:

—Nada. Solo... preguntas.

Preguntas. Claro.

Willys empezó a moverse distinto.

No más amable.

Más presente.

Pasó por archivos dos veces.

Pidió informes que nunca pedía.

Hizo que Clark y Loyd rehicieran un reporte "por un detalle mínimo".

Y yo empecé a sentirlo: ese apretón en el pecho que dice nos están mirando.

Esa noche, cuando llegué a casa, me senté en el borde de la cama y me quedé viendo mis manos.

Me daban ganas de llamar a Jake y decirle "quiero que me abraces, quiero que me digas que todo va a estar bien". Pero Jake estaba en su propio infierno: terapia, trabajo, presión, su forma de cargar con el mundo sin mostrarlo. Y yo... yo no quería añadirle esto.

Así que hice lo que siempre hago cuando no quiero molestar a quien amo:

Me quedé sola con el peso. Mientras Jake dormia placidamente luego de una rutina mucho mas pesada con su equipo.

Y al día siguiente, ese peso se notó.

Brooklyn me miró mientras yo revisaba documentos, y me dijo bajito:

—Esto se siente como cuando estás en una relación tóxica y no sabes si hoy te van a gritar o te van a comprar flores.

—Willys es literalmente eso —murmuré—. Solo que en vez de flores te compra auditorías.

Carlos se acercó y nos habló como si fuéramos familia en un velorio:

—No podemos aflojar ahora. Pero tampoco podemos cometer otro error. Si nos descubre... no solo se cae el reporte. Se caen carreras.

Loyd miró el piso.

—Yo no soy bueno con esto —admitió—. Yo soy bueno siendo leal y haciendo chistes para no llorar.

Clark lo miró, sorprendido.

—Oye... no te pongas asi, la situacion nos puede hacer sentir atrapados. Pero todo esto es para poder llegar a estar mejor. Recuerda eso.

El ambiente se volvió... humano.

Y ahí, por primera vez, yo lo dije en voz alta:

—Si quieren parar, nos deternos justo aqui. No voy a obligarlos a todo esto.

Brooklyn apretó los labios.

—No —dijo—. No vamos a parar. Solo... necesitamos sentir que no estamos siendo estúpidos.

— Estamos trabajando en equipo y somos humanos. Tenemos derecho a equivocarnos, porque somos humanos. Pero, si hay algo

que Willys no va a poder cambiar con su poder es lo mucho que los amo a todos. Y si esto sale mal, hare todo para que lo que me quede de credibilidad sirva para ayudarlos a encontrar opciones y no perder totalmente sus trabajos... — dije con determinacion, aunque con miedo en el fondo.

— ¿De verdad harias eso por nosotros? — dice Brooklyn entre lagrimas.

— Por supuesto. Haria eso y mucho mas. Esto es lo minimo por llevarlos a arriesgar sus posiciones por un capricho mio de ser una heroina y sacar a la bruja.

— No, no... no digas tonterias, eso no seria solo un capricho tuyo. Seria de todos, darle el final de Hansel Y Gretel a esa bruja, seria un logro general del precinto. — Las palabras de Carlos nos hacen reir a todos, y a pesar del miedo, podemos recuperar fuerzas.

(...)

El cuarto día, Clark encontró algo.

Un patrón de asignaciones: agentes que "casualmente" quedaban lejos de ciertas zonas, justo cuando se hacían operativos que Willys quería controlar. Llamadas que se redirigían. Órdenes verbales que no quedaban registradas. No era una pistola humeante, pero era un mapa de manipulación.

Entonces cometimos el segundo error:

intentamos conseguir demasiado en un solo día.

Nos fuimos en cadena: Carlos pidió acceso a un registro, Brooklyn revisó una bitácora, Loyd buscó en un sistema, Clark escribió notas. Demasiadas manos. Demasiados movimientos. Demasiadas huellas.

Y Willys apareció otra vez. Esta vez no sonrió.

—Qué coincidencia —dijo, mirando a todos—. ¿Todos trabajando en lo mismo?

Yo sentí la sangre helarse. Carlos dio un paso.

—Estamos adelantando reportes atrasados, capitana.

Willys lo miró como si lo estuviera midiendo.

—¿Atrasados? —repitió—. Curioso. Porque yo no autoricé horas extra ni reasigné prioridades. Su mirada fue directo a mí: —Agente Jill. ¿Le están asignando trabajo interno ahora?

Yo pude sentir el filo: quería que yo admitiera algo. Quería que yo dijera "sí, estoy investigando". Quería atraparnos en una frase. Así que hice lo único que podía:

la aburrí.

—Estoy supervisando consistencia documental para el reporte de cooperación —dije, monótona, casi administrativa—. Es mi responsabilidad verificar que los archivos estén completos, no que su equipo trabaje horas extra.

Willys entrecerró los ojos.

—¿Y desde cuándo usted "supervisa" a mi gente?

Yo sonreí. Suave. Inofensiva. Como si yo no quisiera romperle el cuello con una carpeta.

—Desde que usted firmó el acuerdo de colaboración con el FBI. Con su nombre. Con su fecha. Con su aprobación.

Fue un golpe pequeño, pero fue un golpe. Willys apretó la mandíbula.

—Cuídese, agente Jill —dijo—. A veces la gente se equivoca cuando cree que está protegida.

Y se fue. Cuando se fue, nadie habló. Nadie respiró.

Y yo supe: ella no tenía la prueba, pero tenía la sospecha. Y la sospecha, en alguien con poder, es suficiente para hacerte la vida imposible.

(...)

El quinto día fue el peor. Porque empezamos a sentir que esto no iba a salir. Que Willys era demasiado grande. Que la política detrás de

ella era demasiado asquerosa. Que el esposo en la junta era un muro. Que el sistema siempre protege a los mismos.

Brooklyn estaba callada. Carlos estaba más serio. Clark y Loyd hicieron menos chistes.

Y yo... Yo me vi al espejo en el baño del 99 y pensé: ¿quién me mandó a intentar ser heroína?

No porque no quisiera justicia. Sino porque la justicia, a veces, cuesta demasiado. Salí del baño y encontré a los cuatro esperando en la sala de descanso.

No era una reunión.

Era un "ven, por favor, que nos estamos hundiendo".

Carlos habló primero.

—Alice... —dijo, y solo el tono ya me dolió—. Si seguimos, creo que vamos a perderlo todo. Ya Willys tiene las sospechas muy altas.

Brooklyn se mordió una uña.

—Y si paramos... ella gana.

Clark se encogió de hombros.

—Yo solo sé que tengo miedo. Y eso me da vergüenza, porque tú has pasado cosas peores y sigues aquí.

Yo me quedé mirándolos.

—Miren —dije—. Yo no necesito que sean valientes como en una película. No necesito discursos ni sacrificios épicos... — Los miré uno por uno y dije: —Necesito que sean reales. Y ser real incluye tener miedo. Incluye cansarse. Incluye dudar.

Me senté con ellos. De verdad. Sin postura. Sin máscara.

—Pero también incluye esto —continué—: ustedes son mi gente. Y yo soy la suya. Y si Willys los ha hecho sentir pequeños... entonces el reporte no es solo un documento. Es una forma de decir: ya basta de esto.

Brooklyn exhaló. Carlos bajó la mirada, y cuando la levantó, tenía esa calma peligrosa de quien decidió algo.

—Entonces lo terminamos —dijo—. Pero lo terminamos bien. Sin más errores.

Loyd levantó un dedo, como quien pide permiso para hablar:

—¿Y si el error es inevitable?

Yo sonreí con tristeza.

—Entonces que el error no sea por ambición. Que sea porque somos humanos. Pero que el núcleo esté sólido. Que actuemos con intencion, con ese proposito de que las cosas acaben de una vez por todas.

Clark asintió.

—Ok. Entonces... ¿cómo hacemos esto sin morir?

—Con una cosa —dije—: disciplina. Y con otra cosa... que no está en manuales.

—¿Qué? —preguntó Brooklyn.

Yo los miré.

—Cuidándonos. Porque ella cuenta con que nos volvamos paranoicos y nos rompamos entre nosotros. Y eso no va a pasar.

Nos miramos, dandonos fuerza los unos a los otros. Y en ese momento, volvi a sentir esa firmeza que senti el dia que entre al precinto y supe que ellos serian mi todo aqui.

(...)

El sexto día conseguimos algo que no era "perfecto", pero era auténtico.

Carlos logró que un oficial que había sido castigado por Willys aceptara hablar. No una "declaración formal" aún, porque el hombre temblaba con solo decir su nombre. Pero habló.

Y cuando habló, lo hizo con esa voz de alguien que ya se rindió de esperar justicia.

Nos contó cómo Willys había movido evidencia, cómo lo amenazó con reportes falsos, cómo cambió turnos para hacerlo fallar.

Y eso... eso no se puede inventar.

Brooklyn, sin fotos esta vez, consiguió los registros de asignaciones cruzados. Clark y Loyd confirmaron el patrón con reportes de patrullaje. Yo armé el hilo, y por primera vez en días, el rompecabezas empezó a parecer... un rompecabezas de verdad. No una fantasía.

Pero el precio fue alto: Willys estaba más cerca. Más presente. Más agresiva en lo sutil.

Ese mismo día, cuando yo guardaba documentos, encontré un post-it en mi escritorio. No tenía nombre. No tenía firma.

Solo decía:

"Tu gente se cansa, podras protegerlos?."

Se me heló el estómago. Lo rompí. Lo boté. Fingí que no me afectó. Pero sí me afectó. Porque era cierto.Mi gente se cansa. Y por eso mismo... La idea del bar salió de Brooklyn, obviamente.

—O salimos hoy o yo colapso mañana en archivos y me convierto en un fantasma con uñas perfectas —dijo.

Carlos dudó, porque Carlos duda incluso cuando le ofrecen pastel.

—No sé si sea buena idea.

—Es la mejor idea —dije yo, sorprendiendo a todos, incluso a mí misma—. Porque si no respiramos, nos vamos a romper.

Clark abrió los ojos.

—¿Alice quiere salir?

—Alice quiere recordar que es humana —respondí—. Una vez. Antes de que Willys nos convierta en una hoja de Excel.

Loyd levantó los brazos.

—¡Noche de equipo!

No fue un "vamos a celebrar como si ganamos". Fue un "vamos a celebrar porque llegamos hasta aquí". Porque el reporte aún no estaba entregado. Aún faltaba el paso más peligroso: ponerlo donde Willys no pudiera tocarlo.

Pero esa noche... Esa noche necesitábamos un respiro.

El bar era pequeño, con luces cálidas, música suficiente para tapar el mundo, y mesas pegajosas que te hacen sentir que la limpieza esta infravalorada. Brooklyn eligió el lugar porque "las bebidas aquí son fuertes y la gente no pregunta".

Clark y Loyd estaban emocionados como niños en excursión.

—Ok —dijo Loyd—, reglas: no hablamos de Willys.

—Regla número dos —dijo Clark—: si alguien llora, se le da comida.

Brooklyn me miró.

—¿Estás bien?

Yo abrí la boca para decir "sí" automático, pero me detuve.

—No —admití—. Pero estoy aquí.

Carlos levantó su vaso.

—Por estar aquí.

Chocamos vasos. No con alegría exagerada. Con respeto. Con ese tipo de cariño que no necesita gritar.

Y entonces pasó algo que yo no esperaba que pasaria en este punto:

Me sentí... sostenida.

Clark contó una historia absurda de una persecución que terminó con él pidiéndole disculpas a un militar retirado. Loyd se rió tan fuerte que casi se cae de la silla. Brooklyn bromeó con que iba a pedir "un trago que sepa a venganza legal". Carlos, finalmente, sonrió.

Yo los miré y pensé:

Justo esto es lo que Willys no entiende. Willys cree que la lealtad se compra con miedo. Pero la lealtad real... se construye con cuidado.

En un momento, Brooklyn apoyó su codo en la mesa.

—Alice —dijo, más baja—. Si esto sale mal... yo quiero que sepas que no fue por ti. Fue porque ella es un monstruo con placa.

Sentí el nudo en la garganta.

—Si esto sale mal —dije—, igual yo los voy a proteger.

Carlos me miró serio.

—No. Nos protegemos todos. Eso es un equipo.

Clark levantó su vaso.

—Ok, ahora sí: por el reporte.

—Por el reporte —dijo Loyd.

Yo levanté el mío, y me salió una risa chiquita, cansada, real.

—Por el reporte... y por no ser idiotas mañana.

Brooklyn sonrió.

—No prometo nada.

Y ahí, por primera vez en días, el mundo no se sintió como un pasillo estrecho.

Se sintió como... una mesa.

Una mesa con gente.

Mi gente.

Salimos del bar tarde. No borrachos de perder el control, sino borrachos de soltar tensión. De recordar cómo se ríe sin sentirse culpable.

En la acera, el aire frío me golpeó la cara y me aclaró la mente.

Carlos se fue primero. Clark y Loyd discutían si podían comer pizza a las 2 a.m. y seguir siendo "adultos funcionales".

Brooklyn se me quedó al lado.

—¿Tienes el paquete final? —me preguntó.

Yo asentí, tocando mi bolso.

—Todo. Duplicado. Clasificado.

Brooklyn exhaló.

—Mañana es el día.

—Mañana es el día —repetí.

Y entonces, al cruzar hacia el estacionamiento, vi algo.

No fue una sombra obvia.

No fue un tipo con gabardina.

No fue "música de suspenso".

Fue un auto estacionado con el motor encendido.

Y una silueta en el asiento del conductor.

Quieto.

Demasiado quieto.

Mi instinto se activó como una alarma.

Brooklyn siguió hablando, pero yo ya no la estaba escuchando.

Porque mi mente hizo lo que siempre hace:

conectó puntos.

Y pensé, con un frío que no venía del clima:

Willys no necesita descubrir el reporte para dañarnos. Solo necesita asustarnos lo suficiente para que nos equivoquemos.

—Alice... —dijo Brooklyn, notando mi cara—. ¿Qué pasa?

Yo forcé una sonrisa.

—Nada. Solo... paranoia normal.

Pero mi mano apretó el bolso con fuerza.

Y supe que el último tramo —entregar el reporte— iba a ser el más peligroso.

Porque ahora, lo más real de todo esto era que podíamos perder.

Capítulo 37

Llegué tarde al precinto y el día ya estaba roto.

No fue una tardanza heroica ni una escena digna de recordar. Fue una sucesión absurda de minutos robados: el control en la entrada del edificio del consejo, el ascensor que tardó demasiado, el guardia que revisó mi identificación con una atención que no parecía casual. Yo había entregado el reporte hacía menos de una hora, todavía sentía en el cuerpo esa mezcla rara entre alivio y vértigo, como cuando empujas algo importante por un borde y no sabes qué va a pasar cuando toque el suelo. Salí de ahí con la carpeta ya fuera de mis manos y la sensación incómoda de haber dejado una parte de mí en ese edificio. Me repetí que era normal, que ahora tocaba esperar, que el resto del día iba a ser solo rutina. Me lo repetí mientras manejaba, mientras el tráfico se abría y cerraba frente a mí, mientras el reloj avanzaba con una crueldad silenciosa.

Cuando entré al Precinto 99, lo sentí antes de verlo.

Había un orden extraño, antinatural. No era limpieza, era contención. Los escritorios alineados con una precisión que nadie había pedido, las voces bajas, las risas inexistentes. Era como si alguien hubiera pasado durante la mañana y hubiera decidido qué emociones estaban permitidas y cuáles no. Caminé un par de pasos más y el ruido habitual del lugar —ese caos cómodo que siempre me había hecho sentir en casa— no apareció. El silencio pesaba.

Clark estaba en el mostrador de entrada, revisando formularios que nunca solía tocar. No levantó la vista de inmediato. Cuando lo hizo, su sonrisa llegó tarde y se quedó corta.

—Llegas tarde —dijo, como si eso explicara todo.

—Lo sé —respondí—. ¿Qué pasó?

Clark miró a los lados antes de contestar, un gesto mínimo que me tensó el estómago.

—Pasaron cosas.

Seguí caminando sin esperar más. Cada paso confirmaba lo que mi instinto ya gritaba. Loyd no estaba con Clark. Eso, por sí solo, era una anomalía. Lo encontré unos metros más allá, sentado en una mesa lateral, lejos de patrullaje, concentrado en unos reportes viejos con una seriedad que no era suya. Brooklyn no estaba en archivos; su escritorio estaba vacío, demasiado perfecto, como si nunca hubiera sido el lugar de alguien con uñas brillantes y comentarios sarcásticos. La vi salir del fondo cargando una caja con papeles que no solía tocar. Cuando nuestras miradas se cruzaron, no sonrió.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Mi nuevo trabajo —dijo, sin ironía—. Archivando lo que no importa.

La respuesta me cayó como un golpe seco. Quise decir algo, pero no supe qué. Seguí avanzando, con el corazón acelerado, buscando una pieza que aún no había visto.

Carlos no estaba en su oficina.

Lo encontré saliendo de una sala pequeña, sin ventanas, con una carpeta bajo el brazo que no le pertenecía. Caminaba erguido, como siempre, pero sus hombros estaban un poco más caídos. Cuando me vio, se detuvo. No fingió.

—¿Qué pasó? —pregunté, y la pregunta salió demasiado rápido, demasiado cargada.

Carlos negó con la cabeza.

—No fuiste tú —dijo—. O no solo tú.

—Entonces dime que no estoy loca —respondí—. Dime que no entregué el reporte y llegué tarde para encontrarme con esto.

Respiró hondo antes de contestar.

—Hubo reasignaciones esta mañana. Cambios "temporales". Ajustes estructurales.

—¿Y tú?

Me sostuvo la mirada.

—Me bajaron.

La palabra quedó suspendida entre nosotros. Me costó procesarla.

—¿Cómo que te bajaron?

—Me removieron de cualquier posición de liderazgo —explicó—. Y dejaron claro que no hay proyección. No ahora.

No ahora. La forma elegante de decir nunca. Sentí cómo algo se me apretaba en el pecho, una mezcla de rabia y culpa que no sabía a dónde ir. Miré alrededor y todo encajó de golpe: Clark lejos de patrullaje, Loyd relegado, Brooklyn sin acceso a nada importante. No era caos. Era castigo.

—Ella lo sabe —dije, más como certeza que como pregunta.

Carlos asintió.

—No necesita pruebas. Solo necesitaba confirmar que movimos algo.

Como si la hubiera invocado, la capitana Willys cruzó el precinto con su calma habitual. No alzó la voz, no llamó la atención. Simplemente

estuvo. Cuando pasó frente a nosotros, se detuvo.

—Veo que ya se están adaptando —dijo, mirando uno por uno—. Los cambios siempre cuestan al principio.

Nadie respondió. Sus ojos se posaron en mí.

—Agente Jill —añadió—. Lástima que no llegó temprano. Se perdió la reunión.

—Tuve un asunto fuera del precinto —respondí—. Prioridades institucionales.

Su sonrisa fue breve, filosa.

—Siempre es interesante ver dónde pone la gente sus prioridades.

Se inclinó apenas hacia mí, lo justo para que solo yo la escuchara.

—Creyeron que no iba a notarlo —susurró—. Ese fue su error.

Luego siguió caminando, como si nada.

El silencio que dejó fue peor que cualquier grito. Clark se pasó la mano por la cara. Loyd apretó los labios. Brooklyn dejó la caja en el suelo con cuidado, como si ya no tuviera fuerzas para sostener nada más.

—¿Entonces ya está? —preguntó Clark, con una voz que no reconocí —. ¿Eso fue todo?

No supe qué responderle. Me alejé sin decir nada y entré al baño del fondo. Cerré la puerta y apoyé las manos en el lavabo. El reflejo del espejo me devolvió una versión de mí que no me gustó: joven, cansada, demasiado consciente de que había arrastrado a otros a esto. Los pensamientos intrusivos llegaron en avalancha: los metiste en esto, prometiste protegerlos, el sistema siempre gana, debiste quedarte quieta, debiste esperar. Sentí la garganta cerrarse, pero no lloré. Antes del llanto llegó algo más denso, más frío.

La ira.

Recordé el edificio del consejo, las caras de los otros líderes de mesa, los que no respondían directamente al esposo de Willys. Recordé la copia del reporte que había guardado por instinto, sin

saber exactamente por qué. Salí del baño distinta, con una decisión que ya no se podía deshacer.

Volví a verlos a todos, dispersos, castigados, tratando de sostener una normalidad que ya no existía.

—No se muevan —dije—. No hoy.

Carlos me miró y entendió.

—¿Qué vas a hacer?

Apreté el bolso contra mi costado.

—Lo que tuve que haber hecho en principio.

Brooklyn se acercó y me tomó la mano apenas un segundo.

—Haz lo que tengas que hacer, pero no mates a nadie, por favor.

Asentí y salí del precinto con el corazón golpeándome las costillas, la rabia bien colocada y la certeza de que ya no había marcha atrás. No sabía si iba a ganar ni si iba a empeorar todo, pero sí sabía algo con absoluta claridad: no iba a permitir que esto quedara así. Volví a poner rumbo al consejo con la copia del reporte en el bolso y la sensación de que, pasara lo que pasara, el día ya no tenía vuelta atrás.

Volví al edificio del consejo con las manos frías y la cabeza demasiado llena. El trayecto se me hizo corto y eterno al mismo tiempo, como si la ciudad hubiera decidido plegarse sobre sí misma solo para empujarme hasta ahí. Pensé en Jake sin querer, en cómo habría fruncido el ceño al escucharme contar esto, en la forma en que me habría pedido que respirara antes de hacer algo impulsivo. Pensé en mis amigos sentados en un precinto que ya no los reconocía, reducidos a versiones pequeñas de sí mismos, castigados por creer que podían hacer lo correcto. Pensé en Carlos, en la manera en que había dicho "me bajaron" sin levantar la voz, como si lo hubiera ensayado frente al espejo para no romperse. Y entonces la rabia volvió a acomodarse en su sitio, firme, útil.

El edificio del consejo siempre me había parecido demasiado pulcro para lo que escondía. Mármol claro, paredes silenciosas, gente que

camina como si nunca tuviera prisa porque sabe que el tiempo juega a su favor. Entré sin detenerme, mostrando la identificación con la seguridad que me había ganado a pulso. Noté miradas que se sostenían un segundo de más, susurros que se cortaban cuando pasaba. No me detuve. Si algo había aprendido en los últimos meses era que dudar se nota, y yo no podía permitirme eso ahora.

Me hicieron esperar en una antesala pequeña, con una silla incómoda y una mesa que parecía diseñada para que no apoyaras nada importante. Saqué la copia del reporte del bolso solo para asegurarme de que seguía ahí, como si pudiera evaporarse por nerviosismo. La carpeta tenía el mismo peso que antes, pero ahora parecía distinta, cargada de todas las consecuencias que ya se estaban desplegando sin permiso. Pensé en irme. Pensé en que tal vez era tarde, en que tal vez ya habían decidido, en que tal vez solo estaba buscando una pelea que no podía ganar. Y justo cuando esa idea empezó a tomar forma, la puerta se abrió.

No eran cuatro sombras abstractas ni figuras sin rostro. Eran personas. Personas con ojeras, con tazas de café, con gestos de cansancio mal disimulado. Me pidieron que pasara, que tomara asiento. No lo hice de inmediato. Me quedé de pie un segundo más del necesario, como si mi cuerpo necesitara confirmar que estaba ahí por una razón.

—Gracias por recibirme sin cita —dije al fin—. Sé que no estaba en agenda.

Uno de ellos, el de voz más grave, me miró por encima de sus lentes.

—El reporte lo estaba —respondió—. Usted no.

Asentí. No iba a discutir eso.

—Entiendo —dije—. Pero el reporte ya está teniendo efectos. Y esos efectos no son los que se supone que debían producirse.

Hubo un silencio breve. No incómodo, pero sí tenso, como una cuerda estirada.

—Sea específica —pidió otra de las voces—. ¿A qué se refiere?

Respiré. Sentí el impulso adolescente de decirlo todo de golpe, de vomitar la injusticia y esperar que alguien la recogiera. No lo hice. Me aferré a lo que sabía hacer bien.

—Llegué tarde hoy al precinto porque estaba aquí —dije—. Cuando llegué, mis compañeros habían sido reasignados, degradados o aislados. El oficial que tenía proyección clara para un ascenso fue removido de cualquier posición de liderazgo. No hubo investigación previa. No hubo advertencia. Solo castigo.

—¿Insinúa represalias? —preguntó alguien desde el fondo.

—No lo insinúo —respondí—. Las estoy viviendo.

Saqué la carpeta y la dejé sobre la mesa. El sonido fue seco, definitivo.

—El reporte detalla patrones de abuso de poder, manipulación administrativa y represalias internas. Lo que ocurrió hoy no es una coincidencia. Es una confirmación.

Se miraron entre ellos. Vi incomodidad, pero también algo más peligroso: cálculo.

—Usted entiende —dijo uno— que las reasignaciones internas no necesariamente constituyen una falta.

—Lo entiendo —respondí—. Pero también entiendo los tiempos, los patrones y las intenciones. Y entiendo que el silencio institucional también es una forma de tomar partido.

Sentí el pulso en las sienes. Pensé en mis amigos otra vez. Pensé en la pregunta de Clark: "¿ya está?". No podía permitir que esa fuera la respuesta.

—No vine a pedir favores —continué—. Vine a exigir coherencia. Si el consejo considera serio el contenido del reporte, entonces no puede permitir que quienes colaboraron con la verdad sean castigados por ello. Eso no solo invalida el proceso. Lo hace peligroso.

—¿Peligroso para quién? —preguntó la mujer sentada frente a mí.

—Para todos —dije—. Porque el próximo oficial que vea algo indebido va a aprender hoy que hablar cuesta caro. Y eso convierte a este lugar en exactamente lo que el reporte denuncia.

El silencio volvió, más largo esta vez. Sentí el cansancio colarse entre las palabras, la duda, la resistencia. También sentí miedo. No el miedo de perder, sino el de haber ido demasiado lejos. Pensé en levantarme, en decir que ya había dicho suficiente. Pensé en Jake otra vez, en cómo me diría que no cargara con todo sola. Y aun así, seguí.

—No estoy pidiendo que destituyan a nadie hoy —dije—. Estoy pidiendo que reviertan decisiones que se tomaron con mala fe. Que devuelvan a mis compañeros a sus funciones. Que protejan a quienes hicieron lo correcto.

—¿Y si no lo hacemos? —preguntó el de voz grave, sin dureza, solo con curiosidad. Asumí que ese era el famoso esposo de la capitana Willys.

Eso me hizo hervir aún más la sangre.

La pregunta me atravesó. Me vi por un segundo saliendo de ahí con las manos vacías, volviendo al precinto a decirles que lo había intentado y que no había servido. Sentí la garganta apretarse. La adolescente dentro de mí quiso gritar. La agente respiró.

—Entonces —dije— el consejo estará validando exactamente aquello que dice querer erradicar. Y yo no voy a quedarme callada frente a el FBI.

No levanté la voz. No fue una amenaza explícita. Fue una verdad dicha con la seguridad que me había costado años construir.

Se recostaron en sus sillas. Intercambiaron miradas. Alguien anotó algo. Nadie prometió nada. Nadie me dio la razón. Nadie me cerró la puerta en la cara.

—Lo evaluaremos —dijo finalmente uno de ellos—. Y nos comunicaremos.

Asentí. Recogí la carpeta. Me levanté sin saber si acababa de cambiar algo o de empeorarlo todo.

Cuando salí del edificio, el aire me golpeó de frente. Me apoyé un segundo contra la pared, cerré los ojos y dejé que el temblor me alcanzara. No sabía si había ganado. No sabía si había perdido. Solo sabía que ya no estaba quieta, y que eso, al menos, me hacía sentir viva.

Pensé en volver al precinto. Pensé en llamar a Jake. Pensé en huir a cualquier lugar donde no doliera tanto. Al final, respiré hondo y caminé. Porque si algo había aprendido ese día era que crecer también era esto: seguir andando incluso cuando no tienes idea de a dónde te va a llevar el próximo paso.

Capítulo 38

Jake estaba apoyado en el carro cuando salí del precinto, con el cuerpo inclinado apenas hacia atrás y los brazos cruzados, como si llevara ahí el tiempo suficiente para haber pensado demasiadas cosas pero no las suficientes como para arrepentirse de venir. Alzó la vista en cuanto me vio y no sonrió de inmediato; primero me miró de arriba abajo, con esa atención silenciosa que siempre me desarma más que cualquier chiste.

—Hey —dijo simplemente.

Y fue estúpido, pero en ese segundo pensé que tenía los hombros más anchos que esta mañana. Pensé que olía bien. Pensé que si me abrazaba ahora mismo quizá me pondría a llorar o quizá no, pero de cualquier forma sería un desastre emocional. Pensé que no era momento para pensar esas cosas. Pensé todo eso en menos de un segundo, como siempre.

—Llegué tarde —dije, como si tuviera que justificarme.

—Lo sé —respondió—. Por eso vine.

No preguntó nada más. Me abrió la puerta del copiloto y esperó a que me montara. Ese gesto, tan simple, me aflojó algo por dentro. Cerré la puerta y apoyé la espalda contra el asiento. Jake arrancó sin prisa, como si el mundo no se estuviera acabando justo ahora.

Durante los primeros minutos no hablamos. La ciudad pasaba por la ventana, luces largas, semáforos, gente que seguía con su vida como si nada. Yo jugueteaba con el borde de mi manga, sintiendo el pulso todavía demasiado rápido. Jake tenía una mano en el volante y la otra descansando cerca de la palanca de cambios. Pensé en esa mano. Pensé en cómo se vería sobre mi muslo. Pensé que estaba cansada y que mi cerebro era un traidor.

—¿Qué tan mal? —preguntó al fin, sin mirarme todavía.

Exhalé.

—Mal —dije—. Del tipo que no sabes si te están castigando o enseñando una lección.

Asintió despacio.

—Eso suele ser lo peor.

Giró la cabeza apenas hacia mí, lo justo para mirarme sin dejar de conducir.

—Cuéntame desde el principio. Pero el de verdad, no el informe.

Y entonces empecé a hablar. Le conté del consejo, del retraso, del momento exacto en el que entré al precinto y supe que algo estaba mal. De Clark lejos de patrullaje, de Brooklyn archivando cosas que no le correspondían, de Loyd separado por primera vez. De Carlos diciendo "me bajaron" con una calma que me rompió por dentro. Mientras hablaba, sentía la garganta cerrarse, como si en cualquier momento la voz se me fuera a quebrar y eso me enfurecía aún más.

Jake no interrumpió. Solo asentía de vez en cuando, o hacía pequeños sonidos de reconocimiento, como si estuviera marcando cada punto en su cabeza.

—Ella sabía —dije—. No lo negó. Me lo dejó claro. Como si quisiera que yo lo supiera. Como si quisiera que todos lo supiéramos.

Jake apretó un poco la mandíbula.

—Eso encaja —dijo—. En el FBI hoy se sentía raro. No hubo anuncios, pero cuando alguien mueve poder así de rápido, el temblor se nota.

—¿Qué escuchaste exactamente? —pregunté, girándome hacia él.

—Que probablemente nos reintegren pronto a Washington —respondió—. No mañana, pero... una semana, dos como mucho.

Sentí un nudo inmediato en el estómago.

—No puedo irme así —dije—. Jake, no puedo.

—Lo sé —repitió—. Por eso no te lo dije antes. No quería sumarte otra presión sin poder mirarte a la cara.

Apoyé la frente contra el vidrio un segundo. Pensamientos intrusivos empezaron a chocar entre sí: tengo que arreglarlo todo ya, si me voy los abandono, ¿y si nada de esto sirve?, ¿por qué Jake siempre se ve tan tranquilo cuando yo siento que me estoy rompiendo?

Luego pensé que su perfil era ridículamente atractivo cuando se concentraba. Pensé que eso no ayudaba en absoluto.

—Siento que el tiempo se me viene encima —dije—. Como si tuviera que resolverlo todo antes de irnos o aceptar que perdí.

Jake soltó una pequeña risa, breve, sin burla.

—Alice —dijo—, nadie gana o pierde así de limpio. Eso solo pasa en las películas malas.

Lo miré.

—No estoy intentando ser dramática.

— Por Dios Alice, no estoy diciendo que vayas a serlo —respondió—. Estás intentando ser responsable. Y eso cansa más.

Se detuvo en un semáforo y aprovechó para mirarme bien esta vez.

—Escúchame —continuó—. Hay opciones. No soluciones mágicas, pero opciones reales. Podemos hablar con Donovan. Puede interceder, pedir explicaciones formales, frenar un poco el daño. No va a revertir todo mañana, pero puede abrir espacio.

—No quiero que sientan que me fui y ya —dije en voz baja.

—No lo estás haciendo —replicó—. Te estás quedando incluso cuando sabes que te van a empujar fuera. Eso no es huir.

Tragué saliva.

—Tengo miedo de que nada de esto valga la pena.

Jake volvió a mirar al frente.

—A veces el valor no está en cómo termina algo —dijo—, sino en el punto que deja marcado. Y tú ya marcaste uno.

El semáforo cambió y siguió conduciendo. Yo me quedé callada, procesando. Pensé en lo fácil que sería apoyarme en él ahora mismo, en pasarle la mano por el brazo solo para sentir algo firme, real. Pensé que estaba emocionalmente vulnerable y hormonalmente imprudente. Pensé que era una combinación peligrosa.

—También —añadió, después de unos segundos—, necesito decirte algo más. Y no es para presionarte.

—Eso nunca es buena señal —murmuré.

Esbozó una sonrisa leve.

—Tenemos poco tiempo aquí, sí. Pero eso no significa que tengas que quemarte en una semana. Descansar no es rendirse. Es pensar mejor.

Suspiré.

—No sé cómo parar.

—No te estoy pidiendo que pares —dijo—. Te estoy pidiendo que no te destruyas en el proceso.

Llegamos frente a casa. Jake estacionó, pero no apagó el carro. El silencio volvió, distinto esta vez. Más suave.

—Vamos a hacer esto así —dijo—. Hoy llegamos, comes algo, duermes. Mañana hablamos con Donovan. Pasado mañana vemos qué más se puede mover. Y entre medio... te permites ser humana.

Lo miré. Muy de cerca. Demasiado de cerca. Pensé que tenía razón. Pensé que quería besarlo. Pensé que eso también era una forma de descanso.

—Prométeme que no me vas a dejar sola con mi cabeza —dije.

Jake inclinó la frente hacia la mía, apenas rozándome.

—No tengo intención de hacerlo —respondió—. Tu cabeza ya es suficientemente caótica sin supervisión.

Sonreí, cansada, y cuando bajé del carro sentí que nada estaba resuelto, pero al menos ya no estaba sola en el caos.

(...)

Entramos a la casa de los White con esa quietud rara que solo aparece cuando el día te exprimió hasta el final. Jake dejó las llaves en la mesa sin hacer ruido, como si el mundo pudiera despertarse si las soltaba mal, y yo me quedé un segundo de pie, mirándolo quitarse la chaqueta con movimientos lentos, casi deliberados. Fue

estúpido, pero pensé que lo hacía a propósito. Pensé que sabía exactamente lo que estaba haciendo con mi paciencia.

— Si te quedas ahí, te vas a desarmar.

Me acerqué y me dejé caer en el sofá. Él volvió con un vaso de agua, me lo puso en las manos y esperó a que bebiera. Esa forma suya de cuidar sin preguntar siempre me descoloca. Me miró de cerca, con atención real, como si estuviera leyendo algo que yo todavía no había terminado de entender.

—Sigues tensa —dijo.

—No sabía que hoy venía incluida una evaluación física —respondí.

—Gratis y sin factura —replicó—. Beneficios de pareja estable.

Se sentó a mi lado, más cerca esta vez. Nuestras piernas se tocaron y sentí ese pequeño chispazo que siempre aparece antes de que mi cerebro empiece a tomar malas decisiones. Pensé que no era el momento. Pensé que igual daba. Pensé que su rodilla contra la mía era una idea peligrosísima.

Jake estiró el brazo por detrás del respaldo y dejó la mano ahí, abierta, sin tocarme todavía. Esa pausa me volvió loca.

—Estás pensando demasiado —murmuró.

—Siempre —admití.

—Ven acá —dijo, al fin, y me atrajo despacio hacia él.

Me acomodé contra su pecho. Sentí su respiración, el latido firme, el calor que siempre me tranquiliza... y que siempre me enciende. Mi cabeza decidió traicionarme de inmediato: pensé en su boca, en cómo se curva cuando sonríe justo antes de besarme, en lo fácil que sería subir la mano por su cuello y borrar el día entero. Pensé que era una pésima idea. Pensé que no quería parar.

Jake apoyó la barbilla en mi cabeza y pasó los dedos por mi brazo, lento, distraído, como si no estuviera perfectamente consciente de lo que provocaba. Yo cerré los ojos y me dejé ir un poco más.

—Jake... —dije, sin terminar la frase.

—Mmm —respondió—. Ese tono suele venir con una petición peligrosa.

Levanté la cara y lo besé primero, suave, probándolo. Él respondió igual, sin prisa, como si el tiempo se hubiera vuelto algo negociable. El beso se fue profundizando despacio, sin urgencia, con esa confianza que solo se tiene cuando ya conoces el ritmo del otro. Sentí su mano en mi cintura, firme, y tuve que morderle el labio inferior para no suspirar demasiado fuerte.

Mi cuerpo estaba muy despierto para lo cansada que estaba. Y eso me enfureció un poco.

Jake se separó apenas, lo justo para mirarme.

—Estás ardiendo —dijo, casi divertido.

—No es gracioso.

—Un poco sí —respondió—. Es muy tú.

Me volvió a besar, esta vez más lento, más provocador, como si quisiera asegurarse de que entendiera que no era falta de ganas. Su mano subió por mi espalda, me acercó más, y yo sentí ese vértigo delicioso de estar a punto de cruzar una línea conocida. Pensé que si seguía así iba a decir algo imprudente. Pensé que si decía algo, no habría vuelta atrás.

Jake se apartó otra vez, esta vez con una sonrisa ladeada que reconocí al instante.

—Y aquí es donde entra tu maravillosa y detestable regla —dijo entre dientes.

—Jake... —protesté—. No hagas esto.

—La regla es clara —continuó, ignorándome con descaro—: no sexo hasta que estés mejor. Y hoy... hoy no estás mejor.

Me miró con esa calma peligrosa que solo él tiene cuando sabe que lleva la ventaja.

—Eres un imbécil —murmuré.

—Uno responsable —corrigió—. Y con mucho autocontrol, lo cual quiero que valores.

Me dio un beso rápido, travieso, y se levantó del sofá antes de que pudiera agarrarlo.

—A la cama —ordenó—. Dormiremos. Lo necesitas de verdad, para así poder tener la mente fresca mañana.

Lo seguí, indignada, caliente y completamente consciente de cada movimiento suyo. En el cuarto, se sentó en el borde de la cama y me miró con expresión seria... demasiado seria para alguien que acababa de encenderme el cuerpo entero.

—Mañana —dijo—, cuando tu cabeza esté un poco menos en guerra... retomamos esta conversación, ¿te parece?

—Esto es cruel —dije.

—Esto es cuidarte —respondió—. Y cuidarme a mí, porque si sigo ahora, no voy a cumplir mi propia promesa de respetar tu espacio.

Me dio un beso más largo, cargado de todo lo que no iba a pasar, y luego se apartó con una risa baja.

Me metí bajo las sábanas con el cuerpo demasiado despierto para dormir. Jake se acomodó a mi lado sin tocarme, respetando su propia maldita regla. Cerré los ojos, frustrada, caliente, con el corazón acelerado.

Y mientras el sueño empezaba a ganarme, hice una promesa silenciosa, firme, peligrosa:
si todo salía bien —si el consejo cedía, si mis amigos recuperaban su lugar, si el mundo dejaba de apretarnos— Jake iba a pagarme todas estas hasta matarme de placer.

Capítulo 39

Desperté antes que Jake, lo cual fue raro porque normalmente él es el que abre los ojos primero y finge seguir dormido solo para

atraparme cuando intento moverme. Esa mañana no. Esa mañana me despertó el peso invisible de todo lo que no se había resuelto.

La casa de los White estaba en silencio, apenas roto por el ruido lejano de un camión pasando y la respiración tranquila de Jake a mi lado. Me quedé quieta unos segundos, mirando el techo, sintiendo esa mezcla incómoda de cansancio físico y ansiedad mental que no se va con dormir ocho horas. Pensé en el día anterior, en el consejo, en Willys, en Carlos, en la forma en que todo parecía suspendido en el aire, esperando caer de un lado u otro. Pensé que ojalá despertarme no significara volver a cargar con todo eso de golpe.

Giré la cabeza apenas y lo miré. Jake dormía boca arriba, un brazo doblado sobre la almohada, el ceño relajado por primera vez en días. Pensé, sin permiso, que se veía ridículamente guapo así, incluso despeinado, incluso con esa cicatriz mínima cerca de la ceja que siempre me dan ganas de tocar. Pensé que no era justo que alguien pudiera dormir tan tranquilo cuando yo sentía que llevaba un nudo en el pecho desde hacía semanas. Pensé que, aun así, su calma me anclaba.

Me levanté despacio para no despertarlo y fui a la cocina. Preparé café casi en automático, con movimientos torpes, como si mi cuerpo todavía no estuviera del todo de mi lado. El olor llenó la cocina y por un momento me sentí... normal. Una chica en pijama, descalza, esperando a que el día empiece. Luego el teléfono vibró sobre la encimera y la realidad volvió a su lugar.

No era un mensaje del consejo. No era una llamada. Era Brooklyn.

¿Estás despierta?

Me apoyé en la encimera antes de responder.

Sí.

Tardó unos segundos.

Carlos llegó temprano. Lo mandaron a otro turno hoy. Nada grave, pero... se siente.

Cerré los ojos. Se siente era la forma educada de decir esto duele más de lo que queremos admitir.

Voy para allá más tarde, escribí. No hagan nada impulsivo.

El "visto" apareció y no hubo respuesta. Guardé el teléfono justo cuando escuché pasos detrás de mí.

—Buenos días, agente insomne —dijo Jake, con la voz todavía dormida.

Me giré. Estaba apoyado en el marco de la puerta, rascándose la nuca, usando esa camiseta vieja que debería haber tirado hace años y que, por razones que no entiendo, me encanta. Pensé que mi cuerpo no había olvidado nada de la noche anterior y me odié un poco por eso.

—Buenos días —respondí—. Hice café.

—Te amo —dijo automáticamente, y luego frunció el ceño—. O al menos amo a la versión de ti que no deja que me enfrente al mundo sin cafeína.

Sirvió dos tazas y se sentó frente a mí en la mesa pequeña. Durante unos segundos solo bebimos en silencio. No era incómodo. Era... honesto.

—¿Alguna novedad? —preguntó al fin.

—Brooklyn escribió —dije—. Siguen moviendo cosas. Nada escandaloso, nada que podamos señalar con el dedo, pero lo suficiente para que se note.

Jake asintió despacio.

—Eso es lo más realista que he escuchado esta semana —dijo—. El sistema no suele explotar. Se desgasta.

Me apoyé con los codos en la mesa.

—Tengo miedo de que todo quede así —admití—. De que el consejo "evalúe" eternamente y mientras tanto ellos sigan pagando el precio.

Jake me miró con atención, sin intentar arreglar nada de inmediato.

—Puede pasar —dijo—. Y no decirlo sería mentirte.

Eso me dolió un poco, pero también lo agradecí.

—Pero —añadió— también puede pasar otra cosa: que no se revierta todo, que no haya justicia poética, pero que sí haya límites nuevos. Que Willys ya no se mueva tan cómoda. Que alguien esté mirando.

Me mordí el labio.

—Siento que debería estar haciendo más.

—Lo estás —respondió—. Solo que hacer más no siempre se ve como correr. A veces se ve como esperar... y eso es una mierda.

Solté una risa corta.

—Eres pésimo animador.

—Nunca dije que fuera motivador profesional —sonrió—. Solo intento ser honesto contigo.

Se levantó, dejó la taza en el fregadero y volvió a sentarse, esta vez más cerca. Su rodilla tocó la mía y sentí ese pequeño chispazo otra vez, acompañado de una culpa tonta por pensar en eso cuando todo estaba tan frágil.

—Hoy —dijo— no tienes que salvar a nadie. Hoy puedes ir al precinto, escuchar, observar... y volver. Mañana vemos si Donovan puede empujar un poco más desde su lado. Paso a paso.

—Odio los pasos a paso —murmuré.

—Lo sé —sonrió—. Tú eres más de "corramos hacia el incendio".

Me miró un segundo más.

—Y oye —añadió—. Si en algún momento hoy te sientes superada... me llamas. No para hablar de trabajo. Para que te recuerde que sigues siendo una persona normal que también merece desayunar y respirar.

Apoyé la frente contra su hombro un instante.

—Gracias.

—Para eso estoy —dijo, besándome el pelo—. Aunque a veces solo sepa ofrecer café y sarcasmo moderado.

Me quedé ahí un segundo más, sabiendo que el día no iba a ser fácil, que probablemente no habría respuestas claras ni victorias inmediatas. Pero también sabiendo que no estaba sola, que no todo tenía que resolverse hoy, y que crecer —dolorosamente, torpemente — también era esto: seguir adelante aun cuando la vida no te da garantías.

Cuando me separé de él, tomé el borde de la escalera y respiré hondo.

—Vamos —dije—. A ver qué golpe trae el día.

Jake levantó su taza en un brindis silencioso.

—Que sea leve —respondió—. Y si no... que al menos no nos quite el sentido del humor.

Y por primera vez desde que desperté, pensé que quizá eso también era una forma válida de resistencia.

(...)

Salí del apartamento con el nudo todavía instalado en el pecho, ese que no se va con café ni con abrazos, solo se acomoda un poco para dejarte caminar. Jake se quedó en la puerta mirándome bajar las escaleras, no como despedida dramática, sino como quien se asegura de que la otra persona no se desmorone antes de llegar al auto. Levanté la mano en un gesto mínimo y seguí. No quería mirar atrás demasiado tiempo; tenía miedo de que, si lo hacía, me arrepintiera de salir.

El trayecto hasta el precinto fue corto y largo a la vez. En el semáforo rojo me descubrí golpeando el volante con los dedos, impaciente, pensando en todo lo que podía salir mal y en todo lo que ya había salido mal. Pensé que tal vez estaba exagerando, que tal vez dentro de unas semanas esto sería solo una anécdota amarga. Pensé también que eso era exactamente lo que la gente decía cuando no quería admitir que algo había cambiado para siempre.

El Precinto 99 seguía viéndose distinto. No peor. Distinto. Como una casa en la que movieron los muebles y nadie te avisó. Entré y el murmullo habitual estaba ahí, pero más bajo, más contenido. Clark me saludó con la mano desde lejos; estaba revisando algo en una mesa que no era la suya. Sonrió, pero fue esa sonrisa automática que se usa para no hacer preguntas. Brooklyn levantó la vista desde archivos y me sostuvo la mirada un segundo más de lo normal. No dijo nada. No hacía falta.

Busqué a Carlos casi por reflejo. Lo encontré en un pasillo lateral, revisando una pizarra que antes ni miraba. Me acerqué despacio.

—¿Cómo estás? —pregunté.

Carlos se encogió de hombros.

—Funcionando —dijo—. Que ya es bastante.

Quise decirle que lo sentía, que no era justo, que no se suponía que las cosas salieran así. Ninguna de esas frases servía. Me limité a asentir y quedarme a su lado un momento.

—Van a cansarse —añadió—. Eso es lo que buscan.

—Lo sé —respondí—. Y no quiero que se cansen solos.

Carlos me miró entonces, con algo que se parecía a gratitud y a resignación al mismo tiempo.

—Hiciste lo que pudiste, Alice. A veces eso no alcanza... pero importa igual.

Me dolió más de lo que debería. Porque sonaba a despedida anticipada.

Pasé la mañana escuchando más de lo que hablaba. Tomando nota mental de pequeños cambios: horarios movidos, tareas duplicadas, supervisiones nuevas que nadie había pedido. Nada ilegal. Nada que pudiera denunciarse de inmediato. Justo lo suficiente para desgastar. Me sentí impotente, y odié esa sensación con una intensidad casi infantil.

A media tarde, el teléfono vibró en mi bolsillo. Un correo del consejo. Corto. Frío. Informando que "el tema estaba siendo

revisado" y que "se comunicarían oportunamente". Nada más. Lo leí dos veces, esperando encontrar algo entre líneas. No había nada.

Me senté en la sala de descanso con el mensaje abierto en la pantalla, sintiéndome ridícula por haber esperado otra cosa. Brooklyn entró y se dejó caer frente a mí.

—Déjame adivinar —dijo—. "Estamos evaluando".

—Ajá.

—Traducción: no quieren tocar nada todavía.

—O están esperando que nos cansemos —añadí.

Brooklyn apoyó la cabeza contra la pared.

—Yo ya estoy cansada —admitió—. Pero no arrepentida.

Eso me sostuvo más de lo que ella sabía.

Cuando salí del precinto esa tarde, el sol ya estaba bajando. Me quedé un segundo parada junto al auto, respirando hondo, tratando de ordenar el caos en mi cabeza. Pensé en llamar a Jake, pero no para hablar de nada importante. Solo para escuchar su voz. No lo hice. Me prometí llegar a casa sin desarmarme en el camino.

Esa noche, mientras cenábamos algo improvisado y hablábamos de cosas pequeñas —una serie pendiente, una anécdota absurda del FBI, el vecino ruidoso—, entendí algo que me dio miedo aceptar: esto no iba a resolverse rápido. No iba a haber un giro limpio ni una victoria clara. Iba a ser lento, imperfecto, lleno de momentos en los que parecería que nada había valido la pena.

Y aun así, al mirar a Jake concentrado en cortar su comida, al pensar en Brooklyn sosteniéndose, en Carlos tragándose el orgullo para seguir ahí, supe que no podía soltarlo. No todavía. Quizá nunca.

Me fui a dormir con esa certeza incómoda y real: la vida no estaba esperando a que yo estuviera lista. Los golpes iban a seguir llegando. Y lo único que podía hacer era aprender a recibirlos sin dejar de sentir.

(...)

La noche pasó sin sobresaltos, pero no fue una noche tranquila. Dormí a ratos, despertándome con la sensación de haber olvidado algo importante, como cuando sueñas con una puerta que no terminaste de cerrar. Jake se movía a mi lado de vez en cuando, acercándose lo justo como para recordarme que estaba ahí, sin invadir, sin exigir nada. Eso también era nuevo para nosotros: aprender a estar juntos sin usar el cuerpo como anestesia.

A la mañana siguiente el teléfono sonó antes de que el café estuviera listo. No era una alarma ni una llamada urgente. Era Donovan.

Miré la pantalla unos segundos antes de contestar, como si eso pudiera cambiar el contenido de la conversación.

—Buenos días —dijo su voz, profesional, medida—. ¿Te agarré en mal momento?

—Nunca es buen momento —respondí—, pero dime.

Hubo un silencio breve al otro lado, el tipo de silencio que se usa para ordenar lo que se va a decir.

—El consejo recibió tu reporte —continuó—. Lo están tratando como un asunto... sensible.

—Eso ya lo sé —dije, quizá con más dureza de la necesaria.

—Lo sé —repitió—. Lo que no sabes es que no todos están alineados con Willys. Pero tampoco quieren moverse rápido. Hay intereses cruzados. Miedo. Política.

Apoyé la espalda contra la encimera de la cocina y cerré los ojos.

—Mientras tanto, mis amigos pagan el precio.

—No lo estoy justificando —dijo—. Te estoy diciendo dónde estamos parados.

Miré a Jake, que me observaba desde la mesa sin escuchar, pero entendiendo igual. Le hice un gesto de luego con la mano.

—¿Puedes hacer algo? —pregunté.

—Puedo presionar —respondió—. Puedo pedir que congelen más cambios. No prometo revertirlos hoy. Pero puedo evitar que empeore.

No era una victoria. Pero tampoco era nada.

—Hazlo —dije—. Por favor.

—Ya estoy en eso —respondió—. Y Alice... hiciste bien en no quedarte callada.

Colgué y me quedé mirando la pantalla apagada del teléfono como si fuera a devolverme algo más. Jake se levantó y se acercó despacio.

—¿Donovan? —preguntó.

Asentí.

—No hay milagros —dije—. Pero tampoco silencio total.

Jake exhaló, como si soltara un peso que no sabía que estaba cargando.

—Eso es... algo.

—Sí —respondí—. Algo.

Me apoyé en el borde de la mesa y sentí el cansancio caer de golpe, sin aviso. No el cansancio físico. El otro. El que se instala cuando entiendes que las batallas importantes no se ganan en un día.

—Odio no saber —murmuré—. Odio esta espera.

Jake se acercó más y apoyó las manos a ambos lados de mí, sin tocarme del todo.

—Bienvenida a la adultez funcional —dijo—. Viene sin manual y con ansiedad incluida.

Levanté la vista hacia él. Sonreía apenas, pero había seriedad en sus ojos.

—Oye —añadió—. Pase lo que pase... no invalida lo que hiciste.

—Lo sé —dije, aunque no estaba tan segura de sentirlo.

El día avanzó lento. Fui al precinto otra vez, hablé con Brooklyn, con Clark, con Loyd. Nadie estaba peor, pero tampoco mejor. Carlos seguía firme, más callado que de costumbre. No hubo nuevas órdenes, lo cual en ese contexto ya era una pequeña tregua.

Por la tarde llegó otro correo del consejo. Más largo. Igual de vago. "Se evaluarán ajustes", "se revisarán procedimientos", "se dará seguimiento". Palabras que no prometen nada, pero tampoco cierran la puerta.

Una idea loca se me ocurrió a mitad de la tarde, cuando me di cuenta de que llevaba horas dándole vueltas a lo mismo sin llegar a ningún sitio. Estaba sentada en el sofá de la casa de los White, con el teléfono en la mano, mirando la nada, mientras Jake tecleaba algo en su computadora con esa concentración suya que siempre parece tranquila incluso cuando sé que por dentro va a mil. Pensé en el precinto, en el ambiente raro, en lo cansados que estaban todos, en cómo la tensión se estaba volviendo costumbre. Pensé, sobre todo, en lo fácil que era aislarse cuando las cosas se ponían feas.

—¿Y si hacemos algo esta noche? —solté de pronto, sin pensarlo demasiado.

Jake levantó la vista.

—¿Algo tipo... ilegal o algo tipo... socialmente aceptable?

—Algo tipo comida —respondí—. Algo tipo personas reales sentadas en una mesa sin hablar de Willys ni del consejo durante, no sé, al menos una hora.

Sonrió, pero no con ironía. Más bien con alivio.

—Eso suena peligrosamente sano.

—Invito a los del precinto —continué—. A Brooklyn, a Clark, a Loyd... a Carlos si quiere venir. Aquí hay espacio. Y comida. O al menos algo que se parezca.

Jake cerró la laptop.

—Me parece una excelente idea —dijo—. Además, Clark no puede quemar la cocina si no es su cocina.

Mandé los mensajes sin pensarlo demasiado, como si si me detenía a analizarlo pudiera arrepentirme. La respuesta fue casi inmediata, lo cual me dijo más de lo que cualquiera de ellos habría admitido en voz alta. Brooklyn puso un "llevo vino". Clark preguntó si había reglas. Loyd respondió con un "¿puedo ganar algo?". Carlos tardó un poco más, pero al final escribió que sí, que pasaría un rato.

La casa empezó a llenarse de ruido antes de llenarse de gente. Jake puso música baja, algo indefinido que no molestaba, y yo me encontré caminando de un lado a otro, acomodando platos que no necesitaban ser acomodados, revisando el horno como si supiera exactamente qué estaba haciendo.

— ¿Nervioso de cocinar? — pregunté.

— Para nada, es solo que llevo mucho tiempo sin hacerlo y no creo que sea un día óptimo para incendiar la casa.

Reí libremente con su comentario. Me sentí menos pesada. Eran nervios. Nervios buenos, pero nervios al fin.

Cuando llegaron, el ambiente cambió casi de inmediato. Clark entró hablando demasiado fuerte, como si quisiera compensar el silencio del precinto con volumen extra. Loyd se tiró en el sofá como si fuera suyo y declaró que ese era su sitio "oficial". Brooklyn apareció con una botella en una mano y una bolsa misteriosa en la otra.

—Traje vino y juegos —anunció—. Uno de los dos es una pésima idea, pero no sé cuál todavía.

Carlos fue el último en llegar. Se veía cansado, más de lo habitual, pero cuando me abrazó lo hizo con fuerza, como si necesitara ese contacto tanto como yo.

—Gracias por esto —me dijo al oído—. De verdad.

La cena fue sencilla, casi improvisada, pero nadie pareció notarlo. Entre risas, platos que se pasaban de mano en mano y comentarios absurdos, el peso del día se fue aflojando un poco. Clark contó una historia exagerada sobre una llamada que había terminado con él persiguiendo a un pato; Loyd la interrumpió cinco veces para "aclarar detalles cruciales" que claramente se estaba inventando.

Brooklyn brindó "por sobrevivir a la burocracia sin perder el glamour", y Carlos, con una media sonrisa, añadió "o al menos sin perder la dignidad".

Después de recoger a medias —porque nadie tenía la energía para hacerlo bien— Brooklyn sacó los juegos de mesa. No recuerdo quién ganó qué, solo recuerdo las discusiones ridículas, las reglas reinterpretadas sobre la marcha, las acusaciones de trampa lanzadas con dramatismo innecesario. Jake observaba desde un lado, participando lo justo, disfrutando claramente de verme reír sin pensar en consecuencias por unos minutos.

Conforme avanzó la noche, la casa se fue llenando aún más. Primero apareció Anthony, atraído por el ruido y el olor a comida, con esa sonrisa cansada que siempre parece pedir disculpas por existir. Luego Dereck se unió al juego sin entender del todo las reglas y ganando igual, lo cual provocó una protesta colectiva. Por un momento, todo se sintió... normal. Como si no hubiera un reloj invisible corriendo en mi contra.

Fue más tarde, cuando la música estaba un poco más alta y las conversaciones se habían fragmentado en pequeños grupos, que la pregunta se me escapó sin querer.

—¿Y Marcus? —dije, mirando alrededor, como si pudiera aparecer por arte de magia—. ¿No iba a venir?

Anthony, que estaba barajando cartas, se detuvo un segundo. No levantó la vista enseguida.

—Está en la oficina —respondió al fin—. Se quedó hasta tarde otra vez.

—¿Trabajando? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

Asintió.

—Está intentando mover cosas. Ver opciones. No quiere... no quiere quedarse quieto.

Sentí algo romperse despacio dentro de mí. No fue un golpe seco, fue peor. Fue ese quiebre lento que te deja sin aire. Pensé en el

tiempo, en lo poco que nos quedaba ahí, en todas las conversaciones pendientes. Pensé en lo injusto que era que, incluso ahora, Marcus siguiera cargando con todo solo.

—Lo siento —murmuré, sin saber muy bien por qué.

Anthony levantó la vista y me miró con una tristeza tranquila.

—No es tu culpa —dijo—. Nunca lo es. Pero igual duele, ¿no?

Asentí. No confiaba en mi voz en ese momento. Jake se acercó sin decir nada y apoyó una mano en mi espalda, un gesto pequeño que me sostuvo justo cuando sentí que las emociones amenazaban con desbordarse.

—Oigan —interrumpió Clark desde la mesa—. ¿Seguimos jugando o vamos a empezar la ronda de traumas familiares?

Brooklyn le lanzó una ficha.

—Cinco minutos más y luego volvemos a la competencia, ¿sí?

Reímos, porque era más fácil reír que dejar que el silencio se llenara de cosas que no sabíamos cómo arreglar. Volví a sentarme, intenté concentrarme en el juego, en las voces, en la risa. Pero una parte de mí ya estaba en otra parte, pensando en Marcus solo en una oficina, en todo lo que no había dicho, en el miedo de irme sin haber podido ayudarlo.

Más tarde, cuando la noche empezó a apagarse y la gente se fue despidiendo de a poco, me quedé sentada en el sofá, abrazando una almohada como si fuera un salvavidas. Jake se sentó a mi lado.

—Hiciste algo bueno hoy —dijo en voz baja—. Aunque no lo sientas así ahora.

Apoyé la cabeza en su hombro.

—Ojalá pudiera hacerlo por todos —respondí.

—Lo estás intentando —dijo—. Y eso cuenta más de lo que crees.

Cerré los ojos un segundo, dejando que el cansancio y la emoción se asentaran. La casa estaba en silencio otra vez, pero ya no era un

silencio vacío. Era un silencio lleno de risas recientes, de platos mal lavados, de juegos a medio guardar. De vida.

Y aun así, el pensamiento volvió, insistente: el tiempo se estaba acabando. Y yo todavía tenía demasiado por resolver.

Epílogo

La casa no estaba silenciosa, pero tampoco estaba ruidosa. Era ese tipo de sonido intermedio que solo existe cuando la gente intenta comportarse como si no estuviera pasando nada importante. Platos moviéndose con cuidado. Pasos más suaves de lo normal. Risas cortas que se apagan rápido.

Yo estaba apoyada en el marco de la puerta del comedor mirando a mis hermanos como si no los hubiera visto en años, aunque los había visto anoche. Y la noche anterior. Y toda la semana.

Pero esa mañana se sentían distintos.

Dereck estaba discutiendo con Henry sobre algo completamente absurdo —si el café sabía mejor con azúcar morena o blanca— como si el debate fuera vital para la estabilidad del universo. Erick estaba sentado en la mesa revisando algo en su teléfono con esa calma médica que tiene incluso cuando el mundo se está cayendo. Anthony estaba de pie cerca de la ventana, mirando hacia afuera como si estuviera ensayando una conversación en su cabeza.

Marcus no hablaba. Pero tampoco estaba ausente. Estaba ahí. Eso ya era algo.

Yo me repetía mentalmente que no iba a llorar. No iba a llorar porque no era una despedida definitiva. No iba a llorar porque volvería pronto. No iba a llorar porque ya habíamos sobrevivido cosas peores.

Y aun así sentía ese nudo.

—Estás mirando como si fueras a desaparecer —dijo Henry de repente, mirándome.

—Estoy memorizando —respondí.

—Eso suena más dramático de lo que es —murmuró Dereck.

—Soy dramática —contesté sin disculparme.

Anthony se acercó primero. Siempre es él quien da el primer paso cuando el ambiente se pone raro. Me abrazó fuerte, sin decir nada durante varios segundos.

Yo pensé en todas las veces que lo vi romperse por dentro y fingir que no. Pensé en Iasion. Pensé en el miedo que carga siempre debajo de la piel.

—No te vayas creyendo que tienes que arreglarlo todo antes de irte —dijo finalmente—. No eres responsable de eso.

Yo sí me siento responsable, pensé. Pero no lo dije.

Erick se levantó después.

—Si vuelves con taquicardias por exceso de café te voy a regañar yo mismo —dijo con total seriedad.

Me reí.

—¿Eso fue tu forma de decir que me vas a extrañar?

—No exageres —respondió—. Pero sí.

Henry me abrazó tan fuerte que casi me saca el aire.

—No tardes demasiado —susurró.

Dereck fue el último antes de Marcus. Su abrazo fue firme, silencioso, protector.

Y entonces estaba Marcus.

No vino a mí de inmediato. Se quedó donde estaba unos segundos, como si necesitara ordenar lo que iba a decir.

Cuando finalmente caminó hacia mí, su expresión no era de tristeza, era de algo más complejo. Orgullo. Cansancio. Amor. Resignación.

—No me mires así —le dije.

—¿Así cómo?

—Como si me estuvieras soltando.

Marcus respiró hondo.

—Te estoy soltando —dijo—. Pero no perdiendo.

Eso fue peor.

Lo abracé primero yo. Me hundí en su pecho como cuando era pequeña y él era mi muro contra todo.

—Prométeme que me vas a llamar todos los días —le exigí.

—Todos los días.

—No me mientas.

—No lo haría contigo.

Lo apreté más fuerte.

—Vuelvo pronto.

—Lo sé.

Y en ese abrazo entendí algo doloroso pero necesario: yo no podía salvarlo. No podía resolver su empresa. No podía arreglar lo que fuera que estuviera pasando con Charlotte. Lo único que podía hacer era quedarme disponible.

Charlotte.

Ese nombre volvió a mi cabeza como un golpe leve.

La busqué con la mirada en la sala. No estaba.

Miré a Aiko. Miré a Lissette.

—¿Han hablado con ella? —pregunté.

Ambas negaron.

Algo en mi pecho se tensó.

Pero miré a Marcus. Estaba riéndose ahora, escuchando a Henry decir algo ridículo. Se veía... un poco más ligero.

Decidí no arruinar eso.

Jake estuvo observando todo desde la distancia justa. Cuando finalmente subimos a la habitación para terminar de empacar, me senté en la cama y me quedé mirando la maleta abierta como si fuera un abismo.

Jake se apoyó en la puerta.

—¿Quieres que haga un comentario gracioso o que me quede callado?

—Quédate conmigo —dije.

Se acercó y se sentó frente a mí.

—Hablé con Marcus —le conté.

—Lo vi.

—No sé si estoy haciendo lo correcto.

Jake respiró profundo antes de hablar.

—En terapia aprendí algo que me molesta admitir —dijo—. No puedes vivir intentando ser la solución emocional de todos. Eso no es amor. Es miedo a que te necesiten menos.

Lo miré.

—Que alguien te diga eso tan directo duele —continuó—. Porque significa que tienes que asumir tus propias grietas.

Su voz no era ligera. No estaba bromeando.

—Todavía me cuesta aceptar que tengo problemas —añadió—. Que mis impulsos, mi ira, mi necesidad de proteger pueden volverse destructivos. Que no soy el héroe que creía. Pero también me hizo valorar algo... mi vida. A ustedes. A ti. No quiero volver a perder eso por no enfrentarme a mí mismo.

Sentí que algo dentro de mí se asentaba.

—Nuestra relación empezó siendo un caos —dije.

Jake sonrió leve.

—Y ahora estamos aprendiendo a hablar antes de romper cosas.

Yo me reí.

Y ahí, en ese pequeño momento, entendí que lo nuestro ya no era una tormenta. Era algo que estaba creciendo con intención.

El regreso a Washington fue frío y ordenado.

Los exámenes médicos fueron exhaustivos. Cuando el doctor mencionó las taquicardias por exceso de cafeína sentí vergüenza absurda. Como si mi corazón estuviera delatando lo que yo no decía.

Vitaminas. Descanso. Menos café.

Menos café.

Eso dolió más de lo que debería.

El encuentro con Donovan fue distinto. No fue una reunión formal. Fue casi... personal.

Cuando me vio, caminó directo hacia mí y me abrazó.

—Estoy orgulloso de ti —dijo.

No fue un cumplido vacío. Fue firme.

Nos sentamos y hablamos largo. Me explicó lo de Willys. Destituida. Reasignada.

Carlos, evaluado formalmente para capitán.

Sentí que se me humedecían los ojos.

—Él se lo merece —dije.

—Y tú también merecías que esto no quedara impune —respondió Donovan.

Luego habló de Sousa.

El cuerpo incautado. El caso sellado. Transferido a otro departamento especializado.

—No va a volver a tocarte —dijo con claridad.

Sentí algo soltarse en mi pecho.

—Puede haber secuaces —añadió—. Intentos de reorganización. Pero no es tu carga. Me aseguré de que quedaras fuera de cualquier

línea relacionada.

Eso me calmó más de lo que esperaba.

Después me habló de la reubicación. De que el apartamento anterior ya no era seguro. De que el FBI cubriría un Airbnb temporal.

—Quiero que estés tranquila —dijo—. No fuerte. Tranquila.

Lo miré.

Había algo en sus ojos. No era romántico. Era protector.

— Donovan, yo no sé cómo... — el me interrumpió:

— No tienes que agradecer. Daría mucho por ti, ya que conozco tu valor... — dijo—. Pero respeto tu elección y tu vida. Soy feliz si tú lo eres.

Yo asentí, atreviéndome a regalarle una sonrisa sin esa culpa de no corresponder a su entrega. Al final del día era mi jefe, pero agradecía que el era lo suficientemente capaz de subdividir lo ocurrido de nuestra labor, y así mismo, no quitarme valor como persona solo por elegir otro camino.

Esa noche, cuando Jake y yo llegamos al nuevo lugar, dejamos las cajas en el suelo y nos miramos como si estuviéramos empezando otra vez.

Y quizás lo estábamos.

(...)

El Airbnb no era feo. Tampoco era hogar. Era ese tipo de lugar que parece armado para que nadie deje huella: paredes neutras, muebles funcionales, una cocina demasiado limpia para haber sido usada de verdad. Dejé la maleta en medio de la sala y me quedé de pie mirando alrededor, sintiendo algo extraño en el pecho.

No era miedo. Tampoco tristeza.

Era... reinicio.

Jake cerró la puerta con llave y apoyó la frente contra la madera un segundo, como si necesitara ese gesto mínimo para convencerse de que estábamos adentro y no en medio de otra crisis.

—Bueno —dijo al girarse—. Sobrevivimos otra mudanza.

—No hemos sobrevivido todavía —respondí—. Falta desempacar.

Eso lo hizo sonreír.

No corrimos a abrazarnos. No hicimos una escena dramática. Simplemente nos movimos por el espacio en silencio, tocando superficies, abriendo ventanas, revisando que todo estuviera en orden. Ese tipo de acciones pequeñas que dicen: estamos vivos. Estamos aquí.

Me senté en el sofá y miré el techo.

—Se siente raro —murmuré.

Jake dejó las llaves sobre la mesa y se sentó a mi lado, sin invadir mi espacio.

—Porque esta vez no estamos huyendo —dijo—. Estamos empezando.

Esa frase me golpeó suave, pero profundo.

No estábamos escapando. No había sirenas detrás. No había amenazas inmediatas. No había decisiones precipitadas.

Estábamos... eligiendo.

Saqué el teléfono por impulso y abrí el grupo familiar. "supremacía blanca 🧠?? " seguía con el mismo nombre ridículo y racista que Henry había puesto hace tiempo.

Mandé una foto del nuevo apartamento.

"Opiniones sinceras: ¿le hace falta una planta o diez?"

Henry respondió en menos de diez segundos:
"Diez. Siempre diez. La respuesta es diez."

Dereck:
"Una cafetera decente."

Erick:
"Un monitor para revisar tus signos vitales si sigues ignorando lo del café."

Rodé los ojos.

Anthony mandó un emoji de corazón.

Marcus tardó más. Lo vi escribir. Borrar. Escribir otra vez.

Finalmente envió:
"Se ve tranquilo. Eso me gusta."

Sentí un alivio absurdo por ese mensaje.

Porque estaba ahí. Participando.

Porque no estaba desapareciendo.

—¿Qué dicen? —preguntó Jake.

Le mostré la pantalla.

—Me encanta que ellos siempre traten cada situación como si fuera una reunión ejecutiva improvisada —dijo: — Oh, espera. Eso ya lo sabía, también son mi familia.

Sonreí sarcásticamente.

—Necesitamos salir —dije de repente.

—¿Salir?

—A comprar cosas. Este lugar necesita sentirse menos prestado.

Jake me miró unos segundos, evaluando si mi impulso era ansiedad o necesidad genuina.

—Vamos —respondió finalmente.

El supermercado fue más terapéutico de lo que esperaba. Caminar por los pasillos, discutir sobre marcas absurdas de cereal, comparar precios de detergente como si fuera un debate filosófico.

Le tomé una foto a una salsa extraña y la mandé al grupo.

"¿Esto es comida o experimento científico?"

Henry respondió con entusiasmo exagerado. Anthony votó que sí. Dereck dijo que parecía veneno. Erick dijo que revisara los ingredientes.

Marcus mandó:
"Si no sabes qué es, no lo compres."

Sonreí.

Le mandé una foto a Marcus directamente.
"¿Qué te hace falta en la oficina?"

Tardó un poco en responder.
"Café bueno."

"Prohibido para mí, permitido para ti," le respondí.

Tres puntos.
"Te llamo en la noche."

Eso fue suficiente.

Mientras empujábamos el carrito, Jake me observaba.

—Estás intentando mantenerlos unidos desde otro estado —dijo.

—Estoy intentando que ninguno se sienta solo.

—Incluyéndote.

Lo miré de reojo.

—No quiero que Marcus piense que lo dejé.

Jake tomó una caja del estante y la dejó en el carrito con exagerada concentración.

—No lo dejaste —dijo—. Le enseñaste que no siempre vas a rescatarlo. Eso es diferente.

Pensé en eso mientras elegía frutas como si fueran decisiones de vida.

De regreso al apartamento, empezamos a acomodar todo. Fue un proceso lento, imperfecto, incluso gracioso cuando Jake insistió en colocar los vasos en un orden que yo consideraba psicópata.

La noche se había asentado sobre Washington con una calma que todavía me resultaba extraña. No había ruido urgente detrás de las ventanas, ni llamadas pendientes que me arrancaran del presente. El nuevo apartamento empezaba a sentirse menos prestado. Las cajas

abiertas en la esquina, el olor a detergente mezclado con comida recién hecha, la luz cálida de la lámpara del salón... todo empezaba a tener huella.

Me quedé de pie frente a la ventana un momento, observando la ciudad como si intentara descifrarla. Sentía algo dentro de mí que no era ansiedad, pero tampoco euforia. Era... estabilidad. Y eso, para alguien como yo, era casi revolucionario.

Jake salió de la ducha con el cabello todavía húmedo y una camiseta vieja que le quedaba demasiado bien para ser legal. Yo giré la cabeza hacia él y, sin querer, me quedé mirándolo más de lo necesario.

Pensé —muy poco dignamente— que el universo había sido injustamente generoso con ese hombre.

Él notó la mirada.

—¿Qué? —preguntó con esa media sonrisa suya.

—Nada —respondí demasiado rápido.

Se acercó despacio, sin dramatismo, sin teatralidad. Apoyó una mano en mi cintura con una suavidad que no pedía permiso, pero tampoco imponía nada. Sus dedos se deslizaron apenas, como si estuviera comprobando que yo estaba ahí de verdad.

—Estás pensando mucho —dijo en voz baja.

—Siempre pienso mucho.

—No —murmuró—. Esta vez es diferente.

Tenía razón. No estaba pensando en lo que debía hacer mañana. Ni en lo que había fallado ayer. Ni en a quién no había podido salvar.

Estaba pensando en que estábamos vivos.
En que habíamos sobrevivido.
En que seguíamos eligiéndonos.

Lo besé primero yo.

No fue un beso urgente. Fue lento. Intencional. Me permití sentir cada segundo sin la necesidad de acelerar. Jake respondió igual, con

esa presencia consciente que había aprendido a cultivar. Sus manos no se movieron hasta que yo me acerqué más. Ese pequeño detalle —esa pausa— decía más que cualquier palabra.

Nos movimos hacia la habitación sin romper el contacto. Las luces quedaron bajas. La ciudad afuera seguía indiferente, pero por primera vez en mucho tiempo yo no me sentía vigilada por el mundo.

Me senté en el borde de la cama y él se quedó de pie frente a mí. Hubo un momento breve en el que simplemente nos miramos.

Pensé, como adolescente desordenada, que lo amaba con una intensidad absurda.
Pensé que quería tocarlo como si fuera la primera vez y como si fuera la última al mismo tiempo.
Pensé que, si Erick pudiera escuchar mi cabeza, me mandaría directo a terapia adicional.

Jake levantó una mano y apartó un mechón de mi cara.

—Estás aquí —dijo.

—Estoy aquí.

No necesitábamos más.

Cuando me recosté, fue con la sensación de que no estaba cayendo en nadie, sino descansando. Él se acomodó a mi lado, sus movimientos firmes pero atentos, como si cada gesto preguntara en silencio si seguía siendo un sí. Y lo era.

El contacto fue cálido, profundo, consciente. No había prisa. No había necesidad de demostración. Era la intimidad de dos personas que ya se han visto en su peor versión y aún así se eligen.

Sentí su respiración cambiar, acompasarse con la mía. Sentí mi cuerpo responder no desde el miedo ni desde la urgencia, sino desde el deseo limpio, honesto. No estaba escapando de nada. Estaba viviendo algo.

Cuando lo abracé más fuerte, cuando mis manos se aferraron a su espalda, no fue por dependencia. Fue por decisión.

El mundo no desapareció.
Pero dejó de ser amenaza.

Hubo momentos en los que cerré los ojos y me permití sentir sin analizar. Sin pensar en Marcus. Sin pensar en Charlotte. Sin pensar en Sousa ni en Willys ni en el FBI. Solo en el peso real de alguien que me sostenía sin intentar salvarme de mí misma.

Cuando finalmente nos quedamos quietos, respirando fuerte, con el silencio llenando la habitación como una manta tibia, Jake apoyó la frente contra la mía.

—Estamos bien —murmuró.

No era una pregunta.

Y por primera vez en mucho tiempo, no dudé antes de responder.

—Sí. Estamos bien.

Nos quedamos así, sin movernos, sin romper el momento. Afuera la ciudad seguía. Las cosas seguirían pasando. Marcus tendría días difíciles. Charlotte seguiría siendo una incógnita. El FBI seguiría siendo el FBI. El mundo no se volvió perfecto.

Pero yo ya no me sentía en guerra.

Apoyé la cabeza en su pecho y escuché su corazón latir con una regularidad tranquila. Pensé en el mío. Pensé en las vitaminas. Pensé en dejar el café. Pensé en las fotos del supermercado enviadas al grupo. Pensé en Marcus escribiendo despacio, intentando participar.

Pensé que no podía salvar a todos.
Pero podía estar.
Podía amar.
Podía quedarme.

Jake pasó la mano por mi espalda en círculos lentos.

—Mañana —dijo— compramos una planta.

Sonreí contra su piel.

—Diez —respondí.

Se rió bajo.

Cerré los ojos.

No era un final con fuegos artificiales.
No era una promesa eterna gritándole al universo.
Era algo más real.

Era una joven adulta que todavía pensaba como adolescente a veces.
Era un hombre aprendiendo a desmontar sus propias defensas.
Era una familia imperfecta que seguía intentando.
Era una historia que no terminaba, pero sí cambiaba de capítulo.

Y mientras el sueño nos alcanzaba despacio, supe que el verdadero cierre no era que todo estuviera resuelto.

Era que, por primera vez, yo no necesitaba correr para sentir que pertenecía.

El resto...
el resto lo seguiríamos escribiendo.

FIN.

¿O continuará...? ;)
